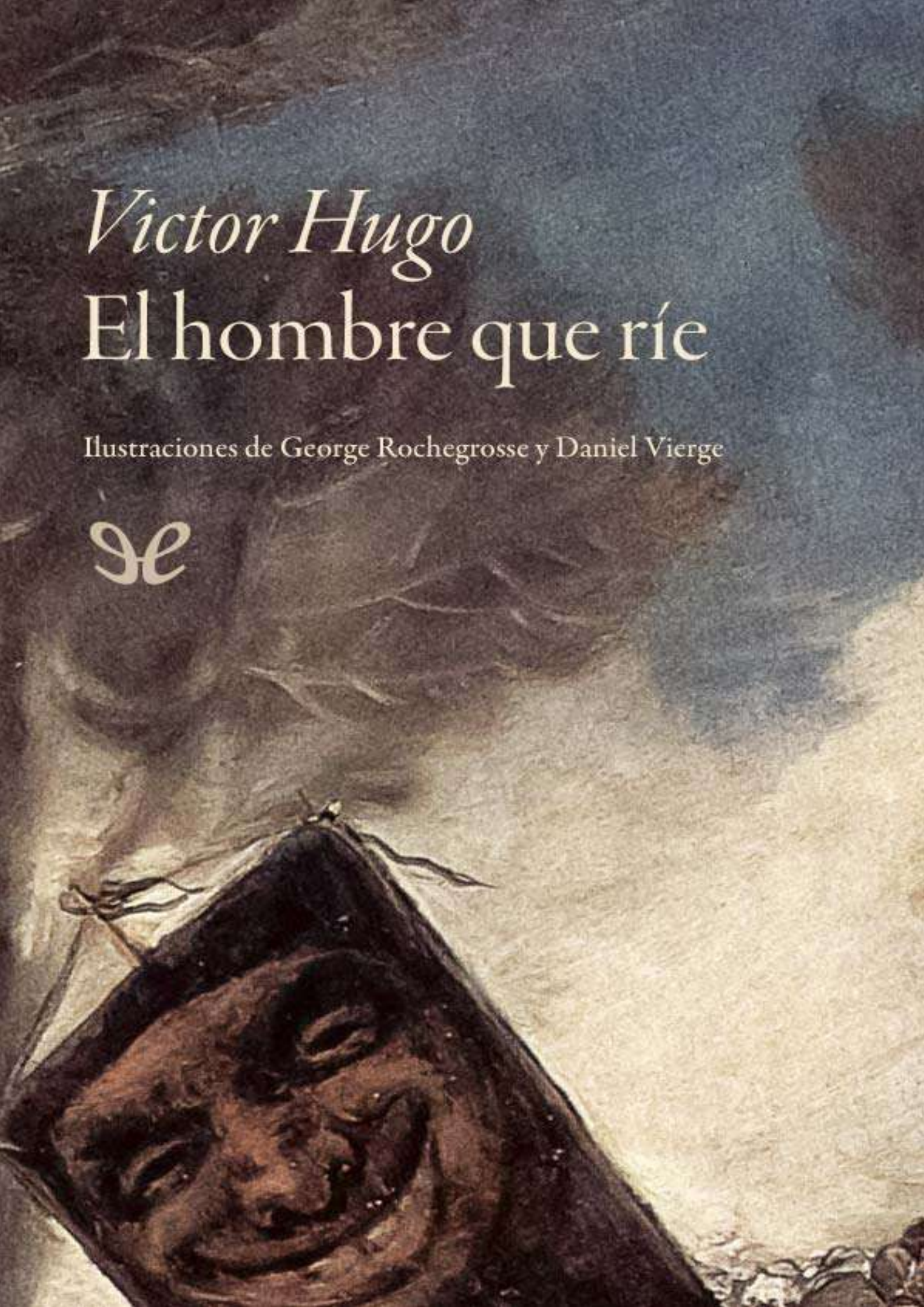
Victor Hugo

El hombre que ríe

Ilustraciones de George Rochegrosse y Daniel Vierge



El hombre que ríe, es la historia de Gwynplaine, un niño con la boca deforme que es salvado de una banda de robaniños por Ursus, un cómico ambulante. Junto con el pequeño estará Dea, una niña ciega que crecerá con él y con el pasar del tiempo vivirán un amor casto y puro.

El hombre que ríe, experimenta, como *Los miserables*, el influjo de aquellos intentos sociales que habían hecho de Victor Hugo un hombre político, y la pasión se muestra ardiente, en páginas densas de clima. Es ésta la más personal de las obras de Hugo, aquella en que la fórmula de la antítesis es puesta más claramente al servicio de una ideología.

Es poderosa en esta novela la evocación de la Inglaterra del siglo XVIII donde, en fuerte claroscuro, la brutalidad popular estalla bajo el barniz de un orgulloso refinamiento.

Victor Hugo

El hombre que ríe

(Edición Ilustrada)

Título original: *L'homme qui rit*
Victor Hugo, 1869
Traducción: Luis Echávarri
Ilustraciones: George Rochegrosse y Daniel Vierge
Diseño de cubierta: diego77

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: urijenny y diego77
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
El hombre que ríe
Introducción
PRIMERA PARTE - El mar y la noche
DOS CAPÍTULOS PRELIMINARES
1 - Ursus
I
II
III
IV
2 - Los comprachicos
I
II
III
IV
V
VI
LIBRO PRIMERO - La noche menos negra que el hombre
1 - La punta meridional de Portland
2 - Aislamiento
3 - Soledad
4 - Preguntas
5 - El árbol de invención humana
6 - Batalla entre la muerte y la noche
7 - La punta norte de Portland
LIBRO SEGUNDO - La urca en el mar
1 - Las leyes que no pertenecen al hombre
2 - Aclaración de las siluetas del comienzo
3 - Los hombres inquietos en el mar inquieto
4 - Entrada en escena de una nube diferente de las otras
5 - Hardquanonne
6 - Se creen ayudados
7 - Horror sagrado
8 - Nix y Nox
9 - Cuidado confiado al mar furioso
10 - La tempestad es la gran salvajeo
11 - Los Casquéis
12 - Cuerpo a cuerpo con el escollo
13 - Frente a frente con la noche
14 - Ortach
15 - Portentosum mare

16 - Benignidad súbita del enigma
17 - El último recurso
18 - El recurso supremo
LIBRO TERCERO - El niño en la sombra
1 - El Chess-Hill
2 - Efecto de nieve
3 - Toda vida dolorosa se complica con una carga
4 - Otra forma del desierto
5 - El misántropo hace de las suyas
6 - El despertar
SEGUNDA PARTE - Por orden del rey
LIBRO PRIMERO - Eterna presencia del pasado; Los hombres reflejan al hombre
1 - Lord Clancharlie
I
II
III
IV
2 - Lord David Dirry-Moir
I
II
III
IV
3 - La duquesa Josiana
I
II
III
4 - Magister elegantiarum
5 - La reina Ana
I
II
III
IV
6 - Barkilphedro
7 - Barkilphedro se abre camino
8 - Inferi
9 - Odiar es tan fuerte como amar
10 - Resplandores que se verían si el hombre fuera transparente
11 - Barkilphedro emboscado
12 - Escocia, Irlanda e Inglaterra
LIBRO SEGUNDO - Gwynplaine y Dea
1 - Donde se ve el rostro de quien todavía sólo se han visto los actos
2 - Dea
3 - Oculos non habet et videt
4 - Los enamorados adecuados
5 - Lo azul en lo negro

6 - Ursus pedagogo y Ursus tutor
7 - La ceguera da lecciones de clarividencia
8 - No sólo la dicha, sino también la prosperidad
9 - Extravagancias a las que las personas de mal gusto llaman poesía
10 - Ojeada de quien está fuera de todas las cosas y los hombres
11 - Gwynplaine está en lo justo y Ursus en lo cierto
12 - Ursus, poeta, lleva aparejado a Ursus, filósofo
LIBRO TERCERO - Comienzo de la hendidura
1 - La posada Tadcaster
2 - Elocuencia al aire libre
3 - Donde el transeúnte reaparece
4 - Los contrarios fraternizan en el odio
5 - El wapentake
6 - El ratón interrogado por los gatos
7 - Qué razones puede tener un cuádruplo para ir a envilecerse entre las monedas de cobre
8 - Síntomas de envenenamiento
9 - Abyssus abyssum vocat
LIBRO CUARTO - La cueva penal
1 - La tentación de San Gwynplaine
2 - De lo agradable a lo serio
3 - Lex, Rex, Fex
4 - Ursus espía a la policía
5 - Mal lugar
6 - Qué magistraturas había bajo las pelucas de antaño
7 - Estremecimiento
8 - Gemido
LIBRO QUINTO - El mar y la suerte se mueven bajo el mismo soplo
1 - Solidez de las cosas frágiles
2 - El que anda errante no se engaña
3 - Ningún hombre pasaría bruscamente de la Siberia al Senegal sin perder el conocimiento (Humboldt)
4 - Fascinación
5 - Se cree recordar y se olvida
LIBRO SEXTO - Varios aspectos de Ursus
1 - Lo que dice el misántropo
2 - Lo que hace
3 - Complicaciones
4 - Moenibus surdis campana muta
5 - La razón de Estado trabaja tanto en pequeño como en grande
LIBRO SÉPTIMO - La Titana
1 - Despertar
2 - Parecido de un palacio con un bosque
3 - Eva
4 - Satán

5 - Se reconoce, pero no se conoce
LIBRO OCTAVO - El Capitolio y su vecindad
1 - Disección de las cosas majestuosas
2 - Imparcialidad
3 - La vieja sala
4 - La vieja cámara
5 - Charlas altivas
6 - La alta y la baja
7 - Las tempestades de los hombres son peores que las de los océanos
8 - Sería buen hermano si no fuese buen hijos
LIBRO NOVENO - En ruina
1 - A través del exceso de grandeza es como se llega al exceso de miseria
2 - Residuo
CONCLUSIÓN - El mar y la noche
1 - Un perro de guardia puede ser un ángel guardián
2 - Barkilphedro apuntó al águila e hirió a la paloma
3 - El Paraíso vuelto a encontrar en este mundo
4 - No. Allá arriba
Sobre el autor
Sobre el Ilustrador
Sobre el Ilustrador
Notas

Introducción

Esta edición ilustrada es una fusión de dos ediciones en francés de finales del siglo XIX:

> *Edición publicada en 1876, con ilustraciones de* DANIEL VIERGE.
>
> *Edición publicada en 1886, con ilustraciones de* GEORGE ROCHEGROSSE *y* DANIEL VIERGE.

La mayoría de las ilustraciones que creó Vierge, se utilizaron en las dos ediciones, aunque con pequeños retoques.

Básicamente en la edición de 1876 eran ilustraciones en formato de página completa, mientras que en la edición de 1886 eran ilustraciones con un formato cuadrado.

Personalmente encuentro de más calidad las ilustraciones de 1876.

Sin más espero que disfrutéis de una de las mejores obras de la literatura de todos los tiempos.

Por otro lado, quiero dedicar esta edición a la persona que por primera vez me habló de este libro, en uno de los momentos más difíciles de mi vida, y que más de 30 años después he tenido la oportunidad de leer. ¡Va por ti Rodrigo!

Titivillus

Septiembre de 2014

VICTOR HUGO ILLUSTRÉ

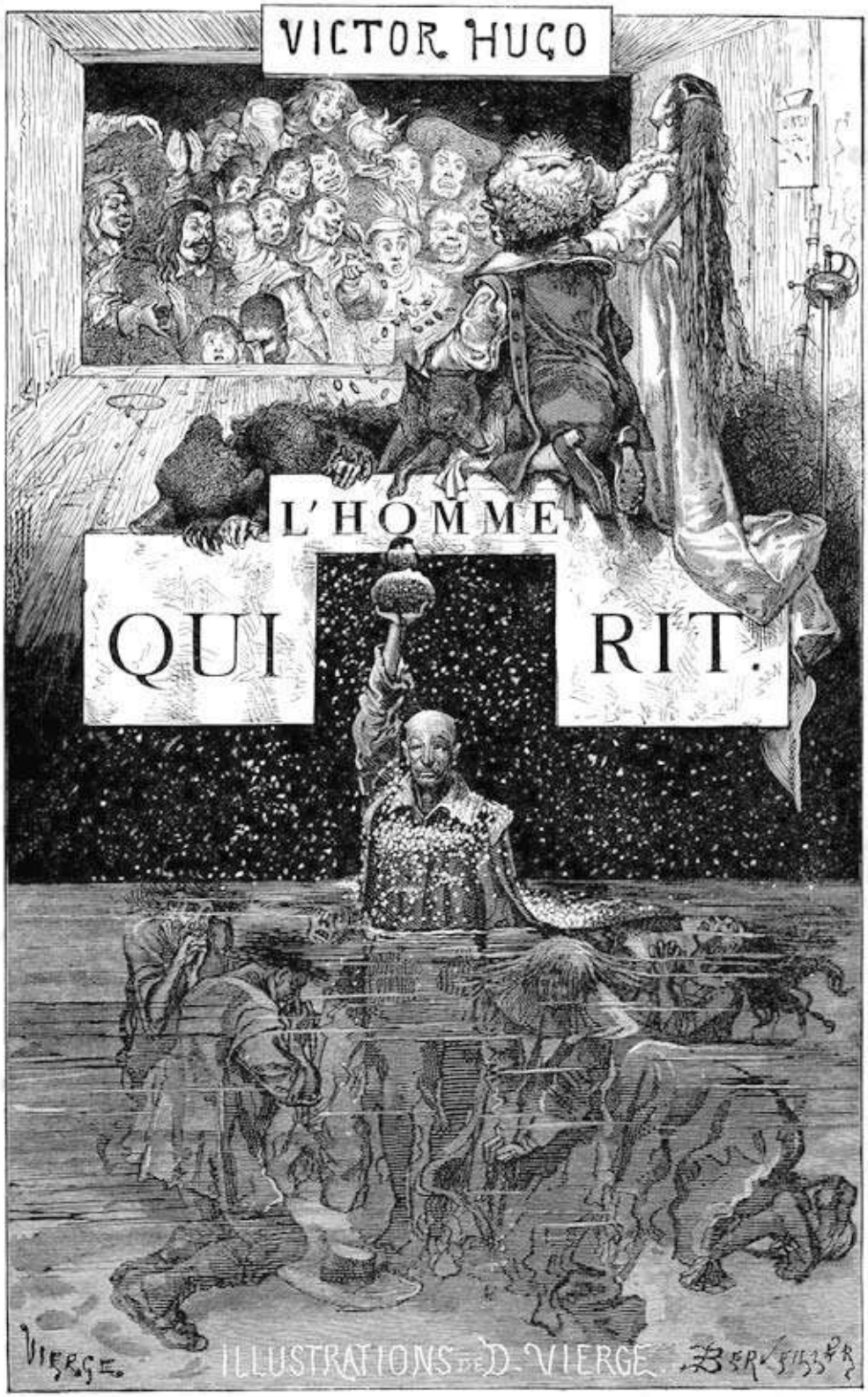
L'HOMME QUI RIT

ÉDITION ILLUSTRÉE

DESSINS DE MM.

G. ROCHEGROSSE ET D. VIERGE

L'HOMME QUI RIT



DEPOT GÉNÉRAL DE VENTE A LA LIBRAIRIE POLO

En Inglaterra todo es grande, inclusive lo que no es bueno, inclusive la oligarquía. El patriciado inglés es el patriciado en el sentido absoluto de la palabra. No hay feudalismo más ilustre, más terrible y más vivaz. Digamos que ese feudalismo fue útil en su época. Es en Inglaterra donde ese fenómeno, el Señorío, debe ser estudiado, así como es en Francia donde hay que estudiar el fenómeno llamado la Realeza.

El verdadero título de este libro sería *La aristocracia*. Otro libro, que seguirá, podrá titularse *La monarquía*. Y estos dos libros, si al autor le es posible terminar este trabajo, precederán y llevarán a otro que se titulará *El Noventa y Tres*.

Hauteville-House, 1869

PRIMERA PARTE

El mar y la noche

Dos Capítulos Preliminares

1
Ursus

I

Ursus y Homo estaban unidos por una amistad estrecha. Ursus era un hombre, y Homo era un lobo. Sus índoles concordaban. Era el hombre el que había bautizado al lobo. Probablemente también había elegido su propio nombre; como consideraba que el de *Ursus* era bueno para él, le pareció que el de Homo[1] era bueno para el animal. La asociación de este hombre con este animal se beneficiaba con las ferias, las fiestas

parroquiales, las esquinas de las calles en las que se agolpan los transeúntes y la necesidad que siente en todas partes el pueblo de escuchar pataratas y comprar drogas de charlatán. El lobo, dócil y graciosamente subalterno, agradaba a la multitud. Ver amansamientos es algo que complace. Nuestra satisfacción suprema consiste en contemplar cómo desfilan todas las variedades de la domesticación. Es lo que hace que acuda tanta gente a ver cómo desfilan los cortejos reales.

Ursus y Homo iban de encrucijada en encrucijada, de las plazas públicas de Aberystwith a las plazas públicas de Yeddburg, de región en región, de condado en condado, de ciudad en ciudad. Cuando se agotaba un mercado, pasaban a otro. Ursus vivía en una barraca rodante que Homo, suficientemente civilizado, arrastraba de día y vigilaba de noche. En los caminos difíciles, en las cuestas, cuando había demasiados baches y demasiado barro, el hombre se ataba el pretal al cuello y tiraba fraternalmente, junto al lobo. Así habían envejecido juntos. Acampaban a la ventura en un baldío, en el claro de un bosque, en una encrucijada de caminos, a la entrada de los villorrios, en las puertas de los poblados, en las plazas de mercado, en los paseos públicos, en las lindes de los parques, en los atrios de las iglesias. Cuando el carricoche se detenía en algún ferial, cuando las comadres acudían con la boca abierta, cuando los curiosos formaban círculo, Ursus peroraba y Homo aprobaba. Homo, con un platillo en el hocico, hacía cortésmente la colecta entre el público. Se ganaban la vida. El lobo era ilustrado, y el hombre también. Al lobo lo había adiestrado el hombre, o se había adiestrado él solo, en diversas gentilezas de lobo que contribuían a aumentar los ingresos. «Sobre todo no degeneres en hombre», le decía su amigo.

URSUS ET HOMO

El lobo nunca mordía; el hombre algunas veces. Por lo menos, morder era la pretensión de Ursus. Ursus era misántropo y, para subrayar su misantropía, se había hecho titiritero. Y también para vivir, pues el estómago impone sus condiciones. Además, ese titiritero misántropo, sea para complicarse o sea para completarse, era médico. Médico es poco, y era ventrílocuo. Se le veía hablar sin que moviese la boca. Copiaba, hasta el punto de que se los confundía, el acento y la pronunciación de cualquiera; imitaba las voces de modo que se creía oír a las personas. Él solo producía el murmullo de una multitud, lo que le daba derecho al título de *engastrimita*. Él se lo apropiaba. Reproducía toda clase de gritos de aves, del zorzal, del cuclillo, de la alondra, del mirlo de pecho blanco, todos viajeros como él; de

modo que, en instantes, hacía oír, a su voluntad, bien una plaza pública llena de rumores humanos, o bien una pradera llena de voces animales; ora era tempestuoso como una multitud, ora pueril y sereno como el alba. Por lo demás, esas habilidades, aunque raras, existen. En el siglo pasado un tal Touzel, que imitaba las algarabías mixtas de hombres y animales y copiaba todos los gritos de las bestias, estaba vinculado con Buffon en calidad de jardín zoológico. Ursus era sagaz, inverosímil, curioso y aficionado a las explicaciones raras que llamamos fábulas. Parecía creer en ellas. Esta desvergüenza formaba parte de su malicia. Examinaba la mano de los quídam, abría libros al azar y sacaba de ellos conclusiones, predecía los sinos, enseñaba que es peligroso encontrar un jumento negro, y más peligroso todavía oírse llamar, en el momento en que se parte para un viaje, por alguien que no sabe adónde vais, y se intitulaba «mercader de supersticiones». Decía: «Entre el arzobispo de Canterbury y yo hay una diferencia: yo confieso». Por lo que el arzobispo, justamente indignado, lo llamó un día; pero Ursus, hábil, desarmó a Su Gracia recitándole un sermón compuesto por él acerca del santo día de la Natividad, sermón que el arzobispo, encantado, aprendió de memoria, pronunció en el púlpito y publicó como de su cosecha. Gracias a lo cual, perdonó.

Como médico, Ursus curaba, porque lo era o a pesar de no serlo. Utilizaba las hierbas aromáticas. Era versado en los simples. Sacaba partido del gran poder curativo de un montón de plantas desdeñadas, como las hojas de avellano, la frángula blanca, el viburno, el cambrón, el viborno. Trataba la tisis con la hierba de la gota o rocío del sol; utilizaba con buen éxito hojas de euforbio, las que arrancadas por abajo son un purgante y arrancadas por arriba un vomitivo; quitaba el dolor de garganta por medio de la excrecencia vegetal llamada *oreja de judío*; sabía cuál es el junco que cura al buey, y la menta que cura al caballo; estaba al tanto de las bellezas y las bondades de la hierba mandrágora, la que, como nadie ignora, es hombre y mujer. Daba recetas. Curaba las quemaduras con lana de salamandra, de la que Nerón, según Plinio, tenía una servilleta. Poseía una retorta y un matraz; hacía transmutaciones y vendía panaceas. Se decía que en otro tiempo había estado encerrado en Bedlam; le habían hecho el honor de tomarlo por un insensato, pero lo dejaron en libertad al darse cuenta de que no era más que un poeta. Esa aventura no era cierta probablemente; todos padecemos esa clase de leyendas.

La realidad es que Ursus era sabihondo, hombre de buen gusto y viejo poeta latino. Era docto en las dos cosas: hipocratizaba y pindarizaba. Habría competido en estilo afectado con Rapin y Vida. Habría compuesto de una manera no menos triunfante que el padre Bouhours tragedias jesuitas. Como resultado de su familiaridad con los venerables ritmos y metros de los antiguos tenía imágenes propias y toda una familia de metáforas clásicas. Decía de una madre precedida por sus dos hijas que era un *dáctilo*, y de un padre seguido de sus dos hijos que era un *anapesto*, y de un niño que caminaba entre su abuelo y su abuela que era un *anfímacro*. Tanta ciencia no podía menos de terminar en el hambre. La escuela de

Salerno dice: «Comed poco y con frecuencia». Ursus comía poco y raras veces, obedeciendo así a una mitad del precepto y desobedeciendo a la otra, pero la culpa era del público, que no acudía siempre ni compraba con frecuencia. Ursus decía: «La expectoración de una sentencia alivia. Al lobo le consuela el aullido, al cordero la lana, al bosque la curruca, a la mujer el amor y al filósofo el epifonema». Ursus, si era necesario, fabricaba comedias que representaba aproximadamente, lo que le ayudaba a vender las drogas. Entre otras obras había compuesto una pastoral heroica en honor del caballero Hugh Middleton, quien, en 1608, llevó a Londres un río. Ese río estaba tranquilo en el condado de Hartford, a sesenta millas de Londres; el caballero Middleton fue allá y lo tomó; llevó un equipo de seiscientos hombres armados con palas y picos y se dedicó a remover la tierra, excavándola aquí y elevándola allá, a veces hasta a veinte pies de altura y otras veces hasta treinta pies de profundidad; hizo acueductos de madera en el aire, y aquí y allá ochocientos puentes de piedra, de ladrillo y de tablones, y una buena mañana el río entró en Londres, que carecía de agua. Ursus transformó todos esos detalles vulgares en una bella bucólica entre el río Támesis y el río Serpentine; el río pequeño invitaba al grande a venir a su casa, le ofrecía su lecho y le decía: «Yo soy demasiado viejo para agradar a las mujeres, pero soy lo bastante rico para pagarlas», modo ingenioso y galante de expresar que sir Hugh Middleton había hecho todos los trabajos a su costa.

Ursus era notable en el soliloquio. De complexión montaraz y charlatana, deseaba no ver a nadie y necesitaba hablar con alguien, y resolvía el problema hablándose a sí mismo. Quien haya vivido solitario sabe hasta qué punto es natural el monólogo. La palabra interior pugna por salir. Arengar al espacio es un exutorio. Hablar en voz alta y a solas produce el efecto de un diálogo con el dios que se tiene en uno mismo. Esa era, como se ignora, la costumbre de Sócrates. Se peroraba a sí mismo. Lo mismo hacía Lutero. Ursus tenía algo de esos grandes hombres. Poseía la facultad hermafrodita de ser su propio auditorio. Se interrogaba y se respondía, se glorificaba y se insultaba. Desde la calle se le oía monologar en su barraca. Los transeúntes, que tienen su manera propia de apreciar a las personas inteligentes, decían: «Es un idiota». A veces se injuriaba, como acabamos de decir, pero también había horas en que se hacía justicia. Un día, en una de esas alocuciones que se dirigía a sí mismo, se le oyó decir: «He estudiado el vegetal en todos sus misterios, en el tallo, en la yema, en el sépalo, en el pétalo, en el estambre, en el carpelo, en el óvulo, en la teca, en el esporangio y en la apotecia. He profundizado en la cromática, la osmología y la química, es decir en la formación del color y el sabor». Había sin duda en este certificado que Ursus entregaba a Ursus alguna fatuidad, pero que quienes no han profundizado en esas ciencias le arrojen la primera piedra.

Por suerte, Ursus nunca había ido a los Países Bajos. Seguramente allí habrían querido pesarlo para saber si tenía el peso normal más allá o más acá del cual un hombre es hechicero. En Holanda ese peso había sido fijado sabiamente por la ley. Nada era más sencillo y más ingenioso. Se trataba de una comprobación. Os ponían

en el platillo de una balanza y la cosa se hacía evidente si rompíais el equilibrio: si pesabais demasiado os ahorcaban y si pesabais demasiado poco os quemaban. Al presente se puede ver todavía en Oudewater la balanza para pesar a los hechiceros, pero ahora la emplean para pesar los quesos, ¡tanto ha degenerado la religión! Ursus habría tenido ciertamente dificultades con esa balanza. En sus viajes se abstuvo de ir a Holanda, e hizo bien. Por lo demás, creemos que nunca salió de Gran Bretaña.

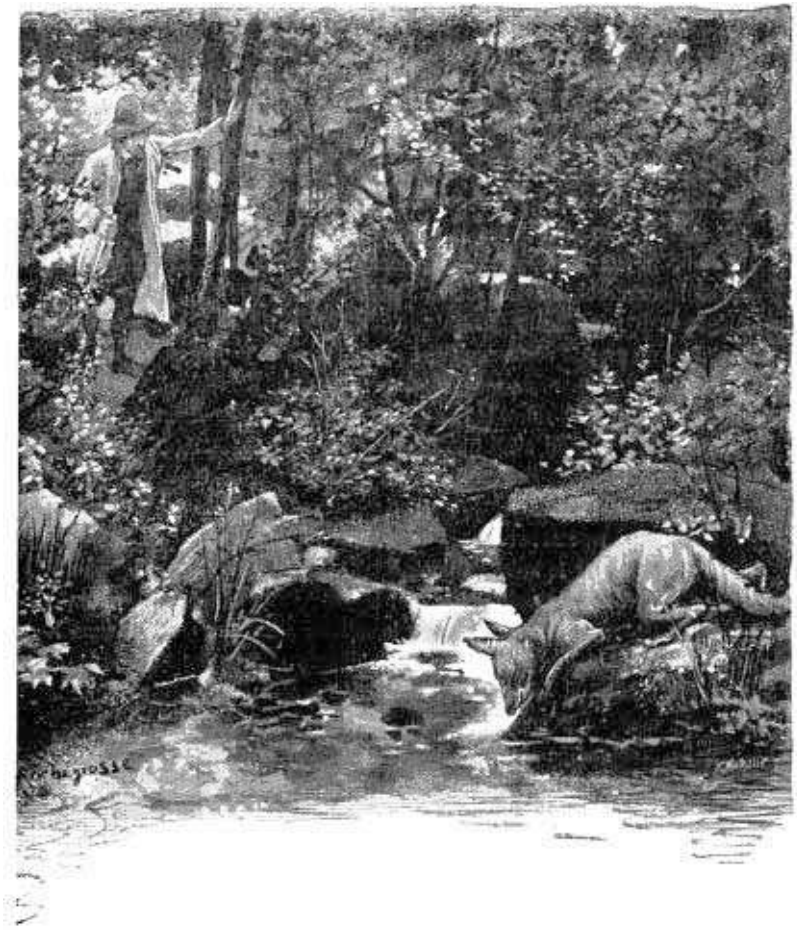
Como quiera que fuese, siendo muy pobre y muy arisco y habiendo conocido a Homo en un bosque, se aficionó a la vida errante. Había tomado al lobo en comandita y fue con él por los caminos y vivía al aire libre la gran vida del azar. Poseía mucho ingenio y segundas intenciones y un gran arte en todo lo que servía para curar, operar, quitar a la gente sus dolencias y realizar particularidades sorprendentes; se le consideraba un buen saltimbanqui y un buen médico; pasaba también, como se comprenderá, por mago, pero un poco, no demasiado, pues en esa época era peligroso para una persona que se la creyera amiga del diablo. La verdad era que Ursus, con su apasionamiento por la farmacia y su amor a las plantas, se exponía, pues iba con frecuencia a recoger hierbas en las fragosidades donde se hallan las ensaladas de Lucifer y donde se corre el riesgo, como ha hecho constar el consejero De l'Ancre, de encontrar al anochecer a un hombre que sale de la tierra, «tuerto del ojo derecho, sin capa, con la espada al costado, descalzo y harapiento». Por lo demás, Ursus, aunque de proceder y de temperamento excéntricos, era demasiado caballeroso para atraer o alejar el granizo, hacer aparecer caras, matar a un hombre con el tormento de obligarlo a bailar demasiado, sugerir sueños severos o tristes y espantosos y hacer que nacieran gallos con cuatro alas; no cometía esas maldades. Era incapaz de ciertas abominaciones. Como, por ejemplo, de hablar en alemán, hebreo o griego sin haberlo aprendido, lo que es señal de una perversidad execrable o de una enfermedad natural proveniente de algún humor melancólico. Si Ursus hablaba en latín era porque lo sabía. No se habría permitido hablar en siriaco porque no lo sabía; además, se ha comprobado que el siriaco es el idioma de los aquelarres. En medicina, prefería correctamente Galeno a Cardan, pues por muy sabio que fuera Cardan, no era más que una lombriz en comparación con Galeno.

En resumen, Ursus no era un personaje al que inquietaba la policía. Su barraca era lo bastante larga y ancha para que pudiese acostarse sobre un arca en la que guardaba sus ropas, poco suntuosas. Era propietario de una linterna, de muchas pelucas y de algunos utensilios colgados de clavos, entre ellos instrumentos de música. Poseía además una piel de oso con la que se cubría los días de gran espectáculo, y llamaba a eso vestirse. Decía: «Tengo dos pieles; esta es la verdadera». Y mostraba la piel de oso. La barraca con ruedas les pertenecía a él y al lobo. Además de ella, la retorta y el lobo, tenía una flauta y una viola de gamba, y las tocaba agradablemente. Él mismo fabricaba sus elixires. Sus habilidades le permitían comer algunas veces. En el techo de la barraca había un agujero por el que pasaba el tubo de una estufa de hierro colado contigua a su arca, suficiente para enrojecer la leña. Esa estufa tenía dos

compartimientos; en uno de ellos Ursus hacía alquimia y en el otro cocía papas. Por la noche, el lobo dormía bajo la barraca, amistosamente encadenado. Homo tenía el pelo negro y Ursus lo tenía gris; Ursus tenía cincuenta años, a menos que tuviera sesenta. Su aceptación del destino humano era tal que, como se acaba de ver, comía papas, inmundicia con que entonces se alimentaban los puercos y los presidiarios. Comía eso indignado y resignado. No era grande, sino largo. Estaba encorvado y melancólico. El cuerpo encorvado del anciano es el hundimiento de la vida. La naturaleza lo había hecho para estar triste. Le era difícil sonreír y siempre le había sido imposible llorar. Le faltaba el consuelo de las lágrimas y el paliativo de la alegría. Un viejo es una ruina que piensa; Ursus era esa ruina. Una locuacidad de charlatán, una delgadez de profeta y una irascibilidad de mina cargada: tal era Ursus. En su juventud había sido filósofo en casa de un lord.

Eso sucedía hace ciento ochenta años, en la época en que los hombres eran un poco más lobos que en la actualidad.

Pero no mucho más.



II

Homo no era un lobo cualquiera. Por su apetito de nísperos y manzanas se lo habría tomado por un lobo de pradera, por su pelaje oscuro se lo habría tomado por un licaón, y por su aullido atenuado en ladrido se lo habría tomado por un culpeo; pero todavía no se ha observado la pupila del culpeo para que se esté seguro de que no es un zorro, y Homo era un verdadero lobo. Su longitud era de cinco pies, que es una buena longitud de lobo inclusive en Lituania; era muy fuerte, tenía la mirada oblicua, pero no era suya la culpa; una lengua suave con la que a veces lamía a Ursus, y un estrecho matorral de pelos cortos en la espina dorsal, y su escualidez era una buena flacura de bosque. Antes de conocer a Ursus y de arrastrar un carricoche recorría alegremente sus cuarenta leguas en una noche. Ursus, quien lo encontró en un breñal, cerca de un arroyo de agua corriente, simpatizó con él viéndole pescar cangrejos con sabiduría y prudencia y saludó en él a un honrado y auténtico lobo kupara, del género llamado perro cangrejero.

Ursus prefería Homo a un asno como animal de carga. Hacer que tirara de su barraca un asno le habría repugnado; estimaba demasiado al asno para eso. Además, había observado que el asno, soñador de cuatro patas poco comprendido por los hombres, tiene a veces un enderezamiento de orejas inquietante cuando los filósofos

dicen tonterías. En la vida, entre nuestro pensamiento y nosotros un asno es un tercero, lo que resulta molesto. Como amigo, Ursus prefería Homo a un perro, pues estimaba que el lobo viene de más lejos hacia la amistad. Por eso Homo le bastaba a Ursus; era para él más que un compañero: un análogo. Ursus le daba palmadas en los flancos huecos y decía: «He encontrado mi tomo segundo». También decía: «Cuando me muera, quien quiera conocerme no tendrá que hacer más que estudiar a Homo. Lo dejaré como mi copia exacta».

La ley inglesa, poco tierna con los animales de los bosques, habría podido querellarse con aquel lobo y pleitearle por su osadía al entrar familiarmente en las ciudades, pero Homo se beneficiaba con la inmunidad concedida por un estatuto de Eduardo IV a los «domésticos»: «Podrá todo doméstico que sigue a su amo ir y venir libremente». Además, cierta lenidad respecto a los lobos era una consecuencia de la moda de las damas de la Corte en el reinado de los últimos Estuardo, las que, en vez de perros, tenían pequeños lobos-cosacos, llamados adives, del tamaño de gatos, que se hacían llevar de Asia con grandes gastos.

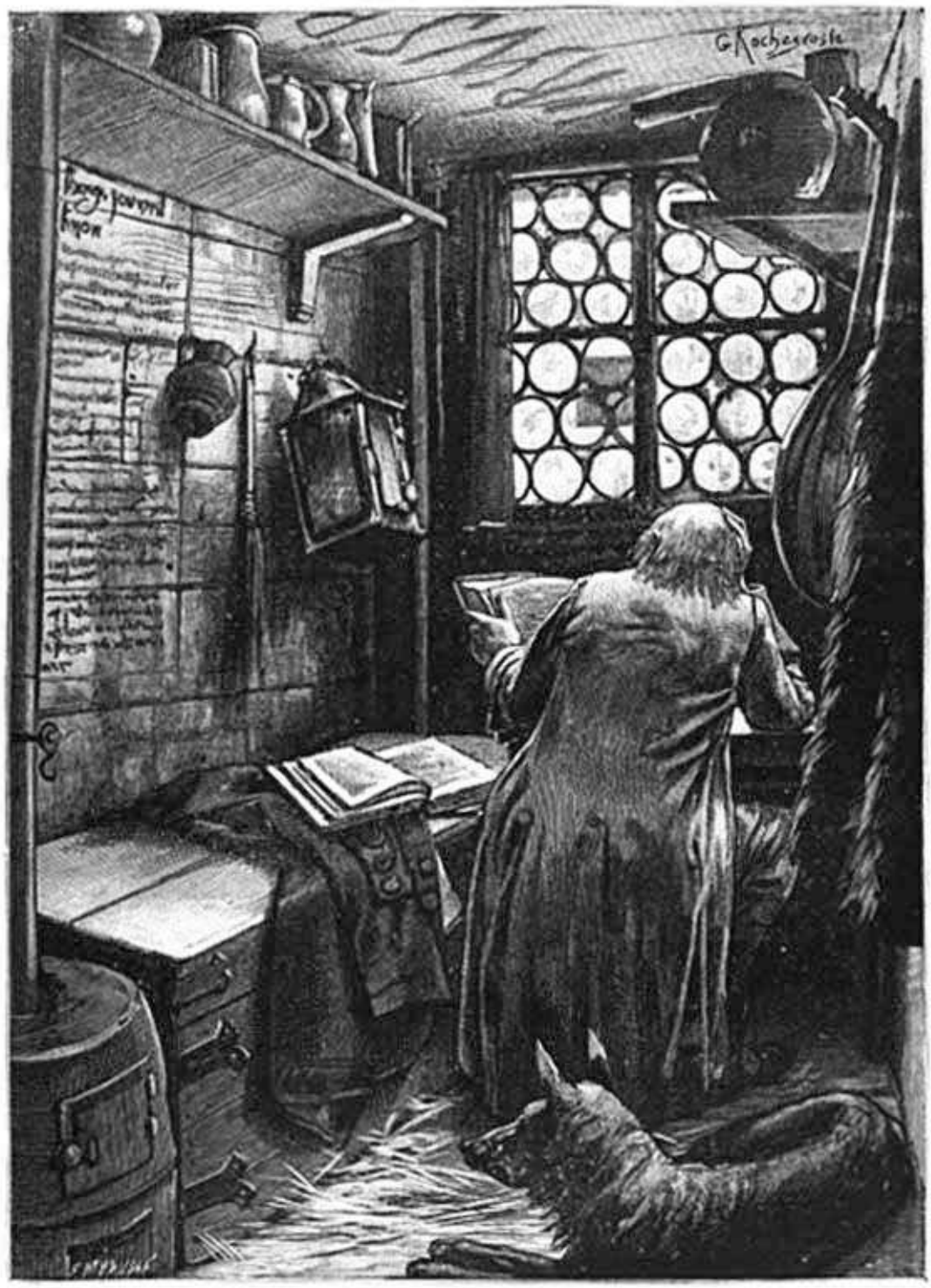
Ursus había comunicado a Homo una parte de sus habilidades, como mantenerse en pie, diluir su ira en mal humor, gruñir en vez de aullar, etc.; y por su parte el lobo había enseñado al hombre lo que sabía, como prescindir de techo, prescindir de pan, prescindir de fuego y preferir el hambre en un bosque a la esclavitud en un palacio.

La barraca, especie de cabaña-vehículo que seguía el itinerario más variado sin salir, no obstante, de Inglaterra y Escocia, tenía cuatro ruedas, más una vara para el lobo y una bolea para el hombre. Esa bolea estaba reservada para los malos caminos. Era sólida, aunque estaba construida con tablas livianas como el entramado de un tabique. Tenía en la delantera una puerta vidriera con un balconcito que servía para las arengas, tribuna mitigada con púlpito, y en la trasera una puerta completa con ventanilla. Bajando un estribo de tres peldaños que giraba sobre una bisagra se podía entrar en el carricoche, que de noche quedaba bien cerrado con pasadores y cerrojos. Sobre él había llovido y nevado mucho. Lo habían pintado, pero ya no se sabía de qué color, pues los cambios de estación son para los carricoches como los cambios de reinado para los cortesanos. En la delantera, en la parte exterior, en una especie de frontispicio enripiado, se había podido leer en un tiempo la siguiente inscripción en letras negras sobre fondo blanco que poco a poco se habían mezclado y confundido:

«El oro pierde anualmente con el frotamiento una catorce centésima parte de su volumen; es lo que se llama la *merma*; de lo que se sigue que, de mil cuatrocientos millones de oro que circulan en toda la tierra, se pierde todos los años un millón. Ese millón de oro se va en polvo, vuela, flota, se convierte en átomos, se hace respirable, carga, dosifica, lastra, hace pesadas las conciencias y se amalgama con el alma de los ricos, a los que hace soberbios, y con el alma de los pobres, a los que hace feroces».

Esta inscripción, borrada y tachada por la lluvia y por la bondad de la providencia, era por fortuna ilegible, pues es probable que, siendo a la vez enigmática y transparente, esta filosofía del oro respirado no habría sido del agrado de los

alguaciles, prebostes, ministriles y otros pelucones de la ley. La legislación inglesa no bromeaba en esa época. Se era fácilmente felón. Los magistrados se mostraban feroces por tradición, y la crueldad era rutinaria. Los jueces inquisidores pululaban, pues Jeffrys había tenido crías.



LA CAHUTE.

III

Dentro de la barraca había otras dos inscripciones. Sobre el arca, en la pared de tablas lavada con agua de cal, se leía ésta, escrita con tinta y a mano:

Únicas cosas que importa saber

«El barón par de Inglaterra lleva una diadema de seis perlas.

«La corona comienza en el vizconde.

«El vizconde lleva una corona de perlas innumerables; el conde una corona con perlas en las puntas entremezcladas con hojas de fresas más bajas; el marqués, perlas y hojas de la misma altura; el duque, florones sin perlas; el duque real, un círculo de cruces y de flores de lis; el príncipe de Gales, una corona parecida a la del rey, pero no cerrada.

«El duque es muy alto y muy poderoso príncipe; el marqués y el conde, muy noble y poderoso señor; el vizconde, noble y poderoso señor; el barón, verdaderamente señor.

«El duque es *gracia*; los otros pares son *señoría*.

«Los lores son inviolables.

«Los pares son de cámara y corte, *concilium* y *curia*, legislatura y justicia.

«Most honourable es más que right honourable.

«A los lores pares se los llama “lores de derecho”; a los lores no pares, “lores de cortesía”; no hay más lores que los que son pares.

«El lord nunca presta juramento, ni al Rey ni en justicia. Su palabra basta. Dice: “Por mi honor”.

«Los comunes, que son el pueblo, cuando los envían al tribunal de los lores, se presentan humildemente, con la cabeza descubierta, ante los pares cubiertos.

«Los comunes envían a los lores los proyectos de ley por medio de cuarenta miembros que presentan el proyecto con tres reverencias profundas.

«Los lores envían a los comunes los proyectos de ley por medio de un simple empleado.

«En caso de conflicto, las dos cámaras conferencian en la cámara pintada, los pares sentados y cubiertos, los comunes en pie y descubiertos.

«Según una ley de Eduardo VI, los lores tienen el privilegio de homicidio simple. Un lord que mata a un hombre simplemente no es procesado.

«Los barones tienen la misma categoría que los obispos.

«Para ser barón par hay que depender del Rey *per baroniam integram*, por baronía entera. La baronía entera se compone de trece feudos nobles y un cuarto; cada feudo noble es de veinte libras esterlinas, lo que importa cuatrocientos marcos.

«La cabeza de baronía, *caput baroniae*, es un castillo regido hereditariamente como Inglaterra misma, es decir que no puede ser trasmitido a las hijas sino por falta de hijos varones, y en ese caso corresponde a la hija mayor, *coeteris filiabus aliunde satisfactis*[2].

«Los barones tienen la cualidad de *lord*, del sajón *laford*, del latín clásico *dominus* y del bajo latín *lordus*.

«Los hijos mayores y segundones de los vizcondes y barones son los primeros escuderos del reino. Los hijos mayores de los pares tienen la precedencia sobre los caballeros de la Jarretera; los segundones no la tienen. El hijo mayor de un vizconde va detrás de todos los barones y delante de todos los baronets.

«Toda hija de lord es *lady*. Las otras muchachas inglesas son *miss*.

«Todos los jueces son inferiores a los pares. El alguacil tiene un capuchón de pieles blancas de todas clases, menos de armiño. El armiño se reserva a los pares y al rey.

«No se puede conceder *supplicavit*[3] contra un lord. Un lord no puede ser encarcelado por deudas. Fuera del caso de la Torre de Londres.

«Un lord llamado a la casa del Rey tiene derecho a matar uno o dos gamos en el parque real.

«El lord tiene en su castillo corte de barón.

«Es indigno de un lord que salga a la calle con capa y seguido por dos lacayos. Sólo puede exhibirse con un gran séquito de gentil hombres domésticos.

«Los pares van al Parlamento en carrozas uno tras otro; los comunes, no. Algunos pares van a Westminster en sillas invertidas de cuatro ruedas. La forma de esas sillas y de las carrozas con blasones y coronas sólo se les permite a los lores y forma parte de su dignidad.

«Un lord no puede ser condenado a pagar una multa sino por los lores, y jamás a más de cinco chelines, con excepción del duque, que puede ser condenado a diez.

«Un lord puede tener en su casa seis forasteros; cualquier otro inglés no puede tener más de cuatro.

«Un lord puede tener ocho toneles de vino sin pagar derechos.

«El lord está exento de presentarse ante el *sheriff* de circuito.

«Al lord no se le puede imponer la milicia.

«Cuando le place a un lord, recluta un regimiento y se lo da al Rey. Así hacen sus gracias el duque de Athol, el duque de Hamilton y el duque de Nortumberland.

«El lord depende solamente de los lores.

«En los procesos de interés civil puede exigir la anulación de su causa si no hay por lo menos un caballero entre los jueces.

«El lord nombra a sus capellanes. Un barón nombra tres capellanes; un vizconde, cuatro; un conde y un marqués, cinco; un duque, seis.

«Un lord no puede ser puesto en el potro ni siquiera por alta traición.

«El lord no puede ser marcado en la mano.

«El lord es letrado, aunque no sepa leer. Lo sabe de derecho.

«Un duque se hace acompañar por un dosel en todas partes donde no está el Rey; un vizconde tiene un dosel en su casa; un barón tiene una cobertera de muestra y se la hace sostener bajo la copa cuando bebe; una baronesa tiene derecho a que le lleve la cola un hombre en presencia de una vizcondesa.

«Ochenta y seis lores, o hijos mayores de lores, presiden las ochenta y seis mesas, de quinientos cubiertos cada una, que se sirven cada día a Su Majestad en su palacio a costa de la región que rodea al palacio real.

«A un plebeyo que golpea a un lord le cortan la mano.

«El lord es casi rey.

«El Rey es casi Dios.

«La tierra es un señorío.

«Los ingleses le llaman a Dios *mylord*».

Frente a esta inscripción se leía una segunda, escrita de la misma manera y que decía lo siguiente:

Satisfacciones que deben bastar a quienes nada tienen

«Henri Auverquerque, conde de Grantham, que se sienta en la Cámara de los Lores entre el conde de Jersey y el conde de Greenwich, tiene cien mil libras esterlinas de renta. A su señoría pertenece el palacio de Grantham-Terrace, construido completamente de mármol y célebre por lo que se llama el laberinto de los corredores, curiosidad que comprende el corredor encarnado de mármol de Sarancolin, el corredor pardo de lumaquela de Astracán, el corredor blanco de mármol de Lani, el corredor negro de mármol de Alabanda, el corredor gris de mármol de Staremma, el corredor amarillo de mármol de Hesse, el corredor verde de mármol del Tirol, el corredor rojo a medias de mármol de Bohemia y de lumaquela de Córdoba, el corredor azul de mármol de Génova, el corredor violeta de granito de Cataluña, el corredor de duelo de vetas blancas y negras de esquisto de Murviedro, el corredor rosado de cipolino de los Alpes, el corredor perla de lumaquela de Nonnette, y el corredor de todos los colores, llamado el corredor cortesano, de mármol arlequinado.

«Richard Lowther, vizconde de Lonsdale, posee Lowther, en el Westmoreland, que tiene un acceso fastuoso y cuya escalinata parece invitar a los reyes a entrar.

«Richard, conde de Scarborough, vizconde y barón Lumley, vizconde de Waterford en Irlanda, virrey y vicealmirante del condado de Northumberland, y de Durham, ciudad y condado, posee la doble castellanía de Stansted, la antigua y la moderna, donde se admira una magnífica verja en semicírculo que rodea un estanque con un surtidor incomparable. Además es dueño del castillo de Lumley.

«Robert Darcy, conde de Holderness, tiene su dominio de Holderness, con torres de barón y jardines infinitos de estilo francés por los que se pasea en una carroza tirada por seis caballos y precedida por dos criados a caballo como corresponde a un par de Inglaterra.

«Charles Beauclerk, duque de Saint-Albans, conde de Burford, barón Heddington, gran halconero de Inglaterra, tiene una casa en Windsor, regia junto a la del Rey.

«Charles Bodville, lord Robartes, barón Truro, vizconde Bodmyn, posee Wimple en Cambridge; lo forman tres palacios con tres frontones, uno arqueado y los otros dos triangulares. Se llega entre una cuádruple hilera de árboles.

«El muy noble y muy poderoso lord Philippe Herbert, vizconde de Caerdif, conde de Montgomeri, conde de Pembroke, señor y par de Candall, Marmion, Saint-Quentin y Churland, visitador hereditario del Colegio de Jesús, posee el maravilloso jardín de Willton, donde tiene dos estanques más bellos que los del Versalles del Rey Cristianísimo Luis XIV.

«Charles Seymour, duque de Somerset, tiene Somerset-House sobre el Támesis que iguala a la villa Pamphili de Roma. Se ven en la gran chimenea dos jarrones de porcelana de la dinastía de los Yuen y que valen medio millón de francos.

«En Yorkshire, Arthur, lord Ingram, vizconde Irwin, es dueño de Temple-Newsham, al que se entra por un arco de triunfo y cuyos anchos techos planos se parecen a las azoteas moriscas.

«Robert, lord Ferrers de Chartley, Bourchier y Lovaina, posee en el Leicestershire la propiedad llamada Staunton-Harold, cuyo parque de diseño geométrico tiene la forma de un templo con frontón; y delante del estanque, la gran iglesia con campanario cuadrado pertenece a su señoría.

«En el condado de Northampton, Charles Spencer, conde de Sunderland, del consejo privado de Su Majestad, posee Althrope, al que se entra por una verja con cuatro pilares coronados por grupos de mármol.

«Laurence Hyde, conde de Rochester, tiene, en Surrey, New-Park, magnífico por su acrotera tallada, su césped circular rodeado de árboles y sus bosques, en el extremo de los cuales hay una montañita artísticamente redondeada y coronada por un gran roble que se ve desde lejos.

«Philippe Stanhope, conde de Chesterfield, posee Bredby, en Derbyshire, con un pabellón de relojes magnífico, halconeros, cotos y bellos estanques cuadrados y ovalados, uno de ellos en forma de espejo, con dos surtidores que ascienden a gran altura.

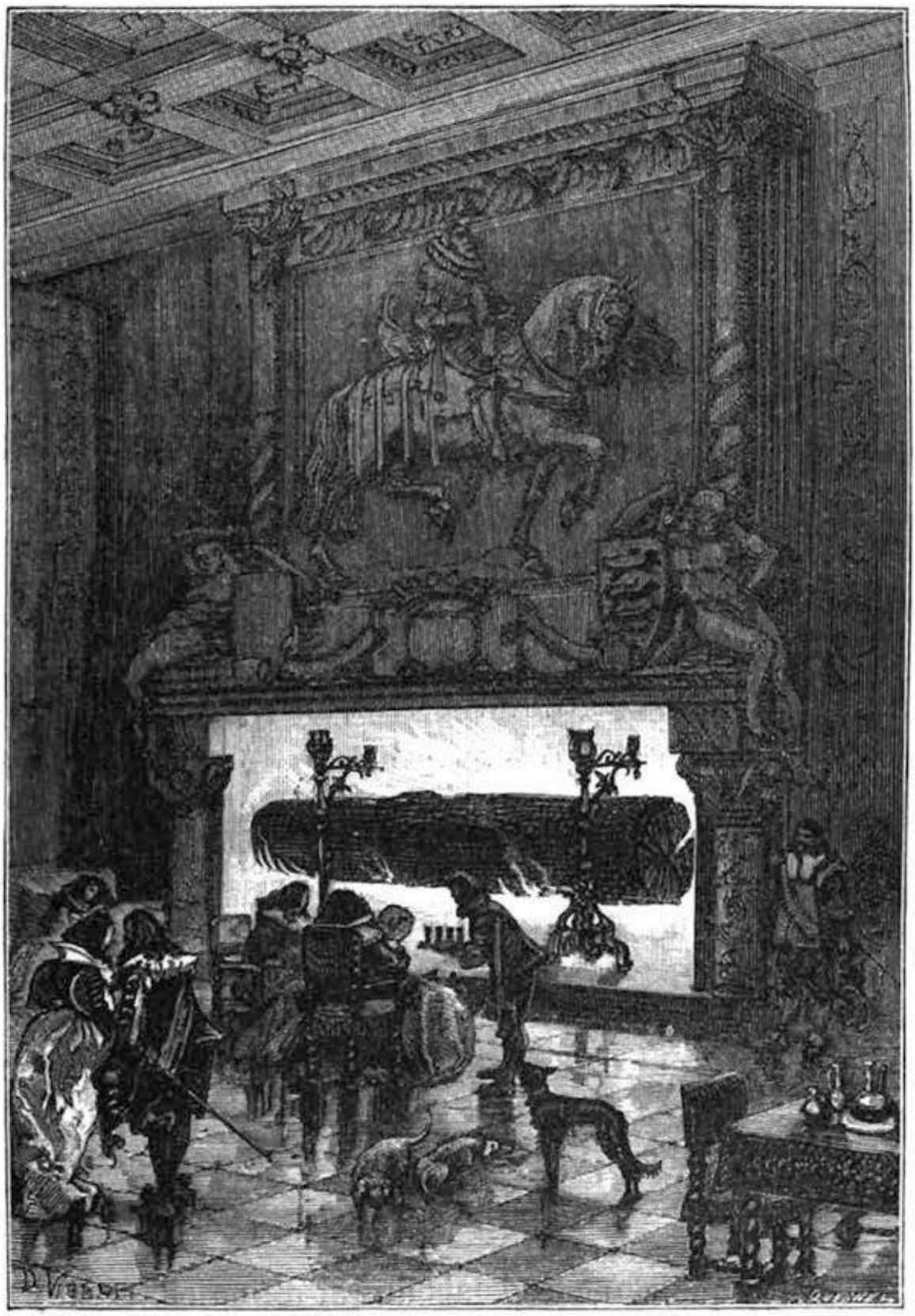
«Lord Cornwallis, barón de Eye, tiene Brome-Hall, que es un palacio del siglo XIV.

«El muy noble Algernon Capel, vizconde Malden, conde de Essex, posee Cashiobury en Hersfordshire; es un castillo con la forma de una gran H donde hay montes abundantes en caza.

«Charles, lord Ossulstone, tiene en Middlesex la propiedad llamada Dawly, a la que se llega por jardines italianos.

«James Ceillo, conde de Salisbury, posee, a siete leguas de Londres, Hartfield-House, con sus cuatro pabellones señoriales, su torre de atalaya en el centro y su patio de honor, con baldosas blancas y negras como el de Saint-Germain. Este palacio, que tiene doscientos setenta y dos pies de frente, fue construido en el reinado de Jacobo I por el gran tesorero de Inglaterra que fue el bisabuelo del conde reinante. Allí se ve el lecho de una condesa de Salisbury; tiene un precio inestimable, pues está completamente hecho con una madera del Brasil que es una panacea contra la mordedura de las serpientes y que se llama *milhombres*. En ese lecho está escrito en las letras de oro: *Hottni soit qui mal y pense*.

«Edward Rich, conde de Warwick y Holanda, posee el Castillo de Warwick, en las chimeneas del cual se queman encinas enteras.



«En la parroquia de Seven-Oaks, Charles Sackville, barón Buckhurst, vizconde Cranfield, conde de Dorset y Middlesex, posee Knowle, que es grande como una ciudad y se compone de tres palacios, situados paralelamente el uno detrás del otro

como filas de infantería, con diez frontispicios con escalera en la fachada principal y una puerta bajo un torreón de cuatro torres.

«Thomas Thynne, vizconde Weymouth, barón Varminster, posee Long-Leate, que tiene casi tantas chimeneas, linternas, glorietas, garitas, pabellones y torrecillas como Chambord en Francia, perteneciente al Rey.

«Henry Howard, conde de Suffolk, tiene, a doce leguas de Londres, el palacio de Audleyene en Middlesex, el cual apenas cede en grandeza y majestuosidad al Escorial del rey de España.

«En Bedforshire, Wrest-House-and-Park, que es todo un país rodeado de fosos y murallas, con bosques, ríos y colinas, pertenece a Henri, marqués de Kent.

«Hampton-Court, en Hereford, con su poderoso torreón almenado, y su jardín limitado por un estanque que lo separa del bosque, pertenece a Thomas, lord Coningsby.

«Grimsthorp, en Lincolnshire, con su larga fachada cortada por altas torrecillas en punta, sus parques, sus estanques, sus criaderos de faisanes, sus rediles, sus parterres de césped, sus alamedas de árboles al tresbolillo, sus senderos, sus arboledas, sus parterres de flores cuadriculados o romboidales que parecen grandes alfombras, sus praderas para carreras y la majestuosidad del círculo que describen las carrozas para entrar en el castillo, pertenece a Robert, conde de Lindsay, lord hereditario del bosque de Walham.

«Up Park, en Sussex, castillo cuadrado con dos pabellones simétricos con torre de atalaya a ambos lados del patio de honor, pertenece al muy honorable Ford, lord Grey, vizconde Glendale y conde de Tankarville.

«Newnham Padox, en Warwickshire, que tiene dos viveros cuadranglares y un frontispicio con vidriera de cuatro cristales, pertenece al conde de Denbigh, que es conde de Rheinfelden en Alemania.

«Wythame, en el condado de Berk, con su jardín francés en el que hay cuatro glorietas talladas, y su gran torre almenada con un escudo en el que se ven dos altas naves de guerra, pertenece a lord Montague, conde de Abingdon, también dueño de Rycott, del que es barón y en cuya puerta principal se lee la divisa: *Virtus ariete fortior*[4].

«William Cavendish, duque de Devonshire, posee seis castillos, uno de los cuales es Chatsvvorth, de dos pisos y del estilo griego más bello; además su gracia tiene su palacio de Londres, donde hay un león que vuelve la espalda al palacio del Rey.

«El vizconde Kinalmeaky, que es conde de Cork en Irlanda, tiene la Burlington-House en Piccadilly, con grandes jardines que llegan hasta los campos fuera de Londres; posee también Chiswick, donde hay nueve cuerpos de habitaciones magníficas; y Londesburgh, que es un palacio nuevo junto a otro viejo.

«El duque de Beaufort posee Chelsea, que contiene dos castillos góticos y uno florentino; también es dueño de Badmington en Glocester, que es una residencia de la que irradian como de una estrella una multitud de avenidas. El muy noble y poderoso

príncipe Henri, duque de Beaufort, es al mismo tiempo marqués y conde de Worcester, barón Raglan, barón Power y barón Herbert de Chepstow.

«John Holles, duque de Newcastle y marqués de Clare, es dueño de Bolsover, cuyo torreón cuadrado es majestuoso, y de Haughton en Nottingham, donde en el centro de un estanque hay una pirámide redonda que imita la Torre de Babel.

«William, lord Craven, barón Craven de Hampstead, tiene en Warwickshire una residencia, Comb-Abbey, donde se ve el surtidor más bello de Inglaterra, y en Berkshire dos baronías: Hampstead Marshall, cuya fachada muestra cinco linternas góticas, y Asdowne Park, castillo situado en el punto de intersección de un cruce de caminos en un bosque.

«Lord Linnoeus Clancharlie, barón Clancharlie y Hunkerville, marqués de Corleone en Sicilia, basa su dignidad de par en el castillo de Clancharlie construido en 914 por Eduardo el Viejo contra los daneses, y Hunkerville-House en Londres, que es un palacio, más en Windsor el palacio Corleone-lodge, y ocho castellanías, una en Bruxton, sobre el Trent, con derecho a las canteras de alabastro, y Gumdraith, Homble, Moricambe, Trenwardraith, Hell-Kerters, donde hay un pozo maravilloso; Pillinmore y sus turberas, Reculver, cerca de la vieja ciudad de Vagniacae; Vinecaunton, en la montaña Moilenlli; más diecinueve burgos y aldeas con bailes, y toda la región de Pensneth-chase, todo lo cual, en conjunto, produce a su señoría cuarenta mil libras esterlinas de renta.

«Los ciento setenta y dos pares que gobiernan bajo Jacobo II poseen en conjunto una renta de un millón doscientas setenta mil libras esterlinas al año, o sea la undécima parte de la renta total de Inglaterra».

Al margen del último nombre, lord Linnoeus Clancharlie, se leía esta nota escrita por Ursus:

«Rebelde; desterrado; bienes, castillos y dominios embargados. Bien hecho».

IV

Ursus admiraba a Homo. Se admira lo que se tiene cerca. Es una ley.

Estar siempre sordamente furioso era la situación interior de Ursus y refunfuñar su situación exterior. Ursus era el descontento de la creación. Es natural que haya quien se oponga. Tomaba a mala parte el universo. No le satisfacía nadie ni nada. Hacer la miel no absolvía a la abeja de picar; hacer que florezca una rosa no absolvía al sol de la fiebre amarilla y el vómito negro. Es probable que en la intimidad Ursus criticara mucho a Dios. Decía: «Evidentemente, el diablo se mueve por resorte y el error de Dios consiste en haber soltado el disparador». Apenas aprobaba más que a los príncipes y tenía su manera propia de aplaudirlos. Un día en que Jacobo II donó a la Virgen de una capilla católica irlandesa una lámpara de oro macizo, Ursus, que pasaba por allí con Homo, más indiferente, estalló en admiración ante todo el pueblo y exclamó: «Es cierto que la santa Virgen necesita una lámpara de oro más que estos niños descalzos necesitan zapatos».

Tales pruebas de su «lealtad» y la evidencia de su respeto por los poderes establecidos no contribuían poco, probablemente, a que los magistrados tolerasen su existencia vagabunda y su compañerismo desigual con un lobo. Al anochecer dejaba a veces, por debilidad amistosa, que Homo estirase un poco los miembros y errase en libertad alrededor de la barraca; el lobo era incapaz de un abuso de confianza y se comportaba «en sociedad», es decir entre los hombres, con la discreción de un perro de aguas; sin embargo, si se las tenía que haber con alcaldes de mal humor, eso podía tener inconvenientes, por lo que Ursus mantenía encadenado el mayor tiempo posible al honrado lobo. Desde el punto de vista político, su cartel acerca del oro, que se había puesto indescifrable y además era poco inteligible, no era más que un galimatías superficial y no lo delataba. Inclusive después de Jacobo II y en el reinado «respetable» de Guillermo y María, las pequeñas poblaciones de los comandos de Inglaterra podían ver pasar tranquilamente su carricoche. Viajaba libremente de un extremo al otro de Gran Bretaña, vendiendo sus filtros y sus redomas, haciendo, a medias con el lobo, sus mojigangas de médico de encrucijada, y pasaba con facilidad a través de las redes policiales, tendidas en esa época en toda Inglaterra para apresar a las bandas nómadas y particularmente para impedir el paso de los «comprachicos[5]».

Por lo demás, eso era justo. Ursus no pertenecía a banda alguna. Ursus vivía con Ursus, en una conversación a solas de él mismo consigo mismo en la que un lobo metía a veces graciosamente el hocico. Ursus habría deseado ser caribe; como no podía serlo, era el que está solo. El solitario es un diminutivo del salvaje, aceptado por la civilización. Se está tanto más solo cuando se anda errante. A eso se debía su traslado perpetuo. Quedarse en alguna parte le parecía un amansamiento. Pasaba la vida recorriendo caminos. La vista de las ciudades redoblaba en él la predilección por los matorrales, los breñales, los espinos y los agujeros en las rocas. Su domicilio era

el bosque. No se sentía muy extraviado entre el murmullo de las plazas públicas, bastante parecido al runrún de los árboles. La multitud satisface en cierta medida la afición al desierto. Lo que le desagradaba de su barraca era que tenía una puerta y ventanas y se parecía a una casa. Habría conseguido su ideal si hubiera podido poner una caverna sobre cuatro ruedas y viajar en un antro.

No sonreía, como hemos dicho, pero reía, y a veces frecuentemente, con una risa amarga. Hay consentimiento en la sonrisa, en tanto que la risa es con frecuencia un rechazamiento.

Su gran tarea consistía en odiar al género humano. Era implacable en ese odio. Habiendo aclarado que la vida humana es una cosa espantosa, habiendo observado la superposición de las plagas, de los reyes sobre el pueblo, la guerra sobre los reyes, la peste sobre la guerra, el hambre sobre la peste, la necedad sobre todo; habiendo comprobado cierta cantidad de castigo en el solo hecho de existir, habiendo reconocido que la muerte es una liberación, cuando le llevaban un enfermo lo curaba. Tenía cordiales y brebajes para prolongar la vida de los ancianos. Volvía a poner en pie a los lisiados y les lanzaba este sarcasmo: «Ya estás sobre tus patas. ¡Ojalá puedas caminar largo tiempo por el valle de lágrimas!». Cuando veía un pobre que se moría de hambre le daba todas las monedas de cobre que llevaba consigo y refunfuñaba: «¡Vive, miserable! ¡Come! ¡Dura largo tiempo! No seré yo quien abrevie tu encarcelamiento». Después de lo cual se frotaba las manos y añadía: «Hago a los hombres todo el mal que puedo».

Los transeúntes podían, por el agujero de la ventanilla trasera, leer en el techo de la barraca este letrero escrito dentro, pero visible desde fuera, trazado con carbón en letras gruesas: URSUS, FILÓSOFO.

2
Los comprachicos

I

¿Quién conoce ahora la palabra *comprachicos* y su significado?

Los comprachicos, o comprapequeños, eran una horrible y extraña asociación nómada famosa en el siglo XVII, olvidada en el XVIII e ignorada al presente. Los comprachicos son, como «el polvo de sucesión», un antiguo detalle social característico. Forman parte de la vieja fealdad humana. Para la gran mirada de la historia, que ve los conjuntos, los comprachicos se relacionan con el inmenso hecho de la Esclavitud. José, vendido por sus hermanos, es un capítulo de su leyenda. Los compra-chicos han dejado su huella en las legislaciones penales de España e Inglaterra. En la confusión oscura de las leyes inglesas se encuentra aquí y allá la presión de ese hecho monstruoso, como se encuentra la impresión del pie de un salvaje en un bosque.

Comprachicos, lo mismo que comprapequeños, es una palabra española compuesta.

Los comprachicos comerciaban con los niños. Los compraban y vendían.

No los robaban. El robo de niños es otra industria.

¿Y qué hacían con esos niños? Monstruos. ¿Por qué monstruos? Para reír.

El pueblo necesita reír; los reyes también. En las plazas públicas es necesario el payaso y en los palacios reales el bufón. El uno se llama Turlupin y el otro Triboulet.

Los esfuerzos del hombre para procurarse alegría son a veces dignos de la atención del filósofo.

¿Qué esbozamos en estas pocas páginas preliminares? Un capítulo del más terrible de los libros, del libro que se podría intitular: *La explotación de los desdichados por los dichosos*.

II

Un niño destinado a ser un juguete para los hombres es algo que ha existido. (Existe todavía al presente). En las épocas ingenuas y feroces eso constituía una industria especial. El siglo XVII, llamado el gran siglo, fue una de esas épocas. Fue un siglo muy bizantino; poseía una ingenuidad corrompida y una ferocidad delicada, variedad curiosa de la civilización. Un tigre que hacía remilgos. Madame de Sévigné melindrea a propósito de la hoguera y de la rueda. Ese siglo explotó mucho a los niños; los historiadores, adulones de ese siglo, han ocultado la llaga, pero han dejado ver el remedio: Vicente de Paul.

Para que el hombre juguete tenga buen éxito hay que tomarlo temprano. Al enano hay que enseñarle cuando es niño. Se manejaba a la infancia. Pero un niño derecho no es muy divertido. Un jorobado es más alegre.

De ahí nació un arte. Había criadores. Se tomaba un hombre y se hacía de él un aborto; se tomaba un rostro y se hacía con él un mascarón. Se comprimía el crecimiento, se modelaba la fisonomía. Esta producción artificial de casos teratológicos tenía sus reglas. Era toda una ciencia. Imagínese una ortopedia en sentido inverso. Allí donde Dios ha puesto la mirada este arte ponía el estrabismo. Allí donde Dios ha puesto la armonía se ponía la deformidad. Allí donde Dios ha puesto la perfección se restablecía el esbozo. Y para los conocedores era el esbozo el perfecto. Había también reparaciones de recalce para los animales; se inventaban caballos píos; Turena montaba un caballo pío. ¿En nuestros días no se pinta a los perros de azul y de verde? La naturaleza es nuestro cañamazo. El hombre ha querido siempre añadir algo a Dios. El hombre retoca la creación, a veces para mejorarla y otras veces para empeorarla. El bufón de corte no era otra cosa que una tentativa de hacer que el hombre volviera al mono. Era un progreso hacia atrás, una obra maestra hecha a reculones. Al mismo tiempo se trataba de convertir al mono en hombre. Barbe, duquesa de Cleveland y condesa de Southampton, tenía como paje a un mico. En casa de Françoise Sutton, baronesa Dudley, octava paresa del banco de los barones, el té era servido por un babuino vestido de brocado de oro al que lady Dudley llamaba «mi negro». Catherine Sidley, condesa de Dorchester, iba a sentarse en el Parlamento en una carroza blasonada en la trasera de la cual se mantenían en pie, con los hocicos al viento, tres papiones con librea de gala. Una duquesa de Medina-Coeli, a la que el cardenal Polus vio levantarse, se hacía poner las medias por un orangután. Estos monos ascendidos hacían contrapeso a los hombres embrutecidos y bestializados. Esta promiscuidad, querida por los grandes, del hombre y la bestia era subrayada particularmente por el enano y el perro. El enano nunca abandonaba al perro, siempre mayor que él. El perro era el compañero del enano. Eran como dos collares acoplados. Atestiguan esta yuxtaposición numerosos monumentos

domésticos, sobre todo el retrato de Jeffrey Hudson, enano de Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV y esposa de Carlos I.

Degradar al hombre lleva a deformarlo. Se completaba la supresión de estado con la desfiguración. Algunos vivisectores de esa época conseguían muy bien borrar en el rostro humano la efigie divina. El doctor Conquest, miembro del colegio de Amen-Street y visitador jurado de las tiendas de químicos de Londres, escribió un libro en latín acerca de esa cirugía al revés y cita los procedimientos. Si se ha de creer a Justus de Carrick-Fergus, el inventor de esta cirugía fue un monje llamado Aven-More, palabra irlandesa que significa *Gran Río*.

El enano del elector palatino, Perkeo, cuya muñeca — o el espectro — sale de una caja de sorpresas en la cueva de Heidelberg, era un notable ejemplar de esta ciencia, muy variada en sus aplicaciones.

Eso hacía seres cuya ley de existencia era monstruosamente sencilla: permiso para sufrir y orden de divertir.

III

Esta fabricación de monstruos se practicaba en gran escala y comprendía diversos géneros.

La necesitaba el sultán y la necesitaba el Papa, el uno para vigilar a sus mujeres y el otro para rezar sus oraciones. Era un género aparte que no podía reproducirse por sí mismo. Estos casi humanos eran útiles para la voluptuosidad y para la religión. El serrallo y la capilla Sixtina consumían la misma especie de monstruos, aquí feroces, allá suaves.

Se sabía producir en esa época cosas que no se producen ya ahora, se poseían habilidades que nos faltan, por lo que no sin razón las buenas almas proclaman la decadencia. Ya no se sabe esculpir en plena carne humana; eso se debe a que el arte de los suplicios se pierde; se era virtuoso en ese género y ya no se es; se ha simplificado ese arte hasta el punto de que pronto tal vez desaparezca por completo. Al cortar los miembros a hombres vivos, al abrirles el vientre, al arrancarles las vísceras, se sorprendía en flagrante delito a los fenómenos y se hacían hallazgos. Ahora hay que renunciar a ello y nos hemos privado de los progresos que el verdugo aportaba a la cirugía.

Esa vivisección de antaño no se limitaba a confeccionar fenómenos para la plaza pública, bufones para los palacios, o sea aumentativos del cortesano, y eunucos para los sultanes y los papas. Abundaba en variantes. Uno de sus triunfos consistió en hacer un gallo para el rey de Inglaterra.

Era costumbre que en el palacio del rey de Inglaterra hubiese una especie de hombre nocturno que cantaba como el gallo. Ese velador, en pie mientras los demás dormían, rondaba por el palacio y de hora en hora lanzaba ese grito de corral, repetido las veces necesarias para reemplazar a un reloj. Aquel hombre, promovido a gallo, había sufrido para ello en su infancia una operación en la faringe que forma parte del arte descrito por el doctor Conquest. En el reinado de Carlos II, como una salivación inherente en la operación desagradó a la duquesa de Portsmouth, se conservó la función para no disminuir el brillo de la corona, pero se hizo que lanzara el grito del gallo un hombre no mutilado. Se elegía ordinariamente para ese empleo honorable a un exfuncionario. En el reinado de Jacobo II ese funcionario se llamaba William Sampson Gallo y recibía anualmente por su canto nueve libras, dos chelines y seis sueldos[6].

Hace apenas cien años, en Petersburgo, como refieren las memorias de Catalina II, cuando el zar o la zarina estaban descontentos con un príncipe ruso, hacían que el príncipe se pusiese en cuclillas en la gran antecámara del palacio, y permaneciera en esa postura un número de días determinado, maullando, por orden, como un gato, o cloqueando como una gallina clueca, y picoteando en el suelo sus alimentos.

Estas modas pertenecen al pasado, pero menos de lo que se cree. Ahora los cortesanos que cloquean para complacer modifican un poco la entonación. Más de uno recoge del suelo, no decimos que del barro, lo que come.

Es una gran suerte que los reyes no puedan equivocarse. De esta manera sus contradicciones nunca embarazan. Aprobando sin cesar se está seguro de tener siempre razón, lo que es agradable. A Luis XIV no le habría gustado ver en Versalles a un funcionario que hacía el gallo, ni a un príncipe que hacía el gallipavo. Lo que realzaba la dignidad real e imperial en Inglaterra y en Rusia le habría parecido a Luis el Grande incompatible con la corona de San Luis. Se conoce su descontento cuando madame Enriqueta se descuidó una noche hasta el extremo de ver en sueños una gallina, grave inconveniencia, en efecto, en una persona de la Corte. Cuando se es grande no se debe soñar con lo bajo. Bossuet, como se recordará, compartió el escándalo de Luis XIV.

IV

El comercio de niños del siglo XVII se completaba, como hemos explicado, con una industria. Los comprachicos hacían ese comercio y ejercían esa industria. Compraban niños, trabajaban un poco esa materia prima y la revendían luego.

Los vendedores eran de todas clases, desde el padre miserable que se desembarazaba de su familia, hasta el amo que utilizaba su potrero de esclavos. Nada había más sencillo que la venta de hombres. En nuestros días se ha combatido para mantener ese derecho. Se recordará que hace menos de un siglo el elector de Hesse vendía sus súbditos al rey de Inglaterra, que necesitaba hombres que se hicieran matar en América. Se iba a casa del elector de Hesse como a una carnicería para comprar carne. El elector de Hesse tenía carne de cañón. Ese príncipe colgaba de un gancho a sus súbditos en su tienda. Compradlos, están en venta. En Inglaterra, bajo Jeffreys, después de la trágica aventura de Monmouth, hubo muchos señores y caballeros decapitados y descuartizados; esos ajusticiados dejaron esposas e hijas, viudas y huérfanas que Jacobo II donó a la Reina su esposa. La Reina vendió esas damas a Guillermo Penn. Es probable que ese rey percibiese un tanto por ciento. Lo que sorprende no es que Jacobo II vendiera a esas mujeres, sino que Guillermo Penn las comprara.

La compra de Penn se excusa, o se explica, porque tenía que sembrar de hombres un desierto y necesitaba mujeres. Las mujeres formaban parte de sus herramientas.

Las damas fueron un buen negocio para su graciosa majestad la Reina. Las jóvenes se vendieron a buen precio. Se piensa con el malestar de una sensación de escándalo complicado que Penn, probablemente, habría podido comprar viejas duquesas muy baratas.

Los comprachicos se llamaban también «cheylas», palabra india que significa *desanidadores de niños*.

Durante largo tiempo los comprachicos sólo se ocultaban a medias. Hay a veces en el orden social una penumbra complaciente para las industrias infames; se conservan en ella. En nuestros días hemos visto en España una asociación de esa clase dirigida por el trabucaire Ramón Selles y que duró desde 1834 hasta 1866 y durante treinta años mantuvo bajo el terror a tres provincias: Valencia, Alicante y Murcia.

Bajo los Estuardo los comprachicos no estaban mal vistos en la Corte. Si era necesario, la razón de Estado se servía de ellos. Para Jacobo II fueron casi un *instrumeatum regni*[7]. Era la época en que se truncaba a las familias molestas y refractarias, se acortaban las descendencias y se suprimía bruscamente a los herederos. A veces se frustraba a una rama en beneficio de otra. Los comprachicos poseían la habilidad de desfigurar, lo que los recomendaba a la política. Desfigurar es preferible a matar. Es cierto que existía la máscara de hierro, pero era un medio

grosero. No se podía poblar a Europa con máscaras de hierro, en tanto que los juglares deformes recorrían las calles sin inverosimilitud; además, la máscara de hierro se puede arrancar, pero no la máscara de carne. Os enmascaráis para siempre con vuestro propio rostro; nada puede ser más ingenioso. Los comprachicos trabajaban al hombre como los chinos trabajan el árbol. Poseían secretos, como hemos dicho, y empleaban trucos. Ese arte se ha perdido. Cierto desmedro extraño salía de sus manos. Era ridículo y profundo. Tocaban a un pequeño ser con tanto ingenio que su padre no lo habría reconocido: *Et que méconnaitrait l'oeil mème de son père*, dice Racine con una falta de francés. A veces dejaban la columna dorsal derecha, pero rehacían la cara. Desmarcaban a un niño como se desmarca un pañuelo.

Los productos destinados a ser titiriteros tenían las articulaciones dislocadas de una manera sabia. Parecían deshuesados. Eso los convertía en gimnastas.

Los comprachicos no solo le quitaban al niño su rostro, sino también la memoria. Al menos se la quitaban todo lo que podían. El niño no tenía conciencia de la mutilación que había sufrido. Esa cirugía espantosa dejaba huella en su rostro, pero no en su mente. Lo más que podía recordar era que un día se habían apoderado de él unos hombres, luego se había dormido y a continuación lo habían curado. ¿Curado de qué? Lo ignoraba. De las quemaduras con azufre y las incisiones con hierro no se acordaba. Los comprachicos, durante la operación, adormecían al pequeño paciente por medio de un polvo estupefaciente considerado mágico y que suprimía el dolor. Ese polvo era conocido en China desde tiempo inmemorial y todavía se lo emplea en la actualidad. China tuvo antes que nosotros todos nuestros inventos: la imprenta, la artillería, la navegación aérea, el cloroformo. Sólo que el descubrimiento que en Europa adquiere inmediatamente vida y desarrollo y se convierte en prodigio de maravilla, en China sigue en estado de embrión y se conserva muerto. China es un bocal de fetos.

Puesto que estamos en China, quedémonos allí un momento más para hablar de un detalle. En todos los tiempos se ha practicado en China un refinamiento del arte y del ingenio que consiste en el amoldamiento del hombre vivo. Se toma un niño de dos o tres años, se lo mete en un jarrón de porcelana más o menos raro, sin tapa y sin fondo para que sobresalgan la cabeza y los pies. Durante el día se mantiene ese jarrón en pie y por la noche se lo acuesta para que el niño pueda dormir. El niño crece así sin agrandarse y llena con su carne comprimida y sus huesos quebrados las abolladuras del jarrón. Este crecimiento embotellado dura muchos años. En un momento dado es irremediable. Cuando se juzga que el monstruo está ya hecho se rompe el jarrón, el niño sale de él y se tiene un hombre con la forma de una vasija.

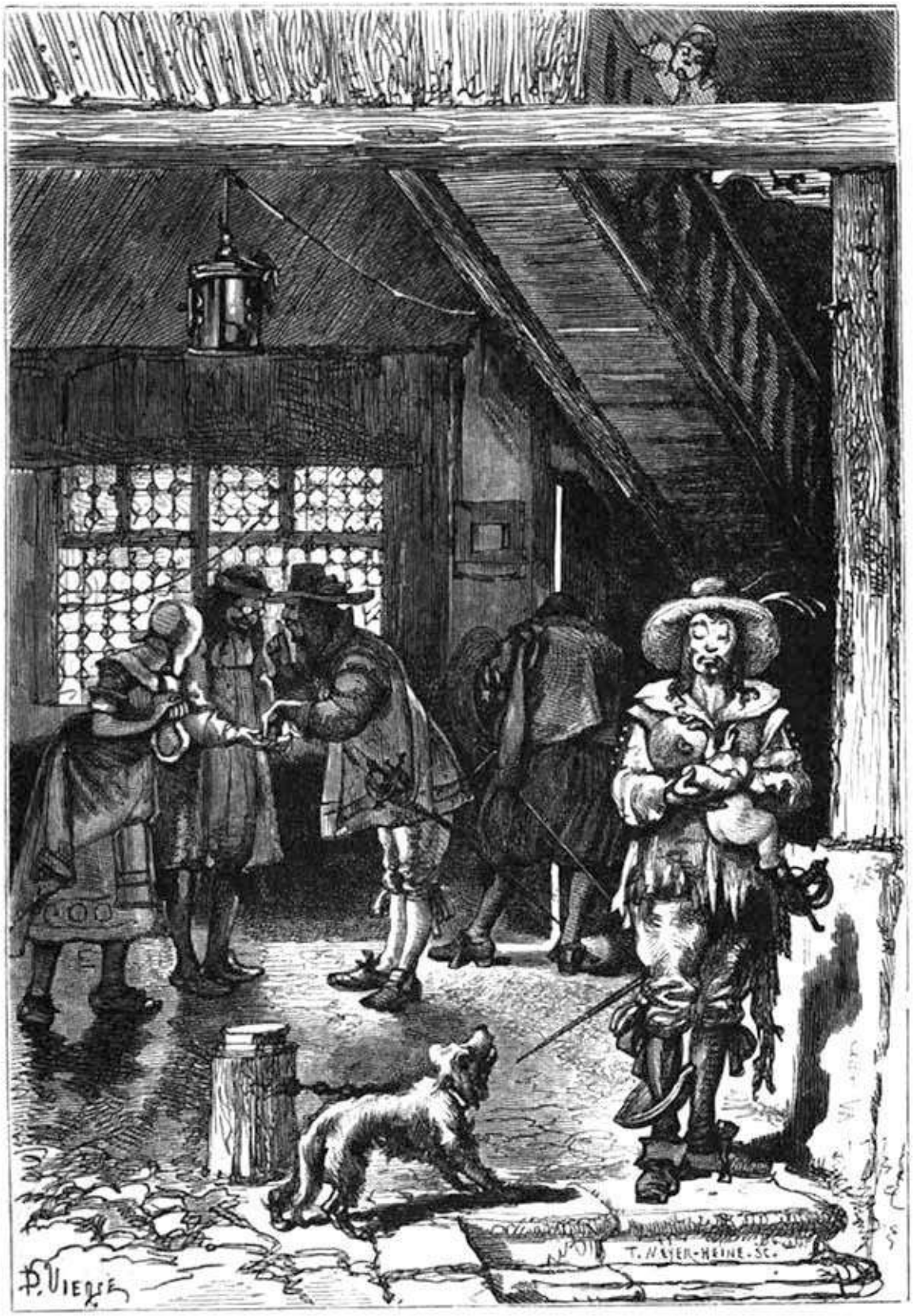
Eso es cómodo; de antemano se puede encargar un enano de la forma que se desee.

V

Jacobo II toleró a los comprachicos por una buena razón: porque los utilizaba. Al menos eso le sucedió más de una vez. No siempre se desdeña lo que se desprecia. A esa industria de abajo, a veces un recurso excelente para la industria de arriba, llamada política, se la dejaba voluntariamente miserable, pero no se la perseguía. No era objeto de vigilancia alguna, pero sí de cierta atención. Eso puede ser útil. La ley cerraba un ojo y el Rey abría el otro.

A veces el Rey llegaba a confesar su complicidad. Son esas las audacias del terrorismo monárquico. El desfigurado era flordelisado; le quitaban la marca de Dios y le ponían la marca del Rey. Jacob Astley, caballero y baronet, señor de Melton, constable en el condado de Norfolk, tuvo en su familia un niño vendido, en la frente del cual el comisario vendedor había impreso con hierro caliente una flor de lis. En ciertos casos, si se quería hacer constar, por cualquiera razón, el origen regio de la nueva situación creada al niño, se empleaba ese medio. Inglaterra nos ha hecho siempre el honor de utilizar para sus usos personales la flor de lis.

Los comprachicos, con el matiz que distingue a una industria de un fanatismo, eran análogos a los estranguladores de la India; vivían entre ellos, en bandas, un poco histriones, pero por pretexto. La circulación les era así más fácil. Acampaban aquí y allá, pero serios, religiosos y sin parecido alguno con los otros nómadas, incapaces de robar. Durante largo tiempo la gente los confundió equivocadamente con los moriscos de España y los moriscos de China. Los moriscos de España eran monederos falsos y los moriscos de China eran rateros. Nada de eso eran los comprachicos, sino personas honradas. Piénsese lo que se quiera, se mostraban a veces sinceramente escrupulosos. Empujaban una puerta, entraban, compraban un niño, lo pagaban y se lo llevaban. Todo se hacía correctamente.



Pertenecían a todos los países. Con el nombre de comprachicos fraternizaban ingleses, franceses, castellanos, alemanes e italianos. Un mismo pensamiento, una misma superstición, la explotación en común de un mismo oficio hacen esas fusiones. En esa fraternidad de bandidos los levantinos representaban al Oriente y los del oeste

al Occidente. Muchos vascos dialogaban con muchos irlandeses; el vasco y el irlandés se comprenden, pues hablan la vieja jerga púnica; añádase a eso las relaciones íntimas de la Irlanda católica con la católica España. Esas relaciones eran tales que terminaron haciendo ahorcar en Londres a casi un rey de Irlanda, el lord galés de Brany, lo que produjo el condado de Letrim.

Los comprachicos eran una asociación más bien que una horda, un residuo más bien que una asociación. Eran toda el hampa del universo que tenía por industria el crimen. Eran una especie de pueblo arlequín compuesto con todos los harapos. Afiliar a un hombre era coser un andrajo.

Errar era la ley de vida de los comprachicos. Aparecer y luego desaparecer. Quien no es más que tolerado no arraiga. Inclusive en los reinos donde su industria era proveedora de las cortes y, en caso necesario, auxiliar del poder real, se los maltrataba de pronto. Los reyes utilizaban su arte y ponían a los artistas en las galeras. Esas inconsecuencias son los vaivenes del capricho real. «Pues eso es lo que nos place».

Piedra movediza e industria que vagabundea no crían moho. Los comprachicos eran pobres. Habrían podido decir lo que dijo la bruja escuálida y en harapos al ver que encendían la antorcha de la hoguera: «La cosa no merece la pena». Tal vez, inclusive probablemente, sus jefes, desconocidos, los empresarios en gran escala del comercio de niños, eran ricos. Al cabo de dos siglos sería difícil aclarar ese punto.

Se trataba, como hemos dicho, de una asociación. Tenía sus leyes, su juramento, sus fórmulas. Y casi su cábala. Quien al presente deseara saber más acerca de los comprachicos no tendría que hacer más que ir a Vizcaya o a Galicia. Como había muchos vascos entre ellos, es en esas montañas donde perdura su leyenda. Todavía se habla de los comprachicos en Oyarzun, Urbistondo, Lezo y Astigarraga. «*Aguarda te, niño, que voy a llamar al comprachicos*[8]» es en ese país el grito de intimidación de las madres a los niños.

Los comprachicos, como los cíngaros y los gitanos, se daban citas; de vez en cuando los jefes conversaban. En el siglo XVII tenían cuatro puntos de encuentro principales: uno en España, el desfiladero de Pancorbo; uno en Alemania, el claro de bosque llamado la Mala Mujer, cerca de Diekirch, donde hay dos bajorrelieves enigmáticos que representan una mujer con cabeza y un hombre que no la tiene; uno en Francia, el cerro donde estaba la colosal estatua Massue-laa promesse, en el antiguo bosque sagrado de Borvo-Tomona, cerca de Bourbonne-les-Bains; y otro en Inglaterra, detrás de la pared del jardín de William Chaloner, escudero de Gisbrough en Cleveland de York, entre la torre cuadrada y el gran frontispicio con una puerta ojival.

VI

Las leyes contra los vagabundos han sido siempre muy rigurosas en Inglaterra. Inglaterra, en su legislación gótica, parecía inspirarse en este principio: *Homo errans fera errante pejor*[9]. Uno de sus estatutos especiales califica al hombre sin asilo «más peligroso que el áspid, el dragón, el lince y el basilisco» (*atrocior aspide, dracone, lynce et basilico*). Durante largo tiempo Inglaterra sintió la misma inquietud por los gitanos, de los que quería librarse, que por los lobos, de los que se había librado.

En esto el inglés se diferencia del irlandés, que ruega a los santos por la salud del lobo, al que llama «mi padrino».

La ley inglesa, no obstante, lo mismo que toleraba, como se acaba de ver, al lobo domesticado, convertido en cierto modo en un perro, toleraba al vagabundo registrado, convertido en súbdito. No inquietaban el titiritero, ni el barbero ambulante, ni el físico, ni el buhonero, ni el sabihondo al aire libre, pues tenían un oficio para vivir. Fuera de eso y salvo esas excepciones, la especie de hombre libre que hay en el hombre errante atemorizaba a la ley. Un pasajero era un enemigo posible. No se conocía esa cosa moderna que es callejear, ni esa cosa antigua que es vagabundear. La «mala facha», ese no sé qué que todo el mundo comprende y nadie puede definir, era suficiente para que la sociedad asiese a un hombre por el cuello. «¿Dónde vives? ¿Qué haces?». Y si no podía responder le esperaban duros castigos. El hierro y el fuego figuraban en el código. La ley practicaba la cauterización de la vagancia.

De ahí, en todo el territorio inglés, una verdadera «ley de los sospechosos», aplicada a los vagabundos, malhechores voluntarios, digámoslo, y particularmente a los gitanos, la expulsión de los cuales ha sido comparada sin razón con la expulsión de los judíos y los moros de España, y de los protestantes de Francia. Por lo que a nosotros respecta, no confundimos una batida con una persecución.

Los comprachicos, insistimos en ello, nada tenían de común con los gitanos. Los gitanos eran una nación; los comprachicos eran un compuesto de todas las naciones, un residuo, como hemos dicho; un enorme barreño de aguas inmundas. Los comprachicos no tenían, como los gitanos, un idioma propio; su jerga era una promiscuidad de idiomas; todas las lenguas mezcladas eran su lengua; hablaban un galimatías. Habían terminado siendo, como los gitanos, un pueblo que serpenteaba entre los otros pueblos, pero su vínculo común era la asociación, no la raza. En todas las épocas de la historia se puede comprobar, en esa vasta masa líquida que es la humanidad, esos arroyos de hombres ponzoñosos que corren aparte, con algún envenenamiento a su alrededor. Los gitanos eran una familia; los comprachicos, una francmasonería, una masonería que no tenía un propósito augusto, sino una industria horrible. Última diferencia: la religión. Los gitanos eran paganos y los comprachicos

cristianos, e inclusive buenos cristianos, como corresponde a una asociación que, aunque era una mezcolanza de todos los pueblos, había nacido en España, país devoto.

Eran más que cristianos: eran católicos; eran más que católicos: eran romanos; y tan suspicaces en su fe y tan puros que se negaron a asociarse con los nómadas húngaros del comitado de Pesth, mandados y conducidos por un anciano que llevaba como cetro un bastón con puño de plata coronado por el águila austríaca de dos cabezas. Es cierto que esos húngaros eran cismáticos hasta el extremo de que celebraban la fiesta de la Asunción el 27 de agosto, lo que es abominable.

En Inglaterra, mientras reinaron los Estuardo, la asociación de los comprachicos estuvo, y hemos dejado entrever los motivos, casi protegida. Jacobo II, hombre fervoroso, que perseguía a los judíos y acorralaba a los gitanos, fue un buen príncipe para los comprachicos. Ya se ha visto por qué. Los comprachicos eran los compradores de la mercadería humana que vendía el Rey. Sobresalían en las desapariciones. El bien del Estado quiere desapariciones de vez en cuando. Un heredero molesto en tierna edad, del que se apoderaban y al que recomponían, perdía su forma. Eso facilitaba las confiscaciones. Las transferencias de señorías a los favoritos se simplificaban. Los comprachicos eran, además, muy discretos y taciturnos, se comprometían a mantener silencio y cumplían su palabra, lo que es necesario para los asuntos de Estado. Casi no había un solo ejemplo de que hubiesen traicionado los secretos del Rey. Es cierto que lo hacían por interés. Si el Rey hubiese perdido la confianza se habrían visto en gran peligro. En consecuencia, la política podía recurrir a ellos. Además, aquellos artistas proporcionaban cantores al Santo Padre. Eran útiles para cantar el Miserere de Allegri. Sentían una devoción particular por María. Todo esto complacía al papismo de los Estuardo. Jacobo II no podía ser hostil a unos hombres religiosos que llevaban la devoción a la Virgen hasta fabricar eunucos. En 1688 hubo un cambio de dinastía en Inglaterra. Orange suplantó a Estuardo. Guillermo III reemplazó a Jacobo II.

Jacobo II fue a morir en el destierro, donde se hicieron milagros sobre su tumba y sus reliquias curaron al obispo de Autun de la fístula, digna recompensa por las virtudes cristianas de ese príncipe.

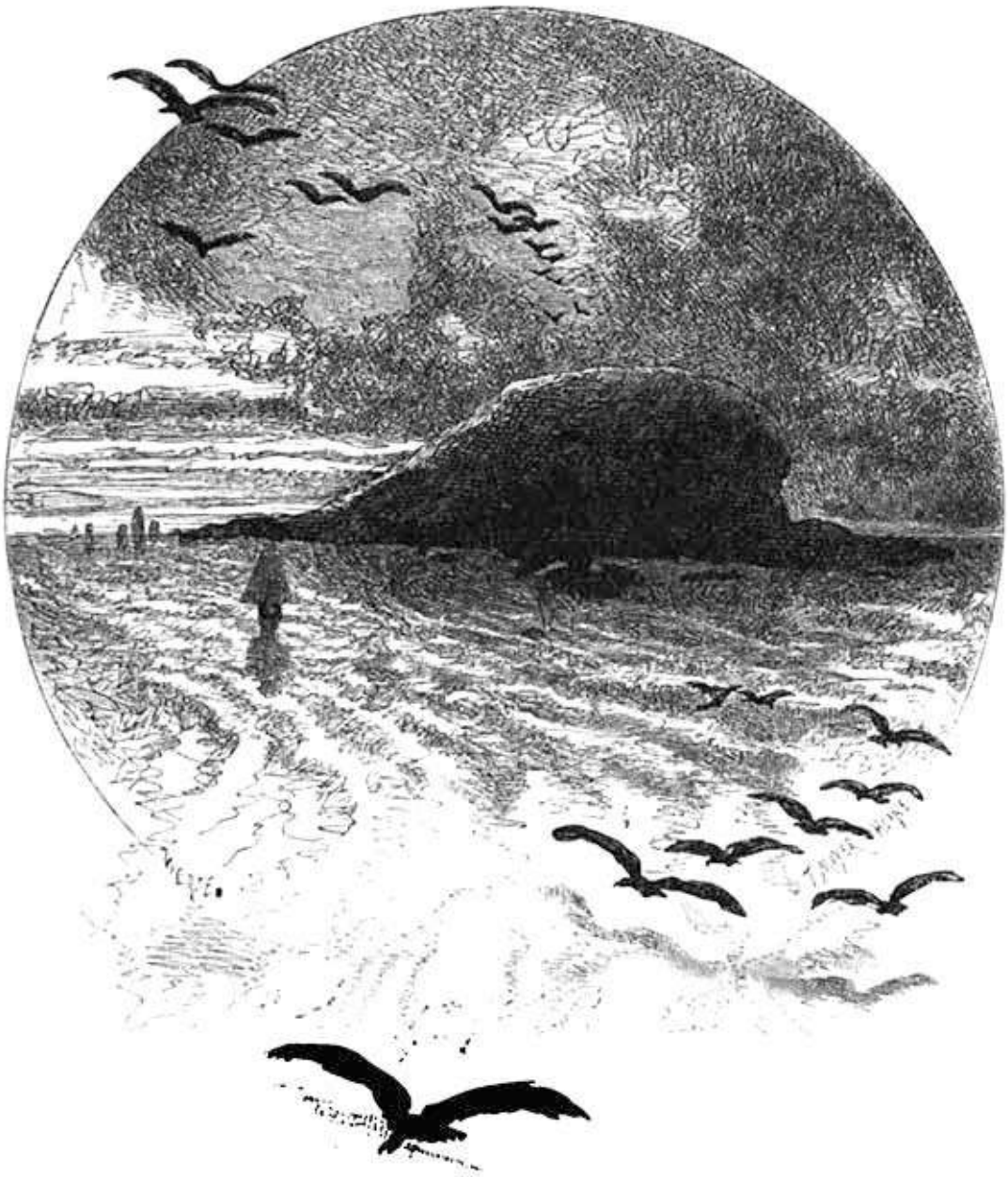
Como Guillermo no tenía las mismas ideas ni las mismas prácticas que Jacobo, fue severo con los comprachicos. Puso mucha buena voluntad en el aplastamiento de esa plaga de insectos.

Un estatuto de los primeros tiempos de Guillermo y María golpeó rudamente a la asociación de los compradores de niños. Fue un mazazo asestado a los comprachicos, en adelante pulverizados. Según las disposiciones de ese estatuto, los miembros de esa asociación que eran apresados y debidamente convictos debían ser marcados en el hombro con un hierro candente que les imprimía una R, que significa *rogue*, es decir bribón; en la mano izquierda con una T, que significa *thief*, es decir ladrón; y en la mano derecha una M, que significa *man slay*, es decir homicida. Los jefes, «presuntos

ricos, aunque de aspecto mendicante», serían castigados con el *collistrigium*, que era la picota, y marcados en la frente con una P; además se les confiscarían los bienes y se desarraigarían los árboles de sus bosques. Los que no denunciaran a los comprachicos serían «castigados con la confiscación y la prisión perpetua», como por el delito de *misprision*, o sea de ocultación. En cuanto a las mujeres encontradas entre esos hombres, sufrirían la *cucking stool*, que es un armatoste cuyo nombre, compuesto por la palabra francesa *coquine* (mujer de mala vida) y la alemana *stuhl*, significa «silla de p…». Como la ley inglesa está dotada de una longevidad singular, ese castigo existe todavía en la legislación de Inglaterra para «las mujeres pendencieras». Se suspende la *cucking stool* sobre un río o un estanque, se sienta a la mujer en ella y se deja caer la silla en el agua; luego se la retira y se repite tres veces ese chapuzón de la mujer «para refrescar su berrinche», según dice el comentador Chamberlayne.

LIBRO PRIMERO

La noche menos negra que el hombre



1
La punta meridional de Portland

Un cierzo pertinaz del norte sopló continuamente en el continente europeo, y todavía más rudamente en Inglaterra, durante todo el mes de diciembre de 1689 y todo el mes de enero de 1690. A eso se debió el frío desastroso que hizo que se anotara ese invierno como «memorable para los pobres» en las márgenes de la vieja Biblia de la capilla presbiteriana de los Non Jurors[10] de Londres. Gracias a la solidez útil del antiguo pergamino monárquico empleado en los registros oficiales,

largas listas de indigentes hallados muertos de hambre y desnudez son todavía legibles en muchos de los archivos locales, sobre todo en los catálogos de beneficios eclesiásticos de la Clink Liberty Court de la villa de Southwark, de la Pie Powder Court, que quiere decir tribunal de los pies polvorientos; y de la White Chapel Court, a cargo en la aldea de Stapney del baile del señor. El Támesis se heló, lo que no sucede sino una vez cada siglo, pues el hielo se forma difícilmente a causa de la sacudida del mar. Los carros rodaban por el río helado, y hubo en él una feria con tiendas y combates de osos y toros; se asó un buey entero en el hielo. Ese espesor del hielo duró dos meses. El penoso año de 1690 superó en rigor hasta a los célebres inviernos de comienzos del siglo XVII, tan minuciosamente observados por el doctor Gedeon Delaun, honrado por la ciudad de Londres con un busto con basamento como boticario del rey Jacobo I.

Un anochecer, hacia el final de uno de los días más glaciales de ese mes de enero de 1690, sucedía en una de las numerosas caletas inhospitalarias del golfo de Portland algo inusitado que hacía gritar y revolotear a la entrada de esa caleta a las gaviotas y los patos marinos, que no se atrevían a entrar.

En esa caleta, la más peligrosa de todas las del golfo cuando reinan ciertos vientos, y por consiguiente la más solitaria y cómoda, a causa de su peligrosidad misma, para los navíos que se ocultan, un barquichuelo, acostado casi en el acantilado, gracias a la profundidad del agua, estaba amarrado a una punta de roca. Es un error decir que la noche cae; se debería decir que la noche sube, pues la oscuridad viene de la tierra. Era ya de noche en la parte baja del acantilado, pero todavía de día en la parte alta. Quien se hubiera aproximado al barquichuelo amarrado habría reconocido una urca vizcaína.

El sol, oculto durante todo el día por las brumas, acababa de ponerse. Se comenzaba a sentir esa angustia profunda y triste a la que se podría llamar la ansiedad del sol ausente.

Como el viento no provenía del mar, el agua de la caleta estaba en calma.

Eso era, sobre todo en invierno, una excepción afortunada. Las caletas de Portland son casi siempre abras de arena. Cuando hace mal tiempo el mar se agita en ellas considerablemente y hace falta mucha habilidad y práctica para fondear allí con seguridad. Esos pequeños puertos, más aparentes que reales, prestan un mal servicio. Es temible entrar en ellos y terrible salir. Esa noche, caso extraordinario, no existía peligro alguno.

La urca vizcaína es una antigua gabarra ya en desuso. En otro tiempo prestaba servicios inclusive a la marina de guerra, tenía un casco sólido y era una barca por el tamaño y un navío por la solidez. Figuraba en la armada; la urca de guerra alcanzaba, es cierto, un gran tonelaje; así, la capitana *Grand Griffon*, equipada por Lope de Medina, era de seiscientas cincuenta toneladas y llevaba cuarenta cañones; pero la comerciante y contrabandista tenía una capacidad mucho menor. La gente de mar consideraba mezquina a esa embarcación. Los cordajes de la urca estaban hechos con

sogas de cáñamo, algunas con alma de alambre, lo que indica una intención probable, aunque poco científica, de obtener indicaciones en los casos de tensión magnética; la delicadeza de ese aparejo no excluía los gruesos cables de fatiga, las cabrias de las galeras españolas y las *cameli* de las trirremes romanas. La barra era muy larga, lo que tiene la ventaja de un gran brazo de palanca, pero el inconveniente de un pequeño arco de esfuerzo; dos roldanas en dos cajeras en el extremo de la barra corregían ese defecto y reparaban un poco esa pérdida de fuerza. La brújula estaba bien alojada en una bitácora perfectamente cuadrada y bien equilibrada por sus dos marcos de cobre colocados el uno en el otro horizontalmente sobre pequeños pernos como en las lámparas de Cardan. Había ciencia y sutileza en la construcción de la urca, pero eran ciencia ignorante y sutileza bárbara. La urca era primitiva como la prama y la piragua; tenía la estabilidad de la prama y la rapidez de la piragua y, como todas las embarcaciones nacidas del instinto pirata y pescador, notables cualidades marinas. Era adecuada para las aguas cerradas y las aguas abiertas; su velamen, complicado con estays y muy particular, le permitía navegar con dificultad en las bahías cerradas de Asturias, que son casi estanques, y con facilidad en plena mar; podía dar la vuelta a un lago y circundar al mundo; estas naves singulares tenían dos fines: servían para el estanque y para la tempestad. La urca era entre los navíos lo que la nevatilla entre las aves: una de las más pequeñas y una de las más intrépidas; la nevatilla, cuando se posa, apenas hace que se doble una caña, y cuando vuela atraviesa el océano.

Las urcas de Vizcaya, inclusive las más pobres, estaban doradas y pintadas. Este tatuaje forma parte del carácter de esos pueblos encantadores y un poco salvajes. El abigarramiento sublime de sus montañas cuadriculadas con nieves y praderas les revela el prestigio áspero del adorno. Son indigentes y magníficos; ponen escudos de armas en sus caseríos; tienen grandes asnos que adornan con cascabeles, y grandes bueyes con la cabeza cubierta con plumas; sus carros, a las ruedas de los cuales se oye rechinar a dos leguas, están pintados, cincelados y adornados con cintas. Un zapatero remendón tiene un bajorrelieve en su puerta; representa a San Crispin y una alpargata, pero está hecho en piedra. Galonean su chaqueta de cuero y no recosen el harapo, sino que lo bordan. Su alegría es profunda y soberbia. Los vascos son, como los griegos, hijos del sol. En tanto que el valenciano se envuelve desnudo y triste en su manta de lana rojiza con un agujero para que pase la cabeza, la gente de Galicia y de Vizcaya tiene la alegría de las bellas camisas de tela blanca o rosada. Sus umbrales y sus ventanas rebosan de caras rubias y frescas que ríen bajo las mazorcas de maíz. Una serenidad jovial y orgullosa se pone de manifiesto en sus artes ingenuas, en sus industrias, en sus costumbres, en el atavío de las muchachas, en las canciones. La montaña, esa morada colosal, es en Vizcaya completamente luminosa; los rayos entran y salen por todas sus brechas. El altivo Jaizquibel está lleno de idilios. Vizcaya es la gracia pirenaica como la Saboya es la gracia alpina. Las temibles bahías de las cercanías de San Sebastián, Lezo y Fuenterrabía, mezclan con las tormentas, las nubes, las espumas que saltan sobre los cabos, las iras de la ola y el viento, el horror y

el estrépito, barqueras coronadas de rosas. Quien ha visto el país vasco quiere volver a verlo. Es la tierra bendita. Dos cosechas al año, aldeas alegres y sonoras, una pobreza altiva, durante todo el domingo ruido de tamboriles, danzas, castañuelas; amores, casas limpias y claras, cigüeñas en los campanarios.

Volvamos a Portland, fragosa montaña del mar.

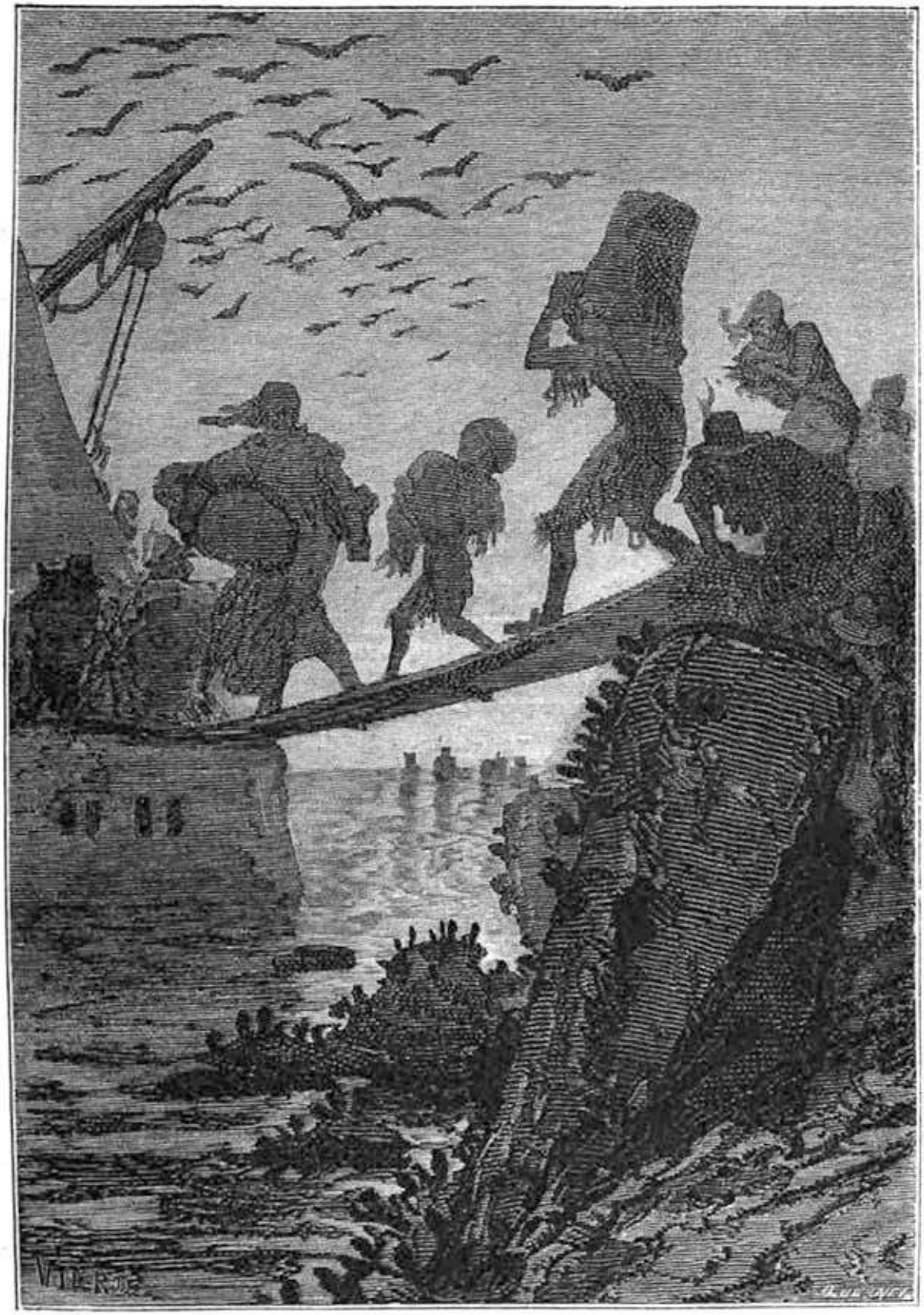
La península de Portland, vista en plano geométrico, presenta el aspecto de una cabeza de pájaro cuyo pico se vuelve hacia el océano y el occipucio hacia Weymouth; el istmo es el cuello.

Portland, con gran perjuicio de su salvajismo, existe al presente para la industria. Las costas de Portland fueron descubiertas por los canteros y los yeseros hacia mediados del siglo XVIII. Desde esa época, con la roca de Portland se hace el cemento llamado romano, explotación útil que enriquece a la región y desfigura la bahía. Hace doscientos años esas costas estaban arruinadas como un acantilado y ahora están arruinadas como una cantera; la piqueta muerde en pequeño y la marea en grande; de ahí una disminución de la belleza. Al desgastamiento magnífico del océano ha sucedido el corte metódico del hombre. Este corte metódico ha suprimido la caleta donde estaba amarrada la urca vizcaína. Para encontrar algún vestigio de ese pequeño fondeadero demolido habría que buscarlo en la costa oriental de la península, hacia la punta, más allá de Folly-Pier y de Dirdle-Pier, inclusive más allá de Wakeham, entre el lugar llamado Church-Hop y el lugar llamado Southwell.

La caleta, cerrada por todos lados por escarpas más altas que la anchura de ella, era, de minuto en minuto, cada vez más invadida por la noche. La bruma oscura propia del crepúsculo se adensaba; era como una creciente de oscuridad en el fondo de un pozo; la salida de la caleta al mar, corredor estrecho, dibujaba en ese interior casi nocturno donde la marea se agitaba una hendedura blanquecina. Había que estar muy cerca para columbrar la urca amarrada a las rocas y como oculta en su gran capa de sombra. Una tabla arrojada al borde de una saliente baja y plana del acantilado, único punto en el que se podía hacer pie, ponía a la barca en comunicación con la tierra; unas formas negras caminaban y se cruzaban en ese puente oscilante y en esas tinieblas se embarcaba gente.

Hacía menos frío en la caleta que en el mar, gracias a la pantalla de roca que se alzaba al norte de aquella especie de estanque, pero esa disminución no impedía que aquellas personas tiritasen. Se apresuraban.

Los efectos del crepúsculo recortan las formas nítidamente; ciertos dentellones de sus ropas eran visibles y mostraban que esas personas pertenecían a la clase llamada en Inglaterra *tbe ragged*, es decir los andrajosos.



Se distinguía vagamente en los relieves del acantilado el retorcimiento de un sendero. Una muchacha que deja colgar y arrastrarse su lazo en el respaldo de un sillón dibuja, sin darse cuenta, casi todos los senderos de acantilados y montañas. El sendero de esta caleta, lleno de nudos y recodos, casi a pico y mejor para las cabras

que para los hombres, terminaba en la plataforma en que estaba la tabla. Los senderos de acantilado tienen habitualmente una pendiente poco tentadora, parecen un camino menos que una caída, se derrumban más bien que descienden. Este, ramificación probable de algún camino de la llanura, tenía un aspecto desagradable por ser tan vertical. Desde abajo se lo veía subir en zigzag a la cima del acantilado, donde desembocaba, a través de hundimientos, en la meseta superior por una cortadura en la roca. Por ese sendero habían llegado, sin duda, los pasajeros que esperaban la barca en aquella caleta.

Alrededor del movimiento de embarque que se realizaba en la caleta, movimiento visiblemente azorado e inquieto, todo era soledad. No se oía un paso, ni un ruido, ni un soplo. Apenas se percibía al otro lado de la rada, a la entrada de la bahía de Ringstead, una flotilla, evidentemente extraviada, de barcos dedicados a la pesca de tiburones. Esos barcos polares habían sido arrojados de las aguas danesas a las inglesas por los caprichos del mar. Los cierzos boreales hacen esas jugarretas a los pescadores. Estos se habían refugiado en el fondeadero de Portland, señal de mal tiempo probable y de peligro en alta mar. Se ocupaban en echar el ancla. La embarcación principal, colocada de centinela según la antigua costumbre de las flotillas noruegas, dibujaba en negro todo su aparejo sobre la blancura uniforme del mar y se veía en la proa la cabria de pesca con todas las variedades de ganchos y arpones destinados al *seymnus glacialis*, el *squalus acanthias* y el *squalus spinax niger*, y la red para pescar el gran selacio. Fuera de esas pocas embarcaciones, todas refugiadas en el mismo rincón, la vista, en el vasto horizonte de Portland, no encontraba nada viviente. Ni una casa, ni un navío. En esa época la costa no estaba habitada y en esa estación la rada no es habitable.

Cualquiera que fuera el aspecto del tiempo, los seres que iba a llevar la urca vizcaína no apresuraban menos la partida. Formaban a la orilla del mar un grupo atareado y confuso, de movimientos rápidos. Distinguir a uno de otro era difícil e imposible ver si eran viejos o jóvenes. El anochecer indistinto los mezclaba y esfumaba. Tenían en el rostro la máscara de la sombra. Eran siluetas nocturnas. Eran ocho y había probablemente entre ellos una o dos mujeres, difíciles de reconocer bajo los desgarrones y los harapos en que se arrebujaba todo el grupo, atavíos que no eran ya vestidos de mujeres ni ropas de hombres, pues los harapos no tienen sexo.

Una sombra más pequeña que iba y venía entre las grandes indicaba un enano o un niño.

Era un niño.

2
Aislamiento

Si se hubiese observado de cerca, he aquí lo que se habría podido ver.

Todos llevaban largas capas, agujereadas y remendadas, pero holgadas, y que si era necesario les cubrían hasta los ojos, buenas contra el cierzo y la curiosidad. Bajo esas capas se movían ágilmente. La mayoría llevaba un pañuelo envuelto alrededor de la cabeza, rudimento con el que comienza el turbante en España. Este tocado nada tenía de insólito en Inglaterra. En esa época el mediodía estaba de moda en el norte. Tal vez eso se debía a que el norte vencía al mediodía. Triunfaba sobre él y lo admiraba. Después de la derrota de la armada, el castellano fue en el país de Isabel una elegante jerga cortesana. Hablar en inglés en el país de la reina de Inglaterra era casi *shocking*. Soportar un poco las costumbres de aquellos a quienes se ha impuesto la ley es la costumbre del vencedor bárbaro frente al vencido refinado; el tártaro contempla e imita al chino. Por eso las modas castellanas penetraban en Inglaterra; en desquite, los intereses ingleses se infiltraban en España.

Uno de los hombres del grupo que se embarcaba tenía aspecto de jefe. Calzaba alpargatas y se emperifollaba con guiñapos guarnecidos con pasamanos y dorados y un chaleco de lentejuelas que brillaba bajo su capa como un vientre de pez. Otro se cubría la cara con un gran fieltro en forma de sombrero. Ese fieltro no tenía agujero para la pipa, lo que indicaba que quien lo llevaba era un hombre ilustrado.

El niño, por encima de sus harapos, se arrebujaba, de acuerdo con el principio de que una chaqueta de hombre es una capa de niño, en un casacón de gaviero que le llegaba a las rodillas. Su estatura dejaba adivinar un muchacho de diez u once años. Estaba descalzo.

La tripulación de la urca se componía de un patrón y dos marineros.

Verosímilmente, había venido de España y volvía a ese país. Hacía, sin duda alguna, un servicio furtivo entre una y otra costa.

Las personas que se embarcaban cuchicheaban entre ellas.

El cuchicheo lo hacían en un lenguaje compuesto. Ora una palabra castellana, ora una alemana, ora una francesa, y a veces una galesa, y otras veces una vasca. Era un lenguaje corrompido a menos que fuese una jerga especial.

Parecían pertenecer a todas las naciones y a la misma banda.

Los tripulantes eran probablemente de los suyos. Había connivencia en aquel embarque.

Aquel grupo abigarrado parecía ser una compañía de camaradas, tal vez una gavilla de cómplices.

Si hubiese habido un poco más de luz, y si se hubiese mirado con alguna curiosidad, se habría visto que aquellas personas llevaban rosarios y escapularios

disimulados a medias bajo los harapos. Una de las casi mujeres que formaban parte del grupo tenía un rosario parecido por el grosor de las cuentas a un rosario de derviche y fácil de reconocer como un rosario irlandés de Llanymthefry, llamado también Llanandiffry.

Asimismo se habría podido observar si hubiese habido menos oscuridad una Nuestra Señora con el Niño tallada y dorada en la proa de la urca. Era probablemente la Virgen vasca, especie de Panagia de los antiguos cántabros. Bajo esa figura, que servía de mascarón de proa, había un farol, no iluminado en ese momento, exceso de precaución que indicaba un cuidado extremado por ocultarse. Ese farol tenía evidentemente dos finalidades: cuando se lo encendía ardía para la Virgen e iluminaba el mar; era un farol que desempeñaba las funciones de un cirio.

El tajamar, largo, curvo y agudo bajo el bauprés, salía de la proa como un cuerno de media luna. En el nacimiento del tajamar, a los pies de la virgen, estaba arrodillado un ángel adosado al estrave, con las alas plegadas y contemplando el horizonte con un anteojo. El ángel estaba dorado como la Virgen.

El tajamar tenía vanos y claraboyas para dejar que pasaran las olas, lo que daba ocasión para dorados y arabescos.

Bajo la Virgen estaba escrita en letras mayúsculas doradas la palabra *Matutina*, nombre de la embarcación, ilegible en aquel momento a causa de la oscuridad.

Al pie del acantilado habían depositado, en desorden y con la confusión de la partida, el cargamento que llevaban los viajeros y que, gracias a la tabla que servía de puente, pasaba rápidamente de la orilla a la barca. Paquetes de galletas, un barril de *stockfish*[11], una caja de sopa en pasta, tres barriles de agua dulce, uno de malta, uno de alquitrán, cuatro o cinco botellas de cerveza, un viejo portamantas atado con correas, valijas, arcas, una bala de estopas para antorchas y señales: tal era el cargamento. Aquellos andrajosos tenían valijas, lo que parecía indicar una existencia nómada; los indigentes ambulantes se ven obligados a poseer algo; a veces desearían echarse a volar como los pájaros, pero no pueden hacerlo a menos que abandonen su medio de ganarse la vida. Poseen necesariamente cajas de herramientas e instrumentos de trabajo cualquiera que sea su profesión ambulante. Aquellos arrastraban ese equipaje, embarazoso en más de una ocasión.

Sin duda no había sido fácil hacer esa mudanza al pie del acantilado. Eso, por lo demás, revelaba una intención de partida definitiva.

No perdían el tiempo; pasaban continuamente de la orilla a la barca y de la barca a la orilla; cada uno se hacía cargo de su parte de la tarea; uno llevaba un saco, el otro un arca. Las mujeres posibles o probables en aquella promiscuidad trabajaban como los otros. Sobrecargaban al niño.

Es dudoso que aquel niño tuviera su padre y su madre en el grupo. No le daban señal de vida alguna. Le hacían trabajar, nada más. Parecía, no un niño en una familia, sino un esclavo en una tribu. Servía a todos y nadie le hablaba.

Por lo demás, se apresuraba y, como toda aquella pandilla oscura de la que formaba parte, parecía no pensar más que en una sola cosa: en embarcarse lo más pronto posible. ¿Sabía por qué? Probablemente, no. Se apresuraba maquinalmente porque veía que lo hacían los otros.

Como la urca tenía cubierta, la estiba del cargamento en la bodega se realizó rápidamente y llegó el momento de hacerse a la mar. La última caja estaba ya en la cubierta y sólo quedaban los hombres por embarcar. Los dos del grupo que parecían mujeres estaban ya a bordo; los otros seis, entre ellos el niño, se hallaban todavía en la plataforma al pie del acantilado. En la embarcación se hicieron los preparativos para zarpar, el patrón se hizo cargo del timón y un marinero tomó un hacha para cortar el cable de amarre. Cortar es señal de apresuramiento; cuando se dispone de tiempo se desata. «Andamos[12]», dijo a media voz el de los seis que parecía el jefe y tenía lentejuelas en los andrajos. El niño se precipitó hacia el tablón para pasar el primero. Cuando ponía el pie en él, dos de los hombres se abalanzaron a riesgo de arrojarlo al agua y entraron antes que él, un tercero lo apartó con el codo y pasó, el cuarto lo rechazó con el puño y siguió al tercero, el quinto, que era el jefe, saltó más bien que entró en la barca y al saltar empujó con el talón la tabla, que cayó al agua; un hachazo cortó la amarra, la barra del timón viró, la embarcación abandonó la orilla y el niño quedó en tierra.

3
Soledad

El niño permaneció inmóvil en la roca, con la mirada fija. No llamó ni protestó. Sin embargo, aquello era inesperado, pero no dijo una palabra. En la barca reinaba el mismo silencio. No hubo un grito del niño a los hombres ni un adiós de los hombres al niño. Había en las dos partes una aceptación muda de la distancia que aumentaba. Era como la separación de las sombras de los muertos a la orilla de la Estigia. El niño, como clavado en la roca que la marea alta comenzaba a bañar, miraba alejarse la barca. Se habría dicho que comprendía. ¿Qué comprendía? La sombra.

Un momento después la urca llegó a la estrecha salida de la caleta y avanzó por ella. Se veía la punta del mástil en el cielo claro sobre las peñas hendidas entre las que serpenteaba el estrecho como entre dos murallas. Esa punta recorrió las cimas de las rocas y pareció hundirse en ellas. Ya no se la vio. Todo había terminado. La barca se hacía mar adentro.

El niño contempló esa desaparición.

Estaba asombrado, pero pensativo.

Su estupefacción se mezclaba con una sombría comprobación de la vida. Parecía tener experiencia aquel ser principiante. Tal vez juzgaba ya. La prueba, llegada demasiado pronto, construye a veces en el fondo de la reflexión oscura de los niños no se sabe qué balanza temible en la que esas pobres almitas pesan a Dios.

Sintiéndose inocente, consentía. Ni una queja. Lo irreprochable no reprocha.

Esta brusca eliminación que se hacía de él no le arrancó ni siquiera un gesto. Sentía una especie de atiesamiento interior. Ante aquel súbito ramalazo de la suerte, que parecía poner el desenlace de su existencia casi antes del comienzo, el niño no se doblegó. Recibió en pie el rayo.

Era evidente para quien hubiera sido testigo de su asombro sin abatimiento que en aquel grupo que lo abandonaba nadie le quería y él no quería a nadie.

Pensativo, olvidó el frío. De pronto, el agua mojó los pies; la marea subía; un hálito le pasó por el cabello; el cierzo soplaba. Se estremeció. Sintió de la cabeza a los pies ese temblor que es el despertar.

Miró a su alrededor.

Estaba solo.

Hasta ese día no había tenido en la Tierra más compañía que la de aquellos hombres que en aquel momento se hallaban en la urca, y esos hombres se habían ido.

Añadamos, lo que es extraño, que esos hombres, los únicos que conocía, le eran desconocidos. No habría podido decir quiénes eran.

Había pasado la infancia entre ellos sin que tuviera conciencia de ser uno de ellos. Se les había yuxtapuesto, nada más.

Acababa de ser olvidado por ellos.

No tenía dinero, ni zapatos, apenas un vestido en el cuerpo, ni siquiera un pedazo de pan en el bolsillo.

Era invierno y de noche. Había que caminar muchas leguas para llegar a una habitación humana.

Ignoraba dónde estaba.

Lo único que sabía era que los que habían ido con él a la orilla de aquel mar se iban sin él.

Se sentía puesto al margen de la vida.

Sentía que bajo él faltaba el hombre.

Tenía diez años.

El niño estaba en un desierto, entre profundidades en las que veía ascender la oscuridad y profundidades en las que oía rugir a las olas.

Estiró sus bracitos delgados y bostezó.

Luego, bruscamente, como quien toma una decisión, animoso y desentumeciéndose, y con una agilidad de ardilla — tal vez de payaso de circo — volvió la espalda a la caleta y comenzó a trepar por el acantilado. Escaló el sendero,

lo dejó y volvió a él, alerta y arriesgándose. Parecía tener un itinerario. Sin embargo, no iba a ninguna parte.

Se apresuraba sin una meta, como un fugitivo ante el destino.

Subir es propio del hombre y trepar del animal; él subía y trepaba. Las escarpas de Portland se orientaban hacia el sur y casi no había nieve en el sendero. Por otra parte, la intensidad del frío había convertido a la nieve en polvo, lo que era incómodo para el caminante. El niño vencía las dificultades. Su chaqueta de hombre, demasiado grande, era una complicación y le molestaba. De vez en cuando encontraba en una saliente o en un declive un poco de hielo que le hacía caer. Se asía a una rama seca o a una saliente de piedra después de colgar durante unos instantes sobre el precipicio. Una vez tuvo que habérselas con una brecha que se derrumbó bruscamente bajo él, arrastrándolo en su demolición. Esos hundimientos de brecha son pérfidos. Durante unos segundos el niño se deslizó como una teja en un techo; rodó hasta el borde extremo del declive; un manojo de hierba asido a tiempo lo salvó. No gritó ante el abismo como no había gritado ante los hombres; se afirmó y volvió a subir en silencio. La escarpa era alta, por lo que le ocurrieron algunas peripecias. El precipicio se agravaba con la oscuridad. Aquella roca vertical no tenía fin.

Retrocedía ante el niño en la profundidad de arriba. A medida que subía la cima parecía subir también. Mientras trepaba contemplaba aquel cornisamento negro, interpuesto como una barrera entre el cielo y él. Por fin llegó.

Saltó a la meseta. Casi se podría decir que aterrizó, pues salía del precipicio.

Apenas estuvo fuera de la escarpa, tiritó. Sentía en la cara el cierzo, esa mordedura de la noche. Soplaba el viento desabrido del noroeste. Apretó contra el pecho su mandil de marinero.

Era una buena ropa. En el lenguaje de a bordo se lo llama *sueste*, porque esa especie de blusa marinera es poco permeable a las lluvias del sudoeste.

Cuando el niño llegó a la meseta se detuvo, plantó firmemente los dos pies descalzos en el suelo helado y miró.

Detrás tenía el mar, delante la tierra y encima el cielo.

Pero era un cielo sin astros. Una bruma opaca ocultaba el cénit.

Al llegar a lo alto del muro de roca se encontró vuelto hacia la tierra y la contempló. Se extendía ante él hasta perderse de vista, llana, helada, cubierta de nieve. Algunos matorrales temblaban. No se veían caminos. Nada, ni siquiera una cabaña de pastor. Se veían aquí y allá remolinos de espirales pálidas que eran de nieve fina arrancada de la tierra por el viento y que volaban. Una sucesión de ondulaciones del terreno, que se hacían en seguida brumosas, se plegaba en el horizonte. Las grandes llanuras empañadas se perdían bajo la neblina blanca. Reinaba un silencio profundo. Aquello se extendía como el infinito y callaba como la tumba.

El niño se volvió hacia el mar.

El mar estaba blanco como la tierra, la una de nieve y el otro de espuma. Nada tan melancólico como la luz que producía esa doble blancura. Ciertas iluminaciones de la

noche tienen durezas muy netas; el mar tenía la del acero y los acantilados la del ébano. Desde la altura donde estaba el niño la bahía de Portland parecía casi un mapa geográfico, descolorido en su semicírculo de colinas; parecía soñado ese paisaje nocturno; una redondez pálida incrustada en una media luna oscura: tal es el aspecto que presenta a veces la luna. De un cabo al otro, en toda aquella costa, no se veía un solo centelleo que indicase un hogar encendido, una ventana iluminada, una casa viviente. Había ausencia de luz tanto en la tierra como en el cielo, ni una lámpara abajo ni un astro arriba. Los extensos aplanamientos de las olas en el golfo tenían aquí y allá levantamientos súbitos. El viento desordenaba y fruncía esa gran extensión de agua. La urca era todavía visible en la bahía, huyendo.

Era un triángulo negro que se deslizaba por aquella lividez.

A lo lejos, confusamente, las extensiones de agua se agitaban en el claroscuro siniestro de la inmensidad.

La *Matutina* navegaba rápidamente. Disminuía de minuto en minuto. Nada es tan rápido como la disolución de un barco en las lejanías del mar.

En cierto momento encendió su farol de proa: es probable que la oscuridad se hiciera inquietante a su alrededor y que el piloto sintiera la necesidad de iluminar el agua. Ese punto luminoso, centelleo visto desde lejos, se adhería lúgubremente a su alta y larga forma negra. Parecía un sudario enhiesto y en marcha en medio del mar bajo el cual vagaba alguien que tenía una estrella en la mano.

Se sentía en el aire la inminencia de una tempestad. El niño no se daba cuenta de ello, pero un marino habría temblado. Era ese minuto de ansiedad previo en el que parece que los elementos van a convertirse en personas y se va a presenciar la transfiguración misteriosa del viento en aquilón. El mar va a ser océano, las fuerzas van a rebelarse voluntades y lo que se toma por una cosa es un alma. Se va a verla. De ahí el horror. El alma del hombre teme esa confrontación con el alma de la naturaleza.

Un caos iba a hacer su entrada. El viento, estrujando la niebla y calentando las nubes detrás, montaba la decoración de ese drama terrible de la ola y del invierno llamado una tempestad de nieve.

El síntoma de los barcos que volvían se ponía de manifiesto. Desde hacía algunos momentos la rada ya no estaba desierta. A cada instante surgían de detrás de los cabos barcos inquietos que se apresuraban hacia el fondeadero. Unos doblaban el Portland Bill, otros el Saint-Albans Head. Desde la lontananza más extrema llegaban barcos de vela. Trataban de refugiarse. En el sur la oscuridad se adensaba y las nubes llenas de noche se aproximaban al mar. El peso de la tempestad en desplome y pendiente apaciguaba lúgubremente el oleaje. No era el momento de partir. La urca había partido no obstante.

Se dirigía hacia el sur. Estaba ya fuera del golfo y en alta mar. De pronto el cierzo sopló con la fuerza de una ráfaga; la *Matutina*, a la que se distinguía todavía muy claramente, se cubrió de tela, como resuelta a aprovechar el huracán. El viento era del

noroeste, llamado en otro tiempo viento de galerna, cierzo solapado y colérico. El noroeste comenzó inmediatamente a ensañarse con la urca. Esta, tomada de costado, se inclinó, pero no vaciló y siguió su curso hacia alta mar. Eso indicaba una huida más bien que un viaje, menos temer al mar que a la tierra y más preocupación por la persecución de los hombres que por la de los vientos.

La embarcación, pasando por todos los grados del empequeñecimiento, se hundió en el horizonte; la estrellita que arrastraba por la sombra palideció: la urca, cada vez más amalgamada con la noche, desapareció.

Esta vez era para siempre.

Al menos el niño pareció comprenderlo así. Dejó de mirar al mar. Sus ojos se volvieron hacia las llanuras, los páramos, las colinas, hacia los espacios en los que tal vez no era imposible encontrar a algún ser viviente. Se puso en marcha por lo desconocido.

4
Preguntas

¿Qué era aquella especie de pandilla en fuga que abandonaba a aquel niño?

¿Esos evadidos eran comprachicos?

Se ha hablado anteriormente de las medidas que tomó Guillermo III, y que aprobó el Parlamento, contra los malhechores, hombres y mujeres, llamados comprachicos, comprapequeños o *cheylas*.

Hay leyes dispersantes. Ese estatuto que cayó sobre los comprachicos determinó una huida general, no sólo de los comprachicos, sino también de los vagabundos de todas clases. Todos procuraban ocultarse y embarcarse. La mayoría de los comprachicos volvieron a España. Muchos de ellos, como hemos dicho, eran vascos.

Esta ley protectora de la infancia tuvo un primer resultado extraño: un súbito abandono de niños.

Ese estatuto penal produjo inmediatamente una multitud de niños hallados, es decir perdidos. Nada más fácil de comprender. Todo grupo nómada en el que había un niño era sospechoso; el solo hecho de la presencia de un niño lo denunciaba. «Son probablemente comprachicos»: tal era la primera idea que se les ocurría al *sheriff*, al prevoste y el condestable. Eso daba origen a detenciones e investigaciones. A las personas simplemente miserables, obligadas a vagar y mendigar, les aterraba que las tomaran por comprachicos aunque no lo fueran; pero los débiles están poco asegurados contra los errores posibles de la justicia. Por otra parte, las familias vagabundas viven habitualmente asustadas. Lo que se reprochaba a los comprachicos era la explotación de los niños ajenos. Pero las promiscuidades de la miseria y la indigencia son tales que a veces les habría sido difícil a un padre y una madre demostrar que un niño era hijo suyo. ¿De dónde habéis sacado este niño? ¿Cómo podían demostrar que se lo había dado Dios? El niño se convertía en un peligro y se deshacían de él. Huir solos era más fácil. El padre y la madre se decidían a perderlo, ya en un bosque, ya en una playa, ya en un pozo.

Encontraban en las cisternas niños ahogados.

Añadamos que los comprachicos eran, a imitación de Inglaterra, perseguidos desde entonces en toda Europa. Se había dado la señal para perseguirlos y nada hay como poner un cascabel. Todas las policías rivalizaban en apresarlos y el alguacil no estaba menos en acecho que el condestable. Hace veintitrés años se podía leer todavía en una piedra de la puerta de Otero una inscripción intraducibie — en las palabras el código desafía al decoro — en la que se señala con una fuerte diferencia penal la distinción entre los comerciantes de niños y los ladrones de niños. He aquí la inscripción, en castellano un poco salvaje: «*Aquí quedan las orejas de los cotnprachicos, y las bolsas de los robaniños, mientras que se van ellos al trabajo de*

mar[13]». Como se ve, las orejas, etc. confiscadas no impedían las galeras. De ahí un sálvese quien pueda entre los vagabundos. Partían asustados y llegaban temblando. En todo el litoral de Europa se vigilaban las arribadas furtivas. A una pandilla le era imposible embarcarse con un niño, pues desembarcar con él era peligroso.

Perder el niño era algo que se hacía más pronto.

¿Por quién había sido rechazado el niño que acabamos de entrever en la penumbra de las soledades de Portland?

Según todas las apariencias, por comprachicos.

5
El árbol de invención humana

Podía ser alrededor de las siete de la tarde. El viento disminuía, señal de recrudescencia próxima. El niño se hallaba en el extremo de la meseta meridional de la punta de Portland.

Portland es una península. Pero el niño ignoraba lo que es una península y ni siquiera conocía la palabra Portland. Sólo sabía una cosa: que se puede caminar hasta que se cae. Una noción es una guía, pero él no tenía noción. Ellos lo habían llevado allí y dejado allí. *Ellos* y *allí*: esos dos enigmas representaban todo su destino; *ellos* eran el género humano, y *allí* era el universo. No tenía en este mundo otro punto de apoyo que la pequeña cantidad de tierra en que posaba el talón, tierra dura y fría para la desnudez de sus pies. En ese gran mundo crepuscular abierto por todas partes, ¿qué había para aquel niño? Nada.

Caminaba hacia esa Nada.

El inmenso abandono de los hombres lo rodeaba.

Cruzó diagonalmente la primera meseta, luego una segunda, y luego una tercera. En el extremo de cada meseta encontraba una quebradura del terreno y la pendiente era a veces abrupta, pero siempre corta. Las altas llanuras desnudas de la punta de Portland parecen grandes losas medio introducidas las unas en las otras; el lado del sur parece penetrar bajo la llanura precedente y el lado del norte se levanta sobre la siguiente. Eso forma resaltos que el niño atravesaba ágilmente. De vez en cuando interrumpía la marcha y parecía consultar consigo mismo. La noche se ponía muy oscura, su rayo visual se acortaba y ya no veía sino a pocos pasos de distancia.

De pronto se detuvo, escuchó durante un instante, hizo un imperceptible movimiento de satisfacción con la cabeza, se volvió vivamente y se dirigió hacia una loma de altura mediocre que veía confusamente a su derecha, en el punto de la llanura más próximo al acantilado. Había en aquella altura una configuración que entre la bruma parecía un árbol. El niño acababa de oír por ese lado un ruido que no era el del viento ni el del mar. Tampoco era un grito de animal. Pensó que allí estaba alguien.

De unas pocas zancadas llegó al pie del montículo.

Estaba alguien, en efecto.

Lo que antes aparecía confuso en la cima del montículo era ahora visible.

Era algo como un gran brazo que salía de la tierra completamente derecho. En el extremo superior de ese brazo una especie de índice, sostenido por debajo por el pulgar, se alargaba horizontalmente. Ese brazo, ese pulgar y ese índice dibujaban en el cielo una escuadra. En el punto de unión de esa especie de índice y esa especie de

pulgar había un hilo del que colgaba algo negro e informe. Ese hilo, removido por el viento, hacía el ruido de una cadena.

Era ese ruido el que había oído el niño.

El hilo, visto de cerca, era lo que anunciaba su ruido: una cadena, una cadena marina de anillos semimacizos.

Por esa misteriosa ley de amalgama que en la naturaleza entera superpone las apariencias a las realidades, el lugar, la hora, la bruma, el mar trágico, los lejanos tumultos visionarios del horizonte se agregaban a esa silueta y la hacían enorme.

El bulto atado a la cadena parecía una vaina. Estaba fajado como un niño y era largo como un hombre. Tenía arriba una redondez alrededor de la cual se enrollaba el extremo de la cadena. La vaina se desmenuzaba en su parte interior. Por las desgarraduras salían descarnamicntos.

Un viento débil sacudía la cadena y lo que pendía de ella oscilaba suavemente. Esa masa pasiva obedecía a los movimientos difusos de las extensiones, tenía no sabe qué de pánico; el horror que desproporciona los objetos casi le quitaba la dimensión dejándole el contorno; era una condensación de negrura que tenía un aspecto; en ella había noche encima y noche dentro; estaba expuesta al agrandamiento sepulcral, los crepúsculos, las salidas de la luna, las puestas de las constelaciones detrás de los acantilados, las flotaciones del espacio, las nubes, toda la rosa de los vientos, habían terminado entrando en la composición de aquella nada visible; aquella especie de bloque suspendido en el viento participaba de la impersonalidad dispersa a lo lejos en el mar y en el cielo, y las tinieblas consumaban esa cosa que había sido un hombre.

Aquello era lo que ya no es.

Ser un resto es algo que escapa a la lengua humana. No existir ya y persistir, estar en el abismo y fuera de él, reaparecer por encima de la muerte, como insumergible: cierta cantidad de imposible se mezcla con tales realidades. De ahí lo indecible. Ese ser — ¿era un ser? —, ese testigo negro era un resto y un resto terrible. ¿Un resto de qué? De la naturaleza ante todo y luego de la sociedad. Cero y total.

La inclemencia absoluta lo tenía a su discreción. Los profundos olvidos de la soledad lo rodeaban. Estaba entregado a las aventuras de lo ignorado. No tenía defensa contra la oscuridad, que hacía con él lo que quería. Era para siempre el paciente. Soportaba. Los huracanes lo atacaban: lúgubre función de los soplos.

Aquel espectro estaba sometido al pillaje. Soportaba ese hecho horrible: la podredumbre al aire libre. Sufría el aniquilamiento sin la paz. Se convertía en cenizas en el verano y en lodo en el invierno. La muerte debe tener un velo, la tumba debe tener un pudor. Allí no había ni pudor ni velo, sino la putrefacción cínica declarada. Hay insolencia en la muerte que muestra su obra. Insulta a todas las serenidades de la sombra cuando trabaja fuera de su laboratorio, que es la tumba.

Aquel ser muerto era despojado. Despojar a un despojo es un acabamiento inexorable. Su médula no estaba ya en sus huesos, sus entrañas no estaban ya en su vientre, su voz no estaba ya en su garganta. Un cadáver es un bolsillo al que la muerte

da vuelta y vacía. Si había tenido un yo, ¿dónde estaba ese yo? Tal vez todavía allí, y era impresionante pensarlo. ¿Puede imaginarse en la oscuridad un lineamiento más fúnebre que algo errante alrededor de algo encadenado?

En este mundo existen realidades que son como salidas a lo desconocido por las que parece posible que salga el pensamiento y por las que se precipita la hipótesis. La conjetura tiene su *compelle intrare*[14], Si se pasa por ciertos lugares y delante de ciertos objetos no se puede hacer otra cosa que detenerse presa de los sueños y dejar que la mente divague. Hay en lo invisible oscuras puertas entreabiertas. Nadie habría podido encontrar a aquel difunto sin meditar.

La vasta dispersión lo consumía silenciosamente. Había tenido sangre que le habían bebido, piel que le habían comido, carne que le habían robado. Nada había pasado sin quitarle algo. Diciembre lo había despojado con el frío, la medianoche con el espanto, el hierro con el orín, la peste con los miasmas, la flor con los perfumes. Su lenta disgregación era un peaje, el peaje del cadáver a la ráfaga, a la lluvia, al rocío, a los reptiles, a las aves. Todas las manos sombrías de la noche habían excavado a aquel muerto.

Era un habitante extraño, el habitante de la noche. Estaba en una llanura y en una colina y no estaba allí. Era palpable y se había desvanecido. Era una sombra que completaba las tinieblas. Después de la desaparición de la luz del día, en la vasta oscuridad silenciosa, se ponía lúgubremente de acuerdo con todo. Aumentaba, sólo por estar allí, el duelo de la tempestad y la calma de los astros. Lo indecible que hay en el desierto se condensaba en él. Resto de un destino desconocido, se agregaba a todas las feroces reticencias de la noche. Había en su misterio una vaga reverberación de todos los enigmas.

Se sentía alrededor de él como una decadencia de vida que llegaba a las profundidades. Se advertía en las extensiones circundantes una disminución de certidumbre y de confianza. El estremecimiento de la maleza y de las hierbas, una melancolía desolada, una ansiedad que parecía poseer conciencia, adaptaban trágicamente todo el paisaje a aquella figura negra colgada de una cadena. La presencia de un espectro en un horizonte agrava la soledad.

Era un simulacro. Teniendo en él los soplos que no se apaciguan, era implacable. El temblor eterno lo hacía terrible. Parecía en los espacios un centro, lo que es espantoso, y algo inmenso se apoyaba en él. ¿Quién sabe? Tal vez era la equidad entrevista y desafiada que está más allá de nuestra justicia. En su dureza fuera de la tumba había algo de la venganza de los hombres y de su venganza propia. En aquel crepúsculo y en aquel desierto prestaba testimonio. Era la prueba de la materia inquietante, porque la materia ante la cual se tiembla es la ruina del alma. Para que la materia muerta nos inquiete es necesario que el espíritu haya vivido en ella. Denunciaba la ley del mundo a la ley del cielo. Puesto allí por el hombre, esperaba a Dios. Sobre él flotaban, con todas las torsiones indistintas de la nube y la ola, las fantasías de la sombra.

Detrás de esta visión había no se sabe qué oclusión siniestra. Lo ilimitado, no deslindado por nada, ni por un árbol, ni por un techo, ni por un transeúnte, rodeaba a aquel muerto. Cuando la inmanencia se muestra patente al desplomar sobre nosotros el cielo, el abismo, la vida, la tumba y la eternidad, es cuando sentimos todo inaccesible, todo prohibido, todo tapiado. Cuando lo infinito se abre no hay cerradura más formidable.

6
Batalla entre la muerte y la noche

El niño estaba ante aquella cosa, mudo, asombrado, con los ojos fijos.

Para un hombre habría sido una horca, para el niño era una aparición.

Donde el hombre habría visto el cadáver el niño veía el fantasma.

Además, no comprendía nada.

Las atracciones del abismo son de todas clases; había una en lo alto de aquella colina. El niño dio un paso, y luego dos. Subió, con el deseo de descender, y se acercó, con el deseo de retroceder.

Llegó hasta muy cerca, osado y tembloroso, para reconocer el fantasma. Cuando estuvo debajo de la horca levantó la cabeza y examinó.

El fantasma estaba embreado. Brillaba aquí y allá. El niño distinguía el rostro. Estaba untado con betún, y aquella máscara que parecía viscosa y pegajosa se modelaba en los reflejos de la noche. El niño veía la boca, que era un agujero; la nariz, que era un agujero; y los ojos, que eran dos agujeros. El cuerpo estaba envuelto y como atado en una gruesa tela empapada de nafta. La tela se había enmohecido y roto. Una rodilla pasaba a través de ella. Una grieta dejaba ver las costillas. Unas partes eran cadáver y otras esqueleto. El rostro tenía el color de la tierra; las babosas que habían pasado sobre él habían dejado vagas cintas plateadas. La tela pegada a los huesos mostraba relieves, como el vestido de una estatua. El cráneo, rajado y hendido, tenía el aspecto de un fruto podrido. Los dientes seguían siendo humanos y conservaban la risa. Un resto de grito parecía zumbar en la boca abierta. Había algunos pelos de barba en las mejillas. La cabeza, inclinada, parecía prestar atención.

Recientemente habían hecho reparaciones. El rostro había sido embreado de nuevo, lo mismo que la rodilla que salía de la tela y las costillas. Por abajo pasaban los pies.

Directamente debajo, en la hierba, se veían dos zapatos, deformados por la nieve y las lluvias. Esos zapatos habían caído de aquel muerto.

El niño, descalzo, contempló los zapatos.

El viento, cada vez más inquietante, tenía esas interrupciones que forman parte de los preparativos de una tempestad; había cesado por completo desde hacía unos instantes. El cadáver no se movía. La cadena tenía la inmovilidad de la plomada.

Como todos los recién llegados a la vida, y teniendo en cuenta la presión especial de su destino, el niño experimentaba sin duda alguna ese despertar de las ideas peculiar de los años jóvenes que trata de abrir el cerebro y se parece a los picotazos del pájaro en el huevo, pero todo lo que tenía en su pequeña conciencia en ese momento se resolvía en estupor. El exceso de sensación ejerce el efecto del exceso de

aceite y sofoca el pensamiento. Un hombre se habría hecho preguntas; el niño no se las hacía: miraba.

La brea humedecía aquel rostro. Gotas de betún coaguladas en los que habían sido los ojos parecían lágrimas. Por lo demás, gracias a ese betún, el estrago de la muerte se retardaba visiblemente, si no se anulaba, y se reducía al menor deterioro posible. Lo que el niño tenía delante era algo que se necesitaba. Aquel hombre era evidentemente precioso. No se había querido conservarlo vivo, pero se quería conservarlo muerto.

La horca estaba vieja y carcomida, aunque era sólida, y servía desde hacía muchos años.

Era una costumbre inmemorial en Inglaterra embrear a los contrabandistas. Los ahorcaban a la orilla del mar, los embadurnaban con betún y los dejaban colgados; los ejemplos exigen el aire libre y los ejemplos embreados se conservan mejor. Esa brea implicaba benevolencia, pues de esa manera se renovaban los ahorcados con menos frecuencia. Se colocaban horcas de distancia en distancia en la costa como ahora se colocan los faroles. El ahorcado servía de linterna. Iluminaba, a su manera, a sus compañeros los contrabandistas. Los contrabandistas desde lejos, en el mar, divisaban las horcas. Una era una primera advertencia, otra la segunda advertencia. Eso no impedía el contrabando, pero el orden se compone de esas cosas. Esa moda duró en Inglaterra hasta comienzos de este siglo. En 1822 se veían todavía ante el castillo de Douvres tres ahorcados barnizados. Por lo demás, el procedimiento conservador no se limitaba a los contrabandistas. Inglaterra hacía lo mismo con los ladrones, los incendiarios y los asesinos. John Painter, que incendió los almacenes marítimos de Portsmouth, fue ahorcado y embreado en 1776.

El abate Coyer, que lo llama Juan el Pintor, lo volvió a ver en 1777. John Painter estaba colgado y encadenado sobre la ruina que había hecho y lo embreaban de nuevo de cuando en cuando. Ese cadáver duró, casi se podría decir que vivió, cerca de catorce años. Todavía prestaba buen servicio en 1788. Sin embargo, en 1790 tuvieron que reemplazarlo. Los egipcios tenían en mucho la momia del rey; la momia del pueblo, por lo que parece, también puede ser útil.

El viento, que azotaba mucho el montículo, se había llevado toda la nieve. Reaparecía la hierba, con algunos abrojos aquí y allá. La colina estaba cubierta con ese césped marino fuerte y corto que hace que las cimas de los acantilados parezcan una sábana verde. Bajo la horca, en el lugar mismo sobre el cual colgaban los pies del ajusticiado, había una mata alta y espesa, sorprendente en aquel suelo árido. Los cadáveres desmenuzados allí desde hacía siglos explicaban esa belleza de la hierba. La tierra se alimentaba con el hombre.

El niño era presa de una fascinación lúgubre. Permanecía allí con la boca abierta. Sólo bajó la frente durante un instante porque una ortiga le picó las piernas y le produjo la sensación de que se trataba de un animal. Luego volvió a erguirse. Contemplaba sobre él aquel rostro que le miraba. Le miraba tanto más porque no

tenía ojos. Era una mirada difusa, de una fijeza indecible, en la que había fulgor y tinieblas y que salía del cráneo y de los dientes tanto como de los arcos superciliares vacíos. Toda la cabeza de un muerto mira, y eso es aterrador. No tiene ojos y uno se siente visto. Es el horror que causan las larvas.

El niño mismo se iba haciendo poco a poco terrible. No se movía. El embotamiento se apoderaba de él. No se daba cuenta de que perdía conciencia. Se entumecía y se anquilosaba. El invierno lo entregaba silenciosamente a la noche, pues tiene algo de traidor. El niño era casi una estatua. La piedra del frío penetraba en sus huesos; la sombra, ese reptil, se deslizaba en él. El amodorramiento que sale de la nieve asciende en el hombre como una marea oscura; el niño era invadido lentamente por una inmovilidad parecida a la del cadáver. Iba a adormecerse.

La mano del sueño tiene el dedo de la muerte. El niño se sintió asido por esa mano. Estaba a punto de caer bajo la horca. Ya no sabía si se mantenía en pie.

El fin siempre inminente, ninguna transición entre ser y no ser ya, la vuelta al crisol, el deslizamiento posible en todo instante: tal es el precipicio que constituye la creación.

Un instante más y el niño y el muerto, la vida en esbozo y la vida en ruina, iban a confundirse en la misma desaparición.

El espectro pareció comprenderlo y no desearlo. De pronto comenzó a moverse. Se habría dicho que advertía al niño. Era que el viento volvía a soplar.

Nada podía ser tan extraño como aquel muerto en movimiento.

El cadáver colgado de la cadena, empujado por el soplo invisible, tomaba una actitud oblicua, subía hacia la izquierda, caía, volvía a subir hacia la derecha, caía de nuevo y ascendía otra vez con la lenta y fúnebre precisión de un badajo. Era un vaivén feroz. Se habría creído ver en las tinieblas la péndola del reloj de la eternidad.

Eso duró algún tiempo. Ante esa agitación del muerto el niño tuvo la sensación de que se despertaba y, a pesar de su embotamiento, sintió claramente miedo. La cadena, en cada oscilación, rechinaba con una regularidad horrible. Parecía tomar aliento y recomenzar. Ese rechinamiento imitaba un canto de cigarra.

La proximidad de una tempestad produce súbitas hinchazones del viento. La brisa se convierte bruscamente en cierzo. La oscilación del cadáver se acentuó lúgubremente. Ya no era un balanceo, sino una sacudida. La cadena que rechinaba comenzó a gritar.

Pareció que ese grito había sido oído. Si era un llamamiento, fue obedecido.

Del fondo del horizonte acudió un gran estrépito.

Era un estrépito de alas.

Sobrevenía un incidente, el incidente tumultuoso de los cementerios y las soledades; la llegada de una bandada de cuervos.

Manchas negras voladoras picaron la nube, atravesaron la bruma, se agrandaron, se acercaron, se amalgamaron, se adensaron y se precipitaron hacia la colina

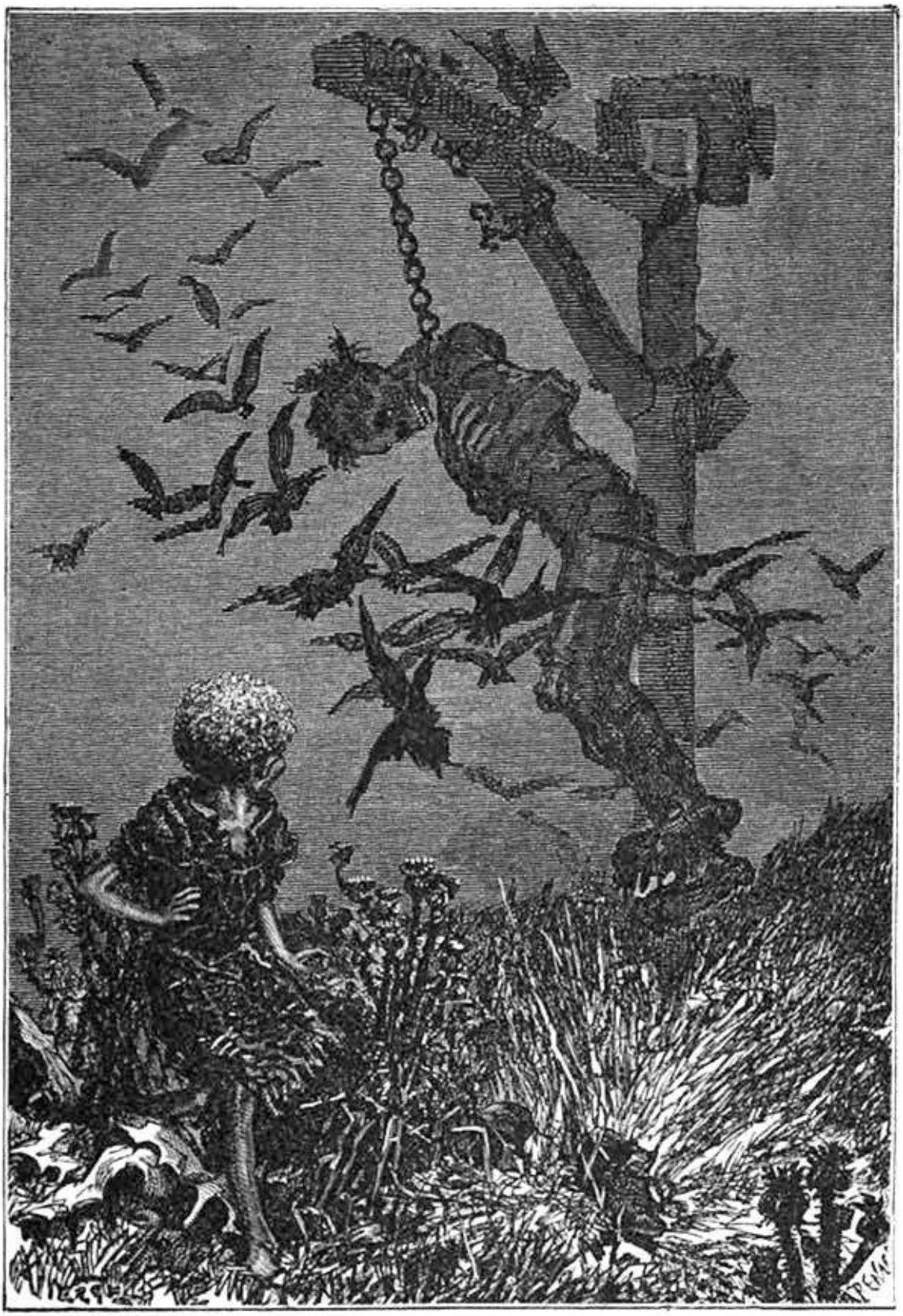
lanzando gritos. Era como la llegada de una legión. Esa plaga alada de las tinieblas se lanzó sobre la horca.

El niño, asustado, retrocedió.

Las bandadas obedecen órdenes. Los cuervos se agruparon en la horca. Ni uno solo se posó en el cadáver. Se hablaban entre ellos. El graznido espantoso. Aullar, silbar, rugir es vida; el graznido es una aceptación satisfecha de la putrefacción. Se cree oír el ruido que hace el silencio del sepulcro al romperse. El graznido es una voz en la que hay oscuridad. El niño estaba helado, más por el espanto que por el frío.

Los cuervos callaron. Uno de ellos saltó sobre el esqueleto. Fue una señal. Todos se precipitaron, se formó una nube de alas y luego todas las plumas se volvieron a cerrar y el ahorcado desapareció bajo un hormigueo de ampollas negras que se movían en la oscuridad. En ese momento el muerto se sacudió.

¿Fue él? ¿Fue el viento? Dio un salto espantoso. El huracán, que llegaba, acudía en su ayuda. El fantasma entró en convulsión. Era la ráfaga, que ya soplaba a plenos pulmones, que se apoderaba de él y lo zarandeaba en todos los sentidos. Se puso horrible. Comenzó a agitarse. Títere espantoso que tenía por hilo la cadena de una horca, algún paradista de la sombra se había apoderado de aquella cadena y jugaba con la momia. Giraba y saltaba como si estuviera a punto de dislocarse. Las aves, asustadas, levantaron vuelo. Fue como un rechazamiento de aquellos animales infames. Luego volvieron. Entonces comenzó una lucha.



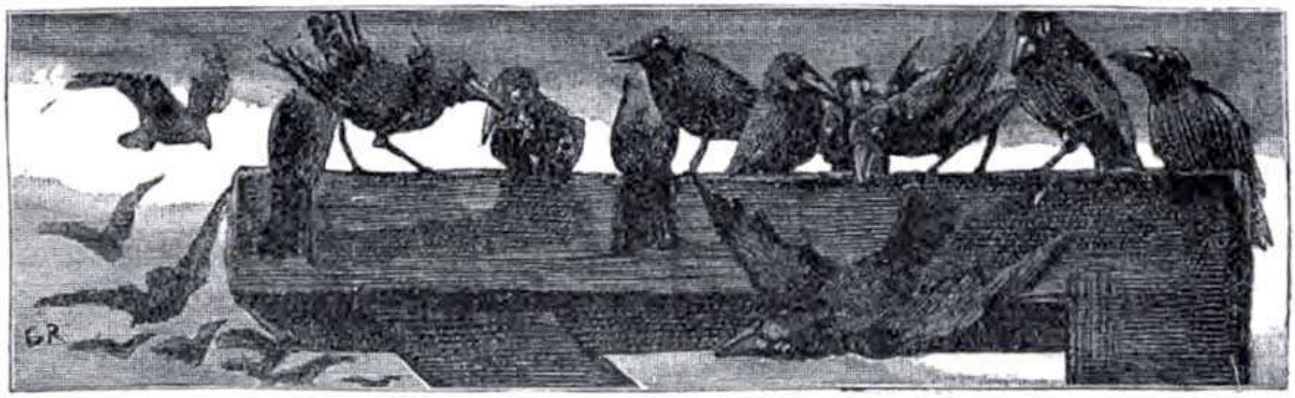
El muerto pareció atacado por una vida monstruosa. Las ráfagas lo levantaban como si fueran a llevárselo; se habría dicho que forcejeaba y se esforzaba por evadirse, pero la cadena lo retenía. Los cuervos repetían todos sus movimientos; retrocedían y luego se lanzaban sobre él de nuevo, asustados y encarnizados. Por un

lado, una extraña tentativa de huida; por el otro, la persecución de un encadenado. El muerto, empujado por todos los espasmos del viento, tenía sobresaltos, choques, ataques de ira, e iba, venía, subía, bajaba, rechazando a la bandada dispersa. El muerto era una maza, y la bandada, polvo. Los feroces asaltantes no abandonaban la presa y se obstinaban. El muerto, como enloquecido por aquella jauría de picos, multiplicaba en el vacío sus golpes a ciegas, parecidos a los golpes de una piedra ligada a una honda. En algunos momentos tenía encima todas las garras y todas las alas, y luego nada; la horda desaparecía, pero inmediatamente volvía furiosa. El suplicio espantoso continuaba después de haberse extinguido la vida. Las aves parecían frenéticas. Los respiraderos del infierno deben dar paso a bandadas análogas. Arañazos, picotazos, graznidos, arrancamientos de pingajos que ya no eran de carne, chasquidos de la horca, estrujamientos del esqueleto, crujidos de los hierros, gritos de la ráfaga, tumulto: la lucha no podía ser más lúgubre. Era la de un lémur contra los demonios, una especie de combate espectral.

A veces, al redoblarse la fuerza del viento, el ahorcado giraba sobre sí mismo, hacía frente a la bandada por todos los lados a la vez, parecía querer correr tras los cuervos y que sus dientes trataban de morder. Tenía el viento a su favor y la cadena en su contra, como si dioses negros interviniesen en la batalla, en la que también tomaba parte el huracán. El muerto se retorcía y la bandada giraba sobre él en espiral. Era un remolino en un torbellino.

Abajo se oía un fragor inmenso que era el mar.

El niño veía ese sueño. De pronto comenzaron a temblarle todos los miembros, un estremecimiento le recorrió el cuerpo, tambaleó, estuvo a punto de caer, se volvió, se apretó la frente con las dos manos como si la frente fuera un punto de apoyo y, salvaje, con el cabello al viento, descendió por la colina a grandes pasos, con los ojos cerrados, casi fantasma él mismo, y huyó dejando tras sí aquel tormento nocturno.



7
La punta norte de Portland

Corrió hasta quedarse sin aliento, al azar, fuera de sí, por la nieve, la llanura y el espacio. Esa huida lo recalentó. Lo necesitaba. Sin esa carrera y ese espanto habría muerto.

Cuando le faltó el aliento se detuvo. Pero no se atrevió a mirar hacia atrás. Tenía la impresión de que los cuervos lo perseguían, de que el muerto se había soltado de su cadena y corría probablemente en la misma dirección que él, y de que sin duda la horca misma descendía por la colina, corriendo también detrás del muerto. Temía ver eso si se volvía.

Cuando recobró un poco el aliento siguió huyendo.

Darse cuenta de los hechos no es propio de la infancia. Percibía impresiones a través del crecimiento del espanto, pero sin vincularlas en su mente y sin sacar conclusiones. Iba a no importaba dónde ni cómo; corría con la angustia y la dificultad del sueño. Al cabo de tres horas desde que había sido abandonado su marcha hacia adelante, aunque seguía siendo vaga, había cambiado de propósito: antes buscaba, ahora huía. No sentía ya hambre ni frío, sino solamente miedo. Un instinto había reemplazado a otro. Ahora sólo pensaba en escapar. ¿Escapar de qué? De todo. La vida a todo su alrededor le parecía una muralla horrible. Si hubiese podido evadirse de las cosas lo habría hecho.

Pero los niños no conocen esa escapatoria de la cárcel que se llama suicidio.

Corría.

Corrió así durante un tiempo indeterminado. Pero el aliento se agota y también el temor.

De pronto, como presa de un súbito ataque de energía y de inteligencia, se detuvo; pareció que se avergonzaba de salvarse; se atiesó, golpeó el suelo con los pies, levantó resueltamente la cabeza y se volvió.

Ya no había colina, ni horca, ni vuelo de cuervos.

La niebla había vuelto a apoderarse del horizonte.

El niño siguió su camino.

Ahora no corría, caminaba. Decir que aquel encuentro con un muerto lo había hecho hombre sería limitar la impresión múltiple y confusa que experimentaba. Había en esa impresión mucho más y mucho menos. La horca, muy confusa en ese rudimento de comprensión que era su pensamiento, seguía siendo para él una aparición. Sólo que, como un terror dominado es una consolidación, se sentía más fuerte. Si hubiera estado en edad de sondearse habría encontrado en él otros mil comienzos de meditación, pero la reflexión de los niños es informe y todo lo más sienten el resabio amargo de esa cosa oscura para ellos que el hombre llama más tarde indignación.

Añadamos que el niño posee el don de aceptar muy pronto el final de una sensación. Los contornos lejanos y fugaces que forman la amplitud de las cosas dolorosas se le escapan. El niño está defendido por su límite, que es la debilidad, contra las emociones demasiado complejas. Ve el hecho y poco más al lado. La dificultad de contentarse con ideas parciales no existe para el niño. El proceso de la vida no se instruye sino más tarde, cuando llega la experiencia con su expediente. Entonces se hace una confrontación de los grupos de hechos encontrados, la inteligencia informada y desarrollada compara, los recuerdos de la infancia reaparecen bajo las pasiones como el palimpsesto bajo las raspaduras, esos recuerdos son puntos de apoyo para la lógica, y lo que era visión en el cerebro del niño se convierte en silogismo en el cerebro del hombre. Por lo demás, la experiencia es diversa y el resultado es bueno o malo según las naturalezas. Las buenas maduran y las malas se pudren.

El niño había corrido un cuarto de legua y caminado otro cuarto de legua. De pronto sintió que su estómago le tironeaba. Un pensamiento, que inmediatamente había eclipsado la horrible aparición de la colina, le volvió violentamente: el de comer. Hay en el hombre un animal, por suerte, pues lo lleva a la realidad.

¿Pero qué podía comer? ¿Dónde podía comer? ¿Cómo podía comer?

Se palpó los bolsillos, maquinal mente, pues sabía que estaban vacíos.

Luego apresuró el paso. Sin saber adónde iba, apresuró el paso hacia algún albergue posible.

Esta fe en el albergue forma parte de las raíces de la providencia en el hombre.

Creer en un albergue es creer en Dios.

Por lo demás, en aquella llanura de nieve nada había que se pareciese a un techo.

El niño caminaba y el páramo continuaba hasta perderse de vista.

En aquella altiplanicie nunca había habido una habitación humana. Era al pie del acantilado, en los agujeros de las rocas, donde se albergaban antaño, por falta de madera para construir cabañas, los habitantes primitivos, que tenían como arma una honda, como calefacción la boñiga seca, como religión el ídolo Heil en pie en un

claro de bosque de Dorchester, y como industria la pesca de ese falso coral gris que los galeses llamaban *plin* y los griegos *isidis plocamos*.

El niño se orientaba lo mejor que podía. Todo el destino es una encrucijada, la elección de las direcciones es temible y aquel pequeño ser tenía que optar desde la infancia entre probabilidades oscuras. Sin embargo, avanzaba, pero aunque sus piernas parecían de acero, comenzaba a cansarse. No había senderos en aquella llanura, y si los había, la nieve los ocultaba. Instintivamente, se desviaba hacia el este. Piedras cortantes le desollaban las plantas de los pies. Si hubiese sido de día habría podido ver en las huellas que dejaba en la nieve las manchas rosadas que formaba su sangre.

No reconocía nada. Cruzaba la meseta de Portland de sur a norte y es probable que la banda con la que había ido, para evitar los encuentros, la había cruzado de oeste a este. Verosímilmente había partido, en alguna barca de pescador o de contrabandista, de algún punto de la costa de Uggescombe, como Sainte-Catherine Chap o Swancry, para ir a Portland al encuentro de la urca que la esperaba y había desembarcado en una de las ensenadas de Weston para volver a embarcarse en una de las caletas de Eston. Esa dirección era cortada en cruz por la que seguía ahora el niño. Era imposible que reconociese el camino.

La meseta de Portland tiene aquí y allá altas ampollas que se desmoronan bruscamente en la costa y descienden a pico hasta el mar. El niño errante llegó a uno de esos puntos culminantes y se detuvo en él, con la esperanza de encontrar más indicaciones en un espacio mayor y tratando de ver. Tenía ante sí, por todo horizonte, una vasta opacidad lívida. La examinó con atención y, bajo la fijeza de su mirada, se hizo menos indistinta. En el fondo de un lejano pliegue del terreno, hacia el este, bajo esa lividez opaca, especie de escarpa móvil y pálida que parecía un acantilado de la

noche, ascendían y flotaban vagos jirones negros, especies de desgarraduras difusas. La opacidad pálida era niebla y los jirones negros, humos. Donde hay humo hay hombres. El niño se dirigió hacia ese lado.

Entreveía a alguna distancia una pendiente, y al pie de la pendiente entre configuraciones informes de rocas que la bruma esfumaba, una apariencia de banco de arena o de lengua de tierra que unía probablemente con las llanuras del horizonte la meseta que acababa de cruzar. Era evidente que había que pasar por allí.

En efecto, había llegado al istmo de Portland, aluvión diluviano llamado Chess-Hill.

Descendió por aquella vertiente de la meseta.

La pendiente era difícil y abrupta. Era, con menos aspereza no obstante, lo inverso de la ascensión que había hecho para salir de la caleta. Toda subida se salda con un descenso. Después de haber trepado, rodaba.

Saltaba de una roca a otra, a riesgo de torcerse un pie, a riesgo de caer en una profundidad indistinta. Para detenerse en los deslizamientos por las rocas y el hielo asía a puñados las largas correhuelas de los páramos y las árgomas llenas de espinos, y todas esas puntas se le clavaban en los dedos. A veces encontraba un poco de declive suave y descendía por él recuperando el aliento, pero luego seguía la escarpa y para dar cada paso tenía que apelar a algún nuevo recurso. En los descensos por un precipicio cada movimiento implica la solución de un problema y hay que ser hábil bajo pena de muerte. El niño resolvía esos problemas con un instinto del que habría tomado nota un mono y una ciencia que habría admirado un saltimbanqui. La pendiente era abrupta y larga, pero se acababa, no obstante.

Poco a poco se acercaba el instante en que iba a poner los pies en el istmo entrevisto.

A intervalos, mientras saltaba o descendía de roca en roca, escuchaba, irguiéndose como un gamo atento. Oía a lo lejos, a su izquierda, un ruido extenso y débil, parecido a un profundo toque de clarín. Había en el aire, en efecto, el movimiento de soplos que precede al espantoso viento boreal que se oye venir del polo como un sonido de trompetas. Al mismo tiempo el niño sentía de cuando en cuando en la frente, en los ojos y en las mejillas algo que se parecía a palmas de manos frías posándose en su rostro. Eran grandes copos helados, al principio diseminados blandamente en el espacio y luego arremolinándose y anunciando la tempestad de nieve. El niño estaba cubierto por ellos. La tempestad de nieve, que desde hacía más

de una hora se hallaba sobre el mar, comenzaba a internarse en la tierra. Invadía lentamente las llanuras. Entraba oblicuamente por el noroeste en la mesera de Portland.

LIBRO SEGUNDO

La urca en el mar

1
Las leyes que no pertenecen al hombre

La tempestad de nieve es una de las cosas desconocidas del mar. Es el más oscuro de los meteoros, oscuro en todos los sentidos de la palabra. Constituye una mezcla de niebla y de tormenta, y al presente todavía no se comprende bien ese fenómeno. A eso se deben muchos desastres.

Se quiere explicar todo por el viento y la marea. En el aire hay una fuerza que no es el viento, y en el agua hay una fuerza que no es la marea. Esa fuerza, la misma en el aire y en el agua, es el efluvio. El aire y el agua son dos masas líquidas, casi idénticas, y entran la una en la otra por medio de la condensación y la dilatación, de tal modo que respirar es beber; sólo el efluvio es fluido. El viento y la marea no son sino empujones; el efluvio es una corriente. El viento es visible por las nubes y la marea es visible por la espuma; el efluvio es invisible. Sin embargo, de vez en cuando dice: Aquí estoy. Su *aquí estoy* es un trueno.

La tempestad de nieve plantea un problema análogo al de la niebla seca. Si el esclarecimiento de la calina de los españoles y del quobar de los etíopes es posible, seguramente ese esclarecimiento se hará por medio de la observación atenta del efluvio magnético.

Sin el efluvio, una multitud de hechos siguen siendo enigmáticos. En rigor, los cambios de velocidad del viento, que se modifican en la tempestad de tres pies por segundo a doscientos veinte pies, motivarían las variantes de la ola desde tres pulgadas con mar calmo hasta treinta y seis pies con mar agitado; en rigor, la horizontalidad de los soplos, inclusive en una borrasca, hace comprender cómo una ola de treinta pies de altura puede tener mil quinientos pies de longitud. ¿Pero por qué las olas del Pacífico son cuatro veces más altas cerca de América que cerca de Asia, es decir más altas en el oeste que en el este; por qué sucede lo contrario en el Atlántico; por qué en el Ecuador es donde el centro del mar es más alto; a qué se deben esos desplazamientos del tumor del océano? Sólo puede explicarlo el efluvio magnético combinado con la rotación terrestre y la atracción sideral.

¿No es necesaria esta complicación misteriosa para explicar una oscilación del viento como la que se produjo, por ejemplo, en el occidente, y que pasó del sudeste al nordeste, y luego volvió bruscamente, dando el mismo gran rodeo, del nordeste al sudeste, recorriendo en treinta y seis horas un prodigioso circuito de quinientos sesenta grados, lo que fue el preámbulo de la tempestad de nieve del 17 de marzo de 1867?

Las olas de tempestad de Australia alcanzan hasta ochenta pies de altura, lo que se debe a la vecindad del polo. En esas latitudes la tormenta es menos el resultado del trastorno de las ráfagas que de la continuidad de las descargas eléctricas submarinas. En el año 1866 el cable trasatlántico fue perturbado regularmente en su funcionamiento durante dos horas de cada veinticuatro, desde las doce del mediodía hasta las dos de la tarde, por una especie de fiebre intermitente. Ciertas composiciones y descomposiciones de fuerzas producen los fenómenos y se imponen a los cálculos del marino so pena de naufragio. El día en que la navegación, que es una rutina, se convierta en una matemática; el día en que se trate de saber, por ejemplo, por qué en nuestras regiones los vientos cálidos vienen a veces del norte y los vientos fríos del sur; el día en que se comprenda que las disminuciones de temperatura están en proporción con las profundidades oceánicas, el día en que se tenga presente en la mente que el globo terráqueo es un gran imán polarizado en la inmensidad con dos ejes, un eje de rotación y un eje de efluvios que se entrecortan en el centro de la Tierra, y que los polos magnéticos giran alrededor de los polos geográficos; cuando los que arriesgan su vida quieran arriesgarla científicamente; cuando se navegue por la inestabilidad estudiada; cuando el capitán sea un meteorólogo y el piloto un químico, entonces se evitarán muchas catástrofes. El mar es magnético tanto como acuático; un océano de fuerzas flota, desconocido, en el océano de las olas; se podría decir que siguiendo la corriente del agua. No ver en el mar más que una masa de agua es no ver el mar; el mar es un vaivén de fluido tanto como un flujo y reflujo de líquido; las atracciones lo complican tal vez todavía más que los huracanes; la adhesión molecular, puesta de manifiesto, entre otros fenómenos, por la atracción capilar, microscópica para nosotros, participa en el

océano de la grandeza de las extensiones; y la onda de los efluvios ora ayuda ora se opone a la onda de los aires y la onda de las aguas. Quien ignora la ley eléctrica ignora la ley hidráulica, pues la una se infiltra en la otra. No hay estudio más arduo, ciertamente, ni más oscuro; linda con el empirismo como la astronomía linda con la astrología. Sin embargo, sin ese estudio no puede haber navegación. Dicho eso, sigamos.

Uno de los compuestos más temibles del mar es la tormenta de nieve. La tormenta de nieve es sobre todo magnética. El polo la produce como produce la aurora boreal; está en esa niebla como está en ese resplandor; y en el *copo* de nieve, como en la estría de la llama, el efluvio es visible.

Las tormentas son las crisis de nervios y los ataques de delirio del mar, que tiene sus jaquecas. A las tempestades se las puede comparar con las enfermedades. Unas son mortales, otras no lo son; se sale de ésta y no de aquella. La tempestad de nieve pasa por ser habitualmente mortal. Jarabija, uno de los pilotos de Magallanes, la calificó de «una nube salida del mal lado del diablo».

Surcouf dijo: «Hay cólera esporádico en esa tempestad». Los antiguos navegantes españoles llamaban a esa clase de borrasca *la nevada* cuando caían los copos y *la helada*[15] cuando caía el granizo. Según ellos, con la nieve caían del cielo murciélagos.

Las tempestades de nieve son peculiares de las latitudes polares. Sin embargo, a veces se deslizan, se podría decir que se desploman, hasta nuestros climas, de tal modo se mezcla el asolamiento con las aventuras del aire.

La *Matutina*, como se ha visto, al salir de Portland se había lanzado resueltamente a la gran aventura nocturna que la aproximación de una tempestad agravaba. Había entrado en toda esa amenaza con una especie de audacia trágica. Sin embargo, insistamos en ello, no le había faltado la advertencia.

2
Aclaración de las siluetas del comienzo

Mientras la urca estuvo en el golfo de Portland el mar se hallaba poco agitado; la marea casi llegaba al punto culminante. Cualquiera que fuera la oscuridad del océano, aún había claridad en el cielo. El viento afectaba poco a la embarcación. La urca costeaba lo más posible el acantilado, que era para ella un buen biombo.

Se hallaban diez personas en la pequeña falúa vizcaína, tres tripulantes y siete pasajeros, dos de éstos mujeres. A la luz de alta mar, pues en el crepúsculo en alta mar se rehace la luz, todas las figuras eran visibles y claras. Por lo demás, ya no se ocultaban, ya no se preocupaban, cada uno recobraba su libertad de acción, lanzaba su grito, mostraba su rostro; la partida era una liberación.

El abigarramiento del grupo se ponía de manifiesto. Las mujeres no tenían edad; la vida errante produce vejeces precoces y la indigencia es una arruga. Una era vasca de los puertos secos; la otra, la del gran rosario, era irlandesa. Tenían el aire indiferente de los miserables. Al entrar se habían acurrucado la una junto a la otra sobre unas arcas al pie del mástil. Conversaban; el irlandés y el vasco, como hemos dicho, son dos idiomas emparentados. La vasca tenía el cabello perfumado con cebolla y albahaca. El patrón de la urca era vasco guipuzcoano; uno de los marineros también era vasco de la vertiente norte de los Pirineos y el otro vasco de la vertiente sur, es decir de la misma nación, aunque el primero fuese francés y el segundo español. Los vascos no reconocen la patria oficial. «Mi madre se llama montaña[16]», decía el arriero Zalareus. De los cinco hombres que acompañaban a las dos mujeres, uno era francés languedociano, uno francés provenzal, otro genovés; un viejo, el que llevaba el sombrero sin agujero para la pipa, parecía alemán; el quinto, el jefe, era vasco de las landas de Biscarosse. Era él quien, en el momento en que el niño iba a entrar en la urca, había arrojado de un puntapié el tablón al agua. Ese hombre, robusto, súbito, rápido, cubierto, como se recordará, de pasamanerías y lentejuelas que hacían brillar sus harapos, no podía estarse quieto, se inclinaba, se erguía, iba y venía sin cesar de un extremo de la embarcación al otro, como inquieto por lo que acababa de hacer y lo que iba a suceder.

Ese jefe del grupo y el patrón de la urca, así como los dos tripulantes, vascos los cuatro, hablaban ora en vasco, ora en español, ora en francés, pues los tres idiomas eran comunes en las dos vertientes de los Pirineos. Los demás, excepto las mujeres, hablaban un casi francés que era el fondo de la jerga de la banda. La lengua francesa, en esa época, comenzaba a ser elegida por los pueblos como intermediaria entre el exceso de consonantes del norte y el exceso de vocales del mediodía. En Europa el comercio hablaba en francés; el robo también. Se recordará que Gibby, el ladrón de Londres, se entendía con Cartouche.

La urca, buena velera, navegaba rápidamente; sin embargo, diez personas más los equipajes eran mucha carga para una embarcación tan endeble.

Ese salvamento de una banda por aquella embarcación no implicaba necesariamente la asociación de los tripulantes con el grupo. Bastaba que el patrón fuera un *vascongado*[17] y que el jefe de la banda fuese otro. Ayudarse mutuamente es en esa raza un deber que no admite excepción. Un vasco, como acabamos de decir, no es español ni francés, es vasco, y siempre y en todas partes debe salvar a un vasco. Así es la fraternidad pirenaica.

Durante todo el tiempo que la urca estuvo en el golfo el cielo, aunque tenía mal aspecto, no parecía lo bastante amenazador para preocupar a los fugitivos. Se salvaban, escapaban y se sentían brutalmente alegres. Uno reía y otro cantaba. La risa era seca, pero libre; el canto era en voz baja, pero despreocupado.

El languedociano gritaba: *caougagno!* «Cocagne[18]» expresa el colmo de la satisfacción narbonesa. Era semimarinero, natural de la aldea acuática de Gruissan, en la vertiente sur de la Clappe, marinero más bien que marino, pero habituado a manejar las canoas ligeras del estanque de Bages y a sacar en las arenas salinas de Sainte-Lucie la red llena de peces. Pertenecía a esa raza que se cubre la cabeza con una birreta, hace señales de la cruz complicadas a la española, bebe vino en pellejo, se achispa, toca la guitarra, se arrodilla para blasfemar e implora a su santo patrono con amenazas: «Gran santo, concédeme lo que te pido o te arrojo una piedra a la cabeza (*ou té feg'un pic*)».

Podía, si era necesario, agregarse útilmente a la tripulación. El provenzal, en la despensa, atizaba bajo una marmita de hierro un fuego de turba y preparaba la sopa.

Esa sopa era una especie de puchero en el que el pescado reemplazaba a la carne y en el que el provenzal arrojaba garbanzos, trocitos de tocino cuadrados y vainas de pimiento rojo, concesiones del comedor de sopa de pescado a los comedores de olla podrida. Uno de los sacos de provisiones, desembalado, estaba a su lado. Había encendido, sobre su cabeza, una linterna de hierro con vidrio de talco, la que oscilaba colgando de un alción veleta. Era entonces una creencia popular que un alción muerto, colgado por el pico, presenta siempre el pecho hacia el lado de donde viene el viento.

Mientras hacía la sopa el provenzal se metía de vez en cuando en la boca el gollete de una calabaza y engullía un trago de aguardiente. Era una de esas calabazas revestidas con mimbre, anchas y chatas, con orejeras, que se colgaban a un costado con una correa y a las que se llamaba entonces «calabazas de cadera». Entre cada trago mascullaba una estrofa de una de esas canciones campesinas cuyo tema es nada absolutamente: *un camino hondo, un seto, se ve en la pradera por una abertura entre los matorrales la sombra alargada de una carreta y de un caballo al sol poniente y de cuando en cuando sobre el seto aparece y desaparece el extremo de la bielda cargada con heno*. No hace falta más para una canción.

Una partida, según lo que se tiene en el corazón o en la mente, es un alivio o un abatimiento. Todos parecían aliviados, con excepción de uno, el viejo del grupo, el hombre del sombrero sin pipa.

Ese viejo, que parecía alemán más bien que otra cosa, aunque tenía uno de esos rostros vagos en los que se pierde la nacionalidad, era calvo y tan grave que su calvicie parecía una tonsura. Cada vez que pasaba por delante de la Santa Virgen de la proa se levantaba el sombrero y se podían ver las venas hinchadas y seniles de su cráneo. Una especie de gran traje talar gastado y desgarrado de sarga oscura de Dorchester, en el que se envolvía, no ocultaba sino a medias su chupa ajustada, estrecha y abrochada hasta el cuello como una sotana. Sus dos manos tendían a entrecruzarse y a la unión maquinal de la plegaria habitual. Tenía lo que se podría llamar la fisonomía pálida, pues la fisonomía es sobre todo un reflejo y es un error creer que la idea no tiene color. Esa fisonomía era evidentemente la superficie de un extraño estado interior, la resultante de un compuesto de contradicciones que se perdían las unas en el bien y las otras en el mal, y, para el observador, la revelación de algo casi humano que podía caer por debajo del tigre o elevarse por encima del hombre. Esos caos del alma existen. En aquel rostro había algo ilegible. El secreto llegaba en él a lo abstracto. Se comprendía que aquel hombre había conocido el gusto anticipado del mal, que es el cálculo, y el resabio, que es el cero. En su impasibilidad, tal vez sólo aparente, estaban impresas las dos petrificaciones, la petrificación del corazón, peculiar del verdugo, y la petrificación de la mente, peculiar del mandarín. Se podía afirmar, pues lo monstruoso tiene su manera de ser completo, que todo le

era posible, inclusive conmoverse. Todo sabio es un poco cadáver, y aquel hombre era un sabio. Con sólo verlo se adivinaba esa ciencia impresa en los gestos de su persona y en los pliegues de su traje. Tenía un rostro fósil cuya seriedad era contrariada por la movilidad arrugada del políglota que llega a la mueca. Por lo demás, severo. Nada de hipócrita, pero nada de cínico. Un soñador trágico. Era el hombre al que el crimen ha dejado pensativo. Tenía el ceño de un trabucaire modificado por la mirada de un arzobispo. Los ralos cabellos grises le blanqueaban en las sienes. Se sentía en él al cristiano con algo de fatalismo turco. Nudos de gota deformaban sus dedos disecados por la flacura; su alto cuerpo rígido era ridículo; tenía pies de marino. Andaba lentamente por la cubierta sin mirar a nadie, con aire convencido y siniestro. Sus ojos estaban vagamente llenos con el brillo fijo de un alma atenta a las tinieblas y sujeta a reapariciones de conciencia. De vez en cuando el jefe de la banda, brusco y alerta y describiendo rápidos zigzag en la embarcación, iba a hablarle al oído. El anciano respondía con un movimiento de cabeza. Parecía el relámpago consultando a la noche.

3
Los hombres inquietos en el mar inquieto

Dos de los hombres de la urca estaban absortos: el anciano y el patrón de la embarcación, al que no hay que confundir con el jefe de la banda; al patrón lo absorbía el mar y al anciano el cielo. Uno no separaba la mirada del agua y el otro dedicaba su vigilancia a las nubes. El comportamiento del agua era lo que preocupaba al patrón; el anciano parecía recelar del cénit. Acechaba a los astros por todas las aperturas de las nubes.

Era el momento en que todavía es de día, pero las estrellas comienzan a picar débilmente la claridad del anochecer.

El horizonte presentaba un aspecto raro. La bruma era en él variada.

Había más niebla en la tierra y más nubes en el mar.

Antes mismo de salir de Portland el patrón, preocupado por el oleaje, ordenó hacer inmediatamente maniobras muy minuciosas. No esperó a llegar a alta mar. Revisó la jareta, se aseguró de que la barbeta de los obenques bajos se hallaba en buen estado y sostenía bien las arraigadas de las cofas, precaución de un hombre que se propone hacer temeridades de velocidad.

La urca, y ese era su defecto, se hundía por la proa una media vara más que por la popa.

El patrón pasaba a cada instante de la brújula de ruta a la brújula de variación, enfocando con las dos pínulas los objetos de la costa, con el fin de reconocer la dirección del viento a que respondían. Al principio se declaró una brisa de bolina; no parecía contrariada, aunque se alejaba en cinco puntas del viento de la ruta. Manejaba personalmente el timón durante el mayor tiempo posible, pues parecía no confiar sino en sí mismo para no perder fuerza alguna, ya que el efecto del gobernalle dependía de la rapidez de la singladura.

Como la diferencia entre el verdadero rumbo y el rumbo aparente es tanto mayor cuanto con más rapidez navega el barco, la urca parecía dirigirse hacia el origen del viento más de lo que lo hacía realmente. No tenía viento largo ni navegaba cerrada con el viento, pero no se conoce directamente el verdadero rumbo sino cuando se tiene viento de popa. Si se ven en las nubes largas bandas que van a parar al mismo punto del horizonte, ese punto es el origen del viento, pero esa noche había muchos vientos y la dirección del rumbo era confusa, por lo que el patrón desconfiaba de las ilusiones de la embarcación.

Timoneaba a la vez tímida y temerariamente, braceaba el viento, vigilaba las desviaciones súbitas, se precavía de las guiñadas, evitaba las sacudidas, observaba la deriva, reparaba en los pequeños choques del timón, atendía a todas las circunstancias del movimiento, a las desigualdades en la velocidad de la singladura, a los cambios

del viento, y se mantenía constantemente, por temor a aventurarse, a una cuarta de la costa que seguía, y sobre todo mantenía el ángulo de la grímpola con la quilla más abierto que el ángulo de velamen, pues el rumbo del viento que indicaba la brújula seguía siendo dudoso a causa de la pequeñez de la brújula de ruta. Su mirada, imperturbablemente baja, examinaba todas las formas que tomaba el agua.

Sin embargo, una vez levantó la vista hacia el espacio y trató de ver las tres estrellas que están en el tahalí de Orion; esas estrellas se llaman los tres Magos y un viejo proverbio de los antiguos pilotos españoles dice: «Quien ve los tres Magos no está lejos del Salvador».

Esa mirada del patrón al cielo coincidió con este aparte murmurado en el otro extremo de la urca por el anciano:

—Ni siquiera vemos la Silla de los Guardias, ni el astro Antares, a pesar de ser tan rojo. Ni una sola estrella se ve claramente.

Los otros fugitivos no mostraban preocupación alguna.

Sin embargo, pasada la primera hilaridad de la evasión, comenzaron a darse cuenta de que se hallaban en el mar en el mes de enero y de que el viento era helado. Les era imposible alojarse en el camarote, demasiado estrecho y demás lleno de equipajes y fardos. Los equipajes pertenecían a los pasajeros y los fardos a la tripulación, pues la urca no era un barco de recreo y se dedicaba al contrabando. Los pasajeros tuvieron que instalarse en la cubierta, con una resignación fácil para aquellos nómadas. Los hábitos adquiridos al aire libre hacen cómodos para los vagabundos los acomodamientos nocturnos; la bella estrella es amiga de ellos y el frío los ayuda a dormir, y a veces a morir.

Por lo demás, esa noche, como se acaba de ver, las estrellas estaban ausentes.

El languedociano y el genovés, mientras esperaban la sopa, se apelotonaron junto a las mujeres al pie del mástil, bajo los hules que les arrojaron los marineros.

El anciano calvo se quedó en pie en la proa, inmóvil y como insensible al frío.

El patrón de la urca, desde el timón, hizo una especie de llamamiento gutural bastante parecido a la interjección del pájaro llamado en América el Exclamador; al oír ese grito el jefe de la banda se acercó y el patrón le interpeló con estas palabras: *Etcheco jauna*. Estas dos palabras vascas, que significan «labrador de la montaña[19]», son entre esos antiguos cántabros una entrada en materia solemne y exigen la atención.

Luego el patrón señaló con el dedo al anciano y el diálogo continuó en español, poco correcto, por lo demás, pues era un español montañés. He aquí las preguntas y las respuestas[20]:

—Etcheco jauna, ¿qué es este hombre?

—Un hombre.

—¿Qué lenguas habla?

—Todas.

—¿Qué cosas sabe?

—Todas.
—¿Qual país?
—Ningún, y todos.
—¿Qual Dios?
—Dios.
—¿Cómo le llamas?
—El Tonto.
—¿Cómo dices que le llamas?
—El Sabio.
—¿En vuestra tropa qué está?
—Está lo que está.
—¿El gefe?
—No.
—Pues, ¿qué está?
—La alma.

El jefe y el patrón se separaron, cada uno de ellos volvió a su meditación y poco después la *Matutina* salió del golfo.

Los grandes balanceos de alta mar comenzaron.

El agua, en las brechas que dejaba la espuma, tenía aspecto viscoso; las olas, vistas en la claridad crepuscular y de perfil, parecían charcos de hiel. Aquí y allá una ola que flotaba de plano presentaba rajaduras y estrellas, como un vidrio que ha sido apedreado. En el centro de esas estrellas, en un agujero remolineante, temblaba una fosforescencia, muy semejante a la reverberación felina de la luz desaparecida que hay en los ojos de los mochuelos.

La *Matutina* atravesó audazmente y como una nadadora valiente la temible agitación del banco Chambours. El banco Chambours, obstáculo oculto a la salida de la rada de Portland, no es una barrera, sino un anfiteatro. Un circo de arena bajo el agua, gradas talladas por los círculos de la onda, una palestra redonda y simétrica, alta como un Yungfrau pero sumergida, un coliseo del océano entrevisto por el buzo en la transparencia visionaria del engullimiento: tal es el banco Chambours. Las hidras luchan allí, los leviatanes se encuentran y, según dicen las leyendas, en el fondo del gigantesco embudo se hallan los cadáveres de navíos apresados y hundidos por la gigantesca araña Kraken, llamada también el pez montaña. Tal es la espantosa sombra del mar.

Estas realidades espectrales ignoradas por el hombre se ponen de manifiesto en la superficie por medio de un poco de temblor.

En el siglo XIX el banco Chambours está en ruinas. El rompeolas recientemente construido ha trastornado y truncado a fuerza de resacas esa alta arquitectura submarina, lo mismo que la escollera construida en Croisic en 1760 cambió en un cuarto de hora la regulación de las mareas. Sin embargo, la marea es eterna, pero la eternidad obedece al hombre más de lo que se cree.

4
Entrada en escena de una nube diferente de las otras

El anciano al que el jefe del grupo había calificado de tonto y luego de sabio no abandonaba la proa. Desde que habían pasado más allá del banco Chambours su atención se dividía entre el cielo y el océano. Bajaba la vista y volvía a levantarla; lo que escrutaba sobre todo era el nordeste.

El patrón confió el timón a un marinero, saltó por encima de la escotilla del pañol de los cables, atravesó el pasamano y llegó al castillo de proa.

Se acercó al anciano, pero no de frente. Se quedó un poco detrás, con los codos apretados contra las caderas, las manos separadas, la cabeza inclinada sobre el hombro, los ojos abiertos, las cejas enarcadas y una comisura de los labios sonriente, que es la actitud de la curiosidad cuando flota entre la ironía y el respeto.

El anciano, ya fuera porque tenía la costumbre de hablar a veces a solas, o ya porque el hecho de sentir a alguien a su espalda lo incitaba a hablar, comenzó a monologar mientras contemplaba el mar.

—El meridiano desde el que se cuenta la ascensión recta está marcado en este siglo por cuatro estrellas: la Polar, la silla de Casiopea, la cabeza de Andrómeda, y la estrella Algenib, que está en Pegaso. Pero ninguna es visible.

Estas palabras se sucedieron automáticamente, confusas, casi dichas y en cierta manera sin que las pronunciase. Flotaron fuera de su boca y se disiparon. El monólogo es el humo de los fuegos interiores de la mente.

El patrón le interrumpió:

—Señor…

El anciano, tal vez un poco sordo y al mismo tiempo muy pensativo, continuó:

—No hay bastantes estrellas y sí demasiado viento. El viento abandona siempre su ruta para lanzarse sobre la costa. Se lanza a pico. Eso se debe a que la tierra es más cálida que el mar. El aire es allí más liviano. El viento frío y pesado del mar se precipita sobre la tierra para reemplazarlo. Por eso en el alto cielo el viento sopla hacia la tierra desde todos los lados. Convendría dar bordadas alargadas entre el paralelo estimado y el paralelo presumido. Cuando la latitud observada no difiere de la presumida en más de tres minutos en diez leguas, y en más de cuatro en veinte, se está en la buena ruta.

El patrón saludó, pero el anciano no lo vio. Aquel hombre, que vestía casi una toga universitaria de Oxford o de Gotinga, no abandonaba su postura altiva y esquiva. Observaba el mar como conocedor de los oleajes y los hombres. Estudiaba las olas, pero casi como si fuese a pedir la palabra en medio de aquel tumulto y a enseñarles algo. Tenía algo de dómine y de augur. Parecía el pedante del abismo.

Prosiguió su soliloquio, tal vez hecho, después de todo, para que se lo escuchara.

—Se podría luchar si se tuviera una rueda en vez de una barra. Con una velocidad de cuatro leguas por hora, treinta libras de esfuerzo en la rueda pueden producir trescientas mil libras de efecto en la dirección. Y más todavía, pues hay caso en que se hace dar al timón dos vueltas más.

El patrón saludó por segunda vez, y dijo:

—Señor…

La mirada del anciano se fijó en él. Dio vuelta la cabeza sin mover el cuerpo.

—Llámame doctor.

—Señor doctor, soy yo el patrón.

—Sea —respondió el «doctor».

El doctor —lo llamaremos así en adelante— pareció consentir en el diálogo.

—Patrón, ¿tienes un octante inglés?

—No.

—Sin octante inglés no puedes tomar la altura ni por detrás ni por delante.

—Los vascos tomaban la altura antes que existieran los ingleses.

—Desconfía del engreimiento.

—Cedo cuando es necesario.

—¿Has medido la velocidad del navío?

—Sí.
—¿Cuándo?
—Hace un momento.
—¿Por qué medio?
—Por medio de la corredera.
—¿Has cuidado de examinar la guindola de la corredera?
—Sí.
—¿El reloj de arena hace exactamente los treinta segundos?
—Sí.
—¿Estás seguro de que la arena no ha gastado el agujero entre las dos ampolletas?
—Sí.
—¿Has hecho la contraprueba del reloj de arena mediante la vibración de una bala de mosquete colgada?
—¿Un hilo liso sacado de cáñamo enriado? Sin duda.
—¿Has encerado el hilo para que no se alargue?
—Sí.
—¿Has hecho la contraprueba de la corredera?
—He hecho la contraprueba del reloj de arena con la bala de mosquete y la de la corredera con una bala de cañón.
—¿Qué diámetro tiene tu bala?
—Un pie.
—¿Tiene buen peso?
—Es una bala antigua de nuestra vieja urca de guerra, la *Casse de Par-grand*.
—¿Qué pertenecía a la armada?
—Sí.
—¿Y qué llevaba seiscientos soldados, cincuenta tripulantes y veinticinco cañones?
—El naufragio lo sabe.
—¿Cómo has pesado el choque del agua contra la bala?
—Por medio de una balanza alemana.
—¿Has tenido en cuenta el impulso de la marea contra la cuerda que lleva la bala?
—Sí.
—¿Cuál es el resultado?
—El choque del agua ha sido de ciento setenta libras.
—Es decir que el navío hace cuatro leguas francesas por hora.
—Y tres holandesas.
—Pero es solamente el exceso de la velocidad de la singladura sobre la velocidad del mar.
—Sin duda.

—¿Adónde te diriges?

—A una caleta que conozco entre Loyola y San Sebastián.

—Colócate pronto en el paralelo del lugar de llegada.

—Sí, con la menor desviación posible.

—Desconfía de los vientos y las corrientes. Los primeros excitan a las segundas.

—Son traidores[21].

—Nada de palabras injuriosas. El mar oye. No insultes a nadie. Limítate a observar.

—He observado y observo. La marea va en este momento contra el viento, pero dentro de poco, cuando corra en la misma dirección del viento, navegaremos bien.

—¿Tienes un derrotero?

—No para este mar.

—¿Entonces navegas a ciegas?

—No, tengo la brújula.

—La brújula es un ojo y el derrotero es el otro.

—Un tuerto ve.

—¿Cómo mides el ángulo que forma el rumbo del navío con la quilla?

—Tengo mi brújula de variación y además adivino.

—Adivinar está bien, pero es mejor saber.

—Cristóbal Colón adivinaba.

—Cuando hay agitación y cuando la roca de los vientos gira alocadamente ya no se sabe con qué aparejo tomar el viento y se termina no teniendo punto estimado ni punto corregido. Un asno con su derrotero vale más que un adivino con su oráculo.

—Todavía no se revuelve el viento y no veo que haya motivo de alarma.

—Los barcos son moscas en la tela de araña del mar.

—En este momento todo se halla en bastante buen estado en el agua y en el viento.

—Un temblor de puntos negros en el oleaje: eso son los hombres en el océano.

—No auguro nada malo para esta noche.

—Puede producirse tal situación que te cueste salir del paso.

—Hasta ahora todo va bien.

La mirada del doctor se fijó en el nordeste.

El patrón continuó:

—Si llegamos al golfo de Gascuña respondo de todo. Allí estoy en mi casa. Conozco bien mi golfo de Gascuña. Es una palangana que se embravece con frecuencia, pero allí conozco todas las profundidades del agua y todas las cualidades del fondo: fango delante de San Cipriano, conchas delante de Cizarque, arena en el cabo Penas, guijarros en el Boucaut de Mimizan; y conozco también el color de todos los guijarros.

El patrón se interrumpió, pues el doctor ya no le escuchaba. Miraba el nordeste. En aquel rostro glacial sucedía algo extraordinario.

En él se pintaba toda la cantidad de espanto posible en una máscara de piedra. Su boca dejó escapar esta palabra:

—¡En hora buena!

Su pupila, transformada por completo en pupila de búho y redonda, se había dilatado de estupor examinando un punto del espacio. Añadió:

—Es justo. En lo que a mí respecta, consiento.

El patrón le miraba.

El doctor continuó, hablándose a sí mismo o hablando a alguien que estaba en el abismo:

—Digo que sí.

Calló, abrió cada vez más los ojos, duplicando la atención en lo que veía, y añadió:

—Eso viene de lejos, pero sabe lo que hace.

El segmento del espacio donde se clavaban los rayos visuales y el pensamiento del doctor, por hallarse opuesto al poniente, estaba iluminado por la vasta reverberación crepuscular casi como por la luz del sol. Ese segmento, muy circunscrito y rodeado de jirones de vapor grisáceo, estaba simplemente azul, pero de un azul más parecido al plomo que al cobalto.

El doctor, completamente vuelto hacia el mar y sin mirar al patrón en adelante, señaló con el índice aquel segmento aéreo y dijo:

—Patrón, ¿ves?

—¿Qué?

—Aquello.

—¿Qué?

—Allí abajo.

—Azul. Sí.

—¿Qué es?

—Un rincón del cielo.

—Para los que van al cielo. Para los que van a otra parte es otra cosa.

Y subrayó sus palabras enigmáticas con una mirada espantosa que se perdió en la sombra.

Se hizo un silencio.

El patrón, pensando en la doble calificación que había dado el jefe a aquel hombre, se hizo a sí mismo esta pregunta: «¿Es un loco o un sabio?».

El índice huesoso y rígido del doctor seguía apuntado al rincón azul oscuro del horizonte.

El patrón examinó aquel azul.

—En efecto —refunfuñó—, no es el cielo, es una nube.

—Una nube azul es peor que una nube negra — dijo el doctor, y añadió —. Es la nube de la nieve.

—La nube de la nieve —repitió el patrón, como si al hacerlo tratase de comprender mejor.

—¿Sabes lo que es la nube de la nieve?

—No.

—Lo sabrás dentro de poco.

El patrón volvió a contemplar el horizonte.

Mientras observaba la nube decía entre dientes:

—Un mes de borrasca, un mes de lluvia, enero que tose y febrero que llora: ese es nuestro invierno para nosotros, los vascos. Nuestra lluvia es cálida. Sólo tenemos nieve en la montaña. ¡Pero cuidado con el alud! El alud no respeta nada; el alud es el animal irracional.

—Y la tromba es el monstruo —dijo el doctor, quien, tras una pausa, añadió —. Allí viene… Muchos vientos trabajan al mismo tiempo: un fuerte viento del oeste y un viento muy lento del este.

—Ese es un hipócrita —comentó el patrón.

La nube azul se agrandaba.

—Si la nieve —continuó el doctor— es temible cuando desciende de la montaña, juzga lo que será cuando se desploma del polo.

Tenía los ojos vidriosos. La nube parecía crecer en su rostro al mismo tiempo que en el horizonte.

Prosiguió con acento de ensueño:

—Todos los minutos traen la hora. La voluntad del cielo se entreabre.

El patrón volvió a preguntarse: «¿Es un loco?».

—Patrón —preguntó el doctor, con la mirada fija en la nube —, ¿has navegado mucho por la Mancha?

El patrón respondió:

—Esta es la primera vez.

Al doctor, a quien absorbía la nube y que, así como la esponja no tiene más que una capacidad de agua, no tenía sino una capacidad de ansiedad, no le conmovió la respuesta del patrón como para que hiciera algo más que encogerse ligeramente de hombros.

—¿Cómo es eso?

—Señor doctor, yo no hago habitualmente más que el viaje a Irlanda. Voy de Fuenterrabía a Black-Harbour o a la isla de Akill, que son dos islas. A veces voy a Brachipult, que es una punta del país de Gales. Pero navego siempre más allá de las islas Scilly. No conozco este mar.

—Eso es grave. ¡Ay del que deletrea el océano! La Mancha es un mar que hay que leer de corrido. La Mancha es la esfinge. Desconfía del fondo.

—Aquí estamos en las veinticinco brazas.

—Hay que llegar a las cincuenta y cinco brazas que están al poniente y evitar las veinte que están al levante.

—En el camino sondearemos.

—La Mancha no es un mar como los otros. La marea sube en él cincuenta pies en las aguas vivas y veinticinco en las aguas muertas. Aquí el flujo y el reflujo no son como en otras partes. ¡Oh, pareces desconcertado!

—Esta noche sondearemos.

—Para sondear hay que detenerse, y no podrás hacerlo.

—¿Por qué?

—Por el viento.

—Probaremos.

—La tormenta acosa.

—Sondearemos, señor doctor.

—Ni siquiera podrás ponerte de costado.

—Tengo fe en Dios.

—Ten prudencia en las palabras. No pronuncies a la ligera el nombre irritable.

—Sondearé, he dicho.

—Sé modesto. Dentro de poco tiempo te abofeteará el viento.

—Quiero decir que trataré de sondear.

—El choque del agua impedirá que el plomo descienda y la línea se romperá. ¡Ah, es la primera vez que navegas por estos parajes!

—La primera vez.

—Pues bien, en ese caso escucha, patrón.

El acento en la palabra *escucha* era tan imperativo que el patrón saludó.

—Señor doctor, escucho.

—Amura a babor y entabla a estribor.

—¿Qué quiere decir?

—Pon la proa al oeste.

—¡Caramba!

—Pon la proa al oeste.

—No es posible.

—Como quieras. Lo que te digo es por los otros. Yo acepto.

—Pero, señor doctor, la proa al oeste…

—Sí, patrón.

—¡Es viento de bolina!

—Sí, patrón.

—Es un cabecero diabólico.

—Elige otras palabras. Sí, patrón.

—¡Es poner al barco en el potro!

—Sí, patrón.

—Tal vez se rompa el mástil.

—Tal vez.

—¿Quiere usted que me dirija hacia el oeste?

—Sí.
—No puedo.
—En ese caso lucha con el mar como quieras.
—Tendría que cambiar el viento.
—No cambiará en toda la noche.
—¿Por qué?
—Es un soplo largo de mil doscientas leguas.
—¡Ir contra ese viento es imposible!
—¡Te digo que pongas proa al oeste!
—Procuraré hacerlo. Pero a pesar de todo nos desviaremos.
—Ese es el peligro.
—El viento nos empuja hacia el este.
—No vayas al este.
—¿Por qué?
—Patrón, ¿sabes cuál es hoy para nosotros el nombre de la muerte?
—No.
—La muerte se llama el este.
—Me dirigiré hacia el oeste.

Esta vez el doctor miró al patrón, y le miró con esa mirada que apoya como para hundir un pensamiento en un cerebro. Se había vuelto por completo hacia el patrón y pronunció estas palabras lentamente, sílaba por sílaba:

—Si esta noche, cuando estemos en medio del mar, oímos el sonido de una campana, el barco está perdido.

El patrón lo contempló estupefacto y preguntó:

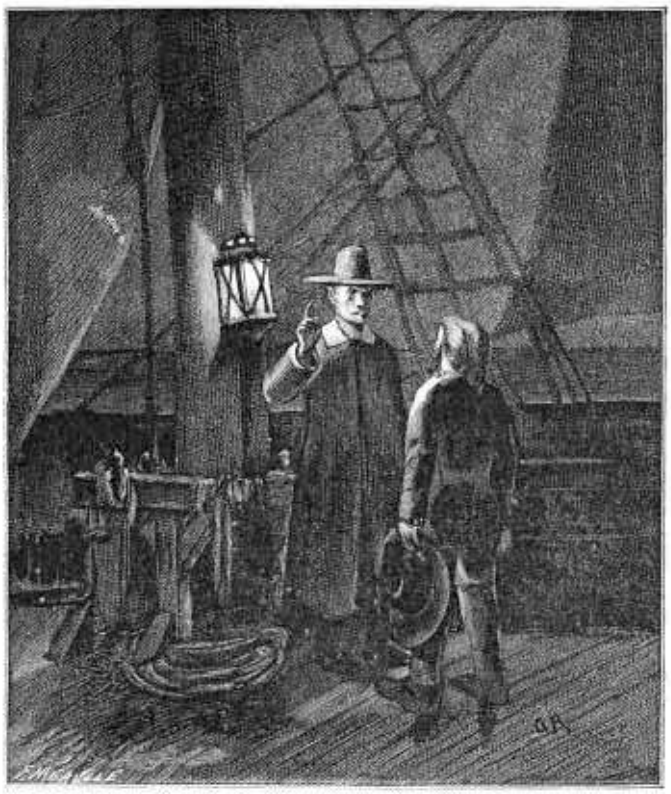
—¿Qué quiere decir usted?

El doctor no respondió. Su mirada, que había salido durante un instante, volvió a entrar y se hizo interior. No pareció haber oído la pregunta asombrada del patrón. Ya sólo atendía a lo que oía dentro de sí mismo. Sus labios articularon, como maquinalmente, estas palabras pronunciadas en voz baja como un murmullo:

—Ha llegado el momento de que se laven las almas negras.

El patrón hizo una mueca expresiva que acerca a la nariz toda la parte baja del rostro.

—Es un loco más bien que un sabio —refunfuñó.



Y se alejó.
Sin embargo, puso proa al oeste.
Pero el viento y el oleaje aumentaban.

5
Hardquanonne

Toda clase de intumescencias deformaban la bruma y se hinchaban al mismo tiempo en todos los puntos del horizonte, como si bocas invisibles se ocuparan en inflar los odres de la tempestad. El modelado de las nubes se hacía inquietante.

La nube azul ocupaba todo el fondo del cielo. Ahora se hallaba tanto al oeste como al este y avanzaba contra la brisa. Estas contradicciones son peculiares del viento.

El mar, que un momento antes tenía escamas, tenía ahora una piel. Así es ese dragón: ya no era cocodrilo, sino boa. Esa piel, plomiza y sucia, parecía espesa y se arrugaba fuertemente. En la superficie, burbujas de oleaje, aisladas, parecidas a pústulas, se redondeaban y luego estallaban. La espuma parecía una lepra.

Fue en ese instante cuando la urca, que el niño abandonado veía todavía a lo lejos, encendió su farol.

Pasó un cuarto de hora.

El patrón buscó con la mirada al doctor. Ya no estaba en cubierta.

Tan pronto como lo dejó el patrón, el doctor, había encorvado bajo la chupeta de cámara su estatura poco cómoda y entrado en el camarote. Allí se sentó junto a un hornillo en un tamborete; sacó del bolsillo un tintero de piel de zapa y una cartera de cordobán, extrajo de la cartera un pergamino doblado en cuatro, viejo, manchado y amarillento; lo desdobló, tomó una pluma del estuche del tintero, colocó la cartera sobre sus rodillas y el pergamino sobre la cartera y comenzó a escribir en el dorso del pergamino a la luz de la linterna que iluminaba al cocinero. Las sacudidas del oleaje lo molestaban. Escribió durante largo tiempo.

Mientras escribía observaba la calabaza de aguardiente que el provenzal cataba cada vez que agregaba un pimiento al puchero, como si la consultara acerca del condimento.

El doctor observaba esa calabaza, no porque era una botella de aguardiente, sino por un nombre trenzado en la envoltura de mimbre, con juncos rojos entre los juncos blancos. Había suficiente claridad en el camarote para que pudiera leer ese nombre.

El doctor, interrumpiendo su tarea, deletreó a media voz:

—Hardquanonne.

Luego interpeló al cocinero:

—No me había fijado en esa calabaza. ¿Es que perteneció a Hardquanonne?

—¿A nuestro pobre compañero Hardquanonne? — respondió el cocinero.

—Sí.

—¿A Hardquanonne el flamenco?

—Sí.

—¿El que está encarcelado?

—Sí.

—¿En el torreón de Chatham?

—Esta es su calabaza. Era mi amigo y la conservo como recuerdo. ¿Cuándo volveremos a verlo? Sí, es su calabaza de cadera.

El doctor tomó de nuevo su pluma y se puso a trazar penosamente líneas un poco tortuosas en el pergamino. Cuidaba evidentemente de que aquello fuese muy legible. A pesar del temblor del barco y el de la edad, terminó de escribir lo que deseaba.

Lo hizo a tiempo, pues súbitamente se produjo un golpe de mar.

Una llegada impetuosa de olas asaltó a la urca y se sintió que comenzaba la danza espantosa con la que los barcos acogen a la tempestad.

El doctor se levantó, se acercó al hornillo, oponiendo sabias flexiones de las rodillas a las brusquedades de la marejada, secó como pudo al calor de la marmita las líneas que acababa de escribir, guardó el pergamino en la cartera y volvió a meter la cartera y el tintero en el bolsillo.

El hornillo no era la pieza menos ingeniosa de la instalación interior de la urca; estaba bien aislado. Sin embargo, la marmita oscilaba, y el provenzal la vigilaba.

—Sopa de pescado —dijo.

—Para los peces —respondió el doctor.

Luego volvió a cubierta.

6
Se creen ayudados

En medio de su preocupación creciente el doctor pasó revista a la situación, y si alguien hubiese estado cerca de él habría podido oír que decía en voz baja:

—Demasiado balanceo y no bastante cabeceo.

Y el doctor, llamado por el trabajo oscuro de su mente, volvió a introducirse en su pensamiento como un minero en su pozo.

Esta meditación no excluía en modo alguno la observación del mar. El mar observado es una fantasía.

El sombrío suplicio de las aguas, eternamente atormentadas, iba a comenzar. Una lamentación salía de toda aquella onda. En la inmensidad se hacían preparativos confusamente lúgubres. El doctor miraba lo que tenía a la vista y no perdía detalle. Por lo demás, no había en su mirada contemplación alguna. No se contempla el infierno.

Una gran conmoción, todavía semilatente, pero ya transparente en la turbulencia de las extensiones, acentuaba y agravaba cada vez más el viento, los vapores y las marejadas. Nada es tan lógico ni nada parece tan absurdo como el océano. Esa dispersión de sí mismo es inherente a su soberanía y uno de los elementos de su espaciosidad. El oleaje está sin cesar en pro o en contra. No se anuda sino para desanudarse. Una de sus vertientes ataca y la otra liberta. No hay visión como las olas. ¿Cómo se pueden pintar esas cavidades y esos relieves alternados, apenas reales, esos valles, esas hamacas, esas desapariciones de linteles, esos esbozos? ¿Cómo expresar esos matorrales de la espuma, mezcolanza de montaña y de sueño? Lo indescriptible está allí en todas partes, en la desgarradura, en el fruncimiento, en la inquietud, en la desmentida personal, en el claroscuro, en las pechinas de las nubes, en las claves de bóveda siempre deshechas, en la disgregación sin solución de continuidad y sin ruptura, y en el estrépito fúnebre que hace toda esa demencia.

El viento acababa de declararse plenamente del norte. Era tan favorable en su violencia y tan útil para alejarse de Inglaterra que el patrón de la *Matutina* se decidió a cubrir la embarcación con tela. La urca se evadía entre la espuma, como al galope, a toda vela, saltando de ola en ola, con rabia y alegría. Los fugitivos, encantados, reían. Aplaudían, a la marejada, a las olas, al viento, a las velas, a la rapidez, a la huida, al porvenir ignorado. El doctor parecía no verlos y pensaba.

Todo vestigio de la luz del día se eclipsó.

Era el momento en que el niño atento en los acantilados lejanos perdió de vista a la urca. Hasta ese instante su mirada había permanecido fija y como apoyada en el barco. ¿Qué parte de esa mirada estaba en el destino? En el momento en que la

distancia borró la urca y el niño dejó de verla el niño se dirigió hacia el norte mientras el barco se dirigía hacia el sur.

Todos se sumieron en la oscuridad.

7
Horror sagrado

Desde su lado, pero con alivio y regocijo, los que viajaban en la urca miraban cómo tras ellos retrocedía y se achicaba la tierra hostil. Poco a poco la redondez oscura del océano ascendía, adelgazando en el crepúsculo a Portland, Purbeck, Tineham, Kimmeridge, los dos Matravers, las largas bandas del acantilado brumoso y la costa punteada por faros.

Inglaterra desapareció. Los fugitivos no tuvieron ya a su alrededor más que el mar.

De pronto la noche se hizo terrible.

Ya no hubo extensión ni espacio; el cielo se ennegreció y se cerró sobre la urca. Comenzó el lento descenso de la nieve. Aparecieron algunos copos que parecían almas. Nada fue ya visible en el campo de ruta del viento. Se tenía la sensación de haber caído en una trampa.

Con esa oscuridad de caverna comienza en nuestros climas la tromba polar.

Una gran nube turbia, parecida al vientre de una hidra, pesaba sobre el océano y en algunos lugares ese vientre lívido se adhería a las olas. Algunas de esas adherencias parecían bolsas rotas que bombeaban el mar vaciándose de vapor y llenándose de agua. Esas succiones levantaban aquí y allá en la marejada conos de espuma.

La tormenta boreal se precipitó sobre la urca, que se abalanzó sobre ella. La ráfaga y el barco fueron mutuamente al encuentro como para insultarse.

En ese primer abordaje furioso no se cargó una vela, no se arrió un foque, no se cogió un rizo, hasta tal punto la evasión es un delirio. El mástil crujía y se encorvaba hacia atrás, como asustado.

Los ciclones, en nuestro hemisferio septentrional, giran de izquierda a derecha, en el mismo sentido que las agujas de un reloj, con un movimiento de traslación que llega a veces a sesenta millas por hora. Aunque estaba completamente a merced de ese violento empujón giratorio, la urca se comportaba como si hubiese estado en el semicírculo manejable, sin otra precaución que la de mantenerse aproada a la ola y presentar la proa al viento anterior recibiendo el viento actual a estribor para evitar los golpes de popa y de través. Esta prudencia a medias de nada habría servido en el caso de un salto del viento brusco.

Un profundo rumor se oía en la región inaccesible.

Nada es comparable con el rugido del abismo. Es la inmensa voz bestial del mundo. Lo que llamamos la materia, ese organismo insondable, esa amalgama de energías inconmensurables en la que a veces se distingue una cantidad imperceptible de intención que hace estremecerse, ese cosmos ciego y nocturno, ese Pan

incomprensible, tiene un grito, un grito extraño, prolongado, obstinado, continuo, que es menos que la palabra y más que el trueno. Ese grito es el huracán. Las otras voces, cantos, melodías, clamores y palabras salen de los nidos, las polladas, los acoplamientos, los himeneos, las viviendas; éste, llamado tromba, sale de esa Nada que es el Todo. Las otras voces expresan el alma del universo; ésta expresa su monstruo. Es lo informe que aúlla, lo inarticulado hablado por lo indefinido. Lo patético y aterrador es que esos rumores dialogan por encima y más allá del hombre. Se elevan, descienden, ondulan, determinan oleadas de ruido, dan toda clase de sorpresas feroces a la mente, ora estallan muy cerca de nuestro oído con una importunidad de fanfarria, ora tienen el enronquecimiento de lo lejano; murmullo vertiginoso que parece un lenguaje y que es, en efecto, un lenguaje: es el esfuerzo que hace el mundo para hablar, el balbuceo del prodigio. En ese vagido se manifiesta confusamente todo lo que soporta, sufre, acepta y rechaza la enorme palpitación tenebrosa. La mayoría de las veces eso desatina, parece un ataque de enfermedad crónica, y es epilepsia generalizada más bien que fuerza empleada; se cree presenciar una caída de la epilepsia en lo infinito. Por momentos se entrevé una reivindicación del elemento, una veleidad de imponerse de nuevo el caos a la creación. En otros momentos es un gemido, el espacio que se lamenta y se justifica, algo así como un alegato en defensa del mundo; se cree adivinar que el universo es un proceso; se escuchan o se trata de oír las razones expuestas, el pro y el contra temible; tal gemido de la sombra tiene la tenacidad de un silogismo. Gran perturbación para el pensamiento: esa es la razón de ser de las mitologías y los politeísmos. Al espanto de esos grandes murmullos se agregan perfiles sobrehumanos tan pronto desaparecidos como percibidos, Euménides casi visibles, gargantas de furias dibujadas en las nubes, quimeras plutónicas casi afirmadas. Ningún horror iguala a esos sollozos, a esas risas, a esas ductilidades del estrépito, a esas preguntas y respuestas indescifrables, a esos llamamientos a auxiliares desconocidos. El hombre no sabe qué hacerse en presencia de ese encantamiento espantoso. Se doblega bajo el enigma de esas entonaciones draconianas. ¿Qué sobreentendido hay en ellas? ¿Qué significan? ¿A quién amenazan, a quién suplican? Hay en ello como un desencadenamiento. Son vociferaciones de precipicio a precipicio, del aire al agua, del viento a las espumas, pues el bozal del abismo se ha deshecho. Tal es ese tumulto, complicado con no se sabe qué altercado misterioso con las malas conciencias.

La locuacidad de la noche no es menos lúgubre que su silencio. En ella se siente la ira de lo ignorado.

La noche es una presencia. ¿Una presencia de quién?

Por lo demás, hay que distinguir entre la noche y las tinieblas. En la noche hay lo absoluto y en las tinieblas lo múltiple. La gramática, que es una lógica, no admite el singular para las tinieblas. La noche es una y las tinieblas son muchas.

Esa bruma del misterio nocturno es lo disperso, lo fugaz, lo ruinoso, lo funesto. Ya no se siente la tierra, se siente la otra realidad.

En la sombra infinita e indefinida hay algo, o alguien, vivo, pero lo que vive en ella forma parte de nuestra muerte. Después de nuestro paso por la tierra, cuando esa sombra sea para nosotros luz, la vida que está más allá de nuestra vida se apoderará de nosotros. Entretanto, parece que nos tantea. La oscuridad es una presión. La noche es una especie de embargo de nuestra alma. En ciertas horas horribles y solemnes sentimos que lo que está detrás de la pared de la tumba se apodera de nosotros.

Jamás esta proximidad de lo desconocido es más tangible que en las tempestades del mar. En ellas lo horrible se acrecienta con lo fantástico. El interruptor posible de las acciones humanas, el antiguo Reune-Nubes, tiene a su disposición, para amasar el acontecimiento como mejor le parece, el elemento inconsistente, la incoherencia ilimitada, la fuerza difusa sin prejuicios. Ese misterio, la tempestad, acepta y ejecuta a cada instante no se sabe qué cambios de voluntad, aparentes o reales.

Los poetas han llamado siempre a eso el capricho del mar.

Pero el capricho no existe.

Las cosas desconcertantes que llamamos en la naturaleza capricho y en el destino casualidad son trozos de ley entrevistos.

8
Nix y Nox[22]

Lo que caracteriza a la tempestad de nieve es que es negra. El aspecto habitual de la naturaleza durante la tempestad: tierra o mar oscuro y cielo pálido, se invierte: el cielo se pone negro y el océano blanco. Abajo espuma y arriba tinieblas. Un horizonte rodeado de humo y un cénit techado con crespones. La tempestad se parece al interior de una catedral tapizada de luto. Pero en esa catedral no hay alumbrado alguno. No hay fuegos de San Telmo en las crestas de las olas, ni chispas, ni fosforescencias; sólo una sombra inmensa. El ciclón polar se diferencia del ciclón tropical en que el uno enciende todas las luces y el otro apaga todas. El mundo se convierte súbitamente en una bóveda de caverna. De esa oscuridad cae una polvareda de manchas pálidas que vacilan entre el cielo y el mar. Esas manchas, que son los copos de nieve, se deslizan, vagan y flotan. Son como las lágrimas de un sudario que comenzaran a vivir y se pusieran en movimiento. Con esa siembra se mezcla un viento furioso. Una negrura desmenuzada en blancuras, lo furioso en lo oscuro, todo el tumulto de que es capaz el sepulcro, un huracán bajo un catafalco: tal es la tempestad de nieve.

Debajo tiembla el océano, que encubre formidables profundidades desconocidas.

En el viento polar, que es eléctrico, los copos se convierten inmediatamente en granizo, y el aire se llena de proyectiles. El agua crepita, ametrallada.

No hay truenos. El relámpago de las tormentas boreales es silencioso. Lo que se dice a veces del gato, que «jura», se puede decir de ese relámpago. Es una amenaza de boca entreabierta, extrañamente inexorable. La tempestad de nieve es una tempestad ciega y muda. Cuando ha pasado, con frecuencia los barcos también quedan ciegos, y los marineros, mudos.

Salir de esa vorágine es difícil.

No obstante, sería un error creer que el naufragio es absolutamente inevitable. Los pescadores daneses de Disco y del Balein, los buscadores de ballenas negras, Hearn yendo hacia el estrecho de Behring para reconocer la desembocadura del río de la mina de cobre, Hudson, Mackensie, Vancouver, Ross y Dumont de Urville, soportaron, en el polo mismo, las tempestades de nieve más inclementes y escaparon de ellas.

En esa clase de tempestad había entrado la urca a toda vela y triunfalmente. Era el frenesí contra el frenesí. Cuando Montgomery, al evadirse de Ruán, lanzó a todo remo su galera contra la cadena que cerraba el Sena en la Bouille, obró con la misma insolencia.

La *Matutina* corría. Su inclinación bajo las velas formaba en algunos instantes con el mar un espantoso ángulo de quince grados, pero su buena quilla ventruda se

adhería al agua como una liga. La quilla resistía el arrancamiento del huracán. El farol iluminaba la proa. La nube llena de soplos, arrastrando su tumor por el océano, estrechaba y roía cada vez más el mar alrededor de la urca. No se veía una gaviota, ni una golondrina de acantilado, nada más que la nieve. El campo de las olas era pequeño y espantoso. Sólo se veían tres o cuatro, desmesuradas.

De vez en cuando un gran relámpago de color de cobre rojizo aparecía detrás de las superposiciones oscuras del horizonte y el cénit. Ese ensanchamiento bermejo ponía de manifiesto el horror de las nubes. El brusco abrazo de las profundidades, sobre el cual, durante un segundo, se destacaban los primeros planos de las nubes y las huidas lejanas del caos celeste, ponía al abismo en perspectiva. Sobre ese fondo de fuego los copos de nieve se ponían negros y parecían mariposas oscuras que revoloteaban en un horno. Luego todo se apagó.

Pasada la primera explosión, la tormenta, impulsando siempre a la urca, comenzó a rugir ininterrumpidamente. Es la fase del gruñido, temible disminución del estrépito. Nada es tan inquietante como ese monólogo de la tempestad. Ese recitativo engurruñado se parece a un descanso que se toman las misteriosas fuerzas combatientes e indica una especie de acecho en lo desconocido.

La urca seguía desatinadamente su curso. Sus dos velas mayores, sobre todo, cumplían una función espantosa. El cielo y el mar eran de tinta, con chorros de espuma que saltaban a mayor altura que el mástil. A cada instante golpes de agua atravesaban la cubierta como un diluvio, y en cada balanceo los escobenes, ora de estribor ora de babor, se convertían en otras tantas bocas abiertas que vomitaban la espuma del mar. Las mujeres se habían refugiado en el camarote, pero los hombres seguían en cubierta. La nieve enceguecedora se arremolinaba. A ello se agregaban los escupitajos de la marejada. Todo estaba furioso. En ese momento el jefe de la banda, de pie en la popa sobre el yugo, asiéndose con una mano a los obenques y arrancándose con la otra el pañuelo de la cabeza, que sacudió a la luz del farol, arrogante, satisfecho, con el rostro altivo y el cabello en desorden, embriagado con toda aquella sombra, gritó:

—¡Estamos libres!

—¡Libres! ¡Libres! ¡Libres! —repitieron los evadidos.

Y toda la banda, asiéndose a los aparejos, se levantó en la cubierta.

—¡Viva! —gritó el jefe.

Y la banda gritó en la tempestad:

—¡Viva!

En el instante en que ese clamoreo se extinguía entre las ráfagas, una voz grave y alta se elevó en el otro extremo del barco y dijo:

—¡Silencio!

Todas las cabezas se volvieron.

Habían reconocido la voz del doctor. La oscuridad era densa; el doctor estaba adosado al mástil, con el que se confundía su delgadez, y no se lo veía.

La voz añadió:

—¡Escuchad!

Todos callaron. Entonces se oyó claramente en las tinieblas el tañido de una campana.

9
Cuidado confiado al mar furioso

El patrón de la urca, que manejaba el timón, se echó a reír.

—¡Una campana! Eso es bueno. Damos caza a babor. ¿Qué prueba esa campana? Que tenemos la tierra a estribor.

La voz firme y lenta del doctor replicó:

—No tenéis la tierra a estribor.

—¡Pero sí! —gritó el patrón.

—No.

—El sonido de esa campana viene de la tierra.

—El sonido de esa campana viene del mar.

Aquellos hombres audaces se estremecieron. Los rostros huraños de las dos mujeres aparecieron en la escotilla del camarote como dos larvas evocadas. El doctor dio un paso y su larga forma negra se separó del mástil. Se oía el tañido de la campana en el fondo de la oscuridad.

El doctor añadió:

—Hay en medio del mar, a mitad de camino entre Portland y el archipiélago de la Mancha, una boya que está allí para advertir. Esa boya se halla amarrada con cadenas a los bajos fondos y flota a flor de agua. En esa boya hay un caballete de hierro y de ese caballete cuelga una campana. Cuando se alborota el mar sacude la boya y la campana suena. Esa es la campana que oís.

El doctor dejó pasar una intensificación del cierzo, esperó a que se volviera a oír la campana y prosiguió:

—Oír esa campana en la tempestad cuando sopla el viento del noroeste es estar perdido. ¿Por qué? Por esto: si oís el sonido de esa campana es porque os lo trae el viento. Ahora bien, el viento viene del oeste y las rompientes de Aurigny están al este. No podéis oír la campana sino porque estáis entre la boya y las rompientes. Hacia esas rompientes os empuja el viento. Os halláis en el mal lado de la boya. Si estuvierais en el bueno os encontraríais en alta mar, en ruta segura, y no oiríais la campana. El viento no os traería su sonido. Pasaríais cerca de la boya sin saber que está allí. Nos hemos desviado. Esa campana anuncia el naufragio. ¡Ahora reflexionad!

Mientras hablaba el doctor, la campana, apaciguada por una disminución del viento, sonaba lentamente, un golpe tras otro, y ese tañido intermitente parecía tomar nota de las palabras del anciano. Se habría dicho que era el toque de difuntos del abismo.

Todos escuchaban jadeantes, ora la voz, ora la campana.

10
La tempestad es la gran salvaje

Entretanto, el patrón tomó su bocina y gritó:

—¡Cargate todo, hombre[23]! ¡Desatraca las escotas! ¡Hala el aparejo real, arría las ostagas y las gavias de las velas bajas! ¡Viremos al oeste! ¡Volvamos a alta mar! ¡Proa a la boya! ¡Proa a la campana! ¡Aún hay esperanza!

—Probad —dijo el doctor.

Digamos de paso que esa boya avisadora, especie de campanario del mar, fue suprimida en 1802. Navegantes muy viejos todavía recuerdan haberla oído. Advertía, pero un poco tarde.

La orden del patrón fue obedecida. El languedociano actuó como tercer marinero. Todos ayudaron. Se hizo más que cargar, se aferró; se cincharon todos los rebenques, se anudaron los palanquines, los brioles y los apagapenoles; se pusieron pitarrasas sobre los estrovos, que así podían servir de obenques de través; se engimelgó el mástil, y se clavaron las porras de batería, lo que es una manera de cerrar el barco. La maniobra, aunque ejecutada con los aparejos en desorden, no dejó de ser correcta. Se simplificó el peligro que podía correr la urca. Pero a medida que el barco, aferrando todo, se empequeñecía, crecía en él la devastación del aire y el mar. La altura del oleaje casi alcanzaba la dimensión polar.

El huracán, como verdugo apresurado, comenzó a descuartizar el barco. En un abrir y cerrar de ojos se produjo un arrancamiento espantoso, las gavias quedaron desrelingadas, la borda arrasada, los posteleros desencajados, los obenques destruidos, el mástil roto, todo el estrépito del desastre volando en astillas. Todo los cables gruesos cedieron aunque tenían cuatro brazas de entalingadura.

La tensión magnética peculiar de las tempestades de nieve contribuía a la ruptura de los cordajes. Los rompían tanto el efluvio como el viento. Varias cadenas salidas de sus roldanas no funcionaban ya. En la proa las mejillas y en la popa las ancas se doblaban bajo presiones extremadas. Una ola se llevó la brújula con la bitácora. Otra se llevó la canoa, amarrada en pescante al bauprés, según la extraña costumbre asturiana. Una tercera se llevó la Virgen de la proa y el farol.

Sólo quedó el timón.

Reemplazaron el farol con una gruesa granada de brulote llena de estopa ardiente y de alquitrán encendido que colgaron del estrave.

El mástil, partido por la mitad, erizado de guiñapos temblorosos, cuerdas, garruchas y vergas, obstruía la cubierta. Al caer había roto un trozo del costado de estribor.

El patrón, que seguía en el timón, gritó:

—Mientras podamos timonear nada se ha perdido. Las obras vivas se mantienen bien. ¡Hachas! ¡Hachas! ¡El mástil al mar! ¡Despejad la cubierta!

Los tripulantes y los pasajeros tenían la fiebre de las batallas supremas. Fue cuestión de unos cuantos hachazos. Arrojaron el mástil por la borda y la cubierta quedó despejada.

—Ahora —dijo el patrón— tomad una driza y amarradme a la caña del timón.

Lo ataron al timón.

Mientras lo ataban reía. Luego gritó al mar:

—¡Brama, viejo, brama! He visto peores en el cabo Machichaco.

Y cuando estuvo amarrado asió el timón con los dos puños con esa alegría extraña que causa el peligro.

—¡Todo está bien, compañeros! ¡Viva Nuestra Señora de Buglose! ¡Proa al oeste!

Llegó una ola de través, colosal, y se lanzó sobre la popa. Hay siempre en las tempestades una especie de ola tigresa, feroz y definitiva, que llega en el momento oportuno, se arrastra durante algún tiempo como tendida boca abajo por el mar, y luego salta, ruge, rechina, cae sobre el barco en peligro y lo desmiembra. Un engullimiento de espuma cubrió toda la popa de la *Matutina* y en esa refriega del agua y la noche se oyó una dislocación. Cuando la espuma se disipó y reapareció la popa ya no estaban en ella el patrón ni el timón.

Todo había sido arrancado.

El timón y el hombre que acababan de atar se habían ido con la ola en la confusión relinchante de la tempestad.

El jefe de la banda miró fijamente a la oscuridad y preguntó:

—¿Te burlas de nosotros[24]?

A ese grito de rebelión sucedió otro:

—¡Echemos el ancla! ¡Salvemos al patrón!

Corrieron al cabestrante y echaron el ancla. Las rucas sólo tenían una. Lo único que consiguieron fue perderla, pues el fondo era de roca viva y la marejada, furiosa. El cable se rompió como un cabello y el ancla se quedó en el fondo del mar.

Del tajamar sólo quedaba el ángel que miraba con el anteojo.

Desde ese momento la urca no fue más que los restos de un barco náufrago. La *Matutina* estaba irremediablemente desmantelada. Esa embarcación, poco antes alada y casi terrible en su curso, era ahora impotente. No tenía un aparejo que no estuviese truncado y desarticulado. Obedecía, anquilosada y pasiva, a las furias caprichosas de la flotación. Que en pocos minutos un águila se convierta en un lisiado es algo que sólo se ve en el mar.

El resoplido del espacio era cada vez más monstruoso. La tempestad tiene un pulmón espantoso. Agrega sin cesar lúgubres agravaciones a lo que no tiene matices: la oscuridad. La campana del medio del mar sonaba desesperadamente, como sacudida por una mano feroz.

La *Matutina* iba a alzar de las olas, con las ondulaciones de un corcho; ya no navegaba, sobrenadaba; a cada instante parecía que iba a ponerse tripa arriba como un pez muerto. Lo que la salvaba de esa perdición era la buena conservación del casco, completamente hermético. Ninguna vagra había cedido bajo la línea de flotación. No tenía resquebrajaduras ni grietas y ni una sola gota de agua entraba en la sentina. Por suerte, pues la bomba había sufrido una avería y no se la podía utilizar.

La urca bailaba horriblemente en la angustia de las olas. La cubierta tenía las convulsiones de un diafragma que trata de vomitar. Parecía que se esforzaba por rechazar a los náufragos. Estos, inertes, se asían a los aparejos, a la borda, a la traviesa, a la boza de la uña del ancla, a los mójeles, a las fracturas del tablón exterior del costado cuyos clavos les desgarraban las manos, a las varengas alabeadas, a todos los relieves miserables que había dejado el destrozo. De vez en cuando aplicaban el oído. El sonido de la campana se debilitaba. Parecía que agonizaba también. Su tañido no era ya más que un ronquido intermitente. Luego ese ronquido se extinguió. ¿Dónde estaban, por consiguiente? ¿Y a qué distancia de la boya se hallaban? El sonido de la campana les había asustado y su silencio les aterraba. El viento del noroeste los llevaba por un camino tal vez irreparable. Se sentían arrebatados por un hálito frenético. El barco náufrago corría en la oscuridad. Nada más espantoso que una rapidez ciega. Sentían el precipicio delante de ellos, bajo ellos y sobre ellos. Aquello no era una carrera, sino una caída.

Bruscamente, en el enorme tumulto de la niebla de nieve apareció un enrojecimiento.

—¡Un faro! —gritaron los náufragos.

11
Los Casquéis

Era, en efecto, el faro de los Casquéis.

Un faro, en el siglo XIX, es un alto cilindro conoide de mampostería coronado por una máquina de iluminación muy científica. El faro de los Casquets en particular es al presente una triple torre blanca que contiene tres castillos de luz. Esas tres casas de fuego evolucionan y giran sobre rodajes de relojería con tal precisión que el hombre de rancho que las observa desde alta mar da invariablemente diez pasos por la cubierta del barco durante la irradiación y veinticinco durante el eclipse. Todo está calculado en el plano focal y en la rotación del tambor octogonal formado por ocho anchos lentes simples escalonados que tienen arriba y abajo sus dos series de anillos dióptricos; es un engranaje algebraico protegido contra los golpes de viento y los golpes de mar con vidrios de un milímetro de espesor, a veces rotos, no obstante, por las águilas marinas que se lanzan contra ellos como grandes falenas de esas linternas gigantescas. La construcción que encierra, sostiene y engasta ese mecanismo es, como él, matemática. Todo en ella es sobrio, exacto, desnudo, preciso y correcto. Un faro es una cifra.

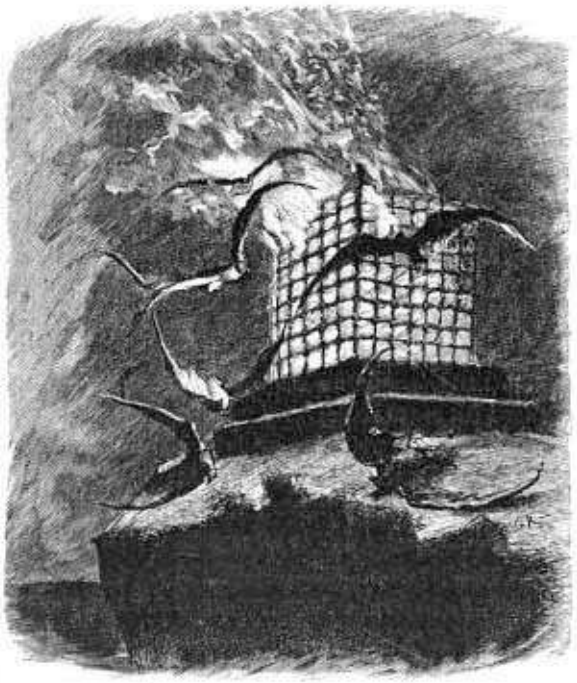
En el siglo XVII un faro era una especie de penacho de la tierra a la orilla del mar. La arquitectura de una torre de faro era magnífica y extravagante. En ella se prodigaban los balcones, los balaustres, las torrecillas, las glorietas, las veletas. No había más que mascarones, estatuas, adornos de follajes, volutas, esculturas en relieve, figuras y figuritas y cartelas con inscripciones. *Pax in bello*[25] decía el faro

de Eddystone. Observemos de paso que esta declaración de paz no desarmaba siempre al océano. Winstanley la repitió en un faro que construyó a sus expensas en un lugar salvaje, ante Plymouth. Terminada la torre del faro se encerró en ella e hizo que la probase la tempestad. La tempestad fue y se llevó el faro de Winstanley. Por lo demás, esas construcciones excesivas daban pábulo a la borrasca por todas partes, como esos generales demasiado condecorados que atraen los golpes en la batalla. Además de las fantasías de piedra estaban las fantasías de hierro, de cobre y de madera; la cerrajería formaba relieves y salientes la carpintería. Por todas partes en el perfil del faro desbordaban, empotradas en la pared entre los arabescos, máquinas de todas clases, útiles e inútiles, cabrias, garruchas, poleas, contrapesos, escalas, grúas de cargamento y garfios de salvamento. En el remate, alrededor del fogón, delicados cerrojos labrados sostenían grandes candeleros de hierro en los que se ponían trozos de maroma empapados en resina, mechas que ardían tenazmente y que ningún viento apagaba. Y de arriba abajo la torre estaba cubierta con pendones marinos, banderolas, banderas, enseñas y pabellones que ascendían de asta en asta, de piso en piso, amalgamando todos los colores, todas las formas, todos los blasones, todas las señales, todas las turbulencias, hasta la cabina de luces del faro, y haciendo en la tempestad un alegre alboroto de guiñapos alrededor de ese resplandor. Esa insolencia de la luz al borde del abismo parecía un desafío y daba audacia a los náufragos. Pero el faro de los Casquets no era así.

Era en esa época un simple viejo faro bárbaro, tal como Enrique I lo había hecho construir después del naufragio de la *Blanche-Nef*: una hoguera llameante bajo un enrejado de hierro en lo alto de una roca, una brasa detrás de una verja y una cabellera de llamas al viento.

El único perfeccionamiento de que había sido objeto ese faro desde el siglo XII era un fuelle de fragua que ponía en movimiento una cremallera con pesas de piedra y que habían ajustado al fanal en 1610.

En esos faros antiguos la suerte de las aves marinas era más trágica que en los faros actuales. Las aves acudían a ellos atraídas por la claridad, se precipitaban en su interior y caían en el brasero, donde se las veía saltar como espíritus negros que agonizaban en aquel infierno y a veces caían fuera del fanal en la roca, humeantes, renqueantes, ciegas, como fuera de la llama de una lámpara las moscas medio quemadas.



Para un barco que navega bien, provisto con todos sus recursos de aparejos y que obedece dócilmente al piloto el faro de los Casquéis es inútil; grita: ¡Cuidado! y advierte la existencia del escollo. Para un barco desmantelado es terrible. El casco, paralizado e inerte, sin resistencia contra el arrugamiento insensato del agua, sin defensa contra la presión del viento, pez sin aletas, pájaro sin alas, no puede ir sino adonde lo empuja la ráfaga. El faro le muestra el lugar supremo, le señala el sitio de la desaparición, ilumina la sepultura. Es la vela del entierro.

No puede haber ironía más trágica que iluminar la abertura inexorable, advertir lo inevitable.

12
Cuerpo a cuerpo con el escollo

Los desdichados en peligro a bordo de la *Matutina* comprendieron inmediatamente esa misteriosa irrisión que se agregaba al naufragio. La aparición del faro los reanimó al principio y luego los consternó. No había nada que hacer, nada que intentar. Lo que se ha dicho de los reyes puede decirse del mar: se es su pueblo, se es su presa. Se sufre todo lo que ellos deliran. El viento del noroeste arrastraba a la urca hacia los Casquéis. La resistencia era imposible. Derivaban rápidamente hacia el arrecife. Sentían cómo subía el fondo; la sonda, si hubieran podido echar útilmente una sonda, no habría dado más de tres o cuatro brazas. Los náufragos oían los sordos engullimientos de las olas en las cavidades submarinas de la roca profunda. Distinguían debajo del faro, como una lonja oscura, entre dos láminas de granito, el paso estrecho de la espantosa pequeña abra salvaje que se adivinaba llena de esqueletos de hombres y de cascos de barcos. Era una boca de antro más bien que una entrada de puerto. Oían el chisporroteo de la alta fogata en su fanal, una púrpura huraña iluminaba la tempestad, el encuentro de la llama y el granizo perturbaba la bruma, la nube negra y el humo rojo combatían, serpiente contra serpiente, un arrancamiento de brasas volaba en el viento y los copos de nieve parecían huir ante aquel brusco ataque de chispas. Las rompientes, veladas al principio, se dibujaban ahora claramente, como baturrillos de rocas con picos, crestas y vértebras. Los ángulos se modelaban con fuertes líneas bermejas, y los planos inclinados con sangrientos deslizamientos de claridad. A medida que avanzaban el relieve del escollo crecía y subía, siniestro.

Una de las mujeres, la irlandesa, pasaba desvariadamente las cuentas de su rosario.

A falta del patrón, que era el piloto, quedaba el jefe, que era el capitán. Todos los vascos conocen bien la montaña y el mar. Son audaces en los precipicios e inventivos en las catástrofes.

Llegaban al escollo, iban a tocarlo. De pronto se encontraron tan cerca de la gran roca del norte de los Casquets que súbitamente les ocultó el faro. No veían más que esa roca y un resplandor detrás de ella. Erguida en la bruma, parecía una gran mujer negra con una cofia de fuego.

Esa roca mal reputada se llama el Biblet. Apuntala en el norte el escollo que otro arrecife, el Etacq-aux-Guilmets, apuntala en el sur.

El jefe miró el Biblet y gritó:

—¡Un hombre de buena voluntad para llevar un calabrote a la rompiente! ¿Hay aquí alguien que sabe nadar?

No hubo respuesta. Ninguna de las personas que estaban a bordo sabía nadar, ni siquiera los marineros, ignorancia por lo demás frecuente entre la gente de mar.

Una eslora casi desatada de sus ligaduras oscilaba en la borda. El jefe la asió con los dos puños y dijo:

—Ayudadme.

Desataron la eslora. La tenían a su disposición para hacer con ella lo que desearan. De defensiva se convirtió en ofensiva.

Era una viga bastante larga, toda de puro roble, sana y fuerte, que podía servir de máquina de ataque y de punto de apoyo, de palanca para levantar un fardo y de ariete para atacar una torre.

—¡Atención! —gritó el jefe.

Seis de ellos, apoyados en el tocón del mástil, mantuvieron la eslora horizontal fuera de la borda y derecha como una lanza ante la cadera del escollo.

La maniobra era peligrosa. Dar un empujón a una montaña es una audacia. Los seis hombres podían ser arrojados al agua por el contragolpe.

Tales son las diversidades de la lucha con las tempestades. Después de la ráfaga el escollo, después del viento el granito. Hay que hacer frente ora a lo inasible ora a lo inconmovible.

Fue uno de esos momentos durante los cuales se blanquea el cabello.

El escollo y el barco iban a abordarse.

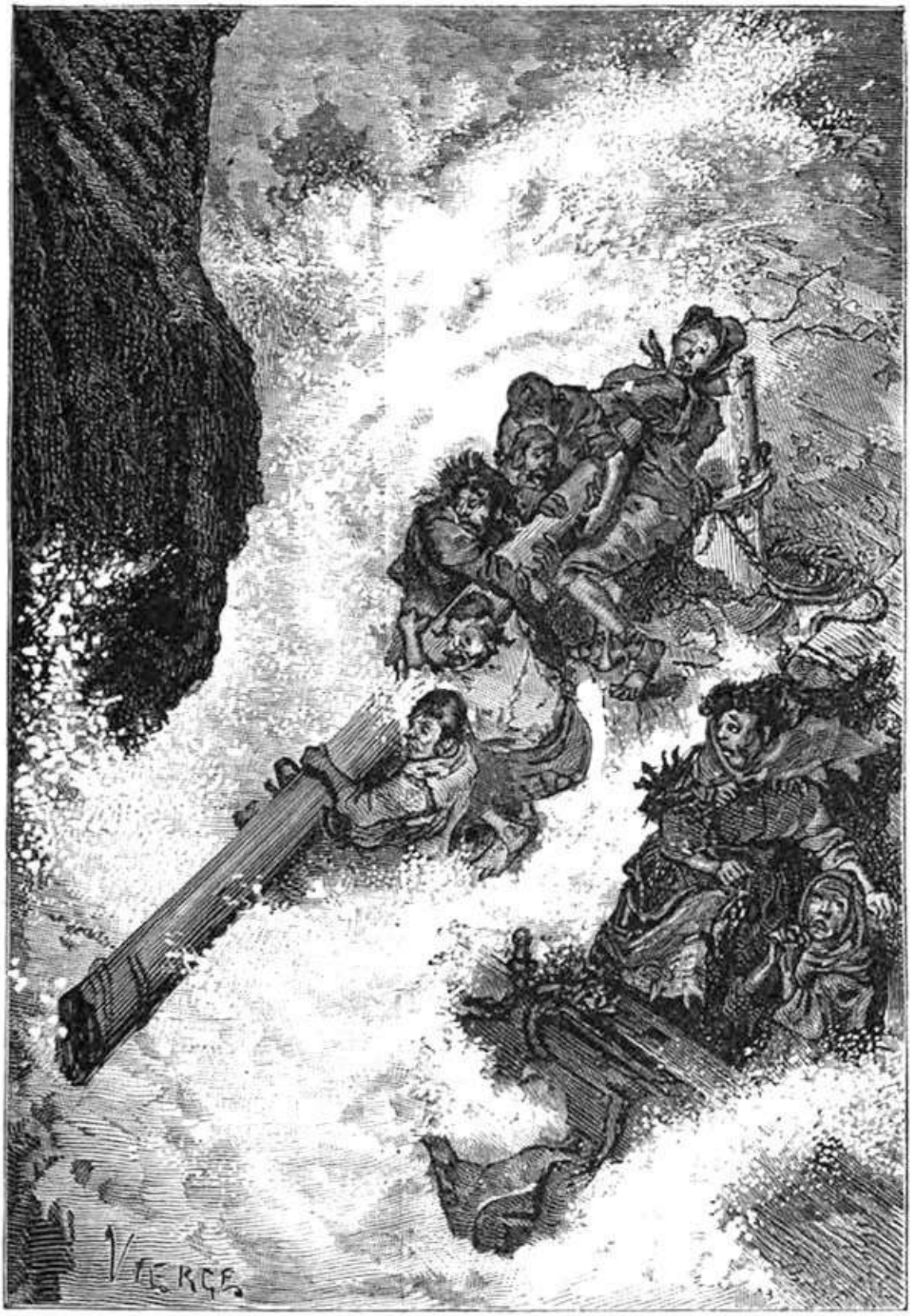
La roca es paciente y esperaba.

Llegó una marejada desordenada y puso fin a la espera. Tomó a la urca por debajo, la levantó y la balanceó un momento, como la honda balancea al proyectil.

—¡Firmes! —gritó el jefe—. No es más que una roca y nosotros somos hombres.

La viga estaba en ristre. Los seis hombres se confundían con ella. Sus aristas puntiagudas les herían las axilas, pero ellos no lo sentían.

La marejada arrojó a la urca contra la roca.



Se produjo el choque.

Se produjo bajo la informe nube de espuma que oculta siempre esas peripecias.

Cuando esa nube cayó al mar, cuando volvieron a separarse la ola y la roca, los seis hombres rodaban por la cubierta, pero la *Matutina* huía a lo largo de la

rompiente. La viga se había mantenido firme y causado una desviación. En algunos segundos, como el deslizamiento de la ola era desenfrenado, los Casquets quedaron detrás de la urca. La *Matutina*, por el momento, no corría un peligro inmediato.

Esas cosas suceden. Fue un golpe directo del bauprés en el acantilado lo que salvó a Wood de Largo en la desembocadura del Tay. En los rudos parajes del cabo Winterton, y a las órdenes del capitán Hamilton, fue gracias a una maniobra de palanca análoga contra la temible roca Brannoduum la que salvó del naufragio a la *Royale-Marie*, aunque era una fragata escocesa. La ola es una fuerza que se descompone tan súbitamente que las diversiones en ella son fáciles, o al menos posibles, inclusive en los choques más violentos. La tempestad tiene algo de animal; el huracán es el toro y se lo puede engañar.

En tratar de pasar de la secante a la tangente consiste todo el secreto de la manera de evitar el naufragio.

Ese fue el servicio que prestó la eslora a la urca. Había actuado como palanqueta y sustituido al timón. Pero esa maniobra liberadora estaba ya hecha y no se la podía repetir. La viga estaba en el agua. La duración del choque la había hecho saltar de las manos de los hombres sobre la borda y se perdió en la marejada. Arrancar otra eslora significaba dislocar las cuadernas del barco.

El huracán arrastró a la *Matutina*. En poco tiempo los Casquets parecieron en el horizonte un amontonamiento inútil. Nada parece tan desconcertado como un escollo en semejante ocasión. Hay en la naturaleza, por el lado de lo desconocido, allí donde lo visible se mezcla con lo invisible, airados perfiles inmóviles a los que parece indignar la pérdida de una presa.

Tal era el aspecto de los Casquets mientras huía la *Matutina*.

El faro fue retrocediendo y empalideciendo y luego desapareció.

Esa extinción fue lúgubre. Las capas de bruma se superpusieron sobre aquel resplandor que se hizo difuso. La irradiación se diluyó en la inmensidad húmeda. La llama flotó, luchó, se hundió, perdió su forma. Pareció que se ahogaba. El brasero se convirtió en pabilo y ya no fue más que un temblor amarillento y vago. A todo su alrededor se extendía un círculo de fulgor derramado. Era como un aplastamiento de la luz en el fondo de la noche.

La campana, que era una amenaza, había callado; el faro, que era una amenaza, había desaparecido. Sin embargo, cuando esas dos amenazas desaparecieron la situación fue más terrible. La una era una voz y la otra una antorcha. Tenían algo de humano. Sin ellas, sólo quedaba el abismo.

13
Frente a frente con la noche

La urca se encontró a la deriva en la oscuridad inconmensurable.

La *Matutina*, escapada de los Casquets, iba de marejada en marejada. Era una tregua, pero en el caos. Empujada de través por el viento, manejada por las mil tracciones de las olas, repercutía toda las oscilaciones frenéticas de la marejada. Apenas cabeceaba, señal temible de la agonía de un barco. Los restos de un naufragio sólo se balancean. El cabeceo es la convulsión de la lucha. El timón sólo puede tomar el viento de bolina.

En la tempestad, y sobre todo en el meteoro de nieve, el mar y la oscuridad terminan confundiéndose y amalgamándose y formando sólo una humareda. En la bruma, el torbellino y la ráfaga, deslizándose en todos los sentidos, sin punto de apoyo alguno, sin lugar de referencia, sin descanso, comenzando de nuevo constantemente, por una brecha tras otra, sin horizonte visible: así navegaba la urca.

Desprenderse de los Casquets, eludir el escollo, había sido para los náufragos una victoria. Pero sobre todo un estupor. No habían lanzado vítores; en el mar no se cometen dos veces esas imprudencias. Lanzar la provocación donde no se lanzaría la sonda es grave.

Rechazar el escollo había sido realizar lo imposible. Eso los tenía petrificados. Poco a poco, no obstante, recuperaban la esperanza. Tales son los insumergibles espejismos del alma. No hay angustia que, inclusive en el instante más crítico, no vea blanquear en sus profundidades la aparición inexpresable de la esperanza. Aquellos desdichados no pedían nada mejor que confesarse que se habían salvado. Eso era lo que balbuceaban.

Pero de pronto se produjo en la oscuridad un engrandecimiento formidable. A babor surgió, se dibujó y se recortó en el fondo de bruma una alta mole opaca y vertical, de ángulos rectos, una torre cuadrada del abismo.

La contemplaron, estupefactos.

La ráfaga los impulsaba hacia ella.

Ignoraban lo que era. Y era el peñón Ortach.

14
Ortach

El escollo se repetía. Después de los Casquets, Ortach. La tempestad no es artista, sino brutal y omnipotente, y no varía sus recursos.

La oscuridad no se agota. Nunca se le acaban sus trampas y sus perfidias. El hombre, en cambio, agota rápidamente sus recursos. El hombre se gasta, pero no el abismo.

Los náufragos se volvieron hacia el jefe, su esperanza. Él sólo pudo encogerse de hombros, lúgubre desdén de la impotencia.

Un guijarro en medio del océano: eso es el peñón Ortach. Ese escollo, de una sola pieza, se alza directamente por encima del choque antagónico del oleaje a ochenta pies de altura. Las olas y los barcos se estrellan contra él. Cubo inmutable, hunde a pico sus costados rectilíneos en las innumerables curvas serpenteantes del mar.

De noche parece un tronco enorme asentado sobre los pliegues de un gran paño negro. En la tempestad espera el hachazo, que es el rayo.

Pero nunca hay un rayo en la tromba de nieve. Es cierto que el navío tiene vendados los ojos; todas las tinieblas se anudan sobre él. Está presto como un ajusticiado. En cuanto al rayo, que es un fin rápido, no hay que esperarlo.

La *Matutina*, que no era más que una varadura flotante, fue hacia esa roca como había ido hacia la otra. Los infortunados, que durante un momento se habían creído salvados, volvieron a ser presa de la angustia. El naufragio que habían dejado a su espalda reaparecía delante de ellos. El escollo volvía a surgir del fondo del mar. Nada había cambiado.

Los Casquets son un barquillero de mil compartimientos; el Ortach es una muralla. Naufragar en los Casquets es ser despedazado; naufragar en el Ortach es ser triturado.

Sin embargo, había una probabilidad de salvarse.

En los frentes rectos, y el Ortach tiene un frente recto, la ola, lo mismo que la bala, no rebota. Se limita al juego sencillo del flujo y el reflujo. Llega como ola y vuelve como marejada.

En casos como esos la cuestión de la vida o la muerte se plantea así: si la ola lleva al barco hasta la roca lo estrella contra ella y se pierde; si se produce el reflujo antes que el barco toque la roca se lo lleva de nuevo y se salva.

Con gran ansiedad los náufragos vieron en la penumbra la gran ola suprema que se acercaba a ellos. ¿Hasta dónde los arrastraría? Si la ola golpeaba a la urca los lanzaría contra la roca y los despedazaría. Si pasaba bajo el barco…

La ola pasó por debajo del barco.

Respiraron.

¿Pero cómo volvería? ¿Qué haría con ellos la resaca?

La resaca se los llevó.

Algunos minutos después la *Matutina* se hallaba fuera de las aguas del escollo. El Ortach desaparecía como habían desaparecido los Casquets.

Era la segunda victoria. Por segunda vez la urca había llegado al borde del naufragio y retrocedido a tiempo.

15
Portentosum mare[26]

Entretanto, un adensamiento de la bruma envolvía a aquellos desdichados a la deriva. Ignoraban donde estaban. Apenas veían a algunos cables de distancia alrededor de la urca. A pesar de una verdadera lapidación de granizo que obligaba a todos a bajar la cabeza, las mujeres se habían obstinado en no volver a la cabina. No hay desesperado que no quiera naufragar al aire libre. Estando tan cerca de la muerte, parece que un techo encima de uno es un comienzo de ataúd.

La ola, cada vez más hinchada, se hacía más corta. La hinchazón del oleaje indica una estrangulación; en la niebla, ciertos redondeles en el agua señalan un estrecho. En efecto, sin que ellos lo supieran, seguían la costa de Aurigny. Entre Ortach y los Casquets al poniente y Aurigny al levante el mar está encerrado e incómodo, y el malestar del mar determina localmente el estado de tempestad. El mar sufre como cualquier otra cosa, y allí donde sufre, se irrita. Ese paso es terrible.

La *Matutina* se hallaba en ese paso.

Imagínese bajo el agua una concha de tortuga grande como Hyde-Park o los Campos Elíseos, y cada estría de la cual es una restinga y cada abolladura un arrecife. Tal es el acceso oeste de Aurigny. El mar encubre y oculta ese aparato de naufragio. Sobre esa caparazón de rompientes submarinas la ola, despedazada, salta y espumajea. En la calma, cabrilleo; en la tempestad, caos.

Los náufragos observaron esta complicación nueva sin explicársela. De pronto la comprendieron. En el cénit se hizo un claro pálido, un poco de palidez se dispersó por el mar, y esa lividez descubrió a babor una larga estacada de través al este hacia la cual se lanzaba, empujando a la urca ante él, el impulso del viento. Esa estacada era Aurigny.

¿Qué era aquello? Temblaron al verlo.

Habrían temblado todavía más si una voz les hubiese contestado: Aurigny.

Ninguna isla está defendida como Aurigny contra la llegada del hombre. Tiene bajo el agua y fuera del agua una guardia feroz cuyo centinela es Ortach. Al oeste, Burhou, Sauteriaux, Anfroque, Niangle, Fond-du-Croc, las Jumelles, la Grosse, la Clanque, los Equillons, el Vrac, la Fosse-Maliére; al este, Sauquet, Hommeau, Floreau, la Brinebetais, la Queslingue, Croquelohou, la Fourche, el Saut, Noire Pute, Coupie, Orbue. ¿Qué son todos esos monstruos? ¿Hidras? Sí, de la especie escollo.

Uno de esos arrecifes se llama el *But* (el fin), como para indicar que todo viaje termina allí.

Esa acumulación de escollos, simplificada por el agua y la noche, se les apareció a los náufragos en la forma de una simple banda oscura, como un borrón negro en el horizonte.

El náufrago es el ideal de la impotencia. Estar cerca de la tierra y no poder llegar a ella, flotar y no poder navegar, poner los pies en algo que parece sólido y es frágil, estar lleno de vida y lleno de muerte al mismo tiempo, ser prisionero de las extensiones, estar encerrado entre el cielo y el océano, tener encima lo infinito como un calabozo y alrededor la inmensa evasión de las ráfagas y las ondas, y estar sujeto, agarrotado, paralizado: este anonadamiento aturde e indigna. Se cree entrever en él la risa irónica del combatiente inaccesible. Lo que os retiene es aquello mismo que deja escapar a las aves y pone en libertad a los peces. No parece nada y es todo. Se depende de ese aire que se perturba con la boca, de esa agua que se toma en el hueco de la mano. Tomad de esa tempestad un vaso lleno y no es ya más que un poco de amargura. Como trago es una náusea, como marejada es el exterminio. El grano de arena en el desierto, el copo de espuma en el océano, son manifestaciones vertiginosas; la omnipotencia no se toma la molestia de ocultar su átomo, convierte la debilidad en fuerza, llena con su todo la nada, y es con lo infinitamente pequeño con lo que os aplasta lo infinitamente grande. El océano os tritura con gotas.

Uno se siente juguete.

Juguete, ¡qué palabra terrible!

La *Matutina* se hallaba un poco más arriba de Aurigny, lo que era favorable, pero derivaba hacia la punta del norte, lo que era fatal. El viento del noroeste, como un arco tendido dispara una flecha, lanzaba a la urca hacia el cabo septentrional. Existe en ese cabo, un poco más acá del abra de los Corbelets, lo que los marinos del archipiélago normando llaman «un mono».

El Mono —*swinge*— es una corriente furiosa. Una sarta de embudos en las restingas produce en las olas una sarta de torbellinos. Cuando os deja uno os toma el otro. Un barco atrapado por la *swinge* rueda así de espiral en espiral hasta que una roca puntiaguda abre el casco. Entonces el barco despanzurrado se detiene, la popa sale de las olas, la proa se hunde, el remolino termina la obra, la popa se sumerge y todo desaparece. Un charco de espuma se ensancha y flota y ya no se ve en la superficie del agua más que aquí y allá algunas burbujas provenientes de las respiraciones ahogadas en el fondo.

En toda la Mancha los tres monos más peligrosos son el que está cerca del famoso banco de arena llamado Girdler Sands, el que se halla en Jersey entre el Pignonnet y el cabo de Moirmont, y el de Aurigny.

Un piloto local que hubiese estado a bordo de la *Matutina* habría advertido a los náufragos la existencia de ese nuevo peligro. Pero a falta de piloto poseían el instinto; en las situaciones extremas hay una segunda vista. Altas torsiones de espuma se alzaban a lo largo de la costa al impulso frenético del viento. Eran los escupitajos del mono. Muchos barcos han zozobrado en esa emboscada. Sin saber lo que había allí se acercaban horrorizados.

¿Cómo podían doblar aquel cabo? No había modo alguno. Así como habían visto surgir los Casquets y luego Ortach, ahora veían erguirse la punta de Aurigny, toda

ella una roca empinada.

Aquello era como un desfile de gigantes con los que tenían que librar una serie de combates espantosos.

Escila y Caribdis no son más que dos; los Casquets, Ortach y Aurigny son tres.

El mismo fenómeno de invasión del horizonte por el escollo se reproducía con la monotonía grandiosa del abismo. Las batallas del océano tienen, como los combates de Homero, esa repetición sublime.

Cada oleada, a medida que se acercaban, aumentaba en veinte codos el cabo espantosamente amplificado en la bruma. La disminución de la distancia parecía cada vez más irremediable. Tocaban el linde del mono. El primer pliegue que los asiera los arrastraría. Una oleada más y todo terminaría.

De pronto la urca fue empujada hacia atrás como por el puñetazo de un titán. La marejada se encabritó bajo el barco y se invirtió, alejando a la urca en sus crines de espuma. La *Matutina*, bajo ese impulso, se apartó de Aurigny.

Aquel juguete de la agonía volvió a encontrarse en alta mar. ¿De dónde llegaba ese socorro? Del viento.

El soplo de la tempestad había cambiado de dirección. El oleaje había jugado con ellos, y ahora era el turno del viento. Ellos mismos se habían desprendido de los Casquets, pero delante de Ortach había actuado la marejada; delante de Aurigny fue el viento, que saltó súbitamente del septentrión al mediodía.

El suroeste sucedía al noroeste.

La corriente es el viento en el agua; el viento es la corriente en el aire; esas dos fuerzas acababan de oponerse y el viento había tenido el capricho de arrebatar su presa a la corriente.

Las brusquedades del océano son incomprensibles. Son la incertidumbre perpetua. Cuando se está a su merced no se puede esperar ni desesperar. Hacen y luego deshacen. El océano se divierte. Todos los matices de la ferocidad se dan en ese mar vasto y solapado al que Jean Bart llamó «la gran bestia». Es el zarpazo con intervalos de buena voluntad en que oculta las uñas. A veces la tempestad demora el naufragio, a veces lo trabaja con cuidado, casi se podría decir que lo acaricia. El mar dispone de tiempo, y los agonizantes se dan cuenta de ello.

A veces, digámoslo, esas demoras en el suplicio anuncian la salvación. Esos casos son raros. Como quiera que sea, los agonizantes creen pronto en la salvación, el menor apaciguamiento en las amenazas de la tempestad les basta, se afirman a sí mismos que están fuera de peligro y después de haberse considerado sepultados testimonian su resurrección, aceptan febrilmente lo que no poseen todavía, es evidente que todo lo que contenía la mala suerte se ha agotado, se declaran satisfechos, están a salvo y en paz con Dios. No se debe apresurar mucho a dar esos recibos a lo Desconocido.

El suroeste comenzó como torbellino. Los náufragos nunca tienen sino auxiliares ariscos. La *Matutina* fue arrastrada impetuosamente a alta mar por los aparejos que le

quedaban como una muerta arrastrada por la cabellera. Eso se parecía a las libertades concedidas por Tiberio al precio de la violación. El viento maltrataba a los que salvaba. Los auxiliaba con furia. Era un socorro sin compasión.

La urca, con ese maltrato liberador, acabó de dislocarse.

Piedras de granizo, gruesas y duras como para cargar un trabuco, acribillaban la embarcación.

En cada inversión de la marejada esas piedras de granizo rodaban por la cubierta como bolas de billar.

La urca, casi entre dos aguas, perdía toda su forma bajo las caídas de las olas y los desplomes de espumas. En el barco cada uno pensaba en sí mismo.

Se asían a lo que podían. Después de cada golpe de mar experimentaban la sorpresa de volver a encontrarse todos. Muchos tenían el rostro desgarrado por las astillas de madera.

Por suerte, la desesperación tiene los puños fuertes. Una mano de niño aterrado aprieta como la de un gigante. La angustia hace un tornillo con los dedos de una mujer. Una muchacha que teme clava sus uñas rosadas en el hierro. Los náufragos se

asían, se sostenían y se retenían. Pero todas las olas les llevaban el espanto del barrido.

De pronto se sintieron aliviados.

16
Benignidad súbita del enigma

El huracán terminó bruscamente.

Ya no hubo en el aire viento del suroeste ni del noroeste. Los clarines frenéticos del espacio callaron. Las tromba salió del cielo, sin disminución previa, sin transición, y como si hubiese caído a pico en un precipicio. Ya no se supo dónde estaba. Los copos de nieve reemplazaron al granizo. La nieve volvió a caer lentamente.

Ya no había marejada. El mar se aplanó.

Esas cesaciones súbitas son peculiares de las tempestades de nieve. Agotado el efluvio eléctrico, todo se tranquiliza, inclusive las olas, que en las tormentas ordinarias conservan con frecuencia una larga agitación. En este caso no hubo un prolongamiento de la ira en el oleaje. Como un trabajador después de su tarea, la marejada se adormeció inmediatamente, lo que casi contradice las leyes de la estática, pero no sorprende a los viejos pilotos, pues saben que hay en el mar todo lo inesperado.

Este fenómeno se produce también, aunque muy raras veces, en las tempestades ordinarias. Así, en nuestra época, en el memorable huracán del 27 de julio de 1867, el viento, tras catorce horas de furia, cayó inmediatamente en una calma chicha.

Al cabo de unos minutos la urca ya no tenía a su alrededor más que un agua dormida.

Al mismo tiempo, pues la última fase se parece a la primera, ya no se veía nada. Todo lo que se había hecho visible en las convulsiones de las nubes meteóricas volvió a hacerse turbio, las siluetas pálidas se disolvieron en un desleimiento difuso y la sombra de lo infinito se acercó por todas partes al barco. Ese muro de oscuridad, esa oclusión circular, ese interior de cilindro cuyo diámetro disminuía de minuto en minuto, envolvía a la *Matutina* y, con la lentitud siniestra de un banco de hielo que se cierra, se achicaba formidablemente. En el cénit, nada, una tapadera de bruma, una tapia. La urca estaba como en el fondo del pozo del abismo.

En ese pozo el mar era un charco de plomo líquido. El agua no se movía. Su inmovilidad era lúgubre. El océano nunca es más feroz que cuando se estanca.

Todo era silencio, apaciguamiento, ceguedad.

El silencio de las cosas es tal vez taciturnidad.

Los últimos chapoteos se deslizaban a lo largo de la borda. La cubierta se mantenía horizontal, como declives imperceptibles. Algunas dislocaciones se zarandeaban débilmente. El casco de granada que servía de farol y en el que ardían estopas alquitranadas, ya no se balanceaba en el bauprés y no arrojaba gotas inflamadas al agua. El viento que quedaba en las nubes no hacía ruido. La nieve caía

densa, blanda y apenas oblicuamente. No se oía la espuma de ninguna rompiente. Reinaba la paz de las tinieblas.

Ese descanso después de las exasperaciones y los paroxismos les produjo a los desdichados, durante tanto tiempo zarandeados, un indecible bienestar. Les parecía que dejaban de estar en peligro. Entreveían alrededor y sobre ellos un consentimiento en salvarlos. Volvieron a confiar. Todo lo que había sido furia era ahora tranquilidad. Les parecía que se había firmado una paz. Sus pechos miserables se dilataron. Podían soltar el trozo de cuerda o de madera al que se asían, levantarse, erguirse, mantenerse en pie, caminar, moverse. Se sentían indeciblemente tranquilos. Se dan en lo profundo de la oscuridad esos efectos de paraíso, preparación para otra cosa. Era evidente que estaban fuera de la ráfaga, de la espuma, de los soplos, de las iras, liberados.

Se decían: «Esta vez ha terminado».

De pronto se dieron cuenta de que había terminado, en efecto.

Uno de los marineros, el vasco del norte, llamado Galdeazun, bajó en busca de barloa a la bodega, y luego subió y dijo:

—La bodega está llena.

—¿De qué? —preguntó el jefe.

—De agua —contestó el marinero.

El jefe gritó:

—¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir —respondió Galdeazun— que dentro de media hora zozobraremos.

17
El último recurso

Había una grieta en la quilla. Y se había formado una vía de agua. ¿En qué momento? Nadie habría podido decirlo. ¿Fue al abordar a los Casquets o delante de Ortach? ¿Fue en el oleaje de las restingas al oeste de Aurigny? Lo más probable era que habían tocado el Mono, que les había dado un hocicazo. No se dieron cuenta de ello en medio del sobreviento convulsivo que los sacudía. Cuando se padece de tétanos no se siente una picadura.

El otro marinero, el vasco del sur, que se llamaba Ave-María, bajó a su vez a la sentina y cuando volvió dijo:

—En la quilla el agua llega a la altura de dos varas — y añadió —. Antes que pasen cuarenta minutos nos iremos a pique.

¿Dónde estaba esa vía de agua? No se la veía. Estaba sumergida. El volumen de agua que llenaba la sentina ocultaba esa grieta. La urca tenía un agujero en el vientre, en alguna parte bajo la línea de flotación, muy adelante bajo la obra viva. Era imposible verla e imposible obturarla. El barco tenía una herida y no podía curarla. Por lo demás, el agua no entraba muy rápidamente.

El jefe gritó:

—Hay que bombear.

Galdeazun le contestó:

—No tenemos bomba.

—Entonces, vayamos a tierra.

—¿Dónde está la tierra?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—Pero está en alguna parte.

—Por supuesto.

—Que alguien nos lleve.

—No tenemos piloto.

—Toma tú la caña del timón.

—No tenemos caña.

—Hagamos una con cualquiera viga. ¡Pronto, clavos, un martillo, herramientas!

—La caja de carpintería cayó al agua. No tenemos herramientas.

—¡Dirijámonos de todos modos a cualquier parte!

—No tenemos timón.

—¿Dónde está el bote? ¡Lancémonos a él y rememos!

—No tenemos bote.

—Rememos en la urca.

—No tenemos remos.

—¡A la vela, entonces!

—No tenemos velas, ni mástil.

—Hagamos un mástil con una eslora, y una vela con una lona. ¡Salgamos de aquí! ¡Confiemos en el viento!

—Ya no hay viento.

El viento, en efecto, los había abandonado. La tempestad se había ido y esa partida, que ellos habían considerado su salvación, era su pérdida. Si el viento del suroeste se hubiera mantenido los habría impulsado frenéticamente hacia alguna costa, habría ganado en velocidad a la vía de agua, los habría llevado tal vez a algún buen banco de arena propicio y los habría encallado antes que zozobraran. El rápido transporte de la tempestad habría podido llevarlos a tierra. Pero no habiendo viento no había ya esperanza. Morirían a causa de la ausencia del huracán.

La situación llegaba a su culminación.

El viento, el granizo, la borrasca, el torbellino, son combatientes desordenados a los que se puede vencer. Se puede encontrar algún defecto en la armadura de la tempestad. Hay recursos contra la violencia que se pone en descubierto sin cesar, se mueve en falso y golpea fuera del blanco. Pero nada se puede hacer contra la calma. No hay un relieve al que se pueda asir.

Los vientos son un ataque de cosacos: si se les resiste bien se dispersan. La calma es las tenazas del verdugo.

El agua, sin prisa, pero sin interrupción, irresistible y pesada, subía en la sentina, y a medida que subía la urca descendía. Eso sucedía muy lentamente.

Los náufragos de la *Matutina* sentían que poco a poco se entreabría bajo ellos la más desesperada de las catástrofes, la catástrofe inerte. Eran presas de la certidumbre tranquila y siniestra del hecho inconsciente. El aire no oscilaba, el mar no se movía. Lo inmóvil es lo inexorable. El abismo los reabsorbía en silencio. A través del espesor del agua muda, sin ira, sin apasionamiento, sin quererlo, sin saberlo, sin interesarse por ello, el centro fatal del globo los atraía. El horror, en descanso, se les amalgamaba. Ya no era la boca abierta del oleaje, la doble mandíbula del golpe de viento y el golpe de mar, siniestramente amenazadora, el rictus de la tromba, el apetito espumante de la marejada; era bajo aquellos desdichados el bostezo funesto del infinito. Se sentían entrar en una profundidad apacible que era la muerte. La cantidad de borda que el barco tenía fuera del agua disminuía, nada más. Se podía calcular en qué minuto desaparecería. Era todo lo contrario de la sumersión por la marea creciente. El agua no subía hacia ellos, sino que eran ellos los que descendían hacia ella. Ellos mismos cavaban su tumba. Su peso era el sepulturero.

Los ejecutaba, no la ley de los hombres, sino la ley de las cosas.

La nieve caía, y como la urca ya no se movía, esas hilas blancas formaban en la cubierta una capa que cubría al barco con un sudario.

La sentina se hacía cada vez más pesada. No había modo de obturar la vía de agua. Ni siquiera tenían una pala de achicamiento, la que, por otra parte, habría sido ilusoria y de un empleo impracticable, pues la urca tenía cubierta. Iluminaron los restos de la embarcación; encendieron tres o cuatro antorchas que colocaron en agujeros y como pudieron. Galdeazun llevó algunos viejos baldes de cuero, con los que formaron cadena y comenzaron a achicar la sentina, pero los baldes estaban fuera de servicio, el cuero de unos estaba descosido y el fondo de otros agrietado, y se vaciaban en el camino. Era irrisoria la desigualdad entre lo que se recibía y lo que se devolvía. Entraba una tonelada de agua y salía un vaso del líquido. Tal era el resultado: un gasto de avaro que trata de agotar centavo a centavo un millón.

El jefe dijo:

—¡Aligeremos la urca!

Durante la tempestad habían amarrado las arcas que estaban en cubierta. Seguían atadas al tronco del mástil. Soltaron las amarras y arrojaron las arcas al agua por una de las brechas de la borda. Una de ellas pertenecía a la vasca, quien no pudo menos de suspirar:

—¡Oh, mi capa nueva con forro escarlata! ¡Oh, mis pobres medias de encaje de corteza de abedul! ¡Oh, mis pendientes de plata para ir a la misa del mes de María!

Una vez desembarazada la cubierta quedaba el camarote. Estaba muy abarrotado. Contenía, como se recordará, los equipajes de los pasajeros y los fardos de los marineros.

Tomaron los equipajes y arrojaron todo ese cargamento por la brecha de la borda.

Retiraron los fardos y los empujaron al océano.

Terminaron de vaciar el camarote. La linterna, el tamborete, los barriles, los sacos, los baldes y las barricas, la marmita con la sopa: todo fue al agua. Destornillaron las tuercas del hornillo de hierro apagado desde hacía mucho tiempo, lo arrancaron, lo izaron a la cubierta, lo arrastraron hasta la brecha y lo arrojaron fuera del barco.

Enviaron al agua todo lo que pudieron arrancar del empañado, las cochinatas, los obenques y el aparejo destruido.

De vez en cuanto el jefe tomaba una antorcha, la paseaba por las cifras del estiaje pintadas en la proa del barco y miraba cómo iba el naufragio.

18
El recurso supremo

La urca, aligerada, se hundía un poco menos, pero seguía hundiéndose.

Lo desesperado de la situación no tenía ya remedio ni paliativo. Habían apelado al último recurso.

—¿Queda algo que se pueda arrojar al mar? — preguntó el jefe.

El doctor, de quien nadie se acordaba ya, se asomó por un ángulo de la chupeta del camarote y dijo:

—Sí.

—¿Qué? —preguntó el jefe.

El doctor respondió:

—Nuestro crimen.

Se produjo un estremecimiento y todos exclamaron:

—¡Amén!

El doctor, en pie y pálido, levantó un dedo hacia el cielo y dijo:

—De rodillas.

Vacilaban, lo que es el comienzo del arrodillamiento.

El doctor continuó:

—Arrojemos al mar nuestros delitos. Pesan sobre nosotros. Eso es lo que hunde el barco. No pensemos más en el salvamento, pensemos en la salvación. Nuestro último delito sobre todo, el que cometimos o, por decir mejor, completamos al embarcarnos, desdichados que me escucháis, nos abruma. Es una insolencia impía tentar al abismo cuando se tiene detrás el intento de un homicidio. Lo que se hace contra un niño se hace contra Dios. Había que embarcarse, lo sé, pero eso era la perdición segura. La tempestad, advertida por la sombra que nuestra acción ha hecho, ha venido. Está bien. Por lo demás, no lamentéis nada. Tenemos allí, no lejos de nosotros, en esa oscuridad, las arenas de Vauville y el cabo de la Hougue. Eso es Francia. Sólo había un refugio posible: España. Francia no es para nosotros menos peligrosa que Inglaterra. Nuestra liberación del mar habría terminado en la horca. O ahorcados o ahogados: no teníamos otra opción. Dios ha elegido por nosotros. Démosle gracias. Nos concede la tumba que lava. Hermanos míos, eso era inevitable. Pensad que somos nosotros quienes hace poco hicimos todo lo posible para enviar al cielo a ese niño, y que en este momento mismo, en el instante en que hablo, se halla tal vez sobre nuestras cabezas un alma que nos acusa ante un juez que nos mira. Aprovechemos el último plazo. Esforcémonos, si eso es posible todavía, por reparar, en todo lo que depende de nosotros, el mal que hemos hecho. Si el niño nos sobrevive, ayudémoslo. Si muere, procuremos que nos perdone. Librémonos de nuestro crimen. Descarguemos de ese peso nuestras conciencias. Tratemos de que

nuestras almas no zozobren delante de Dios, pues ese es el naufragio terrible. Los cuerpos van a los peces y las almas a los demonios. Compadeceos de vosotros mismos. Arrodillaos. El arrepentimiento es la barca que no se sumerge. ¿Decís que no tenéis brújula? Os equivocáis: tenéis la oración.

Aquellos lobos se convirtieron en corderos. En la angustia se ven esas transformaciones. Sucede que los tigres lamen el crucifijo. Cuando la puerta sombría se entreabre creer es difícil, pero no creer es imposible. Por imperfectos que sean los diversos esbozos de religiones probados por el hombre, inclusive cuando la creencia es informe, inclusive cuando el contorno del dogma no se ajusta a los lineamientos de la eternidad entrevista, en el momento supremo se produce un estremecimiento del alma. Algo comienza después de la vida. Esa presión se ejerce en la agonía.

La agonía es el vencimiento de un plazo. En ese segundo fatal se siente una responsabilidad difusa. Lo que ha sido se mezcla con lo que será. El pasado vuelve y penetra en el porvenir. Lo conocido se convierte en abismo lo mismo que lo

desconocido, y esos dos precipicios, el que contiene las culpas y el que contiene la esperanza, mezclan su reverberación. Es esta confusión de los abismos la que espanta al moribundo.

Los náufragos habían hecho su último gasto de esperanza del lado de la vida, y por eso se volvieron hacia el otro lado. Ya no les quedaba más probabilidad de salvación que la de aquella sombra. Lo comprendieron. Fue un deslumbramiento lúgubre, seguido inmediatamente por una recaída en el horror. Lo que se comprende en la agonía se parece a lo que se ve a la luz de un relámpago. Todo, y luego nada. Se ve y luego ya no se ve. Después de la muerte volverán a abrirse los ojos y lo que ha sido un relámpago se convertirá en un sol.

Le gritaron al doctor:

—¡Tú! ¡Tú! ¡No hay más que tú! Te obedeceremos. ¿Qué hay que hacer? Habla.

El doctor contestó:

—Se trata de pasar sobre el precipicio desconocido y de esperar en la otra orilla de la vida, que está más allá de la tumba. Como yo soy el que sabe más cosas, soy el que corre más peligro de todos. Hacéis bien en dejar la elección del puente a quien lleva el fardo más pesado.

Y añadió:

—La ciencia pesa sobre la conciencia.

Luego preguntó:

—¿Cuánto tiempo nos queda todavía?

Galdeazun miró el estiaje y contestó:

—Algo más de un cuarto de hora.

—Está bien.

El techo bajo de la chupeta en el que se acodaba formaba una especie de mesa. El doctor sacó del bolsillo el tintero y la pluma, así como la cartera, de la que sacó un pergamino, el mismo en cuyo dorso había escrito algunas horas antes una veintena de líneas tortuosas y apretadas.

—Luz —pidió.

La nieve, que caía como la espuma de una catarata, había apagado las antorchas una tras otra. Sólo quedaba una. Ave-María la tomó y fue a colocarse con esa antorcha en la mano junto al doctor.

El doctor guardó la cartera en el bolsillo, dejó la pluma y el tintero en la mesa improvisada, desplegó el pergamino y dijo:

—Escuchad.

Entonces, en medio del mar, en aquel pontón decreciente, parecido a un sepulcro tembloroso, comenzó, hecha gravemente por el doctor, una lectura que toda la sombra parecía escuchar. Todos aquellos condenados bajaban la cabeza a su alrededor. El resplandor de la antorcha acentuaba su palidez. Lo que leía el doctor estaba escrito en inglés. A intervalos, cuando una de aquellas miradas lamentables parecía pedir una aclaración, el doctor se interrumpía y repetía, ora en francés, ora en

español, ora en vasco, ora en italiano, el pasaje que acababa de leer. Se oían sollozos ahogados y golpes sordos dados en los pechos. La urca seguía hundiéndose.

Terminada la lectura, el doctor dejó el pergamino abierto en la chupeta, tomó la pluma y en el margen dejado en blanco debajo de lo que había escrito, firmó:

Doctor Gernardus Geestemunde

Luego se volvió hacia los otros y dijo:

—Venid y firmad.

La vasca se acercó, tomó la pluma y firmó: *Asunción*.

Entregó la pluma a la irlandesa, quien, como no sabía escribir, hizo una cruz.

El doctor escribió al lado de esa cruz:

Bárbara Fermoy, de la isla Tyrryf, en las Ebudes.

Luego entregó la pluma al jefe de la banda, quien firmó: *Gaizdorra*, capitán.

El genovés, debajo del jefe, firmó: *Giangirate*.

El languedociano firmó *Jacques Quatourze, llamado el Narbonés*.

El provenzal firmó *Luc-Pierre Capgaroupe, del presidio de Mabón*.

Bajo esas firmas el doctor escribió esta nota:

«De los tres hombres de la tripulación, el patrón fue arrebatado por un golpe de mar y sólo quedan dos, que han firmado».

Los dos marineros pusieron sus nombres debajo de esta nota. El vasco del norte firmó *Galdeazun*, y el del sur *Ave-María, ladrón*.

Luego el doctor dijo:

—Capgaroupe.

—Presente —contestó el provenzal.

—¿Tienes la calabaza de Hardquanonne?

—Sí.

—Dámela.

Capgaroupe bebió el último trago de aguardiente y entregó la calabaza al doctor.

La crecida interior del agua se agravaba. La urca se sumergía cada vez más en el mar. Los bordes de la cubierta en plano inclinado estaban cubiertos por una delgada ola roedora que se agrandaba.

Todos se habían agrupado en la arrufadura del barco.

El doctor secó la tinta de las firmas con el calor de la antorcha, dobló el pergamino de modo que pudiera entrar por el gollete de la calabaza y lo introdujo en ésta.

Luego pidió:

—El tapón.

—No sé dónde está —dijo Capgaroupe.

—He aquí un cabo de jarcia —dijo Jacques Quatource.

El doctor tapó la calabaza con ese cabo y pidió:

—Alquitrán.

Galdeazun fue a la proa, apoyó un apagador de estopa en la granada de brulote que se apagó, la desenganchó del estrave y la llevó al doctor, medio llena de alquitrán hirviente.

El doctor sumergió el gollete de la calabaza en el alquitrán y luego lo retiró. La calabaza, que contenía el pergamino firmado por todos, estaba taponada y embreada.

—Ya está —dijo el doctor.

Y de todas las bocas salió, vagamente balbuceado en todas las lenguas, el murmullo lúgubre de las catacumbas.

—Ainsi soit-il!

—¡Mea culpa!

—¡Asi sea!

—Aro raí!

—¡Amen!

Se habría creído oír que se dispersaban en las tinieblas, ante la espantosa negativa celestial a oírlas, las sombrías voces de Babel.

El doctor volvió la espalda a sus compañeros de delito y de angustia y dio algunos pasos hacia la borda. Cuando llegó a ella, miró al infinito y dijo con acento profundo:

—Bist du bei mir[27]?

Hablaba probablemente a algún espectro.

La urca se hundía.

Detrás de él todos meditaban. La oración es una fuerza mayor. No se encorvaban, se doblaban. Había algo involuntario en su contrición. Se doblaban como se dobla una vela a la que falta el viento, y aquel grupo salvaje tomaba poco a poco, con la unión de las manos y la inclinación de las frentes, la actitud diversa, pero abrumada, de la confianza desesperada en Dios. Un reflejo venerable, proveniente del abismo, se esbozaba en aquellos rostros perversos.

El doctor volvió a ellos. Cualquiera que fuera su pasado, aquel anciano era grande en presencia del desenlace. La vasta reticencia circundante le preocupaba sin desconcertarlo. Era el hombre que no es sorprendido desprevenido.

Mostraba un horror tranquilo. La majestad de Dios comprendida se reflejaba en su rostro.

Aquel bandido envejecido y pensativo adoptaba, sin darse cuenta, la postura pontifical.

—Atención —dijo.

Contempló durante un momento el mar y añadió:

—Ahora vamos a morir.

Tomó la antorcha de las manos de Ave-María y la sacudió. Una llama se desprendió de ella y voló en la oscuridad. Y el doctor arrojó la antorcha al mar.

La antorcha se apagó. Toda claridad desapareció. Ya no hubo más que la inmensa sombra desconocida. Fue como si se cerrase la tumba. En ese eclipse se oyó al doctor que decía:

—Oremos.

Todos se arrodillaron.

Pero ya no se arrodillaron en la nieve, sino en el agua. Sólo les quedaban unos pocos minutos. El doctor era el único que permanecía en pie. Los copos de nieve, al caer sobre él, lo estrellaban con lágrimas blancas y lo hacían visible sobre aquel fondo de oscuridad. Parecía la estatua parlante de las tinieblas.

Hizo la señal de la cruz y elevó la voz mientras bajo sus pies comenzaba esa oscilación casi imperceptible que anuncia el instante en que un barco va a hundirse.

Dijo:

—*Pater noster qui es in coelis*.

El provenzal repitió en francés:

—*Notre père qui êtes aux cieux*.

La irlandesa repitió en galés, comprendida por la vasca:

—*Ar natbair ata ar neamh*.

El doctor continuó:

—*Sanctificetur nomen tuum*.

—*Que votre nom soyt sanctifié* —dijo el provenzal.

—*Naomhthar hainm* —dijo la irlandesa.

—*Adveniet regnum tuum* —prosiguió el doctor.

—*Que votre règne arrive* —dijo el provenzal.

—*Tigeadh do rioghachd* —dijo la irlandesa.

A los arrodillados les llegaba el agua hasta los hombros. El doctor añadió:

—*Fiat voluntas tua*.

—*Que votre volunté soit faite* —balbuceó el provenzal.

La irlandesa y la vasca lanzaron este grito:

—*¡Deuntar do thoil ar an Hbalamb!*

—*Sicut in coelo et in terra* —dijo el doctor.

Ninguna voz le respondió.

Bajó la vista. Todas las cabezas estaban bajo el agua. Ni uno solo se había levantado. Se habían dejado ahogar de rodillas.

El doctor tomó en la mano derecha la calabaza que había depositado en la chupeta y la alzó por encima de su cabeza.

La urca se hundió.

Mientras se hundía el doctor murmuró el resto de la oración.

Su busto permaneció fuera del agua durante un momento, luego su cabeza, y después sólo quedó su brazo sosteniendo la calabaza, como si la mostrara al infinito.

El brazo desapareció también. El mar profundo no se plegó más que una tonelada de aceite. La nieve seguía cayendo.

Algo sobrenadó y se alejó por el agua en la oscuridad. Era la calabaza embreada, a la que sostenía su envoltura de mimbre.

LIBRO TERCERO

El niño en la sombra

1
El Chess-Hill

La tempestad no era menos intensa en la tierra que en el mar.

El mismo desencadenamiento feroz se había producido alrededor del niño abandonado. El débil y el inocente se convierten en lo que pueden en el derroche de ira inconsciente que hacen las fuerzas ciegas; la sombra no discierne, y las cosas no tienen las clemencias que se las supone.

Había en tierra muy poco viento, y el frío tenía algo de inmóvil. No granizaba. La densidad de la nieve que caía era espantosa.

Las piedras de granizo golpean, fustigan, magullan, ensordecen y aplastan; los copos de nieve son peores. El copo, inexorable y suave, hace su obra en silencio. Si se lo toca se funde. Es puro como es cándido el hipócrita. Por medio de las blancuras lentamente superpuestas llega el copo a convertirse en alud y el pícaro en criminal.

El niño había seguido avanzando entre la niebla. La niebla es un obstáculo blando; de ello se derivan peligros; cede y persiste. La niebla, como la nieve, está llena de traiciones. El niño, extraño luchador en medio de todos esos riesgos, consiguió llegar al pie de la pendiente y se introdujo en el Chess-Hill. Se hallaba, sin

saberlo, en un istmo, con el océano a ambos lados, y no podía errar el camino en aquella bruma, aquella nieve y aquella oscuridad sin caer, a la derecha en el agua profunda del golfo, y a la izquierda en el fuerte oleaje de alta mar. Caminaba, ignorándolo, entre dos abismos.

El istmo de Portland era en esa época singularmente abrupto y escabroso. Ya no queda nada de su configuración de entonces. Desde que se tuvo la idea de explotar la piedra de Portland para hacer cemento toda la roca ha experimentado una transformación que ha suprimido el aspecto primitivo. Todavía hay allí lías calcáreo, esquisto y la peña que sale de los bancos de conglomerado como el diente de la encía, pero la piqueta ha trucado y nivelado todos esos picachos erizados y escabrosos en los que iban a posarse horriblemente los quebrantahuesos. Ya no hay cimas en las que puedan darse cita los labbos y los estercorarios que, como los envidiosos, se complacen en ensuciar las cumbres. Se buscaría inútilmente el alto monolito llamado Godolphin, vieja palabra galesa que significa *águila blanca*. Se recoge todavía en el verano, en esos terrenos taladrados y agujereados como una esponja, romero, poleo, hisopo silvestre, hinojo marino, que puesto en infusión es un buen cordial, y esa hierba llena de nudos que sale de la arena y con la que se hace esteras; pero no se recoge ya ámbar gris, ni estaño negro, ni las tres clases de pizarra, una verde, otra azul y la otra de color de hojas de salvia. Los zorros, los tejones, las nutrias, se han ido; había en esas escarpas de Portland, como en el cabo de Cornouailles, gamuzas, pero ya no las hay. Todavía se pesca en ciertas cavidades platijas y otros peces, pero los salmones, asustados, no se remontan ya por la Wey entre San Miguel y Navidad para poner sus huevos. Ya no se ven allí, como en la época de Isabel, esas viejas aves desconocidas, grandes como los gavilanes, que cortaban una manzana por la mitad y sólo comían la simiente. Tampoco se ven las cornejas de pico amarillo, *cornish chough* en inglés y *pyrrocorax* en latín, que cometían la maldad de arrojar sobre los techos de bálago sarmientos encendidos. Ya no se ve al pájaro hechicero llamado fulmar, emigrado del archipiélago de Escocia y que arrojaba por el pico un aceite que los isleños quemaban en sus lámparas. Ya no se encuentra al anochecer en los chorreos de la bajamar a la antigua neitse legendaria de patas de cerdo y mugido de becerro. La marea no vara ya en esas arenas a la otaria mostachuda de orejas enroscadas y molares puntiagudos arrastrándose sobre sus patas sin uñas. En ese Portland ahora irreconocible no hubo nunca ruiseñores a causa de la falta de bosques, pero volaban por él los halcones, los cisnes y las ocas marinas. Los carneros de Portland actuales tienen la carne grasa y la lana fina; las raras ovejas que pacían hace dos siglos esa hierba salina eran pequeñas y coriáceas y tenían el vellón áspero, como correspondía a rebaños celtas llevados antaño por pastores que comían ajo, vivían cien años y a una media milla de distancia atravesaban corazas con su flecha de una auna[28] de longitud. La tierra inculta produce una lana tosca. El Chess-Hill actual no se parece en nada al Chess-Hill de antaño, de tal modo lo han trastornado el hombre y los vientos furiosos de las Sorlingues, que corroen hasta las piedras. Ahora por esa

lengua de tierra pasa un ferrocarril que va a parar a un lindo tablero de casas nuevas, Chesilton, y hay en ella una «Portland Station». Los coches hacen rodar o arrastran a los lobos marinos.

El istmo de Portland era hace doscientos años un lomo de asno con una espina dorsal de roca.

El peligro cambió de forma para el niño. Lo que tenía que temer en la pendiente era rodar al pie de la escarpa; en el istmo era caer en agujeros. Después de habérselas con el precipicio tenía que habérselas con la hondonada. Todo son trampas a la orilla del mar. La roca es resbaladiza y la arena movediza. Los puntos de apoyo son emboscadas. Es como si se pisara vidrios. Todo puede rajarse bruscamente debajo de uno. Y por esa raja se desaparece. El océano tiene fosos como un teatro bien montado.

Las largas aristas de granito a las que se adosa la doble vertiente de un istmo son de un acceso penoso. En ellas se encuentra difícilmente lo que en lenguaje escenográfico se llama practicables. El hombre no puede esperar hospitalidad alguna del océano, ni de las rocas más que de las olas; el mar sólo prevé el ave y el pez. Los istmos sobre todo están desnudos y erizados. El oleaje que los desgasta y los mina por dos lados los reduce a su más simple expresión. En todas partes hay relieves cortantes, crestas, sierras, horribles jirones de piedra despedazada, rendijas dentadas como la mandíbula multicúspide de un tiburón, despeñaderos de musgo húmedo, rápidas caídas de rocas que van a parar a la espuma. Quien se decide a recorrer un istmo encuentra a cada paso peñas deformes, grandes como casas, que tienen la figura de tibias, omóplatos y fémures, anatomía horrible de las rocas excoriadas. Por algo esas estrías de la orilla del mar se llaman *côtes*[29]. El peatón sale como puede de esa confusión de restos. Es casi como caminar por la osamenta de un enorme esqueleto.

Haced que un niño realice ese trabajo de Hércules.

La luz del día habría sido útil, pero era de noche; un guía habría sido necesario, pero estaba solo; todo el vigor de un hombre no habría sido excesivo, pero sólo tenía

la débil fuerza de un niño. A falta de guía un sendero le habría ayudado, pero no había sendero.

Por instinto evitaba la cadena aguda de rocas y seguía la playa lo más que podía. Pero allí encontraba las hondonadas. Las hondonadas se multiplicaban ante él en tres formas: la hondonada del agua, la hondonada de nieve y la hondonada de arena. La última es la más temible, pues en ella se hunde.

Saber lo que se enfrenta es alarmante, pero ignorarlo es terrible. El niño luchaba con el peligro desconocido. Andaba a tientas en algo que era tal vez la tumba.

Pero no vacilaba. Rodeaba las rocas, evitaba las grietas, adivinaba las trampas, sorteaba los meandros del obstáculo, pero avanzaba. Como no podía caminar directamente, lo hacía con firmeza.

Retrocedía con energía cuando era necesario. Sabía arrancarse a tiempo de la liga horrible de la arena movediza. Sacudía la nieve que tenía encima. Entró más de una vez en el agua hasta las rodillas. Apenas salía de ella el intenso frío de la noche le helaba los harapos húmedos. Andaba rápidamente con sus ropas rígidas. Pero se había dado maña para conservar seca y caliente su blusa de marinero.

Seguía sintiendo mucha hambre.

Las aventuras del abismo no tienen límite en sentido alguno; en ellas todo es posible, hasta la salvación. La salida es invisible, pero se la puede encontrar. Cómo el niño, envuelto en una asfixiante espiral de nieve, perdido en aquel arrecife estrecho entre las dos bocas del abismo, a ciegas, consiguió atravesar el istmo es algo que él mismo no habría podido decir. Había resbalado, trepado, rodado, buscado, caminado, perseverado, eso era todo, y el secreto de todos los triunfos. Al cabo de poco menos de una hora sintió que el suelo ascendía, que llegaba al otro extremo, que salía del Chess-Hill y se hallaba en tierra firme.

El punto que une ahora a Sandford-Cas con Smallmouth-Sand no existía en esa época. Es probable que en su tanteo inteligente había subido hasta situarse frente a Wyke Regis, donde había entonces una lengua de arena, verdadera calzada natural que atravesaba el East Fleet. Estaba a salvo del istmo, pero volvía a encontrarse frente a la tempestad, el invierno y la oscuridad.

Ante él se extendía de nuevo la sombría infinidad de las llanuras. Miró la tierra, en busca de un sendero.

De pronto se inclinó.

Había visto en la nieve algo que le pareció una huella.

Era una huella, en efecto, la marca de un pie. La blancura de la nieve destacaba claramente el rastro y lo hacía muy visible. Lo examinó. Era de un pie descalzo, más pequeño que el de un hombre y mayor que el de un niño. Probablemente era el pie de una mujer.

Más allá de esa huella había otra, y luego otra, las huellas se sucedían a la distancia de un paso y se introducían en la llanura hacia la derecha. Eran recientes y las cubría poca nieve. Una mujer acababa de pasar por allí.

Esa mujer había ido en la dirección misma en que el niño había visto humaredas. El niño, con la vista fija en las huellas, siguió los pasos de la mujer.

2
Efecto de nieve

Caminó durante cierto tiempo siguiendo esa pista. Por desgracia las huellas eran cada vez menos claras. Nevaba copiosamente. Era el momento en que la urca agonizaba bajo aquella misma nieve en alta mar.

El niño, en peligro extremo como el barco, aunque de otro modo, sin que en el inextricable entrecruzamiento de oscuridades que se alzaban ante él tuviera otro recurso que aquel pie marcado en la nieve, se atenía a la huella como al hilo de un dédalo.

De pronto, ya fuera porque la nieve terminó nivelándolas o por alguna otra causa, las huellas desaparecieron. Todo se hizo liso, plano, raso, sin una mancha, sin un detalle. Ya no hubo más que una sábana blanca sobre la tierra y una sábana negra sobre el cielo.

Era como si la persona que había pasado por allí se hubiera echado a volar.

El niño, desesperado, se inclinó y buscó.

Inútilmente.

Cuando se enderezó tuvo la sensación de que oía algo indistinto, pero no estaba seguro de oírlo. Se parecía a una voz, a un aliento, a una sombra. Era más humano que bestial y más sepulcral que viviente. Tenía algo de ruido, pero también de sueño.

Miró y no vio nada.

Tenía delante la extensa soledad desnuda y lívida.

Escuchó. Lo que había creído oír se había disipado. Quizá nada había oído. Siguió escuchando, pero todo estaba en silencio.

Había ilusión en toda aquella bruma. Reanudó la marcha.

Caminaba al azar, pues ya no contaba con los pasos que lo guiaran.

Apenas se alejó un poco volvió a oír el ruido. Esta vez no podía dudar. Era un gemido, casi un sollozo.

Se volvió y paseó la mirada por el espacio nocturno. Nada vio.

El ruido se elevó de nuevo.

Si los limbos pueden gritar, es así como gritan.

Nada es tan penetrante, tan punzante y tan débil como un aliento en la oscuridad. Sí, era más humano que bestial y más sepulcral que viviente. Sin embargo, parecía casi inconsciente. Era como un sufrimiento que llama, pero sin saber que es un sufrimiento y que llama. Ese grito, primer hálito tal vez o tal vez último suspiro, estaba a la misma distancia del estertor que cierra la vida y del vagido que la abre. Aquello respiraba, se ahogaba y lloraba. Era una súplica lúgubre en lo invisible.

El niño fijó su atención en todas partes, lejos, cerca, en el fondo, arriba, abajo. No había nadie ni nada.

Aplicó el oído. La voz se hacía oír todavía, la percibía claramente. Tenía algo del balido de un cordero.

Entonces sintió miedo y pensó en huir.

El gemido se reanudó, por cuarta vez. Era extrañamente angustiado y plañidero. Se tenía la sensación de que después de ese esfuerzo supremo, más bien maquinal que voluntario, el grito se iba a extinguir probablemente. Era una reclamación expirante, hecha instintivamente a la cantidad de socorro que está suspendida en la extensión; un balbuceo de agonía dirigido a una providencia posible. El niño avanzó hacia el lado de donde venía la voz.

Seguía sin ver nada.

Avanzó más, espiando.

El gemido continuaba. De inarticulado y confuso que era antes se había hecho claro y casi vibrante. El niño se hallaba muy cerca de la voz, ¿pero dónde estaba?

Se hallaba cerca de un gemido. El temblor de un gemido en el espacio pasaba al lado de él. Un gemido humano que flotaba en lo invisible: eso era lo que había encontrado. Tal era, al menos, su impresión, turbia como la densa niebla en que estaba perdido.

Cuando vacilaba entre un instinto que lo impulsaba a huir y otro instinto que le aconsejaba quedarse, vio en la nieve, a sus pies, a pocos pasos de distancia, una especie de ondulación del tamaño de un cuerpo humano, una pequeña eminencia baja, larga y estrecha parecida al relleno de una fosa, a una sepultura en un cementerio blanco.

Al mismo tiempo la voz gritó.

Salía de allí abajo.

El niño se agachó, se acuclilló ante la ondulación y comenzó a excavar con las dos manos.

Vio que bajo la nieve que apartaba se modelaba una forma, y de pronto bajo sus manos, en el hueco que había hecho, apareció un rostro pálido.

No era ese rostro el que gritaba. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta, pero llena de nieve.

Estaba inmóvil. No se movió bajo la mano del niño, quien tenía los dedos entumecidos y se estremeció al tocar la frialdad de aquel rostro. Era la cabeza de una mujer. El cabello disperso se mezclaba con la nieve. La mujer estaba muerta.

El niño siguió apartando la nieve. Apareció el cuello de la muerta y luego la parte alta del torso, cuya carne se veía bajo los harapos.

De pronto sintió bajo su tanteo un movimiento débil. Era algo pequeño que estaba oculto y se movía. El niño se apresuró a quitar la nieve y descubrió un miserable cuerpecito desmedrado, lívido por el frío, todavía vivo, desnudo en el seno desnudo de la muerta.

Era una niñita.

Estaba envuelta en pañales, pero no lo bastante, y al forcejear se había salido de sus harapos. Bajo ella sus pobres miembros flacos, y sobre ella su aliento habían fundido un poco la nieve. Una nodriza le habría dado cinco o seis meses, pero tenía tal vez un año, pues el crecimiento en la miseria sufre reducciones lastimosas que a veces llegan al raquitismo. Cuando su rostro estuvo al aire lanzó un grito, continuación de su sollozo angustiado. Para que la madre no hubiese oído ese sollozo tenía que estar profundamente muerta.

El niño tomó a la pequeña en sus brazos.

La madre rígida era siniestra. Una irradiación espectral salía de aquel cuerpo. La boca abierta y sin aliento parecía comenzar en la lengua indistinta de la sombra la respuesta a las preguntas que se hacen a los muertos en lo invisible. La reverberación pálida de las llanuras heladas estaba en aquel rostro. Se veía la frente, joven bajo el

cabello moreno, el fruncimiento casi indignado de las cejas, las ventanas de la nariz apretadas, los párpados cerrados, las pestañas cubiertas por la escarcha, y desde la comisura de los ojos hasta la comisura de los labios el pliegue profundo de las lágrimas. La nieve iluminaba a la muerta. El invierno y la tumba no se dañan. El cadáver es el témpano del hombre. La desnudez de los senos era patética. Habían servido; tenían la marchitez sublime de la vida dada por el ser al que falta la vida y la majestad maternal reemplazaba en ellos a la pureza virginal. En uno de los pezones había una perla blanca. Era una gota de leche congelada.

En aquellas llanuras por las que pasaba el muchacho perdido una mendiga amamantaba a su niña de pecho y, al buscar ella también un albergue, se había extraviado hacía algunas horas. Aterida, cayó bajo la tempestad y no pudo levantarse. El alud la cubrió, estrechó lo más que pudo a su hija contra ella y murió.

La nena habría tratado de mamar en aquel mármol, lúgubre confianza querida por la naturaleza, pues parece que una madre puede amamantar por última vez inclusive después de exhalar el último suspiro.

Pero la boca de la nena no había podido encontrar el pecho, donde la gota de leche, robada por la muerte, se heló, y bajo la nieve la criatura, más acostumbrada a la cuna que a la tumba, había gritado.

El niño abandonado oyó a la pequeña agonizante, la desenterró y la tomó en sus brazos.

Y la nena dejó de llorar. Los rostros de los dos niños se tocaron y los labios cárdenos de la criaturita se posaron en la mejilla del niño como en una teta.

La nena se hallaba casi en el momento en que la sangre coagulada va a detener el corazón. Su madre le había dado ya algo de su muerte; el cadáver se comunica por medio de un enfriamiento que se transmite. La pequeña tenía los pies, las manos, los brazos y las rodillas como paralizados por el hielo. El muchacho sintió ese frío terrible.

Tenía puesta una ropa seca y cálida, su blusa de marinero. Depositó a la nena en el pecho de la muerta, se quitó la blusa, envolvió en ella a la criatura, la levantó y, ahora casi desnudo bajo la cellisca que soplaba el cierzo, llevando a la pequeña en los brazos, prosiguió su camino.

La nena consiguió encontrar otra vez la mejilla del muchacho, apoyó en ella su boca y, recalentada, se durmió.

Fue el primer beso de aquellas dos almas en las tinieblas.

La madre quedó tendida, con la espalda sobre la nieve y la cara hacia la noche. Pero en el momento en que el niño se desnudó para vestir a la nena tal vez lo vio desde el fondo del infinito en que se hallaba.

3
Toda vida dolorosa se complica con una carga

Hacía un poco más de cuatro horas que la urca se había alejado de la caleta de Portland dejando en la orilla a aquel niño. Durante esas largas horas que llevaba abandonado y siguiendo su camino no había encontrado todavía en esa sociedad humana en la que tal vez iba a ingresar más que tres personas: un hombre, una mujer y una nena. El hombre era el ahorcado de la colina, la mujer la que yacía en la nieve, y la nena la que tenía en los brazos.

Estaba extenuado de cansancio y de hambre.

Avanzaba más resueltamente que nunca, con la fuerza de menos y la carga de más.

Se hallaba ahora casi completamente desnudo. Los pocos harapos que le quedaban, endurecidos por la escarcha, cortaban como si fueran de vidrio y le desollaban la piel. Él se enfriaba, pero la otra criatura se calentaba. Lo que él perdía no se perdía, pues ella lo recuperaba. Comprobaba ese calor que era para la pobre nena una reanudación de la vida. Y seguía avanzando.

De vez en cuando, sosteniéndola bien, se agachaba y con una mano tomaba un puñado de nieve para frotarse los pies e impedir que se helasen.

En otros momentos, como le abrazaba la garganta, se metía en la boca un poco de aquella nieve y la chupaba, lo que engañaba durante un minuto su sed, pero la convertía en fiebre. Ese alivio era una agravación.

La tormenta se había hecho informe a fuerza de violencia; los diluvios de nieve son posibles y aquel era uno de ellos. Aquel paroxismo maltrataba al litoral al mismo tiempo que agitaba el océano. Era probablemente el instante en que la urca perdida se dislocaba en la batalla de los escollos.

Cruzó bajo aquel cierzo, caminando siempre hacia el este, extensas superficies de nieve.

No sabía qué hora era. Desde hacía largo tiempo no veía ya humaredas. Esas indicaciones desaparecen rápidamente en la noche; por lo demás, era más que la hora en que se apagan los fuegos; y tal vez se había engañado y era posible que no hubiese ciudad ni aldea alguna en el lado al que se dirigía.

En la duda perseveraba.

Dos o tres veces la pequeña gritó. Entonces imprimía a su paso un movimiento de mecedura y ella se calmaba y callaba. Terminó durmiéndose profundamente. La sentía caliente mientras él tiritaba.

Apretaba frecuentemente los pliegues de la blusa alrededor del cuello de la pequeña, para que la escarcha no se introdujese por alguna abertura y no se produjese algún escape de nieve derretida entre la ropa y la niña.

La llanura tenía ondulaciones. En los declives en que se rebajaba, la nieve, amontonada por el viento en los pliegues del terreno, llegaba a tal altura que el niño se hundía en ella casi por completo y tenía que caminar medio enterrado. Pero avanzaba empujando la nieve con las rodillas.

Pasada la barranca, llegó a unas mesetas barridas por el cierzo donde la nieve era fina. Allí se encontró con la helada.

El aliento tibio de la nena le rozaba la mejilla y le calentaba un momento y luego se detenía y se helaba en su cabello, donde formaba un carámbano.

Se daba cuenta de una complicación temible: ya no podía caer, pues si caía no podría volver a levantarse. Estaba quebrantado por la fatiga y el plomo de la oscuridad lo pegaría a la tierra como a la mujer muerta, y el hielo lo soldaría a ella. Había descendido por pendientes de precipicios, y salido bien del paso; había caído en hoyos y salido de ellos; en adelante una simple caída significaba la muerte. Un paso en falso abría la tumba. No debía resbalar, pues no tendría fuerza ni siquiera para ponerse de rodillas.

Ahora bien, el resbalón lo acechaba por todas partes, pues todo era escarcha y nieve endurecida.

La niña que llevaba le hacía la marcha terriblemente difícil; no sólo era un peso excesivo para su cansancio y su agotamiento, sino también un estorbo. Le ocupaba los dos brazos y para el que camina por el hielo los dos brazos forman un balancín natural y necesario.

Tenía que prescindir de ese balancín.

Prescindía de él y avanzaba, sin saber qué sería de él bajo su carga.

Aquella pequeña era la gota que hacía desbordarse el vaso de la angustia.

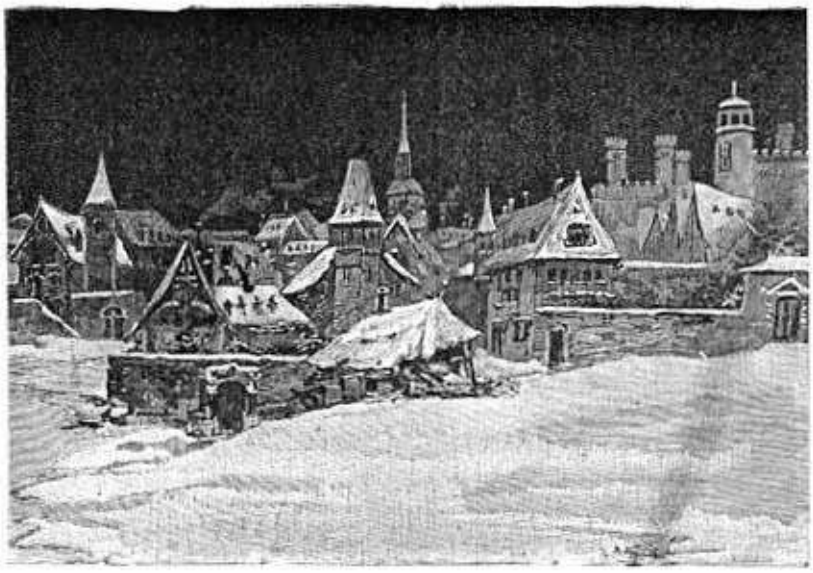
Avanzaba, oscilando a cada paso, como un trampolín, y realizando, para mirada alguna, milagros de equilibrio. Sin embargo, tal vez, repitámoslo, lo seguían en aquella vía dolorosa ojos abiertos en las lejanías de la sombra, los ojos de la madre y los ojos de Dios.

Tambaleaba, vacilaba, se afirmaba, cuidaba de la niña, le arreglaba la ropa, le cubría la cabeza, volvía a tambalear, seguía avanzando, resbalaba y restablecía el equilibrio. El viento cometía la cobardía de empujarlo.

Probablemente caminaba mucho más de lo necesario. Se hallaba, según todas las apariencias, en esas llanuras en las que se estableció posteriormente la Bincleaves Farm, entre los que se llaman ahora Spring Gardens y Parsonage House. Donde al presente hay granjas y quintas entonces sólo había terrenos baldíos. Con frecuencia menos de un siglo separa a una estepa de una ciudad.

Súbitamente se produjo una interrupción en la tormenta glacial que lo cegaba y vio a poca distancia delante de él un grupo de tejados y de chimeneas que ponía de relieve la nieve, lo contrario de una silueta, una población dibujada en blanco sobre el horizonte negro, algo como lo que se llamaría al presente una prueba negativa.

¡Techos, viviendas, un refugio! ¡Estaba, pues, en alguna parte! Sintió el estímulo inefable de la esperanza. El vigía de un barco extraviado que grita «¡Tierra!» experimenta una emoción como aquella. Apresuró el paso.



Por fin se ponía en contacto con seres humanos. Llegaba a donde había seres vivientes. Ya nada tenía que temer y sentía el calor súbito de la seguridad. Aquello de lo que salía había terminado. En adelante ya no habría oscuridad, ni invierno, ni tempestad. Le parecía que todas las posibilidades que hay en el mal quedaban detrás de él. La niña no era ya un peso y casi corría.

Su mirada estaba fija en los techos. Allí estaba la vida y no los perdía de vista. Así miraría un muerto lo que viera por la rendija de la tapa de una tumba. Aquellas eran las chimeneas cuyo humo había visto.

Pero no salía de ellas humo alguno.

Se acercó rápidamente a las casas. Llegó a un arrabal de ciudad que era una calle abierta. En esa época ya no se cerraban las calles por la noche.

La calle comenzaba con dos casas. En esas dos casas no se veía luz alguna, ni tampoco en toda la calle, ni en toda la población hasta donde alcanzaba la vista.

La casa de la derecha era un techo más bien que una casa; nada podía ser más miserable; la pared era de argamasa de barro y paja y el techo de paja; tenía más de choza que de casa. Una gran ortiga que nacía al pie de la pared llegaba hasta el borde del techo. Esa casucha sólo tenía una puerta que parecía una gatera y una ventana que era un tragaluz. Todo estaba cerrado. AI lado una pocilga habitada indicaba que la choza estaba también habitada.

La casa de la izquierda era grande, alta, toda de piedra, con techo de pizarra. También estaba cerrada. Era la Casa del Rico frente a la Casa del Pobre.

El niño no vaciló y se dirigió a la casa grande.

La puerta de dos hojas, macizo tablero con grandes clavos, era de esas detrás de las cuales se adivina una fuerte armadura de barrotes y cerrojos; colgaba de ella una aldaba de hierro.

El niño levantó la aldaba con alguna dificultad, pues sus manos entumecidas eran muñones más bien que manos, y llamó.

No hubo respuesta.

Llamó por segunda vez, dando dos golpes.

Ningún movimiento se sintió en la casa.
Llamó por tercera vez, sin resultado.
Comprendió que dormían y que no se molestaban en levantarse.

En vista de ello se volvió hacia la casa pobre. Tomó del suelo, entre la nieve, un guijarro y golpeó con él la puerta baja.

No respondieron.

Se alzó sobre las puntas de los pies y golpeó con el guijarro el tragaluz, con la suavidad suficiente para no romper el vidrio y con bastante fuerza para que oyeran.

Ninguna voz se oyó, ningún paso se sintió, ninguna vela se encendió.

Pensó que tampoco allí deseaban desvelarse.

La casa de piedra y la choza de paja estaban igualmente sordas para los miserables.

El niño se decidió a seguir adelante y penetró en el estrecho de casas que se prolongaba ante él, tan oscuro que parecía el espacio entre dos acantilados más bien que la entrada en una población.

4
Otra forma del desierto

Era en Weymouth donde acababa de entrar.

El Weymouth de entonces no era el honorable y soberbio Weymouth de la actualidad. Ese antiguo Weymouth no tenía, como el actual, un irreprochable malecón rectilíneo con una estatua y un mesón en honor de Jorge III. Eso se debía a que Jorge III no había nacido todavía. Por la misma razón no había dibujado aún, en la ladera de la verde colina del este, sin relieve en el suelo, con césped recortado y creta descubierta, ese caballo blanco, de una arapende[30] de longitud, el *White Horse* que lleva a un rey en el lomo y, siempre en honor de Jorge III, vuelve la cola hacia la ciudad. Por lo demás, esos honores eran merecidos; Jorge III, que perdió en su vejez el talento que nunca tuvo en su juventud, no era responsable de las calamidades de su reinado. Era un inocente. ¿Por qué no erigirle estatuas?

El Weymouth de hace ciento ochenta años era casi tan simétrico como un juego de onchets embrollado. El Astaroth de las leyendas se paseaba a veces por la tierra llevando a la espalda una alforja en la que había de todo, inclusive buenas mujeres en sus casas. Una confusión de barracas caída de esa alforja del diablo daría una idea de lo que era ese Weymouth incorrecto. Más, en las barracas, las buenas mujeres. Queda como muestra de esas viviendas la casa de los Músicos. Una confusión de cubiles de tablones tallados y carcomidos, lo que constituye otra escultura; de construcciones informes oscilantes y a punto de derrumbarse, algunas con postes, apoyadas las unas en las otras para no caer derribadas por el viento del mar, y dejando entre ellas los espacios exiguos de un camino tortuoso y escabroso, callejuelas y plazuelas con frecuencia inundadas por las mareas del equinoccio, un amontonamiento de casas viejas agrupadas alrededor de una iglesia abuela: tal era Weymouth, una especie de antigua aldea normanda varada en la costa de Inglaterra.

El viajero, si entraba en la taberna reemplazada al presente por el hotel, en vez de pagar regiamente veinticinco francos por un lenguado frito y una botella de vino, pasaba por la humillación de comer por diez céntimos una sopa de pescado, muy buena por lo demás.

El niño perdido que llevaba a la nena encontrada siguió la primera calle, y luego la segunda, y luego una tercera. Levantaba la vista buscando en los pisos y en los techos un vidrio iluminado, pero todo estaba cerrado y a oscuras. De vez en cuando golpeaba en las puertas, pero nadie contestaba. Nada endurece el corazón como hallarse caliente entre dos sábanas. Aquel ruido y aquellas sacudidas habían despertado a la pequeña. Él se daba cuenta de ello porque sentía que le mamaba la mejilla. La criatura no lloraba, porque creía que tenía una madre.

Corría el riesgo de dar vueltas y de vagar durante largo tiempo tal vez por las intersecciones de las callejuelas de Scrambridge, donde había entonces más terrenos cultivados que casas y más setos espinosos que viviendas, pero se introdujo deliberadamente en un corredor que existe todavía cerca de Trinity Schools. Ese corredor lo llevó a una playa que tenía un rudimento de malecón con parapeto, y a su derecha vio un puente.

Ese puente era el de la Wey, que une a Weymouth con Melcomb-Regis y bajo los arcos del cual el Harbour se comunica con la Back Water.

Weymouth, villorrio, era entonces el arrabal de Melcomb-Regis, ciudad y puerto; al presente Melcomb-Regis es una parroquia de Weymouth. La aldea absorbió a la ciudad. Por ese puente se realizó ese trabajo. Los puentes son singulares aparatos de succión que aspiran la población y a veces hacen que crezca un barrio ribereño a expensas del de enfrente.

El muchacho se dirigió a ese puente, que en esa época era una pasarela de madera cubierta, y cruzó esa pasarela.

Gracias al techo del puente no había nieve en el piso. Sus pies descalzos tuvieron un momento de bienestar al caminar por aquellas maderas secas.

Cuando cruzó el puente se encontró en Melcomb-Regis.

Había allí menos casas de madera que de piedra. Ya no era la aldea, sino la ciudad. El puente iba a parar a una calle bastante bella que era la Saint-Thomas Street. Entró en ella. Tenía altas fachadas talladas y aquí y allá escaparates de tiendas. Comenzó a golpear en las puertas. Ya no le quedaba fuerza suficiente para llamar y gritar.

En Melcomb-Regis, como en Weymouth, nadie se movió. Habían dado doble vuelta a los cerrojos. Las ventanas estaban cubiertas con sus postigos como los ojos con sus párpados. Habían tomado todas las precauciones contra el despertar, que es un sobresalto desagradable.

El pequeño vagabundo sufría la presión indefinible de la ciudad dormida. Esos silencios de hormiguero paralizado producen vértigo. Todas esas letargias mezclan sus pesadillas, los que duermen son una multitud y de esos cuerpos humanos yacentes sale una humareda de sueños. El sueño tiene sombrías vecindades fuera de la vida; el pensamiento descompuesto de los durmientes flota sobre ellos como un vapor viviente y muerto y se combina con lo posible que probablemente piensa también en el espacio. Eso produce embrollos. El sueño, esa nube, superpone sus densidades y sus transparencias a esa estrella, la mente. Sobre los párpados cerrados en los que la visión ha reemplazado a la vista, una disgregación sepulcral de siluetas y aspectos se dilata en lo impalpable. Una dispersión de existencias misteriosas se amalgama con nuestra vida por ese borde de la muerte que es el sueño. Esos entrelazamientos de larvas y de almas están en el aire. Inclusive el que no duerme siente que pesa sobre él ese medio lleno de una vida siniestra. La quimera ambiente, realidad adivinada, le atormenta. El hombre despierto que camina a través de los fantasmas del sueño de los

otros rechaza confusamente formas transeúntes, siente o cree sentir el vago horror de los contactos hostiles de lo invisible y experimenta a cada instante el empujón oscuro de un encuentro inexpresable que se desvanece. Hay efectos de bosques en esa marcha a través de la difusión nocturna de los sueños.

Eso es lo que se llama sentir miedo sin saber por qué.

Y lo que siente un hombre lo siente todavía más un niño.

Ese malestar del terror nocturno, amplificado por las casas espectrales, se agregaba al conjunto lúgubre bajo el cual luchaba.

Entró en la Conycar Lane y vio al final de esa callejuela la Back Water, a la que confundió con el océano; ya no sabía por qué lado quedaba el mar. Volvió sobre sus pasos, dobló hacia la izquierda por la Maiden Street y retrocedió hasta Saint-Albans Row.

Allí, al azar y sin elegir, llamó violentamente en las primeras casas que encontró. Esos golpes, en los que agotaba su última energía, eran desordenados y entrecortados, con intermitencias y repeticiones casi irritadas. Lo que golpeaba las puertas era la palpitación de su fiebre.

Una voz respondió.

La de la hora.

Las tres de la madrugada sonaron lentamente a su espalda en el viejo campanario de Saint-Nicolas.

Luego todo volvió a caer en el silencio.

Que ni siquiera un habitante hubiera entreabierto un tragaluz puede parecer sorprendente. Sin embargo, ese silencio se explica en cierta medida. En enero de 1690 acababa de producirse una peste fuerte en Londres y el temor de recibir a vagabundos enfermos originaba en todas partes una disminución de la hospitalidad. Ni siquiera se entreabría una ventana por temor a respirar su miasma.

El niño sentía el frío de los hombres, más terrible que el frío de la noche. Es un frío voluntario. Experimentaba en el corazón una opresión que no había sentido en las soledades. Ahora había ingresado de nuevo en la vida de todos y seguía estando solo. Eso colmaba su angustia. Había comprendido el desierto implacable, pero la ciudad inexorable era demasiado.

La hora, que acababa de oír, lo abatió todavía más. Nada es tan glacial en ciertos casos como la hora que suena. Es una declaración de indiferencia, la eternidad que dice: ¡qué me importa!

Se detuvo. No es seguro que en ese minuto lamentable no se preguntara si no era más sencillo acostarse allí y morir.

Entretanto la nena apoyó la cabeza en su hombro y volvió a dormirse. Esa confianza en él lo hizo ponerse en marcha.

Aunque sólo lo rodeaba el desmoronamiento, tuvo la sensación de que era un punto de apoyo. Era una profunda amonestación del deber.

Ni esas ideas ni esa situación eran propias de su edad. Es probable que no las comprendiera. Actuaba por instinto.

Siguió en la dirección de Johnstone Row.

Pero ya no andaba, se arrastraba.

Dejó a su izquierda la Saint-Mary Street, avanzó en zigzag por las callejuelas y al salir de un pasadizo sinuoso entre dos casuchas se encontró en un espacio libre bastante grande. Era un terreno baldío, sin edificar, probablemente el lugar donde se halla en la actualidad la Chesterfield Place. Las casas terminaban allí. Vio a su derecha el mar y casi nada de la ciudad a su izquierda.

¿Qué podía hacer? De nuevo tenía delante de él el campo. Al este grandes llanuras cubiertas de nieve señalaban las anchas vertientes de Radipole. ¿Continuaría su viaje? ¿Volvería a las soledades? ¿Retrocedería y se introduciría de nuevo en las calles? ¿Qué podía hacer entre aquellos dos silencios, el de la llanura muda y el de la ciudad sorda? ¿Cuál de esos rechazamientos podía elegir?

Existe el áncora de la misericordia y también la mirada misericordiosa. Fue esa mirada la que el pobre niño desesperado lanzó a su alrededor.

De pronto oyó una amenaza.

5
El misántropo hace de las suyas

Un rechinamiento extraño y alarmante llegó hasta él en la oscuridad. Era para retroceder, pero avanzó.

A los que consterna el silencio les agrada un rugido.

Aquel rugido feroz le tranquilizó. Esa amenaza era una promesa. Había allí un ser viviente y despierto, aunque fuese una fiera. Se dirigió hacia el lado de donde llegaba el ruido.

Dio la vuelta a una pared y detrás, al reflejo de la nieve y del mar, especie de vasta iluminación sepulcral, vio una cosa que estaba allí como resguardada. Era una carreta, a menos que fuese una barraca. Tenía ruedas, y por tanto era un carruaje, pero tenía también un techo, y por tanto era una vivienda. Del techo salía un tubo y del tubo humo. Ese humo era bermejo, lo que parecía anunciar un fuego bastante bueno en el interior. En la parte trasera unos goznes salientes indicaban una puerta, y en el centro de esa puerta una abertura cuadrada dejaba ver un resplandor en la barraca.

Se acercó.

Lo que había chillado le sintió llegar. Cuando estuvo cerca de la barraca la amenaza se hizo furiosa. Ya no se las tenía que haber con un gruñido, sino con un aullido. Oyó un ruido seco, como el de una cadena violentamente forzada, y bruscamente, debajo de la puerta, en el espacio entre las ruedas traseras, aparecieron dos hileras de dientes afilados y blancos.

Al mismo tiempo que un hocico entre las ruedas, una cabeza pasó por la ventanilla.

—¡Chitón! —dijo la cabeza.

Y el hocico calló.

La cabeza preguntó:

—¿Está alguien ahí?

—Sí.

—¿Quién?

—Yo.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes?

—Estoy cansado.

—¿Qué hora es?

—Tengo frío.

—¿Qué haces ahí?

—Tengo hambre.

La cabeza replicó:

—Todos no pueden ser dichosos como un lord. Vete.

La cabeza volvió a introducirse en la barraca y la ventanilla se cerró.

El niño bajó la cabeza, estrechó entre sus brazos a la pequeña dormida y reunió sus fuerzas para seguir su camino. Dio algunos pasos y comenzó a alejarse.

Entretanto, al mismo tiempo que se cerraba la ventanilla se abría la puerta. Se bajó un estribo. La voz que acababa de hablar con el niño gritó desde el fondo de la barraca con ira:

—Y bien, ¿por qué no entras?

El niño se volvió.

—Entra, pues —repitió la voz—. ¡Nunca he visto un bribón como éste, que tiene hambre y frío y que no entra!

El niño, a la vez repelido y atraído, seguía inmóvil.

La voz insistió:

—¡Te he dicho que entres, bribón!

Se decidió y puso un pie en el primer escalón.

Pero oyó un gruñido debajo del carruaje y retrocedió. Reapareció el hocico abierto.

—¡Chitón! —gritó la voz del hombre.

El hocico se escondió y el gruñido cesó.

—Sube —dijo el hombre.

El niño subió con dificultad los tres escalones. Le molestaba la nena, tan entumecida, envuelta y enroscada en la blusa de marinero que no se veía nada de ella y no era más que un bultito informe.

Subió los tres escalones, llegó al umbral y se detuvo.

En la barraca no estaba encendida vela alguna, por economía impuesta por la miseria probablemente. Sólo iluminaba la barraca un enrojecimiento producido por el respiradero de una estufa portátil en la que crepitaba un fuego de turba. Sobre la estufa humeaban una escudilla y una olla que contenía según todas las apariencias algo comestible. Se sentía un buen olor. Aquella habitación estaba amueblada con un cofre, una banqueta y una linterna, apagada, colgada del techo. Además, en los tabiques, algunas tablas sostenidas por cuñas y un prendero del que colgaban cosas misceláneas. En las tablas y colgadas de los clavos se sobreponían cristalerías, objetos de cobre: un alambique, un recipiente parecido a esas vasijas para ganar la cera llamadas barquillos y una confusión de objetos raros que el niño no habría podido comprender y que constituían la batería de cocina de un químico. La barraca tenía una forma oblonga, con la estufa en la parte delantera. Ni siquiera era una pequeña habitación, sino apenas una caja grande. El exterior estaba más iluminado por la nieve que el interior por la estufa. Todo se veía indistintamente y velado. Sin embargo, un reflejo del fuego en el techo permitía leer en él esta inscripción con letras grandes: URSUS, FILÓSOFO.

En efecto, el niño había entrado en el domicilio de Homo y de Ursus. Había oído gruñir al uno y hablar al otro.

Cuando llegó a la entrada vio cerca del hornillo un hombre alto, lampiño, delgado y viejo, con ropas grises, que estaba de pie y cuyo cráneo calvo tocaba el techo. Ese hombre no habría podido ponerse de puntillas, pues no lo admitía la barraca.

—Entra —dijo el hombre, que era Ursus.

El niño entró.

—Deja tu paquete.

El niño dejó sobre el cofre su paquete, con precaución, por temor a asustar y despertar a la niña.

El hombre continuó:

—¡Con qué suavidad dejas eso! No pondrías más cuidado si fuese un relicario. ¿Es que temes hacer un rasgón a tus harapos? ¡Oh, qué pícaro abominable! ¡Pasearse por las calles a estas horas! ¿Quién eres? Contesta. Pero no, te prohíbo contestar. Vayamos a lo más urgente. Tienes frío, caliéntate.

Y lo empujó por los dos hombros hacia el fuego.

—¡Estás bastante mojado! ¡Y bastante helado! ¡No está permitido entrar así en las casas! ¡Vamos, quítate todas esas podredumbres, bandolero!

Y con una mano y una brusquedad febril le arrancó los harapos, que se desgarraron en hilachas, mientras que con la otra mano descolgaba de un clavo una camisa de hombre y una de esas chaquetas de punto a las que llaman todavía *kiss-my-quick*.

—Toma, vístete con esto.

Eligió en el montón un andrajo de lana y frotó con él junto al fuego los miembros del niño deslumbrado y desfalleciente que en aquel momento de desnudez cálida creyó ver y tocar el cielo. Cuando terminó de frotar los miembros, el hombre le secó los pies.

—Vamos, esqueleto, no tienes nada helado. Yo era lo bastante tonto para temer que se te hubiese helado algo, las patas de detrás o las de delante. Por esta vez no quedarás tullido. Vístete.

El niño se puso la camisa y el hombre le colocó encima la chaqueta de punto.

—Ahora…

El hombre adelantó con el pie la banqueta, hizo sentarse en ella, también empujándolo por los hombros, al niño y le mostró con el índice la escudilla que humeaba sobre el hornillo. Lo que el niño entrevió en la escudilla era también el cielo, es decir una patata y tocino.

—Tienes hambre, come.

El hombre tomó de una tabla una corteza de pan duro y un tenedor de hierro y los ofreció al niño.

El niño vaciló.

—¿Tendré que poner la mesa? —preguntó el viejo.

Y depositó la escudilla en las rodillas del niño.

—Muerde todo eso.

El hambre se impuso al estupor y el niño comenzó a comer. El pobre ser devoraba más bien que comía. El ruido alegre del pan masticado llenaba la barraca.

El hombre refunfuñó:

—¡No tan de prisa, tragón horrible! ¡Es un glotón este pillo! Esta gentuza hambrienta come de una manera repugnante. Hay que ver cómo cena un lord. He visto comer a duques. No comen, y eso es lo noble. En cambio, beben. ¡Vamos, pillastre, atrácate!

La ausencia de oídos que caracteriza al estómago hambriento hacía al niño poco sensible a esa violencia de epítetos, atemperada, por otra parte, por la caridad de los actos, contrasentido que le beneficiaba. Por el momento le absorbían dos urgencias y dos éxtasis: calentarse y comer.

Ursus continuó su imprecación en sordina:

—He visto al rey Jacobo comer personalmente en la Banqueting House, donde se admiran los cuadros del famoso Rubens; su Majestad no tocaba nada. ¡Pero este bribón ramonea! Y ramonear es propio de los animales. ¿Cómo se me ocurrió venir a este Weymouth, siete veces consagrado a los dioses infernales? Desde esta mañana no he vendido nada, he hablado a la nieve, he tocado la flauta al huracán, no he embolsado un cuarto de penique, ¡y por la noche me llegan pobres! ¡Qué comarca horrible! Hay batalla, lucha y competencia entre los transeúntes imbéciles y yo. Ellos tratan de no darme más que monedas de cobre y yo trato de no darles más que drogas. ¡Pues bien, hoy no ha habido nada! ¡Ni siquiera un idiota en la calle, ni un penique en la caja! ¡Come, hijo del infierno! ¡Desgarra y mastica! Estamos en una época en la que nada iguala el cinismo de los gorrones. Engorda a mis costas, parásito. Está más que hambriento, está rabioso este tipo. Eso no es apetito, sino ferocidad. Ha contraído el virus de la rabia. ¿Quién sabe? Acaso tiene la peste. ¿Tienes la peste, bandido? ¡Si la contagiase a Homo! ¡Pero no, revienta, populacho, pero no quiero que mi lobo muera! Yo también tengo hambre y declaro que este es un incidente desagradable. Hoy he trabajado hasta muy avanzada la noche. En la vida hay ocasiones en que se está impaciente y yo lo estaba por comer. Estoy completamente solo, enciendo el fuego, no tengo más que una papa, una corteza de pan, un poco de tocino y una gota de leche; me pongo a calentar todo eso y me digo: bueno, me imagino que voy a alimentarme. ¡Y zas, en ese momento me cae este cocodrilo! ¡Y se instala resueltamente entre mi comida y yo! ¡Y devasta mi refectorio! Come, pillastre; come, tiburón. ¿Cuántas hileras de dientes tienes en tus mandíbulas? ¡Traga, lobezno! No, retiro la palabra, pues respeto a los lobos. ¡Engulle mi pasto, boa! Hoy he trabajado con el estómago vacío, el gaznate dolorido, el páncreas a la miseria y las entrañas destrozadas, hasta muy avanzada la noche, y mi recompensa es ver cómo devora otro. Pero no importa, repartiremos. Él tendrá el pan, la papa y el tocino, pero yo tendré la leche.

En ese momento se oyó en la barraca un gemido lamentoso y prolongado.

El hombre aguzó el oído y dijo:

—¿Ahora te quejas, sicofante? ¿Por qué lloras?

El muchacho se volvió. Era evidente que no gritaba, pues tenía la boca llena.

Pero el gemido no se interrumpió.

Ursus se acercó el cofre.

—¡Es, pues, el paquete el que grita! ¡Valle de Josafat! ¡He aquí un paquete que vocifera! ¿Qué es lo que grazna en tu paquete?

Desenrolló la blusa de marinero y salió de él una cabeza de criatura con la boca abierta y gritando.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre—. Aquí hay otro. ¿Es que esto no va a terminar? ¿Quién vive? ¡A las armas! ¡Atención, cabo! ¡Segunda sorpresa! ¿Qué me traes aquí, bandido? ¿No ves que ella tiene sed? Vamos, tiene que beber. ¡Bueno, ahora tampoco tendré la leche!

Tomó de un montón de cosas que había en una tabla un rollo de lienzo para vendas, una esponja y una ampolla mientras murmuraba frenéticamente:

—¡Condenado país!

Luego contempló a la pequeña.

—Es una nena. Eso se conoce por el chillido. También ella está empapada.

Arrancó, como había hecho con el muchacho, los harapos con los que estaba anudada más bien que vestida y la envolvió en otro harapo indigente pero limpio y seco, de tela gruesa. Ese cambio de ropas rápido y brusco exasperó a la nena.

—Maúlla inexorablemente —dijo Ursus.

Cortó con los dientes un trozo alargado de la esponja, desgarró del rollo un pedazo cuadrado de lienzo, sacó de él una hebra, puso en el hornillo la olla con la leche, llenó con la leche calentada la ampolla, introdujo a medias la esponja en el gollete del frasco, cubrió la esponja con el lienzo, ató ese tapón con el hilo, aplicó contra su mejilla la ampolla para asegurarse de que no estaba demasiado caliente y tomó bajo su brazo izquierda a la nena que seguía llorando.

—¡Vamos, come, criatura! ¡Tómame la teta!

Y le metió en la boca el gollete de la ampolla.

La pequeña bebió ávidamente.

Sostuvo el frasco con la inclinación conveniente mientras gruñía:

—¡Son todas iguales estas crías! Cuando reciben lo que quieren se callan.

La nena bebió tan enérgicamente y tomó con tanto entusiasmo el pezón que le ofrecía aquella providencia brusca que le sobrevino un ataque de tos.

—Te vas a ahogar —gruñó Ursus—. ¡Nunca he visto una glotona como ésta!

Le retiró la esponja que chupaba, dejó que se le calmara la tos y volvió a colocarle la ampolla en los labios mientras decía:

—Mama, andorrera.

Entretanto, el muchacho había dejado el tenedor. Viendo beber a la pequeña se olvidó de comer. Un momento antes, cuando comía, lo que expresaba su mirada era satisfacción; ahora era agradecimiento. Contemplaba cómo revivía la nena. Ese acabamiento de la resurrección iniciada por él le llenaba los ojos con una reverberación inefable. Ursus seguía mascullando entre las encías palabras irritadas.

El niño levantaba a cada instante hacia Ursus sus ojos humedecidos por la emoción indefinible que sentía, sin poder expresarla, el pobre ser maltratado y enternecido.

Ursus le apostrofó furiosamente:

—¡Pues bien, come!

—¿Y usted? —preguntó el niño temblando, y con una lágrima en la pupila —. ¿No comerá nada?

—¡Cómetelo todo, mal bicho! No es demasiado para ti puesto que no era suficiente para mí.

El niño volvió a tomar el tenedor, pero no comió.

—¡Come! —vociferó Ursus—. ¿Acaso se trata de mí? ¿Quién te habla de mí? Pícaro monaguillo descalzo de la parroquia de Sin-un-Céntimo, te digo que comas todo. Estás aquí para comer, beber y dormir. ¡Si no comes os echo por la puerta a ti y a tu bribona!

El niño, ante esa amenaza, volvió a comer. No tuvo que esforzarse mucho para despachar lo que quedaba en la escudilla.

Ursus murmuró:

—No está bien cerrado este edificio y entra frío por los vidrios.

En efecto, en la delantera había un vidrio roto, por algún traqueteo del carricoche o por una piedra de algún pilluelo. Ursus había aplicado en aquella avería una estrella de papel que se había despegado. Por allí entraba el viento.

Se hallaba sentado a medias en el cofre. La nena, a la vez en sus brazos y sus rodillas, chupaba voluptuosamente la ampolla con la somnolencia beata de los querubines ante Dios y los niños ante la teta.

—Se ha hartado —dijo Ursus, y añadió—. ¡Y que prediquen sermones sobre la sobriedad!

El viento arrancó del vidrio el emplasto de papel, que voló a través de la barraca, pero ello no perturbó a los dos niños ocupados en renacer.

Mientras la pequeña bebía y el pequeño comía, Ursus refunfuñaba.

—La borrachera comienza cuando se está en mantillas. Así pues, tomaros la molestia de ser el obispo Tillotson y tronar contra los excesos en la bebida. ¡Odioso aire colado! Agréguese que mi hornillo es viejo y deja escapar fumaradas como para enfermar de triquiasis. Se tiene el inconveniente del frío y el inconveniente del fuego. No se ve claramente. El individuo aquí presente abusa de mi hospitalidad. Pues bien, todavía no he podido ver la cara de ese grosero. Aquí dentro falta comodidad. Por Júpiter, me agradan mucho los banquetes exquisitos en habitaciones bien cerradas. He errado mi vocación, pues había nacido para ser sensual. El más grande de los sabios es Filóxenes, quien deseaba tener un cuello de grulla para saborear más largamente los placeres de la mesa. ¡Hoy no he tenido ingreso alguno! No he vendido nada en todo el día. ¡Qué desastre! Habitantes, lacayos y burgueses: aquí está el médico, aquí la medicina. Trabajas inútilmente, viejo. Vuelve a embalar tu farmacia. Todos lo pasan bien aquí. ¡Esta es una ciudad maldita en la que nadie está enfermo! Sólo el cielo tiene diarrea. ¡Qué nieve! Anaxágoras enseñó que la nieve es negra. Tenía razón, pues la frialdad es negrura. El hielo es la oscuridad. ¡Qué tormenta! Me imagino el placer de los que están en el mar. El huracán es el paso de los demonios, el jaleo de las almas en pena galopando y rodando en sentido inverso sobre nuestras cajas óseas. En las nubes éste tiene rabo, aquél tiene cuernos, otro tiene una llama por lengua, otro tiene garras en las alas, otro tiene una barriga de lord canciller, otro tiene una cabezota de académico. Se distingue una forma en cada ruido. En cada viento nuevo un demonio diferente; el oído escucha, el ojo ve, el estrépito es una figura. ¡Pardiez, hay gente en el mar, es evidente! Amigos míos, zafaos de la tempestad, yo tengo bastante quehacer con zafarme de la vida. ¿Pero es que yo rengo una posada? ¿Por qué me llegan viajeros? La miseria universal arroja salpicaduras hasta en mi pobreza. Caen en mi barraca gotas horribles del gran lodo humano. Estoy entregado a la voracidad de los transeúntes. Soy una presa, la presa de los muertos de hambre. El invierno, la noche, una casucha de cartón, un amigo desdichado debajo y fuera la tempestad, una patata, un fuego del tamaño de un puño, parásitos, el viento que penetra por todas las rendijas, ni un céntimo y paquetes que se ponen a ladrar. Se los abre y se encuentra dentro indigentes. ¡Sí que es tener buena suerte! Agrego que se

violan las leyes. ¡Ah, vagabundo con tu vagabunda, ratero malicioso, aborto mal intencionado, circulas por las calles después del toque de queda! ¡Si nuestro buen Rey lo supiese te haría bonitamente arrojar a una mazmorra para que aprendas! ¡El señor se pasea de noche con la señorita! ¡Con quince grados bajo cero, la cabeza descubierta y descalzo! Sabrás que eso está prohibido. ¡Hay reglamentos y ordenanzas, faccioso! A los vagabundos se los castiga, las personas honradas que poseen casas propias están guardadas y protegidas, pues los reyes son los padres del pueblo. Yo estoy domiciliado. Te habrían azotado en la plaza pública si te hubieran encontrado y habrían hecho bien. Tiene que haber orden en un Estado civilizado. Yo he hecho mal al no denunciarte al alguacil. Pero yo soy así, comprendo el bien y hago el mal. ¡Oh, qué rufián, presentarse en ese estado! No me he dado cuenta de la nieve que traía al entrar; se ha derretido y toda mi casa está mojada. Se ha inundado mi habitación. Habrá que encender una brasa imposible para secar este lago. ¡Y el carbón cuesta doce cuartos de penique el deneral[31]! ¿Cómo nos vamos a arreglar para caber los tres en esta barraca? Esto es el acabose, ahora entro en el cuarto de los niños y voy a tener en mi casa en destete el porvenir del hampa de Inglaterra. Tendré por empleo, oficio y función desbastar los fetos mal paridos de la gran bribona Miseria, perfeccionar la fealdad de los racimos de horca en tierna edad y dar a los pilletes figura de filósofo. La lengua del oso es el desbastador de Dios. ¡Y pensar que si desde hace treinta años no hubiese sido explotado por raleas de esta clase sería rico, Homo estaría gordo, yo tendría un gabinete de medicina lleno de cosas raras, tantos instrumentos de cirugía como el doctor Linacre, cirujano del rey Enrique VIII, animales de todas clases, momias de Egipto y cosas semejantes! ¡Pertenecería al colegio de los Doctores y tendría derecho a utilizar la biblioteca construida en 1652 por el célebre Harvey, y de ir a trabajar en la linterna de la cúpula, desde donde se ve toda la ciudad de Londres! Podría continuar mis cálculos sobre la ofuscación solar y probar que sale del astro un vapor caliginoso. Tal es la opinión de Juan Kepler, que nació un año antes de la San Bartolomé y fue matemático del emperador. El sol es una chimenea que a veces echa humo. Y mi estufa también. Mi estufa no es mejor que el sol. Sí, habría hecho fortuna, el papel que desempeñaría sería distinto, no sería trivial, no envilecería la ciencia en las plazas públicas. Pues el pueblo no es digno de la doctrina, el pueblo no es sino una multitud de insensatos, una mezcla confusa de personas de todas las edades, sexos, humores y condiciones a las que los sabios de todas las épocas no han vacilado en despreciar y la extravagancia y el furor de las cuales detestan justamente. ¡Oh, aborrezco lo que existe! Después de eso no se vive mucho tiempo. Pasa rápidamente la vida humana. Pero no, es larga. A intervalos, para que no nos desanimemos, para que cometamos la estupidez de consentir en seguir viviendo y para que no aprovechemos las magníficas ocasiones para ahorcarnos que nos ofrecen todas las cuerdas y todos los clavos, la naturaleza parece cuidar un poco del hombre. No esta noche, sin embargo. Hace que crezca el trigo, que madure la uva, que cante el ruiseñor esa naturaleza socarrona. De vez en cuando un rayo de aurora o

un vaso de ginebra es lo que se llama la dicha. Una delgada orla de bien alrededor del inmenso sudario del mal. Tenemos un destino cuyo paño ha hecho el diablo y cuyo ribete ha hecho Dios. ¡Entretanto, tú me has comido mi cena, ladrón!

La nena, a la que seguía teniendo en los brazos, y muy suavemente, mientras lanzaba sus improperios, volvió a cerrar vagamente los ojos, señal de que estaba harta. Ursus examinó el frasco y gruñó:

—¡Ha bebido todo la desvergonzada!

Se levantó y, sosteniendo a la pequeña con el brazo izquierdo, con la mano derecha levantó la tapa del cofre y sacó de él una piel de oso, a la que, como se recordará, llamaba su «verdadera piel».

Mientras ejecutaba ese trabajo oyó que el otro niño comía y lo miró de reojo.

—¡Qué tarea —exclamó— si en adelante tengo que alimentar a ese glotón en crecimiento! En el estómago de mi profesión tendré una lombriz solitaria.

Extendió, con un solo brazo y lo mejor que pudo, la piel de oso sobre el cofre, a fuerza de codazos y movimientos cuidadosos para no sacudir el comienzo de sueño de la nena, y luego la depositó en la piel en el lado más próximo al fuego.

Hecho eso, puso la ampolla vacía sobre la estufa y exclamó:

—¡Soy yo quien tengo sed!

Miró en la olla; quedaban algunos buenos tragos de leche y la acercó a sus labios. En el momento en que iba a beber su vista recayó en la nena. Volvió a dejar la olla en la estufa, tomó la ampolla, la destapó, vertió en ella la leche que quedaba, que era la suficiente para llenarla, reemplazó la esponja y volvió a atar el lienzo sobre la esponja del gollete.

—De todos modos tendré hambre y sed —dijo. Y añadió —. Cuando no se puede comer pan se bebe agua.

Detrás de la estufa se entreveía un cántaro desportillado. Lo tomó y lo ofreció al muchacho:

—¿Quieres beber?

El niño bebió y siguió comiendo.

Ursus tomó de nuevo el cántaro y lo llevó a la boca. La temperatura del agua que contenía había sido modificada desigualmente por la proximidad del hornillo. Bebió unos tragos e hizo una mueca.

—Agua supuestamente pura, te pareces a los falsos amigos. Eres tibia por arriba y fría por abajo.

El niño terminó de comer. La escudilla estaba más que vacía completamente limpia. Recogió y comió, pensativo, algunas migas de pan dispersas en los pliegues de la chaqueta de punto, sobre las rodillas.

Ursus se volvió hacia él y le dijo:

—Eso no es todo. Ahora tenemos que hablar los dos. La boca no sirve sólo para comer, sino también para hablar. Una vez que te has calentado y empapuzado, animal, pon atención, porque vas a contestar a mis preguntas. ¿De dónde vienes?

El niño contestó:

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Me abandonaron anoche a la orilla del mar.

—¡Oh, qué bribón! ¿Cómo te llamas? ¿Eres tan malo que han tenido que abandonarte tus padres?

—No tengo padres.

—Date un poco cuenta de mis gustos y ten presente que no me gusta que me canten canciones que son cuentos. Tienes padres puesto que tienes a tu hermana.

—No es mi hermana.

—¿Que no es tu hermana?

—No.

—¿Qué es, entonces?

—Es una nena que encontré.

—¿Que encontraste?

—Sí.

—¿Dónde? Si mientes te extermino.

—Sobre una mujer que estaba muerta en la nieve.

—¿Cuándo?

—Hace una hora.

—¿Dónde?

—A una legua de aquí.

Las cejas de Ursus se plegaron y tomaron la forma aguda que caracteriza a la emoción de un filósofo.

—¡Muerta! ¡Esa sí que es dichosa! Hay que dejarla allí, en su nieve. Allí está bien. ¿De qué lado?

—Del lado del mar.

—¿Has cruzado el puente?

—Sí.

Ursus abrió la ventanilla de la parte trasera y examinó el exterior. El tiempo no había mejorado. La nieve seguía cayendo, densa y lúgubre.

Volvió a cerrar la ventanilla.

Se acercó al vidrio roto, tapó el agujero con un trapo, puso más turba en la estufa, extendió lo más que pudo la piel de oso sobre el cofre, tomó un grueso libro que estaba en un rincón y lo colocó de modo que sirviera de almohada y acomodó suavemente sobre él la cabeza de la nena dormida.

Se volvió hacia el niño y le ordenó:

—Acuéstate allí.

El niño obedeció y se tendió a todo lo largo junto a la pequeña.

Ursus enrolló la piel de oso alrededor de los dos niños y la dobló bajo sus pies.

Tomó de una tabla y se la ató alrededor del cuerpo una faja de tela con una gran bolsa que probablemente contenía un estuche de cirujano y frascos de elixires.

Luego descolgó del techo la linterna y la encendió. Era una linterna sorda. Al encenderse dejó a los niños en la oscuridad.

Ursus entreabrió la puerta y dijo:

—Salgo. Pero no temáis, volveré. Dormid.

Bajó el estribo y gritó:

—¡Homo!

Un gruñido tierno le respondió.

Ursus, con la linterna en la mano, descendió, el estribo volvió a subir y la puerta se cerró. Los niños quedaron solos.

Desde fuera una voz, que era la de Ursus, preguntó:

—Niño que acabas de comer mi cena, dime, ¿no duermes todavía?

—No —contestó el muchacho.

—Pues bien, si ella berrea le darás el resto de la leche.

Se oyeron un tintineo de cadena desatada y los pasos de un hombre acompañados por los de un animal que se alejaban.

Algunos instantes después los dos niños dormían profundamente.

Era una mezcla inefable de alientos, más que la castidad la ignorancia, una noche de bodas antes del sexo. El niño y la niña, desnudos el uno junto al otro, tuvieron durante esas horas silenciosas la promiscuidad seráfica de la sombra; la cantidad de sueño posible en esa edad flotaba del uno a la otra; había probablemente bajo sus párpados cerrados una luz de estrella; si la palabra matrimonio no es desproporcionada en este caso, eran marido y mujer de la manera como se es ángel. Tales inocencias en tales tinieblas, tal pureza en tal abrazo, estas anticipaciones del cielo sólo son posibles en la infancia y ninguna inmensidad se parece a esa grandeza de los pequeños.

La perpetuidad formidable de un muerto encadenado fuera de la vida, el enorme ensañamiento del océano en un naufragio, la vasta blancura de la nieve que cubre formas sepultadas, no igualan en patetismo a dos bocas de niños que se tocan divinamente en el sueño y cuyo contacto no es siquiera un beso. Se trata tal vez de esponsales, o tal vez de catástrofe. Lo ignorado pesa sobre esa yuxtaposición. Es encantador, ¿pero quién sabe si no es también espantoso? Se siente el corazón oprimido. La inocencia es superior a la virtud. La inocencia está hecha de oscuridad sagrada. Dormían, estaban tranquilos, tenían calor. La desnudez de los cuerpos entrelazados amalgamaba la virginidad de las almas. Estaban allí como en el nido del abismo.

6
El despertar

El día comienza siendo siniestro. Una blancura triste penetró en la barraca. Era el alba, glacial. Esa palidez, que bosqueja en realidad fúnebre el relieve de las cosas que adquieren una apariencia espectral durante la noche, no despertó a los niños, apretadamente dormidos. La barraca estaba caliente. Se oían sus dos respiraciones que alternaban como dos ondas tranquilas. Fuera había terminado la tempestad. La claridad de la aurora se apoderaba lentamente del horizonte. Las constelaciones se apagaban como velas sopladas una tras otra. Ya sólo resistían algunas grandes estrellas. Del mar salía el canto profundo del infinito.

La estufa no se había apagado del todo. La luz del día iba aumentando poco a poco. El niño dormía menos que la niña. Tenía algo de vigilante y de guardián. Cuando un rayo de sol más vivo que los otros atravesó el vidrio, abrió los ojos; el sueño de la infancia termina en olvido; se quedó en un semiamodorramiento, sin saber dónde estaba ni lo que tenía cerca de él, sin hacer esfuerzo alguno para recordar, mirando el techo y componiéndose un vago trabajo de fantasía con las letras de la inscripción *Ursus, filósofo*, que examinaba sin entenderla, pues no sabía leer.

Un ruido de cerradura escarbada por una llave le hizo estirar el cuello.

La puerta se abrió y el estribo cayó. Ursus volvía y subió los tres escalones con la linterna apagada en la mano.

Al mismo tiempo un pataleo de cuatro patas escaló vivamente el estribo. Era Homo, que seguía a Ursus y subía también a la barraca.

El muchacho se sobresaltó.

El lobo, probablemente con apetito, hacía una mueca matinal que le dejaba en descubierto todos los dientes, muy blancos.

Se detuvo en la puerta y puso sus dos patas delanteras en la barraca y los codos en el umbral como un predicador en el púlpito. Olfateó de lejos el cofre, que no estaba acostumbrado a ver habitado de aquella manera. Su cuerpo de lobo, enmarcado por la puerta, se dibujaba en negro sobre la claridad matutina. Se decidió y entró.

El niño, al ver al lobo en la barraca, salió de la piel de oso, se levantó y se colocó en pie delante de la nena, más dormida que nunca.

Ursus colgó la linterna en el clavo del techo. Desató silenciosamente y con una lentitud maquinal la faja en la que estaba su estuche de cirujano y volvió a colocarla en una tabla. No miraba nada ni parecía ver nada. Tenía los ojos vidriosos. Algo profundo se agitaba en su mente.

Por fin su pensamiento se manifestó, como siempre, con una trompetada de palabras.

—¡Decididamente dichosa! —exclamó— ¡Está muerta, bien muerta!

Se agachó, arrojó una palada de escorias en el hornillo y mientras atizaba la turba gruñó:

—Me ha costado encontrarla. La malicia desconocida la había cubierto con dos pies de nieve. De no ser por Homo, que ve con su nariz tan claramente como Cristóbal Colón con su mente, todavía estaría allí chapoteando en la nieve y jugando al escondite con la muerte. Diógenes tomaba su linterna y buscaba un hombre; yo he tomado mi linterna y he buscado una mujer; él encontró el sarcasmo; yo he encontrado el duelo. ¡Qué fría estaba! Le toqué la mano; parecía una piedra. ¡Qué silencio en los ojos! ¡Cómo se puede ser tan necio para morir dejando un niño detrás! Ahora no va a ser cómodo que seamos tres en esta caja. ¡Qué pejiguera! ¡Ahora tengo una familia, una hija y un hijo!

Mientras Ursus hablaba, Homo se había deslizado hasta la estufa. La mano de la niña dormida colgaba entre la estufa y el cofre. El lobo se puso a lamer esa mano.

La lamía tan suavemente que la niña no se despertó.

Ursus se volvió y dijo:

—Está bien, Homo. Yo seré el padre y tú serás el tío.

Luego reanudó su tarea filosófica de arreglar el fuego sin interrumpir su aparte.

—Adopción. Es cosa resuelta. Además, Homo lo quiere.

Se enderezó.

—Desearía saber quién es responsable de esa muerte. ¿Son los hombres o…?

Su mirada se dirigió al aire, más allá del techo, y su boca murmuró:

—¿Eres tú?

Luego su cabeza descendió como bajo un peso y añadió.

—La noche se ha tomado el trabajo de matar a esa mujer.

Su mirada, al elevarse, encontró el rostro del muchacho despierto que le escuchaba. Ursus le interpeló bruscamente:

—¿Por qué ríes?

El niño contestó:

—No me río.

Ursus tuvo una especie de sacudida, lo examinó fijamente en silencio durante unos instantes y dijo:

—Entonces, eres terrible.

El interior de la barraca durante la noche estaba tan poco iluminada que Ursus no había podido ver el rostro del muchacho. La luz del día se la mostró.

Posó las dos palmas de las manos en los dos hombros del niño, contempló con atención cada vez más intensa su cara y le gritó:

—¡No sigas riendo!

—No me río —dijo el niño.

Ursus tembló de la cabeza a los pies e insistió:

—¡Ríes, te digo!

Sacudió al niño con un apretón que habría sido furioso si no hubiera sido compasivo y le preguntó violentamente:

—¿Quién te ha hecho eso?

El niño contestó:

—No sé qué quiere decir usted.

—¿Desde cuándo tienes esa risa?

—Siempre he sido así.

Ursus se volvió hacia el cofre mientras decía a media voz:

—Creía que ya no se hacía ese trabajo.

Tomó muy suavemente, para no despertar a la niña, el libro que había puesto bajo su cabeza como almohada.

—Veamos lo que dice Conquest —murmuró.

Era un legajo infolio, encuadernado en pergamino blando. Lo hojeó con el pulgar, se detuvo en una página, abrió el libro por completo sobre la estufa y leyó:

«… *De Denasatis*… Esto es —y continuó —. *Bucea fissa usque ad aures, genzivis denudatis, nasoque murdridato, masca eris, et ridebis Semper*[32].

—Sí, es esto.

Dejó el libro en una de las tablas mientras murmuraba entre dientes:

—Es una aventura en la que es peligroso profundizar. Quedémonos en la superficie. Ríe, muchacho.

La niña se despertó. Sus buenos días fueron un grito.

—Vamos, nodriza, dale el pecho —dijo Ursus.

La pequeña se había sentado en su cama.

Ursus tomó de la estufa la ampolleta y se la puso en la boca para que la chupara.

En ese momento salió el sol. Se hallaba a ras del horizonte. Su rayo rojo entró por el vidrio y fue a dar en la cara de la niña vuelta hacia él. Las pupilas de la niña fijas en el sol reflejaron como dos espejos su redondez purpúrea. Las pupilas permanecieron inmóviles y también los párpados.

—¡Toma! —exclamó Ursus—. ¡Está ciega!

SEGUNDA PARTE

Por orden del rey

LIBRO PRIMERO

Eterna presencia del pasado: los hombres reflejan el hombre

1
Lord Clancharlie

I

Existía en esa época un viejo recuerdo.

Ese recuerdo era lord Linnaeus Clancharlie.

El barón Linnaeus Clancharlie, contemporáneo de Cromwell, era uno de los pares de Inglaterra, poco numerosos, apresurémonos a decirlo, que habían aceptado la república. Esta aceptación podía tener su razón de ser, y se explica en rigor, pues la república había triunfado momentáneamente. Era muy natural que lord Clancharlie siguiera siendo partidario de la república mientras ésta llevaba la ventaja. Pero después de haber terminado la revolución y de la caída del gobierno parlamentario, lord Clancharlie había persistido. Le era fácil al noble patricio volver a entrar en la cámara alta, pues los arrepentimientos son siempre bien acogidos por las restauraciones, y Carlos II era un buen príncipe para quienes volvían a él; pero lord Clancharlie no había comprendido lo que se debe a los acontecimientos. Mientras la nación aclamaba al Rey que volvía a tomar posesión de Inglaterra, mientras la unanimidad pronunciaba su veredicto, mientras el pueblo saludaba a la monarquía, mientras la dinastía se reconstruía en medio de una palinodia gloriosa y triunfal, en el instante en que el pasado se convertía en porvenir y el porvenir se convertía en el pasado, ese lord había permanecido refractario, había vuelto la espalda a todo ese júbilo, se había desterrado voluntariamente, pudiendo ser par había preferido ser un proscrito. Así transcurrieron los años; envejeció con esa fidelidad a la república muerta. Eso lo cubrió con el ridículo que acompaña naturalmente a esa clase de chiquilladas.

Se retiró a Suiza. Vivía en una especie de alta casucha a la orilla del lago de Ginebra. Eligió esa vivienda en el rincón más fragoso del lago, entre Chillón, donde está la mazmorra de Bonnivard, y Vevey, donde está la tumba de Ludlow. Los Alpes severos, llenos de crepúsculos, de vientos y de nubes, lo envolvían, y él vivía allí, perdido en las grandes tinieblas que caen de las montañas. Era raro que lo encontrase un transeúnte. Aquel hombre se hallaba fuera de su país y casi fuera de su siglo. En aquel momento, para quienes estaban al corriente y conocían los asuntos de la época, ninguna resistencia a las circunstancias se justificaba. Inglaterra era feliz; una restauración es una reconciliación de esposos; el príncipe y la nación han dejado de dormir separados; nada puede ser más gracioso ni risueño. Gran Bretaña resplandecía; tener un rey es mucho, pero además tenía un rey encantador. Carlos II era amable, hombre de placer y de gobierno, y grande después de Luis XIV; era un caballero y un gentilhombre, le admiraban sus súbditos, había hecho la guerra de

Hanovre, sabiendo ciertamente por qué, aunque lo sabía él solo; había vendido Dunkerque a Francia, operación de alta política. Los pares demócratas, de quienes Chamberlayne ha dicho: «La maldita república infectó con su aliento fétido a muchos de la alta nobleza», habían tenido el buen sentido de rendirse a la evidencia, de ser de su época y de volver a ocupar su banca en la cámara de los nobles; para eso les había bastado con prestar al Rey el juramento de fidelidad. Cuando se pensaba en todas esas realidades, en ese buen reinado, en ese rey excelente, en esos augustos príncipes devueltos por la misericordia divina al amor de los pueblos; cuando se decía que personajes importantes, como Monk, y más tarde Jeffreys, se habían adherido al trono y habían sido justamente recompensados por su lealtad y su celo con los cargos más magníficos y las funciones más lucrativas, que lord Clancharlie no podía ignorar, que sólo habría dependido de él igualarlos gloriosamente en los honores, que Inglaterra había ascendido, gracias al Rey, a la cima de la prosperidad; que Londres era todo fiestas y torneos, que todos se sentían opulentos y entusiasmados, que la corte era galante, alegre y magnífica; si, por casualidad, lejos de esos esplendores, en una media luz lúgubre que se parecía a la caída de la noche, se veía a aquel anciano vestido lo mismo que la gente del pueblo, pálido, abstraído, encorvado, probablemente hacia el lado de la tumba, en pie a la orilla del lago, apenas atento a la tempestad y al invierno, andando como al azar, con la mirada fija y el cabello blanco sacudido por el viento del crepúsculo, silencioso, solitario, pensativo, era difícil no sonreír.

Parecía la silueta de un loco.

Pensando en lord Clancharlie, en lo que habría podido ser y lo que era, la sonrisa era indulgencia. Algunos reían sonoramente y otros se indignaban.

Se comprende que a los hombres serios les ofendiera tal aislamiento insolente.

Se daba una circunstancia atenuante: lord Clancharlie nunca había sido inteligente. Todos estaban de acuerdo al respecto.

LORD CLANCHARLIE

II

Es desagradable ver que la gente practica la obstinación. No agradan esas maneras de Régulo y el resultado es alguna ironía en la opinión pública.

Esas obstinaciones parecen reproches y se hace bien en reírse de ellas.

Además, en resumidas cuentas, esas terquedades, esas escarpaduras, ¿son virtudes? ¿No hay en esos alardes excesivos de abnegación y de honor mucha ostentación? Se trata de exhibición más bien que de otra cosa. ¿Por qué esas exageraciones de soledad y de destierro? No llevar las cosas al extremo es la máxima del sabio. Haz oposición, bien está; censura si lo deseas, pero decorosamente y gritando ¡viva el Rey! La verdadera virtud consiste en ser razonable. Lo que cae ha debido caer, lo que triunfa ha debido triunfar. La providencia tiene sus motivos, corona al que lo merece. ¿Tenéis la pretensión de creeros mejores que ella? Cuando las circunstancias han dado su fallo, cuando un régimen ha reemplazado a otro, cuando el resultado ha deducido qué es lo verdadero y qué lo falso, aquí está la catástrofe y allí el triunfo, y ya no es posible duda alguna, el hombre honrado se adhiere a lo que ha prevalecido, y aunque eso sea útil para su fortuna y su familia, no se deja influir por esta consideración y pensando únicamente en la cosa pública ayuda al vencedor.

¿Qué sería del Estado si nadie consintiese en servirlo? ¿Todo se paralizaría? Mantener su puesto es propio de un buen ciudadano. Sabed sacrificar vuestras preferencias secretas. Los empleos tienen que ser desempeñados y es necesario que alguien se sacrifique. Ser fiel a las funciones públicas es una fidelidad. El retiro de los funcionarios significaría la parálisis del Estado. Si os desterráis, es lamentable. ¿Se trata de un ejemplo? ¡Qué vanidad! ¿Es un desafío? ¡Qué audacia! ¿Qué personaje creéis que sois? Sabed que dependéis de nosotros. Nosotros no desertamos. Si quisiéramos, también nosotros seríamos intratables e indomables y haríamos peores cosas que vosotros. Pero preferimos ser personas inteligentes. ¿Porque soy Trimalción no me creéis capaz de ser Catón? ¡Quitad de ahí!

III

Jamás hubo una situación más clara y más decisiva que la de 1660. Nunca la actitud que se debía adoptar le fue indicada más claramente a una persona inteligente.

Inglaterra se había librado de Cromwell. Bajo la república se habían producido muchos hechos irregulares. Se creó la supremacía británica, con la ayuda de la Guerra de los Treinta Años se dominó a Alemania, con la ayuda de la Fronda se humilló a Francia, y con la ayuda del duque de Braganza se disminuyó a España. Cromwell domesticó a Mazarino; en los tratados, el Protector de Inglaterra firmaba antes que el rey de Francia; se impuso a las Provincias Unidas una multa de ocho millones, se molestó a Argelia y Túnez, se conquistó Jamaica, se humilló a Lisboa, se suscitó en Barcelona la rivalidad francesa y en Nápoles a Masaniello; se amarró Portugal a Inglaterra, desde Gibraltar hasta Candía se hizo un barrido de berberiscos, se fundó el dominio marítimo bajo estas dos formas: la victoria y el comercio. El 10 de agosto de 1653 el hombre de las treinta y tres batallas ganadas, el viejo almirante que se calificaba *Abuelo de los marineros*, Martin Happertz Tromp, que había derrotado a la flota española, fue destituido por la flota inglesa; se quitó el Atlántico a la marina española, el Pacífico a la marina holandesa y el Mediterráneo a la veneciana, y por medio del acta de navegación se tomó posesión del litoral universal. Por medio del océano se era dueño del mundo; el pabellón holandés saludaba humildemente en el mar al pabellón británico; Francia, en la persona del embajador Mancini, hacía genuflexiones a Oliverio Cromwell, y ese Cromwell jugaba a la raqueta con Calais y Dunkerque. Se había hecho temblar al continente, dictado la paz, decretado la guerra, enarbolado en todos los pináculos la bandera inglesa. El regimiento de las cotas de hierro del Protector por sí solo pesaba en el terror de Europa tanto como un ejército; Cromwell decía: «Quiero que se respete a la república inglesa como se respetó a la república romana». Ya no había nada sagrado; la palabra era libre, la prensa era libre, se decía en plena calle lo que se quería decir, se imprimía sin control ni censura lo que se deseaba imprimir, el equilibrio de los tronos estaba roto, todo el orden monárquico europeo, del que formaban parte los Estuardo, se hallaba trastornado. Por fin se había salido de ese régimen odioso y se perdonaba a Inglaterra.

Carlos II, indulgente, había hecho la Declaración de Breda y otorgado a Inglaterra el olvido de esa época en la que el hijo de un cervecero de Huntingdon ponía el pie sobre la cabeza de Luis XIV. Inglaterra se arrepentía y respiraba. La expansión de los corazones, como hemos dicho, era completa; las horcas de los regicidas se agregaban a la alegría universal. Una restauración es una sonrisa, pero un poco de patíbulo no viene mal y hay que satisfacer a la conciencia pública. El espíritu de indisciplina se había disipado y la lealtad se reconstruía. Ser buenos súbditos era en adelante la ambición única. Se estaba curado de las locuras de la política, se zahería a la revolución, se burlaba de la república, y de esos tiempos singulares en los que se

tenía constantemente grandes palabras en la boca: *Derecho, Libertad, Progreso*; se reía de esos énfasis. La vuelta al buen sentido era admirable. Inglaterra había soñado. ¡Qué dicha haberse librado de esas alucinaciones! ¿Y puede haber algo más insensato? ¿Qué pasaría si cualquiera tuviera derechos? ¡Imagínese a todo el mundo gobernando! ¿Se puede imaginar una ciudad gobernada por los ciudadanos? Los ciudadanos son un atelaje, y los caballos de tiro no son el cochero. Someter las cosas a votación es arrojarlas al viento. ¿Queréis que floten los Estados como las nubes? El desorden no construye el orden. Si el caos es el arquitecto, el edificio será la torre de Babel. ¡Además, qué tiranía esa pretendida libertad! Yo quiero divertirme y no gobernar. Votar me aburre, quiero bailar. ¡Qué providencia que un príncipe se haga cargo de todo! ¡En verdad ese Rey es generoso al tomarse por nosotros esa molestia! Por otra parte, se ha educado para eso y sabe lo que debe hacer. Es asunto suyo. La paz, la guerra, la legislación, la finanza, ¿acaso son cosas que corresponden a los pueblos? Sin duda es necesario que el pueblo pague, sin duda es necesario que el pueblo sirva, pero debe contentarse con eso. Se le da una participación en la política, pues de él salen las dos fuerzas del Estado: el ejército y el presupuesto. ¿No es suficiente ser contribuyente y ser soldado? ¿Acaso necesita otra cosa? Es el brazo militar y el brazo financiero. Su papel es magnífico. Se reina para él y es menester que retribuya ese servicio. El impuesto y la dotación de la corona son salarios que pagan los pueblos y cobran los príncipes. El pueblo da su sangre y su dinero, mediante los cuales lo gobiernan. Querer conducirse a sí mismo, ¡qué idea extravagante! Necesita un guía. Por ser ignorante, el pueblo es ciego. ¿Acaso el ciego no necesita un perro? Sólo que para el pueblo es un león, el Rey, quien consiente en ser el perro. ¡Cuánta bondad! ¿Pero por qué es ignorante el pueblo? Porque debe serlo. La ignorancia es la guardiana de la virtud. Donde no hay perspectivas no hay ambiciones; el ignorante se halla en una oscuridad útil que, al suprimir la mirada, suprime las codicias. A eso se debe la inocencia. Quien lee piensa y quien piensa razona. No razonar es un deber, y también la felicidad. Estas verdades son indiscutibles. La sociedad se asienta en ellas.

Por consiguiente, se habían restablecido las sanas doctrinas sociales en Inglaterra. Por consiguiente, la nación se había rehabilitado. Al mismo tiempo se volvía a la buena literatura. Se desdeñaba a Shakespeare y se admiraba a Dryden. «Dryden es el más grande poeta de Inglaterra y del siglo», dijo Atterbury, el traductor de *Achitophel*. Era la época en que monseñor Huet, obispo de Avranches, escribía a Saumaise, que había hecho al autor del *Paraíso perdido* el honor de refutarlo e injuriarlo: «¿Cómo podéis ocuparos de algo tan insignificante como ese Milton?». Todo renacía, todo volvía a ocupar su lugar: Dryden arriba, Shakespeare abajo, Carlos II en el trono, Cromwell en la horca. Inglaterra se redimía de las vergüenzas y las extravagancias del pasado. Es un gran honor para las naciones que la monarquía las lleve de nuevo al buen orden en el Estado y el gusto en las letras.

Es difícil creer que tales beneficios pudieran ser desconocidos. Volver la espalda a Carlos II, recompensar con la ingratitud la magnanimidad que había mostrado al sentarse de nuevo en el trono, ¿no era abominable? Lord Linnaeus Clancharlie había causado esa aflicción a las personas honradas. ¡Qué aberración enfurruñarse por la dicha de su patria!

Como es sabido, en 1650 el Parlamento había decretado esta redacción: «Prometo permanecer fiel a la República, sin rey, sin soberano, sin señor». Con el pretexto de que había prestado ese juramento monstruoso, lord Clancharlie vivía fuera del reino y, en presencia de la felicidad general, se creía con derecho a estar triste. Seguía estimando sombríamente lo que ya no existía, con un apego extraño a cosas desaparecidas.

Excusarlo era imposible; los más benévolos lo abandonaban. Sus amigos le habían hecho durante largo tiempo el honor de creer que no había ingresado en las filas republicanas sino para ver de más cerca los defectos de la coraza de la república y para golpearla con más seguridad, cuando llegara el día, en beneficio de la causa sagrada del Rey. Esas esperas del momento apropiado para matar al enemigo por la espalda forman parte de la lealtad. Se había esperado eso de lord Clancharlie, de tal modo se tendía a juzgarlo favorablemente. Pero, en presencia de su extraña persistencia republicana, hubo que renunciar a esa buena opinión. Evidentemente, lord Clancharlie era un convencido, es decir un idiota.

La explicación de los indulgentes fluctuaba entre la obstinación pueril y la terquedad senil.

Los severos, los justos, iban más allá. Marcaban con un hierro candente a aquel relapso. La imbecilidad tiene derechos, pero también límites. Se puede ser un bruto, pero no se puede ser un rebelde. Además, ¿quién era, después de todo, lord Clancharlie? Un tránsfuga. Había abandonado su campo, la aristocracia, para pasarse al campo opuesto, el pueblo. Aquel fiel era un traidor. Es cierto que era «traidor» al más fuerte y fiel al más débil; es cierto que el campo repudiado por él era el vencedor y el adoptado por él era el vencido; es cierto que con esa «traición» perdía todo, su privilegio político y su hogar doméstico, su dignidad de par y su patria; lo único que ganaba era el ridículo, su único beneficio era el destierro. ¿Pero qué demostraba eso? Que era tonto. De acuerdo.

Traidor y cándido al mismo tiempo, sin duda alguna.

Se puede ser todo lo tonto que se quiera con tal de no dar mal ejemplo. Se exige a los tontos que sean honrados, mediante lo cual pueden aspirar a ser las bases de las monarquías. La estrechez mental de aquel Clancharlie era inimaginable. Seguía deslumbrado por la fantasmagoría revolucionaria. Se había dejado engañar por la república. Afrentaba a su país. Su actitud era pura felonía. Estar ausente es injuriar. Parecía mantenerse apartado de la felicidad pública como de una peste. En su destierro voluntario había algo de refugio contra la satisfacción nacional. Trataba a la realeza como si temiera contagiarse. En el gran júbilo monárquico, denunciado por él

como un lazareto, era la bandera negra. ¡Cómo! ¡Por encima del orden reconstituido, de la nación restablecida, de la religión restaurada, hacer esa figura siniestra! ¡Arrojar esa sombra sobre esa serenidad! ¡Tomar a mala parte la satisfacción de Inglaterra! ¡Ser el punto oscuro en ese gran cielo azul! ¡Parecer una amenaza, protestar contra el deseo de la nación, negar su sí al consentimiento general! Eso sería odioso si no fuera bufonesco. Clancharlie no se había dado cuenta de que se puede extraviar con Cromwell, pero hay que volver con Monk. Ved a Monk: manda el ejército de la república; Carlos II en el destierro, enterado de su probidad, le escribe; Monk, que concilia la virtud con la astucia, disimula al principio, y luego, de pronto, al frente de las tropas, disuelve el Parlamento faccioso e instala al Rey. Y Monk es nombrado duque de Albemarle, tiene el honor de haber salvado a la sociedad, llega a ser muy rico, ilustra para siempre a su época y se le hace caballero de la Jarretera con la perspectiva de ser enterrado en Westminster. Tal es la gloria de un inglés fiel. Lord Clancharlie no había llegado a comprender el deber así practicado. Tenía la infatuación y la inmovilidad del desterrado. Se contentaba con frases huecas. Estaba anquilosado por el orgullo. Las palabras conciencia, dignidad, etcétera, son palabras después de todo. Hay que ver el fondo.

Clancharlie no había visto ese fondo. Poseía una conciencia miope y quería, antes de realizar una acción, mirarla lo bastante de cerca para sentir su olor. De ahí repugnancias absurdas. No se puede ser hombre de Estado con esas delicadezas. El exceso de conciencia degenera en enfermedad. El escrúpulo es manco para empuñar el cetro y eunuco para casarse con la fortuna. Desconfiad de los escrúpulos: llevan lejos. La fidelidad desatinada escomo descender por la escalera de un sótano: un escalón, otro escalón, un tercer escalón y uno se encuentra en la oscuridad. Los hábiles vuelven a subir y los ingenuos se quedan abajo. No hay que dejar ligeramente que la conciencia se haga huraña. De transición en transición se llega a los matices oscuros del pudor político. Entonces se está perdido. Esa era la aventura de lord Clancharlie.

Los principios terminan siendo un abismo.

Se paseaba, con las manos a la espalda, a lo largo del lago de Ginebra.

En Londres se hablaba a veces de aquel ausente. Ante la opinión pública era casi un acusado. Se abogaba en su favor o en su contra. Oída la causa, se le concedió el beneficio de la estupidez.

Muchos de los anteriores partidarios de la república se habían adherido a los Estuardo, por lo que se debía elogiarlos. Como es natural, le calumniaban un poco. Los empecinados importunan a los complacientes. Los ingeniosos, bien vistos y situados en la Corte, y molestos por su actitud desagradable, decían de buena gana: «Si no se ha adherido es porque no le han pagado lo suficiente», o «Deseaba el cargo de canciller que el Rey ha dado a lord Hyde», etc. Uno de sus ex amigos llegó inclusive a cuchichear: «Me lo ha dicho a mí mismo». A veces, por muy solitario que estuviese lord Clancharlie, por medio de los proscriptos con los que se encontraba, o

de viejos regicidas como Andrew Broughton, quien vivía en Lausana, llegaban a sus oídos algunos de esos dichos. Clancharlie se limitaba a un imperceptible encogimiento de hombros, señal de profundo entontecimiento.

En una ocasión completó ese encogimiento de hombros con estas pocas palabras murmuradas a media voz: «Compadezco a quienes creen eso».

IV

Carlos II, hombre bueno, lo desdeñaba. La felicidad de Inglaterra bajo Carlos II era más que felicidad, era encantamiento. Una restauración es un viejo cuadro ennegrecido que se barniza de nuevo; todo el pasado reaparece. Las buenas viejas costumbres hacían su nueva presentación, las mujeres lindas reinaban y gobernaban. Evelyn tomó nota de eso; en su diario se lee: «Lujuria, profanación, desprecio de Dios. Yo vi un domingo por la noche al Rey con sus rameras, la Portsmouth, la Cleveland, la Mazarin y otras dos o tres, todas casi desnudas en la galería del juego». Se percibe algún humorismo en este cuadro, pero Evelyn era un puritano gruñón, mancillado con la ilusión republicana. No apreciaba el ejemplo provechoso que dan los reyes con esos grandes esparcimientos babilónicos que en definitiva alimentan el lujo. No comprendía la utilidad de los vicios. Regla: No extirpéis los vicios si queréis tener mujeres encantadoras. De otro modo os pareceríais a los imbéciles que destruyen las orugas mientras se apasionan por las mariposas.

Carlos II, como hemos dicho, apenas se daba cuenta de que existía un refractario llamado Clancharlie, pero Jacobo II le prestó más atención. Carlos II gobernaba blandamente, pues esa era su manera; digamos que por ello no gobernaba peor. A veces un marino hace en un cordaje destinado a sofrenar el viento un nudo flojo que deja que cierre el mismo viento. Tal es la necedad del huracán… y del pueblo.

Ese nudo ancho que se convirtió muy pronto en nudo estrecho fue el reinado de Carlos II.

Bajo Jacobo II comenzó el estrechamiento. Era el estrangulamiento necesario de lo que quedaba de la revolución, Jacobo II tenía el deseo loable de ser un rey eficaz. El reinado de Carlos II no había sido en su opinión sino un esbozo de restauración; Jacobo II quería una vuelta al orden más completa todavía. En 1660 había lamentado que sólo se hubiese ahorcado a diez regicidas. Fue un reconstructor de la autoridad más real. Dio vigor a los principios serios; hizo reinar esa justicia que es la verdadera, que se sitúa por encima de las declamaciones sentimentales, y que se preocupa ante todo por los intereses de la sociedad. En esas severidades protectoras se reconoce al padre del Estado. Confió la mano de la justicia a Jeffrys, y la espada a Kirke. Kirke multiplicó los ejemplos. Ese coronel útil hizo colgar y descolgar tres veces seguidas al mismo hombre, un republicano, preguntándole cada vez:

—¿Abjuras la república?

Y como el malvado contestó siempre que no, lo ahorcaron.

—Lo he ahorcado cuatro veces —dijo Kirke, satisfecho.

Los suplicios reanudados son una gran señal de fuerza en el poder. Lady Lyle, quien no obstante había enviado a su hijo a luchar contra Monmouth, pero había ocultado en su casa a dos rebeldes, fue condenada a muerte. Otra rebelde que había tenido la honradez de declarar que una mujer anabaptista le había dado asilo, fue

perdonada y la mujer quemada viva. Otro día, Kirke hizo comprender a una ciudad que la sabía republicana ahorcando a diecinueve burgueses. Eran represalias muy legítimas, ciertamente, si se recuerda que bajo Cromwell cortaban la nariz y las orejas a los santos de piedra en las iglesias. Jacobo II, que supo elegir a Jeffrys y Kirke, era un príncipe imbuido de verdadera religión, le mortificaba la fealdad de sus queridas, y escuchaba al Padre la Colombière, predicador que era casi tan untuoso como el Padre Cheminais, pero más inspirado, y que tuvo la gloria de ser en la primera mitad de su vida el consejero de Jacobo II y en la segunda el inspirador de María Alacoque. Gracias a este fuerte alimento religioso Jacobo II pudo soportar más tarde dignamente el destierro y ofrecer en su retirada de Saint-Germain el espectáculo de un rey superior a la adversidad, tocando con calma las escrófulas y conversando con jesuitas.

Se comprende que un rey como ese debiese, en cierta medida, preocuparse por un rebelde como lord Clancharlie. Como las pairías hereditariamente transmisibles contenían cierta cantidad de porvenir, era evidente que, si había que tomar alguna precaución respecto a ese lord, Jacobo II no vacilaría.

2
Lord David Dirry-Moir

I

Lord Linnaeus Clancharlie no había sido siempre viejo y proscrito. Había tenido su fase de juventud y de pasión. Se sabe, por Harrison y Pride, que Cromwell, cuando era joven, amó a las mujeres y el placer, lo que a veces (otro aspecto de la cuestión femenina) anuncia un sedicioso. Desconfiad del cinturón mal atado. *Male proecinctum juvenem cavete*.

Lord Clancharlie había tenido, como Cromwell, sus incorrecciones e irregularidades. Se le conocía un hijo natural. Ese hijo, llegado al mundo en el momento en que la república terminaba, nació en Inglaterra mientras su padre partía para el destierro. Por eso no había visto nunca a su padre. El bastardo de lord Clancharlie creció como paje en la corte de Carlos II. Lo llamaban lord David Dirry-Moir; era lord por cortesía, pues su madre era mujer de categoría. Esa madre, mientras lord Clancharlie huía el trato de la gente en Suiza, tomó la decisión, pues era bella, de enfurruñarse menos y se hizo perdonar aquel primer amante salvaje por un segundo, éste indiscutiblemente manso y realista, pues era el Rey. Fue un poco la querida de Carlos II, lo suficiente para que Su Majestad, encantado por haber recuperado esa mujer linda de la república, diese al pequeño lord David, hijo de su conquista, un puesto como miembro del cuerpo de guardia, lo que hizo al bastardo oficial con mesa en palacio y, por contragolpe, estuardista ardiente. Lord David fue durante algún tiempo, como miembro de la guardia, uno de los ciento setenta que llevaban la gran espada; luego entró en la banda de los pensionistas y fue uno de los cuarenta que llevaban la partesana dorada. Tuvo además, por pertenecer a la tropa de nobles instituida por Enrique VIII para guardar su cuerpo, el privilegio de poner los platos en la mesa del Rey. Y así, mientras su padre encanecía en el exilio, lord David prosperó en el reinado de Carlos II.

«¡El Rey ha muerto, viva el Rey!». Es el *non deficit alter, aureus*[33].

Fue al subir al trono el duque de York cuando obtuvo el permiso para titularse lord David Dirry-Moir, nombre de una señoría que su madre, quien acababa de morir, le legó en ese gran bosque de Escocia donde se encuentra el pájaro Krag, que cava su nido con el pico en el tronco de las encinas.

II

Jacobo II era rey y tenía la pretensión de ser general. Le gustaba rodearse de oficiales jóvenes. Se mostraba de buena gana en público a caballo, con casco y coraza y una gran peluca desbordante que le salía de debajo del casco por encima de la coraza; era una especie de estatua ecuestre de la guerra imbécil. Distinguía y apreciaba al joven lord David. Agradecía a aquel realista que fuese hijo de un republicano; un padre renegado no perjudica a una fortuna cortesana que comienza. El Rey hizo a lord David gentilhombre de la cámara del lecho, con mil libras de gajes.

Era un buen ascenso. Un gentilhombre de lecho se acuesta todas las noches cerca del Rey en una cama que arman. Son doce esos gentiles-hombres y se relevan.

Lord David, en ese puesto, fue el jefe del avenero del Rey, que da la avena a los caballos y tiene doscientas sesenta libras de gajes. Estaban a sus órdenes los cinco cocheros del Rey, los cinco postillones del Rey, los cinco palafreneros del Rey, los doce lacayos del Rey y los cuatro portadores de la silla del Rey. Tenía a su cargo los seis caballos de carrera que el Rey mantenía en Haymarket y que costaban seiscientas libras anuales a Su Majestad. Disponía de todo en el guardarropa del Rey, que proporciona los trajes de ceremonia a los caballeros de la Jarretera. Le saludaba inclinándose hasta el suelo el ujier de la vara negra, perteneciente al Rey. En el reinado de Jacobo II ese ujier era el caballero Duppa. Lord David era objeto de las deferencias del señor Baker, amanuense de la Corona, y del señor Brown, amanuense del Parlamento. La corte de Inglaterra, magnífica, es un modelo de hospitalidad. Lord David presidía, como uno de los doce, las mesas y recepciones. Tenía la gloria de colocarse detrás del Rey los días de ofrenda, cuando el Rey da a la Iglesia el besante de oro, *byzantium*; los días del collar, cuando el Rey lleva el collar de su orden; y los días de comunión, cuando nadie comulga fuera del Rey y los príncipes. Era él quien el Jueves Santo presentaba a Su Majestad los doce pobres a los que el Rey daba tantas monedas de plata como años de vida tenía y tantos chelines como eran sus años de reinado. Ejercía la función, cuando el Rey estaba enfermo, de llamar para que atendieran a Su Majestad a los dos limosneros que eran sacerdotes, y de impedir que los médicos se acercasen sin permiso del Consejo de Estado. Además, era teniente coronel del regimiento escocés de la Guardia Real. Como tal hizo muchas campañas, pues era un guerrero valiente.

Era un señor bravo, apuesto, bello, generoso, muy grande en el porte y las maneras. Su persona estaba de acuerdo con su categoría. Su estatura era alta como su nacimiento.

LORD DAVID DIRRY-MOIR.

Durante un momento estuvo a punto de ser nombrado *groom of the stole*, lo que le habría dado el privilegio de poner la camisa al Rey, pero para eso había que ser príncipe o par.

Crear un par es mucho. Es crear una dignidad de par, lo que engendra envidiosos. Es un favor, y un favor le hace al Rey un amigo y cien enemigos, sin contar que el amigo se hace ingrato. Jacobo II, por política, creaba difícilmente pairías, pero las transfería fácilmente. Una pairía transferida no preocupa. Es simplemente un título que continúa. Altera poco el señorío.

La buena voluntad real no tenía inconveniente en introducir a lord David Dirry-Moir en la cámara alta, con tal que fuese por la puerta de una pairía sustituida. Lo único que pedía Su Majestad era una ocasión para convertir a David Dirry-Moir de lord de cortesía en lord de derecho.

III

Esa ocasión se presentó.

Un día se supo que le habían sucedido al viejo ausente, lord Linnaeus Clancharlie, varias cosas, la principal de las cuales era que había muerto.

Lo bueno que tiene la muerte para las personas es que hace hablar un poco de ellas. Se refirió lo que se sabía, o se creía saber, de los últimos años de lord Linnaeus. Eran, probablemente, conjeturas y leyendas. De creer a esos relatos, sin duda muy aventurados, al final de su vida lord Clancharlie experimentó tal recrudescencia republicana que, según se afirmaba, había llegado a casarse, extraño empecinamiento del exiliado, con la hija de un regicida, Ann Bradshavv — se precisaba el nombre —, la que también había muerto, pero no sin dar a luz un niño que, si todos estos detalles eran exactos, sería el hijo legítimo y el heredero legal de lord Clancharlie. Esos dichos, muy vagos, parecían rumores más bien que hechos. Lo que sucedía en Suiza era para la Inglaterra de entonces tan lejano como lo que sucede en China para la Inglaterra actual. Lord Clancharlie tenía cincuenta y nueve años en el momento de su casamiento y sesenta cuando nació su hijo, y murió muy poco tiempo después, dejando ese niño huérfano de padre y madre. Se trataba, sin duda, de posibilidades, pero inverosímiles. Se añadía que ese niño era «bello como el día», frase que se lee en todos los cuentos de hadas. El rey Jacobo puso fin a esos rumores, evidentemente sin fundamento alguno, declarando una buena mañana a lord David Dirry-Moir único y definitivo heredero, *por falta de hijo legítimo* y por la voluntad regia, de lord Linnaeus Clancharlie, su padre natural, *habiendo sido comprobada la ausencia de toda otra filiación y descendencia*; las patentes de lo cual fueron registradas en la Cámara de los Lores. Por medio de esas patentes el Rey transmitió a lord David Dirry-Moir los títulos, derechos y prerrogativas del difunto lord Linnaeus Clancharlie, con la única condición de que lord David se casara, cuando ella fuera núbil, con una niña, que en el momento sólo tenía unos meses de edad, a la que el Rey había hecho duquesa en la cuna, no se sabía muy bien por qué. Leed, si queréis, que se sabía demasiado por qué. Esa pequeña se llamaba la duquesa Josiana.

Entonces los nombres españoles estaban de moda en Inglaterra, uno de los bastardos de Carlos II se llamaba Carlos, conde de Plymouth. Es probable que *Josiana* fuese la contracción de Josefa y Ana. Sin embargo, tal vez existía el nombre Josiana como existía el nombre Josías. Uno de los gentileshombres de Enrique III se llamaba Josías du Passage.

Fue a esa pequeña duquesa a la que el Rey concedió la pairía de Clancharlie. Era paresa a la espera de que hubiese un par. El par sería su marido. Esa pairía se fundaba en una doble castellanía: la baronía de Clancharlie y la baronía de Hunkerville; además, los lores Clancharlie eran, en recompensa por un antiguo hecho de armas y con permiso real, marqueses de Corleone en Sicilia. Los pares de Inglaterra no

pueden aceptar títulos extranjeros, aunque había excepciones: así, Henry Arundel, barón Arundel de Wardour, era, lo mismo que lord Clifford, conde del Santo Imperio, del que lord Cowper es príncipe; el duque de Hamilton es en Francia duque de Chatellerault; Basil Fielding, conde de Denbigh, es en Alemania conde de Hapsburg, de Lauffenburg y de Rheinfelden. El duque de Malborough era príncipe de Mindelheim en Suabia, así como el duque de Wellington era príncipe de Waterloo en Bélgica. El mismo lord Wellington era duque español de Ciudad Rodrigo y conde portugués de Vimeira.

Había en Inglaterra, y todavía hay, tierras nobles y tierras plebeyas. Las tierras de los lores Clancharlie eran todas nobles. Esas tierras y los castillos, villas, bailías, feudos, rentas, alodios y dominios adherentes a la pairía Clancharlie-Hunkerville pertenecían provisionalmente a lady Josiana, y el Rey declaró que, cuando se casara Josiana, lord David Dirry-Moir sería barón Clancharlie.

Además de la herencia de Clancharlie, lady Josiana poseía su fortuna personal. Era dueña de grandes bienes, muchos de los cuales provenían de las donaciones de Madama sin Cola al duque de York. *Madama sin Cola* quiere decir Madama simplemente. Llamaban así a Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleans, la primera dama de Francia después de la Reina.

IV

Después de haber prosperado bajo Carlos y Jacobo, lord David prosperó bajo Guillermo. Su jacobismo no llegaba hasta el extremo de seguir a Jacobo II al exilio. Aunque seguía amando a su Rey legítimo, tuvo el buen sentido de servir al usurpador. Por lo demás era, aunque algo indisciplinado, un oficial excelente; pasó del ejército de tierra al del mar y se distinguió en la escuadra blanca. En ella llegó a ser lo que se llama ahora «capitán de fragata ligera». Eso terminó haciendo de él un hombre muy galante, que llevaba muy lejos la elegancia de los vicios, un poco poeta como todos, asiduo asistente a las fiestas, los banquetes, las audiencias íntimas, las ceremonias y las batallas; servil como es justo, muy altivo, con la vista baja o penetrante según el objeto que miraba; probo de buen grado, obsequioso y arrogante oportunamente, de un primer movimiento franco y sincero, dispuesto a disimular en seguida, muy observador del bueno y del mal humor del Rey, indiferente ante la punta de una espada, siempre listo para arriesgar su vida con heroísmo y sencillez a una señal de Su Majestad, capaz de todas las extravagancias y de alguna delicadeza, hombre cortés y ceremonioso, orgulloso de ponerse de rodillas en las grandes ocasiones monárquicas, de una valentía alegre, cortesano por encima y paladín por debajo, muy joven a la edad de cuarenta y cinco años.

Lord David cantaba canciones francesas, esparcimiento elegante que había agradado a Carlos II.

Le gustaban la elocuencia y el buen lenguaje. Admiraba mucho los célebres discursos de charlatán llamados Oraciones Fúnebres de Bossuet.

Por parte de su madre apenas tenía con qué vivir, alrededor de diez mil libras esterlinas de renta, es decir doscientos cincuenta mil francos. Se las arreglaba

contrayendo deudas. En magnificencia, extravagancia y novedad era incomparable. En cuanto le copiaban, cambiaba de moda. Cuando montaba a caballo llevaba botas holgadas de vaqueta dada vuelta, con espuelas. Tenía sombreros que nadie poseía, encajes nunca vistos, golillas exclusivas.

3
La duquesa Josiana

I

En 1705, aunque lady Josiana tenía veintitrés años y lord David cuarenta y cuatro, el casamiento no se había realizado todavía, y ello por las mejores razones del mundo. ¿Se detestaban? Lejos de eso. Pero lo que no puede escaparse no inspira apresuramiento alguno. Josiana quería seguir siendo libre y David quería seguir siendo joven. No atarse hasta lo más tarde posible le parecía una prolongación de la juventud. Los jóvenes morosos abundaban en esas épocas galantes; se encanecía siendo petimetre; la peluca era cómplice y más tarde contribuyó a ello el polvo. A los cincuenta y cinco años lord Charles Gerrard, barón Gerrard de los Gerrard de Bromley, llenaba Londres con sus amoríos. La linda y joven duquesa de Buckingham, condesa de Coventry, hacía locuras de amor por los sesenta y siete años del apuesto Thomas Bellasyse, vizconde Falcomberg. Se citaban los famosos versos de Corneille septuagenario a una mujer de veinte años: «Marquesa, si mi rostro…». También las mujeres tenían triunfos otoñales, como lo atestiguan Ninon y Marión. Tales eran los modelos.

Josiana y David coqueteaban con un matiz particular: no se amaban, se agradaban. Les bastaba con frecuentarse. ¿Por qué no se apresuraban a poner fin a esa situación? Las novelas de entonces impulsaban a los enamorados y los novios a ese período de prueba que era del mejor tono. Josiana, además, sabiéndose bastarda, se sentía princesa y menospreciaba los convenios, cualesquiera que fuesen. Le gustaba lord David, que era bello, pero eso estaba fuera de lo convenido. Le parecía elegante.

Ser elegante es todo. Calibán elegante y magnífico deja atrás a Ariel pobre. Lord David era bello, tanto mejor; el riesgo de ser bello es ser ñoño; él no lo era. Apostaba, peleaba, se endeudaba. Josiana tenía muy en cuenta sus caballos, sus perros, sus pérdidas en el juego, sus queridas. Lord David, por su parte, experimentaba la fascinación de la duquesa Josiana, muchacha sin tacha y sin escrúpulo, altiva, inaccesible y animosa. Le dedicaba sonetos que Josiana leía algunas veces. En esos sonetos afirmaba que poseer a Josiana sería ascender hasta los astros, lo que no le impedía aplazar siempre esa ascensión hasta el año siguiente. Hacía antesala a la puerta del corazón de Josiana, lo que convenía a ambos. En la corte admiraban el supremo buen gusto de ese aplazamiento. Lady Josiana decía: «Es fastidioso que me vea obligada a casarme con lord David, ¡yo, que no pediría nada mejor que enamorarme de él!».

Josiana era la carne. Nada más magnífico. Era muy alta, demasiado alta. Su cabellera tenía ese matiz que se podría llamar rubio purpúreo. Era rolliza, fresca,

robusta, bermeja, con una enormidad de audacia y de ingenio. Tenía los ojos demasiado inteligibles. De apasionada, nada, y no más de castidad. Se encerraba en el orgullo. Despreciaba a los hombres; todo lo más un dios era digno de ella; o un monstruo. Si la virtud consiste en la escarpadura, Josiana era toda la virtud posible, sin inocencia alguna. No tenía aventuras por desdén, pero no le habría molestado que se las supusiesen, con tal que fuesen extrañas y en proporción con una persona como ella. Le importaba poco su reputación y mucho su gloria. Parecer fácil y ser imposible es una obra maestra. Josiana se sentía majestad y materia. Poseía una belleza molesta. Se apoderaba más bien que encantaba. Caminaba sobre los corazones. Era terrestre. Le habría asombrado que le mostraran un alma en su pecho tanto como que le hicieran ver alas en su espalda. Disertaba sobre Locke. Era culta y se sospechaba que sabía el árabe.

JOSIANE.

Ser la carne y ser la mujer son dos cosas. Donde la mujer es vulnerable, en la compasión, por ejemplo, que se convierte tan fácilmente en amor, Josiana no lo era.

No es que fuese insensible. La antigua comparación de la carne con el mármol, en palpitar, en temblar, en enrojecerse, en sangrar, en ser firme sin ser dura, en ser blanca sin ser fría, en tener estremecimientos y dolencias, en ser vida en tanto que el mármol es muerte. La carne, cuando posee cierto grado de belleza, casi tiene el derecho de la desnudez; se cubre de deslumbramiento como con un velo; quien hubiese visto a Josiana desnuda no habría percibido el modelado sino a través de una dilatación luminosa. Se habría mostrado de buen grado a un sátiro o a un eunuco. Poseía el aplomo mitológico. Hacer de su desnudez un suplicio, eludir a un Tántalo, la habría divertido. El Rey la había hecho duquesa y Júpiter nereida, doble irradiación de la que se componía la extraña claridad de aquella criatura. Cuando se la admiraba, uno se sentía pagano y lacayo. Su origen eran la bastardía y el océano. Parecía salir de una espuma. Al filo del agua se había trazado el primer bosquejo de su destino, pero en el gran medio ambiente regio. Tenía algo de la ola, del azar, de la señoría y de la tempestad. Era culta e instruida. Jamás había sido presa de una pasión, aunque las había sondeado todas. Las realizaciones le repugnaban y le gustaban al mismo tiempo. Si se hubiese apuñalado lo habría hecho, como Lucrecia, después. Todas las corrupciones, en el estado visionario, existían en aquella virgen. Era una Astarté posible en una Diana real. Era, por insolencia de alta alcurnia, provocadora e inabordable. Sin embargo, podía parecerle divertido prepararse ella misma una caída. Ponía su gloria en un nimbo con el deseo de descender de él y tal vez con la curiosidad de caer. Era un poco pesada para su nube. Caer en falta agrada. La desenvoltura principesca goza del privilegio del ensayo y una persona ducal se divierte con lo que perdería a una burguesa. Josiana era en todo, por el nacimiento, por la belleza, por la ironía y por la luz, casi reina. Había sentido un momento de entusiasmo por Louis de Boufflers, quien rompía una herradura con los dedos. Lamentaba que Hércules hubiera muerto. Vivía a la espera de no se sabe qué ideal lascivo y supremo.

En lo moral, Josiana hacía recordar el verso de la Epístola a los Pisones: *Desinit in piscem*[34].

Un bello torso de mujer termina en hidra

Tenía un pecho noble, un seno espléndido armoniosamente elevado por un corazón regio, una mirada vivaz y clara, un rostro puro y altivo y, ¿quién sabe?, bajo el agua se transparentaba vagamente una prolongación ondulante, sobrenatural, tal vez draconiana y deforme. Su virtud suprema terminaba en vicios en la profundidad de los sueños.

II

A pesar de eso era remilgada.

Eso estaba de moda.

Recuérdese a Isabel.

Isabel pertenece a un tipo que en Inglaterra dominó durante tres siglos, el XVI, el XVII y el XVIII. Isabel era más que inglesa, era anglicana. A eso se debía el respeto profundo de la Iglesia episcopal por esa reina, respeto que sentía también la Iglesia católica, la que no lo mezclaba con un poco de excomunión. En boca de Sixto V al anatematizar a Isabel la maldición se convierte en madrigal: *Un gran cervello de principessa*, dice. María Estuardo, a quien la Iglesia interesaba menos que la mujer, se mostraba poco respetuosa con su hermana Isabel y le escribió de reina a reina y de coqueta a gazmoña: «Vuestra aversión al matrimonio proviene de que no queréis perder la libertad de hacer que os hagan el amor». María Estuardo manejaba el abanico e Isabel el hacha. La partida era desigual. Por lo demás, ambas rivalizaban en literatura. María Estuardo escribía versos franceses; Isabel traducía a Horacio. Isabel, fea, se decretaba bella, le gustaban las cuartetas y los acrósticos, se hacía presentar por cupidos las llaves de las ciudades, repulgaba los labios a la italiana y revolvía los ojos a la española, tenía en su guardarropa tres mil vestidos y atavíos, muchos de ellos disfraces de Minerva y Anfitrite; apreciaba a los irlandeses por la amplitud de sus hombros, cubría su guardainfante con lentejuelas, adoraba las rosas, juraba, blasfemaba, pataleaba, pegaba a sus damas de honor, enviaba al diablo a Dudley, golpeaba al canciller Burleigh y el viejo animal lloraba, escupía a Mathew, apercollaba a Hatton, abofeteaba a Essex, mostraba su muslo a Bassompierre y era virgen.

Lo que ella hizo para Bassompierre la reina de Saba lo había hecho para Salomón[35]. En consecuencia, era correcto, pues la Sagrada Escritura había creado el precedente. Lo que es bíblico puede ser anglicano. El precedente bíblico llega a hacer un niño que se llama Ebnehaquem o Melilechet, es decir *el Hijo del Sabio*.

¿Por qué no esas costumbres? Cinismo equivale a hipocresía.

Al presente Inglaterra, que tiene un Loyola llamado Wesley, baja un poco la vista ante ese pasado. Le disgusta, pero le enorgullece.

En esas costumbres existía la afición a lo deforme, particularmente en las mujeres, y singularmente entre las bellas. ¿Para qué ser bella si no se tiene un macaco? ¿De qué sirve ser reina si no la tutea un dominguillo? María Estuardo había tenido «bondades» con un palurdo, Rizzio; María Teresa de España se había mostrado «un poco familiar» con un negro. De ahí que se la llamase la *abadesa negra*. En las alcobas del gran siglo se llevaba bien la joroba, como podía atestiguar el mariscal de Luxemburgo.

Y antes que Luxemburgo, Condé, «ese hombrecito tan lindo».

Las bellas mismas podían, sin inconveniente, tener defectos físicos. Era algo que se aceptaba. Ana Bolena tenía un seno más grueso que el otro, seis dedos en una mano y un sobrediente. La Vallière era patizamba. Lo que no impidió que Enrique VIII enloqueciese por la una y Luis XIV sintiera un amor ardiente por la otra.

En lo moral se daban las mismas desviaciones. En las altas esferas casi no había una mujer que no fuera un caso teratológico. Inés contenía a Melusina. Se era mujer de día y vampiro de noche. Se iba al patíbulo para besar en la picota las cabezas recién cortadas. Margarita de Valois, una abuela de las remilgadas, llevaba en la cintura bajo candado, en cajas de hojalata cosidas a su corpiño, todos los corazones de sus amantes muertos. Enrique IV se había ocultado bajo ese guardainfante.

En el siglo XVIII la duquesa de Berry, hija del Regente, resumió a todas esas criaturas en un tipo obsceno y regio.

Por añadidura las bellas conocían el latín. Eso era, desde el siglo XVI, una gracia femenina. Jane Grey llevó la elegancia hasta conocer el hebreo.

La duquesa Josiana latinizaba. Además, otra distinción, era católica. En secreto, digámoslo, y como su tío Carlos II más bien que como su padre Jacobo II. Jacobo había perdido su dignidad real por su catolicismo y Josiana no quería poner en peligro su dignidad de par. Por eso, católica en la intimidad y entre refinados y refinadas, era exteriormente protestante, para la gentuza.

Esta manera de entender la religión es agradable; se goza de todos los bienes asociados a la Iglesia episcopal oficial y más tarde se muere como Grocio, en olor de catolicismo, y se tiene la gloria de que el Padre Petau diga una misa por vuestra alma.

Aunque rolliza y sana, Josiana era, insistimos en ello, una remilgada perfecta. En algunos momentos su manera lánguida y voluptuosa de arrastrar el final de las frases imitaba los alargamientos de patas de una tigresa que anda por la selva.

La utilidad de ser remilgada consiste en que hace que desaparezca el género humano. Ya no se le concede el honor de existir.

Lo que importa ante todo es poner a la especie humana a distancia.

Cuando no se cuenta con el Olimpo se lo sustituye con el hotel de Rambouillet.

Juno se convierte en Araminta. Una pretensión de divinidad no admitida crea la remilgada. A falta de truenos se tiene la impertinencia. El templo se encoge para convertirse en tocador. Cuando no se puede ser diosa se es ídolo.

Hay, además, en el remilgado cierta pedantería que agrada a las mujeres. La coqueta y el pedante son afines. Su adherencia es visible en el fatuo.

Lo sutil se deriva de lo sensual. La gula afecta a la delicadeza. Un gesto melindroso le va bien a la codicia.

Además el lado débil de la mujer se siente protegido por toda esa casuística de la galantería que reemplaza a los escrúpulos en las remilgadas. Es una circunvalación con foso.

Toda remilgada hace un gesto de repugnancia que protege. Se consentirá, pero se desprecia mientras se espera.

Josiana poseía un fuero interno inquietante. Se sentía tan propensa al impudor que era gazmoña. Los retrocesos del orgullo en sentido inverso a nuestros vicios nos llevan a los vicios contrarios. El exceso de esfuerzo para ser casta la hacía mojigata. Sentirse demasiado seguro en la defensiva indica un secreto deseo de ser atacado. El feroz no es severo.

Se encerraba en la excepción arrogante de su categoría y su nacimiento mientras tal vez premeditaba, como hemos dicho, alguna salida brusca.

Se estaba en la aurora del siglo XVIII. Inglaterra esbozaba lo que fue en Francia la Regencia. Walpole y Dubois se parecen. Malborough luchaba contra su ex rey Jacobo II, al que, según se decía, había vendido su hermana Churchill. Brillaba Bolingbroke y apuntaba Richelieu. La galantería consideraba cómoda cierta mezcla de las categorías; la nivelación se hacía por medio de los vicios. Más tarde se haría por medio de las ideas. El envilecimiento, preludio aristocrático, comenzaba lo que la revolución debía terminar. No se estaba muy lejos de Jélyotte, sentado públicamente en pleno día en la cama de la marquesa de Epinay. Es cierto, pues las costumbres se hacen eco, que el siglo XVI había visto el gorro de dormir de Smeton en la almohada de Ana Bolena.

Si mujer significa pecado, como afirmó no sé qué Concilio, nunca fue la mujer más mujer que en esa época. Y nunca, cubriendo su fragilidad con su encanto y su debilidad con su omnipotencia, se hizo absolver más imperiosamente. En hacer del fruto permitido el fruto prohibido consistió la caída de Eva; pero en hacer del fruto prohibido el fruto permitido consiste su triunfo. Termina haciendo eso. En el siglo XVIII la mujer echa el cerrojo al marido y se encierra en el Edén con Satán. Adán queda fuera.

III

Todos los instintos de Josiana la inclinaban a entregarse galantemente más bien que a entregarse legalmente. Entregarse por galantería implica literatura, recuerda a Menalco y Amarilis y es casi un acción docta.

Mademoiselle de Scudéry, la atracción de la fealdad por la fealdad puesta aparte, no tuvo otro motivo para entregarse a Pélisson.

La doncella soberana y la mujer sujeta: tales son las viejas costumbres inglesas. Josiana aplazaba lo más que podía la hora de esa sujeción. Tener que casarse con lord David, puesto que la voluntad regia lo exigía, era una necesidad, sin duda, ¡pero qué lástima! Josiana aceptaba y desairaba a lord David. Existía entre ellos un acuerdo tácito para no concluir y para no romper. Se eludían. Esa manera de amarse dando un paso adelante y dos pasos atrás es expresada por las danzas de la época, el minué y la gavota. Ser personas casadas no conviene al aspecto del rostro, aja las cintas que se lleva, envejece. Los esponsales son una solución de claridad desconsoladora. La entrega de una mujer por un notario: ¡qué tontería! La brutalidad del matrimonio crea situaciones definitivas, suprime la voluntad, mata la elección, tiene una sintaxis como la gramática, reemplaza la inspiración con la ortografía, hace del amor un dictado, desbarata lo misterioso de la vida, inflige la transparencia a las funciones periódicas y fatales, despoja de velos a la mujer desnuda, da derechos reducidos tanto a quien los ejerce como a quien los sufre, trastorna con una inclinación de la balanza hacia un solo lado el encantador equilibrio del sexo fuerte y del sexo poderoso, de la fuerza y de la belleza, y hace aquí un amo y allí una sirvienta, en tanto que fuera del matrimonio hay un esclavo y una reina. ¿Se concibe algo más grosero que hacer prosaico el lecho hasta el extremo de hacerlo decente? ¡Que no haya nada malo en amarse es bastante tonto!

Lord David maduraba. Cuarenta años era una edad decisiva, pero él no se daba cuenta de ello. Y en realidad parecía estar todavía en los treinta años. Encontraba más divertido desear a Josiana que poseerla. Ya poseía a otras, pues no le faltaban mujeres.

Por su parte, Josiana soñaba.

Y los sueños eran peores.

La duquesa Josiana tenía la particularidad, por lo demás menos rara que lo que se cree, de que uno de sus ojos era azul y el otro negro. Sus pupilas estaban hechas de amor y de odio, de dicha y de desdicha. El día y la noche se mezclaban en su mirada.

Su ambición era esta: mostrarse capaz de lo imposible.

Un día le dijo a Swift:

—Vosotros os figuráis que vuestro desprecio existe.

«Vosotros» era el género humano.

Era papista a flor de piel. Su catolicismo no pasaba de la cantidad necesaria para la elegancia. Ahora sería puseísmo[36]. Llevaba gruesos vestidos de terciopelo, o de raso, o de muaré, algunos amplios de hasta quince o dieciséis anas, y cintas de escote de oro y plata, y alrededor de su cintura muchos lazos y perlas alternados con nudos de piedras preciosas. Abusaba de los galones. A veces se ponía una chaquetilla de paño con pasamanos como un doncel. Montaba a caballo en una silla de hombre, a pesar de la invención de las sillas de mujer introducida en Inglaterra en el siglo XIV por Ana, esposa de Ricardo II. Se lavaba el rostro, los brazos, los hombros y la garganta con azúcar cande diluido en clara de huevo, a la moda castellana. Tenía, después de haberse hablado ingeniosamente en presencia de ella, una risa reflexiva de una gracia singular.

Por lo demás, carecía de maldad. Era más bien buena.

4
Magister elegantiarum[37]

Josiana se aburría, por supuesto.

Lord David Dirry-Moir tenía una situación magistral en la vida alegre de Londres. La nobleza y la clase rica le veneraban.

Registremos una celebridad de lord David: se atrevía a llevar su cabello natural. La reacción contra la peluca comenzaba. Así como en 1824 Eugène Devéria fue el primero que se atrevió a dejarse crecer la barba[38], así también, en 1702, Price Devereux fue el primero que se aventuró a exhibir en público, disimulada por un rizado experto, su cabellera natural. Arriesgar el cabello era casi arriesgar la cabeza. La indignación fue general; sin embargo, Price Devereux era vizconde Hereford y par de Inglaterra. Le insultaron y la verdad es que la cosa valía la pena. En lo más recio de la gritería lord David apareció de pronto, también él, sin peluca. Cosas como esas anuncian el final de las sociedades. A lord David le vilipendiaron todavía más que al vizconde Hereford. Se mantuvo en sus trece. Price Devereux había sido el primero y David Dirry-Moir fue el segundo. A veces es más difícil ser el segundo que el primero. Hace falta menos genio, pero más coraje. El primero, embriagado por la innovación, puede ignorar el peligro; el segundo ve el abismo y se precipita en él. Lord David se precipitó en ese abismo de no llevar peluca. Más tarde les imitaron y después de esos dos revolucionarios se tuvo la audacia de peinarse el cabello, y de empolvarlo como circunstancia atenuante.

Para fijar de paso este punto histórico importante digamos que la verdadera prioridad en la guerra a la peluca correspondería a una reina, Cristina de Suecia, que vestía ropas de hombre y desde 1680 se presentaba con su cabello castaño natural, empolvado y despeluzado, sin tocado en la cabeza pelada. Tenía además, según Misson, «algunos pelos de barba».

El Papa, por su parte, en su bula de marzo de 1694, había desacreditado un poco la peluca al quitarla de la cabeza de los obispos y sacerdotes y ordenar a los eclesiásticos que se dejaran crecer el cabello.

Por consiguiente, lord David no llevaba peluca y se ponía botas de piel de vaca.

Esas grandes cosas lo señalaban a la admiración pública. No había círculo del que no fuera dirigente, ni pugilato del que no fuera árbitro.

Había redactado los reglamentos de muchos círculos de la *high life* y hecho fundaciones elegantes, una de las cuales, *Lady Guinea*, existía todavía en Pall Mall en 1772. *Lady Guinea* era un círculo en el que se reunían todos los señores jóvenes. Jugaban. La menor puesta era un cartucho de cincuenta guineas y nunca había menos de veinte mil guineas en la mesa. Junto a cada jugador había un velador para dejar la taza de té y el platillo de madera dorada en el que se ponían los cartuchos de guineas. Los jugadores se ponían, como los criados cuando bruñían los cuchillos, mangas de

cuero que les protegían los encajes, pecheras de cuero que les defendían las gorgueras, y en la cabeza, para resguardar los ojos a causa de la fuerte luz de las lámparas, y para mantener en orden su cabello rizado, anchos sombreros de paja cubiertos de flores. Estaban enmascarados para que no se viese su emoción, sobre todo en el juego de quince. Todos tenían en la espalda las ropas al revés para atraer la buena suerte.

Lord David pertenecía al Beefsteack Club, el Surly Club, el Splitfarthing Club, el Club de los Ariscos y el Club de los Rascamonedas, el Sealed Knot, club de los realistas; el Martinus Scribblerus, fundado por Swift en reemplazo de la Rota, fundada por Milton.

Aunque era bello, pertenecía al Club de los Feos. Ese club estaba dedicado a la deformidad. En él se adquiría el compromiso de batirse, no por una mujer bella, sino por un hombre feo. La sala del club estaba adornada con retratos horribles de Tersites, Triboulet, Duns, Hudibras y Scarron; sobre la chimenea estaba Esopo entre dos tuertos, Coclés y Camoens; como Coclés era tuerto del ojo izquierdo y Camoens del derecho, cada uno estaba representado en su lado tuerto y los dos perfiles sin ojos se enfrentaban. El día en que la bella madame Visart enfermó de viruelas el Club de los Feos brindó por ella. Ese club florecía todavía a comienzos del siglo XIX; había enviado un diploma de miembro honorario a Mirabeau.

Desde la restauración de Carlos II estaban abolidos los clubs revolucionarios. Habían demolido en la callejuela contigua a Moorfields la taberna donde se reunía el Calf's Head Club, o sea el Club de la Cabeza de Ternera, llamado así porque el 30 de enero de 1649, día en que corrió en el patíbulo la sangre de Carlos I, bebieron en un cráneo de ternera vino tinto a la salud de Cromwell.

A los clubs republicanos habían sucedido los monárquicos. En ellos se divertían decentemente. Existía el She Romps Club, o sea el Club de la Muchacha Retozona. Se apoderaban en la calle de una mujer, una transeúnte, una burguesa, lo menos vieja y fea posible; la llevaban al club por la fuerza, y la hacían andar sobre las manos y con los pies al aire, con el rostro cubierto por las faldas que caían. Si lo hacía de mala gana le azotaban un poco con el látigo lo que no estaba vedado. La culpa era de ella. Los caballerizos de ese picadero se llamaban «los saltarines».

Existía el Club de los Relámpagos de Calor, metafóricamente Merrydanses. Allí hacían bailar a negros y blancos las danzas de los picanteros y los timtirimbas del Perú, sobre todo la «moza mala», danza que termina sentándose la bailarina en un montón de salvado, al levantarse del cual deja una huella calípiga. Se daban como espectáculo un verso de Lucrecio:

Tunc Venus in sylvis jungebat corpora amantum[39].

Existía el Hellfire Club, o sea Club del Fuego del Infierno, donde se jugaba a ser impío. Era un torneo de sacrilegios. Allí el infierno sacaba a pública subasta las

blasfemias más insolentes.

Existía el Club de los Cabezazos, llamado así porque daban cabezazos a la gente. Encontraban a algún mozo de cordel de pecho fuerte y aspecto de imbécil. Le ofrecían, y si era necesario le obligaban a aceptar, un cántaro de cerveza inglesa si se dejaba dar cuatro cabezazos en el pecho. Y se apostaba al respecto. En cierta ocasión un hombre, un galés muy bruto llamado Gogangerdd, expiró al tercer cabezazo. Eso pareció grave. Se hizo una investigación y el tribunal de acusación dio este veredicto: «Muerto a causa de una hinchazón del corazón producida por exceso de bebida». En efecto, Gogangerdd había bebido el cántaro de cerveza.

Existía el Fun Club. *Fun* es, como *cant*, como *humour*, una palabra especial intraducible. *Fun* es respecto a la broma lo que la pimienta respecto a la sal. Penetrar en una casa, romper en ella un espejo valioso, acuchillar los retratos de la familia, envenenar al perro, meter a un gato en la pajarera, es «hacer *fun*». Dar una mala noticia falsa que hace vestir de duelo a la gente sin motivo es una broma de esa clase. Fue un bromista el que hizo un agujero cuadrado en un Holbein de la Hampton-Court. El bromista se sentiría orgulloso si hubiese sido él quien rompió los brazos de la Venus de Milo. En el reinado de Jacobo II un joven lord millonario que de noche había incendiado una choza hizo reír a Londres a carcajadas y se le proclamó *rey de la broma*. Los pobres diablos de la choza se salvaron en paños menores. Los miembros del Fun Club, todos de la más alta aristocracia, recorrían Londres a la hora en que los vecinos dormían, arrancaban los goznes de las puertas, cortaban las mangas de las bombas, desfondaban los tanques, descolgaban las muestras de las tiendas, saqueaban los terrenos cultivados, apagaban los faroles, aserraban los puntales de las casas, rompían los vidrios de las ventanas, sobre todo en los barrios pobres. Eran los ricos los que hacían eso a los miserables, por lo que no era posible queja alguna. Por otra parte, se trataba de una comedia. Esas costumbres no han desaparecido por completo. En diversos lugares de Inglaterra o de las posesiones inglesas, en Guernesey por ejemplo, de vez en cuando os devastan un poco vuestra casa por la noche, os rompen una cerradura, os arrancan la aldaba de la puerta, etcétera. Si fuesen pobres los enviarían a la cárcel, pero son jóvenes amables.

El más distinguido de los clubs estaban presidido por un emperador que llevaba una media luna en la frente y se llamaba «el gran Mohock». El mohock superaba la broma. Su programa consistía en hacer el mal por el mal. El Mohock Club tenía la finalidad grandiosa de hacer daño. Al hacerse mohock se prestaba el juramento de ser dañino. Hacer daño a toda costa, a cualquiera y de cualquier modo, era un deber. Todo miembro del Mohock Club debía tener alguna habilidad. Uno era «maestro de baile»; es decir que hacía brincar a los patanes pinchándoles las pantorrillas con la espada. Otros sabían «hacer sudar», es decir improvisar alrededor de un belitre cualquiera un corro de seis u ocho gentileshombres con la tizona en la mano; como estaba rodeado por todas partes, era imposible que el belitre no diera la espalda a alguien; el gentilhombre al que el hombre daba la espalda le castigaba por ello con

una estocada que le hacía piruetear; una nueva estocada en los riñones advertía al quidam que algún noble estaba detrás de él, y así sucesivamente, cada uno le pinchaba a su vez. Cuando el hombre, encerrado en ese círculo de espadas, y completamente ensangrentado, había girado y danzado lo suficiente, hacían que lo apaleasen los lacayos para cambiar el curso de sus ideas. Otros «golpeaban al león», es decir detenían riendo a un transeúnte, le rompían la nariz de un puñetazo y le hundían los pulgares en los dos ojos. Si los ojos saltaban, los pagaban.

Esos eran, a comienzos del siglo XVIII, los pasatiempos de los ociosos opulentos de Londres. Los ociosos de París tenían otros. El señor de Charolais disparó un escopetazo contra un vecino de la ciudad en el umbral de su puerta. En todas las épocas la juventud se ha divertido.

Lord David Dirry-Moir aportaba a esas diversas instituciones de placer su espíritu magnífico y liberal. Como cualquier otro, quemaba alegremente una choza de paja y madera y enrojecía un poco a los que estaban dentro, pero les reconstruía la vivienda haciéndola de piedra. En una ocasión hizo bailar cabeza abajo a dos mujeres en el She Romps Club. Una era soltera y la dotó; la otra era casada e hizo nombrar a su marido capellán.

Las riñas de gallos le debieron loables perfeccionamientos. Era maravilloso ver a lord David preparar a un gallo para la riña. Los gallos se agarran a las plumas como los hombres a los cabellos. En consecuencia, lord David hacía a su gallo lo más calvo posible. Le cortaba con tijeras todas las plumas de la cola, y desde la cabeza hasta las paletillas todas las plumas del cuello. «Tanto menos para el pico del enemigo», decía. Luego extendía las alas de su gallo y afilaba cada pluma una tras otra, lo que hacía que las alas quedasen provistas con dardos. «Esto para los ojos del enemigo», decía. A continuación le raspaba las patas con un cortaplumas, le afilaba las uñas, le injertaba en el espolón una espuela de acero aguda y cortante, le escupía en la cabeza y en el cuello, lo untaba con saliva como se frota con aceite a los atletas y lo soltaba, terrible, mientras exclamaba: «¡He aquí cómo de un gallo se hace un águila y cómo un animal de corral se convierte en un animal de la montaña!».

Lord David asistía a los pugilatos y era en ellos la regla viviente. En los grandes combates era él quien hacía colocar las estacas y tender las cuerdas, y quien fijaba las dimensiones que debía tener el cuadrilátero. Si era segundo, seguía paso a paso a su pugilista, con una botella en una mano y una esponja en la otra, le gritaba: «*Strike fair*[40]», le sugería astucias, le aconsejaba mientras peleaba, le enjugaba cuando sangraba, lo recogía cuando lo derribaban, lo tomaba en sus rodillas, le metía el cuello de la botella entre los dientes y con su propia boca llena de agua le soplaba una lluvia fina en los ojos y los oídos, lo que reanima al moribundo. Si era árbitro, cuidaba de la lealtad de los golpes, prohibía a todos, con excepción de los segundos, que ayudaran a los combatientes, declaraba vencido al campeón que no se desempeñaba bien frente al adversario, vigilaba que el tiempo de los *rounds* no pasase de medio minuto, se oponía al *butting*, descalificaba al que golpeaba con la cabeza e impedía que se golpeara al hombre caído. Toda esta ciencia no lo hacía pedante y no quitaba nada a su desenvoltura en la alta sociedad.

Cuando él era árbitro en un combate no sucedía que los compañeros atezados y velludos de éste o aquél se permitiesen, para ayudar a sus boxeadores desfallecientes y para voltear la balanza de las apuestas, saltar sobre la empalizada, entrar en el recinto, romper las cuerdas, arrancar las estacas e intervenir violentamente en la pelea. Lord David era de los pocos árbitros a los que nadie se atreve a aporrear.

Nadie adiestraba como él. El boxeador del que consentía en ser el *trainer* estaba seguro de vencer. Lord David elegía un Hércules macizo como una roca y alto como una torre y lo hacía hijo suyo. El problema consistía en hacer pasar del estado defensivo al estado ofensivo a aquel escollo humano. Lo conseguía. Una vez

adoptado el cíclope, no lo abandonaba. Se convertía en su nodriza. Le medía el vino, le pesaba la carne, le contaba el sueño. Fue él quien inventó ese admirable régimen de atleta, renovado posteriormente por Moreley: por la mañana un huevo crudo y un vaso de vino de Jerez, al mediodía pierna de carnero jugosa y té, a las cuatro de la tarde pan tostado y té, a la noche cerveza clara y pan tostado. Después de lo cual desvestía al hombre, le daba masaje y lo acostaba. En la calle no lo perdía de vista y apartaba de él todos los peligros: los caballos desbocados, las ruedas de los coches, los soldados borrachos, las muchachas lindas. Vigilaba su virtud. Esta solicitud maternal aportaba sin cesar algún nuevo perfeccionamiento a la educación del pupilo. Le enseñaba el puñetazo que rompe los dientes y el golpe de pulgar que hace saltar el ojo. Nada más conmovedor. Así se preparaba para la vida política, a la que debía ser llamado posteriormente. No es cosa de poca monta llegar a ser un gentilhombre perfecto.

Lord David Dirry-Moir amaba apasionadamente las exhibiciones en las plazas públicas, los teatros de feria, los circos con animales curiosos, los tablados de titiriteros, los payasos, los bufones, las farsas al aire libre y los prodigios de feria. El verdadero señor es el que aprecia al hombre del pueblo; por eso lord David frecuentaba las tabernas y los patios de los milagros de Londres y de los Cinco Puertos. Con el fin de poder en caso necesario, sin comprometer su categoría en la escuadra blanca, apercollarse con un gaviero o un calafate, se ponía, cuando iba a esos bajos fondos, una chaqueta de marinero. Para esas transformaciones le resultaba cómodo no llevar peluca, pues, inclusive en el reinado de Luis XIV, el pueblo conservó su cabello como el león su crin. De esta manera era libre. Los plebeyos con los que lord David se encontraba en las multitudes con las que se mezclaba le estimaban mucho y no sabían que era lord. Le llamaban Tom-Jim-Jack. Con ese nombre era popular y muy conspicuo entre aquella crápula. Se encanallaba magistralmente. Si se presentaba la ocasión asestaba un puñetazo. Este aspecto de su vida elegante era conocido y muy apreciado por lady Josiana.

5
La reina Ana

I

Por encima de esta pareja estaba Ana, reina de Inglaterra.

La reina Ana era una mujer vulgar: alegre, benévola, casi augusta. Ninguna de sus cualidades llegaba a la virtud y ninguna de sus imperfecciones llegaba a la maldad. Tenía una gordura abotagada, una malicia espesa, una bondad tonta. Era tenaz y blanda, y como esposa infiel y fiel, pues tenía favoritos a los que entregaba su corazón y un consorte cuyo lecho respetaba. Como cristiana, era hereje y beata. Poseía una belleza: el cuello robusto de una Niobe. El resto de su persona era imperfecto. Coqueteaba torpemente, y también honestamente. Su piel era blanca y fina y la mostraba mucho. A ella se debía la moda del collar de gruesas perlas cerrado en el cuello. Tenía la frente estrecha, los labios sensuales, las mejillas carnosas, los ojos abultados, la vista corta. Su miopía se extendía a su mente. Aparte de algún chispazo de jovialidad de vez en cuando, tan pesado como su ira, vivía en una especie de regaño taciturno y de silencio gruñón. Se le escapaban palabras que había que adivinar. Era una mezcla de buena mujer y de diablesa malvada. Le gustaba lo inesperado, lo que es profundamente femenino. Era un ejemplar apenas desbastado de la Eva universal. A ese esbozo le había tocado en suerte el trono. Bebía. Su marido era un danés de raza.

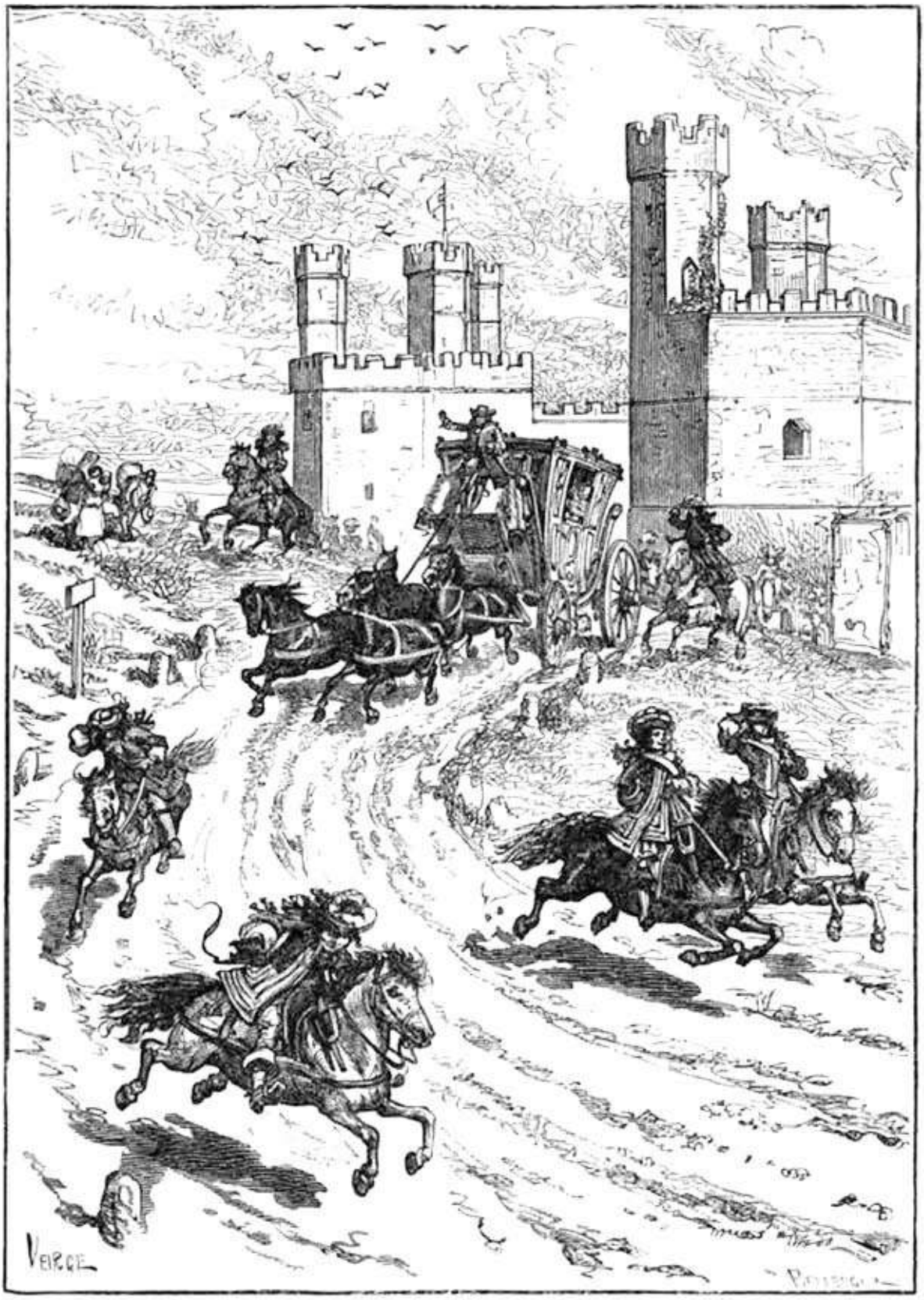
Aunque era tory, gobernaba por medio de los whigs. Como mujer, cometía locuras. Tenía arrebatos de ira. Era quisquillosa. No podía existir persona más inhábil para manejar los asuntos del Estado. Dejaba que se precipitaran los acontecimientos. Toda su política estaba rajada. Sobresalía en hacer grandes catástrofes con pequeñas causas. Si sentía el capricho de imponer su autoridad, ella lo llamaba «dar un golpe con el atizador».

Decía en un tono de gran arrobamiento frases como esta: «Ningún par puede estar cubierto delante del Rey, con excepción de Courcy, barón Kinsale, par de Irlanda». Decía: «Sería una injusticia que mi marido no fuese lord almirante puesto que mi padre lo fue». Hizo a Jorge de Dinamarca gran almirante de Inglaterra «*and of all Her Majesty's Plantations*». Transpiraba perpetuamente su mal humor; no expresaba su pensamiento, lo exudaba. Aquella oca tenía algo de esfinge.

No aborrecía la broma si era molesta y hostil. Si hubiera podido hacer a Apolo jorobado ello la habría divertido, pero le habría conservado su divinidad. Como era buena, su ideal consistía en no desesperar a nadie y molestar a todos. Pronunciaba con frecuencia palabras rudas y le faltaba poco para jurar como Isabel. De vez en cuando sacaba de un bolsillo de hombre que tenía en la falda una cajita redonda de

plata repujada que contenía su retrato de perfil entre las letras Q.A.[41], abría la caja y sacaba con la punta del dedo un poco de pomada con la que se enrojecía los labios. Y después de arreglarse la boca reía. Era muy aficionada al pan de centeno, miel y especias de Zelanda. Se enorgullecía de ser gorda.

Si bien era puritana más bien que otra cosa, le gustaban, no obstante, los espectáculos. Tuvo la veleidad de crear una Academia de Música, copiada de la de Francia. En 1700 un francés llamado Forteroche quiso construir en París un «Circo Real» que costaba cuatrocientas mil libras, y como de Argenson se opuso, Forteroche pasó a Inglaterra y propuso a la reina Ana, que durante un momento se sintió seducida por ella, la idea de construir en Londres un teatro con maquinaria mejor que el del rey de Francia, y además *con un foso*. Como a Luis XIV, le gustaba que su carroza galopase. Sus caballos de tiro y de refresco recorrían a veces en menos de cinco cuartos de hora el trayecto entre Windsor y Londres.


VEIRCE

II

En la época de Ana no podía haber reunión alguna sin la autorización de dos jueces de paz. Si se reunían doce personas, aunque fuera para comer ostras y beber cerveza, cometían felonía.

En ese reinado, sin embargo relativamente benévolo, el reclutamiento para la flota se hacía con una violencia extremada, triste prueba de que el inglés es súbdito más bien que ciudadano. Desde hacía siglos el rey de Inglaterra empleaba al respecto un procedimiento de tirano que desmentía todas las viejas cartas de exención y que indignaba a Francia. Lo que debía haber disminuido un poco esa indignación era que con el reclutamiento de marineros en Inglaterra se podía comparar el reclutamiento de soldados en Francia. En todas las grandes ciudades francesas todo hombre válido que iba por la calle a sus asuntos estaba expuesto a ser arrastrado por los reclutadores a una casa llamada *horno*. Allí lo encerraban mezclado con otros, escogían a los que eran aptos para el servicio y los reclutadores vendían esos transeúntes a los oficiales. En 1695 había en París treinta *hornos*.

Las leyes contra Irlanda, dictadas por la reina Ana, eran atroces.

Ana había nacido en 1664, dos años antes del incendio de Londres teniendo en cuenta lo cual los astrólogos — los había todavía en esa época como lo testimonia Luis XIV, quien nació con la ayuda de un astrólogo y lo envolvieron en un horóscopo — predijeron que siendo «la hermana mayor del fuego» sería reina. Lo fue, gracias a la astrología y a la evolución de 1688. Se sintió humillada por no tener como Padrino sino a Gilbert, arzobispo de Canterbury. Ser ahijada del Papa no era ya posible en Inglaterra. Un simple primado es un padrino mediocre. Ana tuvo que contentarse con eso. La culpa era suya. ¿Por qué era protestante?

Dinamarca había pagado su virginidad, *virginitas empta*[42] como dicen las viejas cartas, con una viudedad de seis mil doscientas cincuenta libras esterlinas de renta tomadas de la bailía de Wardinbourg y la isla de Fehmarn.

Ana seguía, sin convicción y por rutina, las tradiciones de Guillermo. Los ingleses, en este reinado nacido de una revolución, tenían toda la libertad que se puede tener entre la Torre de Londres, en la que se encerraba al orador, y la picota, en la que se ponía al escritor. Ana hablaba un poco en danés, en sus apartes con su marido, y francés, en sus apartes con Bolingbroke. Era pura jerigonza, pero, sobre todo en la Corte, la gran moda inglesa consistía en hablar en francés. Ana se preocupaba por las monedas, sobre todo por las de cobre, que eran las de menos valor y las populares; quería que su rostro apareciera en ellas. Seis *farthings* se acuñaron durante su reinado. En el reverso de las tres primeras hizo poner simplemente un trono; en el de la cuarta quiso que se pusiera un carro de triunfo, y en el de la sexta una diosa que tenía en una mano una espada y en la otra una rama de olivo con el exergo *Bello et pace*[43]. Hija de Jacobo II, que era ingenuo y feroz, ella era brutal.

Y al mismo tiempo era suave en el fondo, contradicción solo aparente. La ira la metamorfoseaba. Si calentáis el azúcar borboteará.

Ana era popular. A Inglaterra le gustan las mujeres reinantes. ¿Por qué? Francia las excluye. Esa es ya una razón, y tal vez no haya otras. Para los historiadores ingleses Isabel era la grandeza y Ana la bondad. Puede ser, pero nada tienen de delicado esos reinados femeninos. Las líneas son pesadas. Se trata de una grandeza tosca y una bondad tosca En cuanto a su virtud inmaculada, Inglaterra se atiene a ella y nosotros no nos oponemos. Isabel es una virgen atemperada por Essex, y Ana es una esposa complicada con Bolingbroke.

III

Una costumbre idiota que tienen los pueblos consiste en atribuir al Rey lo que hacen ellos. Combaten. ¿Y para quién es la gloria? Para el Rey. Pagan. ¿Y quién es magnífico? El Rey. Y el pueblo lo ama porque es tan rico. El Rey recibe de los pobres un escudo y les devuelve una moneda de cobre. ¡Qué generoso es! El coloso pedestal contempla la carga pigmea. ¡Qué grande es este mirmidón! Está sobre mi espalda. Un enano tiene un medio excelente para hacerse más alto que un gigante: consiste en encaramarse en sus hombros. Pero lo raro es que el gigante le deje hacer eso, y lo necio que admire la grandeza del enano. Tal es la ingenuidad humana.

La estatua ecuestre, reservada únicamente a los reyes, representa muy bien a la realeza: el caballo es el pueblo. Sólo que ese caballo se transfigura lentamente. Al comienzo es un asno y al final un león. Entonces derriba a su jinete, como en 1642 en Inglaterra y en 1789 en Francia, y a veces lo devora, como en 1649 en Inglaterra y en 1793 en Francia.

Que el león se pueda convertir en jumento sorprende, pero suele suceder. Eso se vio en Inglaterra, que se había vuelto a poner la albarda de la idolatría realista. La reina Ana, como acabamos de decir, era popular. ¿Qué hacía ella para eso? Nada, que es lo único que se pide al Rey de Inglaterra. Recibe por ese nada treinta millones anuales. En 1705 Inglaterra, que tenía solamente trece buques de guerra en el reinado de Isabel y treinta y seis en el de Jacobo I, contaba con ciento cincuenta. Los ingleses tenían tres ejércitos, cinco mil hombres en Cataluña, diez mil en Portugal y cincuenta mil en Flandes; además pagaban cuarenta millones anuales a la Europa monárquica y diplomática, especie de ramera a la que el pueblo inglés ha mantenido siempre. Cuando el Parlamento votó un empréstito patriótico de treinta y cuatro millones de rentas vitalicias se apremió al fisco para que lo suscribiera. Inglaterra envió una escuadra a las Indias Orientales y otra escuadra a las costas de España a las órdenes del almirante Leake, sin contar una reserva de cuatrocientos barcos de vela a las órdenes del almirante Showell. Acababa de anexarse a Escocia. Estaba entre Hochstett y Ramillies y una de esas victorias hacía entrever la otra. Inglaterra, en esa redada de Hochstett, había hecho prisioneros a veintisiete batallones y cuatro regimientos de dragones y quitado cien leguas de territorio a Francia, que retrocedía desatinadamente desde el Danubio hasta el Rin. Tendía su mano hacia Cerdeña y las Baleares. Conducía triunfalmente a sus puertos diez buques de línea españoles y muchos galeones cargados de oro. La bahía y el estrecho de Hudson ya habían sido abandonados a medias por Luis XIV y se tenía la sensación de que iba a abandonar también la Acadía, San Cristóbal y Terranova y que se consideraría muy dichoso si Inglaterra toleraba que el rey de Francia pescase el bacalao en el cabo Bretón. Inglaterra iba a imponerle la vergüenza de demoler él mismo las fortificaciones de

Dunkerque. Entretanto se había apoderado de Gibraltar e iba a apoderarse de Barcelona. ¡Cuántas grandes hazañas realizadas!

¿Cómo no se había de admirar a la reina Ana que se tomaba la molestia de vivir durante ese tiempo?

Desde cierto punto de vista, el reinado de Ana parece un reflejo del reinado de Luis XIV. Ana, en cierto momento paralela a ese rey en esa coyuntura llamada historia, tiene con él una vaga semejanza de reflejo. Como él juega al gran reinado, tiene sus monumentos, sus artes, sus victorias, sus capitanes, sus escritores, su tesoro particular para otorgar pensiones a las personas célebres, su galería de obras maestras lateral perteneciente a Su Majestad. Su corte, que también le pertenece, tiene séquito y un aspecto triunfal, un orden y una marcha. Es una reducción en pequeño de todos los grandes hombres de Versalles, ya no muy grandes. La engañifa se da; agréguese el *God save the queen*, que desde entonces fue tomado a Lulli, y el conjunto engaña. Ni un solo personaje falta. Christophe Wren es un Mansart muy pasadero; Somers equivale a Lamoignon. Ana cuenta con un Racine que es Dryden, un Boileau que es Pope, un Colbert que es Godolphin, un Louvois que es Pembroke y un Turena que es Marlborough. Pero hay que agrandar las pelucas y acortar las frentes. El conjunto es solemne y pomposo y Windsor, en ese instante, casi tiene un falso parecido a Marly. Sin embargo, todo es femenino y el Padre Tellier de Ana se llama Sarah Jennings. Por lo demás, un comienzo de ironía, que cincuenta años después será filosofía, se esboza en la literatura, y el Tartufo protestante es desenmascarado por Swift, lo mismo que el Tartufo católico fue denunciado por Moliere. Aunque en esta época Inglaterra disputa y combate con Francia, la imita y se ilustra con ella, y lo que hay en la fachada de Inglaterra es la luz de Francia. Es lástima que el reinado de Ana no durase más que doce años, pues de otro modo los ingleses no se harían rogar mucho para hablar del siglo de Ana como nosotros hablamos del siglo de Luis XIV. Ana aparece en 1702, cuando Luis XIV declina. Es una de las curiosidades de la historia que la salida de este astro pálido coincida con la puesta del astro purpúreo y que en el instante en que Francia tenía el Rey Sol Inglaterra tuviera la Reina Luna.

LA REINE ANNE.

Hay un detalle que se debe anotar. Luis XIV, aunque se estaba en guerra con él, era muy admirado en Inglaterra. «Es el rey que necesita Francia», decían los ingleses.

El amor de los ingleses a su libertad se mezcla con cierta aceptación de la servidumbre ajena. Esta benevolencia para las cadenas que atan al vecino llega a veces al entusiasmo por el déspota de al lado.

En suma, Ana hizo a su pueblo *hureux*, como dice en tres ocasiones y con una insistencia graciosa, en las páginas 6 y 9 de su dedicatoria y en la 3 de su prólogo, el traductor francés del libro de Beeverell.

IV

La reina Ana sentía un poco de rencor por la duquesa Josiana, por dos razones.

En primer lugar, porque la duquesa Josiana le parecía linda.

En segundo lugar, porque le parecía lindo el prometido de la duquesa Josiana.

Dos razones para sentirse celosa le bastan a una mujer; una sola es suficiente para una reina.

Añadamos que la aborrecía porque era su hermana.

A Ana no le gustaba que las mujeres fuesen lindas. Consideraba que eso se oponía a las buenas costumbres.

Ella era fea, y no por haberlo elegido, sin embargo.

Una parte de su religión provenía de esa fealdad.

Josiana, bella y filósofa, importunaba a la Reina.

Para una reina fea una duquesa bella no es una hermana agradable.

Tenía otro motivo de queja: el nacimiento *improper* de Josiana.

Ana era hija de Anne Hyde, simple lady, legítima pero enfadosamente casada con Jacobo II cuando era duque de York. Como tenía esa sangre inferior en las venas, Ana sólo se sentía a medias regia, y Josiana, venida al mundo de una manera completamente irregular, subrayaba la incorrección, menor pero real, del nacimiento de la Reina. La hija del casamiento desigual veía sin placer, no muy lejos de ella, a la hija de la bastardía. Había en ello un parecido desagradable. Josiana tenía derecho a decir a Ana: «Mi madre vale tanto como la vuestra». En la corte no lo decía, pero evidentemente lo pensaba. Eso era molesto para la majestad real. ¿Por qué existía esa Josiana? ¿Cómo se le había ocurrido nacer? ¿Qué falta hacía una Josiana? Ciertos parentescos rebajan.

Sin embargo, Ana ponía buena cara a Josiana.

Tal vez la habría amado si no hubiese sido su hermana.

6
Barkilphedro

Es útil conocer lo que hacen las personas y alguna vigilancia es prudente.

Josiana hacía vigilar un poco a lord David por medio de un hombre que gozaba de su confianza y se llamaba Barkilphedro.

Y lord David hacía observar discretamente a Josiana por un hombre del que estaba seguro y que se llamaba Barkilphedro.

La Reina Ana, por su parte, se hacía secretamente tener al corriente de los actos y los gestos de la duquesa Josiana, su hermana bastarda, y de lord David, su futuro cuñado morganático, por un hombre con el que contaba plenamente y se llamaba Barkilphedro.

Ese Barkilphedro tenía bajo la mano este teclado: Josiana, lord David y la Reina. Un hombre entre dos mujeres. ¡Cuántas modulaciones posibles! ¡Qué amalgama de almas!

Barkilphedro no había gozado siempre de esa situación magnífica que le permitía hablar en voz baja a tres oídos.

Era un ex sirviente del duque de York. Había tratado de ser eclesiástico y fracasado. El duque de York, príncipe inglés y romano, compuesto de papismo regio y de anglicanismo legal, tenía su casa católica y su casa protestante y habría podido hacer entrar a Barkilphedro en la una o la otra jerarquía, pero no lo juzgaba lo bastante católico para hacerlo limosnero ni lo bastante protestante para hacerlo capellán. De modo que Barkilphedro se encontró varado entre dos religiones.

No es una mala situación para ciertas almas reptiles. Ciertos caminos sólo se pueden recorrer boca abajo.

Una servidumbre oscura, pero nutritiva, fue durante largo tiempo toda la existencia de Barkilphedro. La servidumbre es algo, pero él deseaba además el poder. Tal vez iba a conseguirlo cuando cayó Jacobo II. Había que comenzar de nuevo. Nada pudo hacer bajo Guillermo III, fastidioso y que en su manera de reinar mostraba una gazmoñería que él creía probidad. Barkilphedro, cuando fue destronado su protector Jacobo, no quedó inmediatamente en la indigencia. Algo que sobrevive a los príncipes caídos alimenta y sostiene durante un tiempo a sus parásitos. El resto de la savia consumible hace vivir durante dos o tres días en las puntas de las ramas a las hojas del árbol desarraigado; luego, de pronto, la hoja amarillea y se seca. Lo mismo le sucede al cortesano.

Gracias a ese embalsamamiento llamado legitimidad, el príncipe, aunque caído y arrojado a lo lejos, persiste y se conserva; no sucede lo mismo al cortesano, mucho más muerto que el Rey. El Rey allí es una momia; el cortesano aquí es un fantasma.

Ser la sombra de una sombra es adquirir una delgadez extrema. En consecuencia, Barkilphedro se puso famélico. Entonces adoptó la calidad de literato.

Pero lo rechazaban hasta de las cocinas. A veces no sabía dónde acostarse. «¿Quién me sacará de esta situación?», se decía. Y luchaba. Poseía todo lo que tiene de interesante la paciencia en la desgracia. Tenía, además, la habilidad del comején de saber hacer un agujero de abajo arriba. Con la ayuda del nombre de Jacobo II, los recuerdos, la fidelidad y el enternecimiento, etcétera, se abrió camino hasta la duquesa Josiana.

Josiana se interesó por aquel hombre miserable e ingenioso, dos cosas que conmueven. Lo presentó a lord David Dirry-Moir, le dio albergue en sus dependencias, lo consideró perteneciente a su casa, fue buena con él y a veces incluso le hablaba. Barkilphedro ya no tuvo hambre ni frío. Josiana le tuteaba. Era la moda de

las grandes damas tutear a los literatos que no se oponían. La marquesa de Mailly recibió acostada a Roy, a quien nunca había visto, y le preguntó: «¿Eres tú el autor del Año Galante? Buenos días». Más tarde los literatos devolvían el tuteo. Llegó un día en que Fabre d'Englantine dijo a la duquesa de Rohan:

—¿No eres tú la Chabot?

Para Barkilphedro ser tuteado era un triunfo. Estaba encantado por ello. Deseaba esa familiaridad de arriba abajo.

«Lady Josiana me tutea», se decía, y se frotaba las manos.

Aprovechó ese tuteo para ganar terreno. Se hizo una especie de visitante habitual de los pequeños departamentos de Josiana, nada molesto e inadvertido; la duquesa casi se habría cambiado de camisa en su presencia. Sin embargo, todo eso era precario. Barkilphedro aspiraba a una situación. Una duquesa estaba a mitad de camino. Una galería subterránea que no llevaba hasta la Reina era una obra malograda.

Un día le dijo a Josiana:

—¿Vuestra Gracia desearía hacerme dichoso?

—¿Qué quieres? —preguntó Josiana.

—Un empleo.

—¡Un empleo! ¡Para ti!

—Sí, señora.

—¿Cómo se te ocurre pedir un empleo? No sirves para nada.

—Por eso precisamente.

Josiana se echó a reír.

—De las funciones para las que no eres apto, ¿cuál es la que deseas?

—La de destapador de botellas del océano.

La risa de Josiana creció.

—¿Qué es eso? Te burlas.

—No, señora.

—Voy a divertirme respondiéndote en serio. ¿Qué es lo que quieres ser? Repítelo.

—Destapador de botellas del océano.

—Todo es posible en la corte. ¿Acaso hay un empleo como ese?

—Sí, señora.

—Me enseñas cosas nuevas. Continúa.

—Es un empleo que existe.

—Júramelo por el alma que no tienes.

—Lo juro.

—No te creo.

—Gracias, señora.

—¿Entonces, desearías…? Repite.

—Abrir las botellas del mar.

—Es una función que no debe causar mucha fatiga. Es como peinar el caballo de bronce.

—Más o menos.

—No hacer nada. Es, en efecto, el puesto que te conviene. Sirves para eso.

—Ya veis que sirvo para algo.

—¡Oh, te chanceas! ¿Existe ese puesto?

Barkilphedro adoptó la actitud de la seriedad deferente.

—Señora, tenéis un padre augusto, Jacobo II, rey, y un cuñado ilustre, Jorge de Dinamarca, duque de Cumberland. Vuestro padre fue y vuestro cuñado es lord-almirante de Inglaterra.

—¿Son esas las novedades de que me vas a informar? Sé eso tan bien como tú.

—Pero he aquí algo que vuestra gracia no sabe. Hay en el mar tres clases de cosas: las que están en el fondo del agua, *lagon*; las que flotan en el agua, *flotson*; y las que el agua arroja a tierra, *jetson*.

—¿Qué más?

—Estas tres cosas, *lagon*, *flotson* y *jetson*, pertenecen al lord gran almirante.

—¿Qué más?

—¿Vuestra gracia comprende?

—No.

—Todo lo que hay en el mar, lo que se traga, lo que sobrenada y lo que arroja, pertenece al almirante de Inglaterra.

—Todo. Está bien. ¿Y qué?

—Excepto el esturión, que pertenece al Rey.

—Yo creía que todo eso pertenecía a Neptuno.

—Neptuno es un imbécil. Ha abandonado todo, ha dejado que se apoderen de todo los ingleses.

—Concluye.

—Las presas de mar; ese es el nombre que se da a esos hallazgos.

—Está bien.

—Son inagotables. Siempre hay algo que flota, algo que llega a la orilla. Es la contribución del mar. El mar paga un impuesto a Inglaterra.

—Me parece bien. Pero concluye.

—Vuestra Gracia comprende que de esa manera el océano crea una oficina.

—¿Dónde?

—En el Almirantazgo.

—¿Qué oficina?

—La oficina de las presas de mar.

—¿Y bien?

—La oficina se subdivide en tres departamentos: Lagon, Flotson y Jetson, y en cada departamento hay un funcionario.

—¿Qué más?

—Un navío en plena mar quiere comunicar algo a tierra, que navega en tal latitud, que ha encontrado un monstruo marino, que está a la vista de una costa, que se halla en dificultades, que va a naufragar, que se ha perdido, etcétera. El patrón toma una botella, mete en ella un pedazo de papel en el que escribe lo que sucede, cierra el gollete y arroja la botella al agua. Si la botella va al fondo, eso corresponde al funcionario Lagon; si flota, corresponde al funcionario Flotson; si las olas la llevan a tierra, corresponde al funcionario Jetson.

—¿Y tú desearías ser el funcionario Jetson?

—Precisamente.

—¿Y a eso es a lo que llamas ser destapador de las botellas del océano?

—Puesto que el cargo existe.

—¿Y por qué deseas el último más bien que los otros dos?

—Porque está vacante en este momento.

—¿En qué consiste el empleo?

—Señora, en 1598 una botella embreada que encontró un pescador de congrios en el varadero de Epidium Promontorium fue llevada a la reina Isabel, y un pergamino que sacaron de esa botella hizo saber a Inglaterra que Holanda se había apoderado sin decir nada de un país desconocido, la Nueva Zembla, *Nova Zemla*; que esa toma de posesión se había realizado en junio de 1596, que en ese país se era devorado por los osos, y que la manera de pasar allí el invierno estaba indicada en una caja de mosquete colgada en la chimenea de la casa de madera construida en la isla y dejada por los holandeses, todos los cuales habían muerto, y que esa chimenea estaba hecha con un tonel desfondado encajado en el techo.

—Apenas entiendo tu jerigonza.

—Pero Isabel comprendió. Un país más para Holanda era un país menos para Inglaterra. La botella que había dado el aviso fue considerada importante. Y desde ese día se ordenó que quien encontrara una botella cerrada en la orilla del mar la llevara al almirante de Inglaterra bajo pena de horca. El almirante designa para que abra esas botellas a un funcionario, el cual informa del contenido a Su Majestad si hay lugar a ello.

—¿Llegan con frecuencia esas botellas al Almirantazgo?

—Raras veces. Pero es lo mismo, el puesto existe. Para desempeñar esa función hay sala y habitación en el Almirantazgo.

—¿Y qué se paga por esa manera de no hacer nada?

—Cien guineas anuales.

—¿Me molestas por eso?

—Es suficiente para vivir.

—Miserablemente.

—Como corresponde a los de mi clase.

—Cien guineas no son nada.

—Lo que os hace vivir un minuto nos hace vivir un año a nosotros. Es la ventaja que tienen los pobres.

—Tendrás el puesto.

Ocho días después, gracias a la buena voluntad de Josiana, gracias a la influencia de lord David Dirry-Moir, Barkilphedro, salvado en adelante, liberado de lo provisional, poniendo ahora los pies en un terreno sólido, alojado, pagado, con cien guineas de renta, se había instalado en el Almirantazgo.

7
Barkilphedro se abre camino

Hay ante todo algo obligado: ser ingrato.

Barkilphedro no dejó de serlo.

Habiendo recibido tantos beneficios de Josiana, era natural que sólo pensase en una cosa: en vengarse.

Añadamos que Josiana era bella, grande, joven, rica, poderosa e ilustre y que Barkilphedro era feo, pequeño, viejo, pobre, protegido y oscuro. Era necesario que se vengase de eso.

Cuando se está hecho de oscuridad, ¿cómo se pueden perdonar tantos rayos?

Barkilphedro era un irlandés que había renegado de Irlanda, mala especie.

Sólo tenía una cosa en su favor: una panza muy grande.

Una gran panza pasa por ser una señal de bondad. Pero esa panza aumentaba la hipocresía de Barkilphedro, pues aquel hombre era muy malo.

¿Qué edad tenía? Ninguna, la necesaria para su plan del momento. Era viejo por las arrugas y el cabello gris, y joven por su agilidad mental. Era ligero y pesado, una especie de hipopótamo-mono. Realista, por supuesto; republicano, acaso; católico, tal vez; protestante, sin duda. Partidario de Estuardo, probablemente; y de Brunswick, evidentemente. Estar en favor no es una fuerza sino con la condición de estar al mismo tiempo en contra. Barkilphedro practicaba esa sabiduría.

El cargo de «destapador de botellas del océano» no era tan ridículo como había parecido insinuar Barkilphedro. Las reclamaciones, que ahora se llamarían declamaciones, de Garcie-Ferrandez en su *Derrotero del mar* contra el despojo de las varaduras, llamado *derecho de pecio*, y contra el saqueo de los restos de barcos náufragos por los habitantes de las costas, habían causado sensación en Inglaterra y conseguido para los náufragos el progreso de que sus bienes, efectos y propiedades, en vez de ser robados por los campesinos, fueran confiscados por el lord almirante.

Todos los restos del mar arrojados a la costa inglesa, mercaderías, cascos de navíos, fardos, cajas, etcétera, pertenecían al lord almirante; pero, y en eso se revelaba la importancia del puesto solicitado por Barkilphedro, los recipientes flotantes que contenían mensajes e informaciones despertaban particularmente la atención del Almirantazgo. Los naufragios constituyen una de las graves preocupaciones de Inglaterra.

Como la navegación es su vida, el naufragio es su inquietud. Inglaterra padece la inquietud perpetua del mar. La ampolleta de vidrio que arroja a las olas un barco en dificultades contiene una información suprema, preciosa desde todos los puntos de vista. Información sobre el barco, información sobre la tripulación, información sobre el lugar, la época y el modo del naufragio; información sobre los vientos que han

destrozado al barco, información sobre las corrientes que han llevado la botella flotando a la costa. La función que desempeñaba Barkilphedro fue suprimida hace más de un siglo, pero era verdaderamente útil. El último titular fue William Hussey, de Doddington en Lincoln. El hombre que tenía ese puesto era una especie de chismoso de las cosas del mar. Todos los recipientes cerrados y sellados, botellas, ampollas, botijos, etcétera, arrojados al litoral inglés por la marea, le eran enviados; él sólo tenía derecho a abrirlos; era el primero en conocer el secreto de su contenido; los clasificaba y los rotulaba en su archivo; la expresión *loger un papier au greffe*, empleada todavía en las islas de la Mancha, tiene ese origen. La verdad es que se había tomado una precaución. Ninguno de esos recipientes podía ser abierto y vaciado sino en presencia de dos jurados del Almirantazgo comprometidos a guardar secreto, los que firmaban, juntamente con el titular del departamento Jetson, el acta de la apertura. Pero como esos jurados debían guardar silencio, el resultado era para Barkilphedro cierto margen discrecional; de él dependía, hasta cierto punto, suprimir un hecho o darlo a conocer.

Esos frágiles restos de naufragios estaban lejos de ser, como Barkilphedro había dicho a Josiana, raros e insignificantes. Ora llegaban a tierra rápidamente, ora al cabo de años, lo que dependía de los vientos y las corrientes. Esa moda de las botellas arrojadas al agua ha pasado un poco, como la de los ex-votos, pero en esa época religiosa los que iban a morir enviaban de buena gana de esa manera su último pensamiento a Dios y a los hombres; y a veces esas misivas del mar abundaban en el Almirantazgo. Un pergamino que se conserva en el castillo de Audlyene (vieja ortografía) y que está anotado por el conde de Suffolk, gran tesorero de Inglaterra en el reinado de Jacobo I, hace constar que solamente en el año 1615 cincuenta y dos calabazas, ampollas y otros recipientes embreados que contenían menciones de barcos en peligro de naufragio fueron llevados y registrados en el archivo de lord almirante.

Los cargos en la Corte son como la gota de aceite que se ensancha constantemente. Así el portero se convierte en canciller y el palafrenero en condestable. El funcionario especial encargado del puesto que deseaba y obtuvo Barkilphedro era habitualmente un hombre de confianza. Isabel lo había querido así. En la Corte quien dice confianza dice intriga, y quien dice intriga dice progreso. Ese funcionario había terminado siendo un poco personaje. Era escribiente y en cuanto a la categoría figuraba inmediatamente después de los dos *grooms* de la capellanía. Tenía entrada en palacio, aunque, digámoslo, «la entrada humilde», *humilis introitus*, y hasta en el dormitorio. Pues la costumbre era que informase a la persona regia, cuando la ocasión valía la pena, de sus hallazgos, con frecuencia muy curiosos; testamentos de desesperados, adioses a la patria, revelaciones de baraterías y de delitos en el mar, legados a la Corona, etc.; que mantuviese a su oficina en comunicación con la Corte, y que de cuando en cuando diese cuenta a Su Majestad de esa apertura de botellas siniestras. Era el cuarto oscuro del océano.

Isabel, a quien gustaba hablar en latín, preguntaba a Tamfeld de Coley en Berkshire cuando le llevaba algunos de esos papelotes salidos del mar: «*Quid mihi scribit Neptunus*? (¿Qué me escribe Neptuno?)».

La abertura estaba hecha. La termita había logrado su propósito. Barkilphedro se acercaba a la Reina.

Eso era todo lo que él quería.

¿Para hacer su fortuna?

No.

Para deshacer la de los otros.

Es una dicha mayor.

Hacer daño es gozar.

Poseer el deseo de hacer daño, vago pero implacable, y no perderlo jamás de vista es algo que no les es dado a todos. Barkilphedro tenía esa idea fija.

La adherencia de hocico que posee el buldog la tenía su pensamiento.

Sentirse inexorable le daba un fondo de satisfacción sombría. Si tenía una presa en los dientes, o en el alma la certidumbre de hacer daño, nada le faltaba.

La esperanza del frío ajeno le hacía tiritar de satisfacción.

Ser malvado es una opulencia. Tal hombre al que se cree pobre y que lo es en efecto posee toda su riqueza en malicia, y la prefiere así. Todo consiste en la satisfacción que se siente. Hacer una mala pasada, que es lo mismo que una buena pasada, vale más que el dinero; es mala para quien la soporta y buena para quien la hace. Katesby, el colaborador de Guy Fawkes en el complot papista de la pólvora, dijo: «¡Ver saltar al Parlamento por el aire! No renunciaría a eso por un millón de libras esterlinas».

¿Qué era Barkilphedro? Lo más pequeño y lo más terrible que existe: un envidioso.

La envidia es algo que se encuentra siempre en la Corte.

La Corte abunda en impertinentes, en desocupados, en ricos holgazanes hambrientos de chismografías, en buscadores de una aguja en un pajar, en intrigantes, en burlones burlados, en necios ingeniosos que necesitan la conversación de un envidioso.

¡Qué refrescante es el mal que os dicen de los otros!

La envidia es una buena materia prima para hacer un espía.

Hay una profunda analogía entre esa pasión natural, la envidia, y esa función social, el espionaje. El espía caza por cuenta ajena, como el perro; el envidioso caza por su propia cuenta, como el gato.

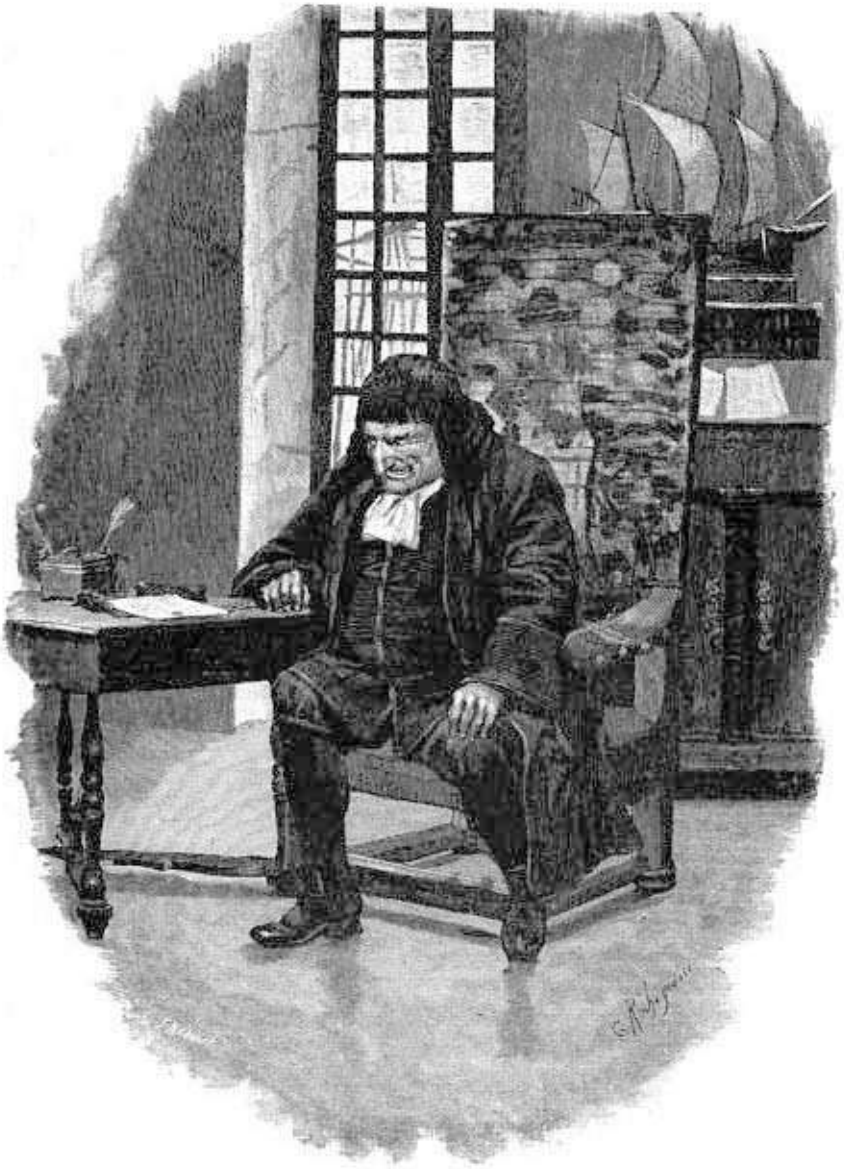
Un yo feroz: eso es el envidioso.

Barkilphedro poseía otras cualidades: era discreto, secreto, concreto. Conservaba todo y se vaciaba de su odio. Una enorme vileza implica una enorme vanidad. Era querido por aquellos a quienes divertía y odiado por los otros, pero se sentía desdeñado por los que le odiaban y despreciado por los que le querían. Se contenía.

Todas sus contrariedades hervían sin ruido en su resignación hostil. Se indignaba, como si los bribones tuvieran ese derecho. Era presa de furores silenciosamente. En tragar todo consistía su talento. Experimentaba sordas iras interiores, frenesíes de rabia subterránea, llamaradas empolladas y negras de las que no se daba cuenta; era un irascible fumívoro. La superficie sonreía. Era servicial, diligente, fácil, amable, complaciente. Saludaba a cualquiera en cualquier parte. Ante un soplo de viento se inclinaba hasta el suelo. ¡Qué fuente de fortuna es tener como columna vertebral un junco!

Estos seres reservados y venenosos no son tan raros como se cree. Vivimos rodeados de deslizamientos siniestros. ¿Por qué existen los malhechores? Es una pregunta punzante. El soñador se la hace sin cesar y el pensador nunca la resuelve. A eso se debe la mirada triste de los filósofos, siempre fija en esa montaña de tinieblas que es el destino y de lo alto de la cual el espectro colosal del mal deja caer puñados de serpientes a la tierra.

Barkilphedro tenía el cuerpo obeso y el rostro delgado, las uñas estriadas y cortas, los dedos nudosos, los pies planos, el cabello grueso, mucha distancia entre una sien y la otra, y una frente de asesino, ancha y baja. Ocultaba la vileza de su mirada bajo un matorral de cejas. La nariz, larga, puntiaguda, gibosa y blanda, casi se pegaba a la boca. Barkilphedro, convenientemente vestido de emperador, se habría parecido un poco a Domiciano. Su rostro, de un color amarillo rancio, parecía modelado con una pasta viscosa; sus mejillas inmóviles parecían de cemento; tenía toda clase de feas arrugas refractarias; el ángulo de la mandíbula era tosco, el mentón pesado, las orejas ruines. Cuando descansaba y visto de perfil, su labio superior levantado en ángulo agudo dejaba ver dos dientes. Esos dientes parecían miraros. Los dientes miran lo mismo que el ojo muerde.



BARKILPHEDRO

Paciencia, templanza, continencia, reserva, moderación, amenidad, deferencia, suavidad, cortesía, sobriedad, castidad, completaban a Barkilphedro. Calumniaba a sus virtudes poseyéndolas.

En poco tiempo Barkilphedro estuvo firmemente asentado en la Corte.

8
Inferi[44]

En la Corte se puede hacer pie de dos maneras: en las nubes, donde se es augusto, o en el fango, donde se es poderoso.

En el primer caso se pertenece al Olimpo. En el segundo se pertenece al guardarropa.

El que pertenece al Olimpo sólo dispone del rayo; el que pertenece al guardarropa dispone de la policía.

El guardarropa contiene todos los instrumentos del reino, y a veces, pues es traidor, el castigo. Heliogábalo fue a morir en él. Entonces se lo llama letrina.

Comúnmente es menos trágico. Allí es donde Alberoni admira a Vendôme. El guardarropa es elegido de buena gana como lugar de audiencia de las personas reales. Hace las veces de trono. Luis XIV recibe allí a la duquesa de Borgoña; Felipe V se codea allí con la Reina. El sacerdote entra en él, y es a veces una sucursal del confesionario.

Por eso en la Corte los inferiores suelen hacer fortuna. Y las suyas no son las fortunas menores.

Si en el reinado de Luis XI queréis ser grandes, sed Pierre de Rohan, mariscal de Francia; si queréis ser influyentes, sed Olivier el Gamo, peluquero. Si en el reinado de María de Médicis queréis ser gloriosos, sed Sillery, canciller; si queréis ser

importantes, sed la Hannon, camarera. Si en el reinado de Luis XV queréis ser ilustres, sed Choiseul, ministro; si queréis ser temibles, sed Lebel, sirviente. Con Luis XIV, Bontemps, que le hace la cama, es más poderoso que Louvois, que le hace sus ejércitos, y que Turena, que le hace sus victorias. Quitad el Padre Joseph a Richelieu y Richelieu queda casi vacío. Le falta el misterio. La Eminencia Roja es soberbia, la Eminencia Gris es terrible. ¡Qué fuerza tiene un gusano! Todos los Narváez amalgamados con todos los O'Donnel hacen menos que una sor Patrocinio.

La condición de este poder es la pequeñez. Si queréis ser fuertes sed enclenques. Sed la nada. La serpiente en reposo, acostada en redondo, simboliza a la vez el infinito y el cero.

Una de esas fortunas viperinas le había tocado en suerte a Barkilphedro.

Se había deslizado en donde deseaba.

Los animales rastreros entran en todas partes. Luis XIV tenía chinches en su cama y jesuitas en su política.

No había incompatibilidad.

En este mundo todo es péndulo. Gravitar es oscilar. Un polo necesita al otro. Francisco I necesita a Triboulet; Luis XV necesita a Lebel. Existe una afinidad profunda entre la extrema altivez y la extrema humildad.

Es la humildad la que dirige. Nada más fácil de comprender. El que está debajo tiene los hilos.

No puede haber posición más cómoda.

Se es el ojo y se tiene el oído.

Se es el ojo del gobierno y se tiene el oído del Rey.

Tener el oído del Rey es abrir y cerrar a capricho el cerrojo de la conciencia regia y meter en esa conciencia lo que se desee. La mente del Rey es vuestro armario. Si sois trapero es vuestro cuévano. El oído de los reyes no les pertenece; eso es lo que hace que en resumidas cuentas esos pobres diablos sean poco responsables. Quien no posee su pensamiento no posee su acción. Un rey obedece. ¿A quién?

A una mal alma cualquiera que desde afuera le zumba en el oído, a la mosca sombría del abismo.

Ese zumbido ordena. Un reinado es un dictado.

La voz alta es el Soberano; la voz baja es la Soberanía.

Los que en un reinado saben distinguir esa voz baja y entender lo que sopla a la voz alta son los verdaderos historiadores.

9
Odiar es tan fuerte como amar

La reina Ana tenía a su alrededor muchas de esas voces bajas. Barkilphedro era una de ellas.

Además de con la Reina, trabajaba, influía e intrigaba secretamente con lady Josiana y lord David. Como hemos dicho, hablaba en voz baja a tres oídos. A un oído más que Dangeau. Dangeau sólo hablaba en voz baja a dos, en la época en que, introduciendo la cabeza entre Luis XIV, enamorado de Henriette su cuñada, y Henriette, enamorada de Luis XIV, su cuñado, actuando como secretario de Luis sin que lo supiera Henriette y de Henriette sin que lo supiera Luis, situado en el centro mismo del amor de los dos títeres, hacía las preguntas y las respuestas.

Barkilphedro era tan gracioso, tan aceptante, tan incapaz de defender a quienquiera que fuera, tan poco leal en realidad, tan feo, tan malvado, que era muy sencillo que una persona regia llegase a no poder prescindir de él. Una vez que la Reina probó a Barkilphedro ya no quiso otro adulón. Él la adulaba como se adulaba a Luis el Grande: para picar a otros. Si el Rey es ignorante, dice madame de Montchevreuil, se tiene la obligación de befar a los sabios.

Envenenar de vez en cuando la picadura es el colmo del arte. A Nerón le gustaba ver trabajar a Locusta.

Los palacios reales son muy penetrables; esas madréporas tienen una vialidad interior que no tarda en adivinar, frecuentar, excavar y si es necesario vaciar ese roedor llamado cortesano. Basta un pretexto para introducirse. Como Barkilphedro tenía ese pretexto, su puesto, llegó a ser en poco tiempo para la Reina lo que era para la duquesa Josiana: el animal doméstico indispensable. Una palabra que aventuró un día lo puso inmediatamente al corriente de la manera de ser de la Reina; supo a qué atenerse respecto a la bondad de Su Majestad. La Reina quería mucho a su lord mayordomo William Cavendish, duque de Devonshire, que era muy imbécil. Ese lord, que tenía todos los grados de Oxford y no conocía la ortografía, cometió una buena mañana la tontería de morir. Morir es una gran imprudencia en la Corte, pues en adelante nadie se molesta en hablar de uno. La Reina, estando presente Barkilphedro, se lamentó y terminó exclamando tras un suspiro:

—¡Es una lástima que tantas virtudes fuesen llevadas y servidas por una inteligencia tan mediocre!

—¡Dios quiera acoger su alma! —murmuró Barkilphedro a media voz y en francés.

La Reina sonrió y Barkilphedro registró esa sonrisa.

Sacó esta conclusión: morder agrada.

Habían autorizado su malicia.

Desde ese día introdujo su curiosidad en todas partes, y también su malignidad. Le dejaban hacer, tanto lo temían. El que hace reír al Rey hace temblar a los demás.

Era un bribón poderoso.

Cada día daba dos pasos adelante, bajo tierra. Necesitaban a Barkilphedro. Muchos grandes lo honraban con su confianza hasta el punto de encargarle cuando se presentaba la ocasión alguna comisión vergonzosa.

La Corte es un engranaje y Barkilphedro se convirtió en su motor. ¿Habéis observado en ciertos mecanismos la pequeñez de la rueda motriz?

En particular Josiana, quien utilizaba, como hemos indicado, el talento de espía de Barkilphedro, tenía en él tal confianza que no había vacilado en entregarle una de las llaves secretas de su departamento, por medio de la cual podía entrar en su casa a cualquier hora. Esa entrega excesiva de la vida íntima estaba de moda en el siglo XVII. Se la llamaba: dar la llave. Josiana había dado dos de esas llaves de confianza: lord David tenía una y Barkilphedro la otra.

Por lo demás, entrar de rondón en los dormitorios era en las viejas costumbres algo nada sorprendente. Eso daba origen a incidentes. La Ferté, al descorrer bruscamente las cortinas del lecho de mademoiselle Lafont, encontró en él a Sainson, mosquetero negro, etc., etcétera.

Barkilphedro sobresalía en hacer esos descubrimientos solapados que subordinan y someten los grandes a los pequeños. Su manera de caminar en la sombra era tortuosa, suave y hábil. Como todo espía perfecto, poseía la inclemencia del verdugo y la paciencia del micrógrafo. Era cortesano nato. Todo cortesano es noctámbulo. El cortesano vagabundea en esa noche llamada omnipotencia. Lleva una linterna sorda en la mano. Ilumina el punto que desea y él sigue en las tinieblas. Lo que busca con esa linterna no es un hombre, sino un animal. Y lo que encuentra es el Rey.

A los reyes no les agrada que se pretenda ser grande a su alrededor. La ironía para con los demás les encanta. El talento de Barkilphedro consistía en achicar constantemente a los lores y los príncipes en provecho de Su Majestad, que se agrandaba otro tanto.

La llave íntima que poseía Barkilphedro tenía dos juegos, uno en cada extremo, y así podía abrir los pequeños departamentos de las dos residencias favoritas de Josiana, Hunkerville-house en Londres y Corleone-lodge en Windsor. Esos dos palacios formaban parte de la herencia de Clancharlie. Hunkerville-house lindaba con Oldgate. Oldgate era en Londres una puerta por la que se entraba viniendo de Harwick y en la que se veía una estatua de Carlos II con un ángel pintado sobre la cabeza y bajo los pies un león y un unicornio esculpidos. Desde Hunkerville-house, cuando soplaba el viento del este, se oía el carillón de Sainte-Marylebone. Corleone-lodge era un palacio florentino de piedra y ladrillo con columnatas de mármol, construido sobre estacas en Windsor, en el extremo del puente de madera, y tenía uno de los patios más magníficos de Inglaterra.

En este último palacio, contiguo al castillo de Windsor, Josiana se hallaba al alcance de la Reina, a pesar de lo cual le gustaba.

Casi nada exteriormente, todo en las raíces: tal era la influencia de Barkilphedro en la Reina. Nada es más difícil de arrancar que esas malas hierbas cortesanas; se hunden muy profundamente y no ofrecen asidero exterior alguno. Escardar a Roquelaure, Triboulet o Brummel es casi imposible.

De día en día y cada vez más la reina Ana depositaba su confianza en Barkilphedro.

Sarah Jennings es célebre y Barkilphedro es desconocido; su privanza permaneció en la oscuridad; su nombre no ha llegado a la historia. El topero no apresa a todos los topos.

Barkilphedro, ex candidato a clérigo, había estudiado todo un poco; pero el resultado del estudio somero de todo es nada. Se puede ser víctima del *omnis res scibilis*[45]. Tener bajo el cráneo el tonel de las Danaides es la desgracia de toda una raza de sabios a los que se puede llamar los estériles. Lo que Barkilphedro había metido en su cerebro lo había dejado vacío.

El espíritu, como la naturaleza, tiene horror al vacío. En el vacío la naturaleza pone el amor; el espíritu pone con frecuencia el odio. El odio lo llena.

El odio por el odio existe. El arte por el arte se da en la naturaleza más de lo que se cree.

Se odia y es necesario hacer algo.

El odio gratuito es una expresión formidable. Se refiere al odio que se paga a sí mismo.

El oso vive de lamerse la garra, pero no indefinidamente. Hay que abastecer a esa garra, hay que ponerle algo debajo.

Odiar indistintamente es grato y suficiente durante algún tiempo, pero hay que terminar teniendo un objeto. Una animosidad difusa contra la creación agota, como todo goce solitario. El odio sin objeto se parece al tiro sin blanco. Lo que interesa en el juego es el corazón que hay que atravesar.

No se puede odiar únicamente por el honor. Es necesario un condimento, un hombre, una mujer, alguien a quien destruir.

Ese servicio de hacer interesante el juego, de ofrecer un blanco, de exaltar el odio fijándolo, de divertir al cazador con la vista de la presa viva, de hacer esperar al acechador el borboteo tibio y humeante de la sangre que va a correr, de alegrar el ánimo del pajarero con la credulidad inútilmente alada de la alondra, de ser un animal incubado sin saberlo para el homicidio por un espíritu, ese servicio exquisito y horrible del que no tiene conciencia quien lo hace se lo hacía Josiana a Barkilphedro.

El pensamiento es un proyectil. Barkilphedro, desde el primer día, apuntaba a Josiana con las malas intenciones que tenía en la mente. Una intención y una escopeta se parecen. Barkilphedro se mantenía en acecho y dirigía contra la duquesa toda su maldad secreta. ¿Eso os sorprende? ¿Qué os ha hecho el pájaro contra el que disparáis la escopeta? Es para comerlo, decís. También Barkilphedro lo hacía por eso.

Josiana no podía ser herida en el corazón, pues el lugar donde hay un enigma es difícilmente vulnerable, pero podía serlo en la cabeza, es decir en el orgullo.

Por ese lado se creía fuerte y era débil, y Barkilphedro se había dado cuenta de ello.

Si Josiana hubiera podido ver claramente en la oscuridad de Barkilphedro, si hubiera podido percibir lo que estaba emboscado detrás de su sonrisa, aquella persona orgullosa tan altamente situada habría temblado probablemente. Por suerte para la tranquilidad de sus sueños ignoraba por completo lo que había en aquel hombre.

Lo inesperado surge de no se sabe dónde. Los profundos fondos de la vida son temibles. No hay odio pequeño. El odio es siempre enorme. Conserva su estatura en el ser más pequeño y sigue siendo monstruoso. Un odio es todo el odio. Un elefante al que odia una hormiga está en peligro.

Inclusive antes de haber golpeado Barkilphedro sentía con alegría un comienzo de sabor en la mala acción que se proponía cometer. Todavía no sabía qué iba a hacer contra Josiana, pero estaba decidido a hacer algo. Esa resolución era ya mucho.

Aniquilar a Josiana habría sido un triunfo excesivo. No lo esperaba. Pero humillarla, disminuirla, desolarla, enrojecer con lágrimas de ira aquellos ojos

soberbios sería un buen éxito, y contaba con ello. Tenaz, aplicado, fiel al tormento ajeno, inarrancable, la naturaleza no lo había hecho así para nada. Se proponía encontrar la falla en la armadura de oro de Josiana y hacer correr la sangre de aquella olímpica. ¿Qué beneficio, insistimos, le podía proporcionar eso? Un beneficio enorme: hacer el mal a quien nos ha hecho el bien.

¿Qué es un envidioso? Un ingrato. Detesta la luz que lo ilumina y calienta. Zoilo odia a su benefactor Homero.

Hacer sufrir a Josiana lo que ahora se llamaría una vivisección, tenerla, toda convulsiva, en su mesa de anatomía; disecarla en vida, con tiempo y comodidad, en una sala de cirugía cualquiera; despedazarla como aficionado mientras ella gritaba, era un sueño que encantaba a Barkilphedro.

Si para llegar a ese resultado hubiera habido que sufrir un poco le habría parecido bien. Uno se puede pinchar con su tenaza y cortarse los dedos con la navaja que se cierra, ¿pero qué importa? Ser alcanzado un poco por la tortura de Josiana le habría sido indiferente. El verdugo que maneja el hierro enrojecido se quema también un poco, pero no lo tiene en cuenta. Porque el otro sufre más no se siente nada. Ver retorcerse al ajusticiado quita el dolor propio.

Haz daño, suceda lo que suceda.

La construcción del mal ajeno se complica con la aceptación de una responsabilidad vaga. Se arriesga uno mismo en el peligro que se hace correr a otro, hasta tal punto el encadenamiento de todo puede provocar derrumbamientos inesperados. Pero eso no detiene al verdadero malvado. Le regocija la angustia del paciente. Siente el cosquilleo de ese desgarramiento; el hombre malvado sólo dilata su ánimo espantosamente. El suplicio se refleja en él en la forma de bienestar. El duque de Alba se calentaba las manos en las hogueras. Lo que es dolor en el fogón es placer en el reflejo. Que tales transposiciones sean posibles hace estremecerse. Nuestro lado de las tinieblas es inescrutable. *Suplicio exquisito*, dice Bodin[46], lo que tiene tal vez un triple sentido terrible: busca del tormento, sufrimiento del atormentado y deleite del atormentador.

Ambición, apetito, todas estas palabras significan alguien sacrificado a alguien satisfecho. Es triste que la esperanza pueda ser perversa. Malquerer a una criatura es desearle el mal. ¿Por qué no el bien? ¿Es que la vertiente principal de nuestra voluntad se inclina hacia el mal? Una de las tareas más rudas del justo consiste en

extraerse continuamente del alma una malevolencia difícilmente agotable. Casi todos nuestros deseos, si se los examina, contienen algo inconfesable. Para el malvado completo existe esa perfección horrible. Tanto peor para los otros significa tanto mejor para mí. Sombra del hombre: cavernas.

Josiana poseía la plenitud de seguridad que da el orgullo ignorante, hecho de desprecio de todo. La facultad femenina del desdén es extraordinaria. El de Josiana era un desdén inconsciente, involuntario y confiado. Barkilphedro era para ella casi una cosa. Se habría sorprendido si le hubieran dicho que Barkilphedro existía.

Iba, venía y reía ante aquel hombre que la contemplaba oblicuamente.

El, pensativo, espiaba una ocasión.

A medida que esperaba aumentaba su determinación de arrojar en la vida de aquella mujer alguna desesperación.

El acecho era inexorable.

Por lo demás, se daba a sí mismo razones excelentes. No hay que creer que los bribones no se estiman. Se dan cuentas en monólogos altivos y lo toman desde muy arriba. ¡Cómo, aquella Josiana le había dado limosna! ¡Había desmigajado sobre él, como sobre un mendigo, algunos ochavos de su riqueza colosal! ¡Le había remachado y clavado a una función necia! Si él, Barkilphedro, casi eclesiástico, con capacidades variadas y profundas, personaje docto que tenía madera de reverendo, tenía por empleo registrar cachivaches buenos para raspar las pústulas de Job, si pasaba su vida en el tugurio de una escribanía abriendo gravemente estúpidas botellas incrustadas con todas las inmundicias del mar, y descifrando pergaminos enmohecidos, escritos antiguos putrefactos, porquerías de testamentos, tonterías ilegibles, la culpa era de Josiana. ¡Y aquella criatura lo tuteaba!

¿Cómo no había de vengarse?

¿Cómo no había de castigar a una persona de esa ralea?

¡No faltaba más! ¡De otro modo no habría justicia en este mundo!

10
Resplandores que se verían si el hombre fuera transparente

¡Cómo!, aquella mujer, aquella extravagante, aquella soñadora lúbrica, virgen hasta que se presentara la ocasión, aquel trozo de carne que no se había entregado todavía, aquella desvergüenza con corona principesca, aquella Diana por orgullo, no tomada todavía por el primero que llega, tal vez así se dice y lo acepto, por falta de ocasión; aquella bastarda de un rey ruin que no había tenido valor para mantenerse en su puesto, aquella duquesa de chiripa que por ser gran dama se hacía la diosa y si hubiese sido pobre habría sido ramera, aquella casi lady, aquella ladrona de los bienes de un proscrito, aquella bribona altiva, porque un día él, Barkilphedro, no tenía qué comer ni dónde refugiarse, ¡había cometido la imprudencia de sentarlo en su casa en un extremo de la mesa, de alojarlo en un rincón cualquiera de su palacio insoportable, ¿dónde?, en cualquier parte, tal vez en el desván, tal vez en el sótano, ¿qué importancia tenía eso?, un poco mejor que los criados y un poco peor que los caballos! ¡Se había aprovechado de la miseria de él, Barkilphedro, para apresurarse a hacerle traidoramente un favor, que es lo que hacen los ricos para humillar a los pobres y manejarlos como perros atraillados! ¿Qué le costaba ese favor, por lo demás? Un favor vale lo que cuesta. Le sobraban habitaciones en su casa. ¡Sí que había tenido que hacer un gran esfuerzo para ayudar a Barkilphedro! ¿Es que había comido una cucharada menos de sopa de tortuga? ¿Se había privado de algo en el desenfreno aborrecible de todo lo superfluo? No. A lo superfluo había agregado una vanidad, un objeto de lujo, una buena acción como un anillo al dedo, al ayudar a un hombre culto, al proteger a un *clergyman*. Podía darse importancia y decir: «Prodigo los beneficios, alimento a los literatos, soy su protectora. ¡Tiene suerte al haberme encontrado ese miserable! ¡Qué amiga de las artes soy yo!». ¡Y todo por haber hecho ponerle un catre en una mala zahúrda bajo el tejado! En cuanto al puesto en el almirantazgo, Barkilphedro lo debía a Josiana, ¡pardiez! ¡Qué lindo empleo! Josiana había hecho de Barkilphedro lo que era. Lo había creado, desde luego, pero no había creado nada, menos que nada, pues en aquel cargo ridículo se sentía sometido, anquilosado, contrahecho. ¿Qué debía a Josiana? El agradecimiento del jorobado a la madre que lo ha hecho deforme. ¡Allí estaban esos privilegiados, los colmados de beneficios, los advenedizos, los preferidos de la horrible madrastra llamada la fortuna! ¡Y el hombre de talento, y Barkilphedro, se veía obligado a situarse en las escaleras, a saludar a los lacayos, a trepar por la noche un piso tras otro, a mostrarse cortés, solícito, gracioso, deferente, agradable, y a tener siempre en el hocico una mueca respetuosa! ¡Era como para rechinar de ira! ¡Y entretanto ella se ponía perlas

en el cuello, adoptaba actitudes de enamorada con el imbécil de lord David Dirry-Moir, la bribona!

Nunca dejéis que os hagan un favor, pues abusarán de vosotros. No dejéis que os sorprendan en flagrante delito de inanición, pues os socorrerán. ¡Porque él carecía de pan, aquella mujer había encontrado en ello el pretexto suficiente para darle de comer! ¡En adelante era su sirviente! ¡Basta un desfallecimiento del estómago para que os encadenen para toda la vida! Deber agradecimiento es ser explotado. Los dichosos, los poderosos, aprovechan el momento en que tendéis la mano para poneros en ella una moneda de cobre, y vuestro instante de cobardía para haceros esclavos, y esclavos de la peor clase, esclavos de una caridad, esclavos obligados a amar. ¡Qué infamia! ¡Qué falta de delicadeza! ¡Qué golpe para nuestro orgullo! Y ya nada hay que hacer, pues estáis condenados para siempre a considerar bueno a este hombre, a considerar bella a aquella mujer, a manteneros en el segundo plano del subalterno, a aprobar, a aplaudir, a admirar, a adular, a prosternaros, a encallecer vuestra rótulas a fuerza de arrodillaros, a endulzar vuestras palabras cuando os roe la ira, cuando masculláis gritos de furor, y cuando hay en vosotros más agitación salvaje y más espuma amarga que en el océano.

Así es como los ricos hacen prisionero al pobre.

Esa liga de la buena acción realizada con vosotros os embadurna y os ata para siempre.

La limosna es irremediable. El agradecimiento produce la parálisis. El beneficio posee una adherencia viscosa y repugnante que os priva de vuestros movimientos libres. Los odiosos seres opulentos y empapuzados cuya compasión ha hecho estragos en vosotros lo saben. Ya está, os convertís en una cosa. Os han comprado. ¿Por cuánto? Por un hueso del que han privado a su perro para ofrecéroslo. Os han lanzado ese hueso a la cabeza. Habéis sido lapidados tanto como socorridos. Es lo mismo. ¿Habéis roído ese hueso, sí o no? Habéis tenido también vuestra parte de la caseta del perro. Agradeced, por consiguiente, agradeced para siempre. Adorad a vuestros amos con una genuflexión interminable. El beneficio implica un supuesto de inferioridad que habéis aceptado. Ellos exigen que os sintáis pobres diablos y que a ellos los sintáis dioses. Vuestra disminución los aumenta. Vuestro encorvamiento los endereza. Hay en el sonido de su voz algo suavemente impertinente. Sus acontecimientos familiares, sus casamientos, bautismos, embarazos y partos os interesan. Si les nace un lobezno componéis un soneto. Sois poetas para ser triviales. ¡Es como para derribar los astros! ¡Un poco más y os obligarían a poneros sus viejos zapatos!

—¿Quién es ese que tienes en tu casa, querida? ¡Qué feo es! ¿Qué es ese hombre?

—No lo sé. Es un escritorzuelo que alimento.

Así dialogan esas pavas, sin siquiera bajar la voz. Les oís y seguís mostrándoos mecánicamente amables.

Por lo demás, si estáis enfermos os envían el médico. Pero no el de ellos. Si llega el caso se informan. Como no son de la misma especie que vosotros y lo inaccesible está de su lado, se muestran afables. Su escarpadura los hace abordables. Saben que la nivelación es imposible. A fuerza de desdén, son corteses. En la mesa os hacen una pequeña señal con la cabeza. A veces saben cómo se escribe vuestro nombre. No os hacen sentir que son vuestros protectores sino pisoteando con naturalidad todo lo susceptible y delicado que tenéis. ¡Os tratan con bondad!

¿No es eso bastante abominable?

Ciertamente, urgía castigar a Josiana. ¡Había que enseñarle con quién se las tenía que haber! ¡Oh, señores ricos, porque no podéis consumir todo, porque la abundancia terminaría en indigestión, en vista de la pequeñez de vuestros estómagos, después de todo iguales a los nuestros; porque es mejor distribuir las sobras que perderlas, convertís en generosidad ese comistrajo arrojado a los pobres! ¡Ah, nos dais pan, nos dais un asilo, nos dais ropa, nos dais un empleo, y lleváis la audacia, la locura, la crueldad, la inepcia y el absurdo hasta creer que os estamos agradecidos por eso! Ese pan es un pan de servidumbre, ese asilo es una habitación de criado, esas ropas son una librea, ese empleo es un escarnio, pagado, sí, pero embrutecedor. ¡Ah, os creéis con derecho a infamarnos con el alojamiento y la comida, os imagináis que os somos deudores, y contáis con nuestro agradecimiento! ¡Pues bien, os comeremos el vientre! ¡Pues bien, os destriparemos, bella señora, os devoraremos viva y cortaremos los lazos del corazón con nuestros dientes!

¡Esa Josiana! ¿La cosa no era monstruosa? ¿Qué mérito tenía ella? Había realizado la obra maestra de venir al mundo en testimonio de la necedad de su padre y de la deshonra de su madre, nos hacía el favor de existir, y esa complacencia suya en ser un escándalo público era pagada con millones, poseía tierras y castillos, cotos, cazaderos, lagos, bosques y qué sé yo cuántas cosas más, y con todo eso se hacía la tonta y le dedicaban versos. ¡Y él, Barkilphedro, que había estudiado y trabajado, que se había descrismado, que se había atiborrado los ojos y el cerebro con gruesos libros, que se había podrido con los libracos y la ciencia, que era enormemente inteligente, que era muy capaz de mandar ejército, que si lo deseara escribiría tragedias como Otway y Dryden, que había nacido para ser emperador, se veía obligado a permitir que aquella nada absoluta le impidiese morirse de hambre! ¡La usurpación de aquellos ricos, execrables elegidos de la suerte, no podía ir más lejos! ¡Fingir que son generosos con nosotros, y protegernos y sonreímos a nosotros, que beberíamos su sangre y luego nos chuparíamos los labios! Que la vil cortesana posea el poder odioso de ser benefactora y que el hombre superior pueda estar condenado a recoger las migajas que caen de tal mano, ¿puede darse una iniquidad más espantosa? ¡Y qué sociedad la que tiene hasta ese extremo como base la desproporción y la injusticia! ¿Y no sería el caso de asirlo todo por las cuatro puntas y arrojar al techo todo mezclado el mantel y el banquete y la orgía, la crápula y la borrachera, los comensales, los que apoyan los dos codos en la mesa y los que están a cuatro patas

bajo ella, los insolentes que dan y los idiotas que aceptan, y de volver a escupir todo a la nariz de Dios y de arrojar al cielo toda la tierra? Entretanto, hundamos nuestras garras en Josiana.

Así pensaba Barkilphedro. Esos eran los rugidos de su alma. El envidioso acostumbra a absolverse amalgamando a su agravio personal el mal público. Todas las formas ariscas de las pasiones rencorosas iban y venían por aquella inteligencia feroz. En el ángulo de los viejos mapamundis del siglo XV se encuentra un ancho espacio vago sin forma y sin nombre en el que están escritas estas tres palabras: *Hic sunt leones*. Ese rincón oscuro existe también en el hombre. Las pasiones vagan y gruñen en alguna parte de nosotros y se puede decir también de un lado oscuro de nuestra alma: «Aquí hay leones».

Este tinglado de razonamientos feroces, ¿era completamente absurdo? ¿Carecía de cierto juicio? Hay que declarar que no.

Espanta pensar que esa cosa que se posee, el juicio, no es la justicia. El juicio es lo relativo y la justicia lo absoluto. Reflexionad sobre la diferencia que existe entre un juez y un justo.

Los malvados maltratan la conciencia con autoridad. Hay una gimnasia de lo falso. Un sofista es un falsario y cuando se presenta la ocasión ese falsario maltrata al buen sentido. Cierta lógica muy flexible, muy implacable y muy ágil está al servicio del mal y sobresale en golpear a la verdad en las tinieblas. Son puñetazos siniestros asestados por Satanás a Dios.

Tal sofista, admirado por los necios, no tiene otro mérito que el de haber hecho «moretones» a la conciencia humana.

Lo aflictivo era que Barkilphedro presentía un fracaso. Emprendía un gran trabajo y en resumidas cuentas, así lo temía al menos, para causar poco estrago. ¡Ser un hombre corrosivo, poseer una voluntad de acero, un odio de diamante, un deseo ardiente de catástrofe, y no quemar, no decapitar, no exterminar nada! Ser lo que era, una fuerza devastadora, una animosidad voraz, un roedor de la dicha ajena; haber sido creado de pies a cabeza Barkilphedro para no dar más que un papirotazo, ¿era eso posible? ¡Le fallaría el golpe! ¡Ser un resorte para lanzar grandes piedras y disparar con toda su fuerza para hacer a una remilgada un chichón en la frente! ¡Una catapulta haciendo el efecto de un capirotazo! ¡Realizar un trabajo de Sísifo para obtener un resultado de hormiga! ¡Rezumar todo el odio para casi nada! ¡Eso es muy humillante cuando se es un mecanismo de hostilidad capaz de triturar el mundo! ¡Poner en movimiento todos los engranajes, hacer en la oscuridad un estrépito de máquina de Marly para conseguir tal vez pellizcar la punta de un dedito rosado! Iba a remover peñas para lograr, ¿quién sabía?, rizar un poco la superficie lisa de la Corte. Dios tiene esa manía de malgastar en gran escala las fuerzas. El sacudimiento de una montaña termina cambiando de lugar una topinera.

Por añadidura, como el de la Corte es un terreno raro, nada es más peligroso que apuntar al enemigo y no dar en el blanco. En primer lugar, eso os desenmascara ante

vuestro enemigo y le irrita; y en segundo lugar, y sobre todo, desagrada al amo. A los reyes les gustan poco los torpes. Nada de contusiones, nada de cachetadas feas. Degollad a todos, pero no hagáis sangrar por la nariz a nadie. El que mata es hábil, el que lastima es inepto. A los reyes no les gusta que se lisie a sus servidores. Os guardan rencor si rajáis una porcelana de su chimenea o a un cortesano de su cortejo. La Corte debe estar siempre pulcra. Romped y reemplazad: eso está bien.

Por lo demás, esto se concilia perfectamente con la afición de los príncipes a los chismes. Decid cosas malas, pero no las hagáis. O si las hacéis, que sean en grande.

Apuñalad, pero no arañéis, a menos que el alfiler esté envenenado, lo que constituye una circunstancia atenuante. Tal era, recordémoslo, el caso de Barkilphedro.

Todo pigmeo rencoroso es la redoma donde está encerrado el dragón de Salomón. La redoma es microscópica y el dragón desmesurado. Esa condensación formidable espera la hora gigantesca de la dilatación. El fastidio se consuela con la premeditación de la explosión. El contenido es mayor que el continente. ¡Qué cosa extraña es un gigante latente, un ácaro en el que hay una hidra! Ser esa espantosa caja de sorpresas, tener en sí a Leviatán, es para el enano una tortura y una voluptuosidad.

Por eso nada habría hecho que cejara Barkilphedro. Esperaba su hora. ¿Llegaría? ¿Qué importaba? La esperaba. Cuando se es muy malo el amor propio interviene. Hacer agujeros y zapas en la buena suerte de una persona de la Corte que está a mayor altura que nosotros, minarla con todos los riesgos y peligros consiguientes por muy subterráneo y oculto que se esté, insistamos en ello, es interesante. Ese juego apasiona. Uno se encariña con ello como si se escribiera un poema épico. Ser muy pequeño y atreverse con alguien muy grande es una acción brillante. Es agradable ser la pulga de un león. El animal altivo se siente picado y gasta toda su enorme ira contra el átomo. Un tigre que le atacara le molestaría menos. Y he aquí que cambian los papeles. El león humillado tiene en su carne el aguijón del insecto y la pulga puede decir: tengo en mí la sangre del león.

Sin embargo, eso no era para el orgullo de Barkilphedro sino apaciguamientos a medias, consuelos, paliativos. Hacer rabiar es una cosa, pero es mejor torturar. Barkilphedro, y ese pensamiento desagradable volvía a obsesionarlo sin cesar, no lograría verosímilmente más que rozar ligeramente la epidermis de Josiana. ¿Qué más podía esperar él, tan ínfimo, contra ella, tan radiante? Un arañazo, muy poco para quien desearía toda la púrpura de la desolladura viva y los rugidos de la mujer más que desnuda, pues ni siquiera tendría esa camisa que es la piel. Con tales deseos, ¡qué fastidioso es ser impotente! ¡Ay, nada es perfecto!

En suma, se resignaba. No pudiendo hacer nada mejor, no soñaba sino la mitad de su sueño. Hacer una farsa negra es una finalidad después de todo.

¡Qué hombre es el que se venga de un beneficio! Barkilphedro era ese coloso. Ordinariamente la ingratitud es olvido; en ese privilegiado del mal era furor. El ingrato vulgar está lleno de ceniza. ¿De qué estaba lleno Barkilphedro? De un horno,

de un horno cerrado de odio, de ira, de silencio, de rencor, que tenía como combustible a Josiana. Jamás un hombre había aborrecido tanto a una mujer sin razón. ¡Qué cosa terrible! Ella era su insomnio, su preocupación, su fastidio, su ira.

Tal vez estaba un poco enamorado de ella.

11
Barkilphedro emboscado

Encontrar el lugar sensible de Josiana y golpearla en él: tal era, por todas las causas que acabamos de citar, la voluntad imperturbable de Barkilphedro.

Querer no basta; hay que poder.

¿Cómo iba a arreglárselas? Esa era la cuestión.

Los bribones vulgares preparan cuidadosamente la escenificación de la bellaquería que quieren cometer. No se sienten lo bastante fuertes para aprovechar el incidente casual, para apoderarse de él de grado o por fuerza y obligarlo a servirlos. De ahí combinaciones preliminares que los malvados profundos desdeñan. Los malvados de esta clase tienen por único *a priori* su maldad; se limitan a armarse de pies a cabeza, piensan en muchas posibilidades variadas y, como Barkilphedro, acechan tranquilamente la ocasión. Saben que un plan trazado de antemano corre el riesgo de ajustarse mal al acontecimiento que se presente. Así no se hace dueño de lo posible ni se hace lo que se desea. No se puede negociar previamente con el destino. El futuro no nos obedece. El azar posee cierta indisciplina.

En consecuencia, lo acechan para exigirle sin preámbulo, autoritariamente y sin demora su colaboración. Nada de plan, ni de diagrama, ni de maqueta, ni de zapato prefabricado que se ajuste a un inconveniente inesperado. Se zambullen a pico en la oscuridad. El aprovechamiento inmediato y rápido de cualquier hecho que pueda ayudar es la habilidad que distingue al malvado eficaz y que eleva al bribón a la dignidad de demonio. El genio consiste en tomar por asalto a la suerte.

El verdadero malvado golpea como una honda, con el primer guijarro que encuentra.

Los malhechores capaces cuentan con lo imprevisto, ese auxiliar estupefacto de tantos crímenes.

Empuñar el incidente y lanzarse sobre la víctima: no hay otro arte poético para esa clase de talento.

Y, entretanto, saber con quién se tiene que haber. Sondear el terreno.

Para Barkilphedro, el terreno era la reina Ana.

Barkilphedro se acercó a la Reina. Tanto, que a veces se imaginaba oír los monólogos de Su Majestad.

A veces presenciaba, sin que lo tuvieran en cuenta, las conversaciones de las dos hermanas. No le prohibían que dijese alguna palabra, lo que aprovechaba para empequeñecerse. Era una manera de inspirar confianza.

Así fue como un día en Hampton-Court, en el jardín, hallándose detrás de la duquesa, que se hallaba detrás de la Reina, oyó a Ana, que seguía torpemente la moda, hacer frases.

—Los animales son felices —dijo la Reina—; no corren el peligro de ir al infierno.

—Están en él —replicó Josiana.

Esa respuesta, que reemplazaba bruscamente a la religión con la filosofía, no agradó a la Reina. Si por casualidad era profunda, escandalizó a Ana.

—Querida —dijo a Josiana—, hablamos del infierno como dos tontas. Preguntemos a Barkilphedro de qué se trata. Él debe saber esas cosas.

—¿Como diablo? —preguntó Josiana.

—Como animal —intervino Barkilphedro.

Y saludó.

—Señora —dijo la Reina a Josiana—, él tiene más ingenio que nosotras.

Para un hombre como Barkilphedro acercarse a la Reina era apoderarse de ella. Podía decir: la tengo. Ahora debía pensar en la manera de utilizarla.

Tenía entrada libre en la Corte. Estar bien apostado era excelente, pues ninguna oportunidad podía escapársele. Más de una vez había hecho sonreír aviesamente a la Reina. Eso era tener un permiso de caza.

¿Pero no había alguna caza reservada? ¿Ese permiso se extendía hasta romper el ala o la pata a alguien como la propia hermana de Su Majestad?

Primero había que aclarar era si la Reina amaba a su hermana.

Un paso en falso puede malograr todo. Barkilphedro observaba.

Antes de comenzar la partida el jugador examina sus cartas. ¿Con qué triunfos cuenta? Barkilphedro comenzó examinando la edad de las dos mujeres: Josiana veintitrés años, Ana cuarenta y uno. Estaba bien. Tenía juego.

El momento en que la mujer deja de contar por primaveras y comienza a contar por inviernos es irritante. Se siente rencor contra el tiempo. Las jóvenes bellas florecientes, perfumes para los demás, son espinas para vosotros y sentís la picadura de todas esas rosas. Parece que toda esa lozanía os es robada y que la belleza disminuye en vosotros sólo porque aumenta en los otros.

Explotar ese mal humor secreto, ahondar la arruga de una mujer de cuarenta años que es reina, era lo indicado para Barkilphedro.

La envidia sobresale en el arte de excitar los celos, como la rata en el de hacer salir al cocodrilo. Barkilphedro fijaba en Ana su mirada magistral.

Veía en la Reina como se ve en el agua estancada. El pantano tiene su transparencia. En el agua sucia se ven vicios; en el agua turbia se ven inepcias. Ana era sólo agua turbia. Embriones de sentimientos y larvas de ideas se movían en aquel cerebro espeso. Aquello era poco claro, apenas tenía contornos. Sin embargo, eran realidades, pero informes. La Reina pensaba esto. La Reina deseaba aquello. Precisar qué era difícil. Las transformaciones confusas que se producen en el agua estancada son difíciles de estudiar.

La Reina, habitualmente oscura, tenía a veces salidas tontas y bruscas. Esas eran las que había que tener en cuenta. Había que sorprenderla en flagrante delito. ¿Qué era lo que Ana, en su fuero interno, deseaba para la duquesa Josiana: el bien o el mal?

Era el problema que se planteó Barkilphedro.

Resuelto ese problema, se podía ir más allá.

Diversas casualidades ayudaron a Barkilphedro, y sobre todo su tenacidad en el acecho.

Ana era, por parte de su marido, un poco pariente de la nueva reina de Prusia, esposa del rey de los cien chambelanes, de la que tenía un retrato pintado en esmalte según el procedimiento de Turquet de Mayerne. Esa reina de Prusia tenía también una hermana ilegítima, la baronesa Drika.

Un día, estando presente Barkilphedro, Ana hizo al embajador de Prusia preguntas acerca de esa Drika.

—Dicen que es rica.

—Muy rica —respondió el embajador.

—¿Tiene palacios?
—Más magníficos que los de la Reina su hermana.
—¿Con quién debe casarse?
—Con un gran señor, el conde Gormo.
—¿Apuesto?
—Encantador.
—¿Ella es joven?
—Muy joven.
—¿Tan bella como la Reina?
El embajador bajó la voz y respondió:
—Más bella.
—Lo que es una insolencia —murmuró Barkilphedro.
La Reina guardó silencio un instante y luego exclamó:
—¡Esas bastardas!
Barkilphedro tomó nota del plural.
En otra ocasión, cuando salían de la capilla en la que Barkilphedro se mantenía bastante cerca de la Reina detrás de los dos limosneros, lord David Dirry-Moir, al cruzar entre las filas de mujeres, causó sensación con su apostura. A su paso estalló un murmullo de exclamaciones femeninas: «¡Qué elegante! ¡Qué apuesto! ¡Qué distinguido! ¡Qué bello!».

—¡Qué desagradable! —gruñó la Reina.
Barkilphedro lo oyó.
El problema estaba ya resuelto: se podía hacer daño a la duquesa sin disgustar a la Reina.
Pero se planteaba el segundo problema.

¿Qué podía hacer para perjudicar a la duquesa? Para un propósito tan arduo, ¿qué recurso podía ofrecerle su puesto miserable?

Ninguno, evidentemente.

12
Escocia, Irlanda e Inglaterra

Señalemos un detalle: Josiana «tenía el torno».

Eso se comprenderá si se reflexiona que era, aunque ilegítima, hermana de la Reina, es decir persona principesca.

¿Qué era tener el torno?

El vizconde de Saint-John —pronunciad Bolingbroke — escribió a Thomas Lennard, conde de Sussex: «Dos cosas hacen que uno sea grande. En Inglaterra tener el torno; en Francia tener el para».

El *para*, en Francia, era esto: cuando el Rey viajaba, el furriel de la Corte, al llegar la noche y terminar la etapa, asignaba su alojamiento a las personas que seguían a Su Majestad. Algunos de esos señores tenían un privilegio inmenso: «Tienen el *para* — dice el diario histórico del año 1694, página 6 —, es decir que el furrier que marca los alojamientos pone *Para* delante de su nombre, como: *Para M. el príncipe de Soubise*, y en cambio cuando marca el alojamiento de una persona que no es príncipe no pone el *Para*, sino simplemente su nombre, por ejemplo: *El duque de Gesvres, el duque de Mazarin*, etc.». Ese *para* en una puerta indicaba un príncipe o un favorito. Favorito es peor que príncipe. El Rey concedía el *para* como el cordón azul o la pairía.

«Tener el torno» en Inglaterra era menos vanaglorioso, pero más real. Era una señal de verdadero acercamiento a la persona reinante. Quien por nacimiento o favor se hallaba en situación de recibir comunicaciones directas de Su Majestad tenía en la pared de su dormitorio un torno al que estaba ajustado un timbre. Sonaba el timbre, se abría el torno y una misiva regia aparecía en un platillo de oro sobre un cojín de terciopelo, y luego el torno volvía a cerrarse. Era algo íntimo y solemne, lo misterioso en lo familiar. El torno no servía para ningún otro uso. Su timbre anunciaba un mensaje regio. No se veía a quien lo llevaba. Por lo demás, era simplemente un paje de la Reina o del Rey. Leicester tenía el torno en el reinado de Isabel y Buckingham en el de Jacobo I. Josiana lo tenía en el reinado de Ana, aunque era poco favorita. Quien tenía el torno era como quien estuviera en relación directa con la pequeña estafeta del Cielo y a quien Dios enviaba de vez en cuando su cartero para llevar una carta. No existía excepción más envidiada. Ese privilegio implicaba más servilismo. Se era un poco más criado. En la Corte lo que eleva rebaja. «*Avoir le tour*» se decía en francés; ese detalle de la etiqueta inglesa era probablemente una antigua vulgaridad francesa.

Lady Josiana, virgen paresa como Isabel había sido virgen reina, llevaba, ora en la ciudad ora en el campo, según la estación, una existencia casi principesca, y tenía casi una corte de la que formaba parte lord David con otros muchos. Como no estaban

todavía casados, lord David y lady Josiana podían sin hacer el ridículo mostrarse juntos en público, lo que hacían de buena gana. Iban con frecuencia a los espectáculos y las carreras en la misma carroza y se situaban en la misma tribuna. El casamiento, que les estaba permitido e incluso impuesto, los enfriaba; el atractivo consistía en verse. Las intimidades permitidas a los «comprometidos» tienen una frontera fácil de cruzar. Ellos se abstenían de hacerlo, pues lo fácil es de mal gusto.

En aquella época las mejores peleas de boxeo se realizaban en Lambeth, parroquia en la que el arzobispo de Canterbury tenía un palacio, aunque allí el aire era malsano, y una gran biblioteca abierta a ciertas horas para las personas honradas. En una ocasión, en invierno, hubo allí, en una pradera cerrada con llave, una pelea de dos hombres a las que asistió Josiana, llevada por David. Ella había preguntado: «¿Acaso se admite a las mujeres?». Y David había respondido: «*Sunt foeminae magnates*». Traducción libre: *No las burguesas*. Traducción literal: *Las grandes damas existen*. Una duquesa entra en todas partes. Por eso lady Josiana presenció la pelea.

Lady Josiana hizo solamente la concesión de vestirse de caballero, lo que era muy común entonces. Las damas apenas viajaban de otro modo. De las seis personas que contenía el coche de Windsor era raro que una o dos de ellas no fueran mujeres vestidas de hombres. Era una señal de gente bien nacida.

Como lord David acompañaba a una mujer no podía intervenir en la pelea y tenía que mantenerse como simple espectador.

Lady Josiana no revelaba su calidad sino porque miraba a través de unos gemelos, lo que era un acto de gentilhombre.

La «noble pelea» fue presidida por lord Germaine, bisabuelo o tío segundo de lord Germaine que, hacia fines del siglo XVIII, fue coronel, tomó soleta en una batalla, luego fue ministro de Guerra y escapó de los cascos de metralla del enemigo sólo para caer bajo los sarcasmos de Sheridan, metralla peor. Muchos gentileshombres apostaban; Harry Bellew de Carleton, pretendiente a la pairía extinta de Bella-Aqua, contra Henry, lord Hyde, miembro del Parlamento por la villa de Dunhivid, llamada también Launceston; el honorable Peregrine Bertie, miembro por la villa de Truro, con sir Thomas Colepepyr, miembro por Maidstone; el *laird* de Lamyrbau, perteneciente a la marca de Lothian, contra Samuel Trefusis, de la villa de Penryn; sir Bartholomew Gracedieu, de la villa de Saint-Yves, contra el muy honorable Charles Bodville, llamado lord Robartes y Custos Rotulorum del condado de Cornauilles. Y otros más.

Los dos boxeadores eran un irlandés de Tipperary llamado por el nombre de su montaña natal Phelem-ghe-madone, y un escocés llamado Helmsgail. Eso ponía en presencia dos orgullos nacionales. Irlanda y Escocia iban a golpearse; Erin iba a asestar puñetazos a Gajothel. En consecuencia las apuestas excedían de las cuarenta mil guineas, sin contar las pagaderas a plazo fijo.

Los dos campeones estaban desnudos, con un calzón muy corto, sujeto con hebillas en las caderas, y borceguíes de suelas claveteadas, enlazadas en los tobillos.

Helmsgail, el escocés, era un joven de apenas diecinueve años, pero ya tenía la frente recosida, por lo que las apuestas le favorecían. El mes anterior había hundido una costilla y reventado los dos ojos al boxeador Sixmileswater, lo que explicaba el entusiasmo. Había hecho ganar a los apostadores a su favor doce mil libras esterlinas. Además de la frente recosida tenía la mandíbula mellada. Era ágil y alerta, alto como una mujer pequeña, rechoncho, compacto, de estatura baja y amenazadora, y nada había perdido de la pasta de que estaba hecho; no tenía un músculo cuya finalidad no fuera el pugilato. Había concisión en su torso duro, brillante y moreno como el bronce. Sonreía, y los tres dientes que le faltaban aumentaban su sonrisa. Su adversario era alto y ancho, es decir débil.

Era un hombre de cuarenta años. Tenía seis pies de altura, un pecho de hipopótamo y aspecto apacible. Su puñetazo habría hendido el puente de un navío, pero no sabía darlo. El irlandés Phelem-ghe-madone era sobre todo una superficie y parecía intervenir en las peleas para recibir más bien que para dar. Sólo que se tenía la sensación de que resistiría mucho tiempo. Era una especie de *rostbeef* no bastante cocido, difícil de morder e imposible de comer. Era lo que se llama en la jerga local carne cruda, *raw flesh*. Bizqueaba y parecía resignado.

Esos dos hombres habían pasado la noche anterior lado a lado en la misma cama y dormido juntos. Habían bebido en el mismo vaso cada uno tres dedos de vino de Oporto.

Uno y otro tenían su grupo de partidarios, gente de aspecto rudo que si era necesario amenazaba a los árbitros. En el grupo partidario de Helmsgail se advertía a John Gromane, famoso por haber llevado un buey a la espalda, y un tal John Bray, que un día había cargado a hombros diez fanegas de harina, de quince galones por fanega, más el molinero, y había dado con esa carga más de doscientos pasos largos. Por el lado de Phelem-ghe-madone, lord Hyde había llevado de Launceston a cierto Kilter, quien se alojaba en el Castillo Verde y lanzaba sobre el hombro una piedra de veinte libras a mayor altura que la torre más alta del castillo. Esos tres hombres, Kilter, Bray y Gromane, eran de Cornuailles, lo que honraba al condado.

Otros de los partidarios eran bribones brutales, fornidos, de piernas arqueadas, gruesas manos nudosas, cara necia, harapientos, y no temían nada, pues eran casi todos reincidentes. Muchos se las arreglaban admirablemente para eludir a la policía. Cada profesión debe tener sus habilidades.

El lugar elegido estaba más allá del Jardín de los Osos, donde en otro tiempo se hacía pelear a los osos, los toros y los perros de presa, más allá de los últimos edificios en construcción, junto a las ruinas del priorato de Sainte Marie Over Ry, destruido por Enrique VIII. Viento del norte y escarcha eran las características del tiempo; caía una lluvia fina, que en seguida se congelaba. En los *gentlemen* presentes se reconocía a los que eran padres de familia porque tenían abiertos los paraguas.

Por parte de Phelem-ghe-madone actuaba como árbitro el coronel Moncreif y Kilter para poner la rodilla.

Por parte de Helmsgail actuaba como árbitro el honorable Pughe Beaumaris y lord Desertum, de Kilcarry, para poner la rodilla.

Los dos boxeadores permanecieron durante unos instantes inmóviles en el recinto mientras concertaban los relojes. Luego se acercaron el uno al otro y se dieron la mano.

Phelem-ghe-madone le dijo a Helmsgail:

—Preferiría ir a mi casa.

Helmsgail replicó honradamente:

—Es necesario que los señores se hayan molestado por algo.

Como estaban desnudos, sentían frío. Phelem-ghe-madone temblaba. Le castañeteaban las mandíbulas. El doctor Eleanor Sharp, sobrino del arzobispo de York, les gritó:

—¡Golpearos, bribones! Eso os calentará.

El chiste los desheló y se atacaron.

Pero ni el uno ni el otro estaban enfurecidos. Contaron tres ataques débiles. El Reverendo doctor Gumdraith, uno de los cuarenta socios del All Souls College[47], gritó:

—¡Que los entonen con ginebra!

Pero los dos árbitros y los dos padrinos, jueces los cuatro, mantuvieron la regla. Sin embargo, hacía mucho frío.

Se oyó gritar: «*First blood!*». Se reclamaba la primera sangre. Volvieron a colocarlos al uno frente al otro.

Se miraron, se acercaron, extendieron los brazos, se tocaron los puños y retrocedieron. De pronto Helmsgail, el hombrecito, saltó. Comenzó el verdadero combate.

Phelem-ghe-madone recibió un golpe en plena frente, entre las dos cejas. La sangre le corrió por la cara. La multitud gritó:

—¡Helmsgail ha hecho correr el Burdeos!

Aplaudieron. Phelem-ghe-madone, girando los brazos como un molino sus aspas, comenzó a descargar los dos puños al azar.

El honorable Peregrine Berti dijo:

—Está enceguecido, pero no ciego todavía.

Entonces Helmsgail oyó que por todas partes lo estimulaban gritando:

—Bung his peepers[48]!.

En suma, los dos boxeadores eran verdaderamente buenos y, aunque el tiempo era poco favorable, se comprendió que la pelea tendría buen éxito. El casi gigante Phelem-ghe-madone tenía los inconvenientes de sus ventajas; se movía pesadamente. Sus brazos eran mazas, pero su cuerpo era una masa. El pequeño corría, golpeaba, saltaba, rechinaba, duplicaba el vigor con la velocidad, conocía las artimañas de la lucha. Por un lado el puñetazo primitivo, salvaje, inculto, ignorante; por el otro el puñetazo de la civilización. Helmsgail peleaba con los nervios tanto como con los músculos y con la malicia tanto como con la fuerza; Phelem-ghe-madone era una especie de aporreador inerte, un poco aporreado de antemano. Eran el arte contra la naturaleza, lo feroz contra lo bárbaro.

Parecía evidente que el bárbaro sería vencido, pero no muy rápidamente, y a eso se debía el interés de la pelea.

Cuando lucha un pequeño con un grande, las probabilidades favorecen al pequeño. Un gato puede hacer frente a un dogo. Los Goliath son vencidos siempre por los David.

Una granizada de apostrofes cayó sobre los combatientes.

—¡Bravo, Helmsgail! ¡Good! ¡Well done, highlander!

—¡Now, Phelem[49]!

Y los amigos de Helmsgail le repetían benévolamente la exhortación.

—¡Rómpele los quinqués!

Helmsgail hizo algo mejor. Bruscamente se agachó y volvió a erguirse con una ondulación de reptil y golpeó a Phelem-ghe-madone en el esternón. El coloso tambaleó.

—¡Mal golpe! —gritó el vizconde Bernard.

Phelem se desplomó sobre la rodilla de Kilter y dijo:

—Comienzo a calentarme.

Lord Desertum consultó con los árbitros y dijo:

—Cinco minutos de descanso.

Phelem desfallecía. Kilter le enjugó la sangre de los ojos y el sudor del cuerpo con una franela y le puso en la boca el gollete de una botella. Estaban en el undécimo round. Phelem-ghe-madone, además de la herida en la frente, tenía los pectorales deformados por los golpes, el vientre tumefacto y el sincipucio magullado. Helmsgail no tenía nada.

Entre los gentlemen se produjo un tumulto. Lord Bernard repitió:

—¡Mal golpe!

—Apuesta anulada —dijo el laird de Lamyrbau.

—Yo reclamo mi apuesta —exigió sir Thomas Colepepyr.

Y el honorable miembro por la villa de Saint-Yves, sir Bartholomew Gracedieu, añadió:

—Que me devuelvan mis quinientas guineas. Me voy.

—¡Terminad el *match*! —gritaron los espectadores.

Pero Phelem-ghe-madone se levantó vacilando casi como un borracho y dijo:

—Continuemos la pelea, con una condición. Yo también tendré derecho a dar un mal golpe.

—¡Concedido! —gritaron de todas partes.

Helmsgail se encogió de hombros.

Pasados los cinco minutos, se reanudó el combate.

La pelea, que era una agonía para Phelem-ghe-madone, era un juego para Helmsgail. ¡Lo que es la ciencia! El hombrecito encontró la manera de poner al grande en *chancery*, es decir que de pronto Helmsgail tomó bajo su brazo izquierdo encorvado como una media luna de acero la cabezota de Phelem y la sujetó bajo su sobaco con el cuello doblado y la nuca baja, mientras con el puño derecho, golpeando y volviendo a golpear como un martillo en un clavo, sólo que de abajo arriba y por debajo, le rompió cómodamente la cara. Cuando Phelem-ghe-madone, por fin liberado, levantó la cabeza, ya no tenía rostro.

Los que habían sido una nariz, dos ojos y una boca ya no eran más que una apariencia de esponja negra empapada en sangre. Escupió y cayeron a tierra cuatro dientes. Luego cayó y Kilter lo recibió en su rodilla.

Helmsgail estaba casi intacto. Tenía algunos moretones insignificantes y un rasguño en una clavícula.

Ya nadie sentía frío. Se apostaba dieciséis y un cuarto en favor de Helmsgail contra Phelem-ghe-madone.

Harry de Carleton gritó:

—¡Ya no existe Phelem-ghe-madone! ¡Apuesto por Helmsgail mi pairía de Bella-Aqua y mi título de lord Bellew contra una vieja peluca del arzobispo de Canterbury!

—Dame tu jeta —le dijo Kilter a Phelem.

Y metiendo la franela ensangrentada en la botella, le lavó la cara con ginebra. Reapareció la boca y Phelem abrió un párpado. Las sienes parecían rajadas.

—Un *round* más, amigo —dijo Kilter. Y añadió —. Por el honor de la ciudad baja.

Los galeses y los irlandeses se entienden, pero Phelem-ghe-madone no dio señal alguna que pudiera indicar que seguía teniendo algo en la mente.

Se levantó y Kilter lo sostuvo. Era el vigesimoquinto round. Por la manera como aquel cíclope, pues ya no tenía más que un ojo, volvió a ponerse en postura se comprendió que aquello era el fin y nadie dudó de que estaba perdido. Puso su guardia sobre el mentón, torpeza de moribundo. Helmsgail, que apenas sudaba, gritó:

—¡Apuesto por mí! ¡Mil contra uno!

Helmsgail levantó el brazo, golpeó y sucedió algo extraño, pues los dos cayeron. Se oyó un gruñido alegre.

Ahora era Phelem-ghe-madone quien estaba contento.

Había aprovechado el golpe terrible que Helmsgail le había dado en el cráneo parar asestarle un mal golpe en el ombligo.

Helmsgail, tendido en tierra, hipaba.

El ayudante miró a Helmsgail tendido y dijo:

—Vencido.

Todos aplaudieron, inclusive los perdedores.

Phelem-ghe-madone había devuelto un mal golpe con otro mal golpe, a lo que tenía derecho.

Se llevaron a Helmsgail en una camilla. La opinión era que no se repondría. Lord Robartes exclamó:

—¡Gano mil doscientas guineas!

Phelem-ghe-madone quedaba lisiado para toda la vida, evidentemente.

Al salir, Josiana tomó el brazo de lord David, lo que se toleraba a los «comprometidos», y le dijo:

—Eso ha estado muy bien, pero…

—¿Pero qué?

—Yo creía que eso me quitaría el aburrimiento. Pues bien, no.

Lord David se detuvo, miró a Josiana, cerró la boca, infló las mejillas y sacudió la cabeza, lo que significa: «¡Atención!» y dijo a la duquesa:

—Para el aburrimiento no hay más que un remedio.

—¿Cuál?

—Gwynplaine.

La duquesa preguntó:

—¿Quién es Gwynplaine?

LIBRO SEGUNDO

Gwynplaine y Dea

1
Donde se ve el rostro de quien todavía sólo se han visto los actos

La naturaleza había prodigado sus beneficios a Gwynplaine. Le había dado una boca que se abría hasta las orejas, unas orejas que se replegaban sobre los ojos, una nariz informe hecha para la oscilación, ojuelos de gesticulador y un rostro que no se podía contemplar sin reír.

Hemos dicho que la naturaleza había colmado con sus dones a Gwynplaine. ¿Pero era la naturaleza? ¿No la habían ayudado?

Dos ojos parecidos a luces de medianería, un hiato por boca, una protuberancia roma con dos agujeros que eran las ventanas de la nariz, por rostro un despachurro, y como resultado de todo eso la risa: ciertamente, la naturaleza no produce por sí sola tales obras maestras.

¿Pero la risa es sinónimo de alegría?

Si en presencia de ese titiritero —pues era un titiritero — se dejaba disipar la primera impresión de alegría y si se observaba a aquel hombre con atención, se reconocía en él la huella del arte. Semejante rostro no es fortuito, sino querido. Ser hasta ese punto completo no es natural. El hombre nada puede hacer con su belleza, pero puede hacerlo todo con su fealdad. Con un perfil de hotentote no se puede hacer un perfil romano, pero con una nariz griega se puede hacer una nariz calmuca. Basta con obliterar la raíz de la nariz y aplastar las ventanillas. El bajo latín de la Edad Media no creó en vano el verbo *denasare*. ¿Cuándo Gwynplaine era niño había sido lo suficientemente digno de atención para que se ocuparan de él hasta el extremo de modificarle el rostro? ¿Por qué no? Aunque sólo fuese con un propósito de exhibición y de especulación. Según todas las apariencias, hábiles manipuladores de niños habían trabajado en aquella cara. Parecía evidente que una ciencia misteriosa, probablemente oculta, que era respecto a la cirugía lo que la alquimia respecto a la química, había cincelado aquella carne, seguramente en la primera infancia, y creado, con premeditación, aquel rostro. Esa ciencia, hábil en los cortes, las obturaciones y las ligaduras, había hendido la boca, desbridado los labios, desnudado las encías, distendido las orejas, destabicado los cartílagos, desordenado las cejas y las mejillas, dilatado el músculo cigomático, atenuado las costuras y las cicatrices, y cubierto con piel las lesiones, todo ello manteniendo fija la expresión de la cara, y de esa escultura fuerte y profunda había salido aquella máscara: Gwynplaine.

No se nace así.

Como quiera que fuese, Gwynplaine estaba admirablemente logrado. Era un don de la Providencia a la tristeza de los hombres. ¿De qué Providencia? ¿Hay una

providencia Demonio como hay una providencia Dios? Hacemos la pregunta sin responderla.

Gwynplaine era titiritero. Se presentaba en público y ningún efecto se podía comparar con el que él producía. Curaba las hipocondrías sólo con dejarse ver. Las personas que guardaban luto, cuando lo veían, tenían que esforzarse para no reír indecentemente. Un día se presentó el verdugo y Gwynplaine le hizo reír. Cuando se lo veía, la gente se desternillaba de risa; si hablaba, la risa les hacía revolcarse en el suelo. Era el polo opuesto a la aflicción. El tedio estaba en un extremo y Gwynplaine en el otro.

Así había llegado rápidamente a obtener en las ferias y las plazas públicas una fama muy satisfactoria de hombre horrible.

Riendo es como Gwynplaine hacía reír. Sin embargo, no reía. Su rostro lo hacía, pero su pensamiento no. La clase de rostro extraño que el azar o un arte singularmente especial le había hecho reía solo, y Gwynplaine no intervenía en ello. El exterior no dependía del interior. No podía quitarse la risa que él no había puesto en su frente, sus mejillas, sus cejas y su boca. Se la habían aplicado en el rostro para siempre. Era una risa automática, tanto más irresistible porque estaba petrificada. Nadie se sustraía de ese rictus. Dos convulsiones de la boca son comunicativas: la risa y el bostezo. En virtud de la misteriosa operación sufrida probablemente por Gwynplaine cuando era niño todas las partes de su rostro contribuían a ese rictus, toda su fisonomía iba a parar en él, como una rueda se concentra en el cubo; todas sus emociones, cualesquiera que fuesen, aumentaban aquel extraño gesto de alegría, o mejor dicho lo agravaban. Un asombro que hubiera experimentado, un sufrimiento que hubiera padecido, una ira que se hubiera apoderado de él, una compasión que hubiera sentido, no habrían hecho más que acrecentar esa hilaridad de los músculos; si hubiera llorado habría reído; e hiciera lo que hiciese Gwynplaine, cualquier cosa que desease, cualquier cosa que pensase, en cuanto levantaba la cabeza, la multitud, si estaba presente, al ver aquella aparición estallaba en risotadas.

Imagínese una cabeza de Medusa alegre.

Todo lo que se tenía en la mente era desbaratado por esa aparición inesperada y había que reír.

El arte antiguo aplicaba antaño al frontón de los teatros de Grecia un rostro de bronce alegre. Ese rostro se llamaba la Comedia. Parecía reír y hacía reír y estaba pensativo. Toda la parodia que termina en la demencia, toda la ironía que termina en la sabiduría, se condensaban y amalgamaban en aquel rostro; la suma de las preocupaciones, las desilusiones, las repugnancias y las penas se hacía en aquella frente impasible y daban como total lúgubre la alegría; una comisura de la boca se alzaba, del lado del género humano para la burla, y la otra comisura, del lado de los dioses, para la blasfemia; los hombres iban a confrontar con ese modelo del sarcasmo ideal la ironía ejemplar que poseía cada uno, y la multitud, sin cesar renovada alrededor de esa risa fija, se pasmaba de satisfacción ante la inmovilidad sepulcral de

la risa irónica. Esa sombría máscara muerta de la comedia antigua aplicada a un hombre vivo casi se podría decir que era la de Gwynplaine. Tenía sobre el cuello aquella cabeza infernal de la hilaridad implacable. ¡Qué carga para los hombros de un hombre la risa eterna!

La risa eterna: entendámonos y expliquémonos. Si hemos de creer a los maniqueos, lo absoluto cede a veces y Dios mismo tiene intermitencias. Entendámonos también respecto a la voluntad. No admitimos que pueda ser completamente impotente. Toda existencia se parece a una carta que modifica la posdata. Para Gwynplaine, la posdata era ésta: a fuerza de voluntad, concentrando en ello toda su atención y con la condición de que ninguna emoción lo distrajera y aflojara la intensidad de su esfuerzo, podía llegar a suspender el eterno rictus de su rostro y arrojar sobre él una especie de velo trágico, y entonces ya no se reía delante de él, sino que se estremecía.

Digamos que Gwynplaine no hacía casi nunca ese esfuerzo, pues implicaba una fatiga dolorosa y una tensión insoportable. Por otra parte, bastaba la menor distracción y la menor emoción para que esa risa, expulsada durante un momento, reapareciese en su rostro irresistible como un reflujo, y era tanto más intensa cuanto más fuerte la emoción, cualquiera que fuese.

Salvo esa restricción, la risa de Gwynplaine era eterna.

Cuando se lo veía, se reía. Y después de reír se volvía la cabeza. Horrorizaba sobre todo a las mujeres. Aquel hombre era espantoso. La convulsión jocosa era como un tributo que se paga; se la sufría alegremente, pero casi mecánicamente. Después de lo cual, una vez enfriada la risa, Gwynplaine, para una mujer, era un hombre la vista del cual se hacía insoportable y al que era imposible mirar.

Por lo demás, era alto, bien formado, ágil, de modo alguno deforme, aparte del rostro. Eso era un indicio más entre las presunciones que hacían entrever en Gwynplaine una creación del arte más bien que una obra de la naturaleza. Bello de cuerpo, había sido probablemente bello de cara. Al nacer sería sin duda un niño como cualquier otro. Le habían conservado el cuerpo intacto y sólo le habían retocado la cara. Estaba hecho así intencionadamente.

Eso era al menos lo verosímil.

Le habían dejado los dientes. Los dientes son necesarios para la risa. La cabeza de un muerto los conserva.

La operación sufrida había sido sin duda espantosa. Él no la recordaba, lo que no probaba que no la hubiese sufrido. Esa escultura quirúrgica sólo se podía realizar con un niño muy pequeño y por consiguiente poco consciente de lo que le hacían y que con facilidad podía confundir una llaga con una enfermedad. Además, en esa época, como se recordará, eran conocidos los medios para dormir al paciente y evitar el sufrimiento. Sólo que en esa época a eso se llamaba magia. Ahora se lo llama anestesia.

Además de aquel rostro, los que lo habían criado le dieron recursos de gimnasta y de atleta; sus articulaciones, útilmente dislocadas, y adecuadas para flexiones en sentido inverso, habían recibido una educación de payaso y podían, como los goznes de una puerta, moverse en todos los sentidos. En su adecuación al oficio de titiritero nada se había descuidado.

Su cabello había sido teñido de color de ocre para siempre, secreto que se ha vuelto a descubrir en la actualidad. Las mujeres bellas lo utilizan, y lo que afeaba en otro tiempo es ahora juzgado bueno para embellecer. Gwynplaine tenía el cabello amarillo. Esa pintura del cabello, al parecer corrosiva, lo dejó lanudo y áspero al tacto. Ese erizamiento leonado, más bien crin que cabello, cubría y ocultaba un cráneo profundo hecho para contener el pensamiento. La operación que había quitado la armonía al rostro y desordenado toda aquella carne no había afectado a la caja ósea. El ángulo facial de Gwynplaine era fuerte y sorprendente. Detrás de aquella risa había un alma que soñaba, como todos nosotros.

Por lo demás, esa risa era para Gwynplaine todo un talento. No podía hacer nada a su respecto y la aprovechaba. Por medio de esa risa se ganaba la vida.

Gwynplaine —sin duda se lo habrá reconocido — era el niño abandonado una noche de invierno en la costa de Portland y recogido en una pobre barraca rodante en Weymouth.

2
Dea

El niño era ya un hombre. Habían pasado quince años. Era el año 1705. Gwynplaine iba a cumplir sus veinticinco de edad.

Ursus había conservado consigo a los dos niños, formando así un grupo nómada.

Ursus y Homo habían envejecido. Ursus estaba completamente calvo. El lobo tenía el pelo gris. La edad de los lobos no se puede determinar como la de los perros. Según Molin, hay lobos que viven ochenta años, entre ellos el pequeño kupara, *cavioe vorus*, y el lobo oloroso, *canis nubilus* de Say.

La niña encontrada sobre la mujer muerta era ahora una muchacha grande de dieciséis años, pálida con cabello moreno, delgada, frágil, casi temblorosa a fuerza de delicadeza y a la que se temía romper, admirablemente bella y con los ojos llenos de luz, pero ciega.

DEA.

La fatal noche de invierno que había derribado a la mendiga y su hija en la nieve asestó un golpe doble: mató a la madre y cegó a la hija.

La gota serena había paralizado para siempre las pupilas de aquella niña convertida a su vez en mujer. En su rostro, a través del cual no pasaba la luz, las comisuras de los labios tristemente rebajados expresaban esa contrariedad amarga. Sus ojos, grandes y claros, tenían la rareza de que a pesar de estar apagados para ella, brillaban para los demás. Misteriosas antorchas encendidas iluminaban solamente el exterior. Daba luz ella, que no la tenía. Aquellos ojos desaparecidos resplandecían. La cautiva de las tinieblas blanqueaba el medio ambiente lóbrego en que ella estaba. Desde el fondo de su oscuridad incurable, desde detrás de ese muro negro llamado ceguera, irradiaba. No veía fuera de ella el sol y dentro de ella se veía su alma.

Su mirada muerta tenía no se sabe qué fijeza celeste.

Era la noche, y de aquella sombra irremediable amalgamada con ella misma salía como un astro.

Ursus, maníaco de los nombres latinos, la había bautizado con el nombre de *Dea*, o sea Diosa. Para ello había consultado un poco con su lobo. Le había dicho: «Tú representas al hombre, yo represento al animal; somos el mundo de aquí abajo; esta pequeña representará al mundo de arriba. Tanta debilidad es omnipotencia. De esta manera el universo completo: humanidad, bestialidad y divinidad, estará en nuestra barraca». El lobo no había hecho objeción alguna.

Y así fue como la niña encontrada se llamó Dea.

En cuanto a Gwynplaine, Ursus no se había tomado la molestia de inventarle un nombre. La mañana misma del día en que descubrió la desfiguración del niño y la ceguera de la niña preguntó:

—Niño, ¿cómo te llamas?

Y el muchacho contestó:

—Me llaman Gwynplaine.

—¡Vaya por Gwynplaine! —exclamó Ursus.

Dea ayudaba a Gwynplaine en sus ejercicios.

Si la miseria humana pudiera ser resumida, lo había sido para Gwynplaine y Dea. Parecían haber nacido cada uno en un compartimiento del sepulcro: Gwynplaine en lo horrible y Dea en lo oscuro. Sus existencias estaban hechas con tinieblas de especie diferente, tomadas de los dos lados formidables de la vida. Dea tenía esas tinieblas dentro de ella y Gwynplaine sobre él. Había algo de fantasma en Dea y de espectro en Gwynplaine. Dea estaba en lo lúgubre y Gwynplaine en lo peor. Para Gwynplaine, vidente, existía una posibilidad punzante que no existía para Dea, ciega: la de compararse con los otros seres humanos. Ahora bien, en una situación como la de Gwynplaine, admitiendo que tratara de darse cuenta de ello, compararse era dejar de comprenderse. Tener, como Dea, una mirada vacía de la que está ausente el mundo es una angustia suprema; menor, no obstante, que la de ser su propio enigma, la de sentir que falta algo que es uno mismo, la de ver el universo y no verse. Dea tenía un velo: la oscuridad, y Gwynplaine una máscara: su rostro. Lo inexpresable era que Gwynplaine estaba enmascarado con su propia carne. Ignoraba cuál era su rostro, desaparecido, pues habían puesto sobre él otro falso. Tenía como rostro una desaparición. Su cabeza vivía y su cara había muerto. No recordaba haberla visto. El género humano, tanto para Dea como para Gwynplaine, era un hecho exterior; ellos se hallaban lejos de él, los dos solos. El aislamiento de Dea era fúnebre: no veía nada; el de Gwynplaine era siniestro: veía todo. Para Dea la creación no pasaba del oído y del tacto; la realidad era limitada, corta, y la perdía inmediatamente; no tenía más infinito que la sombra. Para Gwynplaine vivir era tener constantemente a la multitud delante y fuera de él. Dea era la proscrita de la luz y Gwynplaine el desterrado de la vida. En verdad, eran dos desesperados. Tanto él como ella habían tocado el fondo de toda la calamidad posible. Un observador que los hubiera visto habría tenido la

sensación de que su arrobamiento terminaba en una compasión inconmensurable. ¡Cuánto debían sufrir! Un decreto de infortunio pesaba visiblemente sobre aquellas dos criaturas humanas, y jamás la fatalidad, alrededor de dos seres inocentes, había amañado mejor el destino en tortura y la vida en infierno.

Sin embargo, vivían, en un paraíso.

Se amaban.

Gwynplaine adoraba a Dea y Dea idolatraba a Gwynplaine.

—¡Qué bello eres! —le decía ella.

3
«Oculos non habet et videt»[50]

En este mundo sólo una mujer veía a Gwynplaine y era aquella ciega.

Lo que Gwynplaine había sido para ella lo sabía por Ursus, a quien el muchacho relató su ruda marcha de Portland a Weymouth y las angustias mezcladas con su abandono. Sabía que, cuando era muy pequeña y estaba a punto de expirar sobre su madre muerta, mamando un cadáver, un ser un poco menos pequeño que ella la había recogido; que aquel ser, eliminado y como sepultado bajo el sombrío rechazamiento universal, había oído su llanto; que, cuando todos estaban sordos para él, él no había estado sordo para ella; que aquel niño, aislado, débil, rechazado, desamparado en este mundo, arrastrándose por el desierto, agotado de fatiga, destrozado, había aceptado de las manos de la noche la carga de otro niño; que él, que no podía esperar participación alguna en esa distribución oscura que se llama la suerte, se había hecho cargo de un destino; que siendo indigencia, angustia y aflicción, se había convertido en providencia; que cuando se cerraba el cielo había abierto su corazón; que perdido, la había salvado; que no teniendo techo ni abrigo, había sido asilo; que se había convertido en madre y nodriza; que estando solo en el mundo había respondido al abandono con una adopción; que en las tinieblas había dado ese ejemplo; que no sintiéndose bastante agobiado habían deseado la miseria ajena por añadidura; que en esta tierra donde parecía que no existía nada para él había descubierto el deber; que donde todos habrían vacilado él había avanzado; que donde todos habría retrocedido él había consentido; que había introducido la mano en la abertura del sepulcro y sacado de él a ella, Dea; que, semidesnudo, le había dado sus harapos porque ella tenía frío; que, hambriento, había pensado en darle de beber y comer; que por aquella niña aquel niño había luchado con la Muerte, la había combatido en todas las formas, en la forma de invierno y nieve, en la forma de soledad, en la forma de terror, en la forma de frío y hambre, en la forma de tempestad; que por ella, Dea, aquel titán de diez años había luchado con la inmensidad nocturna. Sabía que él había hecho eso siendo niño, y que ahora que era hombre era la fuerza de ella, débil; la riqueza de ella, indigente; la curación de ella, enferma; la mirada de ella, ciega. A través de las densidades desconocidas por las que se sentía mantenida a distancia distinguía claramente aquel sacrificio, aquella abnegación, aquel coraje. El heroísmo, en la región inmaterial, tiene un contorno, y ella percibía ese contorno sublime; en la abstracción inexpresable donde vive un pensamiento al que no ilumina el sol percibía ese misterioso lineamiento de la virtud. En aquel cerco de cosas oscuras puestas en movimiento que era la única impresión que le producía la realidad, en aquel estancamiento inquieto de la criatura pasiva siempre en guardia contra el peligro posible, en aquella sensación de hallarse indefensa que es toda la vida del ciego,

comprobaba la presencia de Gwynplaine a su lado; de Gwynplaine nunca indiferente, nunca ausente, nunca eclipsado; de Gwynplaine enternecido, caritativo y amable. Dea se estremecía de certidumbre y agradecimiento, su ansiedad tranquilizada terminaba en éxtasis y con sus ojos llenos de tinieblas contemplaba en el cénit de su abismo aquella bondad, que era como una luz intensa.

En lo ideal la bondad es el sol y Gwynplaine deslumbraba a Dea. Para la multitud, que cuenta con demasiadas cabezas para tener un pensamiento y demasiados ojos para tener una mirada; para la multitud que, superficie ella misma, se detiene en las superficies, Gwynplaine era un payaso, un titiritero, un saltimbanqui, un contrahecho, un poco más y un poco menos que un animal. La multitud no conocía más que el rostro.

Para Dea, Gwynplaine era el salvador que la había recogido en la tumba y sacado de ella, el consolador que le hacía posible la vida, el liberador cuya mano sentía en la suya en el laberinto que es la ceguera. Gwynplaine era el hermano, el amigo, el guía, el sostén, el semejante del cielo, el esposo alado y radiante, y donde la multitud veía al monstruo ella veía al arcángel.

Es que Dea, ciega, percibía el alma.

4
Los enamorados adecuados

Ursus, filósofo, comprendía y aprobaba la fascinación de Dea.

Decía:

—El ciego ve lo invisible.

Y también:

—La conciencia es visión.

Miraba a Gwynplaine y murmuraba entre dientes:

—Semi-monstruo, pero semi-dios.

Gwynplaine, por su parte, se sentía embriagado por Dea. Existe el ojo invisible, que es la mente, y el ojo visible, que es la pupila. Él la veía con ojo visible. Dea poseía el deslumbramiento ideal y Gwynplaine el real. Gwynplaine no era feo, era espantoso; tenía ante sí su contraste: Dea tan suave como él era terrible. Él era el horror y Dea la gracia. En Dea había sueño, un sueño que había adquirido algo de cuerpo. Tenía en toda su persona, en su estructura eólica, en su talle fino y flexible, inquieto como un junco; en sus hombros, tal vez invisiblemente alados; en las redondeces discretas de su contorno indicadoras del sexo, pero al alma más bien que a los sentidos; en su blancura, que era casi transparencia; en la augusta oclusión serena de su mirada divinamente cerrada a la tierra, en la inocencia sagrada de su sonrisa, un parecido exquisito al ángel, sin dejar de ser lo suficientemente mujer.

Gwynplaine, como hemos dicho, se comparaba y comparaba a Dea.

Su existencia, tal como era, se derivaba de una doble elección extraordinaria. Era el punto de intersección de dos rayos, uno de abajo y el otro de arriba, del rayo negro y el rayo blanco. La misma migaja puede ser picoteada al mismo tiempo por los dos picos del mal y del bien, el primero de los cuales muerde y el segundo besa. Gwynplaine era esa migaja, átomo macerado y acariciado. Era el producto de una fatalidad mezclada con una providencia. La desdicha había puesto el dedo en él, pero también la dicha. Dos destinos extraños componían su suerte extraña. Era objeto de un anatema y de una bendición. Era el maldito elegido. ¿Quién era? No lo sabía. Cuando se contemplaba veía a un desconocido. Pero ese desconocido era monstruoso. Vivía en una especie de decapitación, con un rostro que no era el suyo. Ese rostro era espantoso, tan espantoso que divertía. Asustaba tanto que hacía reír. Era infernalmente bufonesco, el naufragio de la cara humana en un mascarón bestial. Una especie de marea gesticuladora había invadido todo. Nunca se había visto un eclipse más total del hombre en el rostro humano, nunca había sido más completa una parodia, jamás un esbozo más horrible había reído irónicamente en una pesadilla, nunca todo lo que puede repeler a una mujer se había amalgamado más horriblemente en un hombre; el corazón infortunado, enmascarado y calumniado por aquel rostro,

parecía condenado para siempre a la soledad bajo ese rostro como bajo la tapa de una tumba. ¡Pues bien, no! Donde se había agotado la maldad desconocida se desparramaba a su vez la bondad invisible. En aquel pobre decaído, de pronto levantado, junto a todo lo que rechaza ponía lo que atrae, en el escollo ponía el imán, hacía que corriera volando hacia aquel abandonado un alma, encargaba a la paloma que consolara al abatido, hacía que la deformidad fuese adorada por la belleza.

Para que eso fuese posible era necesario que la bella no viese al desfigurado. Para esa dicha hacía falta esa desgracia.

La Providencia había hecho ciega a Dea.

Gwynplaine se sentía vagamente objeto de una redención. ¿Por qué la persecución? Lo ignoraba. ¿Por qué el rescate? Lo ignoraba también. Una aureola había ido a posarse sobre su marca afrentosa; eso era lo único que sabía. Ursus, cuando Gwynplaine llegó a la edad de poder comprender, le leyó y explicó el texto del doctor Conquest, *de Denasatis*[51], y en otro infolio, *Hugo Plagon*[52], el pasaje *nares habens mutilas*[53], pero Ursus se había abstenido prudentemente de hacer «hipótesis» y guardado de sacar conclusiones de ninguna clase. Eran posibles algunas suposiciones, se entreveía la probabilidad de una violencia cometida contra Gwynplaine en su infancia, pero para él sólo una cosa era evidente: el resultado.

Su destino era vivir bajo un estigma. ¿Por qué ese estigma? No había respuesta. El silencio y la soledad rodeaban a Gwynplaine. Todo era fugaz en las conjeturas que se podían hacer respecto a esa realidad trágica, y, con excepción del hecho terrible, nada era seguro. En ese abatimiento intervino Dea, como una interposición celestial entre Gwynplaine y la desesperación. Percibía, conmovido y reanimado, la dulzura de aquella muchacha exquisita vuelta hacia su horror; la admiración paradisíaca enternecía su rostro draconiano; hecho para espantar, contaba con la excepción prodigiosa de ser admirado y adorado idealmente por la luz y, monstruo, sentía en él la contemplación de una estrella.

Gwynplaine y Dea formaban una pareja y aquellos dos corazones patéticos se adoraban. Un nido y dos pájaros: esa era su historia. Habían ingresado en la ley universal que consiste en agradarse mutuamente, buscarse y encontrarse.

De modo que el odio se había engañado. Los perseguidores de Gwynplaine, quienesquiera que fuesen, el ensañamiento enigmático, de cualquier parte que viniese, no habían conseguido su propósito. Querían hacer un desesperado y habían hecho un encantado. Lo habían desposado de antemano con una llaga curativa y predestinado a que lo consolara una aflicción. La tenaza del verdugo se había convertido suavemente en mano de mujer. Gwynplaine era horrible, artificialmente horrible por obra de los hombres; esperaban aislarlo para siempre, en primer lugar de la familia, y luego de la humanidad; siendo niño, habían hecho de él una ruina. Pero la naturaleza había reconstruido esa ruina como reconstruye todas las ruinas; había consolado esa soledad como consuela todas las soledades. La naturaleza acude en ayuda de todos los abandonos, donde todo falta vuelve a darse por completo,

reflorece y reverdece en todos los desmoronamientos, tiene la hiedra para las piedras y el amor para los hombres.

Generosidad profunda en la sombra.

5
Lo azul en lo negro

Así vivían el uno para el otro aquellos infortunados, Dea protegida y Gwynplaine aceptado.

La huérfana contaba con el huérfano, la enclenque con el deforme.

Aquellas viudeces se ajustaban mutuamente.

Una acción de gracias inefable se desprendía de aquellas dos aflicciones. Estaban agradecidas.

¿A quién?

A la inmensidad oscura.

Agradecer ante uno mismo es suficiente. La acción de gracias tiene alas y va adonde debe ir. Vuestra plegaria sabe más que vosotros.

¡Cuántos hombres que creían rogar a Júpiter han rogado a Jehová! ¡Cuántos creyentes en los amuletos son escuchados por el infinito! ¡Cuántos ateos no se dan cuenta de que por el solo hecho de ser buenos y tristes ruegan a Dios!

Gwynplaine y Dea estaban agradecidos.

La deformidad es la expulsión y la ceguera es el precipicio. La expulsión había sido adoptada y el precipicio era habitable.

Gwynplaine veía descender hacia él en plena luz, en una disposición del destino que parecía la puesta en perspectiva de un sueño, una blanca nube de belleza que tenía la forma de una mujer, una visión radiante en la que había un corazón, y esa aparición, casi nube y no obstante mujer, le abrazaba, y esa visión le besaba, y ese corazón le amaba. Gwynplaine, siendo amado, no era ya deforme; una rosa deseaba casarse con la oruga, pues sentía en esa oruga la mariposa divina; Gwynplaine, el rechazado, era elegido.

Todo consiste en contar con lo necesario. Gwynplaine tenía lo suyo, y Dea también.

La abyección del desfigurado, aliviada y como sublimada, se dilataba en embriaguez, en arrobamiento, en creencia; y una mano acudía al encuentro de la sombría vacilación de la ciega en la oscuridad.

Era la penetración de dos aflicciones en el ideal, ésta absorbiendo a aquélla. Dos exclusiones se admitían, dos lagunas se combinaban para completarse. Los unía lo que les faltaba. En lo que el uno era pobre el otro era rico. La desdicha del uno era el tesoro del otro. Si Dea no hubiese sido ciega, ¿habría elegido a Gwynplaine? Si Gwynplaine no hubiese estado desfigurado, ¿habría preferido a Dea? Probablemente ella no habría deseado lo deforme más que él lo enclenque. ¡Qué dicha para Dea que fuese horrible! ¡Qué suerte para Gwynplaine que Dea fuese ciega! Fuera de su emparejamiento providencial eran imposibles. Una prodigiosa necesidad mutua era la

base de su amor. Gwynplaine salvaba a Dea y Dea salvaba a Gwynplaine. El encuentro de sus miserias producía la adherencia. El suyo era el abrazo de los tragados por el abismo: nada más estrecho, ni más desesperado, ni más exquisito.

Gwynplaine tenía un pensamiento:

—¿Qué sería yo sin ella?

Dea tenía un pensamiento:

—¿Qué sería yo sin él?

Aquellos dos destierros terminaban en una patria, aquellas dos fatalidades incurables, el estigma de Gwynplaine y la ceguera de Dea, realizaban su conexión en el contentamiento. Se bastaban, no imaginaban nada más allá de ellos mismos; hablarse era una delicia, acercarse era una beatitud; a fuerza de intuición recíproca habían llegado a la unidad de ilusión; los dos pensaban lo mismo. Cuando Gwynplaine caminaba, Dea creía oír pasos de apoteosis. Se apretaban el uno contra el otro en una especie de claroscuro sideral lleno de perfumes, de músicas, de arquitecturas luminosas, de sueños; se pertenecían, se sabían juntos para siempre en la misma alegría y el mismo éxtasis; y nada era tan extraño como aquella construcción de un Edén por dos condenados.

Eran indeciblemente dichosos.

Con su infierno habían hecho un cielo, ¡tal es el poder del amor!

Dea oía reír a Gwynplaine, y Gwynplaine veía sonreír a Dea.

Así se había encontrado la felicidad ideal. La alegría perfecta de la vida estaba realizada, el misterioso problema de la dicha estaba resuelto. ¿Y por quién? Por dos miserables.

Para Gwynplaine Dea era el esplendor y para Dea Gwynplaine era la presencia.

La presencia, misterio profundo que diviniza lo invisible y del que resulta ese otro misterio: la confianza. En las religiones eso es lo único irreductible, pero ese irreductible es suficiente. No se ve al inmenso ser necesario, se lo siente.

Gwynplaine era la religión de Dea.

A veces, ardiente de amor, se arrodillaba delante de él, como una bella sacerdotisa que adorase el gnomo de una pagoda.

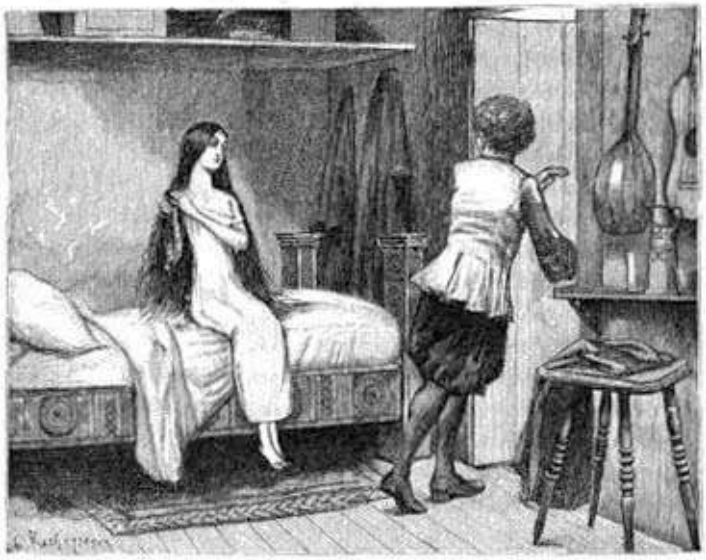
Imagínese el abismo, y en medio del abismo un oasis de claridad, y en ese oasis aquellos dos seres fuera de la vida, deslumbrándose.

No hay pureza que se pueda comparar con aquellos amores. Dea ignoraba lo que era un beso, aunque tal vez lo deseaba; pues la ceguera, sobre todo la de una mujer, tiene sus sueños y, aunque temblaba ante las aproximaciones de lo desconocido, no aborrecía todas. En cuanto a Gwynplaine, la juventud temblorosa lo ponía pensativo; cuanto más embelesado se sentía tanto más tímido se mostraba; habría podido atreverse a todo con aquella compañera de su infancia, con aquella ignorante del pecado lo mismo que de la luz, con aquella ciega que sólo veía una cosa: que le adoraba. Pero habría creído robar lo que ella hubiera dado; se resignaba con una melancolía satisfecha a amar angélicamente, y la sensación de su deformidad se resolvía en un pudor augusto.

Aquellos seres dichosos vivían en lo ideal. Allí eran esposos a distancia, como las esferas. Intercambiaban en el azul el efluvio profundo que en lo infinito es la

atracción y en la tierra el sexo. Se besaban con el alma.

Siempre habían vivido en común. No se conocían sino juntos. La infancia de Dea había coincidido con la adolescencia de Gwynplaine. Habían crecido lado a lado. Durante largo tiempo habían dormido en la misma cama, pues la barraca no era un dormitorio muy grande, ellos sobre el arca y Ursus en el suelo. Luego, un buen día, cuando Dea era todavía pequeña, Gwynplaine se vio grande y la vergüenza comenzó por el lado del hombre. Dijo a Ursus: «Yo también quiero dormir en el suelo». Y cuando llegó la noche se acostó junto al anciano, sobre la piel de oso. Dea lloró y reclamó a su compañero de cama, pero Gwynplaine, inquieto, pues comenzaba a amar, se mantuvo en sus trece. Desde ese momento durmió en el suelo con Ursus. En el verano, cuando la noche era buena, se acostaba fuera, con Homo. Dea tenía ya trece años y todavía no se había resignado. Con frecuencia decía al llegar la noche: «Gwynplaine, acuéstate a mi lado; eso me hará dormir». Un hombre a su lado era una necesidad del sueño de la inocente. La desnudez consiste en verse desnudo y, por consiguiente, ella ignoraba la desnudez. Ingenuidad de Arcadia o de Otaití. Dea, salvaje, hacía feroz a Gwynplaine. A veces sucedía que Dea, cuando era ya casi muchacha, se peinaba la larga cabellera sentada en la cama, con la camisa abierta y medio caída, dejando ver la estatua femenina esbozada y un vago comienzo de Eva, y llamaba a Gwynplaine. Gwynplaine se ruborizaba, bajaba la vista, no sabía qué hacer ante aquella carne ingenua, balbuceaba, volvía la cabeza, sentía miedo y se iba, y aquel Dafnis de las tinieblas huía ante aquella Cloe de la sombra.



Tal era el idilio nacido de una tragedia.

Ursus les decía:

—¡Viejos brutos, adoraos!

6
Ursus pedagogo y Ursus tutor

Ursus añadía:

—Uno de estos días les haré una jugarreta: los casaré.

Enseñaba a Gwynplaine la teoría del amor y le decía:

—¿Sabes cómo el buen Dios enciende el fuego del amor? Pone a la mujer abajo, al diablo en medio y al hombre sobre el diablo. Un fósforo, es decir una mirada, y todo arde.

—La mirada no es necesaria —observó Gwynplaine, pensando en Dea.

Y Ursus replicó:

—¡Tonto! ¿Acaso las almas no necesitan ojos para mirarse?

A veces Ursus era un buen diablo. En algunas ocasiones Gwynplaine, enamorado de Dea hasta ponerse lóbrego, se guardaba de Ursus como de un testigo. Un día, Ursus le dijo:

—¡Bah!, no te molestes. En amor el gallo se muestra.

—Pero el águila se oculta —replicó Gwynplaine.

En otros momentos Ursus se decía a sí mismo:

«Es prudente meter palos en las ruedas del carro de Citerea. Se aman demasiado y eso puede tener inconvenientes. Evitemos el incendio y moderemos a esos corazones».

Y apeló a advertencias de esa clase, hablando a Gwynplaine cuando Dea dormía y a Dea cuando Gwynplaine se ausentaba:

—Dea, no tienes que apegarte demasiado a Gwynplaine. Vivir en otro es peligroso. El egoísmo es una buena raíz de la dicha. Los hombres escapan a las mujeres. Además, Gwynplaine puede terminar por engreírse. ¡Tiene tanto éxito! ¡No te imaginas el buen éxito que tiene!

—Gwynplaine, las desproporciones nada valen. Demasiada fealdad por un lado y demasiada belleza por el otro deben hacer reflexionar. Modera tu ardor, hijo mío. No re entusiasmes demasiado con Dea. ¿Te crees seriamente nacido para ella? Considera tu deformidad y su perfección, y verás la distancia que os separa. ¡Tiene todo esa Dea! ¡Qué piel blanca, qué cabello, qué labios que parecen fresas y qué pies! ¡Y qué manos! Sus hombros tienen un curva exquisita, el rostro es sublime, cuando camina sale luz de ella. ¡Y ese modo de hablar grave, con ese sonido de voz encantador! ¡Y pensar que con todo eso es una mujer! No es tan tonta como para ser un ángel. Es la belleza absoluta. Dite todo eso para calmarte.

La consecuencia era que se duplicaba el amor entre Dea y Gwynplaine y a Ursus le sorprendía su fracaso, un poco como si alguien dijera: «Es extraño, por más que echo aceite al fuego no consigo apagarlo».

¿Acaso quería apagar ese amor, ni siquiera enfriarlo? No por cierto. Se habría llevado un buen chasco si lo hubiera conseguido. En realidad aquel amor, llama para ellos y calor para él, le encantaba.

Pero hay que contrariar un poco a lo que nos encanta. A esa contradicción es a lo que los hombres llaman prudencia.

Ursus había sido para Gwynplaine y Dea casi padre y madre. Mientras murmuraba los criaba, mientras gruñía los alimentaba. Esa adopción había hecho más pesada la barraca rodante, y con más frecuencia tenía que ayudar a Homo a arrastrarla.

Digamos que, pasados los primeros años, cuando Gwynplaine era ya casi grande y Ursus completamente viejo, le tocó a Gwynplaine arrastrar a Ursus.

Ursus, al ver crecer a Gwynplaine, hizo el horóscopo de su deformidad.

—Han hecho tu fortuna —le dijo.

Aquella familia de un anciano, dos niños y un lobo había formado mientras iba de un lado a otro un grupo cada vez más estrecho.

La vida errante no había impedido la educación. «Errar es desarrollarse», decía Ursus. Como Gwynplaine estaba hecho evidentemente para ser «exhibido en las ferias», Ursus cultivó en él al saltimbanqui y en ese saltimbanqui incrustó lo mejor que pudo la ciencia de la sabiduría. Contemplando la máscara estupefaciente de Gwynplaine gruñía: «La comenzaron bien», y por eso la completó con todos los adornos de la filosofía y del saber.

Repetía con frecuencia a Gwynplaine:

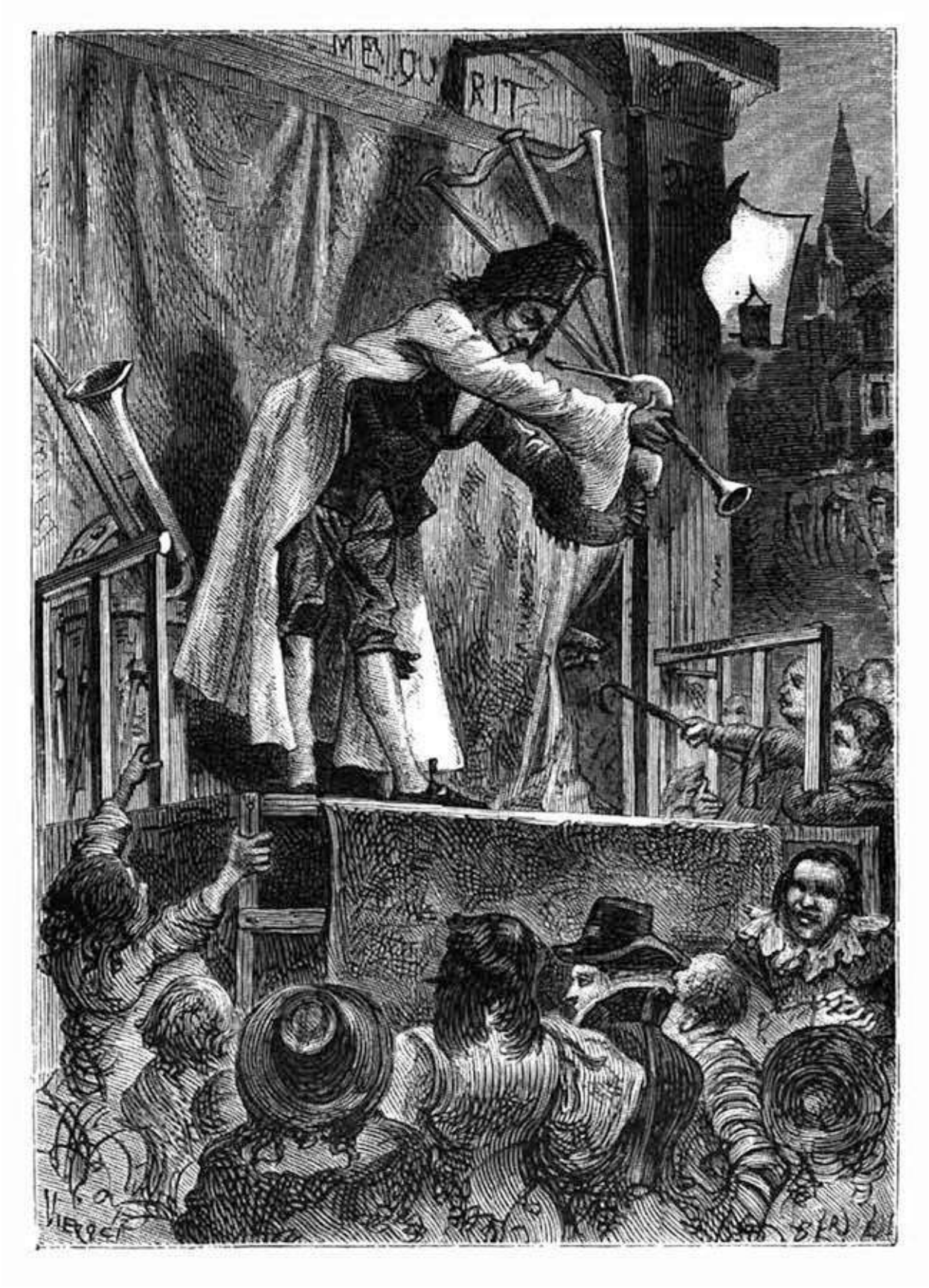
—Sé un filósofo. Ser sabio es ser invulnerable. Tal como me ves, nunca he llorado, gracias a mi sabiduría. ¿Crees que si hubiera querido llorar me habría faltado ocasión?

Ursus, en sus monólogos escuchados por el lobo, decía:

—He enseñado a Gwynplaine todo, incluido el latín, y a Dea nada, incluida la música.

A los dos les había enseñado a cantar. Él mismo manejaba con talento la «musa del trigo», pequeña flauta de esa época. La tocaba agradablemente, así como la chifonía, especie de viola de mendigo a la que la crónica de Bertrand Duguesclin califica de «instrumento truhán» y es el punto de partida de la sinfonía. Esas músicas atraían a la gente. Ursus mostraba a la multitud su chifonía y decía:

—En latín, organistrum.



Enseñó a Dea y Gwynplaine el canto según el método de Orfeo y de Egide Binchois. Más de una vez interrumpió las lecciones con esta exclamación de entusiasmo:

—¡Orfeo, músico de Grecia! ¡Binchois, músico de Picardía!

Estas complicaciones de una educación cuidadosa no habían ocupado a los dos niños hasta el punto de impedir que se adoraran. Crecieron mezclando sus corazones, como dos arbolitos plantados el uno cerca del otro mezclan sus ramas al convertirse en árboles.

—De todos modos —murmuraba Ursus— los casaré.

Y gruñía para sus adentros:

—Me molestan con su amor.

El pasado, inclusive el poco que tenían, no existía para Gwynplaine y Dea. Sólo sabían de él lo que Ursus les había dicho. Y le llamaban «padre».

Gwynplaine sólo recordaba su infancia como un paso de demonios por su cuna. Tenía de ella la impresión de haber sido pateado en la oscuridad por unos pies deformes. ¿Lo habían hecho deliberadamente o sin quererlo? Lo ignoraba. Lo que recordaba claramente, y con los menores detalles, era la trágica aventura de su abandono. El hallazgo de Dea convertía para él aquella noche lúgubre en una fecha radiante.

El recuerdo de Dea, más todavía que el de Gwynplaine, se perdía en las nubes. Como era entonces tan pequeña, todo se había disipado. Recordaba a su madre como una cosa fría. ¿Había visto el sol? Tal vez. Se esforzaba por volver a sumergir su mente en aquel desvanecimiento que quedaba tras ella. ¿El sol? ¿Qué era eso? Recordaba algo luminoso y cálido a lo que Gwynplaine había reemplazado.

Se decían cosas en voz baja. Es cierto que arrullarse es lo más importante en la Tierra. Dea le decía a Gwynplaine:

—La luz es cuando tú hablas.

En una ocasión, sin poder contenerse, Gwynplaine, al ver a través de la manga de muselina el brazo de Dea, rozó con sus labios esa transparencia. Fue un beso ideal de una boca deforme. Dea sintió un embeleso profundo. Se puso toda rosada. Aquel beso de un monstruo fue la aurora en aquella bella frente llena de oscuridad. Entretanto, Gwynplaine suspiró con una especie de terror, y como la gorguera de Dea se entreabrió, no pudo dejar de mirar las blancuras visibles por aquella abertura paradisíaca.

Dea se levantó la manga y tendió a Gwynplaine su brazo desnudo diciendo:

—¡Otra vez!

Gwynplaine salió del paso huyendo.

Al día siguiente se reanudó ese juego, con variantes. Era un deslizamiento celestial en el delicioso abismo del amor.

Esas son cosas ante las que el buen Dios, como viejo filósofo, sonríe.

7
La ceguera da lecciones de clarividencia

A veces Gwynplaine se hacía reproches. Convertía su dicha en un caso de conciencia. Se imaginaba que dejarse amar por aquella mujer que no podía verlo era engañarla. ¿Qué diría si sus ojos se abrieran de pronto? ¡Cómo le repugnaría lo que la atraía! ¡Cómo retrocedería ante su amante espantoso! ¡Qué grito lanzaría! ¡Cómo se cubriría el rostro con las manos! ¡Cómo huiría! Un escrúpulo doloroso lo hostigaba. Se decía que, siendo un monstruo, no tenía derecho al amor. Hidra idolatrada por un astro, era su deber desengañar a aquella estrella ciega.

Una vez dijo a Dea:

—Tú sabes que soy muy feo.

—Yo sé que eres sublime —respondió ella.

Él añadió:

—Cuando oyes reír a todos, es de mí de quien se ríen, porque soy horrible.

—Te amo —replicó Dea. Y tras un silencio, añadió —. Yo iba a morir y tú me devolviste a la vida. Tu presencia es el cielo a mi lado. ¡Dame la mano para que toque a Dios!

Sus manos se buscaron y se estrecharon, y no dijeron una palabra más, acallados por la plenitud de su amor.

Ursus les oyó de mal humor, y al día siguiente, cuando estaban los tres juntos, dijo:

—Por lo demás, Dea es fea también.

Sus palabras no hicieron efecto. Dea y Gwynplaine no escuchaban. Absortos el uno en el otro, rara vez advertían los epifonemas de Ursus, quien se mostraba profundo inútilmente.

Sin embargo, esta vez la prevención de Ursus «Dea es fea también» indicaba en aquel hombre docto cierta ciencia de la mujer. Era cierto que Gwynplaine había cometido, lealmente, una imprudencia. Dicha a otra mujer y a una ciega muy distinta de Dea, la declaración «Yo soy feo» habría podido ser peligrosa. Estar ciego y enamorado es estar doblemente ciego. En esa situación se sueña; la ilusión es el pan del sueño, y quitarle la ilusión al amor es quitarle el alimento. Todos los entusiasmos intervienen útilmente en su formación, tanto la admiración física como la admiración moral. Por lo demás, nunca se debe decir a una mujer una palabra difícil de comprender, pues le hace soñar. Y con frecuencia sueña mal. Un enigma en una ilusión causa estragos. La percusión de una palabra que se ha dejado caer disgrega lo que estaba adherido. A veces sucede que, sin saber cómo, porque ha recibido el choque vago de una palabra en el aire, un corazón se vacía insensiblemente. El ser

que ama advierte una baja en su dicha. Nada es tan temible como esa exudación lenta del vaso rajado.

Por suerte, Dea no estaba hecha con esa arcilla. La pasta con que se hacen todas las mujeres no había sido utilizada para ella. Era una naturaleza rara la de Dea. Su cuerpo era frágil, pero no su corazón. El fondo de su ser era una divina perseverancia en el amor.

El único efecto que le produjeron las palabras de Gwynplaine consistió en hacer que dijera un día:

—Ser feo, ¿qué significa? Es hacer el mal, y Gwynplaine sólo hace el bien. Por consiguiente, es bello.

Luego, en la misma forma de interrogación habitual en los niños y los ciegos, añadió:

—¿Ver? ¿A qué llamáis ver? Yo no veo, lo sé. Parece que ver es ocultar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gwynplaine.

Dea contestó:

—Ver es una cosa que oculta la verdad.

—No —dijo Gwynplaine.

—¡Pero sí —replicó Dea—, puesto que dices que eres feo!

Meditó un momento y añadió:

—¡Mentiroso!

Y Gwynplaine tuvo la alegría de haber confesado y no haber sido creído. Su conciencia estaba tranquila, y su amor también.

Así habían llegado, ella a los dieciséis años y él a cerca de los veinticinco.

Y, como se diría ahora, no habían «avanzado» más que el primer día. Menos, porque, como se recordará, habían tenido su noche de bodas, ella a los nueve meses de edad y él a los diez años. Una especie de santa infancia continuaba en su amor; sucede a veces que el ruiseñor retrasado prolonga su canto nocturno hasta la aurora.

Sus caricias apenas iban más allá del apretón de manos o del roce del brazo desnudo. Una voluptuosidad suavemente balbuciente era suficiente para ellos.

Veinticuatro y dieciséis años. Eso hizo que una mañana Ursus, quien no se olvidaba de su «jugarreta», les dijera:

—Uno de estos días elegiréis una religión.

—¿Para qué? —preguntó Gwynplaine.

—Para casaros.

—Pero ya lo estamos —replicó Dea.

La muchacha no comprendía que se pudiera ser marido y mujer más que lo que eran ya.

En realidad, aquella satisfacción quimérica y virginal, aquella ingenua saciedad del alma por el alma, aquel celibato tomado por matrimonio desagradaba a Ursus. Lo que decía al respecto lo decía porque era necesario hablar bien. Pero el médico que

había en él consideraba a Dea, si no demasiado joven, al menos demasiado delicada y frágil para lo que llamaba «el himeneo en carne y hueso».

De todos modos, eso llegaría bastante pronto.

Por lo demás, ¿no estaban ya casados? Si lo indisoluble existía en alguna parte, ¿no existía en aquella cohesión de Gwynplaine y Dea? Y, cosa admirable, era la desdicha la que los había arrojado adorablemente al uno en brazos del otro.

Y como si ese primer vínculo no fuera suficiente, sobre la desdicha se había anudado, enrollado y apretado el amor. ¿Qué fuerza puede romper la cadena de hierro reforzada por un nudo de flores?

Ciertamente, eran ya inseparables.

Dea poseía la belleza y Gwynplaine la luz. Cada uno aportaba su dote y formaban más que una pareja, formaban un par; sólo los separaba la inocencia, interposición sagrada.

Sin embargo, era en vano que Gwynplaine soñara y se absorbiera todo lo que podía en la contemplación de Dea y en el fuero interno de su amor, pues era hombre. Las leyes fatales no se eluden. Experimentaba, como toda la inmensa naturaleza, las vagas fermentaciones queridas por el creador. A veces, cuando se presentaba en público, eso hacía que mirase a las mujeres que se hallaban entre la multitud, pero en seguida desviaba la mirada en contravención y se apresuraba a volver a introducirse, arrepentido, en su alma.

Añadamos que le faltaba el estímulo. En el rostro de todas las mujeres que miraba veía la aversión, la antipatía, la repugnancia y el rechazamiento.

Era evidente que solamente Dea era posible para él. Eso le ayudaba a arrepentirse.

8
No sólo la dicha, sino también la prosperidad

¡Cuántas cosas verdaderas hay en los cuentos! La quemadura del diablo invisible que os toca es el remordimiento por un mal pensamiento.

En Gwynplaine el mal pensamiento no conseguía nacer, por lo que nunca sentía remordimientos. Pero a veces sentía pesar.

Vagas brumas de la conciencia.

¿A qué se debían? A nada.

Su dicha era completa. Tan completa que ni siquiera eran pobres.

Entre 1689 y 1704 se había producido una transfiguración.

En ese año 1704 sucedía a veces que al caer la noche, en tal o cual pequeña ciudad del litoral hacía su entrada un furgón grande y pesado, tirado por dos caballos robustos. Parecía un casco de barco invertido, con la quilla como techo y la cubierta como piso, y puesto sobre cuatro ruedas. Las cuatro ruedas eran iguales y altas como las de un carro para transportar fardos. Las ruedas, la vara y el furgón entero estaban pintados de verde, con graduación rítmica de matices que iban desde el verde botella en las ruedas hasta el verde manzana en el techo.

Ese color verde había terminado llamando la atención sobre ese vehículo, que era conocido en todos los feriales; lo llamaban la Green-Box, que quiere decir la Caja Verde. Esa Green-Box sólo tenía dos ventanas, una en cada extremo, y en la parre trasera una puerta con estribo. Sobre el techo, de un tubo pintado de verde como lo demás, salía humo. Esa casa ambulante estaba siempre recién barnizada y lavada.

En la delantera, en un traspontín adherido al furgón y que tenía como puerta la ventana, por encima de la grupa de los caballos, al lado de un anciano que tenía las riendas y manejaba el tiro, dos mujeres machorras, es decir gitanas, vestidas de diosas, tocaban la trompeta. Los ciudadanos contemplaban y comentaban embobados aquella máquina, orgullosamente traqueteante.

Era la antigua barraca de Ursus, ampliada por el buen éxito y ascendida de tablado de saltimbanquis a teatro.

Un ser entre perro y lobo estaba encadenado bajo el furgón.

Era Homo.

El viejo cochero que conducía los *hackneys* era el filósofo mismo en persona.

¿A qué se debía ese crecimiento de la barraca miserable en berlina olímpica? A que Gwynplaine era célebre.

Con un olfato auténtico de lo que constituye el triunfo entre los hombres, Ursus había dicho a Gwynplaine: «Han hecho tu fortuna».

Como se recordará, Ursus había hecho de Gwynplaine su alumno. Unos desconocidos habían trabajado su rostro y él trabajó su inteligencia, y detrás de aquella máscara tan bien lograda puso todo el pensamiento que pudo. Cuando el niño creció y le pareció digno de ello, lo presentó en escena, es decir en la delantera de la barraca. El efecto de esa aparición fue extraordinario. Inmediatamente lo admiraron los transeúntes. Nunca habían visto nada que se pudiera comparar con aquel cómico sorprendente. Ignoraban cómo se había obtenido aquel milagro de hilaridad comunicable; unos la creían natural, otros la declaraban artificial, las conjeturas se agregaban a la realidad y en todas partes, en las plazas públicas, en los mercados, en todas las ferias y fiestas, la multitud corría a ver a Gwynplaine. Gracias a esa «*great attraction*» en la pobre escarcela del grupo nómada caía una lluvia de monedas de mayor valor cada vez.

Agotada la curiosidad en un lugar, pasaban a otro. Rodar no enriquece a una piedra, pero enriquece a una barraca; y de año en año, de ciudad en ciudad, con el crecimiento de la estatura y la fealdad de Gwynplaine, la fortuna predicha por Ursus había llegado.

—¡Qué favor te hicieron, hijo mío! —decía Ursus.

Esa «fortuna» permitió a Ursus, administrador del buen éxito de Gwynplaine, hacer construir la carreta con que soñaba, es decir un furgón lo bastante grande para transportar un teatro y sembrar la ciencia y el arte en las plazas públicas. Además, Ursus pudo agregar al grupo compuesto por él. Homo, Gwynplaine y Dea dos caballos y dos mujeres, las que, como hemos dicho, actuaban como diosas y sirvientas. Un frontispicio mitológico era útil entonces para una barraca de titiriteros.

—Somos un templo errante —decía Ursus.

Las dos mujeres, recogidas por el filósofo en la mezcolanza nómada de los pueblos y arrabales, eran feas y jóvenes y se llamaban, por voluntad de Ursus, una Febe y la otra Venus. Léase: *Fibi* y *Vinos*, puesto que es conveniente ajustarse a la pronunciación inglesa.

Febe cocinaba y Venus limpiaba el templo.

Además, los días de representación, vestían a Dea.

Fuera de lo que es, tanto para los titiriteros como para los príncipes, «la vida pública», Dea vestía, como Fibi y Vinos, una falda florentina de tela florida y una blusa de mujer que por no tener mangas dejaba los brazos libres. Ursus y Gwynplaine llevaban blusas de hombre y, como los marineros de guerra, grandes calzas a la marinera. Gwynplaine llevaba además, para los trabajos y los ejercicios de fuerza, alrededor del cuello y en los hombros una esclavina de cuero. Atendía a los caballos. Ursus y Homo cuidaban el uno del otro.

Dea, a fuerza de estar habituada a la Green-Box, iba y venía por el interior de la casa rodante casi con facilidad y como si viera.

La mirada que hubiese podido penetrar en la estructura íntima y en la disposición de aquel edificio ambulante habría visto en un ángulo, amarrada a las paredes e inmóvil sobre sus cuatro ruedas, la antigua barraca de Ursus jubilada, con permiso para aherrumbrarse y en adelante dispensada de rodar como Homo de tirar de ella.

Esa barraca, arrinconada en la parte trasera a la derecha de la puerta, servía de dormitorio y de vestuario a Ursus y Gwynplaine. Ahora contenía dos camas. En el rincón de enfrente estaba la cocina.

Una instalación de barco no es más concisa ni más precisa que la disposición interior de la Green-Box. Todo estaba allí clasificado, ordenado, previsto y al alcance. El carruaje estaba dividido por tabiques en tres compartimientos, que se comunicaban por vanos sin puerta. Casi los cerraba un trozo de tela colgante.

El compartimiento trasero era la habitación de los hombres, el de delante la habitación de las mujeres, y el del medio, separando los dos sexos, el teatro. Los equipos relacionados con la orquesta y las máquinas estaban en la cocina.

Un camaranchón bajo el arco del techo contenía las decoraciones y abriendo un escotillón en ese camaranchón quedaban en descubierto unas lámparas que producían iluminaciones mágicas.

Ursus era el poeta de esas magias. Era él quien organizaba los espectáculos.

Poseía diversas habilidades. Hacía juegos de manos muy particulares. Además de las voces que hacía oír, producía sorpresas de todas clases, contrastes de luz y sombra, formaciones espontáneas de cifras o palabras a voluntad en una pared, claroscuros mezclados con desapariciones de caras, muchas cosas raras entre las cuales, sin tener en cuenta a la multitud asombrada, parecía meditar.

Un día Gwynplaine le dijo:

—Padre, parecéis un hechicero.

Y Ursus le contestó:

—Eso se debe tal vez a que lo soy.

La Green-Box, fabricada de acuerdo con el sabio plano de Ursus, ofrecía el refinamiento ingenioso de que entre las dos ruedas delanteras y traseras el panel central de la fachada de la izquierda giraba sobre una bisagra con la ayuda de un juego de cadenas y poleas y se podía bajarlo como un puente levadizo. Al bajar dejaba en libertad tres soportes balancines con goznes que, manteniéndose verticales mientras bajaba el panel, luego iban a colocarse rectos en el suelo como los pies de una mesa y sostenían sobre el pavimento, como un tablado, el panel. Al mismo tiempo aparecía el teatro, aumentado con ese tablado, que servía de proscenio. Esa apertura se parecía absolutamente a una boca del infierno, según decían los predicadores puritanos al aire libre, que se apartaban de allí horrorizados. Fue probablemente por un invento impío de esa clase por lo que Solón apaleó a Tespis.

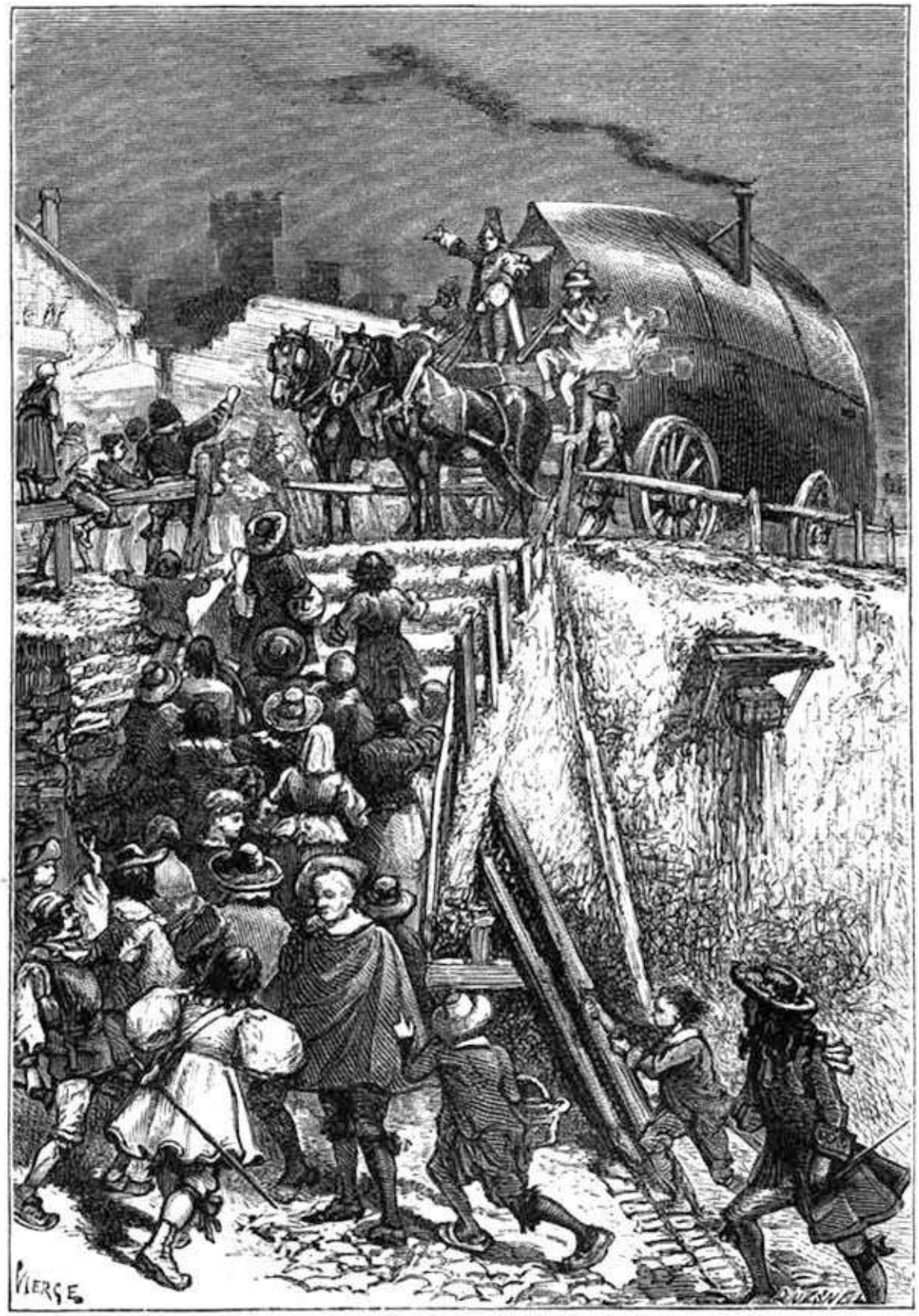
Por lo demás, Tespis ha durado más tiempo del que se cree. La carreta teatro existe todavía. En teatros ambulantes de esa clase se representaban en los siglos XVI y XVII en Inglaterra los bailes y baladas de Amner y Pilkington; en Francia las pastorales de Gilbert Colin; en Flandes, en las kermeses, los dobles coros de Clemente, llamado el Antipapa; en Alemania el *Adán y Eva* de Theiles, y en Italia las farsas venecianas de Animuccia y Ca-Fossis, las silvas de Gesualdo, príncipe de Venusa, *El sátiro* de Laura Guidiccioni, *La desesperación de Filena*, *La muerte de Ugolino* de Vicente Galileo, padre del astrónomo, el cual Vicente Galileo cantaba él mismo su música acompañándose con una viola de gamba, y todos los primeros ensayos de ópera italiana que desde 1580 han sustituido el género madrigalesco con la inspiración libre.

El carro del color de la esperanza que transportaba a Ursus, Dea, Gwynplaine y su fortuna, y en la delantera del cual Fibi y Vinos tocaban la trompeta como dos diosas, formaba parte de todo ese gran conjunto bohemio y literario.

Tespis no habría desaprobado a Ursus más que Congrio habría desaprobado a Gwynplaine.

Cuando llegaban a las plazas de las aldeas y ciudades, en los intervalos de la charanga de Fibi y Vinos, Ursus comentaba los toques de las trompetas con revelaciones instructivas.

—Esta sinfonía es gregoriana —decía—. Ciudadanos burgueses, el sacramental gregoriano, ese gran progreso, ha chocado en Italia contra el rito ambrosiano, y en España contra el rito mozárabe, y sólo los ha vencido con dificultad.



Después de lo cual, la Green-Box se detenía en un lugar cualquiera elegido por Ursus y, cuando llegaba la noche, el panel proscenio bajaba, el teatro se abría y la representación comenzaba.

El teatro de la Green-Box representaba un paisaje pintado por Ursus, que no sabía pintar, lo que servía para que en caso necesario el paisaje pudiera representar un subterráneo.

El telón era una trivelina de seda de cuadros contrastados.

El público se hallaba afuera, en la calle o la plaza, formando semicírculo delante del espectáculo, bajo el sol o los chaparrones, disposición que hacía la lluvia menos deseable para los teatros de entonces que para los de ahora. Cuando se podía, se daban las representaciones en un patio de posada, lo que hacía que hubiera tantas hileras de palcos como pisos de ventanas. En estos casos, como el teatro estaba más cerrado, el público pagaba más.

Ursus intervenía en todo, en la representación, en la cocina, en la orquesta. Vinos tocaba el tambor, cuyos palillos manejaba a las mil maravillas, y Fibi pellizcaba la moracha, que era una especie de guitarra. El lobo había sido declarado útil. Formaba decididamente parte de la «compañía» y desempeñaba, cuando se presentaba la ocasión, papeles secundarios. Con frecuencia, cuando aparecían juntos en el teatro, Ursus con su piel de oso bien ajustada, y Homo con su piel de lobo mejor ajustada todavía, no se sabía cuál de los dos era el animal, lo que halagaba a Ursus.

9
Extravagancias a las que las personas de mal gusto llaman poesía

Las piezas de Ursus eran entremeses, género un poco pasado de moda al presente. Una de esas piezas, que no ha llegado hasta nosotros, se titulaba *Ursus Rursus*[54]. Es probable que él desempeñase el papel principal. Una salida en falso seguida por una vuelta era probablemente el tema, sobrio y loable.

El título de los entremeses de Ursus estaba a veces en latín, como se ve, y la poesía a veces en español. Los versos españoles de Ursus estaban rimados como casi todos los sonetos castellanos de esa época. Eso no incomodaba al público. El español era entonces un idioma corriente y los marinos ingleses hablaban el castellano lo mismo que los soldados romanos hablaban el cartaginés. Véase Plauto. Por lo demás, tanto en el espectáculo como en la misa, el idioma latino u otro cualquiera que no comprendía el auditorio no causaba dificultades a nadie. Se salía del paso acompañándolo alegremente con palabras conocidas. Nuestra vieja Francia gala tenía particularmente esa manera de ser devota. En la iglesia, cuando oían un *immolatus*, los fieles cantaban *Liesse prendrai*, y cuando oían un *Sanctus* cantaban *Baise-moi, ma mie*. Fue necesario el Concilio de Trento para poner fin a esas familiaridades.

Ursus había hecho especialmente para Gwynplaine un entremés del que estaba satisfecho. Era su obra principal. Se había vertido en ella por completo. Dar su totalidad en lo que produce constituye el triunfo de todo el que crea. El sapo que hace un sapo hace una obra maestra. ¿Lo dudáis? Tratad de hacer lo mismo.

Ursus había retocado mucho ese entremés. Su osezno se titulaba *Caos vencido*.

He aquí en qué consistía:

Un efecto nocturno. En el momento en que se corría el telón la multitud reunida delante de la Green-Box sólo veía oscuridad. En esa oscuridad se movían en estado de reptil tres formas confusas: un lobo, un oso y un hombre. El lobo era el lobo, el oso era Ursus y el hombre era Gwynplaine. El lobo y el oso representaban las fuerzas feroces de la naturaleza, los deseos inconscientes, la oscuridad salvaje, y los dos se abalanzaban sobre Gwynplaine; eran el caos que atacaba al hombre. No se distinguía la figura de ninguno de ellos. Gwynplaine forcejeaba cubierto con un sudario y la espesa cabellera caída le ocultaba el rostro. Además, todo estaba en tinieblas. El oso gruñía, el lobo rechinaba los dientes y el hombre gritaba. El hombre llevaba la peor parte, los dos animales lo agobiaban, pedía ayuda y lanzaba un llamamiento profundo a lo desconocido. Jadeaba. Se presenciaba la agonía del esbozo de hombre, todavía apenas diferente de los animales. El espectáculo era lúgubre y los espectadores miraban con el aliento entrecortado. Un minuto más y las fieras triunfarían; el caos

reabsorbería al hombre. Lucha, gritos, aullidos, y de pronto el silencio. Luego un canto en la sombra. Había pasado una ráfaga y se oía una voz. Unas músicas misteriosas flotaban acompañando a aquel canto de lo invisible, y súbitamente, sin que se supiera de dónde ni cómo, surgía una blancura. Esa blancura era una luz, esa luz era una mujer y esa mujer era el espíritu. Dea, tranquila, cándida, bella, formidable de serenidad y de dulzura, aparecía en el centro de un nimbo, como una silueta de claridad en la aurora. La voz era ella, una voz ligera, profunda, inefable. De invisible hecha visible en el alba, cantaba. Se creía oír una canción de ángel o un himno de pájaro. Ante esa aparición el hombre, erguido en un sobresalto de deslumbramiento, descargaba sus dos puños sobre los dos animales aterrados.

Entonces la visión, deslizándose de una manera difícil de comprender y en consecuencia tanto más admirada, cantaba estos versos, de una pureza española suficiente para los marineros ingleses que escuchaban:

¡Ora! ¡Llora!
De Palabra
Nace razón,
Da luze el son[55]

Luego Dea miraba hacia abajo como si viese a sus pies un abismo y añadía:

Noche quítate de allí
el alba canta hallali

A medida que ella cantaba el hombre se levantaba cada vez más y el que había estado tendido en el suelo se hallaba ahora arrodillado, con las manos alzadas hacia la visión y las rodillas hincadas en los dos animales inmóviles y como fulminados. Ella continuaba, vuelta hacia él:

Es menester a cielos ir
y tú que llorabas reír.

Y, acercándose con una majestuosidad de astro, añadía:

Gebra barzón!
Dexa, monstro,
a tu negro
caparazón.

Y le ponía la mano en la frente.

Entonces se oía otra voz, más profunda y por consiguiente más dulce todavía, una voz triste y embelesada, de una gravedad tierna y feroz, y era el canto humano que respondía al canto sideral. Gwynplaine, arrodillado en la oscuridad sobre el oso y el lobo vencidos, con la cabeza bajo la mano de Dea, cantaba:

¡O ven! ama!
Eres alma,
soy corazón

Y bruscamente, en la sombra, un rayo de luz golpeaba a Gwynplaine en pleno rostro.

En esas tinieblas se veía al monstruo claramente.

Es imposible expresar la conmoción de la multitud. La salida de un sol de risa: tal era el efecto. La risa nace de lo inesperado, y nada más inesperado que aquel desenlace. Ningún sobrecogimiento puede compararse con el que producía aquel bofetón de luz en aquella máscara bufonesca y terrible. Se reía alrededor de aquella

risa; en todas partes, arriba, abajo, delante, en el fondo, los hombres, las mujeres, los viejos rostros calvos, las caras rosadas de los niños, los buenos, los malos, los alegres, los tristes, todos; e inclusive en la calle los transeúntes, los que no veían el espectáculo, al oír reír, reían. Y esa risa terminaba en aplausos y pataleos. Cuando se corría de nuevo el telón se recordaba a Gwynplaine con frenesí. La consecuencia era un buen éxito enorme. «¿Habéis visto *Caos vencido*?». Y corrían a ver a Gwynplaine. Las indiferencias iban a reír, las melancolías iban a reír, las malas conciencias iban a reír. Era una risa tan irresistible que a veces podía parecer enfermiza. Pero si hay una peste de la que el hombre no huye es el contagio de la alegría. Además, el espectáculo estaba al alcance del populacho. La gran multitud es plebe. Se veía *Caos vencido* por un penique. El mundo elegante no va adonde se puede ir por un penique.

Ursus no aborrecía aquella obra, que había incubado durante largo tiempo.

—Es de la clase de las de un tal Shakespeare — decía con modestia.

La yuxtaposición de Dea aumentaba el efecto inexpresable de Gwynplaine. Aquella figura blanca junto a aquel gnomo representaba lo que se podría llamar el asombro divino. El pueblo miraba a Dea con una especie de ansiedad misteriosa. Poseía ese no sé qué supremo de la virgen y la sacerdotisa que ignora al hombre y conoce a Dios. Se veía que estaba ciega y se tenía la sensación de que veía. Parecía hallarse en el umbral de lo sobrenatural, a medias en nuestra luz y a medias en la otra claridad. Venía a trabajar en la tierra, y a trabajar de la manera como trabaja el cielo: con la aurora. Encontraba una hidra y hacía de ella un alma. Tenía el aspecto de la potencia creadora, satisfecha y estupefacta con su creación; se creía ver en su rostro adorablemente asustado la voluntad de la causa y la sorpresa del resultado. Se sentía que amaba a su monstruo. ¿Sabía que era un monstruo? Sí, puesto que lo tocaba. No, puesto que lo aceptaba. Toda aquella noche y todo aquel día mezclados se resolvían en la mente del espectador en un claroscuro en el que aparecían perspectivas infinitas. Cómo la divinidad se adhiere al esbozo, de qué manera se realiza la penetración del alma en la materia, cómo el rayo solar es un cordón umbilical, cómo lo desfigurado se transfigura, cómo lo informe se hace paradisíaco: todos esos misterios entrevistos complicaban con una emoción casi cósmica la convulsión de hilaridad que provocaba Gwynplaine. Sin ir al fondo, pues al espectador no le agrada el trabajo de profundizar, se comprendía algo que estaba más allá de lo que se veía, y aquel espectáculo extraño tenía una transparencia de avatar.

CHAOS VAINCU.

En cuanto a Dea, lo que sentía no puede expresarlo la palabra humana. Se sentía en medio de una multitud y no sabía lo que era una multitud. Oía un rumor, nada más. Para ella una multitud era un soplo, y en realidad no es más que eso. Las generaciones son alientos que pasan. El hombre respira, aspira y expira. En esa multitud Dea se sentía sola, y se estremecía como si estuviera suspendida sobre un precipicio. De pronto, en esa turbación del inocente en apuros, a punto de acusar a lo desconocido, en ese malestar de la caída posible, Dea, no obstante serena y superior a la vaga angustia del peligro, pero interiormente temblando por su aislamiento, recuperaba su seguridad y su apoyo, volvía a asir el hilo salvador en el universo de las tinieblas, posaba su mano en la fuerte cabeza de Gwynplaine y, ¡alegría extraordinaria!, apoyaba sus dedos rosados en aquel bosque de cabellos rizados. La lana tocada suscita una idea de suavidad. Dea tocaba un cordero que sabía era un león. Todo su corazón se fundía en un amor inefable. Se sentía fuera de peligro, pues

encontraba al salvador. El público creía ver lo contrario. Para los espectadores el salvado era Gwynplaine y la salvadora Dea. «¡Qué importa!», pensaba Ursus, para quien el corazón de Dea era visible. Y Dea, tranquilizada, consolada, embelesada, adoraba al ángel, mientras el pueblo contemplaba al monstruo y sufría, fascinado también, pero en sentido inverso, aquella inmensa risa prometeica.

El verdadero amor no se embota. Como es todo alma, no puede entibiarse. Una brasa se cubre de ceniza, pero no una estrella. Estas impresiones exquisitas se renovaban todas las noches para Dea, y estaba dispuesta a llorar de ternura mientras los demás se retorcían de risa. A su alrededor todo era alborozo; ella era dichosa.

Por lo demás, el efecto de alegría debido al rictus imprevisto y estupefactivo de Gwynplaine no satisfacía evidentemente a Ursus. Habría preferido más sonrisa y menos risa y una admiración más literaria. Pero el triunfo consuela. Todas las noches se reconciliaba con su buen éxito excesivo cuando contaba cuántos chelines sumaban los montones de cuartos de penique y cuántas libras esterlinas sumaban los montones de chelines. Además se decía que, después de todo, pasada esa risa, *Caos vencido* volvía a encontrarse en el fondo de las mentes y que algo de él quedaba en ellas. Quizá no se engañaba por completo; una obra se asienta en el público. La verdad era que aquel populacho, atento a aquel lobo, aquel oso y aquel hombre, y luego a aquella música, a aquellos aullidos domados por la armonía, a aquella noche disipada por la aurora, a aquel canto que desprendía luz, aceptaba con una simpatía confusa y profunda, e inclusive con cierto respeto enternecido, aquel drama-poema del *Caos vencido*, aquella victoria del espíritu sobre la materia que terminaba en la alegría del hombre.

Tales eran los placeres groseros del pueblo.

Le bastaban. El pueblo no podía ir a ver a los *nobles matches* de la *gentry*, ni podía, como los señores y gentileshombres, apostar mil guineas por Helmsgail contra Phelem-ghe-madone.

10
Ojeada de quien está fuera de todas las cosas y los hombres

El hombre tiene un propósito; vengarse del placer que le causan. A eso se debe el desprecio por el comediante.

Ese ser me encanta, me divierte, me distrae, me enseña, me consuela, me entrega lo ideal, me es agradable y útil. ¿Qué daño puedo causarle a cambio de eso? La humillación. El desdén es un bofetón a distancia. Abofeteémoslo. Me deleita y por consiguiente es vil. Me sirve y por consiguiente le aborrezco. ¿Dónde hay una piedra que le pueda arrojar? Sacerdote, dame la tuya. Filósofo, dame la tuya. Bossuet, excomúlgalo. Rousseau, insúltalo. Orador, escúpele los guijarros que tienes en la boca. Lapidemos el árbol, machuquemos el fruto y comámoslo. ¡Bravo! ¡Y abajo! Recitar los versos de los poetas es ser pestífero. ¡Anda, histrión! Saquémoslo a la vergüenza en su buen éxito. Convirtamos su triunfo en silbatina. Que reúna a la multitud y cree la soledad. Y así es como las clases ricas, llamadas clases altas, han inventado para el comediante esa forma de aislamiento: el aplauso.

El populacho es menos feroz. No odiaba a Gwynplaine. Tampoco lo despreciaba. Sólo que el último calafate de la última tripulación de la última carraca amarrada en el último de los puertos de Inglaterra se consideraba inconmensurablemente superior a aquel entretenedor de «la canalla» y estimaba que un calafate estaba tan por encima de un titiritero como un lord por encima de un calafate.

En consecuencia, Gwynplaine era, como todos los comediantes, aplaudido y aislado. Por lo demás, en este mundo todo triunfo es delito y se lo expía. Quien tiene la medalla tiene el reverso.

Para Gwynplaine no había reverso, en el sentido de que los dos lados de su buen éxito le agradaban. Le satisfacían los aplausos y también el aislamiento. Por los aplausos era rico y por el aislamiento era dichoso.

Ser rico en esos bajos fondos es no ser ya miserable. Es no tener ya agujeros en las ropas, ni frío en el hogar, ni vacío en el estómago. Es comer en la medida de su apetito y beber en la medida de su sed. Es poseer todo lo necesario, incluyendo una moneda para darla a un pobre. Esa riqueza indigente, suficiente para la libertad, la tenía Gwynplaine.

En lo que respectaba al alma, era opulento. Tenía el amor. ¿Qué más podía desear?

No deseaba nada.

Quitarle la deformidad parecía una oferta que se le podía hacer. ¡Cómo la habría rechazado! Quitarse aquella máscara y recobrar su rostro, volver a ser lo que tal vez

había sido, bello y encantador, no lo habría querido, ciertamente. ¿Y con qué habría alimentado a Dea? ¿Qué habría sido de la pobre y delicada ciega que le amaba? Sin aquel rictus que hacía de él un payaso único no sería más que un titiritero como cualquier otro, un equilibrista cualquiera, un recogedor de monedas de cobre en las grietas del pavimento, ¡y Dea tal vez no tendría pan todos los días! Se sentía con un profundo orgullo de ternura el protector de aquella enfermiza celestial. La Noche, la Soledad, la Indigencia, la Impotencia, la Ignorancia, el Hambre y la Sed, las siete fauces abiertas de la miseria la rodeaban y él era el San Jorge que luchaba con el dragón. Y vencía a la miseria. ¿Cómo? Con su deformidad. Gracias a su deformidad era útil, caritativo, victorioso, grande. No tenía más que mostrarse y venía el dinero. Era el amo de las multitudes, el soberano de los populachos. Era capaz de todo por Dea. Proveía sus necesidades, satisfacía sus deseos, sus antojos, sus caprichos, en la esfera limitada de los anhelos posibles para una ciega. Gwynplaine y Dea eran, como hemos mostrado ya, la providencia mutua. Él se sentía elevado en las alas de ella, y ella se sentía transportada en los brazos de él. Proteger a quien os ama, dar lo necesario a quien nos da las estrellas, nada puede haber más grato. Gwynplaine gozaba de esa felicidad suprema. Y la debía a su deformidad. Esa deformidad lo hacía superior a todo. Con ella se ganaba su vida y la vida de los otros; por ella tenía independencia, libertad, celebridad, una satisfacción íntima y orgullo, en esa deformidad era inaccesible. Las fatalidades nada podían contra él fuera de aquel golpe en el que se habían agotado y que él había convertido en triunfo. Ese fondo de la desdicha se había convertido en una cumbre elísea. Gwynplaine estaba preso en su deformidad, pero con Dea. Era, como hemos dicho, estar encarcelado en el Paraíso. Existía entre ellos y el mundo de los vivos una muralla. Tanto mejor. Esa muralla los encorralaba, pero los defendía. ¿Qué podían hacer contra Dea, qué podían hacer contra Gwynplaine con ese cierre de la vida a su alrededor? ¿Quitarle el buen éxito? Imposible. Habrían tenido que quitarle la cara. ¿Quitarle el amor? Imposible. Dea no lo veía. La ceguera de Dea era divinamente incurable. ¿Qué inconveniente tenía para Gwynplaine su deformidad? Ninguno. ¿Qué ventajas tenía? Todas. Era amado a pesar de aquel horror, y quizás a causa de él. La debilidad y la deformidad se habían acercado y acoplado instintivamente. Ser amado, ¿acaso no es todo? Gwynplaine no pensaba en su desfiguración sino con agradecimiento. Aquel estigma era una bendición. Con alegría se sentía imperdible y eterno. ¡Qué suerte que ese beneficio era irremediable! Mientras hubiera plazas públicas, ferias, caminos que recorrer por delante, gente abajo y cielo arriba, estaría seguro de vivir. ¡Dea no carecería de nada y tendrían el amor! Gwynplaine no habría cambiado su rostro por el de Apolo. Ser un monstruo era para él la forma de la dicha.

Por eso dijimos al comienzo que el destino lo había colmado. Aquel réprobo era un preferido.

Era tan dichoso que compadecía a los hombres que lo rodeaban. Le sobraba compasión. Por otra parte, el instinto lo impulsaba a mirar un poco hacia fuera, pues

ningún hombre está hecho de una pieza y una naturaleza no es una abstracción; le encantaba estar encerrado, pero de vez en cuando levantaba la cabeza por encima del muro. Y volvía a entrar más alegremente en su aislamiento junto a Dea después de haber comparado.

¿Qué veía a su alrededor? ¿Qué eran aquellos seres vivientes que su existencia nómada le mostraba, cada día reemplazados por otros? Siempre gente nueva y siempre la misma multitud. Siempre rostros nuevos y siempre los mismos infortunios. Una promiscuidad de ruinas. Cada noche todas las fatalidades sociales iban a formar círculo alrededor de su felicidad.

La Green-Box era popular.

El bajo precio llama a la clase baja. Los que iban a verlo eran los débiles, los pobres, los pequeños. Recurrían a Gwynplaine como se recurre al aguardiente. Iban a comprar por dos ochavos el olvido. Desde lo alto de su tablado Gwynplaine pasaba revista a aquella gente oscura. Su mente se llenaba con todas esas apariciones sucesivas de la miseria inmensa. La fisonomía humana está hecha por la conciencia y por la vida y es el resultado de una multitud de excavaciones misteriosas. No había un sufrimiento, una ira, una ignominia, una desesperación cuya arruga no viera Gwynplaine. Aquellas bocas de niños no habían comido. Aquel hombre era un padre, aquella mujer era una madre y tras ellos se adivinaban familias arruinadas. Tal rostro salía del vicio y entraba en el crimen, y se comprendía la causa: la ignorancia y la indigencia. Tal otra mostraba una marca de bondad inicial borrada por la opresión social y convertida en odio. En aquella cara de anciana se veía el hambre; en aquella cara de muchacha se veía la prostitución. El mismo hecho mostraba en la joven el recurso, por lo que era más lúgubre. En aquella muchedumbre había brazos, pero no herramientas; aquellos trabajadores no pedían otra cosa, pero faltaba el trabajo. A veces cerca del obrero se sentaba un soldado, en ocasiones inválido, y Gwynplaine percibía el espectro de la guerra. Aquí leía paro forzoso, allá explotación y más allá servidumbre. En ciertas caras comprobaba un retroceso hacia la animalidad, esa lenta vuelta del hombre al animal producida abajo por la presión de las pesadeces oscuras de la dicha de arriba. En esas tinieblas existía para Gwynplaine un respiradero. Él y Dea tenían la dicha por un día de sufrimiento. Todo lo demás era condenación. Gwynplaine sentía sobre él el pisoteo inconsciente de los poderosos, los opulentos, los magníficos, los grandes, los elegidos por la suerte; y debajo veía el montón de rostros pálidos de los desheredados; se veía y veía a Dea con su dicha pequeñita, tan inmensa entre dos mundos: arriba, el mundo que va y viene, libre, danzando alegremente y taconeando, el mundo que camina; abajo el mundo sobre el que se camina. Cosa fatal y que indica un profundo mal social: la luz aplasta a la sombra; Gwynplaine comprobaba ese duelo. ¡Cómo! El destino era tan rastrero, el hombre se arrastraba de tal modo, era tal la adherencia al polvo y el fango, eran tales la desgana, la abdicación y la abyección que se deseaba pisotear todo aquello. ¿De qué mariposa es la oruga esta vida terrenal? ¡En aquella multitud hambrienta e ignorante, en todas

partes, delante de todos, se alzaba el punto de interrogación del delito o de la vergüenza! La inflexibilidad de las leyes producía el ablandamiento de las conciencias. ¡No había un niño que no creciese sino para achaparrarse, ni una virgen que no creciese sino para ofrecerse, ni una rosa que no naciese sino para la baba! A veces sus ojos, con una curiosidad conmovida, trataban de ver en el fondo de aquella oscuridad en la que agonizaban tantos esfuerzos inútiles y luchaban tantos cansancios, familias devoradas por la sociedad, costumbres torturadas por las leyes, llagas gangrenadas por la penalidad, indigencias roídas por el impuesto, inteligencias a la deriva en un engullimiento de ignorancia, balsas en peligro de naufragar llenas de hambrientos, guerras, penurias, estertores, gritos, desapariciones; y sentía vagamente que se apoderaba de él aquella punzante angustia universal. Tenía la visión de toda aquella espuma de desdicha sobre la sombría mezcolanza humana. Él estaba en el puerto y contemplaba a su alrededor aquel naufragio. En algunos momentos tomaba entre las manos su cabeza desfigurada y soñaba.

¡Qué locura ser dichoso! ¡Cómo se sueña! Y se le ocurrían ideas. Lo absurdo le atravesaba el cerebro. Porque en otro tiempo había socorrido a una niña sentía la veleidad de socorrer al mundo. Nubes de ilusión le oscurecían a veces su propia realidad; perdía el sentido de la proporción hasta decirse: ¿Qué se podría hacer por esta pobre gente? A veces su absorción era tal que se lo preguntaba en voz alta. Entonces Ursus se encogía de hombros y le miraba fijamente.

Y Gwynplaine seguía soñando: «¡Oh, si fuese poderoso, cómo ayudaría a los desdichados! ¿Pero qué soy? Un átomo. ¿Qué puedo hacer? Nada».

Se equivocaba. Podía hacer mucho por los desdichados. Les hacía reír.

Y, como hemos dicho, hacer reír es hacer olvidar.

¡En este mundo no hay un bienhechor mayor que el que distribuye el olvido!

11
Gwynplaine está en lo justo y Ursus en lo cierto

Un filósofo es un espía. Ursus, acechador de sueños, estudiaba a su alumno. Nuestros monólogos tienen en nuestro rostro una reverberación clara para la mirada del fisonomista. Por eso lo que sucedía en Gwynplaine no pasaba inadvertido para Ursus. Un día en que Gwynplaine meditaba Ursus le tiró de la ropa y le dijo:

—¡Me causas la impresión de que observas, imbécil! Ten cuidado, eso no es cosa tuya. Tú sólo tienes que hacer una cosa: amar a Dea. Eres feliz con dos dichas; la primera es que la gente ve tu hocico; la segunda, que Dea no lo ve. No tienes derecho a esa dicha que posees. Ninguna mujer, viendo tu boca, aceptaría tu beso. Y esa boca que hace tu fortuna, esa cara que hace tu riqueza, no te pertenecen. No naciste con ese rostro. Lo tomaste de la mueca que está en el fondo del infinito. Le has robado la máscara al diablo. Eres horrible; conténtate con esa quina. Hay en este mundo, que es una cosa muy bien hecha, los dichosos por derecho y los dichosos por chiripa. Tú eres dichoso por chiripa. Estás en una cueva donde se halla presa una estrella. La pobre estrella te pertenece. No trates de salir de la cueva y cuida tu astro, ¡araña! Tienes en tu tela el carbúnculo Venus. Hazme el favor de sentirte satisfecho. Te veo soñar despierto, lo que es una estupidez. Escucha, te voy a hablar en el lenguaje de la verdadera poesía: si Dea come chuletas de ternera y costillas de cordero dentro de seis meses estará fuerte como una turca; cásate con ella y hazle un hijo, dos hijos, tres hijos, una partida de hijos. A eso es a lo que yo llama filosofar. Además es feliz el que no es tonto. Tener chicos es encantador. Ten rapaces, límpialos, quítales los mocos, acuéstalos, embadúrnalos, lávales la cara, que todo eso se agite a tu alrededor. Si ríen, está bien; si gritan, es mejor; gritar es vivir. Verlos mamar a los seis meses, gatear cuando tienen un año, andar cuando tienen dos, crecer a los quince y amar a los veinte: quien tiene esas alegrías tiene todo. A mí me ha faltado todo eso, y esa es la causa de que sea un bruto. El buen Dios, autor de bellos poemas y el primero de los literatos, dictó a su colaborador Moisés: «¡Multiplicaos!». Así dice el texto. ¡Multiplica, animal! En lo que respecta al mundo, es lo que es y no te necesita para ir mal. No te preocupes por él. No te ocupes de lo que queda afuera. Deja tranquilo al horizonte. Un comediante ha nacido para que le miren, no para mirar. ¿Sabes quiénes están afuera? Los dichosos por derecho y tú, te lo repito, eres dichoso por chiripa. Eres el ratero de la dicha de que ellos son los propietarios. Ellos son los legítimos y tú eres el intruso, vives en concubinato con la suerte. ¿Qué más deseas que lo que tienes? ¡Que Schiboleth me ayude! Ese pilluelo es un bribón. Multiplicarse por medio de Dea es, no obstante, agradable. Esa felicidad se parece a una estafa. A los que posee la dicha en este mundo por privilegio del cielo no les gusta que se permita gozar tanto a los que están debajo de ellos. Si te preguntaran con qué derecho eres

dichoso no sabrías qué responder. No tienes patente y ellos la tienen. Júpiter, Alá, Visnú, Sabaoth, no importa quién, les ha dado el permiso para ser dichosos. Témelos. No te mezcles en sus asuntos para que ellos no se mezclen en los tuyos. ¿Sabes, miserable, lo que es un dichoso por derecho? Es un ser terrible, es el lord. ¡Oh, cómo ha debido de intrigar el lord en lo desconocido del diablo antes de venir al mundo, para entrar en la vida por esa puerta! ¡Qué difícil ha debido de ser para él nacer! Sólo se ha tomado ese trabajo, pero ¡qué trabajo, justo cielo!, el de obtener del destino, ese alcaraván ciego, que os haga de rondón en la cuna dueño de los hombres, corromper a ese taquillera para que os dé el mejor lugar en el espectáculo. Lee el memento que está en la barraca que jubilé, lee ese breviario de mi sabiduría, y verás lo que es el lord. Un lord es quien tiene todo y es todo. Un lord es quien existe por encima de su propia naturaleza, el que siendo joven tiene los derechos del anciano; siendo viejo, las buenaventuras del joven; siendo vicioso, el respeto de las personas honradas; siendo cobarde, el mando de los hombres valientes; siendo haragán, el fruto del trabajo; siendo ignorante, el diploma de Cambridge y de Oxford; siendo tonto, la admiración de los poetas; siendo feo, la sonrisa de las mujeres; siendo Tersites, el casco de Aquiles; y siendo liebre, la piel del león. No entiendas mal mis palabras; yo no digo que un lord es necesariamente ignorante, cobarde, feo, tonto y viejo; digo solamente que puede ser todo eso sin que le perjudique. Al contrario. Los lores son los príncipes. El rey de Inglaterra no es sino un lord, el primer señor de la señoría; eso es todo y es mucho. Los reyes de antaño se llamaban lores: el lord de Dinamarca, el lord de Irlanda, el lord de las islas. El lord de Noruega se llama Rey sólo desde hace trescientos años. A Lucio, el rey más antiguo de Inglaterra, le llamó San Telesforo *milord Lucius*. Los lores son pares, es decir iguales. ¿A quién? Al Rey. No cometo el error de confundir a los lores con el Parlamento. A la asamblea del pueblo los sajones, antes de la conquista, la llamaban *wittenagemont*, y los normandos, después de la conquista, la llamaron *parliamentum*. Poco a poco fueron expulsando al pueblo. Las cartas cerradas del Rey convocando a los comunes decían antaño *ad consilium impendendum*[56] y en la actualidad dicen *ad consentiendum*[57].

Los comunes tienen el derecho de consentimiento. Su libertad consiste en decir que sí. Los pares pueden decir que no. La prueba es que lo han dicho. Los pares pueden cortarle la cabeza al Rey, pero el pueblo no puede hacerlo. El hachazo dado a Carlos I fue una usurpación hecha, no al Rey, sino a los pares, e hicieron bien en poner en la horca el esqueleto de Cromwell. Los lores poseen el poder. ¿Por qué? Porque poseen la riqueza. ¿Quién ha hojeado el *Doomsday-book*? Es la prueba de que los lores son dueños de Inglaterra, el registro del gran catastro hecho por orden del rey Guillermo el Conquistador y está bajo la guardia del ministro de Hacienda. Para copiar algo de él hay que pagar cuatro sueldos por línea. Es un libro orgulloso. ¿Sabes que yo fui médico de familia en casa de un lord llamado Marmaduke y que tenía novecientos mil francos franceses de renta anuales? ¡Apártate de eso, cretino espantoso! ¿Sabes que con sólo los conejos de los cotos del conde Lindsey se podría

alimentar a toda la gentuza de los Cinco Puertos? ¡Con que rózate con eso! Allí imponen el orden. Ahorcan a todo cazador furtivo. Por dos largas orejas peludas que sobresalían del zurrón he visto ahorcar a un padre de seis hijos. Así es el señorío. El conejo de un lord vale más que un hombre. Los señores existen, ¿comprendes, bribón? Y nosotros debemos considerar que está bien. Además, si consideráramos que está mal, ¿qué les importaría? ¡El pueblo haciendo objeciones! A Plauto mismo no se le habría ocurrido nada tan cómico. Sería gracioso que un filósofo aconsejara a esa pobre diabla de multitud que protestara contra el tamaño y el peso de los lores. Sería como si la oruga protestara contra la pata del elefante. Yo vi un día un hipopótamo que caminaba sobre una topinera; aplastó todo, pero era inocente. Ni siquiera sabía que existían los topos aquel mastodonte bonachón. Querido, los topos que se aplastan son el género humano. El aplastamiento es una ley. ¿Y crees tú que el topo no aplasta nada? Es el mastodonte del insecto arador, que es, a su vez, el mastodonte de otros insectos menores. Pero no razonemos. Hijo mío, las carrozas existen. El lord va en ellas y el pueblo está bajo las ruedas. El sabio se aparta. Hazte a un lado y deja pasar. En lo que a mí respecta, me gustan los lores y los evito. Viví en la residencia de uno y eso basta para embellecer mis recuerdos. Recuerdo su castillo, como una aureola en una nube. Mis sueños son retrospectivos. Nada más admirable que Marmaduke-Lodge por la grandeza, la bella simetría, las cuantiosas rentas, los ornamentos y los acompañamientos del edificio. Por lo demás, las casas, moradas y palacios de los lores ofrecen una colección de lo más grande y magnífico que existe en este reino floreciente. Amo a nuestros señores, les agradezco que sean opulentos, poderosos y prósperos. Yo, que estoy vestido de tinieblas, veo con interés y placer esa muestra del azul celeste que se llama lord. Se entraba en Marmaduke-Lodge por un patio muy espacioso que formaba un rectángulo dividido en ocho cuadrados, cerrados por balaustradas y que dejaba por todos lados un ancho camino abierto con una magnífica fuente hexagonal en el centro, de dos tazones y cubierta con una cúpula de un trabajo exquisito apoyada en seis columnas. Allí fue donde conocí a un docto francés, el señor abate du Cros, perteneciente al convento de los dominicos de la calle Saint-Jacques. Tenía en Marmaduke-Lodge la mitad de la biblioteca de Erpenius, la otra mitad de la cual se halla en el auditorio de teología de Cambridge. Allí leí libros sentado bajo el frontispicio, que tiene muchos adornos. Esas cosas no las ve ordinariamente más que un pequeño número de viajeros curiosos. ¿Sabes, muchacho ridículo, que monseñor William North, que es lord Gray de Rolleston y ocupa el decimocuarto lugar en el banco de los barones, tiene en su montaña más árboles de oquedal que pelos tienes tú en tu horrible cabezota? ¿Sabes que lord Norreys de Rycott, que es la misma cosa que el conde de Abingdon, tiene un torreón cuadrado de doscientos pies de altura que ostenta la divisa *Virtus ariete fortior*, lo que quiere decir, según parece, que *la virtud es más fuerte que un ariete*, pero en realidad quiere decir, ¡imbécil!, que *el coraje es más fuerte que una máquina de guerra*? Sí, honro, acepto, respeto y venero a nuestros señores. Son los lores quienes, con Su Majestad,

se esfuerzan por conseguir y conservar los beneficios de la nación. Su sabiduría consumada se pone de manifiesto en las coyunturas difíciles. Yo desearía que no tuvieran la precedencia sobre todos, pero la tienen. Lo que se llama en Alemania principado y en España grandeza se llama pairía en Inglaterra y Francia. Como se tenía derecho a considerar que este mundo era bastante miserable, Dios sintió dónde le apretaba el zapato y quiso probar que sabía crear personas dichosas, y en consecuencia creó los lores para satisfacer a los filósofos. Esta creación corrigió la otra y sacó del aprieto al buen Dios. Un par, cuando habla de sí mismo, dice *nos*, porque un par es plural. El Rey llama a los pares *consanguinei nostri*. Los pares han dictado una gran cantidad de leyes sabias, entre ellas la que condena a muerte al hombre que corta un álamo de tres años. Es tal su supremacía que poseen un idioma propio. En estilo heráldico, el negro, que se llama *sable* para los simples nobles, se llama *saturno* para los príncipes y *diamante* para los pares. Polvo de diamante, noche estrellada, es el negro de los felices. E inclusive entre ellos tienen matices esos altos señores. Un barón no puede lavarse con un vizconde sin su permiso. Son esas cosas excelentes y que conservan las naciones. ¡Qué magnífico es para un pueblo contar con veinticinco duques, cinco marqueses, setenta y seis condes, nueve vizcondes y sesenta y un barones, que suman ciento setenta y seis pares, parte de los cuales son Gracia y los otros Señoría! Después de eso, ¡qué importa que haya algunos harapos aquí y allá! Todo no puede ser de oro. Hay harapos, es cierto, ¿pero acaso no hay también púrpura? Lo uno compensa lo otro. Es necesario que algo sea construido con algo. Pues bien, sí, hay indigentes, ¿y eso qué importa? Destacan la felicidad de los opulentos. ¡Voto a bríos! Nuestros lores son nuestra gloria. La jauría de Charles Mohun, barón Mohun, cuesta por sí sola tanto como el hospital de leprosos de Mooregate y el hospital de Cristo, fundado para los niños en 1553 por Eduardo VI. Thomas Osborne, duque de Leeds, gasta al año, nada más que en su servidumbre, cinco mil guineas de oro. Los grandes de España tienen un guardián nombrado por el Rey que les impide arruinarse, pues eso es una deshonra. Nuestros lores son extravagantes y magníficos. Yo aprecio eso. No denigremos como envidiosos. Yo agradezco una bella visión que pasa. No tengo la luz, pero tengo el reflejo. Dirás que es el reflejo en mi úlcera. ¡Vete al diablo! Soy un Job que se siente feliz contemplando a Trimalción. ¡Oh, qué bello es el planeta que brilla allí arriba! Vale algo contar con este claro de luna. Suprimir a los lores es una opinión que Orestes no se atrevería a sostener por insensato que fuera. Decir que los lores son perjudiciales o inútiles equivale a decir que hay que quebrantar los Estados y que los hombres no han nacido para vivir como los rebaños, ramoneando la hierba y mordidos por el perro. El prado es esquilado por el cordero y el cordero es esquilado por el pastor. ¿Qué puede haber más justo? A esquilador, esquilador y medio. A mí todo me es indiferente; soy un filósofo y me apego a la vida como una mosca. La vida no es más que un apeadero. ¡Cuando pienso que Henry Bowes Howard, conde de Berkshire, tiene en sus caballerizas veinticuatro carrozas de gala, una con arneses de plata y otra con

arneses de oro! Dios mío, sé muy bien que no todos tienen veinticuatro carrozas de gala, pero no hay que declamar por eso. ¡Ni tampoco porque pasaste frío una noche! No eres el único; también otros tienen frío y hambre. Sabes que sin ese frío Dea no estaría ciega, y que si Dea no estuviese ciega no te amaría. ¡Razona, imbécil! Además, si todas las personas que lo pasan mal se quejaran, ¡menuda batahola se armaría! Silencio, esa es la regla. Estoy convencido de que el buen Dios ordena a los condenados que se callen, pues de otro modo sería Dios el condenado a oír un clamor eterno. La felicidad del Olimpo depende del silencio del Cocito. En consecuencia, pueblo, calla. Yo hago algo mejor: apruebo y admiro. Hace un momento enumeré los lores, ¡pero hay que agregarles dos arzobispos y veinticuatro obispos! En verdad, me enternezco cuando pienso en ello. Recuerdo haber visto, en casa del diezmero del reverendo deán de Raphoe, deán que forma parte de la señoría y de la Iglesia, un gran montón del mejor trigo tomado a los campesinos de los alrededores y que el deán no se había tomado la molestia de hacer recoger, pues eso le daba tiempo para rogar a Dios. ¿Sabes que lord Marmaduke, mi amo, era lord gran tesorero de Irlanda y alto senescal de la soberanía de Knaresburg, en el condado de York? ¿Sabes que el lord alto chambelán, que es un cargo hereditario en la familia de los duques de Ancaster, viste al Rey el día de la coronación y recibe por su trabajo cuarenta anas de terciopelo carmesí y además el lecho en que el Rey ha dormido, y que el ujier de la vara negra es su diputado? Desearía ver que te opones a esto: a que el vizconde más antiguo de Inglaterra sea sire Robert Brent, creado vizconde por Enrique V. Todos los títulos de los lores indican una soberanía sobre una tierra, con excepción del conde Rivers, que tiene por título su nombre de familia. ¡Qué digno de admiración es el derecho que tienen a cobrar impuestos a otros y a deducir, por ejemplo, como en este momento, cuatro chelines por cada libra esterlina de renta, lo que dura ya un año, y todos esos grandes impuestos sobre los alcoholes destilados, las sisas del vino y la cerveza, el tonelaje y la importación, la sidra, la perada, la mum[58], la malta y la cebada elaborada, la hulla y otras cien cosas parecidas! Veneremos lo que existe, el clero mismo depende de los lores. El obispo de Man es súbdito del conde de Derby. Los lores cuentan con fieras propias que ponen en sus escudos de armas. Como si Dios no hubiera creado bastantes, inventan otras. Han creado el jabalí heráldico, tan superior al jabalí corriente como éste es superior al puerco y el señor es superior al sacerdote. Han creado el grifo, que es el águila de los leones y el león de las águilas y que asusta a los leones con sus alas y a las águilas con su melena. Tienen la serpiente que devora a un niño, el unicornio, la salamandra, la tarasca, el dragón, el hipogrifo. Todo eso, terror para nosotros, es para ellos ornamento y adorno. Poseen una casa de fieras que se llama blasón y en la que rugen monstruos desconocidos. No hay bosque que por lo inesperado de los prodigios se pueda comparar con su orgullo. Su vanidad está llena de fantasmas que se pasean por ella como por una noche sublime, armados, con casco, coraza y espuelas, el cetro imperial en la mano y diciendo con voz grave: «¡Nosotros somos los antepasados!». Los escarabajos comen las raíces y las

panoplias comen al pueblo. ¿Por qué no? ¿Vamos a cambiar las leyes? El señorío forma parte del orden, ¿sabes que en Escocia hay un duque que galopa treinta leguas sin salir de su propiedad? ¿Sabes que el lord arzobispo de Canterburv percibe de Francia un millón de renta? ¿Sabes que Su Majestad tiene como lista civil setecientas mil libras esterlinas anuales, sin contar los castillos, bosques, dominios, feudos, tenencias, alodios, prebendas, diezmos y censos, confiscaciones y multas que pasan de un millón de libras esterlinas? Los que no están contentos es porque son difíciles de contentar.

—Sí —murmuró Gwynplaine, pensativo—, con el infierno de los pobres está hecho el paraíso de los ricos.

12
Ursus, poeta, lleva aparejado a Ursus, filósofo

Luego entró Dea; él la miró y ya no vio más que a ella. El amor es así. Durante un momento se puede estar invadido por una obsesión de pensamientos, cualesquiera que sean; llega la mujer amada y bruscamente hace que desaparezca todo lo que no es su presencia, sin sospechar que tal vez borra en nosotros el mundo.

Anotemos un detalle. En *Caos vencido*, una palabra, *monstruo*, dirigida a Gwynplaine, desagradaba a Dea. A veces, con el poco conocimiento del idioma español que todos poseían en esa época, ella cometía la pequeña travesura de reemplazar esa palabra por *quiero*. Ursus toleraba, no sin alguna impaciencia, esas alteraciones del texto. De buena gana le habría dicho a Dea, como en nuestra época Moessard a Vissot: «Desacatas el repertorio».

«El Hombre que Ríe»: tal era la forma que había adquirido la celebridad de Gwynplaine.

Su nombre, Gwynplaine, casi ignorado, había desaparecido bajo aquel apodo, lo mismo que su rostro bajo la sonrisa. Su popularidad era como su cara: una máscara.

Sin embargo, su nombre se leía en un gran cartel fijado en la parte delantera de la Green-Box y que ofrecía a la multitud esta redacción debida a Ursus:

«Aquí se ve a Gwynplaine, abandonado a la edad de diez años, en la noche del 29 de enero de 1690, por los malvados comprachicos a la orilla del mar, en Portland; el pequeño creció y ahora se lo llama EL HOMBRE QUE RÍE».

La vida de esos saltimbanquis era una vida de leprosos en una leprosería y de bienaventurados en una Atlántida. Cada día pasaban bruscamente de la exhibición de feria más ruidosa a la abstracción más completa. Todas las noches hacían su salida de este mundo. Era como muertos que se iban para renacer al día siguiente. El comediante es un faro con eclipses, aparece y desaparece y apenas existe para el público más que como un fantasma y un resplandor en esa vida de luces giratorias.

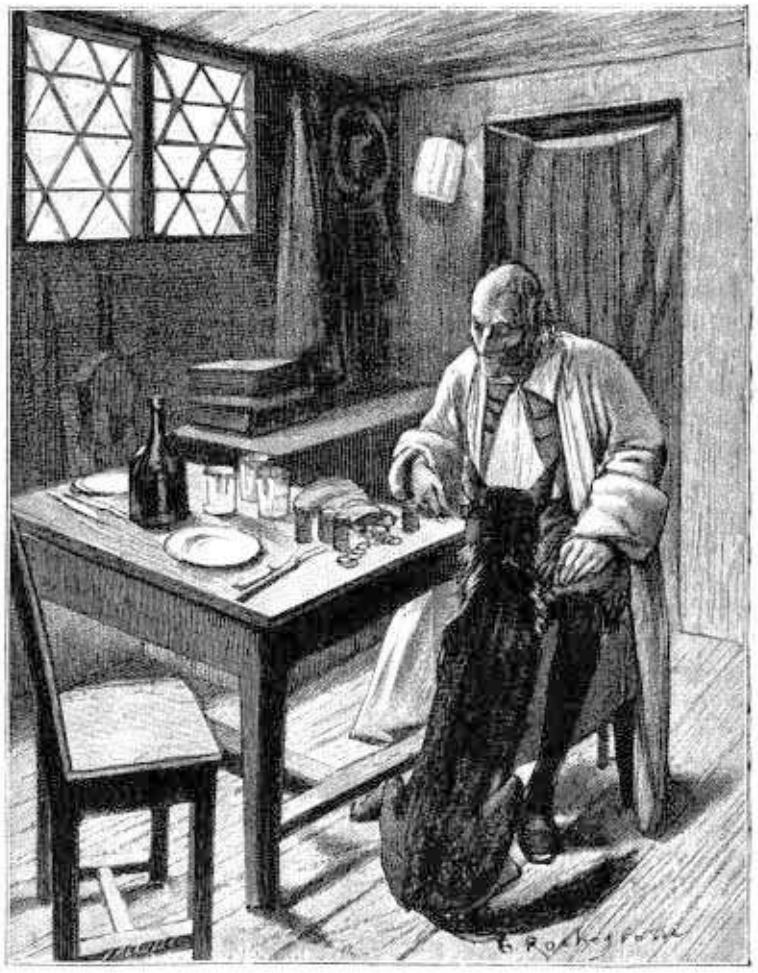
A la plaza pública sucedía el claustro. Tan pronto como terminaba el espectáculo, mientras los espectadores se dispersaban y el murmullo de satisfacción de la multitud se disipaba en las calles, la Green-Box levantaba su panel como una fortaleza su puente levadizo y se cortaba la comunicación con el género humano. A un lado quedaba el universo y al otro aquella barraca, y en la barraca se alojaban la libertad, la buena conciencia, el valor, la abnegación, la inocencia, la dicha, el amor, todas las constelaciones.

La ceguera vidente y la deformidad amada se ensayaban lado a lado, con las manos entrelazadas y tocándose las frentes y, embelesados, se hablaban en voz baja.

El compartimiento del medio tenía dos fines: para el público era teatro y para los actores comedor.

Ursus, siempre aficionado a hacer comparaciones, aprovechaba esa diversidad de destino para comparar el compartimiento central de la Green-Box con el arradash de una choza abisinia.

Ursus contaba la recaudación y luego comían. Para el amor todo es ideal, y cuando se ama el hecho de comer y beber juntos admite toda clase de dulces promiscuidades furtivas que hacen que un bocado se convierta en un beso. Se bebe la cerveza o el vino en el mismo vaso, como se bebería el rocío en el mismo lirio. En el ágape dos almas tienen la misma gracia que dos aves. Gwynplaine servía a Dea, le cortaba la comida, le escanciaba el vino, se acercaba demasiado a ella.



—¡Hum! —murmuraba Ursus, y a su pesar convertía el gruñido en sonrisa.

El lobo comía bajo la mesa, desatento a todo lo que no era su hueso.

Vinos y Fibi compartían la comida, pero molestaban poco. Las dos vagabundas, medio salvajes y todavía asustadas, hablaban en su jerga entre ellas.

Luego Dea entraba en el gineceo con Fibi y Vinos. Ursus iba a encadenar a Homo bajo la Green-Box y Gwynplaine se ocupaba de los caballos y de amante se convertía en palafrenero, como si hubiese sido un héroe de Homero o un paladín de Carlomagno. A medianoche todos dormían, con excepción del lobo, el que de cuando en cuando, consciente de su responsabilidad, abría un ojo.

Al día siguiente, al despertar, volvían a juntarse; desayunaban juntos, habitualmente jamón y té; el té, en Inglaterra, data de 1678. Luego Dea, a la moda española, y por consejo de Ursus, quien la encontraba delicada, dormía algunas horas, mientras Gwynplaine y Ursus realizaban todas las pequeñas tareas exteriores e interiores que exige la vida nómada.

Era raro que Gwynplaine vagara fuera de la Green-Box, como no fuera por las calles desiertas y los lugares solitarios. En las ciudades sólo salía de noche, oculto por un gran sombrero con las alas bajas, para no gastar su rostro en la calle.

Sólo se le veía con la cara descubierta en el teatro.

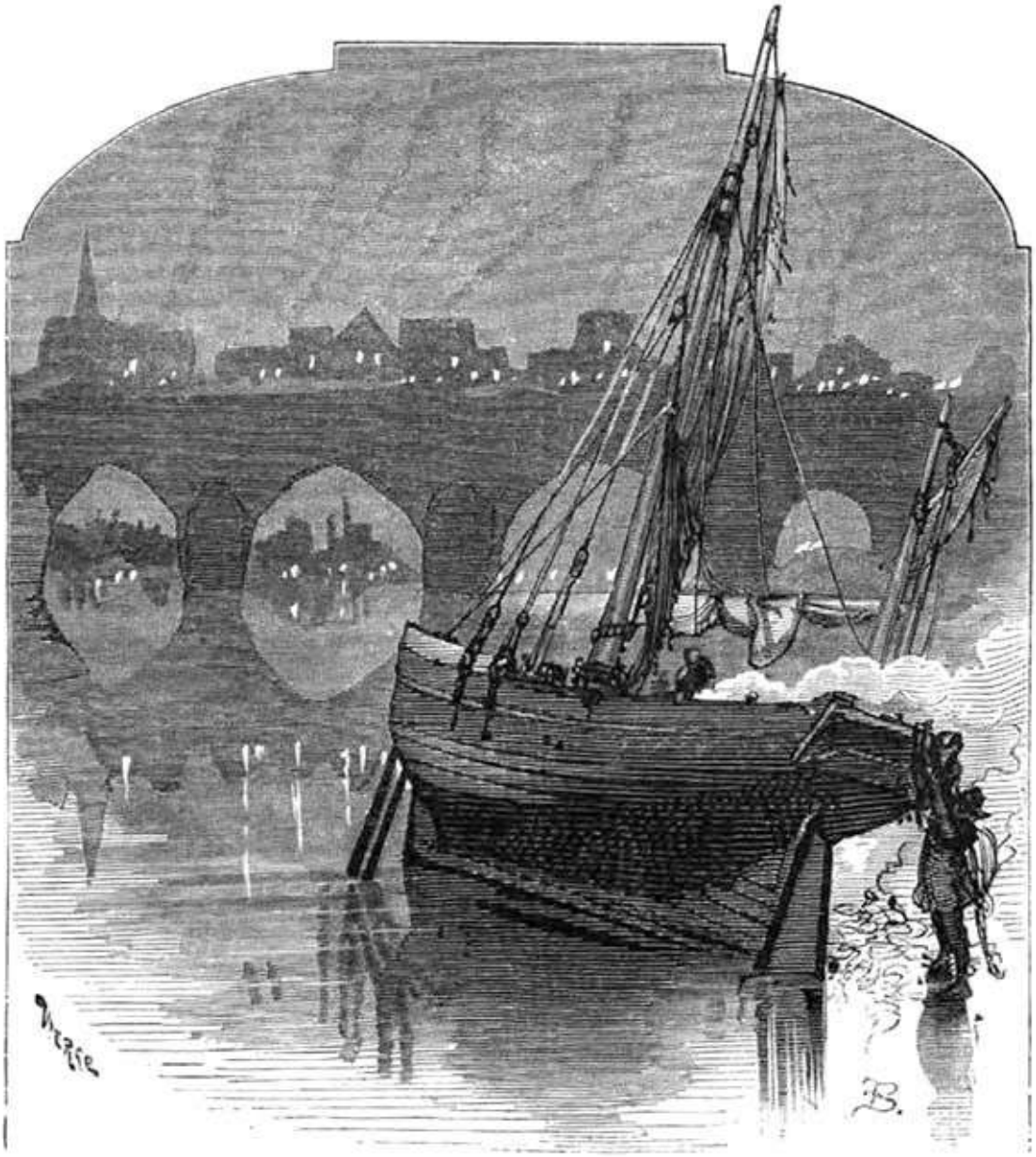
Por lo demás, la Green-Box frecuentaba poco las ciudades; Gwynplaine, a los veinticuatro años, apenas bahía visto más grandes ciudades que los Cinco Puertos.

Sin embargo, su fama crecía. Comenzaba a desbordar al populacho y subía a mayores alturas. Entre los aficionados a los espectáculos de feria y los corredores de curiosidades y prodigios se sabía que existía en alguna parte, en estado de vida errante, ora aquí ora allá, una máscara extraordinaria. Se hablaba de ella, se la buscaba y se preguntaba: ¿Dónde está? El Hombre que Ríe se hacía decididamente famoso. *Caos vencido* se beneficiaba con cierto lustre, hasta el punto de que un día Ursus, ambicioso, dijo:

—Tenemos que ir a Londres.

LIBRO TERCERO

Comienzo de la hendidura



1
La posada Tadcaster

Londres no tenía en esa época más que un puente, el Puente de Londres, con casas encima. Ese puente unía a Londres con Southwark, suburbio empedrado con guijarros del Támesis, compuesto de callejones y callejuelas, con lugares muy estrechos y, como la ciudad, muchos edificios, albergues y casuchas de madera, fácil combustible para el fuego, como lo había demostrado el año 1666.

Southwark se pronunciaba entonces *Soudric*; ahora se pronuncia *Sousouorc*, más o menos. Por lo demás, una manera excelente de pronunciar los nombres ingleses consiste en no pronunciarlos de modo alguno. Así, a Southhampton podéis llamarlo *Stpntn*.

Era la época en que *Chatam* se pronunciaba *Je t'aime*.

El Southwark de esa época se parecía a Southwark actual como Vaugirard se parece a Marsella. Era un burgo, es decir una villa. Sin embargo, había allí un gran movimiento de barcos. En un largo y viejo muro ciclópeo que daba al Támesis se hallaban empotradas las argollas en las que se amarraban los barcos fluviales. Ese muro se llamaba el muro de Effroc o Effroc-Stone. York, cuando era sajona, se llamaba Effroc. La leyenda contaba que un duque de Effroc se había ahogado al pie de ese muro. En efecto, allí el agua era lo bastante profunda para un duque. Cuando la marea estaba baja seguía teniendo seis buenas brazas de profundidad. La excelencia de aquel pequeño fondeadero atraía a los navíos de mar, y la vieja panza de Holanda llamada la *Vograat* iba a amarrar en el Effroc-Stone. La *Vograat* hacía directamente una vez por semana la travesía de Londres a Rotterdam y de Rotterdam a Londres. Otros barcos partían dos veces al día, sea para Deptfort, sea para Greenwich, sea para Gravesend, descendiendo con una marea y subiendo con la otra. El trayecto hasta Gravesend, aunque de veinte millas, se hacía en seis horas.

La *Vograat* era de un modelo que ya no se ve al presente más que en los museos marítimos. Esa panza tenía algo de junco. En esa época, en tanto que Francia copiaba a Grecia, Holanda copiaba a China. La *Vograat*, con un casco pesado de dos mástiles, estaba dividida en compartimientos estancos perpendicularmente, con una cámara muy honda en medio del barco y dos cubiertas, una en la proa y otra en la popa, con puentes a nivel, como los buques de hierro con torrecilla actuales, lo que tenía la ventaja de que disminuía la acción del oleaje en el navío cuando el mar estaba agitado y el inconveniente de que exponía a los tripulantes a los golpes de mar porque no había parapeto. Nada detenía a bordo a lo que iba a caer. A eso se debían las frecuentes caídas y pérdidas de hombres que han obligado a abandonar esa clase de embarcación. La panza *Vograat* iba directamente a Holanda y ni siquiera hacía escala en Gravesend.

Una antigua cornisa de piedra, roca tanto como mampostería, corría por la parte baja de la Effroc-Stone, era transitable cualquiera que fuera el estado del mar y facilitaba el acceso a los barcos amarrados al muro, el que cada cierta distancia estaba cortado por escaleras. Marcaba la punta meridional de Southwark. Un terraplén permitía a los transeúntes acodarse en lo alto de la Effroc-Stone como el parapeto de un muelle. Desde allí se veía el Támesis. Al otro lado del agua terminaba Londres y ya no había más que campos.

Río arriba de la Effroc-Stone, en el recodo del Támesis, casi enfrente del palacio de Saint-James, detrás de Lambeth-House, no lejos del paseo llamado entonces Foxhall (*vaus-hall* probablemente) se extendía, entre una alfarería donde se hacía porcelana y una fábrica de vidrio donde se hacían botellas pintadas, uno de esos vastos terrenos baldíos en los que crece la hierba, llamados antaño en Francia *cultures* y *mails* y en Inglaterra *bowling-greens*. De *bowling-green*, bolera, nosotros hemos hecho *boulingrin*, parterre de césped. Ahora se tiene ese prado en casa, sólo que se lo pone sobre una mesa, es de paño en vez de ser de césped y se lo llama mesa de billar.

Por lo demás, no se comprende por qué, teniendo la palabra *boulevard* (bola verde), que es la misma palabra que *bowling-green*, hemos creado *boulingrin*. Es sorprendente que un personaje tan serio como el diccionario tenga esos lujos inútiles.

El *bowling-green* de Southwark se llamaba Tarrinzeau-field, por haber pertenecido en otro tiempo a los barones Hastings, que son barones Tarrinzeau y Mauchline. De los lores Hastings el Tarrinzeau-field había pasado a los lores Tadcaster, los que lo habían explotado como lugar público, lo mismo que más tarde un duque de Orleans explotó el Palais-Royal. Luego el Tarrinzeau-field se convirtió en terreno de pastos en común y propiedad parroquial.

El Tarrinzeau-field era una especie de ferial permanente, lleno de prestidigitadores, equilibristas, titiriteros y músicas en tablados, y lleno siempre también de imbéciles que «iban a ver al diablo», como decía el arzobispo Sharp. Mirar al diablo era ir al espectáculo.

Muchas posadas, que tomaban y enviaban público a esos teatros de feria, trabajaban en ese ferial durante todo el año y prosperaban. Esas posadas eran simples puestos provisionales, habitados solamente de día. Por la noche el tabernero se metía en el bolsillo la llave de la taberna y se iba. Una sola de esas posadas era una casa. No había otro alojamiento en todo el *bowling-green*, pues las barracas del ferial podían desaparecer de un momento a otro a causa de la falta de arraigo y el vagabundeo de todos aquellos titiriteros.

Aquella posada, llamada posada Tadcaster, por el nombre de los antiguos señores, albergue más bien que taberna y hostería más bien que albergue, tenía una puerta cochera y un patio bastante grande.

La puerta cochera, que daba paso del patio a la plaza, era la puerta legítima de la posada Tadcaster y había a su lado una puerta bastarda por la que se entraba. Quien dice bastarda dice preferida. Esa puerta baja era la única por la que se pasaba. Daba a

la taberna propiamente dicha, que era un gran camaranchón ahumado, provisto con mesas y bajo de techo. Sobre él había en el primer piso una ventana, de los herrajes de la cual colgaba el rótulo de la posada. La gran puerta, atrancada y con los cerrojos echados, permanecía cerrada.

Había que atravesar la taberna para entrar en el patio.

Atendían la posada Tadcaster un patrón y un criado. El patrón se llamaba Nicless y el criado Govicum. El patrón Nicless — sin duda Nicolás convertido por la pronunciación inglesa en Nicless — era un viudo avaro y tembloroso que respetaba las leyes. Por lo demás, de cejas y manos peludas. El muchacho de catorce años que servía las bebidas y respondía al nombre de Govicum era un cabezón alegre con delantal. Estaba esquilado al rape, señal de servidumbre.

Se acostaba en la planta baja, en un tabuco donde en otro tiempo habían alojado a un perro. Este tabuco tenía por ventana un tragaluz que se abría al *bowling-green*.

2
Elocuencia al aire libre

Una noche en que el viento soplaba fuertemente y hacía bastante frío y se tenían todas las razones del mundo para apresurarse en la calle, un hombre que caminaba por el Tarrinzeau-field al pie de la pared de la posada Tadcaster se detuvo bruscamente. Eran los últimos meses del invierno de 1704 a 1705. Ese hombre, cuya vestimenta indicaba que era un marinero, era bien parecido y apuesto, lo que les está prescrito a los cortesanos y no se le prohibe a la gente del pueblo. ¿Por qué se había detenido? Para escuchar. ¿Qué escuchaba? Una voz que hablaba probablemente en un patio, al otro lado de la pared, una voz un poco senil, pero no obstante tan fuerte que llegaba a oídos de los que pasaban por la calle. Al mismo tiempo se sentía en el recinto donde la voz peroraba un rumor de multitud. La voz decía:

—Hombres y mujeres de Londres, heme aquí. Os felicito cordialmente porque sois ingleses. Sois un gran pueblo. Digo más sois un gran populacho. Vuestros puñetazos son todavía mejores que vuestras estocadas. Tenéis apetito. Sois la nación que devora a las otras. Función magnífica. Esa succión del mundo clasifica aparte a

Inglaterra. En la política y la filosofía, en el manejo de las colonias, las poblaciones y las industrias y en la voluntad de hacer a los otros un daño que es un bien para vosotros, sois peculiares y sorprendentes. Se acerca el momento en que habrá en la Tierra dos carteles; en uno se leerá: *Lado de los hombres*, y en el otro se leerá: *Lado de los ingleses*. Hago constar esto para gloria vuestra yo, que no soy inglés ni hombre, aunque rengo el honor de ser doctor, lo que es compatible. Caballeros, yo enseño. ¿Qué? Dos clases de cosas: las que sé y las que ignoro. Vendo drogas y doy ideas. Acercaos y escuchad. La ciencia os invita a ello. Abrid vuestra oreja. Si es pequeña, contendrá poca verdad; si es grande, entrará en ella mucha estupidez. Atended, por consiguiente. Yo enseño la Seudodoxia Epidémica. Tengo un compañero que hace reír; yo hago pensar. Vivimos en la misma caja, pues la risa es de tan buena familia como el saber. Cuando preguntaron a Demócrito: «¿Cómo sabes?», respondió: «Río». Si a mí me preguntaran: «¿Por qué ríes?», respondería: «Sé». Por lo demás, yo no rio. Soy el rectificador de los errores populares. Me dedico a limpiar vuestras inteligencias, que están sucias. Dios permite que el pueblo se engañe y sea engañado. No hay que sentir pudores tontos. Yo confieso francamente que creo en Dios, inclusive cuando se equivoca. Sólo cuando veo inmundicias — y los errores son inmundicias — las barro. ¿Cómo sé lo que sé? Eso sólo a mí me incumbe. Cada uno aprende la ciencia como puede. Lactancio hacía preguntas a una cabeza en bronce de Virgilio que le respondía; Silvestre II dialogaba con las aves; ¿las aves hablaban o el Papa gorjeaba? Preguntas. El hijo muerto del rabino Eleazar conversaba con San Agustín. Entre nosotros, yo dudo de todos esos hechos, con excepción del último. El niño muerto hablaba, sea, pero tenía bajo la lengua una lámina de oro en la que estaban grabadas diversas constelaciones. Por consiguiente, hacía trampa. El hecho se explica. Vosotros veis mi moderación. Separo lo verdadero de lo falso. Pero oíd, hay otros errores que compartís sin duda, pobres plebeyos, y de los que deseo libraros. Dioscórides creía que había un dios en el beleño, Crisipo en la cinoglosa, Josefo en la raíz de baurás y Homero en el ajo dorado. Todos se engañan. Lo que hay en esas hierbas no es un dios, sino un demonio. Yo lo he comprobado. No es cierto que la serpiente que tentó a Eva tuviese, como Cadmo, un rostro humano. García de Horto, Cadamosto y Jean Hugo, arzobispo de Tréveris, niegan que baste aserrar un árbol parar capturar un elefante, y yo me inclino a opinar como ellos. Ciudadanos: los esfuerzos de Lucifer son la causa de las opiniones falsas. Bajo el reinado de tal príncipe tienen que aparecer meteoros de error y de perdición. Pueblo, Claudius Pulcher no murió porque los pollos se negaron a salir del gallinero; la verdad es que Lucifer, que había previsto la muerte de Claudius Pulcher, cuidó de impedir que esos animales comieran. Que Belcebú diera al emperador Vespasiano la virtud de enderezar al rengo y devolver la vista a los ciegos tocándolos, era una acción loable en sí misma, pero el motivo era culpable. Caballeros, desconfiad de los falsos sabios que explotan la raíz de brionia y la nueza blanca y hacen colirios con miel y sangre de gallo. Sabed ver claramente en las mentiras. No es exacto que Orión

naciera de una necesidad natural de Júpiter; la verdad es que fue Mercurio quien produjo ese astro de esa manera. No es cierto que Adán tenía un ombligo. Cuando San Jorge mató al dragón no estaba a su lado la hija de un santo. San Jerónimo no tenía un péndulo en la chimenea de su gabinete; en primer lugar, porque vivía en una gruta y no tenía gabinete; en segundo lugar, porque no tenía chimenea; y en tercer lugar porque los péndulos no existían todavía. Rectifiquemos, rectifiquemos. Oh, gentiles que me escucháis: si os dicen que a quien huele la hierba valeriana le nace un lagarto en el cerebro, que en su putrefacción el buey se convierte en abejas y el caballo en abejones, que el hombre pesa más muerto que vivo, que la sangre del cabrón disuelve la esmeralda, que una oruga, una mosca y una araña vistas en el mismo árbol anuncian el hambre, la guerra y la peste, que se cura la perlesía por medio de un gusano que se encuentra en la cabeza del corzo, no lo creáis, son errores. Pero he aquí verdades: la piel de foca protege contra el rayo, el sapo se alimenta con tierra, lo que hace que se le forme una piedra en la cabeza; la rosa de Jericó florece en la víspera de Navidad; las serpientes no pueden soportar la sombra del fresno; el elefante carece de coyunturas y tiene que dormir en pie apoyado en un árbol; haced que empolle un sapo un huevo de gallo y tendréis un escorpión que os hará una salamandra; un ciego recobra la vista poniendo una mano en el lado izquierdo del altar y la otra mano sobre sus ojos; la virginidad no excluye la maternidad. Buena gente, alimentaos con estas evidencias. Después de esto podéis creer en Dios de dos maneras: o como la sed cree en la naranja, o como el asno cree en el látigo. Ahora voy a presentaros a mi personal.

En ese momento un golpe de viento bastante violento sacudió las puertas y las contraventanas de la posada, que era una casa aislada. Eso hizo una especie de largo murmullo celestial. El orador esperó un momento y luego continuó:

—Interrupción. Bien está. Habla, aquilón. Caballeros, eso no me enoja. El viento es locuaz como todos los solitarios. Nadie lo acompaña allí arriba y, en consecuencia, charla. Vuelvo a tomar el hilo. Aquí veis a artistas asociados. Somos cuatro. *A lupo principium*[59]. Comienzo por mi amigo, que es un lobo. No se oculta. Vedlo. Es instruido, serio y sagaz. Probablemente la Providencia tuvo durante un momento la idea de hacer de él un doctor universitario, pero para eso es necesario ser un poco tonto, y él no lo es. Añado que carece de prejuicios y no es aristócrata. Conversa a veces con una perra, él, que tendría derecho a una loba. Sus delfines, si los ha tenido, mezclan probablemente con gracia el ladrido de su madre con el aullido de su padre. Pues aúlla. Hay que aullar con los hombres. También ladra, por condescendencia con la civilización. Es una atenuación magnánima. Homo es un perro perfeccionado. Veneremos al perro.

El perro —¡qué animal gracioso!— tiene el sudor en la lengua y la sonrisa en el rabo. Caballeros, Homo iguala en sabiduría y supera en cordialidad al lobo sin pelo de México, el admirable xoloitzeniski. Añado que es humilde. Posee la modestia de un lobo útil para los seres humanos. Es caritativo silenciosamente. Su pata izquierda

ignora la buena acción que realiza su pata derecha. Tales son sus méritos… De este otro, mi segundo amigo, no diré más que una palabra: es un monstruo. Lo admiraréis. En otro tiempo lo abandonaron unos piratas a la orilla del salvaje océano. Esta es una ciega. ¿Es una excepción? No. Todos somos ciegos. El avaro es ciego: ve el oro y no ve la riqueza. El pródigo es ciego: ve el comienzo y no ve el fin. La coqueta es ciega: no ve sus arrugas. El sabio es ciego: no ve su ignorancia. El hombre honrado es ciego: no ve al bribón. El bribón es ciego: no ve a Dios. Dios es ciego: el día en que creó el mundo no vio que el diablo se introducía en él. Yo soy ciego: hablo y no veo que estáis sordos. Esta ciega que nos acompaña es una sacerdotisa misteriosa. Vesta le habría confiado su tea. Tiene en el carácter oscuridades suaves, como los huecos que se abren en la lana de un cordero. Creo que es hija de rey, sin que lo afirme. Una loable desconfianza es el atributo del sabio. En lo que a mí respecta, razono y medicino. Pienso y curo. *Chirurgus sum*[60]. Curo las fiebres, los miasmas y las pestes. Casi todas nuestras flegmasías y dolencias son exutorios y, bien cuidadas, nos libran donosamente de otros males que serían peores. No obstante, no os aconsejo que tengáis un ántrax, llamado también carbunclo. Es una enfermedad tonta que no sirve para nada. Se muere a causa de ella, pero nada más. Yo no soy inculto ni rústico. Honro la elocuencia y la poesía y vivo con esas diosas en una intimidad inocente. Y termino con un consejo. Damas y caballeros en vosotros, del lado de donde viene la luz, cultivad la virtud, la modestia, la probidad, la justicia y el amor. En este mundo cada uno puede tener su macetita de flores en su ventana. Milores y señores: he dicho. El espectáculo va a comenzar.

El hombre, probable marinero, que escuchaba desde fuera, entró en la sala baja de la posada, la cruzó, pagó algún dinero que le pidieron, penetró en un patio lleno de gente, divisó en el fondo del patio una barraca con ruedas, abierta por completo, y vio en aquel teatro de feria un anciano vestido con una piel de oso, un hombre joven que parecía tener una máscara, una muchacha ciega y un lobo.

—¡Vive Dios! —exclamó— ¡qué gente admirable!

3
Donde el transeúnte reaparece

La Green-Box, la hemos reconocido, había llegado a Londres. Se había instalado en Southwark. Atrajo a Ursus el *bowling-green*, lo excelente del cual consistía en que la feria no se interrumpía nunca, ni siquiera en invierno.

Ver la cúpula de San Pablo había sido grato para Ursus.

Londres, bien considerado todo, es una ciudad que tiene cosas buenas. Haber dedicado una catedral a San Pablo es un acto de bravura. El verdadero santo catedralicio es San Pedro. San Pablo es sospechoso de imaginación y, en materia eclesiástica, imaginación significa herejía. San Pablo no es santo sino con circunstancias atenuantes. Entró en el cielo por la puerta de los artistas.

Una catedral es una insignia. San Pedro indica Roma, la ciudad del dogma; San Pablo señala Londres, la ciudad del cisma.

Ursus, cuya filosofía tenía tan grandes brazos que abarcaba todo, era capaz de apreciar esos matices, y la atracción que ejercía en él Londres se debía tal vez a cierta afición a San Pablo.

El gran patio de la posada Tadcaster había decidido la elección de Ursus. La Green-Box parecía prevista para aquel patio; era un teatro completo. El patio era cuadrado y edificado en tres de sus lados, con una pared frente a los pisos a la que adosaron la Green-Box, introducida gracias a las amplias dimensiones de la puerta cochera. Un gran balcón de madera cubierto por un tejadillo y sostenido por postes comunicaba a las habitaciones del primer piso y corría a lo largo de los tres lados de la fachada interior del patio, con dos ángulos a escuadra. Las ventanas de la planta baja servían de palcos bajos, el pavimento del patio de platea y el balcón de galería.

La Green-Box, colocada junto a la pared, tenía delante aquella sala de espectáculos. Se parecía mucho al teatro del Globo, donde se representaron *Otelo, El rey Lear* y *La tempestad*.

En un rincón, detrás de la Green-Box, estaba la caballeriza.

Ursus había hecho sus arreglos con el tabernero, maese Nicless, quien por respeto a las leyes no admitió al lobo sino pagando muy caro por él. El cartel que decía «GWYNPLAINE. EL HOMBRE QUE RÍE», descolgado de la Green-Box, fue colgado cerca del rótulo de la posada. La taberna tenía, como se sabe, una puerta interior que daba al patio, junto a esa puerta se improvisó, con un tonel desfondado, una casilla para la «boletera», que era unas veces Fibi y otras Vinos. Era casi como ahora: quien entra, paga. Bajo el cartel de EL HOMBRE QUE RÍE se colgó de dos clavos una tabla pintada de blanco en la que estaba escrito con carbón y en letras gruesas el título de la gran obra dramática de Ursus: *Caos vencido*.

En el centro del balcón, exactamente frente a la Green-Box, un compartimiento que tenía como entrada principal una puerta-ventana, fue reservado entre dos mamparos para «la nobleza».

Era lo suficientemente grande para contener, en dos filas, a diez espectadores.

—Estamos en Londres —había dicho Ursus-y es necesario contar con la *gentry*.

Había hecho amueblar ese «palco» con las mejores sillas de la posada y colocar en el centro un gran sillón de terciopelo de Utrecht amarillo con dibujos de color de cereza para el caso de que acudiera la esposa de algún magistrado.

Las representaciones comenzaron y la multitud acudió en seguida.

Pero el palco para la nobleza permaneció vacío.

Fuera de eso, el éxito fue tan grande que ningún saltimbanqui recordaba nada parecido. Todo Southwart acudió en gran número a admirar al Hombre que Ríe.

Los histriones y titiriteros de Tarrinzeau-field fueron espantados por Gwynplaine. El efecto fue el de un gavilán que se lanza sobre una jaula de jilgueros y les picotea la comida. Gwynplaine les devoró su público.

Además de la plebe de los tragadores de sables y gesticuladores, había en el *bowling-green* verdaderos espectáculos. Había allí un circo de mujeres que resonaba desde la mañana hasta la noche con un repiqueteo magnífico de instrumentos de todas clases: salterios, tambores, rubebas, micamones, timbres, caramillos, dulzainas, guingas, morillos, cornamusas, cornetas de Alemania, eschaquelas de Inglaterra, gaitas, fístulas, flajolés y flautas. Había bajo una gran carpa redonda saltarines que no habrían igualado a nuestros corredores actuales de los Pirineos, Dulma, Bordenave y Meylonga, los que desde el pico de Pierrefitte descienden a la planicie de Limaron, lo que es casi caer. Había una casa de fieras ambulante en la que se veía un tigre bufo que, azotado por un beluario, trataba de atraparle el látigo y de tragar la tralla. Hasta ese cómico de hocico y zarpas quedó eclipsado.

Curiosidad, aplausos, ingresos, público: el Hombre que Ríe se apoderó de todo. Lo hizo en un abrir y cerrar de ojos, y ya no hubo más que la Green-Box.

—Caos vencido y Caos vencedor —decía Ursus, atribuyéndose la mitad del buen éxito de Gwynplaine y sentándose a mesa puesta, como se dice en el lenguaje de los cómicos de la legua.

El triunfo de Gwynplaine fue prodigioso. Sin embargo, siguió siendo local. Pasar el agua es difícil para la fama. El nombre de Shakespeare tardó ciento treinta años en llegar de Inglaterra a Francia; el agua es una muralla, y si Voltaire, lo que lamentó mucho posteriormente, no hubiera proporcionado a Shakespeare la escalera de mano, tal vez en la actualidad Shakespeare seguiría al otro lado del muro, en Inglaterra, cautivo de una gloria insular.

La gloria de Gwynplaine no pasó del Puente de Londres. No adquirió las dimensiones de un eco de gran ciudad. Al menos en los primeros tiempos. Pero Southwark puede ser suficiente para la ambición de un payaso. Ursus decía:

—La talega de los ingresos, como una muchacha que ha tenido un desliz, engrosa a ojos vistas.

Representaban *Ursus Rursus* y luego *Caos vencido*.

En los entreactos, Ursus justificaba su calidad de engastrimita y hacía ventriloquia trascendental; imitaba todas las voces que oía en el público, un canto, un grito, y dejaba pasmados con la semejanza al cantor y al gritón mismos; a veces copiaba el murmullo de los espectadores y resoplaba como si él sólo hubiese sido un montón de gente. Eran habilidades notables.

Además, pronunciaba arengas, se acaba de verlo, como Cicerón, vendía drogas, atendía las enfermedades e inclusive curaba a los enfermos.

Southwark estaba cautivada.

A Ursus le satisfacían los aplausos de Southwark, pero no le asombraban.

—Son los trinobantes antiguos —decía. Y añadía —. A los que no confundo, por la delicadeza del gusto, con los atróbatas que poblaron Berks, los belgas que vivieron en Somerset y los parisienses que fundaron York.

En cada representación el patio de la posada, transformado en platea, se llenaba con un público andrajoso y entusiasta. Lo componían barqueros, changadores, calafates, cocheros de barcos sirgados por caballos, marineros recién desembarcados que gastaban su sueldo en francachelas y rameras. Había también lacayos, rufianes y guardas negros, que eran soldados condenados por alguna falta disciplinaria a llevar el uniforme rojo dado vuelta, con el forro negro al exterior, por lo que se los llamaba *blackguards*, palabra que los franceses hemos convertido en *blagueurs*. Todo eso afluía de la calle al teatro y del teatro a la taberna. Los cuartillos bebidos no perjudican al buen éxito.

Entre esa gente a la que se ha convenido en llamar «la hez» había uno más alto que los otros, más grande, más fuerte, menos pobre, más ancho de espaldas, vestido como la plebe, pero no harapiento, admirador estrepitoso, que se hacía lugar a puñetazos, con una peluca al desgaire, que juraba, gritaba y se burlaba sin grosería, y que en caso de necesidad ponía un ojo en compota o pagaba una botella.

Ese espectador habitual era el transeúnte cuya exclamación de entusiasmo habíamos oído.

Ese conocedor fascinado inmediatamente adoptó en seguida al Hombre que Ríe. No asistía a todas las representaciones, pero cuando lo hacía se convertía en el «arrastrador» del público, y los aplausos se transformaban en aclamaciones; el éxito llegaba, no a las bambalinas, pues no las había, sino a las nubes, que las había, (inclusive esas nubes, como no había techo, llovían a veces sobre la obra maestra de Ursus).

Tanto que Ursus advirtió la presencia de aquel hombre y Gwynplaine lo miraba.

¡Tenían allí a un orgulloso amigo desconocido!

Ursus y Gwynplaine quisieron conocerlo, o al menos saber quién era.

Una noche Ursus, desde el bastidor, que era la puerta de la cocina de la Green-Box, como el posadero Nicless se hallaba por casualidad cerca de él, le mostró el hombre mezclado con la multitud y le preguntó:

—¿Conocéis a ese hombre?

—Sin duda.

—¿Quién es?

—Un marinero.

—¿Cómo se llama? —intervino Gwynplaine.

—Tom-Jim-Jack —respondió el posadero.

Luego, mientras bajaba por el estribo de la parte trasera de la Green-Box para volver a la posada, maese Nicless dejó caer esta reflexión, muy profunda:

—¡Qué lástima que no sea lord! ¡Sería un malandrín perfecto!

Por lo demás, aunque instalado en una posada, el grupo de la Green-Box no había modificado sus costumbres y mantenía su aislamiento. Fuera de algunas palabras cambiadas de vez en cuando con el tabernero, no se mezclaban con los habitantes, permanentes o pasajeros, de la posada y seguían viviendo entre ellos.

Desde que estaban en Southwark, Gwynplaine había adquirido la costumbre, después del espectáculo y de la comida de las personas y los animales, de ir, mientras Ursus y Dea se acostaban cada uno por su lado, a respirar un poco el aire libre en el *bowling-green* entre las once y la medianoche. Cierta ola que se tiene en la mente impulsa a los paseos nocturnos y los correteos a la luz de las estrellas; la juventud es una espera misteriosa, y por eso de noche se camina de buena gana sin dirección fija. A esa hora no había nadie en el ferial, y todo lo más algunas eses de borrachos formaban siluetas oscilantes en los rincones oscuros; las tabernas vacías se cerraban, la sala baja de la posada Tadcaster quedaba a oscuras y apenas en algún rincón una última vela iluminaba al último bebedor, un resplandor indeciso salía por entre las jambas de la puerta entreabierta de la posada, y Gwynplaine, pensativo, contento, soñador, dichoso con una vaga felicidad divina, iba y venía por delante de aquella puerta entreabierta. ¿En qué pensaba? En Dea, en nada, en todo, en las profundidades. Se apartaba poco de la posada, retenido como por un hilo cerca de Dea. Dar unos pocos pasos afuera le bastaba.

Luego entraba, encontraba a la Green-Box dormida y se acostaba.

4
Los contrarios fraternizan en el odio

El triunfo no agrada, sobre todo a aquellos a los que arruina. Es raro que los devorados adoren a los devoradores. El Hombre que Ríe, decididamente, constituía un acontecimiento. Los titiriteros de los alrededores estaban indignados. Un éxito teatral es un sifón, absorbe a la multitud y hace el vacío a su alrededor. El puesto de enfrente se arruina. AI aumento de los ingresos en la Green-Box había correspondido inmediatamente, como hemos dicho, una disminución de los ingresos en los espectáculos circundantes. Los favorecidos hasta entonces se paralizaron bruscamente. Fue como un estiaje que se marcaba en sentido inverso, pero con una concordancia perfecta, la crecida aquí y la bajante allá. Todos los teatros conocen esos efectos de marea, la que está alta en éste con la condición de que esté baja en aquél.

El hormiguero de la feria que exhibía sus habilidades y sus charangas en los tablados circunvecinos, viéndose arruinado por el Hombre que Ríe, se desesperaba, pero estaba deslumbrado. Todos los cómicos, todos los payasos, todos los titiriteros envidiaban a Gwynplaine. ¡Había allí uno que tenía la dicha de poseer una máscara de fiera! Las madres saltimbanquis y acróbatas que tenían hijos lindos los miraban con ira y mostrándoles a Gwynplaine les decían: «¡Qué lástima que no tengas una cara como esa!». Algunas golpeaban a sus hijos furiosas porque eran bellos. Más de una, si hubiese conocido el secreto, habría arreglado a su hijo «a la Gwynplaine». Una cabeza de ángel que no produce nada no vale lo que una cara de diablo lucrativa. Un día se oyó a la madre de un niño, que era un querubín por su belleza y solía hacer de Cupido, exclamar: «Han fracasado nuestros hijos. Sólo triunfa ese Gwynplaine». Y mostrándole el puño a su hijo, añadió: «¡Si conociese a tu padre le haría una escena!».

Gwynplaine era la gallina de los huevos de oro. ¡Qué fenómeno maravilloso!: tal era la exclamación en todas las barracas. Los titiriteros, entusiasmados y exasperados, contemplaban a Gwynplaine y rechinaban los dientes. La rabia admira, y a eso se llama envidia. Entonces, aúlla. Trataron de perturbar la representación de *Caos vencido*, se confabularon, silbaron, gruñeron, gritaron. Eso fue para Ursus un motivo de arengas hortensianas al populacho, y para el amigo Tom-Jim-Jack una ocasión para asestar alguno de sus puñetazos restablecedores del orden. Los puñetazos de Tom-Jim-Jack acabaron por llamar todavía más la atención de Gwynplaine y granjearse la estimación de Ursus. De lejos, por lo demás, pues el grupo de la Green-Box se bastaba a sí mismo y se mantenía a distancia de todos y en lo que respectaba a Tom-Jim-Jack, ese caudillo de la gente baja producía el efecto de una especie de rufián supremo sin vinculación ni intimidad, alborotador, conductor de hombres, que aparecía y desaparecía, camarada de todos y compañero de nadie.

Ese desencadenamiento de la envidia contra Gwynplaine no se dio por vencido a pesar de los puñetazos de Tom-Jim-Jack. Como las silbatinas habían fracasado, los saltimbanquis del Tarrinzeau-field redactaron una súplica dirigida a la autoridad. Es la manera de proceder ordinaria. Contra un triunfo que nos molesta se azuza a la multitud y luego se implora al magistrado.

A los titiriteros se unieron los reverendos. El Hombre que Ríe había asestado un golpe a los sermones. El vacío se había hecho no solamente en las barracas, sino también en las iglesias. Las capillas de las cinco parroquias de Southwark no tenían ya fieles. Se abandonaba el sermón para ir a ver a Gwynplaine. *Caos vencido*, la Green-Box, el Hombre que Ríe, todas esas abominaciones de Baal aventajaban a la

elocuencia del púlpito. La voz que clama en el desierto, *vox clamans in deserto*, no se siente satisfecha y exhorta de buena gana al gobierno. Los pastores de las cinco parroquias se quejaron al obispo de Londres, quien, a su vez, se quejó a Su Majestad.

La queja de los titiriteros se basaba en la religión, a la que declaraban ultrajada. Señalaban a Gwynplaine como hechicero y a Ursus como impío.

Los reverendos invocaban el orden social. Intervenían alegando las actas del Parlamento violadas y dejaban a un lado la ortodoxia. Eso era más astuto, pues se estaba en la época de Locke, quien había muerto hacía apenas seis meses, el 28 de octubre de 1704, y comenzaba el escepticismo que Bolingbroke iba a insuflar a Voltaire. Wesley restauraría más tarde la Biblia como Loyola restauró el papismo.

De esta manera la Green-Box era atacada por dos lados: por los titiriteros en nombre del Pentateuco y por los capellanes en nombre de los reglamentos policiales. Por una parte el cielo y por la otra la policía urbana: los reverendos eran partidarios de la policía y los saltimbanquis del cielo. La Green-Box era denunciada por los sacerdotes como molesta y por los histriones como sacrílega.

¿Había algún pretexto? ¿Daba motivo para ello? Sí. ¿Cuál era su delito? Este: tenía un lobo. En Inglaterra un lobo es un proscrito. El dogo puede pasar, pero el lobo no. Inglaterra admite al perro que ladra, pero no al perro que aúlla; es la diferencia entre el corral y el bosque. Los rectores y vicarios de las cinco parroquias de Southwark recordaban en sus demandas las numerosas ordenanzas regias y parlamentarias que ponían al lobo fuera de la ley. Concluían pidiendo algo como el encarcelamiento de Gwynplaine y la puesta en custodia del lobo, o por lo menos la expulsión. Era cuestión de interés público, de peligro para los transeúntes, etcétera. A ese respecto apelaban a la facultad. Citaban el veredicto del Colegio de los Ochenta médicos de Londres, cuerpo docto que data de Enrique VIII, tiene un sello como el Estado, eleva a los enfermos a la dignidad de justiciables, posee el derecho de encarcelar a los que infringen sus leyes y contravienen sus ordenanzas y, entre otras comprobaciones útiles para la salud de los ciudadanos, ha puesto fuera de duda este hecho tomado de la ciencia: si un lobo es el primero que ve un hombre, el hombre queda ronco para toda su vida. Además, puede ser mordido.

Por consiguiente, Homo era el pretexto.

Ursus estaba enterado de esas intrigas por el posadero. Se sentía inquieto, pues temía las garras de la policía y la justicia. Para temer a la magistratura basta con tener miedo, no es necesario ser culpable. Ursus deseaba poco el contacto con los alguaciles, prebostes, bailes y funcionarios médicos de la policía judicial. Su anhelo por ver de cerca esos rostros oficiales era nulo. Sentía por ver a los magistrados la misma curiosidad que siente la liebre por ver a los perros de caza.

Comenzaba a lamentar haber ido a Londres.

—Lo mejor es enemigo de lo bueno —murmuraba para sus adentros —. Yo creía que ese proverbio estaba desacreditado, pero me equivocaba. Las verdades tontas son las verdaderas.

Contra tantos poderes coaligados, titiriteros que defendían la religión y sacerdotes que se indignaban en nombre de la medicina, la pobre Creen-Box, sospechosa de hechicería en Gwynplaine y de hidrofobia en Homo, sólo contaba en su favor con una cosa, pero que es una gran fuerza en Inglaterra: la inercia municipal. Del dejar correr local ha salido la libertad inglesa. En Inglaterra la libertad se comporta como el mar alrededor de Inglaterra. Es una marea. Poco a poco las costumbres se encaraman sobre las leyes. Una espantosa legislación tragada, el uso sobre ella, un código feroz todavía visible bajo la transparencia de la libertad inmensa: eso es Inglaterra.

El Hombre que Ríe, *Caos vencido* y Homo podían tener contra ellos a los titiriteros, los predicadores, los obispos, la Cámara de los Comunes, la Cámara de los Lores, Su Majestad, Londres y toda Inglaterra y permanecer tranquilos mientras Southwark estuviera de su parte. La Green-Box era la diversión preferida del suburbio y la autoridad local parecía indiferente. En Inglaterra indiferencia es protección. Mientras el *sheriff* del condado de Surrey, al que correspondía Southwark, no se moviera Ursus respiraría y Homo podía dormir tranquilo sobre sus dos orejas de lobo.

Con la condición de que no llegaran al estrangulamiento, esos odios contribuían al buen éxito. Por el momento no le iba mal a la Green-Box. Al contrario. Entre el público comenzaba a divulgarse que había intrigas, y el Hombre que Ríe se hacía más popular. La multitud olfatea las cosas denunciadas y las toma en bien. Ser sospechoso recomienda. El pueblo adopta instintivamente lo que amenaza el índice. La cosa denunciada es un comienzo de fruto prohibido y se apresura a morderlo. Además, un aplauso que contraría a alguien, sobre todo cuando ese alguien es la autoridad, resulta grato. Hacer, pasando una velada agradable, un acto de adhesión al oprimido y de oposición al opresor, complace. Se protege al mismo tiempo que se divierte. Añadamos que las barracas teatrales del *bowling-green* seguían silbando e intrigando contra el Hombre que Ríe. Nada mejor para el buen éxito. Los enemigos hacen un ruido eficaz que agudiza y aviva el triunfo. Un amigo se cansa más pronto de elogiar que un enemigo de injuriar. Injuriar no es perjudicar, y eso es lo que ignoran los enemigos. No pueden dejar de insultar y en eso consiste su utilidad. Tienen una imposibilidad de callarse que mantiene la expectación pública. La gente iba cada vez en mayor número a ver *Caos vencido*.

Ursus se reservaba lo que le decía maese Nicless de las intrigas y las quejas en las altas esferas y no hablaba de ello a Gwynplaine para no perturbar la serenidad de las representaciones con preocupaciones. Si sucedía alguna desgracia se la conocería demasiado pronto.

5
El wapentake

Sin embargo, en una ocasión creyó que debía derogar esa prudencia, por la prudencia misma, y juzgó conveniente tratar de inquietar a Gwynplaine. Es cierto que se trataba de algo mucho más grave todavía, en opinión de Ursus, que las intrigas de feria e iglesia. Gwynplaine, al recoger un cuarto de penique caído al suelo en el momento en que contaba los ingresos, se puso a examinarlo, en presencia del posadero, y el contraste entre esa moneda, que representaba la miseria del pueblo, y el grabado, que representaba en la figura de Ana la magnificencia parásita del trono, le inspiró una frase malsonante. Esa frase, repetida por Nicless, hizo tanto camino que llegó a Ursus por medio de Fibi y Venus. Eso alarmó a Ursus. Eran palabras sediciosas, constituía un delito de lesa majestad. Amonestó rudamente a Gwynplaine:

—Cuida tu boca abominable. Hay una regla para los grandes: no hacer nada; y una regla para los pequeños: no decir nada. El pobre sólo tiene un amigo: el silencio. No debe pronunciar más que un monosílabo: Sí. En aprobar y consentir consiste todo su derecho. Hay que decir sí al juez y sí al Rey. Los grandes, si lo tienen a bien, nos apalean, conmigo lo han hecho; es su prerrogativa y no pierden nada de su grandeza al rompernos los huesos. El quebrantahuesos es una especie de águila. Veneramos el cetro, que es el primero de los bastones. El respeto es prudencia y la bajeza es egoísmo. Quien ultraja al Rey se pone en el mismo peligro que una niña que corta temerariamente la guedeja a un león. Me informan que has charlado acerca del *farthing*, que es lo mismo que el *liard*, o sea la moneda de cobre, y has denigrado esa medalla augusta mediante la cual nos dan en el mercado la mitad de un cuarto de arenque salado. Ten cuidado. No gastes bromas. Entérate de que existen castigos. Imprégnate con las verdades legislativas. Estás en un país donde el que corta un arbolito de tres años es llevado tranquilamente a la horca. A los que juran les ponen los pies en el cepo. Al borracho lo encierran en una barrica desfondada por abajo para que camine, con un agujero en la parte de arriba para que pase por él la cabeza y dos agujeros a los costados para que saque los brazos, de modo que no puede acostarse. A quien golpea a alguien en la sala de Westminster lo encierran en la cárcel para toda su vida y le confiscan los bienes. A quien golpea a alguien en el palacio del Rey le cortan la mano derecha. Das un papirotazo a una nariz que sangra y te quedas manco. Al convicto de herejía en el tribunal del obispo lo queman vivo. No fue por algo muy importante por lo que a Cuthbert Simpson lo descuartizaron en el torniquete. Hace tres años, en 1702, no hace mucho tiempo como ves, pusieron en la picota a un malvado llamado Daniel de Foe porque había tenido la audacia de imprimir los nombres de los miembros de los Comunes que habían hablado la víspera en el Parlamento. Al que es desleal a Su Majestad lo destripan vivo y le arrancan el

corazón, con el que le abofetean las mejillas. Incúlcate estas nociones de derecho y justicia. No permitirse nunca una palabra y ante la menor inquietud levantar el vuelo es la valentía que yo practico y que aconsejo. En lo tocante a la temeridad, imita a las aves y en lo tocante a la charla, imita a los peces. Por lo demás, lo admirable de Inglaterra es que su legislación es muy benigna.

Hecha su admonición, Ursus estuvo inquieto durante algún tiempo; pero no Gwynplaine. La intrepidez de la juventud se compone de falta de experiencia. Sin embargo, pareció que Gwynplaine tenía razón al mantenerse tranquilo, pues las

semanas transcurrieron pacíficamente y no se vio que las palabras sobre la Reina tuvieran consecuencias.

Ursus, como se sabe, carecía de apatía y, como el corzo en acecho, vigilaba por todos lados.

Un día, poco después de su amonestación a Gwynplaine, al mirar por el tragaluz de la pared que daba al exterior, se puso pálido.

—¿Gwynplaine?

—¿Qué?

—Mira.

—¿Adonde?

—A la plaza.

—¿Qué sucede?

—¿Ves aquel transeúnte?

—¿El hombre vestido de negro?

—Sí.

—¿Que tiene una especie de maza en el puño?

—Sí.

—¿Y qué?

—Pues bien, Gwynplaine, ese hombre es el *wapentake*.

—¿Y qué es el *wapentake*?

—Es el baile de la centena.

—¿Y qué es el baile de la centena?

—Es el *proepositus hundredi*[61].

—¿Quién es el *proepositus hundredi*?

—Un funcionario terrible.

—¿Qué tiene en la mano?

—La *iron-weapon*.

—¿Qué es la *iron-weapon*?

—Un arma de hierro.

—¿Qué hace con ella?

—Ante todo jura sobre ella. Por ello se le llama *wapentake*.

—¿Y luego?

—Luego te toca con ella.

—¿Con qué?

—Con la *iron-weapon*.

—¿El wapentake toca con la *iron-weapon*?

—Sí.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir: sigúeme.

—¿Y hay que seguirlo?

—Sí.

—¿Adonde?
—¡Acaso lo sé yo!
—¿Pero él te dice adonde te lleva?
—No.
—¿Cómo es eso?
—El no te dice nada y tú no le dices nada.
—Pero…
—Si te toca con la *iron-weapon* está dicho todo. Debes seguirlo.
—¿Pero adónde?
—A donde a él le parece, Gwynplaine.
—¿Y si uno se resiste?
—Lo ahorcan.
Ursus volvió a asomar la cabeza por el tragaluz, respiró largamente y dijo:
—A Dios gracias, ya pasó. No venía aquí.

A Ursus le asustaban probablemente más que lo razonable las indiscreciones y los chismes posibles acerca de las palabras inconsideradas de Gwynplaine.

Maese Nicless, que las había oído, no tenía interés alguno en comprometer a la pobre gente de la Green-Box. Sacaba lateralmente del Hombre que Ríe una buena fortunita. *Caos vencido* daba dos buenos resultados: al mismo tiempo que hacía triunfar el arte en la Green-Box hacía prosperar la borrachera en la taberna.

6
El ratón interrogado por los gatos

Ursus tuvo otra alerta más, bastante terrible. Esta vez se trataba de él mismo. Lo enviaron a Bishopsgate para que se presentara ante una comisión compuesta por tres rostros desagradables. Esos tres rostros eran tres doctores, calificados como comisionados; uno era doctor en teología, delegado del deán de Westminster; otro era doctor en medicina, delegado del Colegio de los Ochenta; y el tercero doctor en historia y derecho civil, delegado del colegio de Gresham. Esos tres expertos *in omni re scibili* ejercían la policía de las palabras pronunciadas en público en todo el territorio de las ciento treinta parroquias de Londres, las setenta y tres de Middlesex y, por extensión, las cinco de Southwark. Esas jurisdicciones teologales subsisten todavía en Inglaterra y castigan útilmente. El 23 de diciembre de 1868, por sentencia del tribunal de los Arcos, confirmada por el fallo de los lores del Consejo Privado, el reverendo Mackonochie fue condenado a la censura, más los gastos, por haber encendido velas en una mesa. La liturgia no bromea.

Ursus, pues, recibió un buen día de los doctores delegados una orden de comparecencia que, por suerte, le fue entregada en propias manos y pudo mantener en secreto. Acudió, sin decir palabra, al requerimiento, temblando al pensar que lo podían considerar como dando motivo a que se le acusara de ser, en cierta medida, temerario. Era una severa lección para él, que tanto recomendaba el silencio a los otros. *Garrule, sana te ipsum*[62].

Los tres doctores comisionados y delegados se hallaban sentados en Bishopsgate en el fondo de una sala de la planta baja en tres sillones con brazos de cuero negro, con los tres bustos de Minos, Eaco y Radamanto sobre su cabeza en la pared, una mesa ante ellos y a sus pies un banquillo.

Ursus, introducido por un lacayo plácido y severo, entró, los vio y en seguida dio a cada uno de ellos mentalmente el nombre del juez del infierno que el personaje tenía sobre la cabeza.

Minos, el primero de los tres, el doctor en teología, le hizo seña para que se sentase en el banquillo.

Ursus saludó correctamente, es decir inclinándose hasta el suelo y, como sabía que se encanta a los osos con la miel y a los doctores con el latín, dijo, mientras seguía medio encorvado por respeto:

—Tres faciunt capitulum[63].

Y con la cabeza baja, pues la modestia desarma, fue a sentarse en el banquillo.

Cada uno de los tres doctores tenía delante de él en la mesa un legajo de notas que hojeaba.

Minos comenzó:

—¿Hablas en público?

—Sí —respondió Ursus.

—¿Con qué derecho?

—Soy filósofo.

—Eso no es un derecho.

—Soy también titiritero.

—Eso es diferente.

Ursus respiró, aunque humildemente. Minos continuó:

—Como titiritero podéis hablar, pero como filósofo debéis callar.

—Trataré de hacerlo.

Y Ursus pensó para sus adentros: «Puedo hablar, pero debo callarme. Es una complicación».

Estaba muy asustado. El comisionado de Dios continuó:

—Decís cosas malsonantes. Ultrajáis la religión. Negáis las verdades más evidentes. Propagáis errores escandalosos. Por ejemplo, habéis dicho que la virginidad excluye la maternidad.

Ursus levantó suavemente la vista.

—No he dicho eso. He dicho que la maternidad excluye la virginidad.

Minos se quedó pensativo y murmuró:

—En realidad es lo contrario.

Era lo mismo, pero Ursus había parado el primer golpe.

Minos, meditando la respuesta de Ursus, se sumió en la profundidad de su imbecilidad, lo que produjo un silencio.

El comisionado de la historia, que para Ursus era Radamanto, encubrió la derrota de Minos con esta interpelación:

—Acusado, vuestras audacias y vuestros errores son de todas clases. Habéis negado que la batalla de Farsalia se perdió porque Bruto y Casio encontraron un negro.

—Yo dije —murmuró Ursus— que se debió también a que César era mejor capitán.

El hombre de la historia pasó sin transición a la mitología.

—Habéis excusado las infamias de Acteón.

—Yo creo —insinuó Ursus— que un hombre no se deshonra por haber visto a una mujer desnuda.

—Y os equivocáis —dijo el juez severamente.

Radamanto volvió a la historia:

—A propósito de los accidentes sobrevenidos a la caballería de Mitrídates habéis negado la virtud de las hierbas y las plantas. Habéis negado que una hierba como la securiduca puede hacer que caigan las herraduras de los caballos.

—Perdón. He dicho que eso sólo podía hacerlo la hierba sferra-cavallo. No niego la virtud de hierba alguna.

Y añadió a media voz:

—Ni de mujer alguna.

Con este agregado a su respuesta Ursus se demostró a sí mismo que, por inquieto que estuviese, no estaba desconcertado. Era un compuesto de terror y de presencia de ánimo.

—Insisto —prosiguió Radamanto—. Habéis declarado que Escipión cometió una ingenuidad, cuando quiso abrir las puertas de Cartago, al tomar como llave la hierba de Etiopía, pues la hierba de Etiopía no tiene la propiedad de romper las cerraduras.

—Yo dije sencillamente que habría hecho mejor si hubiera utilizado la hierba Lunaria.

—Es una opinión —murmuró Radamanto, tocado a su vez.

Y el hombre de la historia calló.

El hombre de la teología, Minos, vuelto en sí, interrogó de nuevo a Ursus. Había tenido tiempo para consultar el cuaderno de notas.

—Habéis clasificado el oropimente entre los productos arsenicales y dicho que se podía envenenar con oropimente. La Biblia lo niega.

—La Biblia lo niega —suspiró Ursus—, pero el arsénico lo afirma.

El personaje en quien Ursus veía a Eaco, que era el encargado de la medicina y no había hablado todavía, intervino, y con los ojos soberbiamente cerrados a medias, apoyó a Ursus desde muy alto. Dijo:

—La respuesta no es inepta.

Ursus agradeció con su sonrisa más vil.

Minos hizo una mueca horrible.

—Continúo —dijo. Responded. Habéis dicho que es falso que el basilisco es el rey de las serpientes con el nombre de Cocatrix.

—Muy reverendo —replicó Ursus—, he querido perjudicar tan poco al basilisco que he dicho que era cierto que tiene una cabeza de hombre.

—Sea —dijo severamente Minos—, pero añadisteis que Perio vio uno que tenía cabeza de halcón. ¿Podríais probarlo?

—Difícilmente —contestó Ursus.

Con ello perdió un poco de terreno.

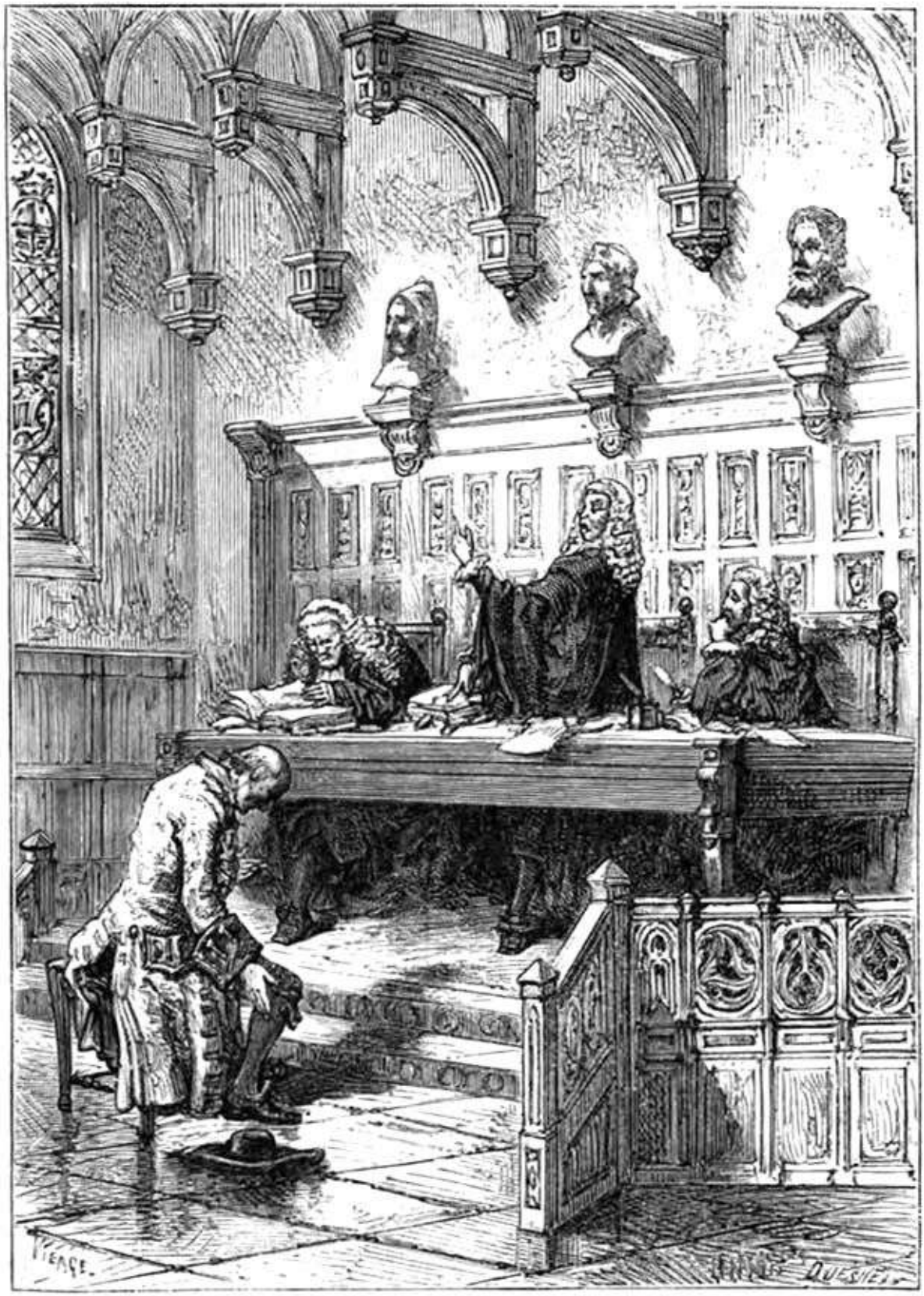
Minos aprovechó la ventaja y prosiguió:

—Habéis dicho que un judío que se hace cristiano no se siente bueno.

—Pero he añadido que un cristiano que se hace judío se siente malo.

Minos lanzó una mirada al legajo delator.

—Afirmáis y propagáis cosas inverosímiles. Habéis dicho que Eliano vio un elefante que escribía sentencias.



—No, muy reverendo. He dicho simplemente que Opiano oyó a un hipopótamo discutir un problema filosófico.

—Habéis declarado que no es cierto que un plato de madera de haya se llena por sí solo con todos los manjares que se pueden desear.

—He dicho que para que tuviera esa virtud sería necesario que os lo hubiera dado el diablo.

—¿Qué me lo diera a mí?

—¡No, a mí, reverendo! ¡No, a nadie! ¡A todos!

Ursus pensó: «Ya no sé lo que digo». Pero su turbación exterior, aunque muy grande, no era demasiado visible. Luchaba.

—Todo eso —dijo Minos— implica cierta fe en el diablo.

Ursus se mantuvo en sus trece:

—Reverendísimo, yo no soy impío con el diablo. La fe en el diablo es el reverso de la fe en Dios. El uno prueba el otro. Quien no cree un poco en el diablo no cree mucho en Dios. Quien cree en el sol debe creer en la sombra. El diablo es la noche de Dios. ¿Y qué es la noche? La prueba del día.

Ursus improvisó a este respecto una insondable combinación de filosofía y religión. Minos volvió a quedar pensativo y se sumió de nuevo en el silencio.

Ursus volvió a respirar.

Se produjo un ataque brusco. Eaco, el delegado de la medicina que había protegido desdeñosamente a Ursus contra el encargado de la teología, se convirtió súbitamente de auxiliar en atacante. Posó el puño cerrado sobre su legajo, que era grueso y denso, y Ursus recibió de él en pleno torso este apóstrofe:

—Está demostrado que el cristal es hielo sublimado y que el diamante es cristal sublimado; está averiguado que el hielo se convierte en cristal en mil años y que el cristal se convierte en diamante en mil siglos. Lo habéis negado.

—No —replicó Ursus con tristeza—. Yo solamente he dicho que en mil años el hielo tiene tiempo para fundirse y que mil siglos son difíciles de contar.

El interrogatorio continuó y las preguntas y respuestas hacían un tintineo de espadas.

—Habéis negado que las plantas pueden hablar.

—De ningún modo. Pero para eso es necesario que estén bajo una horca.

—Confesad que la mandrágora grita.

—No, pero canta.

—Habéis negado que el cuarto dedo de la mano izquierda posee una virtud cordial.

—Solamente he dicho que estornudar hacia la izquierda era una mala señal.

—Habéis hablado temeraria e injuriosamente del fénix.

—Docto juez, he dicho simplemente que cuando escribió que el cerebro del fénix era un bocado delicado pero causaba dolores de cabeza, Plutarco se anticipó demasiado, pues el fénix nunca existió.

—Palabras abominables. El cinamolcos que construye su nido con las ramas del canelo, el rintáceo que empleaba Parysatis para sus envenenamientos, la manucodiata que es el ave del paraíso, y la semenda cuyo pico tiene tres tubos, han pasado equivocadamente por ser el fénix, pero el fénix ha existido.

—No me opongo.

—Sois un necio.

—No aspiro a más.

—Habéis confesado que el saúco curaba la amigdalitis, pero habéis añadido que no era porque tiene en su raíz una excrecencia mágica.

—He dicho que era porque Judas se colgó de un saúco.

—Opinión admisible —murmuró el teólogo Minos, satisfecho porque podía devolver su alfilerazo al médico Eaco.

La arrogancia herida se convierte inmediatamente en ira. Eaco se ensañó:

—Hombre nómada, andorreáis con la mente tanto como con los pies. Tenéis tendencias sospechosas y sorprendentes. Bordeáis la hechicería. Estáis en relación con animales desconocidos. Habláis a los populachos de objetos que no existen sino para vos sólo y que tienen una naturaleza ignorada, como el hemorroide.

—El hemorroide es una víbora que vio Tremelio.

Esta respuesta produjo cierta confusión en la ciencia irritada del doctor Eaco.

Ursus añadió:

—El hemorroide es tan real como la hiena olorosa y la civeta descrita por Castelo.

Eaco salió del paso con una carga a fondo:

—He aquí palabras textuales vuestras y muy diabólicas. Escuchad.

Y con la vista fija en el legajo, Eaco leyó:

«Dos plantas, la thalagssigle y la aglaphotis, son luminosas de noche. Flores de día, estrellas de noche».

Y mirando fijamente a Ursus, preguntó:

—¿Qué tenéis que decir?

Ursus respondió:

—Toda planta es lámpara. El perfume es luz.

Eaco hojeó las otras páginas.

—Habéis negado que las vesículas de nutria equivalen al castóreo.

—Me he limitado a decir que tal vez habría que desconfiar del Aecio a ese respeto.

Eaco se puso huraño.

—¿Ejercéis la medicina?

—Me ejercito en la medicina —suspiró tímidamente Ursus.

—¿Con los vivos?

—Más bien que con los muertos.

Ursus respondía con firmeza pero con sencillez, mezcla admirable en la que dominaba la suavidad. Hablaba con tanta apacibilidad que el doctor Eaco sintió la necesidad de insultarle.

—¿Qué murmulláis? —preguntó rudamente.

—Los jóvenes murmullan y los viejos gimen. ¡Ay, yo gimo!

Eaco replicó:

—Os prevengo esto: si atendéis a un enfermo y el enfermo muere seréis condenado a muerte.

Ursus se aventuró a preguntar:

—¿Y si se cura?

—En ese caso —respondió el doctor, suavizando la voz — se os condenará a muerte.

—Es poco variado —dijo Ursus.

El doctor explicó:

—Si hay muerte, se castiga la necedad, si hay curación se castiga la presunción. La horca en los dos casos.

—Ignoraba ese detalle. Os agradezco la información. No se conocen todas las bondades de la legislación.

—Tened cuidado.

—Lo tendré religiosamente.

—Sabemos lo que hacéis —«Yo, pensó Ursus, no lo sé siempre» —. Podríamos enviaros a la cárcel.

—Lo entreveo, señores.

—No podéis negar vuestras contravenciones y usurpaciones.

—Mi filosofía pide perdón.

—Se os atribuyen audacias.

—Se equivocan enormemente.

—Se dice que curáis a los enfermos.

—Soy víctima de calumnias.

El triple par de cejas horrorizadas asestadas en Ursus se frunció; los tres rostros sabios se acercaron y cuchichearon. Ursus tuvo la visión de un vago bonete de asno que se esbozaba sobre aquellas tres cabezas autorizadas. El murmullo íntimo y competente de aquella trinidad duró unos minutos, durante los cuales Ursus sintió todos los hielos y todas las brasas de la angustia. Por fin Minos, que era el presidente, se volvió hacia él y le dijo en tono furioso:

—¡Idos!

Ursus tuvo un poco la sensación de Jonás al salir del vientre de la ballena.

Minos añadió:

—Se os pone en libertad.

Ursus se dijo: «No me cogerán de nuevo. ¡Adiós a la medicina! — Y añadió para su fuero interno —. En adelante dejaré cuidadosamente que reviente la gente».

Plegado en dos, saludó a todos y todo, a los doctores, los bustos, la mesa y las paredes, se dirigió a la puerta a reculones y desapareció casi como una sombra que se disipa.

Salió de la sala lentamente, como un inocente, y abandonó la calle rápidamente, como un culpable. La proximidad de la gente de la justicia es tan singular y tan lóbrega que, inclusive los absueltos, se evaden de ella.

Mientras huía murmuraba:

«Me he salvado en una tabla. Soy el sabio salvaje y ellos son los sabios domésticos. Los doctores molestan a los doctos. La falsa ciencia es el excremento de la verdadera, y se la emplea para perder a los filósofos. Los filósofos, al producir a los sofistas, producen su propia desdicha. Del excremento del tordo nace el muérdago, con el que se hace la liga, y con la liga se caza el tordo. *Turdus sibi malum cacat*[64]».

Nosotros no consideramos a Ursus un hombre delicado. Tenía la desvergüenza de emplear palabras que expresaban su pensamiento. Su gusto no era mejor que el de Voltaire.

Volvió a la Green-Box, dijo a maese Nicless que se había retrasado por seguir a una mujer linda y no habló una palabra de su aventura.

Solamente por la noche le dijo en voz baja a Homo:

—Entérate de esto: he vencido a las tres cabezas de Cerbero.

7
Qué razones puede tener un cuádruplo[65] para ir a envilecerse entre las monedas de cobre

Sobrevino una diversión.

La posada Tadcaster era cada vez más un horno de alegría y de risa. No podía haber un tumulto más alegre. El posadero y su criado no bastaban para servir la cerveza floja o fuerte y para llevarla. Por la noche, en la sala baja, con todos los vidrios iluminados, no había una mesa vacía. Se cantaba, se gritaba; la chimenea vieja, de bóveda esférica, con reja de hierro y rebosante de hulla, flameaba. Era como una casa de fuego y de ruido.

En el patio, es decir en el teatro, había todavía más gente.

Todo el público de suburbio que podía dar Southwark acudía hasta tal punto a las representaciones de *Caos vencido* que tan pronto como se levantaba el telón, es decir tan pronto como se bajaba el panel de la Green-Box, era imposible encontrar un lugar. Las ventanas rebosaban de espectadores y la galería estaba invadida. No se veía ya uno solo de los adoquines del patio, pues las caras reemplazaban a todos ellos.

Solamente el compartimiento para la nobleza seguía estando vacío.

Eso convertía a aquel lugar, que era el centro del balcón, en un agujero negro. En todas partes una multitud, menos allí.

Pero una noche apareció alguien en aquel lugar.

Era un sábado, día en que los ingleses se apresuran a divertirse, pues tienen que aburrirse el domingo. La sala estaba llena.

Decimos *sala*. Tampoco Shakespeare tuvo durante largo tiempo por teatro más que un patio de posada y lo llamaba sala, *hall*.

En el momento en que el telón se corrió para que comenzara el prólogo de *Caos vencido*, con Ursus, Homo y Gwynplaine en escena, Ursus lanzó, como de costumbre, una mirada al público y sintió una conmoción.

El compartimiento «para la nobleza» estaba ocupado.

Una mujer se hallaba sentada, sola, en el centro del palco, en el sillón de terciopelo de Utrecht.

Estaba sola y llenaba el palco.

Ciertos seres poseen claridad. Aquella mujer, como Dea, tenía un fulgor propio, pero distinto. Dea era pálida y aquella mujer bermeja. Dea era el alba y aquella mujer la aurora. Dea era bella y aquella mujer soberbia. Dea era la inocencia, el candor, la blancura, el alabastro; aquella mujer era la púrpura y se tenía la sensación de que no temía el rubor. Su irradiación desbordaba del palco y ella se hallaba en el centro, inmóvil, con una plenitud de ídolo.

En medio de aquella multitud sórdida poseía el brillo superior del carbunclo e inundaba a la gente con tanta luz que la ahogaba en sombra y todas aquellas caras oscuras se eclipsaban. Su esplendor borraba todo.

Todos los ojos la miraban.

Tom-Jim-Jack se hallaba entre la muchedumbre y desaparecía como los otros en el nimbo de aquella persona esplendente.

Esa mujer absorbió al principio la atención del público, hizo competencia al espectáculo y perjudicó un poco los primeros efectos de *Caos vencido*.

Cualquiera que fuese su aspecto de cosa soñada, para los que estaban cerca de ella era real. Era en verdad una mujer, y tal vez inclusive demasiado mujer. Alta y fuerte, se mostraba magníficamente lo más desnuda que podía. Llevaba voluminosos pendientes de perlas mezcladas con esas joyas raras llamadas *clefs d'Angleterre*. Su vestido exterior era de muselina de Siam bordada en oro viejo, gran lujo, pues esos vestidos de muselina valían entonces seiscientos escudos. Un gran broche de diamantes cerraba su camisa, que se veía a flor de la garganta, moda lasciva de la época, y que era de esa tela de Frisi de la que Ana de Austria tenía paños tan finos que pasaban a través de una sortija. La mujer tenía como una coraza de rubíes, algunos cabujones y piedras preciosas cosidas en todas partes a su corpiño. Además, tenía las cejas ennegrecidas con tinta china, y los brazos, los codos, los hombros, el mentón, las ventanas de la nariz, los párpados, los lóbulos de las orejas, las palmas de las manos y las puntas de los dedos acicalados con afeites que les daban un aspecto provocativo. Y sobre todo eso una implacable voluntad de ser bella. Lo era hasta el extremo de ser feroz. Era una pantera que podía ser gata y acariciar. Uno de sus ojos era azul y el otro negro.

Gwynplaine, como Ursus, contemplaba a esa mujer.

La Green-Box era un poco un espectáculo fantasmagórico. *Caos vencido* era un sueño más bien que una pieza teatral y estaban habituados a ejercer en el público un efecto de visión. Esta vez el efecto de visión volvía a ellos, la sala enviaba al escenario la sorpresa y a ellos les tocaba sentirse pasmados. Recibían el rebote de la fascinación.

Aquella mujer les miraba y ellos la miraban.

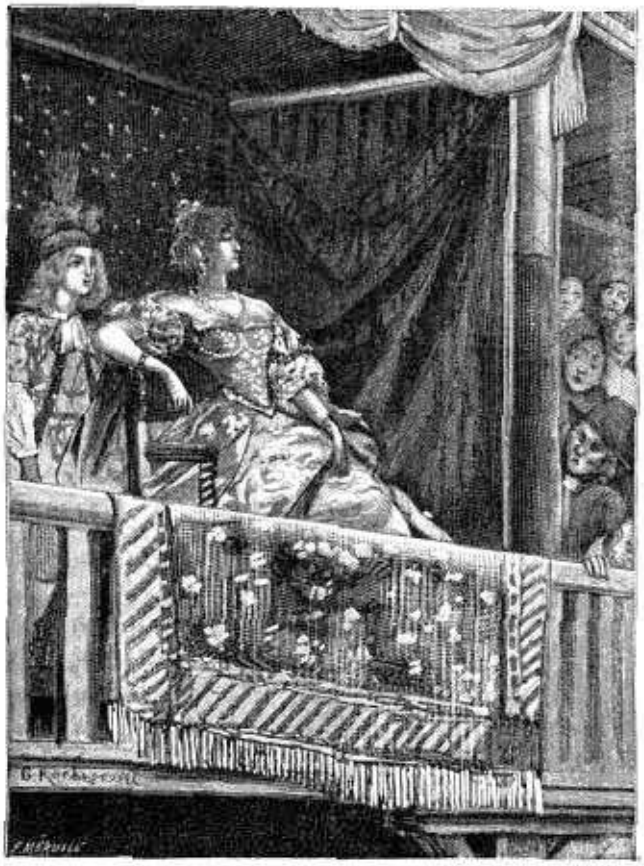
Para ellos, a la distancia en que estaban y en la bruma luminosa que forma la penumbra teatral, los detalles se borraban; aquello parecía una alucinación. Era una mujer, sin duda, ¿pero no era también una quimera? Esa entrada de una luz en su oscuridad los tenía estupefactos. Era como la llegada de un planeta desconocido. Provenía del mundo de los felices. La irradiación ampliaba aquella figura. La mujer tenía centelleos nocturnos, como una vía láctea. Las piedras preciosas parecían estrellas. El broche de diamantes era tal vez una pléyade. El modelado espléndido de su seno parecía sobrenatural. Viendo a aquella criatura astral se sentía la proximidad momentánea y glacial de las regiones de felicidad. Desde las profundidades de un paraíso se inclinaba sobre la mezquina Green-Box y su público miserable aquel rostro de una serenidad inexorable. La suya era una curiosidad suprema que se satisfacía y, al mismo tiempo, daba pasto a la curiosidad popular. Lo de arriba permitía a lo de abajo que le mirara.

Ursus, Gwynplaine, Vinos, Fibi, la multitud, todos, sentían la sacudida de aquel deslumbramiento, con excepción de Dea, ignorante en su oscuridad.

En aquella presencia había algo de aparición, pero ninguna de las ideas que esa palabra suscita ordinariamente realizaba aquella figura; no tenía nada de diáfano, nada de indeciso, nada de flotante, ningún vapor; era una aparición rosada y fresca, en buen estado de salud. Sin embargo, en las condiciones ópticas en que se hallaba Ursus y Gwynplaine era visionaria. Los fantasmas gordos, llamados vampiros, existen. Tal bella reina, que también es para la multitud una visión y que devora treinta millones anuales al pueblo de los pobres, posee esa salud.

Detrás de aquella mujer, en la penumbra, se vislumbraba a su paje, *el mozo*[66], un hombrecito infantil, blanco y lindo y con aire serio. Un lacayo muy joven y muy serio era la moda de esa época. El paje estaba vestido, calzado y tocado con terciopelo de color de fuego y tenía en la montera con galones de oro un manojo de plumas de tejedor, lo que es la señal de una alta domesticidad e indica que se es el criado de una dama muy grande.

El lacayo forma parte del señor y era imposible no observar en la sombra de aquella mujer a aquel paje portacola. La memoria toma notas con frecuencia sin que nos demos cuenta; y sin que Gwynplaine lo sospechara, las mejillas redondas, el gesto serio, la montera galonada y las plumas del paje de la dama dejaron una huella en su mente. Por lo demás, aquel paje nada hacía para que lo mirasen; llamar la atención es falta de respeto. Se mantenía en pie y pasivo en el fondo del palco y todo lo apartado que le permitía la puerta cerrada. Aunque su *muchacho*[67] caudatario estaba presente, la mujer no se hallaba menos sola en el compartimiento, pues un criado no cuenta.



Por fuerte que fuera la distracción causada por aquella persona que producía el efecto de un personaje, el desenlace de *Caos vencido* fue más potente todavía. La impresión fue, como siempre, irresistible. Tal vez hubo en la sala, a causa de la radiante espectadora, pues a veces el espectador se agrega al espectáculo, un aumento de electricidad. El contagio de la risa de Gwynplaine fue más triunfante que nunca. Todos los presentes se pasmaron en una indescriptible epilepsia de hilaridad, en la que se destacaba el rictus sonoro y magistral de Tom-Jim-Jack.

Sólo la mujer desconocida, que contemplaba el espectáculo con una inmovilidad de estatua y ojos de fantasma, no rio.

Era un espectro, pero solar.

Cuando terminó la representación, se levantó el panel y se rehízo la intimidad en la Green-Box, Ursus abrió y vació en la mesa donde comían la talega con el dinero recaudado.

Era una gran cantidad de monedas de cobre bajo la cual brilló súbitamente una onza de oro española.

—¡Ella! —exclamó Ursus.

La onza de oro en medio de las monedas cubiertas de cardenillo era, en efecto, aquella mujer en medio de aquella plebe.

—¡Ha pagado su localidad con un cuádruple! — añadió Ursus, entusiasmado.

En aquel momento el posadero entró en la Green-Box, pasó el brazo por la ventana trasera, abrió en la pared a la que estaba adosada la Green-Box una ventanilla

de la que hemos hablado y que permitía ver la plaza, que estaba a la misma altura, e hizo silenciosamente seña a Ursus para que mirara afuera. Una carroza empenachada, con lacayos que llevaban antorchas y con un magnífico tiro de caballos, se alejaba a toda prisa.

Ursus tomó respetuosamente la onza de oro entre el pulgar y el índice, la mostró a maese Nicless y dijo:

—Es una diosa.

Luego su mirada cayó sobre la carroza que iba a dar la vuelta a la esquina de la plaza y en la imperial de la cual las antorchas de los lacayos iluminaban una corona de oro con ocho florones, y añadió:

—Es más. Es una duquesa.

La carroza desapareció. Dejó de oírse el ruido de las ruedas.

Ursus permaneció durante unos instantes extático, haciendo entre sus dos dedos, convertidos en custodia, la elevación de la onza como si fuera la elevación de la hostia.

Luego la dejó en la mesa y, mientras la contemplaba, comenzó a hablar de «la señora». El posadero le replicaba. Sí, era una duquesa. Conocía el título, pero ignoraba el nombre. Maese Nicless había visto de cerca la carroza, blasonada, y los lacayos con galones. El cochero tenía una peluca que le daba el aspecto de un lord

chambelán. La carroza tenía esa forma rara denominada en España *coche-tumbón*, variedad magnífica que tiene una cobertera de tumba y es un apoyo magnífico para una corona. El paje era un retazo de hombre tan diminuto que podía mantenerse sentado en el estribo de la carroza y fuera de la portezuela. Se emplea a esos lindos seres para llevar la cola de los vestidos de las damas; también llevan sus mensajes. ¿Y había observado las plumas de tejedor de ese paje? Lo grande era que se pagaba una multa si se llevaban esas plumas sin derecho. Nicless también había mirado a la dama de cerca. Era una especie de reina. Tanta riqueza da belleza. La piel es más blanca, la mirada más altiva, el modo de andar más noble, la gracia más insolente. Nada iguala a la elegancia impertinente de las manos que no trabajan.

Maese Nicless siguió hablando de aquella magnificencia de la carne blanca con venas azules, el cuello, los hombros, los brazos, los afeites, los pendientes de perlas, el tocado empolvado de oro, la profusión de piedras preciosas, los rubíes y diamantes.

—Menos brillantes que los ojos —murmuró Ursus.

Gwynplaine callaba.

Dea escuchaba.

—¿Y sabéis —dijo el tabernero— qué es lo más sorprendente?

—¿Qué? —preguntó Ursus.

—Es que la vi subir a la carroza.

—¿Y qué?

—No subió sola.

—¡Bah!

—Alguien subió con ella.

—¿Quién?

—Adivinad.

—¿El Rey? —preguntó Ursus.

—Ante todo —replicó Nicless— no hay rey por el momento. No estamos bajo un rey. Adivinad quién subió a la carroza de esa duquesa.

—Júpiter —dijo Ursus.

El posadero declaró:

—Tom-Jim-Jack.

Hubo una pausa de asombro, durante la cual se pudo oír que Dea decía en voz baja:

—¿No se podía impedir que venga esa mujer?

8
Síntomas de envenenamiento

La «aparición» no volvió.

No volvió al espectáculo, pero volvió al pensamiento de Gwynplaine.

Gwynplaine quedó, en cierta medida, turbado; le parecía que, por primera vez en su vida, había visto una mujer.

Incurrió inmediatamente en el desliz de soñar cosas extrañas. Hay que tener cuidado con la fantasía que se impone. La fantasía tiene el misterio y la sutileza de un olor. Es respecto al pensamiento lo que el perfume respecto al nardo. Es a veces la dilatación de una idea venenosa y penetra como el humo. Se puede envenenar con fantasías lo mismo que con flores. Es un suicidio embriagador, exquisito y siniestro.

El suicidio del alma consiste en pensar mal. Eso produce el envenenamiento. La fantasía atrae, engatusa, embauca, enlaza, y luego hace de vosotros su cómplice. Os complica a medias en las trampas que hace a la conciencia. Os encanta y luego os corrompe. Se puede decir de la fantasía lo que se dice del juego: se comienza siendo engañado y se termina siendo un bribón.

Gwynplaine soñaba.

Nunca había visto a la Mujer.

Había visto su sombra en todas las mujeres del pueblo y su alma en Dea.

Acababa de verla en la realidad.

Una piel tibia y viviente, bajo la que se sentía correr una sangre apasionada; contornos que tenían la precisión del mármol y la ondulación de la ola, un rostro altivo e impasible, que mezclaba el rechazamiento con la atracción y se resumía en un resplandor; cabello coloreado como con un reflejo de incendio, una fineza de compostura que tenía y producía el escalofrío de la voluptuosidad, la desnudez esbozada que revelaba el deseo desdeñoso de ser poseída a distancia por la multitud, una coquetería inexpugnable, lo impenetrable encantador, la tentación sazonada con la perdición entrevista, una promesa para los sentidos y una amenaza para el espíritu, una doble ansiedad, la una que es el deseo y la otra que es el temor. Acababa de ver todo eso, acababa de ver una mujer.

Acababa de ver más y menos que una mujer: una hembra.

Y al mismo tiempo una olímpica.

Una hembra de Dios.

Se le había aparecido ese misterio que es el sexo.

¿Y dónde? En lo inaccesible, a una distancia infinita.

Destino irónico: el alma, esa cosa celeste, la tenía en su mano, era Dea; el sexo, esa cosa terrestre, la veía en lo más profundo del cielo, era aquella mujer.

Una duquesa.

Más que una diosa, había dicho Ursus.

¡Qué escarpa! El sueño mismo retrocedería ante tal escalamiento.

¿Iba a cometer la locura de pensar en aquella desconocida? Se resistía.

Recordaba todo lo que Ursus le había dicho acerca de aquellas altas existencias, casi regias; las divagaciones del filósofo, que le habían parecido inútiles, se convertían para él en jalones de meditación; con frecuencia no tenemos en la memoria sino una capa de olvido muy delgada que, cuando llega la ocasión, de pronto deja ver lo que hay debajo. Se imaginaba ese mundo augusto, el señorío, al que pertenecía aquella mujer, inexorablemente superpuesto al mundo ínfimo, el pueblo, al que él pertenecía. ¿E inclusive pertenecía él al pueblo? ¿No estaba, como titiritero, por debajo de lo que está abajo? Por primera vez desde que había llegado a la edad de la reflexión sintió vagamente que le oprimía el corazón su bajeza, es decir que se sintió abatido. Las descripciones y enumeraciones de Ursus, sus inventarios líricos, sus ditirambos de los castillos, los parques, los surtidores y las columnatas, sus exhibiciones de la riqueza y el poder, revivían en el pensamiento de Gwynplaine con el relieve de una realidad que se mezclaba con las nubes. Sentía la obsesión del cénit. Que un hombre pudiera ser un lord le parecía quimérico, sin embargo, era algo que existía. ¡Parecía increíble, pero había lores! ¿Eran de carne y hueso como nosotros? Lo dudaba. Se sentía en el fondo de la sombra, con una muralla a su alrededor, y veía en una lejanía suprema, sobre su cabeza, como por la boca de un pozo en el fondo del cual estuviera, esa mezcolanza deslumbrante de azul, figuras y rayos que es el Olimpo. En medio de esa gloria resplandecía la duquesa.

Sentía por esa mujer una necesidad extraña complicada con lo imposible.

En su mente daba vueltas sin cesar, y a su pesar, este contrasentido punzante: ver cerca de él, a su alcance, en la realidad estrecha y tangible, el alma; y en lo inasible, en el fondo de lo ideal, la carne.

Ninguno de esos pensamientos adquiría precisión. Lo que tenía en la mente era una niebla que a cada instante cambiaba de contorno y flotaba. Pero le producía un oscurecimiento profundo.

Por lo demás, ni siquiera por un instante se le ocurrió la idea de que aquella en quien pensaba fuera accesible. Ni siquiera en sueños intentó una ascensión hacia la duquesa. Afortunadamente.

El temblor de esas escalas, una vez que se ha puesto el pie en ellas, puede quedar para siempre en el cerebro; se cree subir al Olimpo y se llega a Bedlam. Si un anhelo claro hubiese tomado forma en él, le habría aterrado. No sintió nada parecido.

Por otra parte, ¿volvería a ver a aquella mujer? Probablemente no. La locura no llega a enamorarse de un fulgor que pasa por el horizonte. Mirar amorosamente a una estrella es algo que en rigor se comprende, pues se la vuelve a ver, reaparece, está fija. ¿Pero se puede enamorar de un relámpago?

Sus sueños iban y venían. El ídolo en el fondo del palco, majestuoso y galante, se esfumaba luminosamente en la difusión de sus ideas y luego desaparecía. Pensaba en

él, no pensaba en él, se ocupaba de otra cosa y volvía a pensar. Experimentaba una mecedura, nada más.

Eso le impedía dormir muchas noches. El insomnio está tan lleno de sueños como el sueño.

Es casi imposible expresar en sus límites exactos las evoluciones abstrusas que se producen en el cerebro. El inconveniente de las palabras consiste en que tienen más contorno que las ideas. Todas las ideas se mezclan en los bordes, pero no las palabras. Cierto lado difuso del alma se les escapa siempre. La expresión tiene fronteras y el pensamiento no las tiene.

Nuestra oscura inmensidad interior es tal que lo que sucedía en Gwynplaine apenas tocaba, en su pensamiento, a Dea. Dea era, en el centro de su mente, sagrada. Nada podía acercarse a ella.

Sin embargo, esas contradicciones constituyen toda el alma humana. Había en él un conflicto. ¿Tenía conciencia de ello?

Todo lo más sentía en su fuero interno, en el lugar de las hendiduras posibles — todos tenemos ese lugar — un choque de veleidades. Para Ursus eso habría sido claro; para Gwynplaine era oscuro.

Dos instintos, uno el ideal y el otro el sexo, luchaban en él. Se dan esas luchas entre el ángel blanco y el ángel negro en el puente del abismo.

Por fin fue vencido el ángel negro.

Un día, de pronto, Gwynplaine ya no volvió a pensar en la mujer desconocida.

El combate entre los dos principios, el duelo entre su lado terrenal y su lado celestial, se había librado en lo más oscuro de él mismo y a tales profundidades que sólo lo había advertido muy confusamente.

Lo cierto era que no había dejado un minuto de adorar a Dea.

Se había producido en él, y avanzado mucho, un desorden; su sangre había padecido una fiebre, pero eso había terminado. Sólo quedaba Dea.

Gwynplaine se habría sorprendido mucho si le hubieran dicho que Dea había estado durante un momento en peligro.

Al cabo de una o dos semanas el fantasma que parecía amenazar a aquellas almas desapareció.

En Gwynplaine sólo quedaron el corazón, hogar, y el amor, llama.

Por lo demás, como hemos dicho, la duquesa no volvió, lo que a Ursus le pareció muy sencillo. «La dama de la onza» es un fenómeno. Entra, paga y desaparece. Sería demasiado bueno que volviera.

En cuanto a Dea, ni siquiera aludió a la mujer que había pasado. Escuchaba probablemente y le informaban lo suficiente los suspiros de Ursus y, de vez en cuando, alguna exclamación significativa como: «¡No se tienen onzas de oro todos los días!». No volvió a hablar de «la mujer». Se trata de un instinto profundo. El alma toma esas precauciones vagas, en el secreto de las cuales no es siempre ella misma.

Callar acerca de alguien parece que es alejarlo. Al informarse se teme llamarlo. Se pone el silencio de su lado como se cerraría una puerta.

Se olvidó el incidente.

¿Era en realidad algo? ¿Había existido? ¿Se podía decir que una sombra había flotado entre Gwynplaine y Dea? Dea no lo sabía y Gwynplaine tampoco. No, nada había sucedido. La duquesa misma se esfumó en la perspectiva lejana como una ilusión. No fue más que un minuto de sueño atravesado por Gwynplaine y del que estaba ya fuera. Una disipación de la fantasía como una disipación de la bruma, no deja huellas y, pasada la nube, el amor no ha disminuido en el corazón más que el sol en el cielo.

9
Abyssus abyssum vocat[68]

Otra figura que desapareció fue la de Tom-Jim-Jack. Bruscamente dejó de ir a la posada Tadcaster.

Las personas situadas de modo que podían ver las dos vertientes de la vida elegante de los grandes señores de Londres tal vez pudieron observar que en esa época la Gaceta de la Semana, entre dos extractos de registros parroquiales, anunció «la partida de lord David Dirry-Moir, obedeciendo la orden de Su Majestad de que fuera a hacerse cargo, en la escuadra blanca en crucero por las costas de Holanda, del mando de su fragata».

Ursus advirtió que Tom-Jim-Jack no iba ya, pero eso no le preocupó mucho. Tom-Jim-Jack no había reaparecido desde el día en que había partido en la misma carroza que la dama de la onza. ¡Era, ciertamente, un enigma aquel Tom-Jim-Jack, que se llevaba a las duquesas del brazo! ¡Qué indagaciones interesantes se podían hacer! ¡A cuántas preguntas daba eso lugar! ¡Cuántas cosas se podían decir! Por eso Ursus no dijo una palabra.

Ursus, que había vivido, sabía qué escozores producen las curiosidades temerarias. La curiosidad debe estar siempre en proporción con el curioso. Si se escucha, se arriesga la oreja; si se acecha, se arriesga el ojo. No oír ni ver nada es lo prudente. Tom-Jim-Jack había subido a aquella carroza principesca, y el posadero había sido testigo de ello. Ese marinero que se sentaba junto a esa dama tenía un aspecto de prodigio que hacía a Ursus circunspecto. Los caprichos de la vida de arriba deben ser sagrados para las personas de abajo. Todos esos reptiles a los que se llama los pobres nada pueden hacer mejor que agazaparse en su agujero cuando ven algo extraordinario. No decir esta boca es mía constituye una fuerza. Cerrad los ojos, si no tenéis la dicha de ser ciegos; tapaos los oídos, si no tenéis la suerte de ser sordos; paralizad vuestra lengua, si no poseéis la perfección de ser mudos. Los grandes son lo que quieren, los pequeños son lo que pueden, y dejemos que hable lo desconocido. No importunemos a la mitología, no molestemos a las apariencias, sintamos un respeto profundo por los simulacros. No hagamos objeto de nuestros chismorreos a los empequeñecimientos o los crecimientos que se producen en las regiones superiores por motivos que ignoramos. Son la mayoría de las veces para nosotros, los ruines, ilusiones ópticas. Las metamorfosis son cosas de los dioses; las transformaciones y disgregaciones de los grandes personajes eventuales que flotan por encima de nosotros son nubes que es imposible comprender y peligroso estudiar. Si prestáis demasiada atención impaciente a los olímpicos en sus evoluciones de diversión y fantasía, un rayo podría haceros saber que ese toro examinado con demasiada curiosidad por vosotros es Júpiter. No entreabramos los pliegues del

manto de color de muralla de los poderosos terribles. Indiferencia es inteligencia. No os mováis, eso es saludable. Haceos los muertos y no os matarán. Tal es la sabiduría del insecto. Ursus la practicaba.

El posadero, intrigado también, interpeló un día a Ursus:

—¿Sabéis que ya no se ve a Tom-Jim-Jack?

—¿Cómo? —replicó Ursus—. No lo había advertido.

Maese Nicless hizo a media voz una reflexión, sin duda sobre la promiscuidad de la carroza ducal con Tom-Jim-Jack, observación probablemente irreverente y peligrosa que Ursus tuvo cuidado de no escuchar.

Sin embargo, era demasiado artista para no echar de menos a Tom-Jim-Jack. Sentía cierta desilusión. Pero sólo dio cuenta de su impresión a Homo, único confidente de cuya discreción estaba seguro. Dijo en voz muy baja en la oreja del lobo:

—Desde que no viene Tom-Jim-Jack siento un vacío como hombre y un frío como poeta.

Ese desahogo en el corazón de un amigo alivió a Ursus.

Se mantuvo hermético con Gwynplaine, quien, por su parte, no hizo alusión alguna a Tom-Jim-Jack.

En realidad, Tom-Jim-Jack le importaba poco a Gwynplaine, absorto en Dea.

El olvido era cada vez mayor en él. Dea ni siquiera sospechaba que se había producido una conmoción vaga. Al mismo tiempo, ya no oía hablar de intrigas y de quejas contra el Hombre que Ríe. Los odios parecían haber terminado. Todo se había apaciguado en la Green-Box y alrededor de la Green-Box. Ya no se hablaba de cómicos de la legua ni de sacerdotes. Ya no se oía un gruñido exterior. Tenían el buen éxito sin la amenaza. El destino pasa por esas serenidades súbitas. La espléndida felicidad de Gwynplaine y Dea carecía de sombras por el momento. Había ascendido poco a poco hasta el punto en que no se puede seguir creciendo. Hay una palabra que expresa esas situaciones: el apogeo. La dicha, como el mar, llega a su marea alta. Lo inquietante para los perfectamente dichosos es que el mar vuelve a bajar.

Hay dos maneras de ser inaccesible: estar muy alto o muy bajo. Quizás al menos tanto como lo primero es deseable lo segundo. Con más seguridad que con la que el águila elude la flecha el infusorio elude el aplastamiento. Esa seguridad de la pequeñez, ya lo hemos dicho, si alguien la poseía en este mundo, eran aquellos dos seres, Gwynplaine y Dea, pero nunca había sido tan completa. Vivían cada vez más el uno para el otro, el uno en el otro, extáticamente. El corazón se satura de amor como de una sal divina que lo conserva; a eso se debe la adherencia incorruptible de los que son amados desde el alba de la vida y la lozanía de los viejos amores prolongados. Existe un embalsamamiento del amor. De Dafnis y Cloe están hechos Filemón y Baucis. Esa vejez, semejanza del anochecer con la aurora, estaba reservada evidentemente a Gwynplaine y Dea. Entretanto, eran jóvenes.

Ursus contemplaba ese amor como un médico hace su examen clínico. Además poseía lo que en esa época se llamaba «la mirada hipocrática». Fijaba en Dea, delicada y pálida, esa mirada sagaz y murmuraba:

—¡Es una gran suerte que sea dichosa!

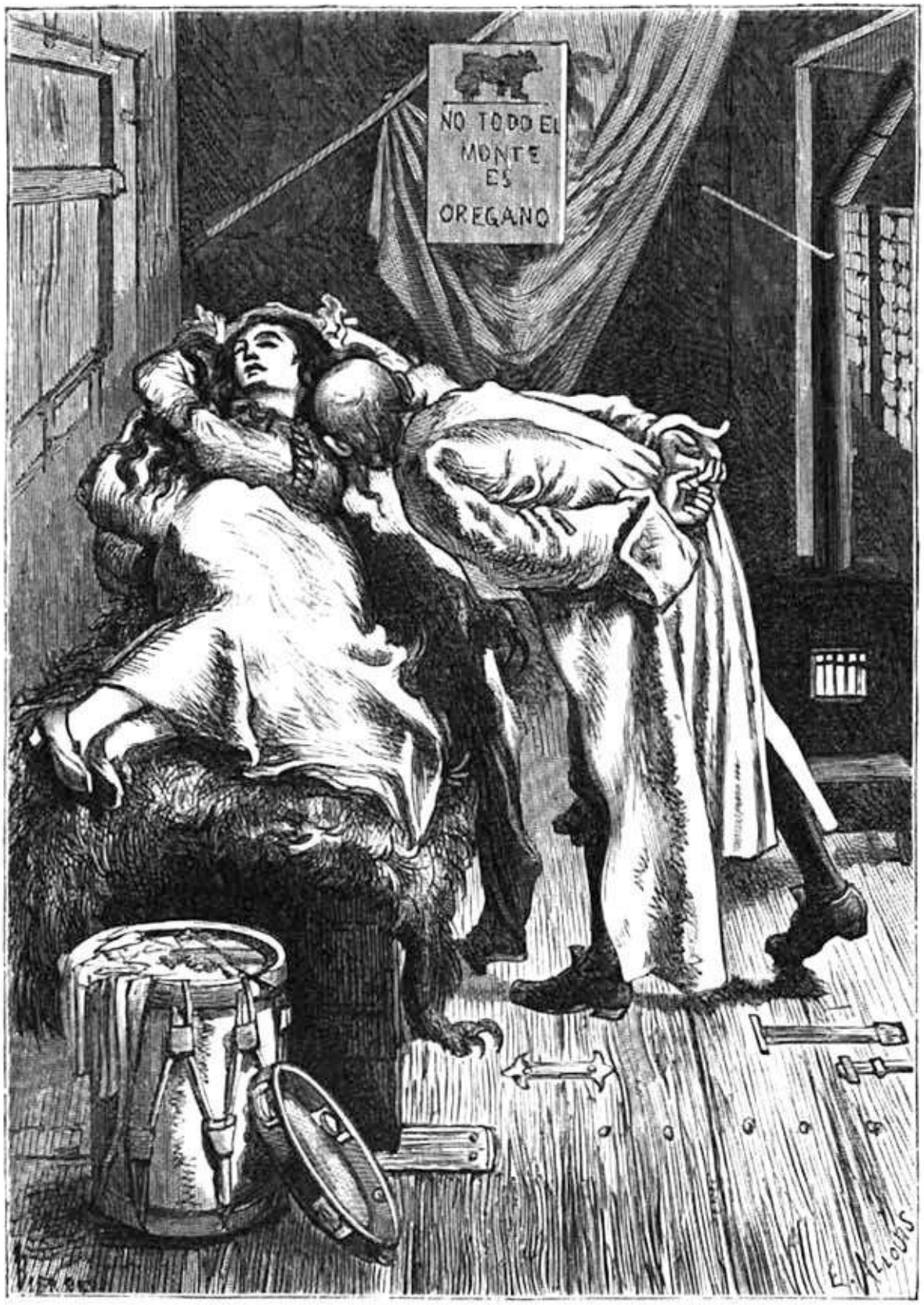
Otras veces decía:

—Conviene a su salud que sea dichosa.

Meneaba la cabeza y a veces leía atentamente a Avicena, traducido por Vopiscus Fortunatus, Lovaina, 1650, librejo que poseía, en el lugar donde hablaba de las «perturbaciones cardíacas».

Dea, que se fatigaba fácilmente, sufría sudores y amodorramientos y, como se recordará, dormía su siesta. Una vez que se quedó adormecida sobre la piel de oso, y Gwynplaine no estaba presente, Ursus se inclinó silenciosamente y aplicó el oído al pecho de Dea, en el lado del corazón. Pareció escuchar durante unos instantes y al enderezarse murmuró:

—No le convendría una sacudida. La hendidura se agrandaría rápidamente.



La gente seguía afluyendo a las representaciones de *Caos vencido*. El éxito del Hombre que Ríe parecía inagotable. Ya no acudía solamente Southwark, sino también un poco de Londres. El público comenzaba a mezclarse; ya no lo formaban solamente marineros y cocheros; en opinión de maese Nicless, conocedor de la plebe, había

ahora entre aquel populacho gentileshombres y *baronets*, disfrazados de plebeyos. El disfraz es una de las delicias del orgullo y la gran moda de entonces. Aquella aristocracia mezclada con la chusma era una buena señal e indicaba que el buen éxito se extendía a Londres. La gloria de Gwynplaine había hecho decididamente su entrada en el gran público. Y el hecho era real. En Londres no se hablaba sino del Hombre que Ríe. Se hablaba de él hasta en el Mohock-Club, frecuentado por los lores.

En la Green-Box no se sospechaba eso; se limitaban a ser dichosos. La embriaguez de Dea consistía en tocar todas las noches la cabeza rizada y leonada de Gwynplaine. En amor nada hay como la costumbre. Toda la vida se concentra en ella. La reaparición del astro es una costumbre del universo. La creación no es más que una enamorada y el sol es un amante.

La luz es una cariátide deslumbrante que soporta el mundo. Todos los días, durante un minuto sublime, la tierra cubierta de noche se apoya en el sol naciente. Dea, ciega, sentía la misma vuelta del calor y la esperanza en ella en el momento en que posaba su mano en la cabeza de Gwynplaine.

Ser dos tenebrosos que se adoran, amarse en la plenitud del silencio: se avendría a pasar así la eternidad.

Una noche, Gwynplaine, sintiendo esa sobrecarga de felicidad que, como la embriaguez causada por los perfumes, produce una especie de malestar divino,

vagaba, como de costumbre después de terminado el espectáculo, por el prado, a unos cien pasos de la Green-Box. Se dan esas horas de expansión en las que se vomita lo que rebosa en el corazón. La noche era oscura y transparente; brillaban las estrellas. Todo el ferial estaba desierto y sólo había sueño y olvido en las barracas dispersas alrededor del Tarrinzeau-field.

Una sola luz no estaba apagada: la linterna de la posada Tadcaster, entreabierta a la espera de la vuelta de Gwynplaine.

Acababan de dar las doce de la noche en las cinco parroquias de Southwark, con las intermitencias y las diferencias de sonido de los distintos campanarios.

Gwynplaine pensaba en Dea. ¿En qué podía soñar? Pero esa noche, singularmente confuso, lleno de un encanto en el que había angustia, pensaba en Dea como un hombre piensa en una mujer. Se lo reprochaba. Era una disminución. El vago ataque del esposo comenzaba en él. Era una impaciencia suave e imperiosa. Cruzaba la frontera invisible; más acá está la virgen, más allá la mujer. Se interrogaba con ansiedad; sentía lo que se podría llamar un rubor interior. El Gwynplaine de los primeros años se había transformado poco a poco con la inconsciencia de un crecimiento misterioso. El ex adolescente púdico sentía que se hacía turbulento e inquietante. Poseemos el oído de luz al que habla el espíritu y el oído de oscuridad al que habla el instinto. En ese oído amplificante unas voces desconocidas le hacían ofrecimientos. Por puro que sea el joven que sueña con el amor, cierto espesamiento de la carne termina siempre interponiéndose entre su sueño y él. Las intenciones pierden su transparencia. Lo inconfesable querido por la naturaleza hace su entrada en la conciencia. Gwynplaine experimentaba no se sabe qué deseo de esa materia en la que están todas las tentaciones y que faltaba casi a Dea. En su fiebre, que le parecía malsana, transfiguraba a Dea, por el lado peligroso tal vez, y trataba de exagerar aquella forma seráfica hasta convertirla en forma femenina. A ti, mujer, es a quien necesitamos.

El amor llega a no desear el exceso de paraíso. Necesita la piel febril, la vida conmovida, el beso eléctrico e irreparable, el cabello desatado, el abrazo con un fin. Lo sideral molesta, lo etéreo pesa. En el amor el exceso de cielo es como el exceso de combustible en el fuego: la llama se apaga. Dea asible y asida, el acercamiento vertiginoso que mezcla en dos seres lo desconocido de la creación: tal era la pesadilla exquisita de Gwynplaine. ¡Una mujer! Oía en él ese grito profundo de la naturaleza. Como un Pigmalión del sueño que modelaba una Galatea celeste, hacía temerariamente, en el fondo de su alma, retoques al contorno casto de Dea, contorno demasiado celestial y no lo suficientemente edénico, pues el Edén es Eva, y Eva era una hembra, una madre carnal, una nodriza terrestre, el vientre sagrado de las generaciones, el pecho de la leche inagotable, la mecedora del mundo recién nacido; y el seno excluye las alas. La virginidad no es sino la esperanza de la maternidad. Sin embargo, en los espejismos de Gwynplaine había estado Dea hasta entonces por encima de la carne. En ese momento, alucinado, trataba mentalmente de hacerla

descender, y tiraba de ese hilo, el sexo, que une a toda muchacha con la tierra. Ni una sola de esas aves se ha soltado. Dea no estaba fuera de la ley más que cualquier otra, y Gwynplaine, aunque sólo se lo confesaba a medias, sentía un vago deseo de que se sometiese a ella. Tenía esa voluntad a su pesar y en una recaída continua. Se imaginaba a Dea humana. Concebía una idea extraordinaria: Dea, criatura no solamente de éxtasis, sino también de voluptuosidad; Dea con la cabeza en la almohada. Le avergonzaba esa usurpación visionaria; era como un esfuerzo de profanación; se resistía a esa obsesión; se apartaba de ella y volvía; le parecía que cometía un atentado al pudor. Dea era para él una nube. Temblando, apartaba esa nube como si hubiese levantado una camisa. Era el mes de abril.

La columna vertebral tiene sus fantasías.

Daba pasos al azar con esa oscilación distraída que se tiene en la soledad. No tener a nadie alrededor ayuda a divagar. ¿Adónde iba su pensamiento? No se habría atrevido a decírselo a sí mismo. ¿Al cielo? No, a una cama. Vosotros, le mirabais, astros.

¿Por qué se dice enamorado? Se debería decir poseso. Ser poseso del diablo es la excepción; estar poseído por la mujer es la regla, todo hombre experimenta esa enajenación de sí mismo. ¡Qué hechicera es una mujer bella! El verdadero nombre del amor es cautiverio.

Se es hecho prisionero por el alma de una mujer. Y también por su carne. A veces todavía más por la carne que por el alma. El alma es la amante; la carne, la querida.

Se calumnia al demonio. No fue él quien tentó a Eva. Fue Eva quien le tentó. Comenzó la mujer.

Lucifer pasaba por allí tranquilo. Vio a la mujer y se convirtió en Satán.

La carne es la parte superior de lo desconocido. Provoca, cosa extraña, por medio del pudor. Nada más inquietante. Se avergüenza esa desvergonzada.

En aquel instante lo que agitaba a Gwynplaine y lo que lo retenía era ese espantoso amor superficial. Es un momento temible aquel en que se ve la desnudez. Es posible deslizarse en el pecado. ¡Cuántas tinieblas hay en esa blancura de Venus!

En Gwynplaine había algo que llamaba a grandes gritos a Dea, a Dea muchacha, a Dea la mitad de un hombre, a Dea carne y llama, a Dea garganta desnuda. Casi expulsaba al ángel. Es una crisis misteriosa por la que todo amor pasa y en la que lo ideal está en peligro. Es la premeditación de la creación.

Era un momento de corrupción celestial.

El amor de Gwynplaine por Dea se hacía nupcial. El amor virginal no es más que una transición. Había llegado el momento y Gwynplaine necesitaba aquella mujer.

Necesitaba una mujer.

Es una pendiente de la que sólo se ve el primer plano.

El llamamiento indistinto de la naturaleza es inexorable.

¡Qué abismo es toda la mujer!

Por suerte, para Gwynplaine no existía más mujer que Dea. Era la única que deseaba, la única que podía desearlo a él.

Gwynplaine sentía el estremecimiento vago que es la reclamación vital del infinito.

Agréguese la agravación de la primavera. Aspiraba los efluvios sin nombre de la oscuridad sideral. Caminaba delante de él, deliciosamente salvaje. Los perfumes errantes de la savia en acción, las irradiaciones embriagadoras que flotan en la sombra, la apertura lejana de las flores nocturnas, la complicidad de los pequeños nidos ocultos, los susurros de las aguas y las hojas, los suspiros que exhalan las cosas, el frescor, la tibieza, todo ese misterioso despertar de abril y de mayo es el inmenso sexo disperso que propone en voz baja la voluptuosidad, una provocación vertiginosa que hace tartamudear el alma. El ideal no sabe ya lo que dice.

Quien hubiese visto caminar a Gwynplaine habría pensado: ¡Toma! ¡Un borracho!

Tambaleaba, en efecto, bajo el peso de su corazón, de la primavera y de la noche.

La soledad en el *bowling-field* era tan apacible que a veces hablaba en voz alta.

No sentirse escuchado hace que se hable.

Se paseaba a pasos lentos, con la cabeza baja, las manos a la espalda, la izquierda en la derecha, los dedos separados.

De pronto sintió que se deslizaba algo entre sus dedos inertes.

Se volvió vivamente.

Tenía en la mano un papel y delante un hombre.

Era ese hombre que se había acercado a él por detrás con la precaución de un gato quien le había puesto ese papel entre los dedos.

El papel era una carta.

El hombre, suficientemente iluminado por la penumbra estelar, era pequeño, mofletudo, joven, grave, y vestía una librea de color de fuego, visible de arriba abajo por la abertura vertical de un largo sobretodo gris llamado entonces *capenoche*, palabra española contraída que quiere decir capa de noche. Cubría la cabeza con una

gorra carmesí, parecida a un capelo de cardenal y en la que un galón acentuaba la servidumbre. En ese capelo se veía un manojo de plumas de tejedor.

Se mantenía inmóvil ante Gwynplaine y se lo habría tomado por una silueta de sueño.

Gwynplaine reconoció al paje de la duquesa.

Antes que Gwynplaine hubiese podido lanzar un grito de sorpresa oyó la voz aguda, a la vez infantil y femenina, del paje que le decía:

—Hallaos mañana a esta misma hora a la entrada del Puente de Londres. Yo estaré allí y os conduciré.

—¿Adonde? —preguntó Gwynplaine.

—Adonde os esperan.

Gwynplaine bajó la vista para mirar la carta que tenía maquinalmente en la mano. Cuando la levantó, el paje había desaparecido.

Se distinguía en la profundidad del ferial una vaga forma oscura que disminuía rápidamente. Era el pequeño lacayo que se alejaba.

Gwynplaine vio cómo desaparecía el paje y luego miró la carta. En la vida hay momentos en que lo que os sucede no os sucede; el estupor os mantiene durante un tiempo a cierta distancia de la realidad. Gwynplaine acercó la carta a sus ojos como para leerla, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo por dos razones: en primer lugar porque no la había abierto, y en segundo lugar porque no había luz. Pasaron muchos minutos antes que recordar que había una linterna en la posada. Dio unos pasos, pero de lado, como si no supiera adonde ir. Un sonámbulo al que un fantasma ha entregado una carta camina así.

Por fin se decidió, corrió más bien que avanzó hacia la posada, se colocó en el rayo de luz de la puerta entreabierta y contempló una vez más en aquella claridad la carta cerrada. No se veía impresión alguna en el sello y en el sobre estaban escritas estas palabras: «Para Gwynplaine». Rompió el sello, desgarró el sobre, desplegó la carta, la puso plenamente bajo la luz y leyó lo siguiente:

> «Eres horrible y yo soy bella. Eres histrión y yo soy duquesa. Yo soy la primera y tú eres el último. Te deseo. Te amo. Ven».

LIBRO CUARTO

La cueva penal

1
La tentación de San Gwynplaine

Tal llamarada apenas hace una picadura en las tinieblas; tal otra pone fuego a un volcán.

Hay chispas enormes.

Gwynplaine leyó la carta, y luego la releyó. Decía claramente: «Te amo».

Los espantos se sucedieron en su mente.

El primero fue creerse loco.

Estaba loco, eso es cierto. Lo que acababa de ver no existía. Los simulacros crepusculares se burlaban de él, miserable. El hombrecito escarlata era una visión. A veces, la oscuridad, nada condensada en una llama, viene a reírse de vosotros. Después de haberse burlado, el ser ilusorio había desaparecido, dejando tras sí a Gwynplaine enloquecido. La sombra suele hacer esas cosas.

El segundo espanto consistió en comprobar que era completamente dueño de su razón.

No, no era una visión. Pero ¿y aquella carta? ¿Acaso no tenía una carta en las manos? ¿Acaso no existían un sobre, un sello, un papel y unas líneas escritas en él? ¿Acaso no sabía de quién provenía aquello? Nada oscuro había en aquella aventura. Habían tomado una pluma y tinta y escrito. Habían tomado una vela y sellado la carta con cera. ¿No estaba su nombre escrito en el sobre?: «*Para Gwynplaine*». El papel olía bien. Todo estaba claro. Gwynplaine conocía al hombrecito. Aquel enano era un lacayo, aquel fulgor una librea, y el lacayo lo había citado para el día siguiente a la misma hora a la entrada del Puente de Londres. ¿Acaso era una ilusión el Puente de Londres? No, no, todo eso era real, no había en ello delirio alguno, él estaba completamente lúcido. No se trataba de una fantasmagoría descompuesta inmediatamente sobre su cabeza y luego desaparecida. Era algo que le había sucedido. No, Gwynplaine no estaba loco. Gwynplaine no soñaba. Volvió a leer la carta.

Pues bien, sí. ¿Pero entonces?

El asunto era formidable.

Había una mujer que lo deseaba.

¡Una mujer que lo deseaba! En ese caso nadie podía volver a pronunciar la palabra increíble. ¡Lo deseaba una mujer que había visto su rostro, una mujer que no estaba ciega! ¿Y quién era esa mujer? ¿Una fea? No, una belleza. ¿Una gitana? No, una duquesa.

¿Qué misterio había en ello y qué quería decir aquello? ¿Qué peligro encerraba ese triunfo? ¿Pero cómo no lanzarse a él de cabeza?

¡Cómo! ¡Aquella mujer, la sirena, la aparición, la dama, la espectadora visionaria del palco, la tenebrosa brillante! Pues era ella, ella sin duda alguna.

El chisporroteo del incendio que comenzaba estallaba en él por todas partes. ¡Era aquella extraña desconocida, la misma que lo había perturbado tanto! Y sus primeros pensamientos tumultuosos acerca de esa mujer reaparecían como avivados por todo aquel fuego sombrío. El olvido no es sino un palimpsesto: sobreviene un accidente y todo lo borrado reaparece en las interlíneas de la memoria asombrada. Gwynplaine creía haber borrado aquella figura de su mente y volvía a encontrarla, estaba impresa en ella, se había hecho un hueco en su cerebro inconsciente, culpable de un sueño. Sin que él se diera cuenta la entalladura de la fantasía había profundizado mucho. Ahora cierto daño estaba ya hecho. Y todo ese ensueño, en adelante tal vez irreparable, ¡volvía a experimentarlo con apasionamiento!

¡Cómo! ¡Lo deseaban! ¡Cómo! ¡La princesa descendía de su trono, el ídolo de su altar, la estatua de su pedestal, el fantasma de su nube! ¡Cómo! ¡Desde el fondo de la imposible llegaba la quimera! ¡Cómo! ¡Aquella deidad del cielo, aquella irradiación, aquella nereida cubierta de piedras preciosas, aquella belleza inaccesible y suprema, desde lo alto de su cima de rayos se inclinaba hacia Gwynplaine! Detenía sobre él su carro de aurora, tirado al mismo tiempo por tórtolas y dragones, y le decía: ¡Ven! ¡El, Gwynplaine, tenía la dicha aterradora de ser el objeto de esa humillación del

empíreo! ¡Aquella mujer, si se podía llamar así a una forma sideral y soberana, se ofrecía, se entregaba! ¡Qué vértigo! El Olimpo se prostituía. ¿A quién? A él, a Gwynplaine. ¡Unos brazos de cortesana se abrían en un nimbo para estrecharlo contra un seno de diosa! Y eso sin mancilla alguna. Esas majestades no tiznan. La luz lava a los dioses. Y aquella diosa que venía a él sabía lo que hacía. No ignoraba el horror encarnado en Gwynplaine. Había visto la máscara que era su rostro y esa máscara no la hacía retroceder. Amaba a Gwynplaine a pesar de todo.

¡Lo que superaba todos los sueños era que le amaban por ella! ¡Lejos de hacer retroceder a la diosa, esa máscara la atraía! Gwynplaine era más que amado, era deseado. Era más que aceptado, era elegido. ¡El, elegido!

¡Cómo! Allí donde se hallaba esa mujer, en aquel medio ambiente regio del esplendor irresponsable y del poder en pleno albedrío, había príncipes y ella podía tomar un príncipe, había lores y podía tomar un lord, había hombres bellos, encantadores, magníficos, y podía tomar a Adonis. ¿Y a quién tomaba ella? ¡A Gnafron! Podía elegir entre meteoros y rayos al inmenso serafín de seis alas, y elegía a la larva que se arrastraba por el fango. Por un lado las altezas y las señorías, toda la grandeza, toda la opulencia, toda la gloria; por el otro un saltimbanqui. ¡Y el saltimbanqui vencía! ¿Qué balanza había, por consiguiente, en el corazón de aquella mujer? ¿Con qué peso contrapesaba su amor? ¡Aquella mujer se quitaba de la frente la diadema ducal y la arrojaba al tablado del payaso! ¡Se quitaba de la cabeza la aureola olímpica y la colocaba en el cráneo hirsuto del gnomo! Una especie de inversión de mundo, con el hormigueo de insectos arriba y las constelaciones abajo, engullía a Gwynplaine desconcertado bajo un derrumbamiento de luz y le formaba un nimbo en la cloaca.

Una todopoderosa, rebelada contra la belleza y el esplendor, se entregaba al condenado de la noche, prefería Gwynplaine a Antinoo, en un acceso de curiosidad penetraba en las tinieblas, descendía por ellas, y de esa abdicación de la diosa salía, coronada y prodigiosa, la realeza del miserable. «Eres horrible. Te amo». Esas palabras afectaban a Gwynplaine en el lugar horrendo del orgullo. El orgullo es el talón en el que todos los héroes son vulnerables. Gwynplaine se sentía halagado en su vanidad de monstruo. Le amaban como un ser deforme. También él, tanto y tal vez más que los Júpiter y los Apolo, era la excepción. Se sentía sobrehumano y tan monstruo que era dios. ¡Qué deslumbramiento espantoso!

Ahora bien, ¿quién era aquella mujer? ¿Qué sabía de ella? Todo y nada. Era una duquesa, lo sabía; sabía que era bella, que era rica, que tenía servidumbre, lacayos, pajes y portadores de antorchas alrededor de su carroza con corona. Sabía que estaba enamorada de él, o que por lo menos lo decía. Lo demás lo ignoraba. Conocía su título, pero no su nombre. Conocía su pensamiento, pero no su vida. ¿Era casada, viuda, soltera? ¿Era libre o estaba sujeta a algunos deberes? ¿A qué familia pertenecía? ¿Había a su alrededor trampas, emboscadas, escollos? Gwynplaine no sospechaba lo que es la galantería en las altas regiones ociosas, que en esas cumbres

hay antros donde sueñan encantadoras feroces que tienen a su alrededor una mezcolanza de osamentas de amores ya devorados, a qué experimentos trágicamente cínicos puede lleva el tedio de una mujer que se cree superior al hombre. Ni siquiera sabía cómo se puede fundamentar una conjetura, pues en el subsuelo social en que vivía se está mal informado. Sin embargo, veía sombras. Se daba cuenta de que toda aquella claridad era oscura. ¿Comprendía? No. ¿Adivinaba? Menos todavía. ¿Qué había detrás de aquella carta? Una puerta completamente abierta y al mismo tiempo una cerradura inquietante. De un lado el consentimiento y del otro el enigma.

El consentimiento y el enigma, esas dos bocas, una provocadora y la otra amenazadora, pronunciaban la misma palabra: «¡Atrévete!».

Nunca la perfidia del azar había tomado mejor sus medidas y puesto más a punto una tentación. Gwynplaine, hurgoneado por la primavera y por la subida de la savia universal, estaba a disposición de soñar con la carne. El viejo hombre insumergible del que ninguno de nosotros triunfa despertaba en aquel efebo retrasado que seguía siendo adolescente a los veinticuatro años. Era en ese momento, en el minuto más turbulento de esa crisis, cuando se le hacía el ofrecimiento y se alzaba ante él, deslumbrante, la garganta desnuda de la esfinge. La juventud es un plano inclinado. Gwynplaine se inclinaba y lo empujaban. ¿Quién? La estación. ¿Quién? La noche. ¿Quién? Aquella mujer. Si no existiera el mes de abril se sería mucho más virtuoso. Los arbustos en flor eran cómplices. El amor es el ladrón y la primavera la encubridora.

Gwynplaine estaba trastornado.

Existe cierto humo del mal que precede al pecado y que no puede respirar la conciencia. La honestidad tentada siente la vaga náusea del infierno. Lo que se entreabre exhala una tufarada que advierte a los fuertes y aturde a los débiles. Gwynplaine sentía ese malestar misterioso.

Dos dilemas, a la vez fugaces y porfiados, flotaban ante él. El pecado, que se obstinaba en ofrecerse, adquiría forma. Al día siguiente, a medianoche, en el Puente de Londres, el paje. ¿Iría? ¡Sí!, gritaba la carne. ¡No!, gritaba el alma.

Sin embargo, digámoslo, por extraño que pueda parecer de buenas a primeras, esa pregunta. — ¿Iría? — no se la hizo una sola vez claramente. Las acciones reprobables tienen lugares reservados. Como los aguardientes demasiado fuertes, no se los bebe de un trago. Se deja el vaso, ya se verá más tarde, pues la primera gota es ya muy extraña.

Lo seguro es que se sentía impulsado por detrás hacia lo desconocido.

Temblaba. Entreveía el borde de un precipicio. Y se echaba hacia atrás presa del espanto. Cerraba los ojos. Se esforzaba por negarse a sí mismo esa aventura, y por volver a dudar de su razón. Evidentemente, eso era lo mejor. Lo más prudente que podía hacer era creerse loco.

¡Qué fiebre fatal! Todo hombre sorprendido por lo imprevisto ha sentido en su vida esas pulsaciones trágicas. El observador escucha siempre con ansiedad el

estruendo de los sombríos golpes de ariete del destino contra una conciencia.

¡Ay!, Gwynplaine se interrogaba. Cuando el deber es claro, hacerse preguntas es estar ya vencido.

Por lo demás, detalle que hay que anotar, lo desvergonzado de la aventura, que tal vez habría llamado la atención de un hombre corrompido, para él no existía. Ignoraba lo que es el cinismo. La idea de prostitución, indicada anteriormente, no se le ocurría. No era capaz de concebirla. Era demasiado puro para admitir las hipótesis complicadas. De aquella mujer sólo veía la grandeza. ¡Ay!, se sentía halagado. Su vanidad no comprobaba sino su victoria. Para que hubiese sospechado que era objeto de un impudor más bien que de un amor habría necesitado mucha más agudeza que la que posee la inocencia. Junto al «Te amo» no veía este correctivo espantoso: «Te deseo».

El lado bestial de la diosa se le escapaba.

La mente puede sufrir invasiones. El alma tiene sus vándalos, los malos pensamientos, que vienen a asolar nuestra virtud. Mil ideas en sentido inverso se precipitaban sobre Gwynplaine, una tras otra y a veces al mismo tiempo. Luego se producían en él silencios. Entonces se tomaba la cabeza entre las manos, con una especie de atención lúgubre, parecida a la contemplación de un paisaje nocturno.

De pronto se dio cuenta de una cosa: de que ya no pensaba. Su ensueño había llegado a ese momento negro en el que todo desaparece.

Advirtió también que no había entrado en la Green-Box. Podían ser las dos de la madrugada.

Guardó la carta llevada por el paje en el bolsillo del pecho, pero, dándose cuenta de que quedaba sobre su corazón, la quitó de allí y la metió, muy arrugada, en uno de los bolsillos de sus gregüescos. Luego se dirigió a la posada, entró en ella silenciosamente, no despertó al pequeño Govicum que lo esperaba caído de sueño en una mesa con los dos brazos como almohada, cerró la puerta, encendió una vela con la linterna, echó los cerrojos, dio una vuelta de llave a la cerradura, tomó maquinalmente las precauciones de un hombre que vuelve tarde, subió la escalera de la Green-Box, se deslizó en la vieja barraca que le servía de dormitorio, miró a Ursus, que dormía, apagó la vela y no se acostó.

Así pasó una hora. Por fin, cansado, imaginándose que la cama es el sueño, apoyó la cabeza en la almohada, sin desvestirse, e hizo a la oscuridad la concesión de cerrar los ojos, pero la tempestad de emociones que lo atacaba no se interrumpió un instante. El insomnio es una sevicia que comete la noche con el hombre. Gwynplaine

sufría mucho. Por primera vez en su vida no se sentía satisfecho consigo mismo. El dolor íntimo se mezclaba con la vanidad satisfecha. ¿Qué debía hacer? Amaneció y oyó que Ursus se levantaba, pero no abrió los párpados. No hallaba tregua. Pensaba en la carta. Recordaba todas las palabras en una especie de caos. Bajo ciertos soplos violentos del interior del alma el pensamiento es un líquido. Sufre convulsiones, se subleva y sale de él algo parecido al rugido sordo de la ola. Flujo, reflujo, sacudidas, remolinos, vacilaciones de la ola ante el escollo, granizo y lluvia, nubes con brechas en las que los fulgores, locas ascensiones seguidas inmediatamente por el derrumbe, inmensos esfuerzos perdidos, arrancamientos miserables de una espuma inútil, aparición del naufragio por todas partes, sombra y dispersión: todo eso que está en el abismo está también en el hombre. Gwynplaine era presa de esa tormenta.

En lo más fuerte de esa angustia, con los ojos todavía cerrados, oyó una voz dulce que le preguntaba:

—¿Duermes, Gwynplaine?

Abrió los ojos sobresaltado, se sentó en la cama y vio que la puerta de la barraca-guardarropa estaba entreabierta. Dea se hallaba en la rendija. Tenía en los ojos y los labios su sonrisa inefable. Se erguía encantadora con la serenidad inconsciente de su irradiación. Hubo una especie de minuto sagrado. Gwynplaine la contempló, estremeciéndose, deslumbrado, despierto. ¿Despierto de qué? ¿Del sueño? No, del insomnio. Era ella, era Dea; y de pronto sintió en lo más profundo de su ser la inexplicable desaparición de la tempestad y el sublime descenso del bien sobre el mal. El prodigio de la mirada de lo alto se realizó; la dulce ciega luminosa, sin más esfuerzo que su presencia, disipó en él toda la sombra; la cortina de nubes se apartó de su mente como corrida por una mano invisible, y Gwynplaine, encantamiento celestial, sintió que el azul volvía a entrar en su conciencia. Por la virtud de aquel ángel volvió a ser súbitamente el bueno y grande Gwynplaine inocente. El alma, como la creación, tiene esas confrontaciones misteriosas; ambos callaban, ella la claridad, él el abismo, ella divina, él apaciguado; y por encima del corazón tempestuoso de Gwynplaine resplandecía Dea con un efecto indecible de estrella del mar.

2
De lo agradable a lo serio

¡Qué sencillo es un milagro! Era en la Green-Box la hora de desayunar y Dea iba simplemente a enterarse de por qué Gwynplaine no se presentaba en la mesita de la mañana.

—¡Tú! —exclamó Gwynplaine, y no necesitó decir más.

Ya no hubo para él otro horizonte ni otra visión que aquel cielo en el que estaba Dea.

Quien no ha visto, después del huracán, la sonrisa inmediata del mar no puede comprender esos apaciguamientos. Nada se calma más rápidamente que el abismo. Eso se debe a su facilidad para engullir. Así es el corazón humano. No siempre, sin embargo.

Dea no tenía que hacer más que mostrarse y toda la luz que había en Gwynplaine salía e iba a ella, y ya no había detrás de Gwynplaine deslumbrado más que una huida de fantasmas. ¡Qué pacificadora es la adoración!

Algunos instantes después los dos estaban sentados el uno frente al otro, Ursus entre ellos y Homo a sus pies. La tetera, bajo la cual flameaba una pequeña lámpara, estaba en la mesa. Fibi y Vinos se hallaban fuera y atendían al servicio.

El desayuno, como el almuerzo, se hacía en el compartimiento del centro. De la manera como la mesa muy estrecha estaba colocada, Dea daba la espalda al vano del tabique que correspondía a la puerta de entrada de la Green-Box.

Sus rodillas se tocaban. Gwynplaine servía el té a Dea.

Dea soplaba graciosamente su taza. De pronto estornudó. En ese momento había sobre la llama de la lámpara una humareda que se disipaba y algo como papel que se convertía en cenizas. Ese humo era el que había hecho estornudar a Dea.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Nada —respondió Gwynplaine.

Y sonrió.

Había quemado la carta de la duquesa.

El ángel guardián de la mujer amada es la conciencia del hombre que ama.

Aquella carta que desaparecía lo alivió extrañamente y Gwynplaine sintió su honradez como el águila siente sus alas.

Le pareció que con aquel humo se disipaba la tentación y que al mismo tiempo que el papel la duquesa se convertía en cenizas.

Mientras mezclaban sus tazas, bebiendo el uno después del otro en la misma, conversaban. Era una cháchara de enamorados, una charla de gorriones, puerilidades dignas de la Madre Oca y de Homero. Dos corazones que se aman: no busquéis más lejos la poesía; dos besos que dialogan: no busquéis más lejos la música.

—¿Sabes una cosa?
—No.
—Gwynplaine, he soñado que éramos animales y teníamos alas.
—Alas quiere decir pájaros —murmuró Gwynplaine.
—Animales quiere decir ángeles —gruñó Ursus.
La charla continuó.
—Si tú no existieras, Gwynplaine…
—¿Qué?
—No existiría el buen Dios.
—El té está demasiado caliente. Vas a quemarte, Dea.
—Sopla en mi taza.
—¡Qué bella estás esta mañana!
—Figúrate que quiero decirte toda clase de cosas.
—Dilas.
—¡Te amo!
—¡Te adoro!
Y Ursus hacía este aparte:
—¡Por el cielo, qué personas honradas!
Cuando se ama, lo exquisito son los silencios. Son como acopios de amor que estallan luego suavemente.
Hubo una pausa, tras la cual Dea exclamó:
—¡Si supieras! Por la noche, cuando representamos la pieza, en el momento en que mi mano toca tu frente — ¡oh, tienes una cabeza noble, Gwynplaine! —, en el instante en que siento tu cabello bajo mis dedos, me estremezco, siento una alegría celestial y me digo: En todo este mundo de oscuridad que me envuelve, en este universo de soledad, en este inmenso derrumbamiento oscuro en que estoy, en este espantoso temblor mío y de todo tengo un punto de apoyo, que es éste, que es él. Que eres tú.
—¡Oh, me amas! —dijo Gwynplaine—. Yo también sólo te tengo a ti en la tierra. Tú eres todo para mí. Dea, ¿qué quieres que haga? ¿Deseas algo? ¿Qué necesitas?
Dea contestó:
—No lo sé. Soy dichosa.
—¡Oh, los dos somos dichosos!
Ursus elevó la voz severamente:
—¡Ah, sois dichosos! Es una contravención. Ya os lo he advertido. Si sois dichosos, tratad de que no os vean. Ocupad el menor lugar posible. La dicha hay que ocultarla en agujeros. Haceos más pequeños de lo que sois si podéis. Dios hace que la grandeza de la dicha esté en proporción con la pequeñez de los dichosos. Las personas satisfechas deben ocultarse como los malhechores. Si brilláis, siendo como sois unos villanos gusanos de luz, ¡voto a bríos!, os pisotearán, y harán bien. ¿Qué

son todos esos «amor mío»? Yo no soy una dueña cuya misión es mirar cómo se picotean los enamorados. ¡Termináis cansándome! ¡Idos al diablo!

Y dándose cuenta de que su acento duro se ablandaba hasta el enternecimiento, ahogó esa emoción en un fuerte refunfuño.

—Padre —dijo Dea—, ¡cómo hacéis oír vuestra voz gruesa!

—Es que no me gusta que se sea demasiado dichoso — replicó Ursus.

En ese momento Homo hizo eco a Ursus. Se oyó un gruñido a los pies de los enamorados.

Ursus se inclinó y puso la mano en el cráneo de Homo.

—Tú también estás de mal humor —le dijo—, gruñes. Erizas los pelos en tu cabezota de lobo. No te gustan los amoríos. Es porque eres sabio. De todos modos, cállate. Has hablado y dado tu consejo. Está bien; ahora silencio.

El lobo gruñó otra vez.

Ursus le miró bajo la mesa.

—¡Chitón, Homo! ¡No insistas, filósofo!

Pero el lobo se levantó y mostró los dientes hacia la puerta.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Ursus.

Y asió a Homo por la piel del cuello.

Dea, desatenta a los rechinamientos del lobo, absorta en sus pensamientos y saboreando en sí misma el sonido de la voz de Gwynplaine, callaba con esa especie de éxtasis peculiar de los ciegos, que a veces parece darles interiormente un canto que escuchan y reemplaza con no se sabe qué música ideal la luz que les falta. La ceguera es un subterráneo desde el que se oye la profunda armonía eterna.

Mientras Ursus apostrofaba a Homo con la cabeza baja, Gwynplaine había levantado la vista.

Iba a beber una taza de té, pero no la bebió; la dejó en la mesa con la lentitud de un resorte que se dilata, sus dedos quedaron abiertos y permaneció inmóvil, con la mirada fija, sin respirar.

Un hombre se hallaba en pie detrás de Dea, en el marco de la puerta.

Aquel hombre estaba vestido de negro y llevaba una capa de justicia. Tenía una peluca que le llegaba a las cejas y en la mano un bastón de hierro cincelado en corona en los dos extremos.

Ese bastón era corto y macizo.

Imagínese a Medusa asomando la cabeza entre dos ramas del Paraíso.

Ursus, que había sentido la conmoción producida por el recién llegado, levantó la cabeza sin soltar a Homo y reconoció al personaje terrible.

Tembló de la cabeza a los pies y dijo en voz baja a Gwynplaine:

—Es el wapentake.

Gwynplaine recordó, y estuvo a punto de escapársele una palabra de sorpresa, pero la contuvo.

El bastón de hierro terminado en corona en los dos extremos era la *iron-weapon*.

De la *iron-weapon*, sobre la cual los funcionarios de la justicia urbana prestaban juramente al hacerse cargo de su puesto, derivaban su nombre los antiguos *wapentakes* de la policía inglesa.

Detrás del hombre de la peluca, en la penumbra, se entrevía al posadero consternado.

El hombre, sin decir palabra, y personificando a la *muta Themis*[69] de las antiguas leyes, bajó el brazo derecho por encima de la radiante Dea y tocó con el bastón de hierro el hombro de Gwynplaine, mientras con el pulgar de la mano izquierda mostraba a su espalda la puerta de la Green-Box. Ese doble gesto, tan pronto más imperioso por lo silencioso, quería decir: Sígueme.

Pro signo exeundi, sursum trahe[70], dice el cartulario normando.

El individuo sobre el que acababa de posarse la *iron-weapon* no tenía más derecho que el derecho de obedecer. Esa orden muda no admitía réplica. Los severos castigos ingleses amenazaban al refractario.

Bajo aquel rígido tocamiento de la ley, Gwynplaine sintió una conmoción y luego quedó como petrificado.

Si en vez de ser simplemente rozado en el hombro por el bastón de hierro le hubiese golpeado violentamente en la cabeza no habría quedado más aturdido. Se veía intimado a seguir al policía. ¿Pero por qué? No lo comprendía.

Ursus, también muy turbado, entreveía algo bastante distinto. Pensaba en los titiriteros y los predicadores, sus rivales; en la Green-Box denunciada; en el lobo, aquel delincuente; en su propio interrogatorio por los tres inquisidores de Bishopsgate y, ¿quién sabe?, tal vez, pero eso era espantoso, en las charlas inconvenientes y facciosas de Gwynplaine acerca de la autoridad real. Temblaba fuertemente.

Dea sonreía.

Ni Gwynplaine ni Ursus pronunciaron una palabra. Ambos pensaron en lo mismo: no inquietar a Dea. Tal vez el lobo pensó lo mismo, pues dejó de gruñir. Es cierto que Ursus no lo soltaba.

Por otra parte Homo, llegado el caso, se mostraba prudente. ¿Quién no ha observado ciertas ansiedades inteligentes en los animales? Tal vez, en la medida en que un lobo puede comprender a los hombres, se sentía proscrito.

Gwynplaine se levantó.

No era posible resistencia alguna. Gwynplaine lo sabía, pues recordaba las palabras de Ursus, y tampoco se podían hacer preguntas.

Se quedó en pie ante el *wapentake*.

El *wapentake* le retiró el arma del hombro, la acercó a su propio pecho y la colocó recta en postura de mando, actitud policial que entonces comprendían todos y que intimaba la siguiente orden:

—Que este hombre me siga, y nadie más. Quedaos todos donde estáis. Silencio.

Nada de curiosos. En todas las épocas le han gustado a la policía esas clausuras.

A esa clase de detención se la llamaba «secuestro de la persona».

El *wapentake*, con un solo movimiento y como una pieza mecánica que gira sobre sí misma, se volvió y dirigió con paso magistral y grave hacia la salida de la Green-Box.

Gwynplaine miró a Ursus.

Ursus hizo esa pantomima que consiste en encogerse de hombros, colocarse los codos en las caderas con las manos apartadas y fruncir las cejas y que significa: sumisión a lo desconocido.

Gwynplaine miró a Dea. Soñaba y seguía sonriendo.

Puso la extremidad de los dedos en los labios y le envió un beso indecible.

Ursus, aliviado de cierta cantidad de terror por la espalda dada vuelta del *wapentake*, aprovechó el momento para murmurar al oído de Gwynplaine:

—¡Por tu vida, no hables antes que te interroguen!

Gwynplaine, con el cuidado de no hacer ruido que se pone en la habitación de un enfermo, descolgó del tabique su sombrero y su capa, se envolvió en ésta hasta los

ojos y se hundió el sombrero hasta la frente. Como no se había acostado, llevaba todavía sus ropas de trabajo y en el cuello la esclavina de cuero. Miró una vez más a Dea. El *wapentake*, al llegar a la puerta exterior de la Green-Box, levantó su bastón y comenzó a descender por la pequeña escalera de salida; entonces Gwynplaine se puso en marcha como si aquel hombre lo tirase con una cadena invisible. Ursus vio cómo Gwynplaine salía de la Green-Box; en ese momento el lobo esbozó un gruñido plañidero, pero Ursus lo contuvo y le dijo en voz muy baja:

—Volverá.

En el patio, maese Nicless, con un gesto servil e imperioso, ahogó los gritos de espanto en las bocas de Vinos y Fibi, quienes miraban con angustia cómo se llevaban a Gwynplaine y las ropas de luto y el bastón de hierro del *wapentake*.

Las dos mujeres quedaron petrificadas en actitud de estalactitas.

Govicum, aturdido, asomaba la cara por una ventana entreabierta.

El *wapentake* precedía a Gwynplaine varios pasos sin volverse ni mirarle, con la tranquilidad glacial que da la certidumbre de ser la ley.

Los dos, en un silencio sepulcral, cruzaron el patio, atravesaron la sala oscura de la taberna y salieron a la plaza. Había en ella algunos transeúntes agrupados ante la puerta de la posada y el justiciero-quórum al frente de una escuadra policial. Los curiosos, estupefactos y sin decir palabra, se apartaron y se colocaron en fila con la disciplina inglesa ante el bastón del alguacil. El *wapentake* tomó la dirección de las callejuelas, llamadas entonces Little Strand, que corren a lo largo del Támesis, y Gwynplaine, llevando a derecha e izquierda a la gente del justiciero-quórum alineada en doble fila, pálido, sin un gesto, sin más movimiento que el de los pasos que daban, cubierto con su capa como con un sudario, se alejó lentamente de la posada, caminando en silencio detrás del hombre taciturno, como una estatua que sigue a un espectro.

3
Lex, Rex, Fex[71]

La detención sin explicación, que al presente asombraría mucho a un inglés, era un procedimiento policial muy utilizado entonces en Gran Bretaña. Se recurría a él, particularmente para las cosas delicadas que disponían en Francia las cartas selladas, y a pesar del *habeas corpus*, hasta el reinado de Jorge II, y una de las acusaciones de que tuvo que defenderse Walpole fue que había hecho detener o había dejado que detuvieran a Neuhoff de esa manera. La acusación estaba probablemente poco fundada, pues Neuhoff, rey de Córcega, fue encarcelado por sus acreedores.

Los apresamientos silenciosos, que había utilizado mucho la Santa Woehme en Alemania, eran admitidos por la costumbre germánica que regía una mitad de las viejas leyes inglesas, y las recomendaba, en ciertos casos, la costumbre normanda que regía la otra mitad. El jefe de policía de Justiniano se llamaba «el silenciario imperial», *silentiarius imperialis*. Los magistrados ingleses que practicaban esta clase de apresamiento se fundaban en numerosos textos normandos: *Canes latrant, sergentes silent — Sergenter agere, id est tacere*[72]. Citaban a Lundulphus Sagax, párrafo 16: *Facit imperator silentium*[73]. Citaban la carta del rey Felipe, de 1307: *Multos tenebimus bastonerios qui, obmutescentes, sergentare valeant*[74]. Citaban los estatutos de Enrique I de Inglaterra, capítulo LIII: *Surge signo jussus. Taciturnior esto. Hoc est esse in captione regis*[75]. Se valían especialmente de esta descripción considerada como formando parte de las antiguas franquicias feudales de Inglaterra: «*Sous les viscomtes sont les serjants de l'espée, lesquels doivent justicier vertueusement à l'espée tous ceux qui suient malveses compagnies, gens diffamez d'aucuns crimes, et gens fuitis et forbannis… et les doivent si vigoureusemente et discrètement appréhender, que la bonne gent qui sont paisibles soient gardez paisiblement, et que les malfeteurs soient espoantés*». Ser detenido de este modo era ser apresado «*ô le glaive de l'espée*». (*Vetus Consuetudo Normanniae*[76], MS. I, part. Sec. I, cap. II). Los jurisconsultos invocaban además, *in Charta Ludovici Hutini pro Normannis*[77] el capítulo *servientes spathae*[78]. Los *servientes spathae*, en la aproximación gradual del bajo latín a nuestros idiomas, se han convertido en *sergentes spadae*.

Las detenciones silenciosas eran lo contrario del clamor de justicia e indicaban que convenía callar hasta que ciertas oscuridades quedasen aclaradas.

Significaban: cuestiones reservadas.

Indicaban en la operación policial cierta cantidad de razón de Estado.

El término de derecho *private*, que quiere decir *a puertas cerradas*, se aplicaba a esa clase de detenciones.

Fue de esa manera como Eduardo III, según algunos analistas, hizo detener a Mortimer en el lecho de su madre Isabel de Francia. También esto se puede poner en duda, pues Mortimer defendió un sitio contra su ciudad antes de ser apresado.

Warwick, el hacedor de reyes, practicaba de buena gana ese modo de «atraer a la gente».

Cromwell lo empleó, sobre todo en el Connaught; y con esa precaución del silencio fue como Trailie-Arcklo, pariente del conde de Ormond, fue detenido en Kilmacaugh.

Esos apresamientos por el simple gesto de justicia representaban la orden de comparecencia más bien que el auto de detención.

A veces no eran sino un procedimiento de información e inclusive implicaban, por el silencio impuesto a todos, cierta consideración con la persona detenida.

Para el pueblo, poco al tanto de esos matices, eran particularmente aterradores.

No se olvide que Inglaterra no era en 1705, ni siquiera mucho más tarde, lo que es al presente. El conjunto era muy confuso y a veces muy opresivo; Daniel de Foe, que había probado la picota, caracterizaba en alguna parte el orden social inglés con estas palabras: «Las manos de hierro de la ley». No existía solamente la ley, sino también la arbitrariedad. Recuérdese a Steele expulsado del Parlamento, a Locke expulsado de su cátedra, a Hobbes y Gibbon obligados a huir, a Charles Churchill, Hume y Priestley perseguidos; a John Wilkes encerrado en la Torre. Enumérese, y la cuenta será larga, las víctimas del estatuto *seditious libel*. La Inquisición se había difundido un poco por toda Europa; sus prácticas policiales hacían escuela. Un atentado monstruoso contra todos los derechos era posible en Inglaterra; recuérdese el *Gazetier cuirassé*. En pleno siglo XVIII Luis XV hacía raptar en Piccadilly a los escritores que le desagradaban. Es cierto que Jorge II hacía detener en Francia al pretendiente en plena sala de la Ópera. Los suyos eran dos brazos muy largos; el del rey de Francia llegaba hasta Londres, y el del rey de Inglaterra llegaba hasta París. Así eran las libertades.

Añadamos que se ejecutaba fácilmente a la gente dentro de las prisiones; era un escamoteo mezclado con suplicio, recurso horrible al que Inglaterra vuelve en este momento, dando así al mundo el espectáculo extraño de un gran pueblo que, deseando mejorar, elige lo peor, y que, teniendo delante por un lado el pasado y por el otro el progreso, se equivoca de rostro y toma a la noche por el día.

4
Ursus espía a la policía

Como hemos dicho, según las muy rígidas leyes policiales de entonces, la intimación a seguir al *wapentake* dirigida a un individuo implicaba para todas las otras personas presentes la orden de no moverse.

Sin embargo, algunos curiosos se obstinaron y acompañaron de lejos al cortejo que conducía a Gwynplaine.

Uno de ellos era Ursus.

Había quedado todo lo estupefacto que se tiene derecho a quedarse. Pero Ursus, tantas veces asaltado por las sorpresas de la vida errante y las maldades de lo inesperado, tenía, como un navío de guerra, su zafarrancho de combare que llama al puesto de batalla a toda la tripulación, es decir a toda la inteligencia.

Se apresuró a no seguir estupefacto y comenzó a reflexionar. No se trataba de conmoverse, sino de hacer frente a la situación.

Hacer frente a la situación es el deber de cualquiera que no sea imbécil. No tratar de comprender, sino de obrar. E inmediatamente.

Ursus se interrogó. ¿Qué se podía hacer?

Gwynplaine se había ido y Ursus luchaba entre dos temores: el temor por Gwynplaine, que le aconsejaba seguirlo, y el temor por sí mismo, que le aconsejaba quedarse.

Poseía la intrepidez de una mosca y la impasibilidad de una sensitiva. Su temblor era indescriptible. Sin embargo, tomó heroicamente su resolución y se decidió a desafiar a la ley y seguir al *wapentake*, tanto le inquietaba lo que podía sucederle a Gwynplaine.

Necesitaba estar muy asustado para mostrar tanto coraje.

¡A qué actos de valentía puede impulsar el espanto a una liebre!

La gamuza en peligro salta sobre los precipicios. Estar asustado hasta la imprudencia es una de las formas del terror.

A Gwynplaine lo habían llevado más bien que detenido. La operación policial se realizó tan rápidamente que el ferial, por otra parte poco frecuentado a aquella hora de la mañana, apenas se conmovió. En las barracas del Tarrinzeau-field casi nadie sospechaba que el *wapentake* había ido en busca del Hombre que Ríe. Por eso había tan poca gente.

Gwynplaine, gracias a su capa y al sombrero que le ocultaban el rostro, no podía ser reconocido por los transeúntes.

Antes de seguir a Gwynplaine, Ursus tomó una precaución. Llevó aparte a Nicless, Govicum, Fibi y Vinos y les ordenó el silencio más absoluto con Dea, que ignoraba todo lo sucedido; que cuidaran de no decir una palabra que pudiera hacerle

sospechar lo ocurrido, que le explicaran por los quehaceres que imponía la Green-Box la ausencia de Gwynplaine y de él, que por otra parte pronto sería la hora de que durmiera la siesta y antes que despertara él estaría de vuelta con Gwynplaine; que todo aquello no era más que un error, un *mistake*, como dicen en Inglaterra; y que a Gwynplaine y a él les sería muy fácil aclarar las cosas ante los magistrados y hacerles ver la equivocación y que no tardarían en estar de vuelta los dos. Pero, sobre todo, que nadie dijera nada a Dea. Hechas esas recomendaciones, partió.

Pudo seguir a Gwynplaine sin que lo vieran. Aunque se mantenía a la mayor distancia posible, se las arregló para no perderlo de vista. La temeridad en el acecho es la valentía de los tímidos.

Después de todo, y por solemne que fuera el procedimiento, a Gwynplaine tal vez sólo lo citaban para que compareciese ante el magistrado policial por alguna infracción sin importancia.

Ursus se decía que el asunto se iba a resolver en seguida.

La aclaración se haría, ante sus ojos mismos, por medio de la dirección que tomaría la escuadra policial que conducía a Gwynplaine en el momento en que, al llegar al límite del Tarrinzeau-field, se hallara ante la entrada de las callejuelas del Little Strand.

Si se volvía hacia la izquierda sería porque conducía a Gwynplaine a la Municipalidad de Southwark. En ese caso había poco que temer: alguna pequeña infracción municipal, una admonición del magistrado, dos o tres chelines de multa; Gwynplaine quedaría en libertad y esa noche se representaría *Caos vencido* como de costumbre. Nadie se habría dado cuenta de nada.

Pero si la escuadra policial se volvía hacia la derecha la cosa era seria. Por ese lado estaban los lugares severos.

En el instante en que el *wapentake*, conduciendo a las dos filas de polizontes entre las cuales marchaba Gwynplaine, llegó a las callejuelas, Ursus, jadeante, miró. Hay momentos en que el hombre entero se concentra en los ojos.

¿Hacia qué lado iban a volverse?

Se dirigieron hacia la derecha.

Ursus, tambaleando de espanto, se apoyó en una pared para no caer.

Nada tan hipócrita como esta frase que uno se dice a sí mismo: «Quiero saber a qué atenerme». En realidad, no se quiere saber. Se siente un temor profundo. La angustia se mezcla con un esfuerzo vago para no sacar conclusiones. Uno no se lo confiesa, pero se retrocedería de buena gana, y cuando se ha avanzado, uno se lo reprocha.

Eso fue lo que hizo Ursus. Pensó, estremeciéndose:

«Esto se pone mal. De todos modos lo habría sabido demasiado pronto. ¿Para qué sigo a Gwynplaine?».

Hecha esta reflexión, y como el hombre es contradictorio, dobló el paso y, dominando su ansiedad, se apresuró para acercarse a los policías y no dejar que se

rompiera en el dédalo de las calles de Southwark el hilo que lo unía con Gwynplaine.

La comitiva policial no podía avanzar rápidamente a causa de su solemnidad.

El *wapentake* la encabezaba y el justiciero-quórum la cerraba.

Ese orden implicaba cierta lentitud.

Toda la majestuosidad posible en un agente de policía se ponía de manifiesto en el justiciero-quórum. Su vestimenta era un término medio entre el magnífico atavío del doctor en música de Oxford y el sobrio y negro del doctor en divinidad de Cambridge. Llevaba ropas de gentilhombre bajo un largo godeberto, que es un manto forrado de piel de liebre de Noruega. Era a medias gótico y moderno, con una peluca como Lamoignon y mangas abullonadas como Tristan l'Hermite. Sus grandes ojos redondos cubrían a Gwynplaine con una fijeza de búho. Caminaba cadenciosamente. No era posible ver un buen hombre más feroz.

Ursus, durante un momento extraviado en el laberinto embrollado de las callejuelas, consiguió alcanzar cerca de Sainte-Marie Over-Ry a la comitiva, la que, afortunadamente se había demorado en el patio de la iglesia a causa de una pendencia de niños y de perros, incidente habitual en las calles de Londres. *Dogs and boys*, dicen los viejos registros policiales, que dan a los perros la precedencia sobre los niños.

Como un hombre conducido a la presencia del magistrado por la policía era, después de todo, un acontecimiento muy vulgar, y cada uno tenía que atender a sus asuntos, los curiosos se habían dispersado. El único que seguía la pista a Gwynplaine era Ursus.

Pasaron por delante de las dos capillas, la una frente a la otra, de los Religionarios Recreativos y la Liga Aleluya, dos sectas de entonces que todavía subsisten.

Luego la comitiva serpenteó de callejuela en callejuela, eligiendo preferentemente los *roads* sin edificar, los *rows*[79] donde crecía la hierba y *lanes* desiertos, y hacía muchos zigzags.

Por fin se detuvo.

Se hallaban en una callejuela estrecha, sin casas, salvo a la entrada dos o tres casuchas. La callejuela consistía en dos paredes, una baja a la izquierda y otra alta a la derecha. La pared alta era negra y estaba construida a la sajona, con almenas, escorpiones y recuadros de gruesas rejas sobre tragaluces estrechos. No había ventana alguna; solamente aquí y allá aberturas que eran antiguas troneras para pedreros y archegayas[80]. Se veía al pie de esa pared alta un postigo muy pequeño y rebajado.

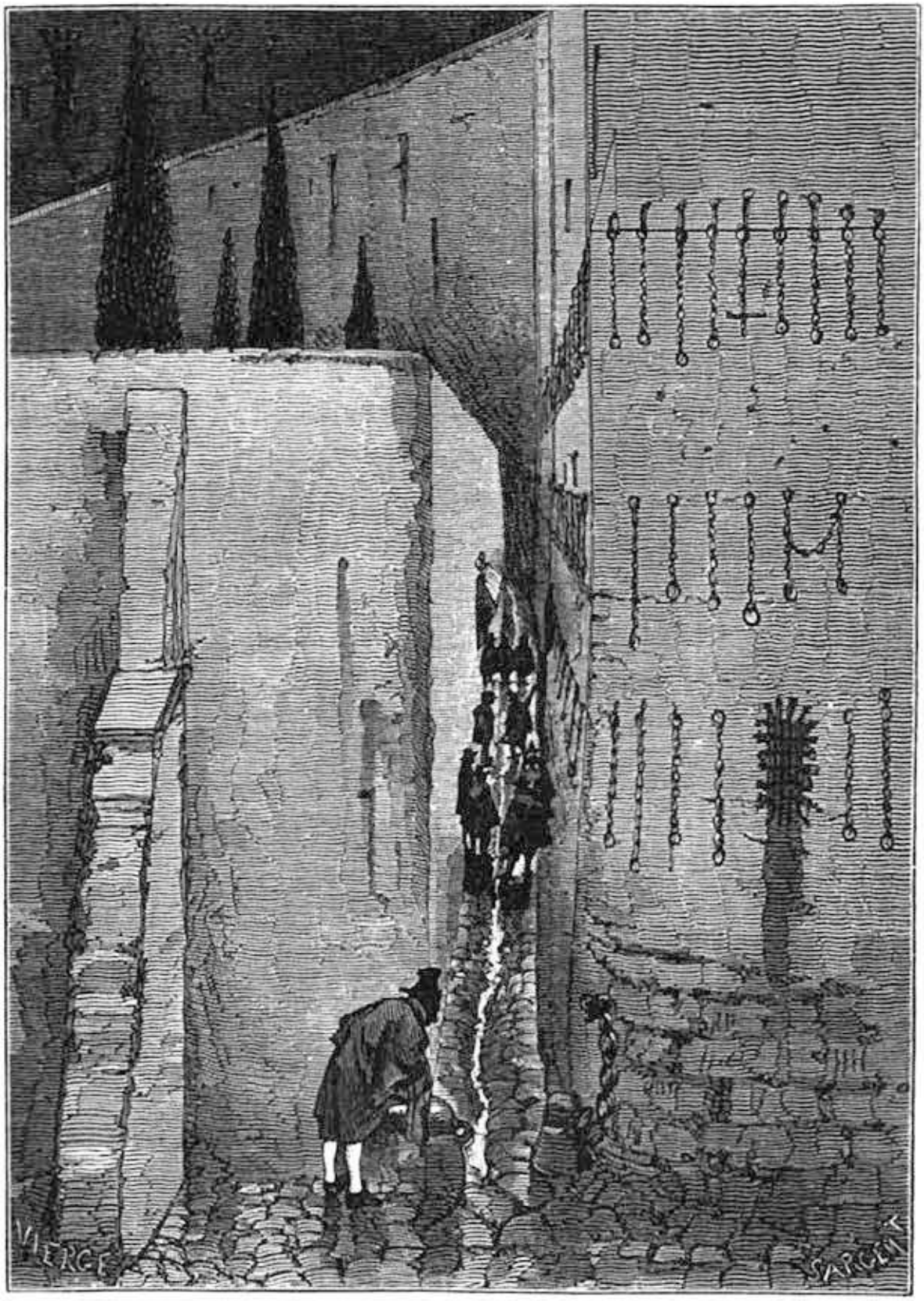
Ese postigo, encajado en un pesado medio punto de piedra, tenía un ventanillo enrejado, una puerta maciza, una gran cerraja, goznes nudosos y fuertes, una trabazón de clavos, una coraza de chapas y de pinturas y era de hierro más bien que de madera.

La callejuela estaba desierta. No había tiendas ni transeúntes. Pero se oía muy cerca un ruido continuo como si la callejuela corriese paralelamente a un torrente. Era una batahola de voces y vehículos. Era probable que del otro lado del edificio negro

hubiese una gran calle, sin duda la calle principal de Southwark, la que comunicaba por un extremo con el camino de Canterbury y por el otro con el Puente de Londres.

En toda la longitud de la callejuela un observador no habría visto, fuera de la comitiva que rodeaba a Gwynplaine, otro rostro que el pálido de Ursus, arriesgado y medio asomado en la penumbra de un rincón de la pared, mirando y con temor de ver. Se había apostado en el recodo que formaba un zigzag de la callejuela.

La comitiva se agrupó ante el portillo.



Gwynplaine se hallaba en el centro, pero ahora tenía detrás al *wapentake* y su bastón de hierro.

El justiciero-quórum levantó la aldaba y dio tres golpes.

El ventanillo se abrió y el justiciero dijo:

—En nombre de Su Majestad.

La pesada puerta de roble y de hierro giró sobre sus goznes y apareció una abertura lívida y fría, parecida a una boca de antro. Una bóveda horrible se prolongaba en la sombra.

Ursus vio que Gwynplaine desaparecía en ella.

5
Mal lugar

El *wapentake* entró después de Gwynplaine.

A continuación el justiciero-quórum.

Y luego toda la escuadra.

El postigo volvió a cerrarse.

La pesada puerta se encajó de nuevo herméticamente en sus jambas de piedra sin que se hubiese visto quién la había abierto y cerrado. Parecía que los cerrojos se introducían por sí solos en sus alvéolos. Algunos de esos mecanismos inventados por la antigua intimidación existen todavía en las casas de corrección muy antiguas. Esa puerta al portero de la cual no se veía hacía que el umbral de la prisión se pareciera al de la tumba.

Aquel postigo era la puerta trasera de la cárcel de Southwark.

En aquel edificio carcomido y lóbrego nada desmentía el aspecto descortés peculiar de una prisión.

Un templo pagano, construido por los antiguos residentes en la región para los Mogones, antiguos dioses ingleses, convertido en palacio por Ethelulfo y en fortaleza por San Eduardo, y luego elevado a la dignidad de prisión en 1199 por Juan sin Tierra, era la cárcel de Southwark. Esa cárcel, al principio atravesada por una calle, como Chenonceaux lo es por un río, fue durante uno o dos siglos una *gate*, es decir una puerta de suburbio; luego cerraron el paso. En Inglaterra subsisten algunas prisiones de esa clase: en Londres, Newgate; en Canterbury, Westgate; en Edimburgo, Conongate. En Francia, la Bastilla fue al principio una puerta.

Casi todas las cárceles de Inglaterra ofrecían el mismo aspecto: una gran pared por fuera y una colmena de calabozos por dentro. Nada puede haber tan fúnebre como esas prisiones góticas donde la araña y la justicia tejían sus telas y todavía no había penetrado el rayo llamado John Howard. A todas, como al antiguo gehena de Bruselas, se las habría podido llamar Treurenberg, *casa de las lágrimas*.

En presencia de esas construcciones inclementes y salvajes se sentía la misma angustia que sentían los navegantes de la antigüedad ante los infiernos de esclavos de que habla Plauto, islas ferricrepitantes, *ferricrepiditae insuloe*, cuando pasaban lo bastante cerca para oír el ruido de las cadenas.

La prisión de Southwark, viejo lugar de exorcismos y tormentos, se había especializado al principio en los hechiceros, como indicaban estos dos versos grabados en una piedra desgastada sobre el portillo:

Sunt arreptitii vexati doemone multo.

Est energumenus quem doemon possidet unus[81].

Estos versos señalan la diferencia delicada que existe entre el demoníaco y el energúmeno.

Sobre esta inscripción estaba clavada a la pared, en señal de alta justicia, una escala de piedra, la que antaño era de madera, pero la había convertido en piedra la ocultación en la tierra petrificante del lugar llamado Aspley Gowis, cerca de la abadía de Woburn.

La prisión de Southwark, ahora demolida, daba a dos calles, a las que, como *gate*, había servido de comunicación en otro tiempo, y tenía dos puertas: en la calle grande la puerta de aparato destinada a las autoridades, y en la callejuela la puerta de sufrimiento destinada al resto de los seres vivientes. Y también a los muertos, pues cuando un preso moría en la prisión sacaban el cadáver por ella. Era una liberación como cualquier otra.

La muerte es la excarcelación en el infinito.

Por la puerta de sufrimiento habían introducido a Gwynplaine en la prisión.

La callejuela, como hemos dicho, no era sino un caminito empedrado con guijarros encerrado entre dos paredes que se enfrentaban. En Bruselas hay un pasaje como ese llamado *Calle de una persona*. Las dos paredes eran desiguales: la alta pertenecía a la prisión y la baja al cementerio. Esa pared baja, cerca del pudridero mortuorio de la prisión, apenas tenía más que la altura de un hombre. En ella había una puerta casi enfrente del portillo de la cárcel. Los muertos no tenían que tomarse más molestia que la de cruzar la calle. Bastaba dar a lo largo de la pared una veintena de pasos para entrar en el cementerio. A la pared alta habían aplicado una escala patibularia; enfrente, en la pared baja, estaba grabada una cabeza de muerto. Ninguna de las dos paredes alegraba a la otra.

6
Qué magistraturas había bajo las pelucas de antaño

Alguien que en ese momento hubiese mirado desde el otro lado de la prisión, desde el lado de la fachada, habría visto la calle principal de Southwark y observado, estacionado ante la puerta monumental y oficial de la cárcel, un coche de viaje, reconocible por su «testera de carroza», a la que ahora se llamaría cabriolé. Un círculo de curiosos rodeaba al carruaje. Tenía escudo de armas y habían visto apearse a un personaje que entró en la prisión; era probablemente un magistrado, según las conjeturas de la gente; los magistrados de Inglaterra eran con frecuencia nobles y poseían casi siempre el «derecho de escudaje». En Francia, el blasón y la toga casi se excluían; el duque de Saint-Simón dijo hablando de los magistrados: «Las personas de ese estado». En Inglaterra un gentilhombre no se deshonraba por ser juez.

El magistrado ambulante existe en Inglaterra; se llama *juez de circuito* y nada era más sencillo que ver en aquella carroza el vehículo de un magistrado en visita de inspección. Lo que era menos sencillo es que el personaje supuestamente magistrado había descendido, no del coche mismo, sino de la testera de delante, lugar que no

ocupa habitualmente el señor. Otra particularidad: en esa época se viajaba en Inglaterra de dos maneras: en la «diligencia», a razón de un chelín cada cinco millas, o en posta a rienda suelta por tres sueldos por milla y cuatro sueldos al postillón después de cada posta; en un vehículo con mayoral, el que tenía el capricho de viajar por postas, pagaba por caballo y por milla tantos chelines como sueldos pagaba el jinete que corría la posta. Ahora bien, el carruaje estacionado ante la prisión de Southwark era tirado por cuatro caballos y tenía dos postillones, lo que era un lujo principesco. Finalmente, lo que acababa de excitar y de desconcertar las conjeturas, el vehículo estaba herméticamente cerrado. Tenía los cuarterones levantados, los vidrios cubiertos con cortinas, todas las aberturas por las que la mirada podía penetrar ocultas; desde fuera no se podía ver nada de dentro, y era probable que desde dentro no se pudiera ver nada de afuera. Por lo demás, no parecía que estuviese alguien en aquel coche.

Como Southwark se hallaba en el Surrey, era del *sheriff* del condado de Surrey de quien dependía la prisión de Southwark. Esas jurisdicciones distintas eran muy frecuentes en Inglaterra. Así, por ejemplo, la Torre de Londres no estaba situada, supuestamente, en condado alguno; es decir que legalmente se hallaba en cierto modo en el aire. La Torre no reconocía otra autoridad jurídica que la de su *constable*, llamado *custos turris*. La Torre tenía su jurisdicción, su iglesia, su tribunal de justicia y su gobierno aparte. La autoridad del *custos* se extendía fuera de Londres a veintiún *hamlets*, o sea aldeas o villorrios. Como en Gran Bretaña las singularidades legales se injertan las unas en las otras, el oficio de condestable de artillería dependía de la Torre de Londres.

Otras costumbres legales parecen más extrañas todavía. Así, el tribunal del Almirantazgo inglés consulta y aplica las leyes de Rodas y de Oleron, isla francesa que fue inglesa.

El *sheriff de* una provincia era muy importante. Era siempre hidalgo y a veces caballero. En las viejas cartas se le llamaba *spectabilis*, espectable, título intermediario entre *illustris* y *clarissimus*, menos que el primero y más que el segundo. Los *sheriffs* de los condados eran elegidos en otro tiempo por el pueblo, pero Eduardo II y luego Enrique IV recuperaron el derecho de esos nombramientos para la corona y los *sheriffs* se convirtieron en una emanación del Rey. Todos recibían su mandato de Su Majestad, con excepción del *sheriff* de Westmoreland, que era hereditario, y los *sheriffs* de Londres y Middlesex, que eran elegidos por los ciudadanos en la Casa Consistorial. Los de Gales y Chester poseían ciertas prerrogativas fiscales. Todos esos cargos subsisten todavía en Inglaterra, pero desgastados poco a poco por el roce de las costumbres y las ideas, ya no tienen el aspecto de antaño. El *sheriff* del condado tenía la función de escoltar y proteger a los «jueces itinerantes». Como se tiene dos brazos, él tenía dos oficiales; su brazo derecho era el *sub-sheriff* y su brazo izquierdo el justiciero-quórum. El último, ayudado por el baile de la centena, llamado *wapentake*, apresaba, interrogaba y, bajo

la responsabilidad del *sheriff* encarcelaba, para que fueran juzgados por los jueces de circuito, a los ladrones, asesinos, sediciosos, vagabundos y felones en general. La diferencia entre el *sub-sheriff* y el justiciero-quórum, en su servicio jerárquico en relación con el *sheriff* consistía en que el *sub-sheriff* acompañaba y el justiciero-quórum ayudaba. El *sheriff* tenía dos tribunales, uno sedentario y central, el *country-court*, y otro viajero, el *sheriff-turn*. Representaba así la unidad y la ubicuidad. Como juez podía hacerse ayudar e informar, en las cuestiones litigiosas, por un funcionario de capillejo, llamado *sergens coifae*, que es un doctor en derecho y lleva sobre la peluca un capillejo de tela blanca de Cambrai. El *sheriff* desembarazaba las cárceles; cuando llegaba a una ciudad de su provincia tenía derecho a disponer sumariamente de los presos, lo que implicaba su puesta en libertad o su envío a la horca, y a lo que se llamaba «liberar la prisión», *gaol deliver*. El *sheriff* presentaba la acusación escrita a los veinticuatro jurados de la acusación; si ellos la aprobaban, escribían encima: *billa vera*; si la desaprobaban, escribían: *ignoramus*[82]; entonces la acusación era anulada y el *sheriff* tenía el privilegio de romper el documento. Si durante la deliberación moría un jurado, lo que por derecho absolvía al acusado y lo hacía inocente, el *sheriff* que tenía el privilegio de detenerlo, tenía también el de ponerlo en libertad. Lo que hacía que se estimara y temiera singularmente al *sheriff* era que tenía por misión ejecutar *todas las órdenes de Su Majestad*, lo que significaba una amplitud de acción temible. La arbitrariedad se aloja en esas redacciones. Los funcionarios llamados *verdeors* y *coroners*, o médicos forenses, acompañaban al *sheriff* y los empleados del mercado le ayudaban y contaba con un magnífico séquito de jinetes y libreas. El *sheriff* dice Chamberlayne, es «la vida de la Justicia, de la Ley y del Condado».

En Inglaterra una demolición insensible pulveriza y disgrega perpetuamente las leyes y las costumbres. En nuestros días, insistimos en ello, ni el *sheriff* ni el *wapentake*, ni el justiciero-quórum, desempeñarían sus cargos como los desempeñaban en aquella época. Existía en la antigua Inglaterra cierta confusión de poderes, y las atribuciones mal definidas tenían como consecuencia usurpaciones que serían imposibles al presente. La promiscuidad de la policía y la justicia ha terminado. Los nombres quedan, pero las funciones se han modificado. Inclusive creemos que la palabra *wapentake* ha cambiado de sentido. Significaba una magistratura y ahora significa una división territorial; especificaba al centurión y ahora especifica al cantón (*centum*).

Además, en esa época el *sheriff* de condado combinaba, con algo más y algo menos, y condensaba en su autoridad, a la vez real y municipal, a los dos magistrados llamados antaño en Francia teniente civil y teniente de policía. El teniente civil de París está bastante bien calificado en esta vieja nota policial: «El señor teniente civil no aborrece las querellas domésticas, porque el pillaje es siempre para él». (22 de julio de 1704). En lo que respecta al teniente de policía, personaje inquietante,

múltiple y vago, se resume en uno de sus mejores prototipos, René d'Argenson, quien, según Saint-Simon, tenía en el rostro los tres jueces del infierno mezclados.

Esos tres jueces del infierno estaban, como se ha visto, en la Bishopsgate de Londres.

7
Estremecimiento

Cuando Gwynplaine oyó que el postigo, con todos sus cerrojos rechinado, volvía a cerrarse, se estremeció. Le pareció que aquella puerta que acababa de cerrarse era la puerta de comunicación de la luz con las tinieblas, que daba por un lado al hormigueo terrestre y por el otro al mundo muerto, y que todas las cosas que ilumina el sol quedaban tras él, que había cruzado la frontera de la vida y estaba fuera de ella. Sintió en el corazón una fuerte opresión. ¿Qué iban a hacer con él? ¿Qué quería decir todo aquello?

¿Dónde estaba?

No veía nada a su alrededor; se hallaba en la oscuridad. La puerta, al cerrarse, lo había dejado momentáneamente ciego. La ventanilla estaba cerrada como la puerta. No había tragaluz ni linterna. Era una precaución de los viejos tiempos. Se prohibía iluminar la entrada interior de las prisiones para que los recién llegados no pudieran hacer observación alguna.

Gwynplaine tendió las manos y tocó una pared a derecha e izquierda; se hallaba en un corredor. Poco a poco la claridad de cueva que se filtra no se sabe de dónde y que flota en los lugares oscuros, y a la que se adapta la dilatación de las pupilas, le hizo distinguir aquí y allá un lineamiento y el corredor se esbozó vagamente ante él.

Gwynplaine, quien nunca había entrevisto las severidades penales sino por medio de las exageraciones de Ursus, se sentía apresado por una especie de mano enorme y oscura. Ser manejado por lo desconocido de la ley es espantoso. Se es valiente en presencia de todo, pero se desconcierta en presencia de la justicia. ¿Por qué? Porque la justicia del hombre es crepuscular y el juez se mueve en ella a tientas. Gwynplaine recordaba lo que Ursus le había dicho acerca de la necesidad de guardar silencio. Quería volver a ver a Dea, y había en su situación algo discrecional que no deseaba irritar. A veces querer aclarar las cosas es empeorarlas. Sin embargo, por otro lado, el peso de aquella aventura era tan fuerte que terminó cediendo y no pudo dejar de hacer una pregunta.

—Señores —preguntó—, ¿adónde me conducen?

No le respondieron.

Era la ley de los apresamientos silenciosos, y el texto normando es explícito: *A silentiariis ostio proepositis introducti sunt*[83].

Ese silencio heló a Gwynplaine. Hasta entonces se había creído fuerte; se bastaba, y bastarse es ser poderoso. Había vivido aislado, imaginándose que estar aislado es ser inexpugnable. Y he aquí que de pronto se sentía bajo la presión de la horrible fuerza colectiva. ¿Cómo podía bregar con esa anónima horrenda: la ley? Desfallecía bajo el enigma. Un temor de una especie desconocida había encontrado la falla de su

armadura. Además, no había dormido, ni comido; apenas se había humedecido los labios con una taza de té. Durante toda la noche había sufrido una especie de delirio y tenía fiebre. Sentía sed, y tal vez hambre. El estómago descontento trastorna todo. Desde la víspera le asediaban los incidentes. Las emociones que le atormentaban lo sostenían; sin el huracán la vela sería un guiñapo. Pero esa debilidad profunda del harapo que hincha el viento hasta que lo desgarra la sentía en sí mismo. Sentía que llegaba el abatimiento. ¿Iba a caer al suelo sin conocimiento? Sentirse mal es el recurso de la mujer y la humillación del hombre. Se irguió, pero temblaba.

Tenía la sensación del que no pisa en terreno firme.

8
Gemido

Se pusieron en marcha.

Avanzaron por el corredor.

No hubo procedimiento previo, ni oficina alguna con sus registros. Las prisiones de esa época no eran papeleras. Se limitaban a cerrarse sobre vosotros, con frecuencia sin que supierais por qué. Ser una prisión y tener presos: eso les bastaba.

La comitiva tuvo que alargarse y tomar la forma del corredor. Caminaban casi uno tras otro, en primer lugar el *wapentake*, luego Gwynplaine, a continuación el justiciero-quórum, y finalmente los policías, en bloque y cerrando el corredor detrás de Gwynplaine como con un tapón. El corredor se estrechaba y Gwynplaine tocaba las paredes con los dos codos; la bóveda de guijarros mezclados con cemento tenía de intervalo en intervalo aristas de granito en saliente que estrechaban todavía más el pasaje; había que bajar la cabeza para seguir adelante. No era posible correr en aquel pasillo; el fugitivo se habría visto obligado a avanzar lentamente; aquel intestino daba vueltas; todas las entrañas son tortuosas, las de una prisión lo mismo que las de un hombre. Aquí y allá, ora a derecha ora a izquierda, cortes en la pared, cuadrados y cerrados con gruesas rejas, dejaban ver escaleras, unas ascendentes y otras descendentes.

Llegaron a una puerta cerrada, que se abrió; pasaron por ella y volvió a cerrarse. Luego encontraron una segunda puerta, que los dejó pasar, y después una tercera, que también giró sobre sus goznes. Esas puertas se abrían y se cerraban como por sí solas. No se veía a nadie. Al mismo tiempo que el corredor se estrechaba la bóveda descendía y ya no se podía caminar sino con la cabeza inclinada. La pared rezumaba y de la bóveda caían gotas de agua; el enlosado del piso del corredor tenía la viscosidad de un intestino. La palidez difusa que hacía veces de claridad se hacía cada vez más opaca; faltaba el aire. Lo singularmente lúgubre era que aquello descendía. Había que poner atención para darse cuenta de que se descendía. En las tinieblas una pendiente suave es siniestra. Nada es tan temible como las cosas oscuras a las que se llega por pendientes imperceptibles.

Descender es penetrar en lo ignorado terrible.

¿Cuánto tiempo avanzaron así? Gwynplaine no habría podido decirlo. En el laminador de la angustia los minutos se alargan desmesuradamente.

De pronto se detuvieron.

La oscuridad era densa.

El corredor se ensanchaba un poco.

Gwynplaine oyó muy cerca de él un ruido del que sólo podría dar una idea un gongo chino, algo como un golpe asestado en el diafragma del abismo.

El *wapentake* acababa de golpear con el bastón una chapa de hierro.

Esa chapa era una puerta. Pero no una puerta que gira, sino una que sube y baja, casi como una barrera.

Se oyó un rechinamiento estridente en una ranura y Gwynplaine tuvo súbitamente ante los ojos un trozo de luz cuadrado.

Era la chapa que acababa de levantarse en una hendidura de la bóveda como se levanta la puerta de una ratonera, dejando una abertura.

Aquella luz no era luz, sino claridad opaca, pero para las pupilas muy dilatadas de Gwynplaine esa claridad pálida y brusca fue en el primer momento como el fulgor de un relámpago.

Tardó algún tiempo en ver algo. Discernir en el deslumbramiento es tan difícil como en la oscuridad.

Luego, poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a la luz como se habían acostumbrado a la oscuridad y terminó viendo; la claridad que al principio le había parecido demasiado viva se mitigó en sus pupilas y se hizo lívida; aventuró una mirada por la abertura que tenía delante y lo que vio era espantoso.

A sus pies una veintena de escalones, altos, estrechos, desgastados, casi a pico, sin barandilla a derecha ni izquierda, formando una especie de cresta de piedra semejante a un lienzo de pared biselado en escalera, penetraban y se hundían en una cueva muy profunda y llegaban hasta el fondo.

Esa cueva era redonda, de bóveda ojival en arco inclinado, a causa del desnivel de las impostas, dislocación peculiar de todos los subterráneos sobre los cuales se alzan edificios muy pesados.

La abertura que servía de puerta y que la chapa de hierro había descubierto, y en la que terminaba la escalera, estaba cortada en la bóveda de modo que desde aquella altura la mirada se hundía en la cueva como en un pozo.

La cueva era grande y, si era el fondo de un pozo, era el fondo de un pozo ciclópeo. La idea que suscita la palabra «mazmorra» no podía aplicarse a esa cueva sino con la condición de imaginarse un foso de leones o tigres.

No estaba enlosada ni empedrada. Tenía por el suelo la tierra húmeda y fría de los lugares profundos.

En medio de la cueva, cuatro columnas bajas y deformes sostenían un cobertizo toscamente ojival cuyas cuatro nervaduras al unirse en el interior del cobertizo dibujaban algo así como la parte interna de una mitra. El cobertizo, parecido a los pináculos bajo los cuales se colocaban antaño los sarcófagos, subía hasta la bóveda y formaba en la cueva una especie de habitación central, si se puede llamar habitación a un recinto abierto por todos lados y que en vez de cuatro paredes tenía cuatro pilares.

De la clave de bóveda del cobertizo colgaba una linterna de cobre, redonda y enrejada como una ventana de cárcel. Esa linterna arrojaba a su alrededor a las columnas, las bóvedas y la pared circular, entrevista vagamente detrás de las columnas, una claridad amarillenta cortada por barras de sombra.

Era esa claridad la que al principio había deslumbrado a Gwynplaine. Ahora ya no era para él sino una rojez confusa.

No había más luz en aquella cueva. Ni ventana, ni puerta, ni respiradero.

Entre los cuatro pilares, exactamente debajo de la linterna, en el lugar donde había más luz, se hallaba tendida en el suelo una silueta blanca y terrible.

Estaba acostada de espalda. Se veía una cabeza con los ojos cerrados, un cuerpo cuyo torso desaparecía bajo un montón informe, cuatro miembros unidos al torso y formando una cruz de San Andrés y tirados hacia los cuatro pilares por cuatro cadenas atadas a los pies y las manos. Esas cadenas terminaban en un anillo de hierro al pie de cada columna. Esa forma, inmovilizada en la postura atroz del descuartizamiento, tenía la lividez helada del cadáver. Estaba desnuda: era un hombre.

Gwynplaine, pasmado, de pie en lo alto de la escalera, miraba.

De pronto oyó un estertor.

Aquel cadáver vivía.

Muy cerca de ese espectro, en una de las ojivas del cobertizo, a los dos lados de un gran sillón de brazos elevado por una gran piedra lisa, se mantenían erguidos dos hombres vestidos con largos sudarios negros, y en el sillón se sentaba un anciano

envuelto en una toga roja, pálido, inmóvil, siniestro, con un ramo de rosas en la mano.

Ese ramo de rosas habría informado a una persona menos ignorante que Gwynplaine. El derecho de juzgar con un manojo de flores en la mano caracterizaba al magistrado a la vez regio y municipal. El alcalde de Londres juzga todavía así. Ayudar a los jueces a juzgar era la función de las primeras rosas de la estación.

El anciano sentado en el sillón era el *sheriff* del condado de Sur rey.

Tenía la rigidez majestuosa de un romano vestido con el augustado.

El sillón era el único asiento que había en la cueva.

Junto al sillón se veía una mesa cubierta de papeles y libros y en la que se hallaba la larga varita blanca del *sheriff*.

Los hombres en pie a derecha e izquierda del *sheriff* eran dos doctores, uno en medicina y el otro en derecho; al último se lo reconocía por su capillejo de ministro de justicia sobre su peluca. Ambos vestían la toga negra, el uno de juez y el otro de médico. Esas dos clases de hombres llevan luto por los muertos que hacen.

Detrás del *sheriff*, en el borde del escalón que formaba la piedra plana, se hallaba en cuclillas, con un recado de escribir cerca de él en la losa, una carpeta de cartón en las rodillas y una hoja de pergamino sobre la carpeta, un escribano con peluca redonda y la pluma en la mano, en la actitud de quien se dispone a escribir.

Ese escribano era de la clase llamada *escribano guardasacos*, lo que indicaba una talega que se hallaba delante de él a sus pies. A esas talegas, empleadas antaño en los procesos, se las llamaba «sacos de justicia».

A uno de los pilares se hallaba adosado, con los brazos cruzados, un hombre vestido completamente de cuero. Era un ayudante del verdugo.

Aquellos hombres parecían encantados en su postura fúnebre alrededor del hombre encadenado. Ninguno de ellos se movía ni hablaba.

Se cernía sobre todo ello una calma monstruosa.

Lo que Gwynplaine veía era una cueva penal. Esas cuevas abundaban en Inglaterra. La cripta de la Beauchamp Tower sirvió durante largo tiempo para ese empleo, lo mismo que el subterráneo de la Lollard’s Prison. Existía, y todavía se puede ver en Londres, el lugar bajo llamado «las bóvedas de Lady Place». Allí había una chimenea destinada a calentar los hierros.

Todas las prisiones de la época del Rey Juan, y la de Southwark era una de ellas, tenían su cueva penal.

Lo que va a seguir se practicaba entonces con frecuencia en Inglaterra, y en rigor podría, en el procedimiento criminal, ejecutarse inclusive al presente, pues todas esas leyes siguen existiendo. Inglaterra ofrece el curioso espectáculo de un código bárbaro que concuerda con la libertad. El matrimonio, llamémoslo así, es excelente.

Sin embargo, no estaría de más cierta desconfianza. Si sobreviniera una crisis no sería imposible un despertar penal. La legislación inglesa es un tigre domesticado. Esconde las uñas, pero conserva las garras.

Cortar las uñas a las leyes es prudente.

La ley casi ignora el derecho. Por un lado está la penalidad y por el otro la humanidad. Los filósofos protestan, pero pasará mucho tiempo antes que la justicia de los hombres haya empalmado con la justicia.

El respeto de la Ley es el lema inglés. En Inglaterra se venera tanto las leyes que nunca se las deroga. Se libera de esa veneración no ejecutándolas. Una vieja ley cae en desuso como una mujer vieja, pero no se mata a ninguna de esas viejas. Se deja de frecuentarlas, nada más. Ellas están en libertad de seguir creyéndose bellas y jóvenes. Se les deja soñar que existen. A esa cortesía se la llama respeto.

La costumbre normanda está muy arrugada, lo que no impide que más de un juez inglés la siga mirando con cariño. Se conserva amorosamente una antigualla atroz si es normanda. ¿Qué puede haber más feroz que el patíbulo? En 1687 condenaron a un hombre[84] a ser cortado en cuatro pedazos para ofrecerlos a una mujer, la Reina.

Por lo demás, la tortura nunca existió en Inglaterra. Lo dice la historia. El descaro de la historia es muy grande.

Mathieu de Westminster da testimonio de que «la ley sajona, muy clemente y bondadosa, no castigaba con la muerte a los criminales», y añade: «Se limitaba a cortarles la nariz, a sacarles los ojos y a arrancarles las partes que distinguen el sexo». Solamente.

Gwynplaine, hosco en lo alto de la escalera, sintió que comenzaban a temblarle todos los miembros. Experimentaba toda clase de estremecimientos. Procuraba recordar qué delito había cometido. Al silencio del *wapentake* sucedía la visión de un suplicio. Era un hecho real, pero un hecho trágico. Veía que se oscurecía cada vez más el sombrío enigma legal por el que se sentía apresado.

La forma humana tendida en tierra dejó oír un estertor por segunda vez.

Gwynplaine tuvo la impresión de que lo empujaban suavemente por la espalda.

Era el wapentake.

Comprendió que tenía que descender.

Obedeció.

Se hundió de escalón en escalón en la escalera. Los peldaños tenían un borde muy delgado y ocho o nueve pulgadas de altura y no había barandilla. Sólo se podía bajar con precaución. Detrás de Gwynplaine descendió, siguiéndolo a una distancia de dos escalones, el *wapentake*, con la *ironweapon* derecha, y detrás del *wapentake*, a la misma distancia, el justiciero-quórum.

Al descender por aquella escalera Gwynplaine sentía que desaparecían sus esperanzas. Era una especie de muerte paso a paso. Cada peldaño extinguía en él algo de vida. Llegó, cada vez más pálido, al pie de la escalera.

La especie de larva tendida en el suelo y encadenada a los cuatro pilares seguía con sus estertores.

Una voz en la penumbra dijo:

—Acercaos.

Era el *sheriff*, que se dirigía a Gwynplaine.

Gwynplaine dio un paso adelante.

—Más cerca —dijo la voz.

Gwynplaine dio otro paso.

—Muy cerca —repitió el *sheriff*.

El justiciero-quórum murmuró al oído de Gwynplaine, con tanta gravedad que el cuchicheo era solemne:

—Estáis ante el *sheriff* del condado de Surrey.

Gwynplaine avanzó hasta el ajusticiado que se veía tendido en el centro de la cueva. El *wapentake* y el justiciero se quedaron dónde estaban y dejaron que Gwynplaine avanzase solo.

Cuando Gwynplaine, al llegar bajo el cobertizo, vio de cerca aquella cosa miserable que hasta entonces sólo había entrevisto de lejos, y que era un hombre vivo, su terror se convirtió en espanto.

El hombre atado en el suelo estaba completamente desnudo, con excepción del harapo horriblemente púdico al que se podría llamar la hoja de parra del suplicio, y que era el *succingulum* de los romanos y el *christipannus* de los godos, palabra que la vieja jerga gala ha convertido en *cripagne*. Jesús, desnudo en la cruz, sólo tenía ese harapo.

El espantoso paciente que contemplaba Gwynplaine parecía un hombre de cincuenta a sesenta años. Era calvo y unos pelos de barba blancos se le erizaban en el mentón. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Se le veían todos los dientes. El rostro delgado y huesoso era propio de una cabeza de muerto. Sus brazos y piernas, sujetos por las cadenas a los cuatro pilares de piedra, formaban una X. Tenía en el pecho y el vientre una chapa de hierro y sobre esa chapa había un montón de cinco o seis grandes piedras. Su estertor era ora un soplo ora un rugido.

El *sheriff*, sin dejar su manojo de rosas, tomó de la mesa con la mano libre la vara blanca y la alzó mientras decía:

—Obediencia a Su Majestad.

Luego volvió a dejar la vara en la mesa.

A continuación, con la lentitud de un toque de difuntos, sin un gesto, tan inmóvil como el paciente, el *sheriff* elevó la voz y dijo:

—Hombre que estáis aquí atado con cadenas, escuchad por última vez la voz de la justicia. Os han sacado de vuestro calabozo y traído a esta cárcel. Debidamente interpelado y en las formas requeridas, *formaliis verbis pressus*, sin tener en consideración las lecturas y comunicaciones que se os han hecho y se os han renovado, inspirado por un espíritu de tenacidad mala y perversa, os habéis encerrado en el silencio y os habéis negado a responder al juez. Lo que es un libertinaje abominable, y lo que constituye, entre los hechos punibles con el *cashlit*, el crimen y delito de *oversenesse*.

El doctor en derecho con el capillejo situado a la derecha del *sheriff* interrumpió y dijo con una indiferencia que tenía algo de fúnebre.

—*Overhernessa*. Leyes de Alfredo y de Godrun. Capítulo seis.

El *sheriff* añadió:

—La ley es venerada por todos, excepto por los ladrones que infestan los bosques, donde las rameras paren a sus hijos.

Como el eco de una campana, el doctor dijo:

—Qui faciunt vastum in foresta ubi damae soient founinare[85].

—El que se niega a responder al magistrado — dijo el *sheriff* — se hace sospechoso de todos los vicios. Se le considera capaz de todo el mal.

El doctor intervino:

—Prodigus, devorator, profusus, salax, rufianus, ebriosus, luxuriosus, simulator, consumptor patrimonii, elluo, ambro et gluto[86].

—Todos los vicios —añadió el *sheriff* — suponen todos los delitos. Quien no confiesa nada confiesa todo. Quien calla ante las preguntas del juez es en realidad mentiroso y parricida.

—*Mendax et parricida* —tradujo el doctor.

El *sheriff* prosiguió:

—Hombre, no está permitido ausentarse por medio del silencio. La falsa contumacia hiere a la ley. Se parece a Diomedes hiriendo a una diosa. La taciturnidad ante la justicia es una forma de la rebelión. Lesa justicia, lesa majestad. Nada más abominable ni temerario. Quien se sustrae al interrogatorio roba la verdad. La ley ha previsto el castigo para eso. Para casos semejantes los ingleses han poseído siempre el derecho de mazmorra, de horca y de cadenas.

—*Anglica charta*, año 1088 —dijo el doctor. Y siempre con la misma gravedad mecánica, añadió —. *Ferrum, et fossam, et furcas, cum allis libertatibus*[87].

El *sheriff* continuó:

—Por eso, hombre, porque no habéis querido abandonar el silencio, aunque mentalmente sano y perfectamente informado de lo que os pide la justicia; puesto que sois diabólicamente refractario, ha habido que castigaros y, de acuerdo con los términos de la jurisdicción criminal, habéis sido sometido a la prueba del tormento llamada «la pena fuerte y dura». He aquí lo que os han hecho. La ley exige que os informe auténticamente. Habéis sido traído a esta mazmorra, se os ha despojado de vuestras ropas, se os ha acostado completamente desnudo en la tierra de espalda, vuestros cuatro miembros han sido estirados y atados a las cuatro columnas de la ley, os han aplicado en el vientre una chapa de hierro y os han puesto sobre el cuerpo todas las piedras que podéis soportar. «Y todavía más», dice la ley.

—*Plusque* —afirmó el doctor.

El *sheriff* prosiguió:

—En esta situación, y antes de prolongar la prueba, se os ha hecho, por mí, el *sheriff* del condado de Surrey, amonestación iterativa para que respondáis y habléis, y

satánicamente habéis perseverado en el silencio, aunque estáis sometido a torturas, cadenas, cepos, grillos y remaches.

—Attachiamenta legalia[88].

—Por vuestra negativa y vuestra obstinación, siendo equitativo que la obstinación de la ley sea igual a la obstinación del criminal, la prueba ha continuado, tal como lo ordenan los edictos y los textos. El primer día no os han dado de beber ni comer.

—Hoc est super jejunare[89].

Se hizo un silencio. Se oía la espantosa respiración del hombre bajo el montón de piedras.

El doctor en derecho terminó su interrupción:

—Adde augmentum abstinentiae ciborum diminutione. Consuetudo britannica[90], artículo quinientos cuatro.

Aquellos dos hombres, el *sheriff* y el doctor en derecho, alternaban: nada podía haber más lóbrego que esa monotonía imperturbable; la voz lúgubre respondía a la voz siniestra; parecía que el sacerdote y el diácono del suplicio celebraban la misa feroz de la ley.

El *sheriff* continuó:

—El primer día no os han dado de beber ni comer. El segundo día os han dado de comer, pero no de beber; os han puesto entre los dientes tres bocados de pan de cebada. El tercer día os han dado de beber y no de comer. Os han vertido en la boca, en tres veces y tres vasos, una pinta de agua tomada del canal de desagüe de la prisión. El cuarto día ha llegado. Es hoy. Ahora, si seguís no respondiendo, os dejarán ahí hasta que muráis. Así lo quiere la justicia.

El doctor en derecho aprobó:

—Mors rei homagium est bonae legi[91].

—Y mientras os sintáis morir lamentablemente nadie os ayudará, aun cuando la sangre os salga de la garganta, de la barba y de los sobacos, y de todas las aberturas del cuerpo desde la boca hasta los riñones.

—A throtebolla, et pabu et subhircis, et a grugno usque ad cruponum.

—Hombre, escuchad, pues os interesan las consecuencias. Si renunciáis a vuestro silencio execrable y si confesáis, sólo os ahorcarán y tendréis derecho al *meldefeoh*, que es una cantidad de dinero.

—Damnum confitens, habeat le meldefeoh. Leges Inae, capítulo veinte.

—Esa cantidad de dinero os será pagada en doitkins, suskins y galihalpens, único caso en que esta moneda puede ser empleada, de acuerdo con la ley de abolición, en la tercera de Enrique V, y tendréis el derecho de gozar de *scortum ante mortem*, y luego seréis estrangulado en la horca. ¿Os place responder a la justicia?

El *sheriff* calló y esperó. El paciente siguió inmóvil.

El *sheriff* continuó:

—Hombre, el silencio es un refugio en el que hay más peligro que salvación. La obstinación es condenable y perversa. Quien calla ante la justicia es desleal a la

corona. No persistáis en esa desobediencia no filial. Pensad en Su Majestad. No resistáis a nuestra graciosa Reina. Cuando yo os hablo contestadle. Sed un súbdito leal.

El paciente hipó.

El *sheriff* continuó:

—Pues bien, después de las primeras setenta y dos horas de prueba estamos en el cuarto día. Hombre, este es el día decisivo. Es en el cuarto día cuando la ley fija el careo.

—Quarta die, frontem ad frontem adduce.

—La sabiduría de la ley ha elegido esta hora extrema para realizar lo que nuestros antepasados llamaban «el juicio por medio del frío mortal», puesto que es el momento en que a los hombres se les cree por su sí o por su no.

—Indicium pro frodmortell, quod homines credendi sint per suum ya et per suum na. Carta del rey Adelstan. Tomo primero, página ciento setenta y tres.

Hubo un instante de espera y luego el *sheriff* inclinó hacia el paciente su rostro severo.

—Hombre que estás tendido en tierra…

Hizo una pausa.

—Hombre —elevó la voz—, ¿me oís?

El hombre no se movió.

—En nombre de la ley, abrid los ojos.

Los ojos del hombre siguieron cerrados.

El *sheriff se* volvió hacia el médico que tenía a la izquierda.

—Doctor, dad vuestro diagnóstico.

—Probé, da diagnosticum —dijo el otro doctor.

El médico descendió de la losa con rigidez magistral, se acercó al hombre, se inclinó, aplicó el oído a la boca del paciente, le tomó el pulso en la muñeca, la axila y el muslo, y se enderezó.

—¿Y bien? —preguntó el *sheriff*.

—Oye todavía —contestó el médico.

—¿Y ve?

—Puede ver.

A una señal del *sheriff* el justiciero-quórum y el *wapentake* se adelantaron. El *wapentake* se colocó cerca de la cabeza del paciente, y el justiciero se detuvo detrás de Gwynplaine.

El médico retrocedió un paso entre los pilares.

Entonces el *sheriff*, alzando el ramillete de rosas como un sacerdote el hisopo, interpeló al paciente con una voz alta que se hizo formidable:

—¡Oh, miserable, habla! La ley te suplica antes de exterminarte. Te haces el mudo; piensa en la tumba, que es muda. Te haces el sordo; piensa en la condenación, que es sorda. Piensa en la muerte, que es peor que tú. Reflexiona; vas a ser

abandonado en esta mazmorra. ¡Escucha, mi semejante, pues yo también soy hombre! ¡Escucha, hermano mío, pues soy cristiano! ¡Escucha, hijo mío, pues soy anciano! Cuidado conmigo, pues soy el árbitro de tu sufrimiento y en seguida voy a ser horrible. El horror de la ley hace la majestad del juez. Piensa que yo mismo tiemblo ante mí. Mi propio poder me consterna. No me obligues a ir hasta el fin. Me siento lleno de la santa maldad del castigo. ¡Ten, pues, oh infortunado, el saludable y honrado temor de la justicia y obedéceme! La hora del careo ha llegado y debes responder. No te obstines en la resistencia. No entres en lo irrevocable. Piensa que tengo derecho a consumar esto. ¡Cadáver comenzado, escucha! A menos que te plazca expirar aquí durante horas, días y semanas, y agonizar durante largo tiempo de una espantosa agonía hambrienta y fecal, bajo el peso de esas piedras, solo en este subterráneo, abandonado, olvidado, abolido, comido por las ratas y las comadrejas, mordido por las bestias de las tinieblas, mientras otros van y vienen, compran y venden y los vehículos corren por la calle sobre tu cabeza; a menos que te convenga hipar sin remisión en el fondo de esta desesperación, rechinando los dientes, llorando y blasfemando, sin un médico que cure tus llagas, sin un sacerdote que ofrezca el vaso de agua divina a tu alma; a menos que quieras sentir que afluye lentamente a tus labios la terrible espuma del sepulcro, ¡te exhorto y te conjuro a que me escuches! ¡Ayúdate a ti mismo, compadécete de ti mismo, haz lo que te he pedido, cede a la justicia, obedece, vuelve la cabeza, abre los ojos y di si reconoces a este hombre!

El paciente no volvió la cabeza ni abrió los ojos.

El *sheriff* lanzó una mirada sucesivamente al justiciero y el *wapentake*.

El justiciero quitó a Gwynplaine el sombrero y la capa, lo tomó por los hombros y lo obligó a hacer frente a la luz por el lado del hombre encadenado. El rostro de Gwynplaine se destacó en toda aquella sombra, con su relieve extraño plenamente iluminado.

Al mismo tiempo el *wapentake* se inclinó, tomó por las sienes entre sus dos manos la cabeza del paciente, volvió esa cabeza inerte hacia Gwynplaine y con los pulgares e índices abrió los párpados cerrados. Los ojos feroces del hombre aparecieron.

El hombre vio a Gwynplaine.

Entonces, levantando él mismo la cabeza y abriendo de par en par los párpados, le miró.

Se estremeció todo lo que se puede estremecer cuando se tiene una montaña sobre el pecho, y exclamó:

—¡Es él! ¡Sí! ¡Es él!

Y, terrible, se echó a reír.

—¡Es él! —repitió.

Luego dejó que su cabeza volviera a caer al suelo y cerró los ojos.

—Escribid, escribano —dijo el *sheriff*.

Gwynplaine, aunque aterrado, había mantenido hasta aquel momento más o menos su aplomo, pero el grito de «¡Es él!» le trastornó. Y aquél «Escribid, escribano» le heló. Le pareció comprender que un malvado lo arrastraba en su destino, sin que él, Gwynplaine, pudiese adivinar por qué, y que la confesión ininteligible de aquel hombre se cerraba sobre él como la bisagra de una argolla. Se imaginó a aquel hombre y a él puestos en la misma picota en dos patíbulos gemelos. Perdió pie en ese espanto y forcejeó. Comenzó a balbucear tartamudeos incoherentes, con la turbación profunda de la inocencia, y temblando, asustado, fuera de sí, lanzó al azar los primeros gritos que se le ocurrieron y todas esas palabras de la angustia que parecen proyectiles desatinados.

—No es cierto. No soy yo. Yo no conozco a ese hombre, él no puede conocerme puesto que yo no lo conozco. Tengo mi representación de esta noche, que me espera. ¿Qué quieren de mí? Exijo mi libertad. Eso no es todo. ¿Por qué me han traído a esta cueva? ¿Es que ya no hay leyes? Señor juez, repito que no soy yo. Soy inocente de

todo lo que se pueda decir. Lo sé bien yo. Quiero irme. Esto no es justo. Nada hay entre ese hombre y yo. Se puede informar. Mi vida no es algo oculto. Han ido a prenderme como un ladrón. ¿Por qué han hecho eso? ¿Acaso sé quién es ese hombre? Yo soy un muchacho ambulante que representa farsas en las ferias y los mercados. Soy el Hombre que Ríe. Mucha gente ha ido a verme. Estamos en el Tarrinzeau-field. Hace quince años que me gano la vida honradamente. Tengo veinticinco años. Me alojo en la posada Tadcaster. Me llamo Gwynplaine. Hacedme el favor de sacarme de aquí, señor juez. No hay que abusar de la pequeñez de los desdichados. Tened compasión de un hombre que no ha hecho nada y carece de protección y de defensa. Tenéis ante vos a un pobre saltimbanqui.

—Tengo ante mí —dijo el *sheriff*— a lord Fermain Clancharlie, barón Clancharlie y Hunkerville, marqués de Corleone en Sicilia, par de Inglaterra.

Y levantándose y mostrando su sillón a Gwynplaine, el *sheriff* añadió:

—Milord, que vuestra señoría se digne sentarse.

LIBRO QUINTO

El mar y la suerte se mueven bajo el mismo soplo

1
Solidez de las cosas frágiles

El destino nos ofrece a veces un vaso de locura para que lo bebamos. Una mano sale de una nube y nos ofrece bruscamente la copa opaca donde está la embriaguez desconocida.

Gwynplaine no comprendió.

Miró tras él para ver a quien hablaban.

El sonido demasiado agudo no es perceptible para el oído; la emoción demasiado aguda no es perceptible para la inteligencia. Hay un límite para comprender lo mismo que para oír.

El *wapentake* y el justiciero-quórum se acercaron a Gwynplaine y lo tomaron de los brazos y él sintió que lo sentaban en el sillón del que se había levantado el *sheriff*.

Los dejó hacer sin explicarse cómo era posible aquello.

Cuando Gwynplaine estuvo sentado, el justiciero y el *wapentake* retrocedieron unos pasos y se quedaron derechos e inmóviles detrás del sillón.

Entonces el *sheriff* dejó su ramillete de rosas en la losa, se puso unos anteojos que le entregó el escribano, sacó de debajo de los legajos que cubrían la mesa una hoja de pergamino manchada, amarillenta, roída y rota en algunos lugares, que parecía haber estado doblada en pliegues muy estrechos y uno de cuyos lados estaba cubierto con escritura, y, en pie bajo la luz de la linterna, acercando a sus ojos esa hoja, con su voz más solemne, leyó lo siguiente:

> «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
>
> «Hoy, veintinueve de enero del año mil seiscientos noventa de Nuestro Señor, fue malvadamente abandonado, en la costa desierta de Portland, con la intención de dejarlo morir allí de hambre, de frío y de soledad, un niño de diez años.
>
> «Ese niño fue vendido a la edad de dos años por orden de su Muy Graciosa Majestad el rey Jacobo II.
>
> «Ese niño es lord Fermain Clancharlie, único hijo legítimo de lord Linnoeus Clancharlie, barón Clancharlie y Hunkerville, marqués de Corleone en Italia, par del reino de Inglaterra, difunto, y de Ann Bradshaw, su esposa, difunta.
>
> «Ese niño es heredero de los bienes y títulos de su padre. Por eso fue vendido, mutilado, desfigurado y desapareció por voluntad de Su Graciosa Majestad.

«Ese niño fue educado y adiestrado para ser titiritero en los mercados y ferias.

«Fue vendido a la edad de dos años después de la muerte de su señor padre, y diez libras esterlinas se dieron al Rey por la compra de ese niño, así como por diversas concesiones, tolerancias e inmunidades.

«Lord Fermain Clancharlie, a la edad de dos años, fue comprado por el infrascrito que escribe estas líneas, y mutilado y desfigurado por un flamenco llamado Hardquanonne, el cual es el único que posee los secretos y procedimientos del doctor Conquest.

«El niño estaba destinado por nosotros a ser una máscara de risa. *Masca ridens*.

«Con esa intención Hardquanonne le practicó la operación *Bucca fissa usque ad aures*[92], que pone en la cara una risa eterna.

«El niño, por un medio conocido solamente por Hardquanonne, fue adormecido e insensibilizado durante ese trabajo, e ignora la operación que sufrió.

«Ignora que es lord Clancharlie.

«Responde al nombre de *Gwynplaine*.

«Eso se debe a la poca edad y la escasa memoria que tenía cuando fue vendido y comprado, pues apenas contaba dos años.

«Hardquanonne es el único que sabe hacer la operación *Bucca fissa* y ese niño es el único ser viviente al que le ha sido hecha.

«Esa operación es única y singular hasta el punto de que, inclusive después de largos años, aunque fuese un anciano en vez de ser un niño y su cabello negro se hubiese convertido en cabello blanco, Hardquanonne lo reconocería inmediatamente.

«Cuando escribimos esto, Hardquanonne, quien conoce pertinentemente todos estos hechos e intervino en ellos como autor principal, se halla preso en las cárceles de Su Alteza el príncipe de Orange, llamado vulgarmente el rey Guillermo III. A Hardquanonne lo detuvieron y encarcelaron como uno de los llamados comprachicos o cheylas. Está encerrado en el calabozo de Chatham.

«Fue en Suiza, cerca del lago de Ginebra, entre Lausana y Vevey, en la casa misma donde su padre y su madre murieron, donde el niño, de acuerdo con las órdenes del Rey, nos fue vendido y entregado por el último criado del difunto lord Linnoeus, el cual criado murió poco después como sus amos, de modo que este asunto delicado y secreto no lo conoce ya al presente en este mundo más que Hardquanonne, que está en un calabozo de Chatham, y nosotros, que vamos a morir.

«Nosotros, los infrascritos, hemos criado y conservado durante ocho años, para aprovecharlo en nuestra industria, al pequeño señor comprado por nosotros al Rey.

«Hoy, huyendo de Inglaterra para no compartir la mala suerte de Hardquanonne, hemos, por timidez y temor, a causa de las inhibiciones y fulminaciones penales decretadas por el Parlamento, abandonado, al caer la noche, en la costa de Portland, a dicho niño Gwynplaine, que es lord Fermain Clancharlie.

«Ahora bien, juramos secreto al Rey, pero no a Dios.

«Esta noche, en el mar, asaltados por una violenta tempestad por la voluntad de la Providencia, en plena desesperación y angustia, arrodillados ante quien puede salvar nuestras vidas y que tal vez quiera salvar nuestras almas, no teniendo ya nada que esperar de los hombres y teniendo que temer todo de Dios, con el arrepentimiento por nuestros malos actos como áncora y recurso, resignados a morir y contentos si la justicia del cielo se da por satisfecha, humildes y penitentes y golpeándonos el pecho, hacemos esta declaración y la confiamos y entregamos al mar furioso para que la utilice con buen fin obedeciendo a Dios. Así sea. Y hemos firmado».

El *sheriff* se interrumpió y dijo:
—Aquí están las firmas. Todas escritas por diversas manos.
Y volvió a leer:

«Doctor Gernardus Geestemunde. —Asunción—. Una cruz y al lado: Bárbara Fermoy, de la isla Tirryf, en las Ebudas. — Gaizdorra, capitán —. Giangirate. — Jaques Quatource, llamado el Narbonés —. Luc-Pierre Capgaroupe, de la prisión de Mahón».

El *sheriff* volvió a interrumpir la lectura y dijo:
—Nota escrita por la misma mano que el texto y la primera firma.
Y leyó:

«De los tres hombres de la tripulación, el patrón fue arrebatado por un golpe de mar. Sólo quedan dos, que han firmado: Galdeazun y Ave María, ladrón».

Mezclando la lectura con las interrupciones, el *sheriff* continuó:

—Al pie de la hoja está escrito: «En el mar, a bordo de la *Matutina*, urca vizcaína del golfo de Pasajes». Esta hoja es un pergamino cancilleresco que tiene la filigrana del rey Jacobo II. Al margen de la declaración, y con la misma letra, hay esta nota:

«La presente declaración está escrita por nosotros en el dorso de la orden del Rey que nos fue entregada como comprobante de que compramos el niño.

Dese vuelta a la hoja y se verá la orden».

El *sheriff* dio vuelta al pergamino y lo alzó en su mano derecha para exponerlo a la luz. Se vio una página en blanco, si la expresión página en blanco se puede aplicar a algo tan mohoso, y en el centro de la página tres palabras escritas: dos latinas, *jussu regis*[93] y una firma: *Jeffrys*.

—*Jussu regis. Jeffrys* —dijo el *sheriff*, pasando de la voz grave a la voz alta.

Un hombre al que le había caído en la cabeza una teja del palacio de los sueños: tal era Gwynplaine.

Comenzó a hablar como se habla en estado inconsciente:

—Gernardus, sí el doctor. Un hombre viejo y triste. Gaizdorra, capitán, que quiere decir el jefe. Había dos mujeres, Asunción y la otra. Además el provenzal, que se llamaba Capgaroupe. Bebía en una botella plana en la que había un nombre escrito en letras rojas.

—Hela aquí —dijo el *sheriff*.

Y puso sobre la mesa una cosa que el escribano extrajo del saco de justicia.

Era una calabaza con orejeras cubierta con mimbre. Esa botella había corrido visiblemente aventuras. Debía haber estado mucho tiempo en el agua. Tenía adheridas conchas y conservas. Estaba incrustada y damasquinada con todos los orines del océano. El gollete tenía una capa de alquitrán que indicaba que la habían cerrado herméticamente.

Estaba abierta y habían puesto en el gollete una especie de tapón de jarcia embreada.

—Es en esta botella —dijo el *sheriff* — donde encerraron las personas que iban a morir la declaración a la que se acaba de dar lectura. Este mensaje dirigido a la justicia le fue entregado fielmente por el mar.

El *sheriff* aumentó la majestuosidad de su entonación y añadió:

—Así como la montaña Harrow es excelente para el trigo y provee la fina flor de harina con la que se cuece el pan para la mesa regia, así también el mar hace a Inglaterra todos los servicios que puede y, cuando un lord se pierde, lo encuentra y lo trae.

Tras una pausa agregó:

—En esta calabaza está escrito, en efecto, un nombre con letras rojas.

Y elevando la voz, se volvió hacia el ajusticiado inmóvil:

—Vuestro nombre, malhechor que estáis presente. Pues tales son los caminos oscuros por los que la verdad, sumida en el abismo de las acciones humanas, llega del fondo a la superficie.

El *sheriff* tomó la calabaza y presentó a la luz uno de sus lados, que había sido limpiado, probablemente por las necesidades de la justicia. Allí se veía serpentear en los entrelazamientos del mimbre una delgada cinta de junco rojo, ennegrecida en

algunos lugares por el agua y el tiempo. Ese junco, a pesar de algunas fracturas, trazaba claramente en el mimbre estas doce letras: *Hardquanonne*.

Entonces el *sheriff* reasumiendo el sonido de voz particular que no se parece a nada y al que se podría llamar el acento de la justicia, se volvió hacia el paciente y dijo:

—¡Hardquanonne! Cuando por nos, el *sheriff* esta calabaza, en la que está vuestro nombre, os fue mostrada, exhibida y presentada por primera vez, al principio reconocisteis de buen grado que os había pertenecido; luego, habiéndoos dado lectura del contenido del pergamino que estaba plegado y encerrado en ella, no quisisteis decir más, y, sin duda con la esperanza de que el niño perdido no sería encontrado y de que eludiríais el castigo, os negasteis a responder. Como consecuencia de esa negativa se os aplicó la pena fuerte y dura y se os leyó por segunda vez dicho pergamino, donde se consigna la declaración y confesión de vuestros cómplices. Inútilmente. Hoy, que es el cuarto día y el señalado legalmente para el careo, habiendo sido puesto en presencia del que fue abandonado en Portland el veintinueve de enero del año mil seiscientos noventa, la esperanza diabólica se ha desvanecido en vos y habéis roto el silencio y reconocido a vuestra víctima…

El paciente abrió los ojos, levantó la cabeza, y con una voz que tenía la sonoridad extraña de la agonía y una calma mezclada con el estertor, pronunciando trágicamente bajo el montón de piedras palabras para cada una de las cuales tenía que levantar la especie de tapa de tumba colocada sobre él, comenzó a hablar:

—Juré el secreto y lo he guardado lo más que he podido. Los hombres sombríos son hombres fieles y existe una honradez en el infierno. Ahora el silencio se ha hecho inútil. Bien está. Por eso hablo. Pues bien, sí. Es él. Lo hicimos los dos: el Rey y yo; el Rey con su voluntad, y yo con mi arte.

Y mirando a Gwynplaine, añadió:

—Ahora ríe para siempre.

Y también él se echó a reír.

A esa segunda risa, más feroz todavía que la primera, se la habría podido tomar por un sollozo.

La risa cesó y el hombre volvió a acostarse. Sus ojos se cerraron.

El *sheriff*, que había cedido la palabra al ajusticiado, continuó:

—De todo lo cual se toma acta.

Dio al escribano tiempo para que escribiera y luego añadió:

—Hardquanonne, de acuerdo con la ley, después del careo que ha surtido efecto, después de la tercera lectura de la declaración de vuestros cómplices, ahora confirmada por vuestro reconocimiento y confesión, después de vuestra declaración iterativa, vais a ser liberado de esos grillos y puesto a disposición de Su Majestad para que os ahorquen como plagiario.

—Plagiario —dijo el doctor en derecho—. Es decir comprador y vendedor de niños. Ley visigoda, libro siete, título tres, párrafo *Usurpaverit*[94], y la Ley Sálica,

título cuarenta y uno, párrafo dos; y la Ley de los Frisones, título veintiuno, *De Plagio*[95]. Y Alexandre Nequam dijo: *«Qui pueros verdix, plagiarius est tibi nomen*[96]*»*

El *sheriff* dejó el pergamino en la mesa, se quitó los anteojos, tomó de nuevo el ramillete de rosas y dijo:

—Fin de la pena fuerte y dura. Hardquanonne, agradeced a Su Majestad.

Con una señal, el justiciero-quorum puso en movimiento al hombre vestido de cuero.

Ese hombre, que era un ayudante del verdugo, un *groom of gibbet* según las viejas cartas, se acercó al paciente, le quitó una tras otra las piedras que tenía sobre el pecho, le retiró la chapa de hierro que dejó ver las costillas deformadas del miserable y le abrió en los puños y los tobillos las cuatro argollas que lo ataban a los pilares.

El paciente, descargado de las piedras y liberado de las cadenas, se quedó tendido en la tierra, con los ojos cerrados y los brazos y las piernas extendidos, como un crucificado desclavado.

—Hardquanonne —dijo el *sheriff*—, levantaos.

El hombre no se movió.

El ayudante del verdugo le tomó una mano y la soltó; la mano cayó. La otra mano, levantada, cayó también. El ayudante del verdugo le asió un pie y luego el otro, y los talones volvieron a golpear el sueño. Los dedos de las manos y los pies permanecieron inertes. Los pies desnudos de un cuerpo yaciente tienen algo de erizado.

El médico se acercó, sacó de un bolsillo de su toga un espejito de acero y lo colocó delante de la boca abierta de Hardquanonne; luego le abrió los párpados con el dedo. No volvieron a bajarse. Las pupilas vidriosas quedaron fijas.

El médico se levantó y dijo:

—Está muerto. Ha reído y eso lo ha matado.

—No importa —dijo el *sheriff*—. Después de la confesión, vivir o morir no es más que una formalidad.

Luego, señalando a Hardquanonne con un gesto de su ramo de rosas, el *sheriff* dio esta orden al *wapentake*:

—Cadáver que hay que sacar de aquí esta noche.

El *wapentake* se dio por enterado con un movimiento de cabeza.

El *sheriff* añadió:

—El cementerio de la prisión está enfrente.

El *wapentake* volvió a asentir.

El escribano tomaba sus notas.

El *sheriff* con el ramo de rosas en la mano izquierda, tomó con la otra su varita blanca, se colocó delante de Gwynplaine, que seguía sentado, le hizo una reverencia profunda y luego, en otra actitud solemne, echó la cabeza hacia atrás y mirando a Gwynplaine a la cara le dijo:

—A vos que estáis aquí presente, nos, Philippe Denzill Parsons, caballero, *sheriff del* condado de Surrey, ayudado por Aubrie Docminique, hidalgo, nuestro escribano, y nuestros funcionarios ordinarios, debidamente provistos con órdenes directas y especiales de Su Majestad, en virtud de nuestra comisión y de los derechos y deberes de nuestro cargo, y con licencia del lord canciller de Inglaterra, hechos los expedientes y levantadas las actas, vistas las piezas comunicadas por el Almirantazgo, tras la verificación de las testificaciones y firmas, tras las declaraciones leídas y oídas, tras el careo realizado, todas las comprobaciones e informaciones legales estando completadas, agotadas y llevadas a un fin bueno y justo, os notificamos y declaramos, para que sobrevenga lo que corresponde de derecho, que sois Fermain Clancharlie, barón Clancharlie y Hunkerville, marqués de Corleone en Sicilia, par de Inglaterra. Y que Dios guarde a Vuestra Señoría.

Y saludó.

El doctor en derecho, el médico, el justiciero-quórum, el *wapentake*, el escribano, todos los presentes, con excepción del verdugo, repitieron el saludo más profundamente todavía y se inclinaron hasta el suelo ante Gwynplaine.

—¡Oh —exclamó Gwynplaine—, despertadme!

Y se puso en pie, muy pálido.

—Vengo a despertaros, en efecto —dijo una voz que no se había oído hasta entonces.

Un hombre salió de detrás de uno de los pilares. Como nadie había entrado en la cueva desde que la chapa de hierro había dado paso a la llegada de la comitiva policial, era evidente que ese hombre se hallaba en aquella sombra antes de la entrada de Gwynplaine, que desempeñaba un papel regular de observación y que tenía la misión y la función de estar allí. Ese hombre era grueso y rechoncho, llevaba una peluca de corte y capa de viaje, más bien viejo que joven y muy correcto.

Saludó a Gwynplaine con respeto y desenvoltura, la elegancia de un caballero doméstico y sin la torpeza del magistrado.

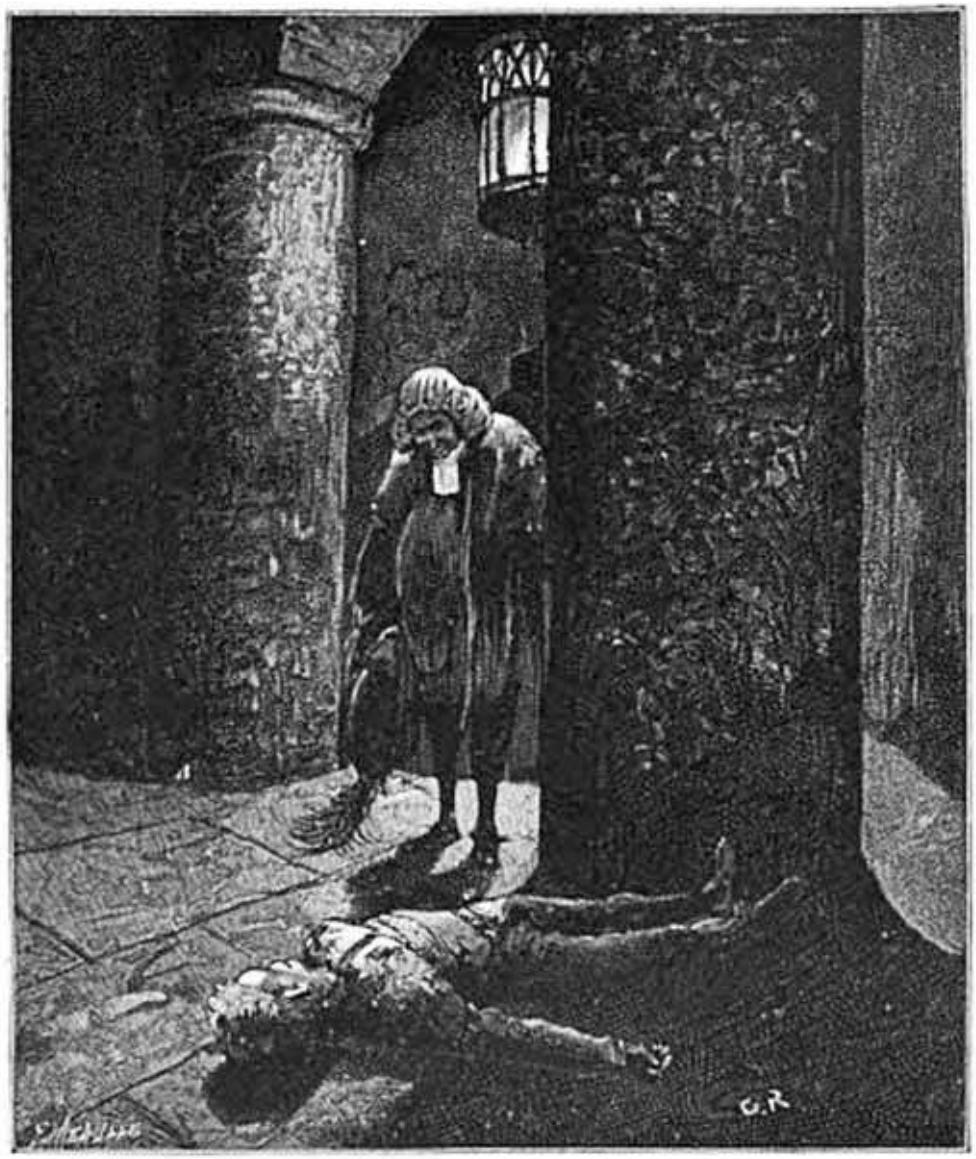
—Sí —dijo—, vengo a despertaros. Desde hace veinticinco años dormís. Estáis soñando, y tenéis que salir de ese sueño. Os creíais Gwynplaine y sois Clancharlie. Os creíais del pueblo y sois de la señoría. Os creíais en la última fila y estáis en la primera. Os creíais histrión y sois senador. Os creíais pobre y sois opulento. Os creíais pequeño y sois grande. ¡Despertaos, milord!

Gwynplaine, en voz muy baja en la que había cierto terror, murmuró:

—¿Qué quiere decir todo eso?

—Todo eso quiere decir, milord —respondió el hombre grueso — que yo me llamo Barkilphedro, que soy funcionario del Almirantazgo, que ese resto de naufragio, la calabaza de Hardquanonne, fue encontrada a la orilla del mar, que me la llevaron para que la abriera yo mismo, como es la obligación y la prerrogativa de mi cargo, que yo la abrí en presencia de dos jurados de la oficina Jetson, miembros los dos del Parlamento, William Blathwaith por la ciudad de Bath y Thomas Jervoise por Southampton; que los dos jurados han descrito y certificado el contenido de la calabaza y firmado el expediente inicial, conjuntamente conmigo; que he informado a Su Majestad, que por orden de la Reina se han realizado todas las formalidades legales necesarias con la discreción que requiere un asunto tan delicado, y que la última, el careo, acaba de tener lugar. Eso quiere decir que tenéis un millón de rentas, quiere decir que sois lord del Reino Unido de la Gran Bretaña, legislador y juez, juez supremo, legislador soberano, vestido con púrpura y armiño, igual a los príncipes, semejante a los emperadores; que tenéis en la cabeza la corona de par y que vais a casaros con la duquesa, hija de un rey.

Bajo esa transfiguración que se desplomaba sobre él tronitonante, Gwynplaine se desmayó.


G.R

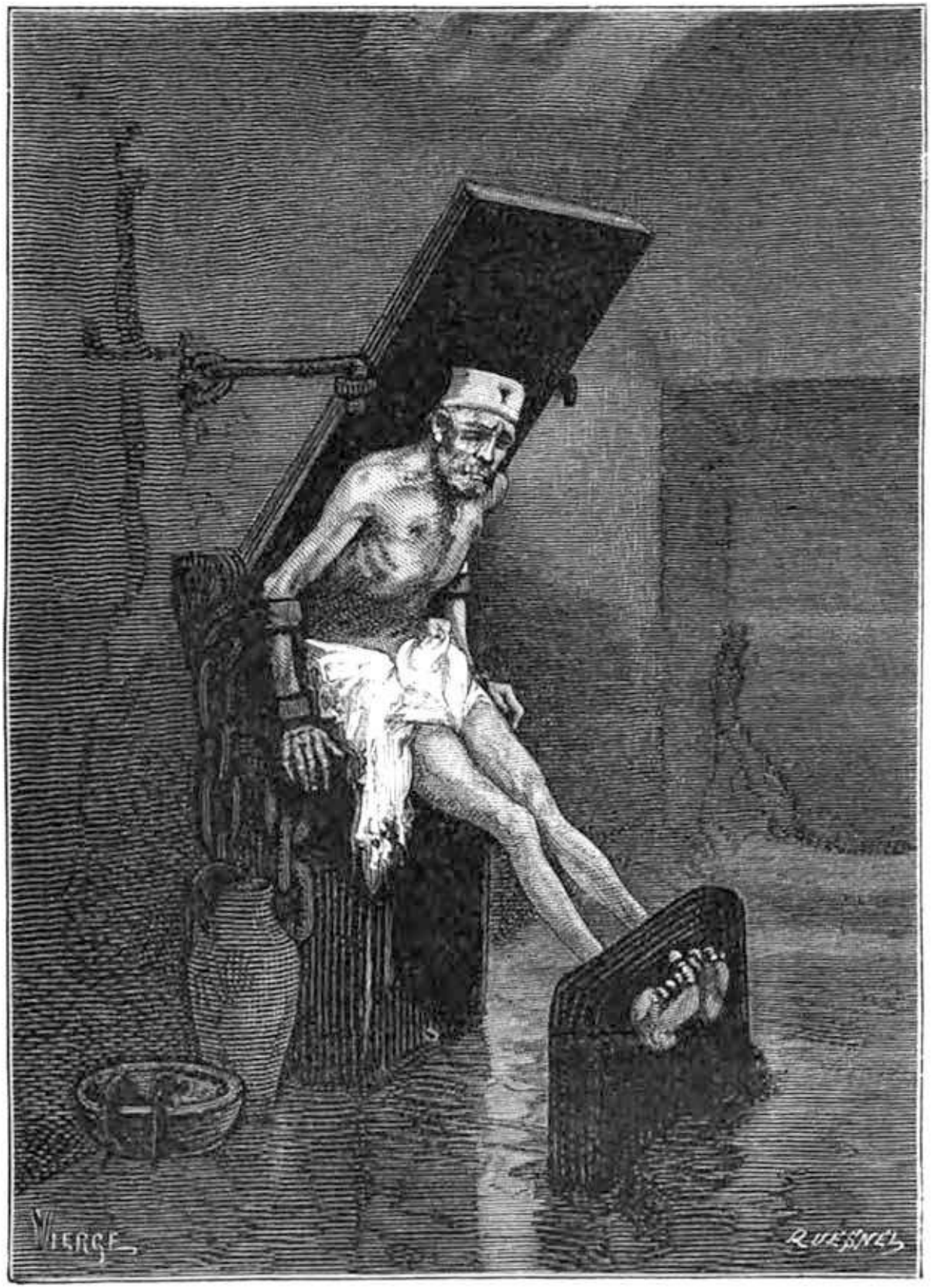
2
El que anda errante no se engaña

Toda esta aventura tenía su origen en un soldado que había encontrado una botella en la orilla del mar.

Relatemos lo sucedido.

Un día, uno de los cuatro artilleros que componían la guarnición del castillo de Calshor recogió en la arena, cuando la marea estaba baja, una calabaza de mimbre arrojada allí por el oleaje. Esa calabaza, completamente mohosa, estaba cerrada con un tapón embreado. El soldado la llevó al coronel del castillo, y el coronel la transmitió al almirante de Inglaterra. El almirante era el Almirantazgo, y para los restos de naufragios el Almirantazgo era Barkilphedro. Barkilphedro abrió y vació la

calabaza y la llevó a la Reina. La Reina consultó inmediatamente. Dos consejeros importantes fueron informados y consultados, el lord canciller, quien es, por la ley, «guardián de la conciencia del rey de Inglaterra», y el lord mariscal, quien es «juez de las armas y de la descendencia de la nobleza». Thomas Howard, duque de Norfolk, par católico, hereditariamente gran mariscal de Inglaterra, mandó decir por medio de su delegado Henri Howard, conde de Bindon, que aceptaría la opinión del lord canciller. El lord canciller era William Cowper. No hay que confundir a este canciller con su homónimo y contemporáneo William Cowper, el anatomista comentador de Bidloo, que publicó en Inglaterra el *Tratado de los músculos* casi al mismo tiempo que Etienne Abeille publicaba en Francia la *Historia de los huesos*; un cirujano es distinto de un lord. Lord William Cowper era célebre porque, a propósito del proceso de Talbot Yerverton, vizconde Longueville, había emitido este juicio: «Para la constitución de Inglaterra la restauración de un par importa más que la restauración de un rey». La calabaza encontrada en Calshor despertó en el más alto grado su atención. Al autor de una máxima le agradan las ocasiones de aplicarla. Aquél era un caso de restauración de un par. Se hicieron investigaciones. Como Gwynplaine tenía un cartel en la calle, fue fácil encontrarlo. Y también a Hardquanonne, quien no había muerto. La prisión pudre al hombre, pero lo conserva, si guardar es conservar. A las personas confiadas a las bastillas se las molestaba raras veces. No se cambiaba de calabozo como no se cambia de ataúd. Hardquanonne se hallaba todavía en el torreón de Chatham. Lo único que tuvieron que hacer fue ir a buscarlo. Lo trasladaron de Chatham a Londres. Al mismo tiempo se informaron en Suiza. Se reconoció que los hechos eran exactos. En las escribanías locales de Vevey y Lausana se sacaron copias del acta de casamiento de lord Linnoeus en el destierro, el acta de nacimiento del niño, las actas de defunción del padre y la madre, y «para utilizarlas en caso necesario», las copias fueron dobles y debidamente certificadas. Todo eso se ejecutó en el silencio más riguroso, con lo que se llamaba entonces *la prontitud real* y el «silencio de topo», recomendado y practicado por Bacon, y más tarde erigido en ley por Backstone, para los asuntos de la cancillería y del Estado y para las cosas calificadas como senatoriales.



El *jussu regis* y la firma *Jeffrys* fueron comprobadas. Para quien ha estudiado patológicamente los casos de capricho llamados «*bon plaisir*» ese *jussu regis* es muy sencillo. ¿Por qué Jacobo II, quien, al parecer, debía haber ocultado tales actos, dejaba, a riesgo, inclusive de comprometer el resultado, huellas escritas? Cinismo.

Indiferencia altiva. ¡Oh, creéis que sólo existen las mujeres impúdicas! También lo es la razón de Estado. *Et se cupit ante videri*[97]. Todo consiste en cometer un delito y jactarse de él. El Rey se tatúa como el presidiario. Molestaría pasar inadvertido para el gendarme y la historia y se desea ser conocido y reconocido. Ved mi brazo: observad este dibujo: un templo del amor y un corazón inflamado atravesado por una flecha; soy yo Lacenaire. *Jussu regis*: soy yo Jacobo II. Se realiza una mala acción y se pone la marca encima. Completarse con la desvergüenza, denunciarse a sí mismo, hacer imperdible su fechoría; tal es la bravata insolente del malhechor. Cristina se apodera de Monaldeschi, le hace confesar y asesinar, y dice: «Soy reina de Suecia en la casa del rey de Francia». Existen el tirano que se oculta, como Tiberio, y el tirano que se jacta, como Felipe II. El uno es más escorpión y el otro más leopardo. Jacobo II pertenecía a la última variedad. Tenía, como se sabe, un rostro franco y alegre, en lo que se diferenciaba de Felipe II. Felipe era lúgubre y Jacobo jovial. Ambos eran igualmente feroces. Jacobo II era el tigre bonachón. Tenía, como Felipe II, la tranquilidad de sus fechorías. Era monstruo por la gracia de Dios. Por consiguiente, nada tenía que disimular y que atenuar y sus asesinatos eran el derecho divino. De buena gana habría dejado, él también, tras sí sus archivos de Simancas, con todos sus atentados numerados, fechados, clasificados, rotulados y ordenados, cada uno en su casillero, como los venenos en una farmacia. Firmar sus crímenes es propio de un rey.

Toda acción cometida es un giro librado contra el gran pagador ignorado. Este acababa de llegar a su vencimiento con el siniestro endoso *Jussus regis*.

La reina Ana, nada mujer en cuanto sobresalía en guardar un secreto, pidió al lord canciller sobre ese grave asunto un informe confidencial del género llamado «informe al oído real». Los informes de esta clase han sido utilizados siempre en las monarquías. En Viena existía el *consejero del oído*, personaje áulico. Era una antigua dignidad carolingia, el *auricularius* de las viejas cartas palatinas, el que habla en voz baja al Emperador.

William, barón Cowper, canciller de Inglaterra, a quien la Reina creía porque era miope como ella y más bello que ella, redactó una memoria que comenzaba así. «Dos aves estaban a las órdenes de Salomón: una abubilla, la hudbud, que hablaba todos los idiomas, y un águila, la simurganka, que cubría de sombra con sus alas una caravana de veinte mil hombres. Lo mismo hace, en otra forma, la Providencia». Etcétera. El lord canciller hacía constar el hecho de que existía un heredero de pairía robado y mutilado, y luego encontrado. No censuraba a Jacobo II, padre de la Reina, después de todo. Inclusive daba razones. En primer lugar, estaban las antiguas máximas monárquicas. *E senioratu eripimus. In roturagio cadat*[98]. En segundo lugar, el derecho regio de mutilación existe. Chamberlayne lo ha hecho constar: *Corpora et bona nostrorum subjectorum nostra sunt*[99], dijo Jacobo I, de la gloriosa y docta memoria. Él hizo sacar los ojos a duques de sangre real por el bien del reino. Ciertos príncipes, demasiado próximos al trono, fueron ahogados útilmente entre dos

colchones, lo que pasó por apoplejía. Ahora bien, ahogar es más que mutilar. El rey de Túnez arrancó los ojos a su padre, Muley-Assem y no por eso sus embajadores dejaron de ser recibidos por el Emperador. Por consiguiente, el Rey puede ordenar una supresión de miembros como una supresión de estado, etc., lo que es legal, etc. Pero una legalidad no destruye la otra. «Si el ahogado vuelve a la superficie del agua y no está muerto es Dios quien corrige la acción del Rey. Si el heredero es encontrado, que se le devuelva la corona. Así se hizo con lord Alla, rey de Northumberland, que también había sido titiritero. Lo mismo se debe hacer con Gwynplaine, que también es rey, es decir lord. La vileza del oficio, ejercicio y soportado por fuerza mayor, no empaña el blasón; testigo Abdolonimo, que era rey y fue jardinero; testigo José, que era santo y fue carpintero; testigo Apolo, que era dios y fue pastor». En resumen, el sabio canciller llegaba a la conclusión de que se debían devolver todos sus bienes y dignidades a Fermain, lord Clancharlie, falsamente llamado Gwynplaine, «con la única condición de que se lo carease con el malhechor Hardquanonne y fuese reconocido por éste». Y así el canciller, guarda constitucional de la conciencia regia, tranquilizaba esa conciencia.

El canciller recordaba, en una posdata, que, en el caso de que Hardquanonne se negara a responder, se le debía aplicar «la pena fuerte y dura», y en ese caso, para llegar al período llamado de *frodmortell* dispuesto por la carta del rey Adelstan, el careo se debía realizar el cuarto día, lo que tenía el inconveniente de que si el paciente moría el segundo o el tercer día el careo se hacía difícil; pero la ley debe ser cumplida. El inconveniente de la ley forma parte de la ley.

Por lo demás, en la mente del canciller el reconocimiento de Gwynplaine por Hardquanonne no ofrecía duda alguna.

Ana, suficientemente informada de la deformidad de Gwynplaine, como no quería perjudicar a su hermana, a la que habían sido transferidos los bienes de los Clancharlie, decidió, bondadosamente, que la duquesa Josiana se casase con el nuevo lord, es decir con Gwynplaine.

La reintegración de lord Fermain Clancharlie era, por lo demás, un caso muy sencillo, pues el heredero era legítimo y directo. Para las filiaciones dudosas o para las pairías *in abeyance*[100] reivindicadas por colaterales se debe consultar a la Cámara de los Lores. Así, sin remontarnos a épocas anteriores, se hizo en 1782 para la baronía de Sidney, reclamada por Elisabeth Perry; en 1798 para la baronía de Beaumont, reclamada por Thomas Stapleton; en 1803 para la baronía de Chandos, reclamada por el reverendo Tymewell Brydges; en 1813 para la pairía-condado de Banbury, reclamada por el teniente general Knollys, etc. Pero en este caso no sucedía nada parecido: no había litigio alguno, la legitimidad era evidente, el derecho claro y seguro, no había por qué consultar a la Cámara, y la Reina, con la ayuda del lord canciller, era suficiente para reconocer y admitir al nuevo lord.

Barkilphedro manejó todo.

El asunto, gracias a él, se mantuvo tan oculto, el secreto se guardó tan herméticamente, que ni Josiana ni lord David se enteraron del acontecimiento prodigioso que se abría como un abismo bajo sus pies. Josiana, muy altiva, poseía una inaccesibilidad que hacía fácil aislarla. En realidad se aislaba ella misma. En cuanto a lord David, lo enviaron al mar, a las costas de Flandes. Iba a perder el señorío y no lo sospechaba. Anotemos un detalle. Sucedió que a diez leguas del fondeadero de la estación naval que tenía a sus órdenes lord David un capitán llamado Halyburton venció a la flota francesa. El conde de Pembroke, presidente del Consejo, presentó una proposición promoviendo a ese capitán Halyburton a contraalmirante. Ana suprimió a Halyburton y puso en su lugar a lord David Dirry-Moir, para que éste tuviese al menos, cuando se enterase de que no era ya par, el consuelo de ser contraalmirante.

Ana estaba contenta. Daba un marido horrible a su hermana y un alto grado a lord David. Era una mezcla de maldad y bondad.

Su Majestad iba a ofrecerse una comedia. Además, se decía que eso era equitativo, que reparaba un abuso de poder de su augusto padre, que restituía un miembro a la pairía, que obraba como gran reina, que protegía la inocencia obedeciendo la voluntad de Dios, que la Providencia, con sus medios santos e impenetrables…, etc. Es muy grato realizar una acción justa que es desagradable para alguien a quien no se quiere.

Por lo demás, saber que el futuro marido de su hermana era deforme le bastaba a la Reina. ¿De qué manera era deforme ese Gwynplaine? ¿Qué clase de fealdad era la suya? Barkilphedro no le había informado de ello y Ana no se había dignado averiguarlo. Profundo desdén regio. Por otra parte, ¿qué importaba? La Cámara de los Lores sólo podía quedarle agradecida por ello. El lord canciller, el oráculo, había hablado. La realeza, en esta ocasión, se mostraba buena y respetuosa guardiana del privilegio de la pairía. Cualquiera que fuera el rostro del nuevo lord, un rostro no es una objeción contra un derecho. Ana se dijo más o menos todo eso y atendió simplemente a su propósito, ese gran propósito femenino y regio: satisfacerse.

La Reina se hallaba entonces en Windsor, lo que ponía cierta distancia entre las intrigas de la Corte y el público.

Sólo las personas absolutamente necesarias estaban en el secreto de lo que iba a suceder.

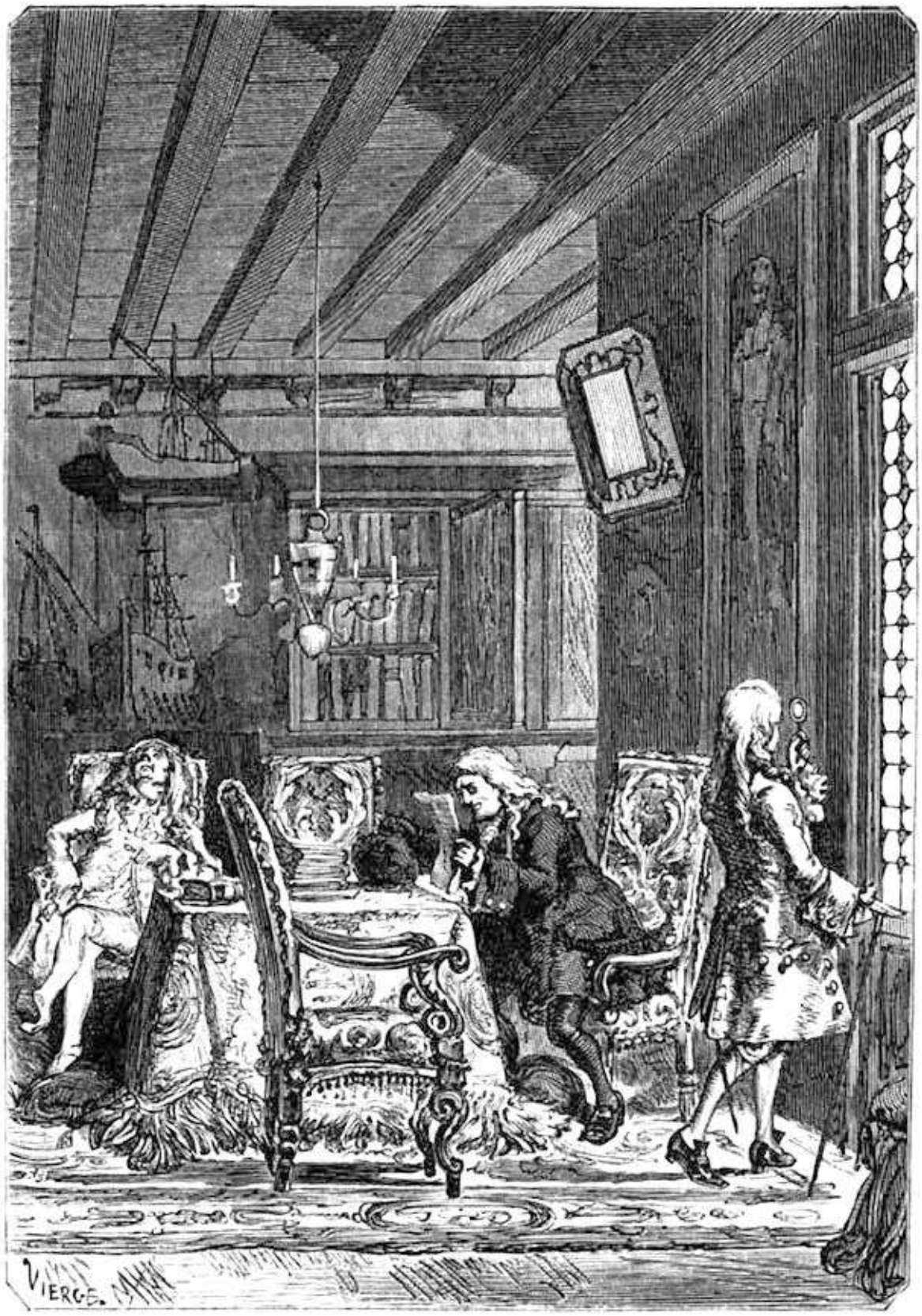
En cuanto a Barkilphedro, se sentía alborozado, lo que agregaba a su rostro una expresión lúgubre.

La cosa que puede ser más horrible en este mundo es la alegría.

Tuvo la voluptuosidad de ser el primero en paladear la calabaza de Hardquanonne. Simuló que eso apenas le sorprendía, pues el asombro es propio de un hombre limitado. Además, ¿no era así?, eso se le debía a él, que desde hacía tanto tiempo montaba guardia a la puerta de la casualidad. Puesto que esperaba, tenía que llegar algo.

Ese *nil mirari* formaba parte de su presencia de ánimo. En realidad, digámoslo, estaba asombrado. Si alguien hubiese podido quitarle la máscara que ponía sobre su conciencia ante Dios mismo, habría visto esto: precisamente en aquel momento Barkilphedro comenzaba a convencerse de que le sería decididamente imposible, a él, enemigo íntimo e ínfimo, producir un quebrantamiento en la existencia altiva de la duquesa Josiana. De ahí un acceso frenético de animosidad latente. Había llegado a ese paroxismo llamado desaliento. Estaba tanto más furioso porque desesperaba. ¡Tascar el freno, qué expresión trágica y verdadera! ¡Un malvado tascando la impotencia! Barkilphedro se hallaba tal vez a punto de renunciar, no a querer hacer daño a Josiana, sino a hacérselo; no a la ira, sino a la mordedura. ¡Pero qué fracaso tener que soltar la presa, tener que envainar el odio en adelante como un puñal de museo! ¡Qué humillación insufrible!

De pronto, en el momento oportuno —la inmensa aventura universal se complace en esas coincidencias —, la calabaza de Hardquanonne viene, de ola en ola, a ponerse en sus manos. Hay en lo desconocido algo domesticado que parece estar a las órdenes del mal. Barkilphedro, ayudado por dos testigos cualesquiera, jurados indiferentes del Almirantazgo, abre la calabaza, encuentra el pergamino, lo despliega, lo lee… ¡Imagínese su alegría monstruosa!



Es extraño pensar que el mar, el viento, los espacios, los flujos y reflujos, las tempestades, las calmas y las ráfagas pueden tomarse tanto trabajo para hacer la felicidad de un malvado. Esa complicidad había durado quince años. Obra misteriosa: durante esos quince años el océano no había dejado un minuto de trabajar en ello. Las

olas se habían transmitido una a otra la botella sobrenadante, los escollos habían esquivado el choque del vidrio, ninguna hendidura había rajado la calabaza, ningún rozamiento había gastado el tapón, las algas no habían podrido el mimbre, las conchas no habían corroído la palabra *Hardquanonne*, el agua no había penetrado en el recipiente, el moho no había disuelto el pergamino, la humedad no había borrado la escritura. ¡Cuántos cuidados había tenido que tomarse el abismo! Y de esta manera, lo que Gernardus había arrojado a la sombra, la sombra se lo llevó a Barkilphedro, y el mensaje destinado a Dios llegó a poder del demonio. La inmensidad cometía un abuso de confianza y la oscura ironía que se mezcla con las cosas se las arreglaba de modo que complicaba ese triunfo leal, el niño perdido llamado Gwynplaine convertido en lord Clancharlie, con una victoria venenosa; realizaba malvadamente una buena acción y ponía a la justicia al servicio de la iniquidad. Quitar su víctima a Jacobo II era ofrecer una presa a Barkilphedro, rehabilitar a Gwynplaine era entregar a Josiana. Barkilphedro triunfaba. ¡Y era para eso para lo que durante tantos años las olas, las mareas, las ráfagas habían zarandeado, empujado, arrojado, atormentado y respetado a aquella burbuja de vidrio que encerraba tantas existencias mezcladas! ¡Era para eso para lo que había existido una *entente cordiale* entre los vientos, las mareas y las tempestades! ¡La vasta agitación del prodigio complaciendo a un miserable! ¡El infinito colaborando con una lombriz! El destino tiene esas voluntades sombrías.

Barkilphedro sintió un chispazo de orgullo satánico. Se dijo que todo aquello se había realizado en beneficio suyo. Se consideraba centro y meta.

Se equivocaba. Rehabilitemos a la casualidad. No era ese el verdadero sentido del notable acontecimiento con el que se beneficiaba el odio de Barkilphedro. El océano haciéndose padre y madre de un huérfano, enviando la tormenta a sus verdugos, destruyendo la urca que rechazó al niño, trabándose con las manos juntas a los náufragos, denegando todas sus súplicas y no aceptando de ellos sino el arrepentimiento, la tempestad recibiendo un depósito de manos de la muerte, el sólido navío en que estaba el crimen reemplazado por la botella frágil donde estaba la reparación, el mar cambiando de papel como una pantera que se convirtiera en nodriza y acunara, no al niño, sino a su destino, mientras él crecía ignorando todo lo que el abismo hacía por él; las olas a las que fue arrojada la calabaza velando por aquel pasado en el que había un porvenir; el huracán soplando sobre ella con bondad, las corrientes dirigiendo el frágil resto del naufragio a través del insondable itinerario del agua, los miramientos de las algas, las marejadas, las rocas; toda la vasta espuma del abismo tomando bajo su protección a un inocente, la onda imperturbable como una conciencia, el caos restableciendo el orden, el mundo de las tinieblas terminando en una claridad, toda la sombra empleada en esa salida de un astro: la verdad, el proscrito consolado en su tumba, el heredero recibiendo de vuelta su herencia, el crimen del Rey anulado, la premeditación divina obedecida, el pequeño, el débil, el abandonado teniendo por tutor al infinito: he ahí lo que Barkilphedro habría podido

ver en el acontecimiento con el que gozaba, y he ahí lo que no vio. No se dijo que todo eso había sido hecho para Gwynplaine, sino que se había hecho para él, y que valía la pena. Así son los satanes.

Por otra parte, para sorprenderse de que una frágil botella pudiera flotar durante quince años sin sufrir averías habría que conocer poco la profunda benignidad del océano. Quince años no son nada. El 4 de octubre de 1867, en el Morbihan, entre la isla de Groix, la punta de la península de Gavres y el peñón de los Errants, unos pescadores de Port-Louis encontraron un ánfora romana del siglo IV, cubierta de arabescos por las incrustaciones del mar. Esa ánfora había flotado durante mil quinientos años.

Por más que Barkilphedro quisiera mantener una apariencia flemática, su estupefacción igualaba a su alegría.

Todo se ofrecía, todo estaba como preparado. Los trozos de la aventura que iba a satisfacer su odio se hallaban a su alcance. Sólo tenía que unirlos y hacer las soldaduras. El ajuste era divertido, un trabajo de cincelado.

¡Gwynplaine! Conocía ese nombre. *¡Masca ridens!* Como todos, había ido a ver al Hombre que Ríe y leído el cartel pegado en la posada Tadcaster como se lee el anuncio de un espectáculo que atrae a la multitud; lo examinó y lo recordaba en los menores detalles, sin perjuicio, por otra parte, de hacer la comprobación posteriormente. Ese cartel, en la evocación eléctrica que se produjo en él, reapareció ante su mirada profunda y fue a colocarse junto al pergamino de los náufragos, como la respuesta junto a la pregunta, como la palabra junto al enigma, y estas líneas: «Aquí se ve a Gwynplaine, abandonado a la edad de diez años en la noche del 29 de enero de 1690, a la orilla del mar, en Portland», adquirieron bruscamente bajo su mirada un resplandor de apocalipsis. Tuvo esta visión: las palabras *Mane Thecel Pbares* aparecían en una barraca de feria. Se derrumbaba súbitamente todo el tinglado que era la existencia de Josiana. El niño perdido había sido encontrado. Existía un lord Clancharlie. David Dirry-Moir se vaciaba. La pairía, la riqueza, el poder, la categoría, todo eso salía de lord David y entraba en Gwynplaine. Todo, castillos, cazaderos, bosques, moradas suntuosas, palacios, dominios, incluida Josiana, pertenecían a Gwynplaine. ¡Y qué solución para Josiana! ¿Y a quién tenía ahora delante? Ilustre y altiva, a un histrión; bella y remilgada, a un monstruo. ¿Se habría podido esperar eso? La verdad era que Barkilphedro estaba entusiasmado. Todas las combinaciones más rencorosas pueden ser superadas por la munificencia infernal de lo imprevisto. Cuando la realidad lo quiere hace obras maestras. A Barkilphedro le parecían tontos todos sus sueños, pues contaba con algo mejor.

Si el cambio que iba a producirse en su beneficio le hubiera perjudicado no habría dejado de desearlo. Existen feroces insectos desinteresados que pican sabiendo que morirán a consecuencia de la picadura. Barkilphedro era uno de esos insectos.

Pero esta vez no tenía el mérito del desinterés. Lord David Dirry-Moir no le debía nada, y lord Fermain Clancharlie iba a deberle todo. De protegido, Barkilphedro se

iba a convertir en protector. ¿Y protector de quién? De un par de Inglaterra. ¡Tendría un lord propio, un lord que sería obra suya! Esperaba dar el primer buen giro al asunto. ¡Ese lord sería el cuñado morganático de la Reina! Siendo tan feo agradaría a la Reina tanto como desagradaría a Josiana. Impulsado por ese favor y vistiendo ropas severas y modestas, Barkilphedro podía llegar a ser un personaje. Siempre se había destinado a la Iglesia. Sentía un vago deseo de ser obispo.

Entretanto, era dichoso.

¡Qué gran triunfo! ¡Y qué bien había realizado el azar todo aquel trabajo! Su venganza, pues él lo llamaba venganza, le había sido llevada suavemente por la marea. No se había emboscado en vano.

El escollo era él, y el resto del naufragio era Josiana. Y Josiana encallaba en Barkilphedro. ¡Qué éxtasis perverso!

Era hábil en el arte llamado sugestión y que consiste en hacer en la mente de los otros una pequeña incisión en la que se mete una idea propia. Manteniéndose aparte y sin aparentar que intervenía en el asunto, se las arregló para que Josiana fuera a la Green-Box y viera a Gwynplaine. Eso no podía perjudicar. El titiritero visto en su vileza era un buen ingrediente para la combinación. Más tarde eso sazonaría.

Silenciosamente había preparado todo de antemano. Lo que deseaba era algo súbito. El trabajo que realizó sólo podría ser expresado con estas palabras extrañas: construir un rayo.

Una vez terminados los preliminares, cuidó de que todas las formalidades necesarias se cumpliesen en las formas legales. El secreto no fue violado, pues formaba parte de la ley.

El careo de Hardquanonne con Gwynplaine se realizó y Barkilphedro estuvo presente. Ya se ha visto el resultado.

El mismo día una carroza de posta de la Reina fue inesperadamente, de parte de Su Majestad, en busca de lady Josiana en Londres para conducirla a Windsor, donde en ese momento Ana pasaba la estación. Josiana, por algo que se proponía hacer, habría deseado desobedecer, o al menos retrasar por un día su obediencia, y dejar la partida para el día siguiente, pero la vida cortesana no permite esas resistencias. Tuvo que ponerse inmediatamente en camino y abandonar su residencia en Londres, Hunkerville-house, por su residencia en Windsor, Corleone-lodge.

La duquesa Josiana salió de Londres en el momento mismo en que el *wapentake* se presentaba en la posada Tadcaster para llevarse a Gwynplaine y conducirlo a la cueva penal de Southwark.

Cuando llegó a Windsor, el ujier de la vara negra que guarda la puerta de la sala de audiencia le informó que Su Majestad se hallaba encerrada con el lord canciller y no podía recibirla hasta el día siguiente; que, en consecuencia, permaneciese en Corleone-lodge a disposición de Su Majestad, y que Su Majestad le enviaría directamente sus órdenes a la mañana siguiente cuando despertara. Josiana volvió a su casa muy despechada, comió de mal humor, tuvo jaqueca, despidió a todos, con

excepción de su paje, y luego despidió también a éste y se acostó antes que anocheciera.

Al llegar se había enterado de que, también al día siguiente, lord David Dirry-Moir, a quien llegó en el mar la orden de acudir inmediatamente a recibir las órdenes de la Reina, era esperado en Windsor.

3
Ningún hombre pasaría bruscamente de la Siberia al Senegal sin perder el conocimiento (Humboldt)

El desvanecimiento de un hombre, inclusive el más firme y enérgico, bajo un brusco mazazo de la fortuna, nada tiene que deba sorprender. Lo imprevisto le derrumba a un hombre como la maza al buey. Francisco de Albescola, el mismo que arrancó de las puertas turcas la cadena de hierro, se quedó, cuando lo hicieron Papa, un día entero sin conocimiento. Ahora bien, de cardenal a Papa el salto es menor que de titiritero a par de Inglaterra.

Nada es tan violento como las rupturas de equilibrio.

Cuando Gwynplaine volvió en sí y abrió de nuevo los ojos era ya de noche. Se hallaba en un sillón en el centro de una gran sala con las paredes, el techo y el suelo tapizados con terciopelo purpúreo. Se andaba sobre terciopelo. Cerca de él se hallaba en pie, con la cabeza descubierta, el hombre panzudo y con capa de viaje que había salido de detrás de un pilar en la cueva de Southwark. Gwynplaine estaba solo en aquella sala con ese hombre. Desde el sillón, tendiendo el brazo, podía tocar dos mesas, en cada una de las cuales había un candelero con seis velas de cera encendidas. En una de esas mesas había también papeles y un cofrecito, y en la otra una colación de carne de ave fría, vino y coñac en una bandeja de plata sobredorada.

Por los vidrios de una larga ventana que llegaba desde el suelo hasta el techo un claro cielo nocturno de abril dejaba entrever afuera un semicírculo de columnas alrededor de un gran patio cerrado por una portalada de tres puertas, una muy grande y dos bajas: la puerta cochera, muy grande, en el centro; a la derecha de la puerta para los jinetes, menor; y a la izquierda la puerta para los peatones, pequeña. Esas puertas estaban cerradas con verjas, las puntas de las cuales brillaban; una alta escultura coronaba la puerta central. Las columnas eran probablemente de mármol blanco, así como el pavimento del patio, que hacía un efecto de nieve, y enmarcaba con su capa de losas un mosaico que se veía confusamente en la sombra; sin duda ese mosaico, visto de día, ofrecería a la mirada, con todos sus esmaltes y colores, un blasón gigantesco, según la moda florentina. Balaustradas en zigzag que subían y bajaban indicaban las escaleras de las terrazas. Sobre el patio se alzaba una inmensa arquitectura brumosa y vaga a causa de la oscuridad. Intervalos de cielo, llenos de estrellas, recortaban una silueta de palacio.

Se columbraba un tejado desmesurado con remates de volutas, buhardillas con viseras como los cascos, chimeneas parecidas a torres, y entablamentos cubiertos de dioses y diosas inmóviles. A través de la columnata surgía en la penumbra una de esas fuentes de cuento de hadas, melodiosamente rumorosas, que se vierten de pilón en pilón, mezclan la lluvia con la cascada, parecen una dispersión de joyas y hacen al viento una loca distribución de sus diamantes y sus perlas como para sacar de su aburrimiento a las estatuas que las rodean. Se perfilaban largas hileras de ventanas, separadas por panoplias talladas en pleno relieve y bustos sobre repisas. En las acroteras, trofeos y morriones con penachos de piedra alternaban con los dioses.

En la sala donde estaba Gwynplaine, en el fondo, frente a la ventana, se veía a un lado una chimenea tan alta como la pared, y al otro lado, bajo un dosel, uno de esos grandes lechos feudales a los que se sube con una escalera y en los que se puede acostar de través. Junto a él había un escabel. Una hilera de sillones al pie de las paredes y otra hilera de sillas delante de los sillones completaban el mobiliario. Un gran fuego de leña a la francesa ardía en la chimenea; por el dorado de las llamas y sus estrías rosadas y verdes un conocedor habría comprobado que aquel fuego era de madera de fresno, lo que significaba un gran lujo; la sala era tan grande que los dos candeleros la dejaban a oscuras. Aquí y allá unos cortinones, bajos y flotantes, indicaban comunicaciones con otras habitaciones. El conjunto tenía el aspecto cuadrado y macizo de la época de Jacobo I, moda envejecida y soberbia. Como la

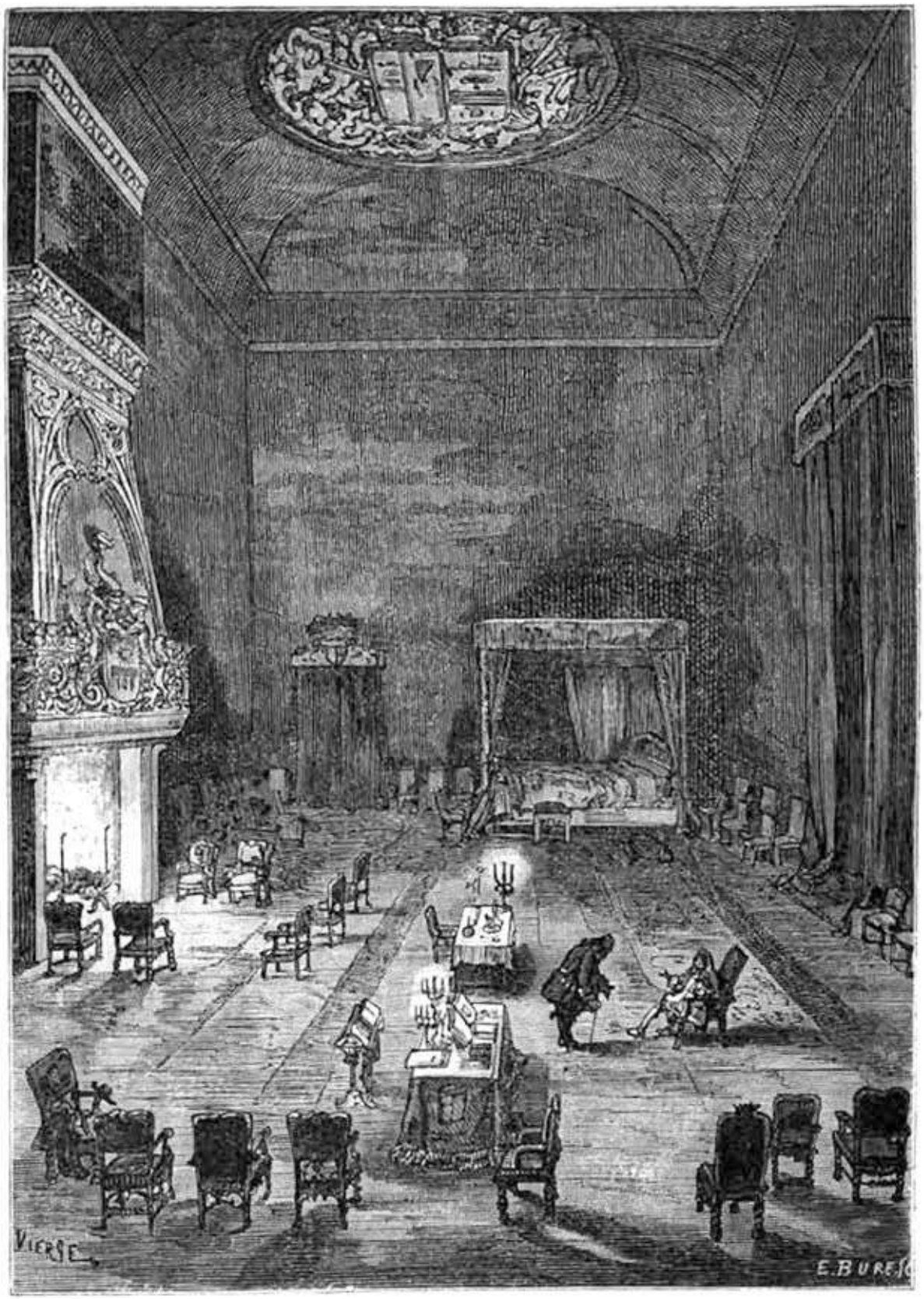
alfombra y los tapices de la sala, el dosel, el baldaquino, el lecho, el escabel, las cortinas, la chimenea, las fundas de las mesas, los sillones, las sillas, todo era de terciopelo carmesí. Nada de oro, como no fuera en el techo. Allí, a la misma distancia de los cuatro ángulos, brillaba, aplicado de plano, un enorme escudo redondo de metal repujado en el que chispeaba un deslumbrante relieve de armas; en esas armas, en dos blasones acostados, se distinguían un tortil de barón y una corona de marqués. ¿Era de cobre dorado? ¿Era de plata dorada? No se sabía. Parecía de oro. Y en el centro de ese techo señorial, magnífico cielo oscuro, aquel escudo de armas resplandeciente parecía un sol en plena noche.

Un hombre salvaje que es al mismo tiempo un hombre libre se siente casi tan inquieto en un palacio como en una prisión. Aquel lugar magnífico era perturbador. Toda magnificencia exhala espanto. ¿Qué podía ser el habitante de aquel palacio suntuoso? ¿A qué coloso pertenecía toda aquella grandeza? ¿De qué león era el antro aquel palacio? Gwynplaine, todavía mal despierto, sentía el corazón oprimido.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

El hombre que se hallaba de pie ante él contestó:

—Estáis en vuestra casa, milord.


VIERGE
E. BURESI

4
Fascinación

Hace falta tiempo para volver a la superficie.

Gwynplaine había sido arrojado al fondo de la estupefacción.

No se hace en seguida pie en lo desconocido.

Hay derrotas de ideas como hay derrotas de ejércitos, y no se rehace inmediatamente.

Se siente en cierto modo disperso. Se asiste a una extraña disipación de sí mismo.

Dios es el brazo, el azar es la honda, el hombre es el guijarro. Resistid, si podéis, una vez lanzados.

Gwynplaine, permítasenos la expresión, rebotaba de un asombro a otro. Después de la carta amorosa de la duquesa la revelación de la cueva de Southwark.

En un destino, cuando comienza lo inesperado, disponeos a recibir un golpe tras otro. Una vez abierta esa puerta huraña, las sorpresas se precipitan por ella. La mezcolanza de los acontecimientos se introduce por la brecha abierta en vuestra pared. Lo extraordinario no viene solo.

Lo extraordinario es una oscuridad. Esa oscuridad rodeaba a Gwynplaine. Lo que le sucedía le parecía incomprensible. Veía todo a través de esa niebla que una conmoción profunda deja en la inteligencia como la polvareda de un derrumbamiento. La sacudida había sido completa. Nada claro se le presentaba. Sin embargo, la transparencia se restablece siempre poco a poco. El polvo cae. A cada instante disminuye la densidad del asombro. Gwynplaine se sentía como quien tuviera la mirada fija en un sueño y tratara de ver lo que hay dentro de él. Descomponía esa nube y luego la recomponía. Tenía intermitencias de alucinación. Sufría esa oscilación de la mente en lo imprevisto que ora empuja hacia el lado en que se comprende y luego hacia el lado en que no se comprende. ¿Quién no ha experimentado esa péndola en el cerebro?

Su pensamiento se dilataba gradualmente en las tinieblas del episodio como se habían dilatado sus pupilas en las tinieblas del subterráneo de Southwark. Lo difícil es conseguir poner cierto espacio entre tantas sensaciones acumuladas. Para que esa combustión de las ideas turbias, llamada comprensión, pueda producirse es necesario que haya aire entre las emociones. En aquel caso faltaba el aire. El acontecimiento, por decirlo así, no era respirable. Al entrar en la aterradora cueva de Southwark, Gwynplaine esperaba la argolla del presidiario y le habían puesto en la cabeza la corona de par. ¿Cómo era posible eso? No había lugar suficiente entre lo que había temido y lo que le sucedía, todo se había producido demasiado rápidamente, su espanto se convertía en otra cosa demasiado bruscamente para que aquello fuese

claro. Los dos contrastes estaban demasiado apretados el uno contra el otro. Se esforzaba por liberar su mente de ese tornillo.

Callaba. Tal es el instinto de los grandes estupores, los que están a la defensiva más de lo que se cree. Quien no dice nada hace frente a todo. Una palabra que se os escape, captada por el engranaje desconocido, puede arrastraros por completo bajo no se sabe qué ruedas.

El aplastamiento es lo que temen los pequeños. La multitud teme siempre que la pisoteen. Ahora bien, Gwynplaine había pertenecido a la multitud durante mucho tiempo.

Un estado singular de la inquietud humana se traduce con esta expresión: ver venir. Gwynplaine se hallaba en ese estado. No se siente en equilibrio en una situación que surge. Se observa algo que debe tener una continuación. Se está vagamente atento. Se ve venir. ¿Qué? No se sabe. ¿A quién? Se mira.

El hombre panzudo repitió:

—Estáis en vuestra casa, milord.

Gwynplaine se palpó. En las sorpresas se mira para asegurarse de que las cosas existen, y luego se palpa para asegurarse de que existe uno mismo. Le hablaban a él sin duda alguna, pero él era otro. Ya no llevaba su blusa y su esclavina de cuero. Tenía un chaleco de paño de plata y un vestido de raso que cuando lo tocaba lo sentía bordado; sentía también una gruesa bolsa llena en el bolsillo del chaleco. Unas anchas calzas de terciopelo cubrían su estrecho calzón ceñido de payaso; sus zapatos tenían altos tacones rojos. Lo mismo que lo habían transportado a aquel palacio, le habían cambiado las ropas.

El hombre añadió:

—Que vuestra señoría se digne recordar esto: yo soy Barkilphedro, empleado del Almirantazgo. Soy yo quien abrió la calabaza de Hardquanonne y sacó de ella vuestro destino. Así, en los cuentos árabes, un pescador hace salir de una botella un gigante.

Gwynplaine fijó su mirada en el rostro sonriente que le hablaba.

Barkilphedro continuó:

—Además de este palacio, milord, tenéis Hunkerville-house, que es mayor. Tenéis Clancharlie-castle, donde tiene su sede vuestra pairía y que es una fortaleza de la época de Eduardo el Viejo. Contáis con diecinueve bailes, con sus aldeas y sus campesinos. Lo que pone bajo vuestro pendón de lord y de noble alrededor de ochenta mil vasallos y fiscálicos. En Clancharlie sois juez, juez de todo, de los bienes y las personas, y tenéis vuestra corte de barón. El Rey no posee más que vos sino el derecho de acuñar moneda. El Rey, al que la ley normanda califica como *chief-signor*, tiene justicia, corte y cuño. Cuño es moneda. Excepto eso, sois rey en vuestro señorío como él lo es en su reino. Tenéis derecho, como barón, a una horca de cuatro pilares en Inglaterra y, como marqués, a un patíbulo de siete postes en Sicilia, en tanto que la justicia del simple señor cuenta con dos pilares, la del castellán con tres y

la del duque con ocho. Se os llama príncipe en las antiguas cartas de Northumberland. Estáis aliado con los vizcondes Valentía en Irlanda, que son Power, y con los condes de Umfraville en Escocia, que son Angus. Sois jefe de clan como Campbell, Ardmannach y MacCallummore. Contáis con ocho castellanías, Reculver, Buxton, Hell-Kerters, Homble, Moricambe, Gumdraith, Trenwardraith y otras. Tenéis derecho sobre las turberas de Pillinmore y las canteras de alabastro de Trent; además poseéis toda la región de Penneth-chase, y una montaña con una vieja ciudad sobre ella. La ciudad se llama Vinecaunton y la montaña Moilenlli. Todo eso os produce una renta de cuarenta mil libras esterlinas, es decir cuarenta veces los veinticinco mil francos de renta con que se contenta un francés.

Mientras Barkilphedro hablaba, Gwynplaine, en un crescendo de estupor, recordaba. El recuerdo es un engullimiento que una palabra puede remover hasta el fondo. Gwynplaine conocía todos los nombres pronunciados por Barkilphedro. Estaban inscritos en las últimas líneas de los dos carteles que tapizaban la barraca en que había pasado su infancia, y a fuerza de haber dejado maquinalmente que los recorrieran sus miradas, los sabía de memoria. Al llegar, huérfano abandonado, a la barraca rodante de Weymouth había encontrado su herencia inventariada que le esperaba, y por la mañana, cuando el pobre niño despertaba, lo primero que atraía su mirada inconsciente y distraída era su señorío y su pairía. Era un detalle extraño que se agregaba a sus sorpresas que durante quince años, rodando de una plaza pública a otra, payaso de un tablado nómada, ganándose su pan un día tras otro, recogiendo monedas de cobre y viviendo de migajas, había viajado con su fortuna anunciada en su miseria.

Barkilphedro tocó con el índice el cofrecito que estaba en la mesa y dijo:

—Milord, este cofrecito contiene dos mil guineas que Su Graciosa Majestad la Reina os envía para vuestras primeras necesidades.

Gwynplaine hizo un movimiento.

—Serán para mi padre Ursus —dijo.

—Sea, milord. Serán para Ursus, en la posada Tadcaster. El doctor en derecho que nos ha acompañado hasta aquí y que va a regresar inmediatamente se las llevará. Tal vez vaya yo a Londres. En ese caso, seré yo quien se encargará de eso.

—Se las llevaré yo mismo —replicó Gwynplaine.

Barkilphedro dejó de sonreír y dijo:

—Imposible.

Hay una inflexión de voz que subraya. Barkilphedro empleó ese acento. Se interrumpió como para poner un punto detrás de la palabra que acababa de pronunciar, y luego continuó, con el tono respetuoso y particular del criado que se siente amo:

—Milord, estáis aquí a veintitrés millas de Londres, en Corleone-lodge, vuestra residencia de corte, contigua al castillo real de Windsor. Estáis aquí sin que nadie lo sepa. Os han traído en un coche cerrado que os esperaba a la puerta de la cárcel de

Southwark. Las personas que os han introducido en este palacio ignoran quién sois, pero me conocen a mí, y eso es suficiente. Habéis podido ser conducido a este departamento por medio de una llave secreta que yo poseo. Hay en esta casa personas que duermen y esta no es hora para despertar a la gente. Por eso tenemos tiempo para una explicación, que por lo demás será breve. Voy a dárosla. Cumplo una orden de Su Majestad.

Barkilphedro comentó a hojear mientras hablaba un montón de legajos colocados cerca del cofrecito.

—Milord, aquí está vuestra patente de par. Aquí vuestro título de marqués siciliano. Aquí los pergaminos y diplomas de vuestras ocho baronías, con los sellos de once reyes, desde Baldret, rey de Kent, hasta Jacobo VI y primer rey de Inglaterra y Escocia. Aquí vuestras cartas de precedencia. Aquí vuestras escrituras de arrendamiento y los títulos y descripciones de vuestros feudos, alodios, dependencias, territorios y dominios. Lo que tenéis sobre la cabeza en ese blasón que está en el techo son vuestras dos coronas, el tortil de perlas de barón y el círculo de florones de marqués. Aquí al lado, en vuestro guardarropa, está vuestra toga de par de terciopelo rojo con bandas de armiño. Hoy mismo, hace algunas horas, el lord-canciller y el diputado-conde-mariscal de Inglaterra, informados del resultado de vuestro careo con el comprachicos Hardquanonne, han recibido órdenes de Su Majestad. Su Majestad ha firmado según su voluntad, que es lo mismo que la ley. Se han cumplido todas las formalidades. Mañana, no más tarde que mañana, seréis admitido en la Cámara de los Lores; allí se delibera desde hace varios días acerca de un proyecto de ley presentado por la Corona y que tiene por objeto aumentar en cien mil libras esterlinas, que son dos millones quinientas mil libras de Francia, la dotación anual del duque de Cumberland, marido de la Reina; podréis intervenir en la discusión.

Barkilphedro se interrumpió, respiró lentamente y continuó:

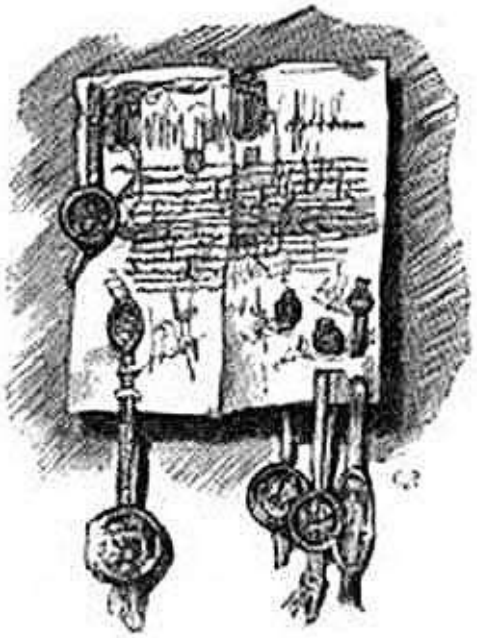
—Sin embargo, nada se ha hecho todavía. No se es par de Inglaterra contra la voluntad de uno. Todo se puede anular y desaparecer, a menos que comprendáis. Un acontecimiento que se disipa antes de salir a luz es algo que se ve en la política. Milord, en este momento os rodea todavía el silencio. La Cámara de los Lores no será puesta al corriente hasta mañana. El secreto de todo vuestro asunto ha sido guardado por razón de Estado, la cual tiene una importancia tan considerable que las personas serias, únicas informadas en este momento acerca de vuestra existencia y vuestros derechos, los olvidarán inmediatamente si la razón de Estado les ordena olvidarlos. Lo que está en la oscuridad puede seguir estando en la oscuridad. Es fácil haceros desaparecer, tanto más fácil por cuanto tenéis un hermano, hijo natural de vuestro padre y de una mujer que posteriormente, durante el destierro de vuestro padre, fue la querida del rey Carlos II, lo que hace que vuestro hermano esté bien considerado en la Corte. Ahora bien, es a ese hermano, por bastardo que sea, al que irá a parar vuestro pairía. ¿Deseáis eso? Supongo que no. Pues bien, todo depende de vos. Hay que obedecer a la Reina. No abandonaréis esta residencia hasta mañana, en un carruaje de Su Majestad, y para ir a la Cámara de los Lores. Milord, ¿queréis ser par de Inglaterra, sí o no? La Reina tiene proyectos acerca de vos. Os destina a una alianza casi regia. Lord Fermain Clancharlie: este es el instante decisivo. El destino no abre una puerta sin cerrar otra. Tras ciertos pasos hacia adelante ya no es posible

un paso hacia atrás. Quien entra en la transfiguración tiene a su espalda una desaparición. Milord, Gwynplaine ha muerto. ¿Comprendéis?

Gwynplaine tembló de la cabeza a los pies. Luego se repuso y contestó:

—Sí.

Barkilphedro sonrió, saludó, guardó el cofrecito bajo su capa y salió.



5
Se cree recordar y se olvida

¿Qué son esos extraños cambios súbitos que se producen en el alma humana?

Gwynplaine había sido al mismo tiempo elevado a una cima y precipitado en un abismo.

Sentía vértigo.

Un vértigo doble.

El vértigo de la ascensión y el de la caída.

Mezcla fatal.

Se había sentido subir y no se había sentido caer.

Ver un nuevo horizonte es temible.

Una perspectiva da consejos, pero no siempre buenos.

Tenía ante sí la abertura mágica, tal vez trampa de una nube que se desgarra y muestra el azul profundo.

Tan profundo que es oscuro.

Se hallaba en la montaña desde la que se ven los reinos de la Tierra, montaña tanto más terrible por cuanto no existe. Los que están en esa cima sueñan.

La tentación es allí abismo, y tan potente que en esa cima el infierno espera corromper al paraíso y el diablo lleva allí a Dios.

¡Fascinar, qué extraña esperanza!

Allí donde Satán tienta a Jesús, ¿cómo puede luchar un hombre?

Palacios, castillos, el poder, la opulencia, todas las felicidades humanas hasta perderse de vista alrededor de uno, un mapamundi de goces que se extiende hasta el horizonte, una especie de geografía radiante de la que se es el centro, ¡qué espejismo peligroso!

Imagínese la perturbación que causa semejante visión no preparada, sin escalones subidos previamente, sin precauciones, sin transición.

Un hombre que se hubiese dormido en un agujero de topo y se despierta en la punta del campanario de Estrasburgo: tal era Gwynplaine.

El vértigo es una especie de lucidez formidable. Sobre todo el que, llevándoos a la vez hacia el día y hacia la noche, se compone de dos remolinos en sentido inverso.

Se ve demasiado y no lo suficiente.

Se ve todo y nada.

Se es lo que el autor de este libro ha llamado en alguna parte «el ciego deslumbrado».

Cuando Gwynplaine quedó solo se puso a caminar a grandes pasos. La ebullición precede a la explosión.

A través de esa agitación, en esa imposibilidad de estar quieto, meditaba. La ebullición era una liquidación. Apelaba a sus recuerdos. ¡Es sorprendente que se haya escuchado siempre bien lo que se cree haber oído apenas! La declaración de los náufragos leída por el *sheriff* en la cueva de Southwark se le hacía completamente clara e inteligible; recordaba cada una de sus palabras; volvía a ver en ella toda su infancia.

De pronto se detuvo, con las manos a la espalda, y se quedó mirando al techo, al cielo, a lo que fuera que estuviera arriba, y exclamó:

—¡Desquite!

Fue como el que saca la cabeza del agua. Le pareció que veía todo, el pasado, el porvenir, el presente, en el sobrecogimiento de una claridad súbita.

—¡Ah! —exclamó, pues hay gritos en el fondo del pensamiento —. ¡Era eso! Yo era lord. Todo se descubre. ¡Me robaron, traicionaron, perdieron, desheredaron, abandonaron y asesinaron! ¡El cadáver de mi destino ha flotado durante quince años en el mar, y de pronto ha llegado a tierra y se ha erguido, viviente! ¡Renazco! ¡Nazco! ¡Sentía palpitar bajo mis harapos a alguien que no era un miserable, y cuando me volvía hacia los hombres sentía que ellos eran el rebaño y que yo no era el perro, sino el pastor! Pastores de pueblos, conductores de hombres, guías y maestros, ¡eso eran mis padres, y lo que ellos eran soy yo! Soy gentilhombre, tengo una espada; soy barón, tengo un casco; soy marqués, tengo un penacho; soy par, tengo una corona. ¡Ah, me habían robado todo eso! Era habitante de la luz y me hicieron habitante de las tinieblas. Los que proscribieron al padre vendieron al hijo. Cuando murió mi padre le quitaron de debajo de la cabeza la piedra de destierro que tenía por almohada, y me la pusieron en el cuello y me arrojaron a la cloaca. ¡Oh, vuelvo a ver, sí, a esos bandidos que torturaron mi infancia; se mueven y se alzan en lo más profundo de mi memoria! He sido el trozo de carne picoteado sobre una tumba por una bandada de cuervos. Me he desangrado y he gritado bajo todas esas siluetas horribles. ¡Ah, es a eso a lo que me habían precipitado, para que me aplastasen los que van y vienen, para que todos me pisoteasen, por debajo del más inferior de los seres humanos, inferior al siervo, inferior al criado, inferior al vagabundo, inferior al esclavo, al lugar en que el caos se convierte en cloaca, al fondo de la desaparición! ¡Y es de ahí de donde salgo! ¡Es de ahí de donde subo! ¡Es de ahí de donde resucito! Y aquí estoy. ¡Desquite!

Se sentó, se levantó, se tomó la cabeza entre las manos, volvió a caminar de un lado a otro y continuó su monólogo tempestuoso:

—¿Dónde estoy? ¡En la cumbre! ¿Dónde he venido a posarme? ¡En la cima! Este pináculo, la grandeza; esta cúpula del mundo, la omnipotencia, es mi casa. ¡Soy uno de los dioses de este templo en el aire! Me alojo en lo inaccesible. Esta altura que yo miraba desde abajo y de la que descendían tantos rayos que tenía que cerrar los ojos, este señorío inexpugnable, esta fortaleza inconquistable de los felices es ahora mía, estoy en ella. ¡Qué cambio definitivo! Estaba abajo y ahora estoy arriba. ¡Arriba para

siempre! Soy lord, tendré una capa escarlata, tendré florones en la cabeza, asistiré a la coronación de los reyes, prestarán juramento entre mis manos, juzgaré a los ministros y a los príncipes, ¡existiré! Desde las profundidades a las que me habían arrojado he ascendido hasta el cénit. Tengo palacios en la ciudad y en el campo, grandes mansiones, jardines, cotos de caza, bosques, carrozas, millones; daré fiestas, dictaré leyes, elegiré dichas y alegrías, ¡y el vagabundo Gwynplaine, que no tenía derecho a tomar una flor en la hierba, podrá recoger astros en el cielo!

¡Fúnebre entrada de la sombra en un alma! Así se producía en aquel Gwynplaine que había sido un héroe y que, digámoslo, tal vez no había dejado de serlo, el reemplazo de la grandeza moral por la grandeza material. Era una traición lúgubre, el quebrantamiento de una virtud por una tropa de demonios que pasa, un ataque inesperado al lado débil del hombre. Todas las cosas inferiores a las que se llama superiores, las ambiciones, las turbias voluntades del instinto, las pasiones, las codicias, expulsadas lejos de Gwynplaine por la purificación de la desdicha, volvían a apoderarse tumultuosamente de aquel corazón generoso. ¿Y a qué se debía eso? Al hallazgo de un pergamino en una calabaza llevada por el mar. Era la violación de una conciencia por la casualidad.

Gwynplaine bebía a grandes tragos el orgullo, lo que le oscurecía el alma, pues tal es el efecto de ese vino trágico.

Este aturdimiento lo invadía, y hacía más que consentirlo: lo saboreaba. Era el efecto de una larga sed. ¿Se es cómplice de la copa con la que se pierde la razón? Él había deseado siempre vagamente eso. Miraba sin cesar hacia los grandes y mirar es desear. El aguilucho no nace impunemente en el aire.

Ser lord: ahora, en ciertos momentos, eso le parecía muy sencillo.

Habían transcurrido pocas horas, ¡y qué lejano estaba ya el pasado!

Gwynplaine había encontrado la emboscada de lo mejor enemigo de lo bueno.

¡Ay de aquél de quien se dice: es dichoso!

Se resiste a la adversidad mejor que a la prosperidad. Se sale de la mala suerte mejor que de la buena. Caribdis es la miseria, pero Escila es la riqueza. Los que resisten firmemente el rayo son derribados por el deslumbramiento. Tú, a quien no espantaba el precipicio, temes que te arrastren las legiones de alas de la nube y el sueño. La ascensión te elevará y te rebajará. La apoteosis posee el poder siniestro de abatir.

Conocerse en la dicha no es fácil. La casualidad no es sino un disfraz. Nada engaña tanto como ese rostro. ¿Es la Providencia? ¿Es la Fatalidad?

Una claridad puede no ser una claridad. Pues la luz es verdad y un resplandor puede ser una perfidia. Creéis que ilumina y lo que hace es incendiar.

Es de noche; una mano pone una vela, vil sebo convertido en estrella, al borde de una abertura en las tinieblas. Acude la falena.

¿En qué medida es ella responsable?

La mirada del fuego fascina a la falena lo mismo que la mirada de la serpiente fascina al pájaro.

¿Les es posible a la falena y al pájaro resistir esa mirada? ¿Le es posible a la hoja no obedecer al viento? ¿Le es posible a la piedra negarse a obedecer a la ley de la gravedad?

Preguntas materiales que son también preguntas morales.

Después de la carta de la duquesa, Gwynplaine se había repuesto. Lo unían a los suyos profundos afectos que habían resistido. Pero las tormentas, después de agotar el viento de un lado del horizonte, se reanudan por el otro, y el destino, como la naturaleza, tiene sus ensañamientos. El primer golpe sacude y el segundo desarraiga.

¡Ay, cómo caen los robles!

Así, el que, siendo un niño de diez años, solo en el acantilado de Portland, dispuesto a combatir, miraba fijamente a los combatientes con los que iba a tener que habérselas: la ráfaga que se llevaba a la embarcación en la que pensaba embarcarse, el abismo que le privaba de esa tabla de salvación, el vacío cuya amenaza hace retroceder, la tierra que le negaba un refugio, el cénit que le negaba una estrella, la soledad sin compasión, la oscuridad despiadada, el océano, el cielo, todas las violencias en un infinito y todos los enigmas en el otro; el que no había temblado ni desfallecido ante la enormidad hostil de lo desconocido; el que, muy pequeño, había hecho frente a la noche como el antiguo Hércules había hecho frente a la muerte; el que, en ese conflicto desmesurado, había realizado el desafío de poner todas las probabilidades contra él adoptando a una niña, él, que era un niño, y cargando con un fardo, él, fatigado y frágil, haciendo así más fáciles las mordeduras en su debilidad y quitando él mismo los bozales a los monstruos de la sombra emboscados a su alrededor; el que, domador antes de llegar a la edad para ello, había inmediatamente, desde sus primeros pasos fuera de la cuna, luchado cuerpo a cuerpo con el destino; el que, a pesar de su desproporción con la lucha, no había dejado de luchar; el que, viendo de pronto que se hacía a su alrededor una ocultación espantosa del género humano, había aceptado ese eclipse y continuado soberbiamente su marcha; el que había sabido soportar el frío, la sed y el hambre valientemente; el que, pigmeo por la estatura, había sido coloso por el alma; aquel Gwynplaine que había vencido al inmenso viento del abismo en su doble forma de tempestad y miseria, ¡tambaleaba bajo el soplo de la vanidad!

Así, cuando ha agotado las angustias, las miserias, las tempestades, los rugidos, las catástrofes, las agonías con un hombre que se mantiene en pie, la Fatalidad se pone a sonreír, y el hombre, bruscamente embriagado, tambalea.

Es la sonrisa de la Fatalidad. ¿Se puede imaginar algo más terrible? Es el último recurso del implacable probador de almas que somete a prueba a los hombres. El tigre que está en el destino esconde a veces las garras. Es una preparación temible, la suavidad horrenda del monstruo.

Todo hombre ha podido observar en sí mismo la coincidencia de un debilitamiento con un engrandecimiento. Un crecimiento súbito disloca y produce fiebre.

Gwynplaine sentía en el cerebro el torbellino vertiginoso de una multitud de novedades, todo el claroscuro de la metamorfosis, no se sabe qué confrontaciones extrañas, el choque del pasado con el porvenir, dos Gwynplaine, él mismo doble; detrás un niño harapiento, salido de la noche, errante, temblando de frío, hambriento, que hacía reír; y delante un señor brillante, fastuoso, soberbio, que deslumbraba a Londres. Se despojaba del uno y se amalgamaba con el otro. Salía del saltimbanqui y entraba en el lord. Esos cambios de piel son a veces cambios de alma. En algunos momentos eso se parecía demasiado al sueño. Aquello era complejo, malo y bueno. Pensaba en su padre, lo que era punzante, pues se trataba de un padre desconocido. Trataba de imaginárselo. Pensaba en aquel hermano del que acababan de hablarle. ¡Así que tenía una familia! ¡Cómo, una familia él, Gwynplaine! Se perdía en esos tinglados fantásticos. Tenía apariciones de magnificencias, solemnidades desconocidas desfilaban como nubes por delante de él; oía fanfarrias.

«Además —se decía— seré elocuente».

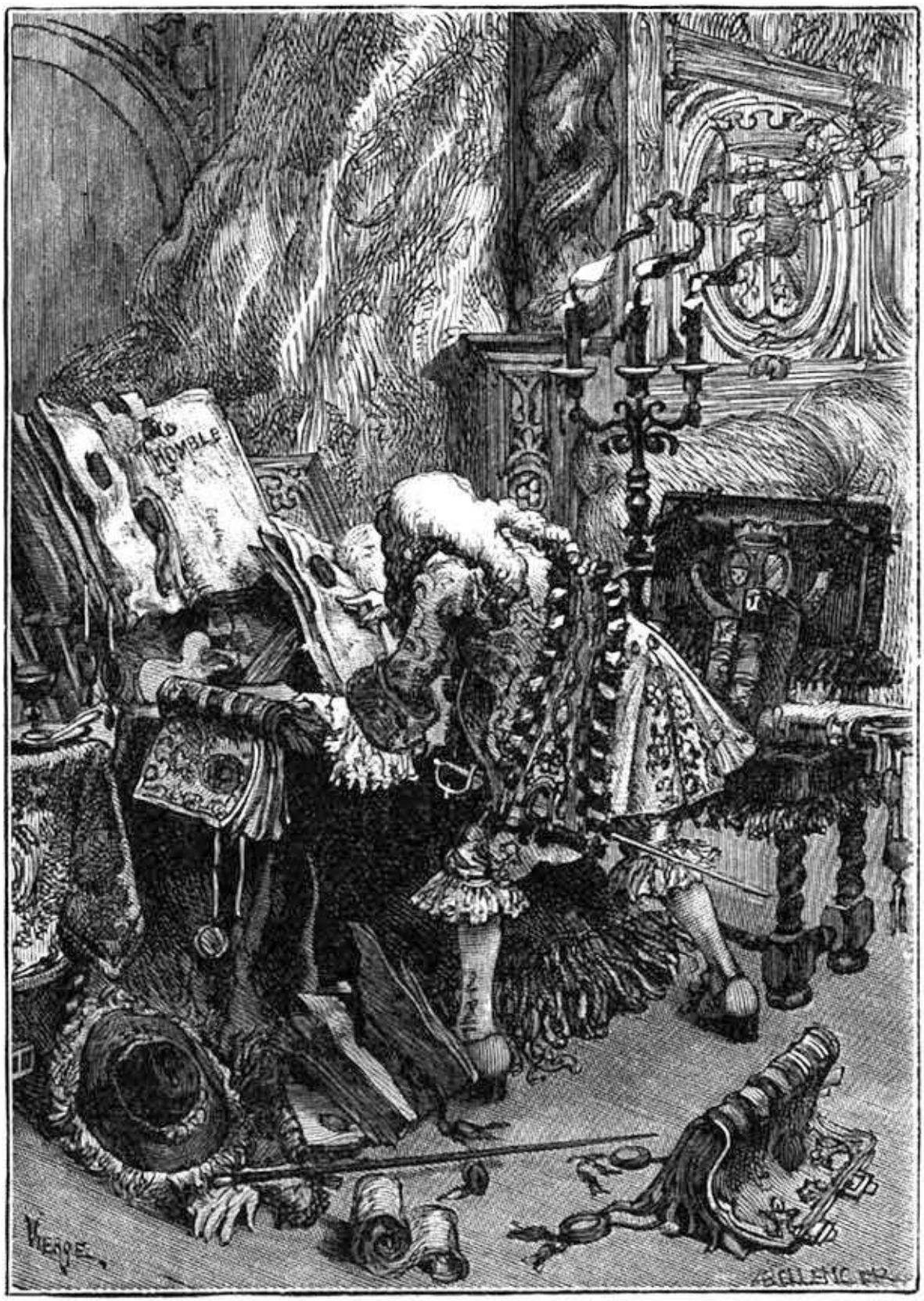
Se imaginaba una entrada magnífica en la Cámara de los Lores. Llegaba hinchado de cosas nuevas. ¡Cuántas cosas que tenía que decir! ¡Qué provisión había hecho! Qué ventaja ser, en medio de ellos, el hombre que ha visto, tocado, experimentado y sufrido, y poderles gritar: «¡Yo he estado cerca de todo eso de lo que vosotros estáis lejos!». A esos practicones, repletos de ilusiones, les arrojará la realidad a la cara, temblarán, pues será verídico, y le aplaudirán, pues será grande. Surgirá entre todos esos omnipotentes como más poderoso que ellos; se les aparecerá como el portaantorcha, pues les mostrará la verdad, y como el portaespada, pues les mostrará la justicia. ¡Qué triunfo!

Y mientras hacía esas construcciones en su mente, lúcida y turbia al mismo tiempo, tenía movimientos de delirio, postraciones en el primer sillón que encontraba a mano, adormecimientos y sobresaltos. Iba, venía, miraba al techo, examinaba las coronas, estudiaba vagamente los jeroglíficos del blasón, palpaba el terciopelo de la pared, movía las sillas, daba vuelta a los pergaminos, leía los nombres, deletreaba los títulos: Buxton, Homble, Gumdraith, Hunkerville, Clancharlie; comparaba las ceras de los sellos, tanteaba las borlas de seda de los sellos regios, se acercaba a la ventana, escuchaba el chorro de la fuente, examinaba las estatuas, contaba con una paciencia de sonámbulo las columnas de mármol y decía:

—Todo esto existe.

Tocaba su vestimenta de raso y se preguntaba:

—¿Este soy yo? Sí.



Se hallaba en plena tempestad interior.

En esa tormenta, ¿sentía su desfallecimiento y su fatiga? ¿Comía, dormía? Si lo hacía era sin saberlo. En ciertas situaciones violentas los instintos se satisfacen como pueden, sin que el pensamiento intervenga en ello. Por otra parte, su pensamiento era

un pensamiento menos que un humo. En el momento en que el resplandor negro de la erupción se desborda a través de su pozo lleno de torbellinos, ¿el cráter tiene conciencia de los rebaños que pacen la hierba al pie de su montaña?

Pasaron las horas.

Apareció la aurora y llegó el día. Un rayo blanco penetró en la sala y al mismo tiempo en la mente de Gwynplaine.

—¿Y Dea? —le preguntó la claridad.

Libro Sexto

Varios aspectos de Ursus

1
Lo que dice el misántropo

Después que Ursus vio a Gwynplaine hundirse bajo la puerta de la cárcel de Southwark, se quedó, huraño, en el rincón desde el que observaba. Siguió oyendo durante largo tiempo ese rechinar de cerraduras y cerrojos que parece el aullido de alegría de la prisión que devora a un miserable. Esperaba. ¿Qué? Espiaba. ¿A quién? Esas puertas inexorables, una vez cerradas, no vuelven a abrirse en seguida; están anquilosadas por su estancamiento en las tinieblas y sus movimientos son difíciles, sobre todo cuando se trata de poner en libertad. Entrar es fácil, pero salir es diferente. Ursus lo sabía. Pero esperar es algo que no se puede dejar de hacer voluntariamente; se espera a pesar de uno; los actos que realizamos desprenden una fuerza adquirida que persiste inclusive cuando ya no tiene objeto, que nos posee y nos retiene, que nos obliga durante algún tiempo a continuar haciendo lo que ya no tiene una finalidad. El acecho inútil es una postura inepta que todos hemos adoptado en ciertas ocasiones, una pérdida de tiempo en que incurre maquinalmente todo hombre atento a una cosa desaparecida. Nadie elude esas fijezas. Se obstina con una especie de ensañamiento distraído. No se sabe por qué se queda en el lugar donde se está, pero se queda. Lo que ha comenzado activamente se lo continúa pasivamente. Es una tenacidad agotadora de la que se sale abrumado. Ursus, diferente de los otros hombres, quedó, no obstante, clavado como cualquier otro en aquel lugar por ese arrobamiento mezclado con vigilancia en que nos sume un acontecimiento que puede hacer todo con nosotros y con el cual no podernos hacer nada. Contemplaba alternativamente las dos paredes negras, ora la baja, ora la alta, ora la puerta en la que había una escalera de horca, ora la puerta en la que había una cabeza de muerto; estaba como apresado en aquel tornillo compuesto por una prisión y un cementerio. Por esa calle evitada e impopular pasaban tan pocos transeúntes que nadie veía a Ursus.

Por fin salió del rincón que lo cobijaba, especie de garita casual donde hacía centinela, y se alejó a pasos lentos. El sol se ponía, tan larga había sido su vigilancia. De vez en cuando volvía la cabeza y miraba el espantoso postigo bajo por el que había entrado Gwynplaine. Tenía la mirada vidriosa y estúpida. Llegó al extremo de la calle, tomó otra y luego otra, siguiendo vagamente el itinerario por el que había pasado algunas horas antes. A intervalos se volvía, como si pudiera ver todavía la puerta de la prisión, aunque ya no estaba en la calle donde se hallaba la cárcel. Poco a poco se fue acercando al Tarrinzeau-field. Las callejuelas cercanas al ferial eran senderos desiertos entre cercas de jardines. Caminaba encorvado a lo largo de los setos y las cunetas. De pronto se detuvo, se irguió y gritó:

—¡Tanto mejor!

Al mismo tiempo se dio dos puñetazos en la cabeza y luego otros dos en los muslos, lo que indica al hombre que juzga las cosas como hay que juzgarlas.

Comenzó a murmurar entre dientes, elevando de cuando en cuando la voz:

«¡Lo tiene bien merecido! ¡Oh, el bribón, el bandido, el pillastre, el granuja, el sedicioso! Son sus palabras acerca del gobierno las que lo han llevado allí. Es un rebelde. Yo tenía en mi casa un rebelde. Me he librado de él. Tengo suerte. Nos comprometía. ¡Encerrado en el presidio! ¡Tanto mejor! Las leyes son excelentes. ¡Oh, el ingrato! ¡Yo que lo eduqué! ¡Tomaos la molestia de hacerlo! ¿Qué necesidad tenía de hablar y de razonar? ¡Se ha mezclado en asuntos de Estado! Me pregunto por qué. Manejando monedas de cobre ha dicho tonterías acerca del impuesto, de los pobres, del pueblo, de lo que no le importaba. ¡Se ha permitido hacer reflexiones sobre los peniques! ¡Ha comentado malvada y maliciosamente el cobre de la moneda del reino! ¡Insultó a las monedas de cobre de Su Majestad! ¡Un farthing es lo mismo que la Reina, pues tiene la efigie sagrada, pardiez, la efigie sagrada! ¿Se tiene una Reina, sí o no? Hay que respetar su cardenillo. Todo está a la misma altura en el gobierno. Hay que saber eso. Yo he vivido y conozco las cosas. Me dirán: ¿Pero renuncias a la política? Por la política, amigos míos, me preocupo tan poco como por la pelambre áspera de un asno. Un día me dio un bastonazo un baronet, y me dije: Con esto basta; comprendo la política. El pueblo no tiene más que una moneda de cobre, la da, la Reina la toma y el pueblo se lo agradece. Nada puede haber más sencillo. El resto corresponde a los lores, a sus señorías los lores espirituales y temporales. ¡Ah, Gwynplaine está bajo llave! ¡Está en las galeras! Es justo. Es equitativo, excelente, merecido y legítimo. La culpa es suya. Está prohibido charlar. ¿Acaso es un lord el imbécil? El *wapentake* lo ha detenido, el justiciero-quórum lo ha llevado y el *sheriff* lo retiene. ¡Cómo despluma los delitos esa gente hábil! ¡Encerrado mi bribón! ¡Tanto peor para él y tanto mejor para mí! Me siento, a fe mía, muy contento. Confieso sinceramente que tengo suerte. ¡Qué extravagancia cometí al recoger a ese pequeño y esa pequeña! ¡Estábamos tan tranquilos anteriormente Homo y yo! ¿Qué vinieron a hacer en mi barraca esos bribones? ¡Ya les incubé bastante cuando eran rapaces! ¡Ya los arrastré bastante en mi barraca! ¡Lindo salvamento! ¡El siniestramente feo y ella ciega de los dos ojos! ¡Privaos de todo por eso! ¡Ya he mamado bastante por ellos los pechos del hambre! ¡Han crecido, se han enamorado! Y ahora estábamos en coqueteos de enclenques, en el idilio del sapo y la topo. Yo tenía eso en mi intimidad. Todo debía terminar en la justicia. El sapo habló de política, está bien. Me he librado de eso. Cuando vino el *wapentake*, al principio fui un tonto que duda siempre de la dicha y creí que no veía lo que veía, que era imposible, que se trataba de una pesadilla, que era una broma que me hacía el sueño. Pero no, nada hay más real. Es plástico. Gwynplaine está merecidamente en la prisión. Es un golpe de la Providencia. Gracias, buena señora. ¡Es un monstruo el que, con el alboroto que hacía, atrajo la atención sobre mi establecimiento y ha denunciado a mi pobre lobo! Se fue el Gwynplaine y me he librado de los dos. ¡Dos pájaros de un tiro! Pues Dea

morirá. Cuando ya no vea a Gwynplaine — ¡pues lo ve la idiota! — no tendrá razón para seguir existiendo y se dirá: ¿Qué hago en este mundo? Y se irá ella también. ¡Buen viaje! ¡Al diablo los dos! He detestado siempre a esos seres. ¡Revienta, Dea! ¡Oh, qué contento estoy!

2
Lo que hace

Llegó a la posada Tadcaster.

Eran las seis y media, o la media pasadas las seis, como dicen los ingleses, un poco antes del crepúsculo.

Maese Nicless estaba en la puerta. Su cara consternada no había conseguido aflojarse desde la mañana y el azoramiento seguía coagulado en ella.

Apenas vio a Ursus a lo lejos le gritó:

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Va a volver Gwynplaine? El tiempo apremia. El público no tardará en llegar. ¿Tendremos esta noche la representación del Hombre que Ríe?

—El Hombre que Ríe soy yo —dijo Ursus.

Y miró al tabernero con una risa irónica ruidosa.

Luego subió directamente al primer piso, abrió la ventana inmediata a la muestra de la posada, se inclinó, alargó el puño, lo pasó sobre el cartel de Gwynplaine: «El Hombre que Ríe», y el anuncio de *Caos vencido*, desclavó el uno y arrancó el otro, se puso las dos tablas bajo el brazo y descendió.

Maese Nicless lo seguía con la mirada.

—¿Por qué descolgáis eso? —preguntó.

Ursus soltó una segunda carcajada.

—¿Por qué reís? —volvió a preguntar el posadero.

—Vuelvo a la vida privada.

Maese Nicless comprendió y ordenó a su ayudante, el muchacho Govincum, que anunciara a todos los que se presentaran que no habría representación esa noche. Quitó de la puerta el tonel-ventanilla donde se cobraban las entradas y lo arrinconó en un ángulo de la sala baja.

Un momento después Ursus subió a la Green-Box.

Dejó en un rincón los dos carteles y entró en el que llamaba «pabellón de las mujeres».

Dea dormía.

Estaba en su cama, completamente vestida y con el corpiño abierto, como en las siestas.

Cerca de ella, Vinos y Fibi, sentadas, una en un escabel y la otra en el suelo, meditaban.

A pesar de lo avanzado de la hora, no se habían vestido de diosas, señal de su desaliento profundo. Seguían empaquetadas en su camisolín de estameña y su vestido de tela gruesa.

Ursus contempló a Dea.

—Se ensaya para un sueño más largo —murmuró.

Luego apostrofó a Fibi y Vinos:

—Vosotras ya sabéis. Terminó la música. Podéis guardar vuestras trompetas en el armario. Habéis hecho bien en no vestiros de diosas. Así estáis muy feas, pero habéis hecho bien. Quedaos con vuestros refajos zarrapastrosos. No habrá representación esta noche. Ni mañana, ni pasado mañana, ni al día siguiente. Ya no tenemos a Gwynplaine.

Volvió a contemplar a Dea.

—¡Qué golpe voy a darle! Será como soplar una vela.

Hinchó los carrillos.

—¡Fue! Y luego nada.

Tuvo una risita seca y añadió:

—Sin Gwynplaine falta todo. Será como si yo perdiera a Homo. En realidad para ella será peor, pues se encontrará más sola que cualquiera otra. Los ciegos chapotean en más tristeza que nosotros.

Fue a la ventanilla del fondo.

—¡Cómo se alargan los días! Todavía se ve a las siete. Sin embargo, encendamos el sebo.

Sacó fuego del pedernal y encendió la linterna del techo de la Green-Box.

Se inclinó sobre Dea y dijo:

—Se va a resfriar. Mujeres, le habéis abierto demasiado el corpiño. Hay un proverbio francés que dice: «*Au mois d'avril n'allège d'un fil*[101]».

Vio que brillaba en el suelo un alfiler, lo recogió y lo clavó en la manga. Luego comenzó a dar vueltas de un lado a otro de la Green-Box, gesticulando.

—Estoy en plena posesión de mis facultades. Estoy lúcido, archilúcido. Este acontecimiento me parece muy correcto y apruebo lo que sucede. Cuando ella despierte le explicaré claramente lo ocurrido. La catástrofe no se hará esperar. No estando Gwynplaine, adiós Dea. ¡Qué bien arreglado está todo esto! Gwynplaine en la prisión y Dea en el cementerio. Van a encontrarse frente a frente. Danza macabra. Dos destinos que entran entre bastidores. Guardemos el vestuario, cerremos la valija. La valija es el féretro. Estaban malogradas esas dos criaturas, Dea sin ojos y Gwynplaine sin rostro. Allí arriba el buen Dios devolverá la claridad a Dea y la belleza a Gwynplaine. La muerte es una puesta en orden. Todo está bien. Fibi, Vinos: colgad vuestros tamboriles de los clavos. Vuestro talento para alborotar se va a enmohecer, queridas. Ya no se representará ni se trompeteará. *Caos vencido* está vencido. El Hombre que Ríe está chamuscado. Taratantara ha muerto… Esta Dea sigue durmiendo. Hace muy bien. En su lugar, yo no me despertaría. ¡Va, pronto volverá a dormirse! Una avecilla como esa muere en seguida.

Esas son las consecuencias de ocuparse de la política. ¡Qué lección! ¡Cuánta razón tienen los gobiernos! Gwynplaine va al *sheriff* y Dea al sepulturero. Hay en ello

paralelismo, una simetría instructiva. Espero que el tabernero haya atrancado la puerta. Esta noche vamos a morir en familia. No yo, ni Homo, sino Dea. Yo seguiré haciendo rodar el coche. Pertenezco a los meandros de la vida vagabunda. Despediré a las dos mujeres. No conservaré a una sola. Tengo tendencia a ser un viejo libertino. Una sirvienta en casa de un libertino es echar leña al fuego. No quiero tentaciones, no son propias de mi edad. *Turpe senilis amor*. Seguiré mi camino yo solo con Homo. ¡Es Homo el que va a sorprenderse! ¿Dónde está Gwynplaine? ¿Dónde está Dea? Viejo compañero mío, henos otra vez juntos. ¡Cáspita, eso me encanta! ¡Ya me tenían harto sus bucólicas! ¡Oh, ese bribón de Gwynplaine que no vuelve! Nos deja plantados. Está bien, ahora le toca a Dea. Eso no será largo. Me agrada que terminen las cosas. No daría un papirotazo en la punta de la nariz del diablo para impedir que reviente. ¡Revienta, oyes!… ¡Ah!, ella se despierta.

Dea abrió los ojos, pues muchos ciegos los cierran para dormir. Su bello rostro ignorante tenía toda su irradiación.

—Ella sonríe —murmuró Ursus— y yo río. Eso va bien.

Dea llamó:

—¡Fibi! ¡Vinos! Debe ser la hora de la representación. Creo haber dormido mucho tiempo. Venid a vestirme.

Ni Fibi ni Vinos se movieron.

Entretanto, la inefable mirada de ciega que tenía Dea se había encontrado con los ojos de Ursus, quien se estremeció.

—¡Y bien! —gritó—. ¿Qué hacéis? Vinos, Fibi, ¿no oís a vuestra ama? ¿Acaso sois sordas? ¡Pronto! La representación va a comenzar.

Las dos mujeres miraron a Ursus, estupefactas.

Ursus vociferó:

—¿No veis al público que entra? Fibi, viste a Dea. Vinos, toca el tambor.

Fibi era la obediencia, y Vinos la pasividad. Las dos personificaban la sumisión. Su amo Ursus había sido siempre para ellas un enigma. No ser nunca comprendido es una razón para ser siempre obedecido. Pensaron sencillamente que se había vuelto loco y ejecutaron la orden. Fibi descolgó el vestido de Dea y Vinos el tambor.

Fibi comenzó a vestir a Dea. Ursus bajó la cortina del gineceo y desde detrás de ella continuó:

—¡Mira, Gwynplaine! El patio está ya más que a medias lleno con la multitud. Se atropellan en las puertas. ¡Qué gentío! ¿Qué dices de Fibi y Vinos, que no parecen darse cuenta de ello? ¡Qué estúpidas son esas gitanas! ¡Qué tontos son en Egipto! No levantes la cortina. Sé púdico, Dea se viste.

Hizo una pausa, y de pronto se oyó esta exclamación:

—¡Qué bella es Dea!

Era la voz de Gwynplaine. Fibi y Vinos se estremecieron y volvieron la cabeza. Era la voz de Gwynplaine, pero en la boca de Ursus.

Ursus, con una seña por la rendija de la cortina, les prohibió que se asombraran.

Exclamó con la voz de Gwynplaine:

—¡Ángel!

Luego dijo con su propia voz:

—¡Dea un ángel! Estás loco, Gwynplaine. El único mamífero que vuela es el murciélago — y añadió —, Gwynplaine, ve a soltar a Homo. Eso será más razonable.

Y bajó por la escalera trasera de la Green-Box, a la manera ligera de Gwynplaine, haciendo un ruido imitativo que Dea pudo oír.

Vio en el patio al muchacho Govicum, al que toda aquella aventura tenía ocioso y curioso.

—Tiende tus dos manos —le dijo en voz baja.

Y le vertió en ellas un puñado de monedas.

A Govicum le enterneció esa munificencia.

Ursus le cuchicheó al oído:

—Instálate en el patio, salta, baila, golpea, grita, berrea, silba, arrulla, relincha, aplaude, patalea, ríete a carcajadas, rompe algo.

Maese Nicless, humillado y despechado al ver que la gente que había ido para ver al Hombre que Ríe se volvía y afluía hacia las otras barracas del ferial, había cerrado la puerta de la posada e inclusive renunciado a servir bebidas esa noche, para evitar preguntas enojosas; y en la ociosidad de la representación fracasada, con una vela en la mano, contemplaba el patio desde el balcón. Ursus, con la precaución de poner su voz entre los paréntesis de las palmas de sus manos, aplicadas a su boca, le gritó:

—Caballero, haced como vuestro sirviente: chillad, ladrad, aullad.

Volvió a la Green-Box y le dijo al lobo:

—Habla todo lo que puedas.

Y elevando la voz añadió:

—Hay demasiada gente. Creo que vamos a tener una representación agitada.

Entretanto Vinos tocaba el tambor.

Ursus continuó:

—Dea está vestida. Podemos comenzar. Lamento que hayan dejado entrar a tanto público. ¡Qué amontonados están! Ya vez, Gwynplaine, hay una turba desenfrenada. Apuesto que tendremos hoy nuestros mayores ingresos. ¡Vamos, bribonas, tocad las dos! Ven aquí, Fibi, toma tu trompeta. Vinos, aporrea tu tambor. Dale una tunda. Fibi, adopta la acritud de la Fama. Señoritas, no os veo lo bastante desnudas. Quitaos las chaquetas. Reemplazad la tela con la gasa. Al público le agradan las formas de la mujer. Dejemos que griten los moralistas. ¡Un poco de indecencia, voto a bríos! Seamos voluptuosos. ¡Y lanzaos a melodías violentas! ¡Retumbad, trompetead, tamborilead! ¡Cuánta gente, mi pobre Gwynplaine!

Se interrumpió. Y luego añadió:

—Gwynplaine, ayúdame. Bajemos el panel —sacó el pañuelo —, pero antes déjame mugir en mi andrajo.

Se sonó enérgicamente, lo que debe hacer siempre un ventrílocuo.

Cuando volvió a guardar el pañuelo en el bolsillo, retiró los pasadores del juego de poleas, las que rechinaron como siempre. El panel descendió.

—Gwynplaine, es inútil que corramos el telón. Mantengámoslo hasta que comience la representación. No estaríamos en nuestra casa. Vosotras venid al proscenio. ¡Música, señoritas! ¡Pum, pum, pum! El público está bien compuesto. Es la hez del populacho. ¡Cuánta gente, Dios mío!

Las dos gitanas, embrutecidas de obediencia, se instalaron con sus instrumentos en su lugar habitual en los dos ángulos del panel bajado.

Entonces Ursus se hizo extraordinario. Ya no era un hombre, sino una multitud. Obligado a llenar el vacío, llamó en su ayuda una ventriloquia prodigiosa. Toda la orquesta de voces humanas y animales que había en él comenzó a sonar al mismo tiempo. Se hizo legión. Alguien que hubiera cerrado los ojos habría creído estar en una plaza pública un día de fiesta o de motín. El torbellino de tartamudeos y clamores que salía de él cantaba, murmuraba, hablaba, tosía, escupía, estornudaba, tomaba rapé, dialogaba, hacía preguntas y respuestas, todo al mismo tiempo. Las sílabas esbozadas se enchufaban las unas en las otras. En aquel patio donde no había nadie se oía a hombres, mujeres y niños. Era la clara confusión de la batahola. A través de ese estrépito serpenteaban, como en una humareda, cacofonías extrañas, cloqueos de gallinas, maullidos de gatos, vagidos de niños de pecho. Se percibía la ronquera de los borrachos. Se oía el gruñido de los perros a los pies de la gente. Las voces venían de lejos y de cerca, de arriba y de abajo, del primer plano y del último. El conjunto era un rumor, el detalle era un grito. Ursus golpeaba con el puño, pataleaba, lanzaba su voz al fondo del patio y luego la hacía venir de debajo de la tierra. Era tumultuoso y familiar. Pasaba del murmullo al ruido, del ruido al tumulto y del tumulto al huracán. Era él y todos. El suyo era un soliloquio políglota. Así como se engaña a la vista se engaña al oído. Lo que Proteo hacía para la mirada hacía Ursus para el oído. Nada hay tan maravilloso como la imitación de la multitud. De vez en cuando apartaba la cortina del gineceo y miraba a Dea. Dea escuchaba.

Por su parte, en el patio, el muchacho alborotaba.

Vinos y Fibi echaban el bofe concienzudamente con las trompetas y bregaban con los tambores. Maese Nicless, espectador único, se daba, como ellas, la explicación tranquila de que Ursus estaba loco, lo que, por lo demás, no era sino un detalle grisáceo añadido a su melancolía. El buen posadero murmuraba: «¡Qué desorden!». Y estaba serio como quien recuerda que existen las leyes.

Govicum, encantado con ser útil al desorden, se agitaba casi tanto como Ursus. Eso le divertía, y, además, ganaba sus monedas.

Homo estaba pensativo.

Con su estruendo, Ursus mezclaba palabras:

—Es lo de siempre, Gwynplaine, hay una confabulación. Nuestros rivales zapan nuestro buen éxito. La gritería es el condimento del triunfo. Además, hay demasiada gente. Están muy incómodos. Los codazos del vecino no disponen para la benevolencia. ¡Con tal que no rompan las banquetas! Vamos a ser víctimas de un populacho insensato. ¡Ah, si estuviera aquí nuestro amigo Tom-Jim-Jack! Pero no ha venido. Mira todas esas cabezas, unas sobre otras. Los que están de pie no parecen contentos, aunque estar en pie sea, según Galeno, un movimiento al que ese gran hombre llama «el movimiento tónico». Abreviaremos el espectáculo. Como sólo se anuncia *Caos vencido*, no representaremos *Ursus rursus*. Ganaremos eso. ¡Qué jaleo!

¡Oh, turbulencia ciega de las masas! Nos harán algunos destrozos. Sin embargo, eso no puede seguir así. No podremos actuar. No se oiría una palabra de la obra. Voy a hablarles. Gwynplaine, retira un poco la cortina. Ciudadanos…

Y Ursus se gritó a sí mismo con voz febril y aguda:

—¡Abajo el viejo!

Y continuó, con su voz propia:

—Creo que la gente me insulta. Cicerón tenía razón: *plebs, fex urbis*[102]. No importa, amonestemos a la plebe. Me costara mucho hacerme oír. Hablaré, no obstante. Hombre, cumple tu deber. Gwynplaine, mira esa tarasca que chilla allá abajo.

Ursus hizo una pausa y colocó en ella un rechinamiento. Homo, provocado, añadió un segundo y Govicum un tercero.

Ursus prosiguió:

—Las mujeres son peores que los hombres. El momento es poco propicio. No importa, probemos el poder de un discurso. Siempre es la hora de mostrarse diserto. Escucha, Gwynplaine, este exordio insinuante… Ciudadanas y ciudadanos: soy yo el oso. Me quito la cabeza para hablaros. Reclamo humildemente el silencio.

Ursus prestó a la multitud este grito:

—¡Grumphll!

Y continuó:

—Venero a mi auditorio. Grumphll es un epifonema como cualquier otro. ¡Salud, población bulliciosa! No me cabe duda alguna de que todos pertenecéis a la chusma. Eso no quita nada a mi estimación por vosotros, que es una estimación reflexiva. Siento el respeto más profundo por los señores vocingleros que me honran con su presencia. Hay entre vosotros seres deformes, lo que no me ofende. Los señores rengos y los señores gibosos forman parte de la naturaleza. El camello es giboso, el bisonte tiene inflado el lomo, el tejón tiene las patas más cortas a la izquierda que a la derecha; Aristóteles hace constar ese hecho en su tratado sobre la manera de andar de los animales. Aquellos de vosotros que tienen dos camisas, tienen una puesta y la otra en casa del usurero. Sé que eso se hace. Albuquerque empeñó su bigote y San Dionisio su aureola. Los judíos prestaban inclusive a cuenta de la aureola. Son grandes ejemplos. Tener deudas es tener algo. Venero en vosotros a los indigentes.

Ursus se interrumpió con esta exclamación con voz de bajo profundo:

—¡Triple jumento!

Y replicó con su acento más cortés:

—Estoy de acuerdo. Soy un sabio, y me disculpo por ello como puedo. Desprecio científicamente la ciencia. La ignorancia es una realidad con la que se alimenta; la ciencia es una realidad con la que se ayuna. En general se está obligado a optar: ser un sabio y adelgazar o pacer y ser un asno. ¡Oh, ciudadanos, paced! La ciencia no vale un bocado de algo bueno. Yo prefiero comer solomillo a saber que eso se llama músculo psoas. Yo sólo tengo un mérito. Es la sequedad de los ojos. Aquí donde me

veis, nunca he llorado. Tengo que añadir que nunca me he sentido contento. Jamás me he sentido satisfecho, ni siquiera de mí. Me desdeño. Pero someto esto a los miembros de la oposición aquí presentes: si Ursus no es más que un sabio, Gwynplaine es un artista.

Relinchó de nuevo:

—¡Grumphll!

Y continuó:

—¡Otra vez Grumphll! Es una objeción. No obstante, paso de largo. Y Gwynplaine, señoras y señores, tiene cerca de él a otro artista, que es este personaje distinguido y velludo que nos acompaña, el señor Homo, antes perro salvaje y ahora lobo civilizado y súbdito fiel de Su Majestad. Homo es un mimo de un talento consumado y superior. Estad atentos y concentrados. En seguida vais a ver actuar a Homo, así como a Gwynplaine, y hay que honrar al arte. Eso sienta bien a las grandes naciones. ¿Sois hombres de la selva? De acuerdo, en ese caso, *sylvae sint consule dignae*[103]. Dos artistas bien valen un cónsul. Bueno, me han arrojado un tronco de repollo. Pero no me han tocado. Eso no me impedirá hablar. Al contrario. El peligro esquivado es charlatán. *Garrula pericula*, dijo Juvenal. Pueblo, hay entre vosotros borrachos, y también borrachas. Está muy bien. Los hombres son hediondos y las mujeres horribles. Tenéis excelentes razones de todas clases para amontonaros aquí, en esos bancos de taberna: la desocupación, la pereza, el intervalo entre dos robos, la cerveza, la malta, el coñac, la ginebra y la atracción de un sexo por el otro. ¡Qué maravilla! Un hombre propenso a la broma tendría aquí un buen campo de acción. Pero yo me abstengo. La lujuria está bien, pero la orgía debe guardar buenos modales. Estáis alegres, pero hacéis mucho ruido. Imitáis con distinción los gritos de los animales. ¿Pero qué diríais si cuando habláis de amor con una dama en una zahúrda yo pasara el tiempo ladrando junto a vosotros? Eso os molestaría. Pues bien, también nos molesta a nosotros. Os autorizo a callaros. El arte es tan respetable como el libertinaje. Os hablo en un lenguaje sincero.

Se apostrofó a sí mismo:

—¡Que la fiebre te estrangule con tus cejas en forma de espiga de centeno!

Y se replicó:

—Honorables señores, dejemos en paz a las espigas de centeno. Es una impiedad hacer violencia a los vegetales para encontrarles un parecido humano o animal. Además, la fiebre no estrangula. Es una falsa metáfora. ¡Silencio, por favor! Perdonad que os lo diga, pero carecéis un poco de esa majestuosidad que caracteriza al verdadero gentilhombre inglés. Observo que entre vosotros, los que tienen zapatos a través de los cuales pasan los dedos de los pies se aprovechan de ello para poner esos pies en los hombros de los espectadores que están delante de ellos, lo que expone a las damas a hacer la observación de que las suelas se rompen siempre en el punto donde está la cabeza de los huesos metatarsianos. Mostrad un poco menos vuestros pies y un poco más vuestras manos. Veo desde aquí bribones que meten sus

zarpas ingeniosas en los bolsillos de sus vecinos imbéciles. ¡Queridos rateros, pudor! Dad puñetazos al prójimo si lo deseáis, pero no lo desvalijéis. Molestaréis menos a la gente poniéndole un ojo en compota que birlándole un sueldo. Aplastadle la nariz, está bien. El burgués aprecia su dinero más que su belleza. Por lo demás, contáis con mi simpatía. No tengo la pedantería de censurar a los rateros. El mal existe. Cada uno lo soporta y cada uno lo hace. Nadie está exento de la plaga de sus pecados. Yo no hablo más que de ese. ¿No tenemos todos nuestras comezones? Dios se rasca en el lugar del diablo. Yo mismo he cometido delitos. *Plaudite, cives*.

Ursus lanzó un largo gemido que dominó con estas palabras finales:

—Milores y señores: veo que mi discurso ha tenido la dicha de desagradaros. Me despido de vuestra silbatina por un momento. Ahora voy a ponerme otra vez mi cabeza y la representación va a comenzar.

Abandonó el acento oratorio por el tono íntimo.

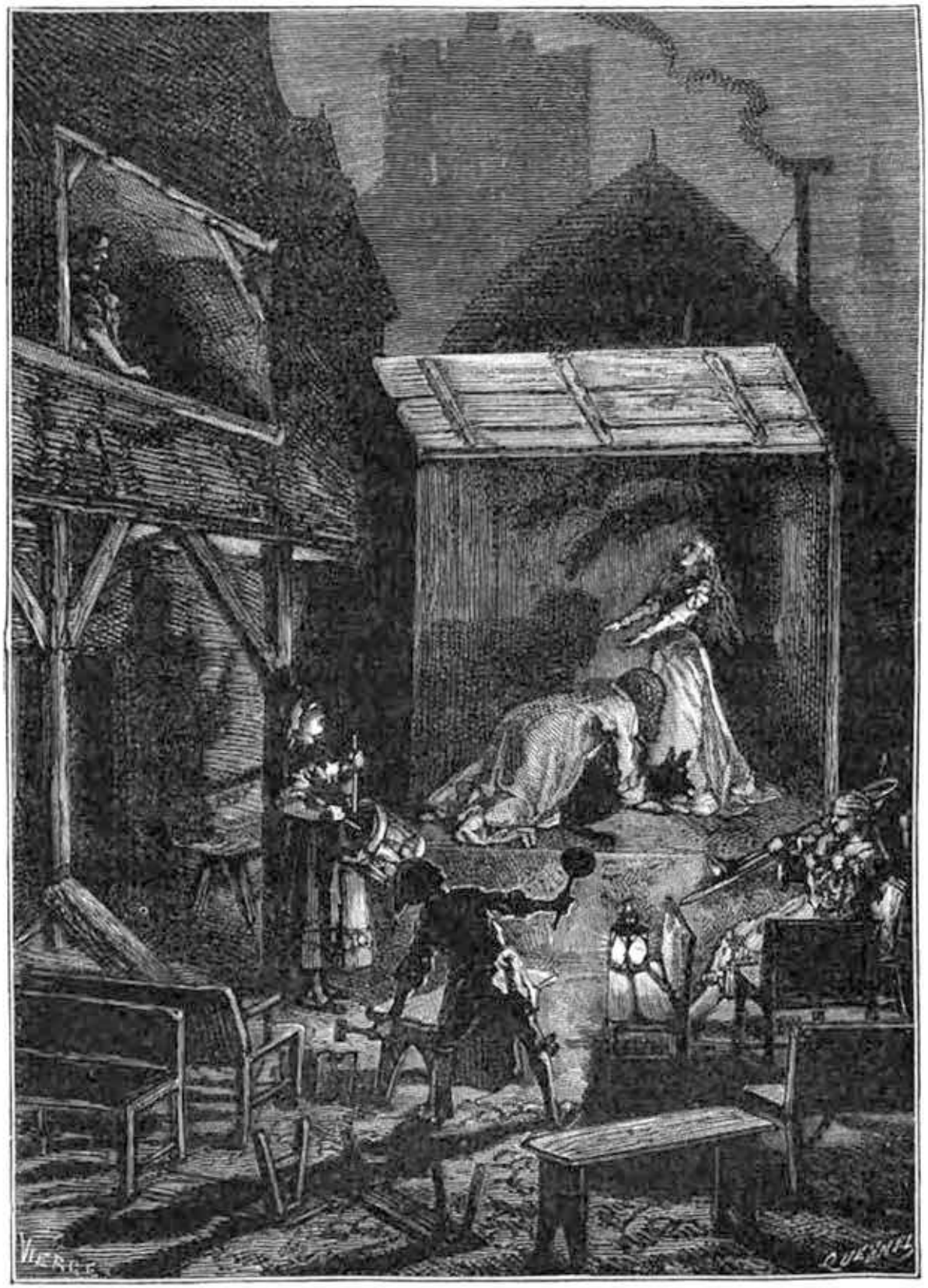
—Corramos el telón. Respiremos. He estado meloso. He hablado bien. Los he llamado milores y señores. Ha sido un lenguaje suave, pero inútil. ¿Qué dices de toda esa crápula, Gwynplaine? ¡Cómo se da uno cuenta de los males que Inglaterra ha padecido desde hace cuarenta años a causa del comportamiento de esos hombres desabridos y maliciosos! Los ingleses antiguos eran belicosos; éstos son melancólicos y visionarios y se vanaglorian de despreciar las leyes y de desconocer la autoridad regia. Yo he hecho todo lo que puede hacer la elocuencia humana. Les he prodigado metonimias graciosas como la mejilla en flor de un adolescente. ¿Se han apaciguado? Lo dudo. ¿Qué se puede esperar de un pueblo que come tan extraordinariamente y que se atiborra de tabaco hasta el extremo de que en este país los literatos mismos escriben con frecuencia sus obras con una pipa en la boca? No importa, representemos la pieza.

Se oyó que se deslizaban por la varilla los anillos de la cortina. El tamborileo de las gitanas cesó. Ursus descolgó su chifonía, ejecutó su preludio y dijo a media voz: «¡Eh, Gwynplaine, qué misterioso es esto!» y se enfrentó con el lobo.

Pero al mismo tiempo que la chifonía descolgó una peluca muy rizada que tenía y la arrojó al suelo al alcance de su mano.

La representación de *Caos vencido* se realizó como de costumbre, menos los efectos de luz y las magias de iluminación. El lobo actuaba de buena fe. En el momento señalado apareció Dea y con su voz temblorosa y divina evocó a Gwynplaine. Tendió el brazo buscando su cabeza.

Ursus se abalanzó sobre la peluca, la despeluzó, se la puso y avanzó silenciosamente conteniendo el aliento hasta poner la cabeza bajo la mano de Dea.



Luego, apelando a todo su arte e imitando la voz de Gwynplaine, cantó con un amor inefable la respuesta del monstruo al llamamiento del espíritu.

La imitación fue tan perfecta que también esta vez las dos gitanas buscaron con la vista a Gwynplaine, asustadas al oírlo sin verlo.

Govicum, admirado, pateó, aplaudió, produjo una batahola olímpica y rio él solo como toda una hueste de dioses. Digamos que ese muchacho mostró un raro talento de espectador.

Fibi y Vinos, autómatas cuyos resortes manejaba Ursus, hicieron el estrépito habitual de instrumentos, mezclando el cobre con la piel de asno, que indicaba el final de la representación y acompañaba la salida del público.

Ursus se levantó sudoroso y le dijo en voz baja a Homo:

—Comprenderás que se trataba de ganar tiempo. Creo que lo hemos conseguido. Yo no me las he arreglado mal, a pesar de que tenía derecho a sentirme bastante angustiado. Gwynplaine todavía puede volver de aquí a mañana. Era inútil matar inmediatamente a Dea. A ti te explico la cosa.

Se quitó la peluca y se secó la frente.

—Soy un ventrílocuo genial —murmuró—. ¡Qué talento tengo! He igualado a Brabant, el ventrílocuo del rey de Francia Francisco I. Dea está convencida de que Gwynplaine se halla aquí.

—Ursus —preguntó Dea—, ¿dónde está Gwynplaine?

Ursus se volvió, sobresaltado.

Dea se había quedado en el fondo del escenario, en pie bajo la linterna del techo. Estaba pálida, con una palidez de sombra.

Añadió con una inefable sonrisa desesperada:

—Lo sé. Nos ha abandonado. Se ha ido. Yo sabía muy bien que tenía alas.

Y levantando hacia el infinito sus ojos sin vista, agregó:

—¿Cuándo me toca a mí?

3
Complicaciones

Ursus quedó turbado. No la había engañado.

¿Tenía la culpa su ventriloquia? No, ciertamente. Había conseguido engañar a Fibi y Vinos, que tenían ojos, y no a Dea, que era ciega. Es que solamente los ojos de Fibi y Vinos eran lúcidos, en tanto que en Dea era el corazón el que veía.

No pudo responder una palabra. Y pensó para sí mismo: *Bos in lingua*. El hombre turbado tiene un buey en la lengua.

En las emociones complejas, la humillación es el primer sentimiento que se abre paso. Ursus pensó: «He malgastado mis onomatopeyas».

Y como todo soñador puesto frente a la realidad, se injurió:

«¡Fracaso completo! He agotado a pura pérdida la armonía imitativa. ¿Pero qué va a ser de nosotros ahora?».

Miró a Dea. Ella callaba, cada vez más pálida, sin hacer un movimiento. Sus ojos estaban fijos en las profundidades.

Un incidente se produjo oportunamente.

Ursus vio en el patio a maese Nicless, quien, con la vela en la mano, le hacía señas.

Maese Nicless no había asistido a la especie de comedia fantasma representada por Ursus. Eso se debía a que habían llamado a la puerta de la posada, y Nicless fue a abrir. Llamaron dos veces, lo que produjo dos eclipses de maese Nicless. Ursus, absorto en su monólogo de cien voces, no se dio cuenta de ello.

Al ver el llamamiento mudo del posadero, descendió y se acercó a él.

Ursus puso un dedo en su boca. Maese Nicless puso un dedo en la suya. Y ambos se miraron así.

Cada uno de ellos parecía decir al otro: «Conversemos, pero callemos».

El tabernero, silenciosamente, abrió la puerta de la sala baja de la posada. Entró y lo siguió Ursus. Estaban los dos solos. El escaparate que daba a la calle, la puerta y las ventanas estaban cerrados.

El posadero empujó tras sí la puerta del patio, que se cerró contra la nariz del curioso Govicum.

Maese Nicless puso la vela en una mesa.

Comenzó el diálogo, a media voz, como un cuchicheo.

—Maese Ursus…

—¿Maese Nicless?

—Al fin he comprendido.

—¡Bah!

—Habéis querido hacer creer a la pobre ciega que todo estaba aquí como de costumbre.

—Ninguna ley prohíbe ser ventrílocuo.

—Tenéis talento.

—No.

—Es prodigioso hasta qué punto hacéis lo que queréis hacer.

—Os digo que no.

—Ahora tengo algo que deciros.

—¿Se refiere a la política?

—Yo no sé nada de eso.

—Es que no os escucharía.

—Es esto: mientras hacíais la pieza y el público vos solo llamaron a la puerta de la taberna.

—¿Llamaron a la puerta?

—Sí.

—No me gusta eso.

—A mí tampoco.

—¿Y luego?

—Luego abrí.

—¿Quién llamaba?

—Alguien que me habló.

—¿Que dijo?

—Le escuché.

—¿Qué respondisteis?

—Nada. Volví a veros representar.

—¿Y?

—Llamaron por segunda vez.

—¿Quién? ¿El mismo?

—No. Otro.

—¿Alguien que os habló también?

—Alguien que no me dijo nada.

—Lo prefiero.

—Yo no.

—Explicaos, maese Nicless.

—Adivinad quién habló la primera vez.

—No tengo tiempo para ser Edipo.

—Era el dueño del circo.

—¿De al lado?

—De al lado.

—¿Donde hacen toda esa música rabiosa?

—Rabiosa.

—¿Y bien?

—Pues bien, maese Ursus, os hacen proposiciones.

—¿Proposiciones?

—Proposiciones.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Tenéis sobre mí una ventaja, maese Nicless; es que vos, hace un momento, comprendisteis mi enigma, y yo, ahora, no comprendo el vuestro.

—El dueño del circo me encargó que os diga que esta mañana vio pasar la comitiva policial y que él, el dueño del circo, deseando probaros que es amigo vuestro, os propone comprar, por cincuenta libras esterlinas pagadas al contado, vuestro coche, la Green-Box, vuestros dos caballos, vuestras trompetas con las mujeres que las tocan, vuestra pieza con la ciega que canta en ella, vuestro lobo y a vos mismo.

Ursus esbozó una sonrisa altiva.

—Dueño de la posada Tadcaster, diréis al dueño del circo que Gwynplaine va a volver.

El tabernero tomó de una silla algo que estaba en la oscuridad y se volvió hacia Ursus con los dos brazos levantados, dejando colgar de una de las manos una capa y de la otra una esclavina de cuero, un sombrero de fieltro y unas calzas.

Y maese Nicless dijo:

—El hombre que llamó la segunda vez, y que era un policía, y que entró y salió sin pronunciar una palabra, trajo esto.

Ursus reconoció la esclavina, las calzas, el sombrero y la capa de Gwynplaine.

4
Moenibus surdis campana muta[104]

Ursus palpó el fieltro del sombrero, el paño de la capa, la sarga de las calzas y el cuero de la esclavina y no pudo dudar de esa ropa. Con un gesto breve e imperativo, sin decir una palabra, señaló a maese Nicless la puerta de la posada.

Maese Nicless la abrió.

Ursus se precipitó fuera de la taberna.

Maese Nicless lo siguió con la mirada y vio que Ursus corría, todo lo que le permitían sus viejas piernas, en la dirección que había tomado por la mañana el *wapentake* al llevarse a Gwynplaine. Un cuarto de hora después Ursus, sin aliento, llegaba a la callejuela donde estaba la puerta trasera de la pequeña cárcel de Southwark y en la que había pasado ya tantas horas de observación.

Esa callejuela no necesitaba que fuera la medianoche para estar desierta. Pero si era triste de día, era inquietante de noche. Nadie se aventuraba por ella después de

cierta hora. Parecía que se temiese que las dos paredes se uniesen y que si la cárcel y el cementerio tuviesen el capricho de besarse le aplastaran a uno en ese beso. Efectos nocturnos. Los sauces podados del callejón Vauvert en París tenían también mala fama. Se pretendía que por la noche esos muñones de árboles se convertían en gruesas manos y asían a los transeúntes.

Por instinto, los habitantes de Southwark evitaban, como dijimos, esa calle entre la prisión y el cementerio. En otro tiempo la cerraban por la noche con una cadena de hierro, lo que era inútil, pues la mejor cadena para cerrar esa calle era el temor que causaba.

Ursus entró en ella resueltamente.

¿Qué idea lo llevaba? Ninguna.

Iba a aquella calle en busca de informaciones. ¿Llamaría a la puerta de la prisión? No, ciertamente. Ese recurso espantoso e inútil no germinaba en su cerebro. ¿Trataría de introducirse allí para pedir que le informasen? ¡Qué locura! Las prisiones no se abren para quien quiere entrar más que para quien quiere salir. Sus goznes sólo giran por orden de la ley. Ursus lo sabía. ¿Qué iba a hacer, pues, en aquella calle? Iba a ver. ¿A ver qué? Nada. No se sabe. Lo posible. Hallarse frente a la puerta por la que Gwynplaine había desaparecido era ya algo. A veces la pared más negra y arisca habla y de entre las piedras sale un resplandor. Una vaga trasudación de claridad se desprende a veces de un hacinamiento cerrado y sombrío. Examinar la envoltura de un hecho es estar útilmente en acecho. Todos poseemos el instinto de no dejar, entre el hecho que nos interesa y nosotros, sino el menor espesor posible. Por eso había vuelto Ursus a la callejuela donde estaba la entrada trasera de la cárcel.

En el momento en que se introdujo en la calle oyó un toque de campana y luego otro.

«¿Cómo —pensó—, será ya la medianoche?».

Maquinalmente se puso a contar:

—Tres, cuatro, cinco… ¡Cómo se espacian los toques de esa campana! ¡Qué lentitud!… Seis, siete.

Y se hizo esta observación:

—¡Qué sonido lamentable!… Ocho, nueve… ¡Oh, nada más sencillo! Estar en una prisión entristece a un reloj… Diez… Además, ahí está el cementerio. Esa campana da la hora a los vivos y la eternidad a los muertos… Once… ¡Ay, dar la hora a quien no está en libertad es también tocar para la eternidad!… Doce.

Se detuvo.

—Sí, es la medianoche.

La campana sonó por decimotercera vez.

Ursus se estremeció.

—¡Trece!

Hubo un decimocuarto toque, y luego un decimoquinto.

—¿Qué quiere decir eso?

Los toques continuaron a largos intervalos. Ursus escuchaba.

—No es una campana de reloj. Es la *campana muta*. Por eso yo decía: ¡Cuánto tiempo tarda en tocar las doce! Esa campana no suena, repica. ¿Qué siniestro sucede?

Antaño toda prisión, como todo monasterio, tenía su campana llamada muda, reservada para las ocasiones tétricas. La «muda» era una campana que repicaba en tono muy bajo y parecía hacer todo lo posible para que no la oyeran.

Ursus había llegado al rincón cómodo para el acecho, desde el que durante gran parte del día había podido espiar la prisión.

Los tañidos seguían, a una distancia lúgubre el uno del otro.

Un toque de campanas por los difuntos pone una desagradable puntuación en el espacio. Marca en las preocupaciones de todos puntos y apartes fúnebres. Ese toque de campanas se parece a los estertores de un ser humano. Anuncia la agonía. Si en las casas de los alrededores de esa campana que repica hay ensueños vagos y a la espera, ese tañido los corta en trozos rígidos. El sueño indeciso es una especie de refugio; no se sabe qué difuso en la angustia permite que surja alguna esperanza, pero ese tañido desolador precisa. Suprime esa difusión, y en la turbación en que la inquietud trata de permanecer en suspenso produce precipitados. Un toque de campanas por los difuntos habla a cada uno en el sentido de su aflicción o de su espanto. Un repique trágico os afecta, porque es una advertencia. Nada tan lúgubre como un monólogo sobre el cual cae esa cadencia. Los sonidos a intervalos iguales indican una intención. ¿Qué forja ese martillo, la campana, en ese yunque, el pensamiento?

Ursus, confusamente, contaba, aunque ello no tenía finalidad alguna, los tañidos de la campana. Sentía que se deslizaba y se esforzaba para no hacer conjeturas. Las conjeturas con un plano inclinado por el que se resbala inútilmente para ir a parar demasiado lejos. Sin embargo, ¿qué significaba el repiqueteo de aquella campana?

Miraba en la oscuridad el lugar donde sabía que estaba la puerta de la prisión.

De pronto, en ese lugar mismo, que era una especie de agujero negro, se produjo un enrojecimiento. Ese enrojecimiento se agrandó y se convirtió en claridad.

Esa claridad nada tenía de vaga. Adquirió inmediatamente una forma y ángulos. La puerta de la cárcel había girado sobre sus goznes y el enrojecimiento dibujaba el dintel y las jambas.

Era una rendija más bien que una abertura. Una prisión no se abre, bosteza, tal vez de aburrimiento.

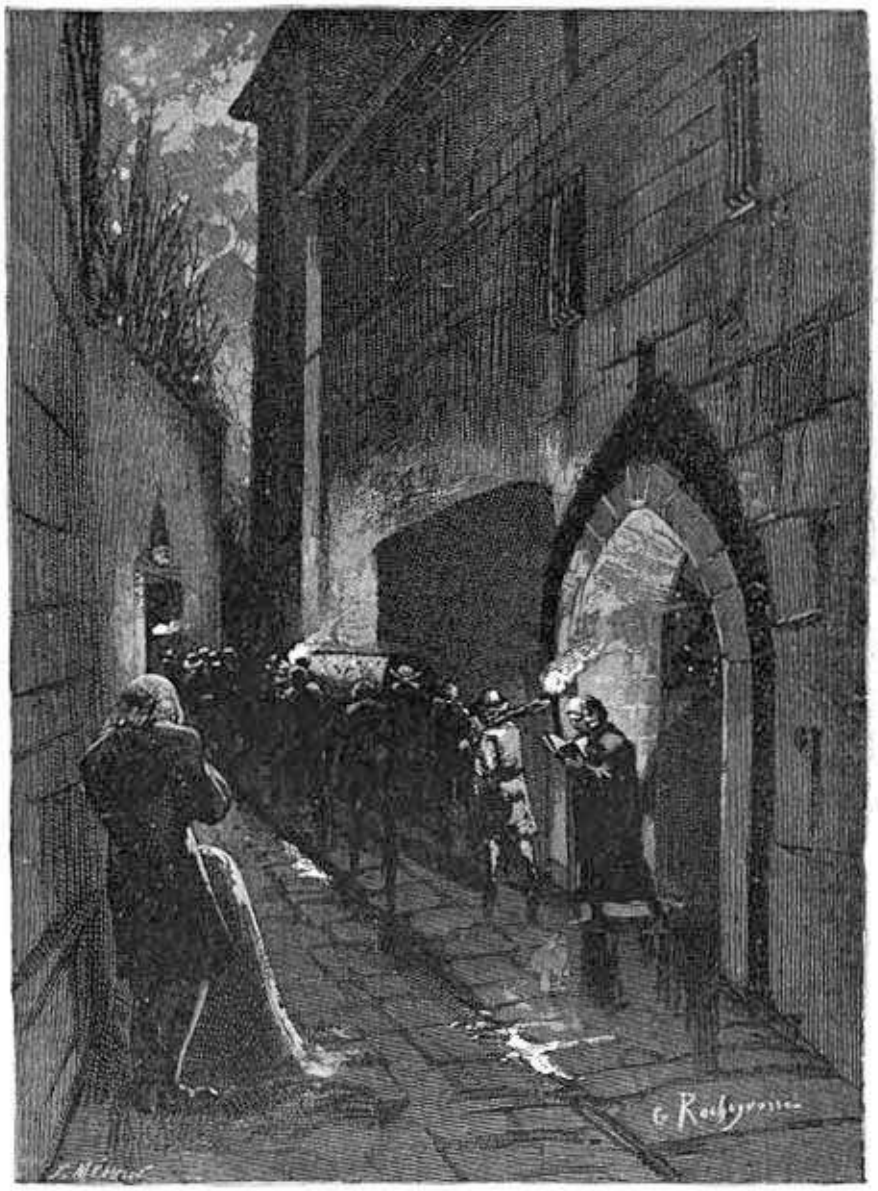
La puerta dio paso a un hombre que llevaba una antorcha en la mano.

La campana no dejaba de sonar. Ursus se sentía apresado por dos esperas; se puso en acecho, con el oído en la campana y el ojo en la antorcha.

Tras aquel hombre, la puerta, que sólo estaba entreabierta, se abrió del todo y por ella salieron otros dos hombres, y luego un cuarto. Ese cuarto era el *wapentake*, visible a la luz de la antorcha. Tenía en la mano su bastón de hierro.

A continuación del *wapentake* desfilaron por la puerta, en orden, de dos en dos, con la rigidez de postes que caminaran, unos hombres silenciosos.

Ese cortejo fúnebre salió por la puerta baja en parejas, como una procesión de penitentes, sin solución de continuidad, con un cuidado lúgubre de no hacer ruido alguno, gravemente, casi suavemente. Una serpiente que sale de un agujero toma esa precaución.



La antorcha destacaba los perfiles de los que por la mañana se habían llevado a Gwynplaine.

No cabía duda. Eran los mismos. Reaparecían.

Evidentemente, Gwynplaine también iba a reaparecer.

Lo habían llevado allá y lo conducían de vuelta.

La cosa era clara.

La mirada de Ursus duplicó su fijeza. ¿Ponían a Gwynplaine en libertad?

La doble fila de policías se derramaba por la puerta muy lentamente y como gota a gota. La campana, que no se interrumpía, parecía marcarles el paso. Al salir de la prisión, la comitiva, dando la espalda a Ursus, se dirigió hacia la derecha por el tramo de la calle opuesto al que estaba apostado él.

Una segunda antorcha brilló en la puerta.

Anunciaba el final de la comitiva.

Ursus iba a ver a quien conducían, al preso, al hombre.

Iba a ver a Gwynplaine.

Lo que llevaban apareció.

Era un ataúd.

Cuatro hombres llevaban ese ataúd cubierto con un paño negro.

Detrás de ellos iba otro hombre con una pala a la espalda.

Una tercera antorcha encendida, llevada por un personaje que leía un libro y que debía de ser un capellán, cerraba el cortejo.

El ataúd fue a colocarse detrás de los policías que se habían dirigido a la derecha.

Al mismo tiempo la cabecera del cortejo se detuvo.

Ursus oyó el chirrido de una llave.

Frente a la prisión, en la pared baja que se extendía a lo largo del otro lado de la calle, una segunda abertura de puerta se iluminó con una antorcha que pasó por debajo.

Esa puerta, en la que se distinguía una cabeza de muerto, era la puerta del cementerio.

El *wapentake* se introdujo por esa abertura, le siguieron los hombres y después la segunda antorcha tras la primera; el cortejo se achicó como el reptil que entra en su madriguera; la fila entera de los policías penetró en aquella oscuridad que había más allá de la puerta, y a continuación el ataúd, luego el hombre de la pala y por fin el capellán con su antorcha y su libro, y la puerta se cerró.

No quedó más que un resplandor por encima de una pared.

Se oyó un cuchicheo y luego golpes sordos.

Eran, sin duda, el capellán y el sepulturero, que arrojaban sobre el ataúd el uno versículos de oración y el otro paladas de tierra.

El cuchicheo cesó y los golpes sordos dejaron de oírse.

Se produjo un movimiento, las antorchas brillaron, el *wapentake* volvió a pasar, con el arma en alto, por la puerta reabierta del cementerio, el capellán reapareció con su libro, el sepulturero con su pala, y luego todo el resto del cortejo sin el ataúd, y la doble fila de hombres recorrió de nuevo el mismo trayecto entre las dos puertas con la misma taciturnidad y en sentido inverso, la puerta del cementerio se cerró, la de la prisión se abrió otra vez, la bóveda sepulcral del portillo se recortó en la luz, la oscuridad del corredor se hizo vagamente visible, la densa y profunda noche de la cárcel se ofreció a la mirada y toda aquella visión volvió a sumirse en toda aquella sombra.

La campana dejó de tañer. El silencio lo cerró todo con el siniestro cerrojo de las tinieblas.

Una aparición que desaparecía: no había sido más que eso.

Un desfile de espectros que se disipa.

Aproximaciones que coinciden lógicamente terminan construyendo algo que se parece a la evidencia. A Gwynplaine detenido, a la manera silenciosa de su detención, a sus ropas llevadas por el policía, al toque fúnebre de la campana de la cárcel a la que lo habían conducido, se agregaba, digamos mejor se ajustaba, esa cosa trágica: un ataúd llevado al cementerio.

—¡Ha muerto! —exclamó Ursus.

Cayó sentado en un mojón.

—¡Muerto! ¡Lo han matado! ¡Gwynplaine, hijo mío! ¡Hijo mío!

Y estalló en sollozos.

5
La razón de Estado trabaja tanto en pequeño como en grande

Ursus se jactaba, ¡ay!, de que nunca había llorado. El depósito de las lágrimas estaba lleno. Tal plenitud, donde se ha acumulado gota a gota, dolor a dolor, durante toda una larga vida, no se vacía en un instante. Ursus sollozó durante largo tiempo.

La primera lágrima es una punción. Lloró por Gwynplaine, por Dea, por él mismo, por Homo. Lloró como un niño. Lloró por todo aquello de lo que se había reído. Pagó las deudas atrasadas. El derecho del hombre a las lágrimas no prescribe nunca.

Por lo demás, el muerto que acababan de enterrar era Hardquanonne, pero Ursus no tenía por qué saberlo.

Pasaron muchas horas.

Comenzó a despuntar el día; el pálido velo de la mañana se cernió, vagamente plegado con sombras, sobre el *bowling-green*. El alba blanqueó la fachada de la posada Tadcaster. Maese Nicless no se había acostado, pues a veces el mismo hecho produce muchos insomnios.

Las catástrofes irradian en todos los sentidos. Arrojad una piedra al agua y contad las salpicaduras.

Maese Nicless se sentía afectado. Son muy desagradables las aventuras en la propia casa. Poco tranquilo y entreviendo complicaciones, meditaba. Lamentaba haber recibido en su casa «a esa gente». ¡Si lo hubiera sabido! Terminarían atrayéndole alguna desgracia. ¿Cómo podía echarlos ahora? Había hecho un contrato con Ursus. ¡Qué suerte si pudiera librarse de ellos! ¿Cómo podía arreglarse para expulsarlos?

Bruscamente se oyó en la puerta de la posada uno de esos golpeteos tumultuosos que en Inglaterra anuncian a «alguien». La gama de los golpes corresponde al grado de la jerarquía.

No era el modo de llamar de un lord, pero sí el de un magistrado.

El tabernero, temblando, entreabrió la ventanilla.

Era un magistrado, en efecto. Maese Nicless vio en su puerta, a la luz del amanecer, un grupo policial, al frente del cual se destacaban dos hombres, uno de los cuales era el justiciero.

Maese Nicless había visto por la mañana a ese funcionario y lo conocía.

Pero no conocía al otro hombre.

Era un caballero gordo, con el rostro color de cera, una peluca mundana y capa de viaje.

Maese Nicless temía mucho al primero de esos personajes, el justiciero, pero si hubiese pertenecido a la Corte habría temido más al segundo, pues era Barkilphedro.

Uno de los hombres del grupo llamó por segunda vez a la puerta, violentamente.

El posadero, con un espeso sudor de ansiedad en la frente, abrió. El justiciero-quórum, con el tono de un hombre que ejerce el cargo de policía y conoce muy bien a los vagabundos, alzó la voz y preguntó severamente:

—¿Maese Ursus?

El posadero, quitándose el gorro, respondió:

—Vuestro Honor, es aquí.

—Lo sé.

—Sin duda, Vuestro Honor.

—Que venga.

—Vuestro Honor, no está aquí.

—¿Dónde está?

—Lo ignoro.

—¿Cómo?

—No ha vuelto.

—¿Salió, pues, muy temprano?

—No. Salió muy tarde.

—¡Esos vagabundos!

—Vuestro Honor —dijo suavemente maese Nicless —, vedlo ahí.

En efecto, Ursus acababa de aparecer en la esquina de una calle. Se dirigía a la posada. Había pasado casi toda la noche entre la cárcel, donde al mediodía había visto entrar a Gwynplaine, y el cementerio, donde a medianoche había oído llenar una fosa. Estaba pálido con dos palideces: la de su tristeza y la del crepúsculo.

La luz del amanecer, que es claridad en estado de larva, deja las formas, inclusive las que se mueven, mezcladas con la difusión de la noche. Ursus, pálido y vago, caminando lentamente, parecía una figura de sueño.

Con esa distracción huraña que causa la angustia se había ido de la posada con la cabeza descubierta. Ni siquiera se había dado cuenta de que no llevaba sombrero. Sus escasos cabellos grises se movían al viento. Sus ojos abiertos no parecían mirar. Con frecuencia se duerme despierto, así como también sucede que se está despierto en el sueño. Ursus parecía loco.

—Maese Ursus —le gritó el posadero—, venid. Sus Honores desean hablaros.

Maese Nicless, preocupado únicamente por quitar gravedad al incidente, dejó escapar, al mismo tiempo que habría querido retenerlo, ese plural de «sus honores», respetuoso para el grupo, pero ofensivo tal vez para el jefe, confundido así con sus subordinados.

Ursus experimentó el sobresalto del que se cae de la cama donde dormía profundamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Y vio a la policía y al frente de ella al magistrado.

Nueva y fuerte sacudida.

Poco antes el *wapentake* y ahora el justiciero-quórum. El uno parecía arrojar al otro. Hay viejos cuentos de escollos parecidos.

El justiciero-quórum le hizo seña para que entrara en la taberna.

Ursus obedeció.

Govicum, que acababa de levantarse y barría la sala, se interrumpió, se ocultó detrás de las mesas, dejó descansar la escoba y retuvo el aliento. Hundió los dedos en el cabello y se rascó vagamente, lo que indicaba que prestaba atención a los acontecimientos.

El justiciero-quórum fijó su mirada legal en una mesa; Barkilphedro tomó una silla. Ursus y Nicless se quedaron en pie. Los policías, dejados afuera, se amontonaron ante la puerta cerrada.

El justiciero-quórum fijó su mirada legal en Ursus y dijo:

—Tenéis un lobo.

Ursus replicó:

—No enteramente.

—Tenéis un lobo-repitió el justiciero, y subrayó la palabra «lobo» con un acento decisivo.

—Es que… —comenzó Ursus.

Y calló.

—Delito —declaró el justiciero.

Ursus aventuró esta defensa:

—Es mi criado.

El justiciero puso su mano de plano en la mesa con los cinco dedos separados, lo que es un excelente gesto de autoridad.

—Histrión, mañana, a esta misma hora, vos y vuestro lobo habréis abandonado Inglaterra. De otro modo, el lobo será apresado, llevado a la perrera y matado.

Ursus pensó: «Continuación de los asesinatos». Pero no dijo palabra y se limitó a temblar con todos sus miembros.

El justiciero insistió:

—Muerto.

Hubo un silencio.

—Estrangulado o ahogado.

El justiciero-quórum miró a Ursus:

—Y vos iréis a la cárcel.

Ursus murmuró:

—Señor juez…

—Partid antes de mañana por la mañana. Si no, esa es la orden.

—Señor juez…

—¿Qué?

—¿Es necesario que salgamos de Inglaterra él y yo?

—Sí.

—¿Hoy?

—Hoy.

—¿Cómo podemos hacerlo?

Maese Nicless era feliz. Aquel magistrado, al que había temido, le ayudaba. La policía se convertía en su auxiliar. Le libraba de «esa gente». Le proporcionaba el medio que buscaba. A aquel Ursus que él quería despedir la policía lo expulsaba. Era fuerza mayor y nada había que objetar. Estaba encantado. Intervino:

—Vuestro Honor, este hombre… —y señaló a Ursus con el dedo —. Este hombre pregunta cómo puede salir hoy de Inglaterra. Nada más sencillo. Hay todos los días y todas las noches, amarrados en el Támesis, a este lado y el otro del Puente de Londres, barcos que parten para diversos países. Van de Inglaterra a Dinamarca, Holanda, España, no a Francia a causa de la guerra, pero a todas partes. Esta noche zarparán muchos barcos hacia la una de la madrugada, que es la hora de la marea. Entre otros la panza *Vograat* de Rotterdam.

El justiciero hizo un movimiento de hombros hacia el lado de Ursus y dijo:

—Está bien. Partid en el primer barco, en el *Vograat*.

—Señor juez… —comenzó Ursus.

—¿Qué?

—Si yo no tuviese, como en otro tiempo, más que mi pequeña barraca con ruedas podría hacerlo, pues cabría en un barco. Pero…

—¿Pero qué?

—Tengo la Green-Box, que es una gran máquina con dos caballos y tan grande que no entrará en un navío.

—¿Qué me importa? Matarán al lobo.

Ursus, temblando, se sentía manejado como por una mano de hielo. «¡Monstruos! — pensaba —. ¡Matar a la gente es su recurso!».

El tabernero sonrió y dijo a Ursus:

—Maese Ursus, tenéis un ofrecimiento.

—¿De quién?

—Un ofrecimiento por el coche. Un ofrecimiento por los dos caballos. Un ofrecimiento por las dos gitanas. Un ofrecimiento…

—¿De quién? —repitió Ursus.

—Del dueño del circo vecino.

—Es cierto.

Ursus recordó.

Maese Nicless se volvió hacia el justiciero:

—Vuestro Honor, el trato puede quedar concluido hoy mismo. El dueño del circo de al lado desea comprar el gran coche y los dos caballos.

—El dueño de ese circo tiene razón —dijo el justiciero —, pues lo va a necesitar. Un coche con dos caballos le será útil. También él partirá hoy mismo. Los reverendos de las parroquias de Southwark se han quejado de los escándalos obscenos del Tarrinzeau-field. El *sheriff* ha tomado medidas. Esta noche no habrá una sola barraca de histriones en este lugar. Terminaron los escándalos. El honorable caballero que se digna estar aquí presente…

El justiciero-quórum se interrumpió para dedicar un saludo a Barkilphedro, quien se lo devolvió.

—… El honorable caballero que se digna estar aquí presente ha llegado esta noche de Windsor. Trae órdenes. Su Majestad ha dicho: «Hay que limpiar eso».

Ursus, en su larga meditación de toda la noche, no había dejado de hacerse algunas preguntas. Después de todo, lo único que había visto era un ataúd. ¿Tenía la seguridad de que Gwynplaine estaba dentro? En el mundo podía haber otros muertos que no eran Gwynplaine. Un féretro que pasa no es de un muerto determinado. Después de la detención de Gwynplaine había habido un entierro, lo que nada probaba. *Post hoc, non propter hoc*[105], etcétera. Ursus volvía a dudar. La esperanza arde y fulgura en la angustia como la nafta en el agua. Esa llama sobrenadante flota eternamente sobre el dolor humano. Ursus terminó diciéndose: «Es probable que sea Gwynplaine a quien han enterrado, pero no es seguro. ¿Quién sabe? Tal vez Gwynplaine vive todavía».

Se inclinó ante el justiciero y dijo:

—Honorable juez: partiré. Partiremos. En la *Vograat*. Para Rotterdam. Obedezco, Venderé la Green-Box, los caballos, las trompetas, las gitanas. Pero hay alguien que está conmigo, un compañero al que no puedo abandonar. Gwynplaine…

—Gwynplaine ha muerto —dijo una voz.

Ursus sintió la impresión de la frialdad de un reptil en su piel. Era Barkilphedro quien había hablado.

La última esperanza desaparecía. No cabía duda, Gwynplaine había muerto. Aquel personaje debía saberlo. Era lo bastante siniestro para eso.

Ursus saludó.

Maese Nicless era muy buen hombre aparte de su cobardía, pero cuando estaba asustado era atroz. La suprema ferocidad es el temor.

Murmuró: «Simplificación».

E hizo, a la espalda de Ursus, ese frotamiento de manos peculiar de los egoístas que significa: «¡Me he librado!» y que parece hecho sobre la jofaina de Poncio Pilatos.

Ursus, abatido, bajó la cabeza. La sentencia de Gwynplaine, la pena de muerte, se había ejecutado; en lo que a él respectaba, su detención significaba el destierro. No podía hacer más que obedecer. Meditaba.

Sintió que le tocaban con el codo. Era el otro personaje, el acólito del justiciero-quórum. Se sobresaltó.

La voz que había dicho: «Gwynplaine ha muerto» le cuchicheó al oído:

—He aquí diez libras esterlinas que os envía alguien que os quiere bien.

Y Barkilphedro dejó una bolsita en una mesa delante de Ursus.

Se recordará el cofrecito que había llevado Barkilphedro.

Diez guineas de dos mil era todo lo que podía dar. En conciencia, era suficiente. Si hubiera dado más habría perdido. Se había tomado la molestia de hacer el hallazgo de un lord y comenzaba a explotarlo; era justo que el primer rendimiento de la mina le perteneciese. Quienes vieran en ello una vileza estarían en su derecho, pero harían mal en asombrarse, Barkilphedro amaba el dinero, sobre todo el robado. En un envidioso hay un avaro. Barkilphedro no dejaba de tener defectos. Cometer delitos no impide tener vicios. Los tigres tienen piojos.

Por lo demás, era la escuela de Bacon.

Barkilphedro se volvió hacia el justiciero y le dijo:

—Señor, tened la bondad de terminar. Tengo mucha prisa. Una silla tirada por los caballos de refresco de Su Majestad me espera. Debo volver a Windsor a galope tendido y estoy a dos horas de distancia. Tengo que rendir cuentas y que recibir órdenes.

El justiciero-quórum se levantó.

Fue a la puerta, que apenas estaba cerrada, la abrió, miró, sin decir una palabra, a los policías y le brotó del índice un relámpago de autoridad. Todo el grupo entró con ese silencio en el que se entrevé la proximidad de algo severo.

Maese Nicless, satisfecho con aquel desenlace rápido que abreviaba las complicaciones, encantado de quedar fuera de aquella madeja enredada, temió, al ver ese despliegue policial, que detuviesen a Ursus en su casa. Dos detenciones, una tras otra, en su posada, la de Gwynplaine y luego la de Ursus, podían perjudicar a la taberna, pues a los bebedores no les agrada que los moleste la policía. Era el caso de una intervención convenientemente suplicante y generosa. Se volvió hacia el justiciero-quórum con un rostro sonriente en el que el respeto moderaba la confianza:

—Vuestro Honor, os hago observar que estos honorables señores policías no son indispensables, puesto que el lobo culpable va a ser llevado fuera de Inglaterra, el llamado Ursus no hace resistencia y las órdenes de Vuestro Honor son cumplidas puntualmente. Vuestro Honor considerará que las acciones respetables de la policía, tan necesarias para el bien del reino, perjudican a un establecimiento, y que mi casa es inocente. Habiendo sido limpiados, como dice Su Majestad la Reina, los histriones de la Green-Box, ya no veo aquí a ningún delincuente, pues supongo que la muchacha ciega y las dos gitanas no son delincuentes. Suplicaría a Vuestro Honor que se digne abreviar su augusta visita y despida a estos dignos señores que acaban de entrar, pues nada tienen que hacer en mi casa, y si Vuestro Honor me permitiera probar la exactitud de lo que digo en la forma de una humilde pregunta pondría de manifiesto la inutilidad de la presencia de estos venerables señores preguntando a Vuestro Honor: puesto que el llamado Ursus obedece y se va, ¿a quién pueden detener aquí?

—A vos —contestó el justiciero.

No se discute con un sablazo que os divide de parte a parte. Maese Nicless se desplomó en no importa qué, en una mesa, en un banco, en lo que encontró cerca, aterrado.

El justiciero alzó la voz de modo que si había gente en la plaza podía oírle:

—Maese Nicless Plumptre, dueño de esta taberna: este es el último punto que hay que arreglar. Ese histrión y ese lobo son vagabundos. Han sido expulsados. Pero el más culpable sois vos. Es en vuestra casa, y con vuestro consentimiento, donde la ley ha sido violada, y vos, comerciante que paga patente, investido con una responsabilidad pública, habéis instalado el escándalo en vuestra casa. Maese Nicless, se os retira vuestra licencia, pagaréis la multa e iréis a la cárcel.

Los policías rodearon al tabernero.

El justiciero continuó, señalando a Govicum:

—Ese muchacho, vuestro cómplice, queda detenido.

El puño de un policía cayó sobre el cuello de Govicum, que contempló al policía con curiosidad. No muy asustado, comprendía apenas lo que pasaba, había visto ya más de una cosa rara y se preguntaba si aquello era la continuación de la comedia.

El justiciero se hundió el sombrero en la cabeza, cruzó las dos manos sobre el vientre, lo que es el colmo de la majestuosidad, y añadió:

—Está dicho, maese Nicless. Seréis llevados a la cárcel y encerrados en un calabozo. Vos y este muchacho. Y esta casa, la posada Tadcaster, permanecerá cerrada, condenada y vigilada. Para que sirva de ejemplo. Ahora vais a seguirnos.

LIBRO SÉPTIMO

La Titana

1
Despertar

—¡**Y** Dea!

Le pareció a Gwynplaine, quien contemplaba el amanecer en Corleone-lodge mientras tenían lugar esas aventuras en la posada Tadcaster, que ese grito venía de fuera, pero ese grito estaba en él.

¿Quién no ha oído los profundos clamores del alma?

Por lo demás, el sol salía.

La aurora es una voz.

¿Para qué serviría el sol sino para despertar la sombra dormida, la conciencia?

La luz y la virtud son de la misma especie.

Lo mismo si el dios se llama Cristo que si se llama Amor, hay siempre una hora en la que lo olvida inclusive el mejor; todos necesitamos, hasta los santos, una voz que nos haga recordar, y el alba hace hablar en nosotros al avisador sublime. La conciencia grita ante el deber como el gallo canta cuando llega el día.

El corazón humano, ese caos, oye el *Fiat lux*.

Gwynplaine —seguiremos llamándolo así, pues Clancharlie es un lord y Gwynplaine es un hombre — pareció resucitar.

Era tiempo para ligar la arteria, pues se producía en él un derrame de honradez.

—¡Y Dea! —exclamó.

Y sintió en sus venas como una transfusión generosa. Algo saludable y tumultuoso se precipitó en él. La irrupción violenta de buenos pensamientos es una vuelta a su casa de quien ha perdido la llave y fuerza honradamente su propia pared. Hay un escalamiento, pero del bien, y una fractura, pero del mal.

—¡Dea! ¡Dea! ¡Dea! —repitió.

Se afirmó a sí mismo su propio corazón.

E hizo esta pregunta en alta voz:

—¿Dónde estás?

Y casi le sorprendió que no le contestara.

Repitió, mirando el techo y las paredes con un desvarío en el que volvía a intervenir la razón:

—¿Dónde estás? ¿Dónde estoy yo?

Y en aquella habitación, en aquella jaula, reanudó su paseo de fiera encerrada.

—¿Dónde estoy? En Windsor. ¿Y tú? En Southwark. ¡Oh, Dios mío, es la primera vez que hay una distancia entre nosotros! ¿Quién ha hecho eso? ¡Yo aquí y tú allí! ¡Oh, eso no puede ser, eso no será! ¿Qué han hecho conmigo?

Se detuvo.

—¿Quién me ha hablado de la Reina? ¿Acaso yo la conozco? ¡Cambiado, cambiado yo! ¿Por qué? Porque soy lord. ¿Sabes qué sucede, Dea? Tú eres lady. ¡Es asombroso las cosas que pasan! ¡Vaya! Ahora se trata de volver a encontrar mi camino. ¿Es que me he perdido? Un hombre me ha hablado en un tono oscuro. Recuerdo las palabras que me ha dicho: «Milord, una puerta que se abre cierra otra puerta. Lo que queda detrás de vos ya no existe». Dicho de otro modo: ¡eres un cobarde! Ese hombre, ¡el miserable!, me ha dicho eso cuando yo no estaba todavía despierto. Ha abusado de mi primer momento de asombro. Yo era como su presa. ¿Dónde está, para que le insulte? Me hablaba con la sombría sonrisa del sueño. ¡Pero vuelvo a ser yo! Está bien. ¡Se engañan si creen que harán de lord Clancharlie lo que quieran! Par de Inglaterra sí, con una paresa, que es Dea. ¡Ponen condiciones! ¿Acaso las acepto? ¿La Reina? ¡Qué me importa la Reina! Nunca la he visto. No soy lord para ser esclavo. Entro como hombre libre en el poder. ¿Se imaginan que me han desencadenado para nada? Me han quitado el bozal, nada más. ¡Dea! ¡Ursus!, estamos juntos. Lo que vosotros erais yo era, lo que yo soy sois vosotros. ¡Venid! ¡No, voy yo! ¡En seguida, en seguida! Ya he esperado demasiado. ¿Qué pensarán al no verme volver? ¡Ese dinero! ¡Cuando pienso que les he enviado dinero! Era yo el que debía ir. Recuerdo que ese hombre me ha dicho que no puedo salir de aquí. Vamos a verlo. ¡Un coche, un coche! ¡Que lo enganchen! Quiero ir a buscarlos. ¿Dónde están los criados? Tiene que haber sirvientes puesto que hay un señor. Yo soy aquí el amo. Esta es mi casa. ¡Retorceré los cerrojos, romperé las cerraduras, derribaré las puertas a puntapiés! Si alguien me cierra el paso lo traspasaré con mi espada, pues ahora tengo una espada. ¡Desearía ver si alguien se me opone! Tengo una mujer, que es Dea, y un padre, que es Ursus. Mi casa es un palacio y se la doy a Ursus. Mi nombre es una diadema y se la doy a Dea. ¡Pronto! ¡Inmediatamente! ¡Dea, aquí estoy! ¡Pronto habré dado el salto!

Y, levantando el primer cortinón que encontró, salió de la sala impetuosamente.

Se encontró en un corredor.

Siguió adelante.

Encontró un segundo corredor.

Todas las puertas estaban abiertas.

Se puso a andar al azar, de habitación en habitación, de pasillo en pasillo, buscando la salida.

2
Parecido de un palacio con un bosque

En los palacios a la italiana, y Corleone-lodge era uno de ellos, había muy pocas puertas. Todo eran cortinas, cortinones y tapices.

En esa época no había un palacio que no tuviese en el interior un raro laberinto de habitaciones y corredores en los que abundaba el fausto: dorados, mármoles, enmaderados tallados, sedas orientales, con rincones llenos de precaución y de oscuridad y otros llenos de luz. Había buhardas elegantes y alegres, tabucos barnizados, brillantes, revestidos con porcelana de Holanda o azulejos de Portugal; alféizares de altas ventanas cortadas por sobradillos, gabinetes completamente de vidrios y lindas linternas habitables. Se podía alojar en el espesor ahuecado de las paredes. Aquí y allá se veían bomboneras que eran guardarropas. A eso se llamaba «los pequeños departamentos». En ellos se cometían los delitos.

Si había que matar al duque de Guisa, o descarriar a la bella presidenta de Sylvecane, o, más tarde, ahogar los gritos de los niños que llevaba Lebel, esos lugares eran cómodos. Era una residencia complicada e ininteligible para un recién llegado. Un lugar de raptos, con un fondo ignorado donde terminaban las desapariciones. En esas cavernas elegantes los príncipes y los señores depositaban su botín; el conde de Charolais ocultó allí a madame Courchamp, la esposa del relator del Consejo de Estado; el señor de Monthulé ocultó allí a la hija de Haudry, el arrendatario de la Croix Saint-Lenfroy; el príncipe de Conti ocultó allí a las dos bellas panaderas de la Ile-Adam; el duque de Buckingham ocultó allí a la pobre Pennywell, etc. Las cosas que se hacían allí eran de las que se hacen, como dice la ley romana, *vi, clam et precario*, por fuerza, en secreto y por poco tiempo. Quien estaba allí quedaba al arbitrio del dueño. Eran mazmorras doradas. Tenían algo de claustro y de serrallo. Las escaleras daban vueltas, subían y bajaban. Una espiral de habitaciones que se enchufaban llevaban al punto de partida. Una galería terminaba en oratorio. Un confesionario se injertaba en una alcoba. Las ramificaciones de los corales y las perforaciones de las esponjas probablemente habían servido de modelos a los arquitectos de los «pequeños departamentos» regios y señoriales. Las ramificaciones eran inextricables. Retratos que giraban sobre aberturas ocultaban entradas y salidas. Era una tramoya; necesaria, por lo demás, pues allí se representaban dramas. Los pisos de esa colmena iban desde los sótanos hasta las buhardillas. Formaban una extraña madrépora incrustada en todos los palacios, comenzando por Versalles, y que era como la habitación de los pigmeos en la residencia de los titanes. Pasillos, descansaderos, nidos, alvéolos, escondites: agujeros de todas clases en los que se encajaban las pequeñeces de los grandes.

Esos lugares, tortuosos y cerrados, suscitaban ideas de juegos, de ojos vendados, de manos a tientas, de risas contenidas, de juegos a la gallina ciega y al escondite; y al mismo tiempo hacían pensar en los Atridas, en los Plantagenet, en los Médicis, en los salvajes caballeros de Elz, en Rizzio, en Monaldeschi, en espadas persiguiendo a un fugitivo de habitación en habitación.

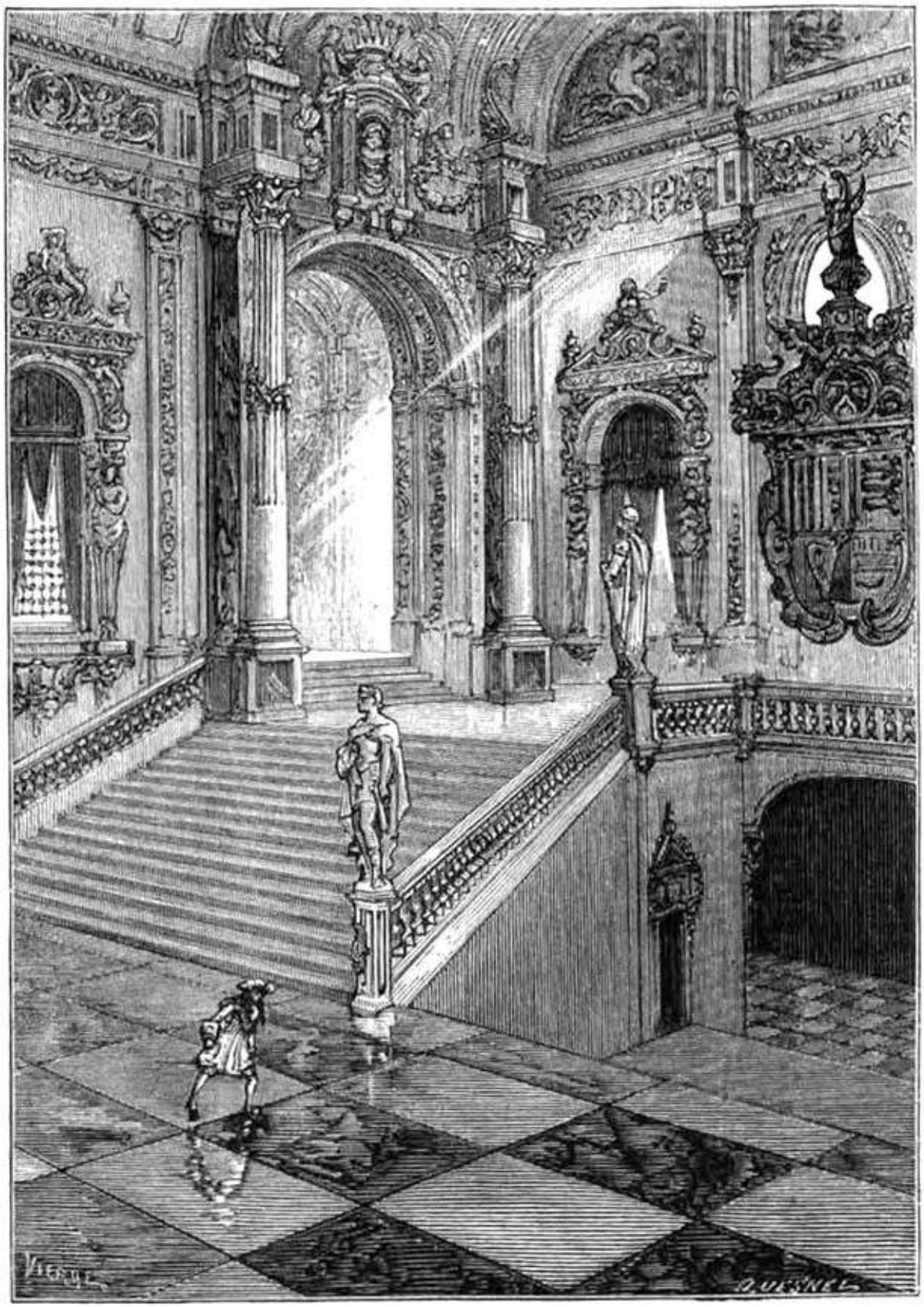
La antigüedad tenía, ella también, misteriosas moradas de esa clase, donde el lujo iba aparejado con los horrores. Una muestra se ha conservado bajo tierra en ciertos sepulcros de Egipto, por ejemplo en la cripta del rey Psamético, descubierta por Passalacqua. Se encuentra en los viejos poetas el espanto de esas construcciones sospechosas. *Error circumflexus. Locus implicitus gyris*[106].

Gwynplaine se hallaba en los pequeños departamentos de Corleone-lodge.

Deseaba anhelosamente partir, estar fuera de allí, volver a ver a Dea. Aquel laberinto de corredores y celdas, puertas secretas y puertas imprevistas lo detenía y retrasaba. Habría querido correr. Cuando creía que sólo tenía que empujar una puerta se encontraba con que tenía que desenredar una madeja de habitaciones.

Pasaba por una habitación tras otra y luego por encrucijadas de salones.

No encontraba a ningún ser viviente. Escuchaba y no oía movimiento alguno.



A veces le parecía que desandaba lo andado.

Otras veces creía ver que alguien se dirigía hacia él, pero era él mismo en un espejo y vestido de señor.

Eso le parecía inverosímil. Se reconocía, pero no inmediatamente.

Seguía adelante por todos los pasillos que encontraba.

Se introducía en los meandros de una arquitectura íntima; aquí un gabinete coquetamente pintado y esculpido, un poco obsceno y muy discreto; allá una capilla equívoca completamente incrustada con nácares y esmaltes, con marfiles hechos para ser vistos con lupa, como los de las tapas de las tabaqueras; en otro lugar uno de esos preciosos retiros florentinos adecuados para las hipocondrías femeninas y llamados desde entonces *boudoirs*. En todas partes, en los techos, en las paredes, en los pisos mismos, había representaciones afelpadas o metálicas de pájaros y árboles, vegetaciones extravagantes enroscadas con perlas, almohadillados de pasamanería, mesas de azabache, guerreros, reinas, tritones acorazados con vientre de hidra. Los biseles de los cristales tallados agregaban los efectos de los prismas a los de los reflejos. Los abalorios imitaban a las piedras preciosas. Se veían centelleos en rincones oscuros. No se sabía si todas esas facetas luminosas, en las que verdes de esmeralda se amalgamaban con oros de sol naciente, o en las que flotaban nubes tornasoladas, eran espejos microscópicos o aguamarinas desmesuradas. Era una magnificencia a la vez delicada y enorme. Aquel era el más lindo de los palacios, a menos que fuera el más colosal de los cofrecitos de joyas, una casa para Mab o una joya para Geo.

Gwynplaine buscaba la salida, pero no la encontraba. Le era imposible orientarse. Nada tan embriagador como la opulencia cuando se la ve por primera vez. Pero además aquello era un laberinto. A cada paso se interponía una magnificencia que parecía oponerse a que se fuese. Se habría dicho que aquel palacio no quería soltarlo. Se hallaba apresado en una liga de maravillas.

«¡Qué palacio horrible!», pensaba.

Vagaba por aquel dédalo, inquieto, preguntándose qué significaba aquello, si estaba preso, y se irritaba deseoso de llegar al aire libre. Repetía «¡Dea! ¡Dea!», como si eso fuera el hilo que no había que dejar que se rompiera para poder salir de allí.

A veces llamaba:

—¡Eh! ¡Que venga alguien!

Nadie respondía.

Las habitaciones no terminaban. Todo estaba desierto, silencioso, espléndido y siniestro.

Así es como se imaginan los castillos encantados.

Bocas de calor ocultas mantenían en los corredores y las habitaciones una temperatura de verano. El mes de junio parecía haber sido apresado por algún mago y encerrado en aquel laberinto. A veces se percibían buenos olores, se atravesaba por vaharadas de perfumes como si hubiera allí flores invisibles. Se sentía calor. En todas partes tapices. Se habría podido andar desnudo.

Gwynplaine miraba por las ventanas. El aspecto cambiaba. Veía ora jardines, llenos con el frescor de la primavera y la mañana; ora nuevas fachadas con otras estatuas; ora patios a la española, pequeños y cuadrangulares entre grandes edificios,

embaldosados, mohosos y fríos; a veces un río que era el Támesis, y otras veces una gran torre que era Windsor.

Fuera, a pesar de estar avanzada la mañana, no se veían transeúntes.

Se detenía y escuchaba.

«¡Oh, me iré! —pensaba—. Volveré a Dea. No me retendrán aquí por la fuerza. ¡Ay de quien quiera impedirme que salga! ¿Qué es esa torre? Si hay un gigante, un perro infernal, una tarasca para cerrar la puerta en este palacio encantado, ¡lo exterminaré! ¡Si hay un ejército lo devoraré! ¡Dea! ¡Dea!».

De pronto oyó un ruido débil, como de agua que corre.

Estaba en una galería estrecha, oscura, cerrada a algunos pasos delante de él por una cortina.

Se acercó a esa cortina, la apartó y entró.

Penetró en lo inesperado.

3
Eva

Una sala octogonal, con bóveda apainelada, sin ventanas, iluminada por una claraboya, toda ella revestida, las paredes, el piso y la bóveda, con mármol de color de flor de durazno; en medio de la sala un baldaquino pináculo de mármol de color de paño mortuorio con columnas torneadas, en el estilo pesado y encantador de Isabel, cubriendo de sombra una bañera del mismo mármol negro; en el centro de la bañera un fino chorro de agua fragante y tibia la llenaba suave y lentamente; eso era lo que tenía ante los ojos.

Baño negro para transformar la blancura en resplandor.

Era esa agua lo que había oído. Un escape hecho a cierto nivel en la bañera no dejaba que se desbordara. La bañera humeaba, pero tan poco que apenas se veía algún vapor en el mármol. El tenue surtidor parecía una flexible vara de acero que se doblaba al menor soplo.

No había mueble alguno, con excepción, cerca de la bañera, de una de esas sillas-cama con cojines lo bastante largas para que una mujer tendida en ellas pueda tener a sus pies un perro o a su amante; de ahí la palabra *can-al-pie*, de la que hemos hecho *canapé*.

Era un diván español, pues el brazo era de plata. Los cojines y el acolchado eran de seda satinada blanca.

Al otro lado de la bañera se alzaba, adosada a la pared, un alto tocador de plata maciza con todos sus utensilios y en el centro ocho espejitos de Venecia ajustados en un marco de plata e imitando una ventana.

En el ángulo cortado de la pared más próxima al canapé había un vano cuadrado parecido a un tragaluz y tapado por un panel hecho con una lámina de rosicler. Ese panel tenía goznes como una contraventana. En el rosicler brillaba, nielada y dorada, una corona real. Sobre el panel colgaba, empotrada en la pared, una campanilla de plata sobredorada, si no era de oro.

Frente a la entrada de la sala, delante de Gwynplaine, que se había detenido bruscamente, faltaba el ángulo cortado de mármol. Lo reemplazaba una abertura de la misma dimensión que llegaba hasta la bóveda y cerraba una ancha y alta tela de plata.

Esa tela, de una tenuidad mágica, era transparente. Se veía a través de ella.

En el centro de la tela, en el lugar en que está ordinariamente la araña, Gwynplaine vio algo formidable: una mujer desnuda.

Desnuda literalmente, no. Esa mujer estaba vestida, y vestida de la cabeza a los pies. El vestido era una camisa muy larga, como las túnicas de los ángeles en los cuadros piadosos, pero tan fina que parecía mojada. El resultado era una mujer casi desnuda, con una desnudez más traidora y peligrosa que la desnudez franca. La

historia ha registrado procesiones de princesas y de grandes damas entre dos filas de monjes, en las que, con el pretexto de los pies desnudos y la humildad, la duquesa de Montpensier se exhibía así a todo París con una camisa de encaje. El correctivo era un cirio en la mano.

La tela de plata, diáfana como un vidrio, era una cortina. Sólo estaba sujeta por arriba y se la podía levantar. Separaba la sala de mármol, que era un cuarto de baño, de una habitación que era un dormitorio. Esa habitación, muy pequeña, era una especie de gruta de espejos. En todas partes había espejos de Venecia contiguos, ajustados poliédricamente, unidos por varillas doradas y que reflejaban el lecho situado en el centro. En ese lecho, de plata como el tocador y el diván, estaba acostada la mujer. Dormía.

Dormía con la cabeza vuelta y uno de los pies rechazando las frazadas, como la súcuba sobre la cual el sueño bate las alas.

La almohada de blonda había caído a la alfombra.

Entre su desnudez y la mirada había dos obstáculos; su camisa y la cortina de gasa plateada, dos transparencias. La habitación, más bien alcoba, estaba iluminada con una especie de pudor por el reflejo de la sala de baño. La mujer tal vez no tenía pudor, pero la luz lo tenía.

La cama no tenía columnas, ni dosel, ni cielo, de modo que cuando la mujer abría los ojos podía verse mil veces desnuda en los espejos colocados sobre su cabeza.

Las sábanas mostraban el desorden de un sueño agitado. La belleza de los pliegues indicaba la delicadeza de la tela. Era la época en que una reina, soñando que sería condenada, se imaginaba el infierno como un lecho con sábanas bastas.

Por lo demás, esa moda de dormir desnudo provenía de Italia y se remontaba a los romanos. *Sub clara nuda lucerna*[107], dice Horacio.

Una bata de seda rara, de China sin duda, pues en los pliegues se entreveía un gran lagarto de oro, estaba en el suelo al pie del lecho.

Más allá de éste, en el fondo de la alcoba, había probablemente una puerta, oculta y marcada por un espejo bastante grande en el que estaban pintados pavos reales y cisnes. En esa habitación en sombra todo relucía. Los espacios entre los cristales y los dorados estaban enlucidos con esa materia centelleante que llamaban en Venecia «hiel de vidrio».

En la cabecera del lecho había un atril de plata con alces giratorios y teas fijas en el que se podía ver un libro abierto que tenía en lo alto de las páginas, en gruesas letras rojas, este título: *Alcoranus Mahumedis*[108].

Gwynplaine no veía ninguno de esos detalles. La mujer era lo único que veía.

Se hallaba al mismo tiempo estupefacto y trastornado, estados que se excluyen pero existen.

Reconoció a aquella mujer.

Tenía los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia él.

Era la duquesa.

Era el ser misterioso en el que se mezclaban todos los resplandores de lo desconocido, la que le había provocado tantos sueños inconfesables, la que le había escrito una carta tan extraña, la única mujer del mundo de la que podía decir: Me ha visto y me desea. Había rechazado los sueños, quemado la carta y relegado a su autora lo más lejos posible de su fantasía y su memoria; ya no pensaba en ella, la había olvidado.

¡Y volvía a verla!

Volvía a verla terrible.

La mujer desnuda es la mujer armada.

Ya no respiraba. Se sentía solevantado y empujado. Miraba. ¡Aquella mujer delante de él! ¿Era posible?

En el teatro, duquesa. Allí nereida, náyade, hada. Siempre aparición.

Trató de huir y se dio cuenta de que no podía. Sus miradas se habían convertido en cadenas que lo ataban a esa visión.

¿Era una ramera? ¿Era una virgen? Ambas cosas. Mesalina, presente tal vez en lo invisible, sonreía sin duda, y Diana vigilaba. Había en aquella belleza la claridad de lo inaccesible. No hay pureza que pueda compararse con esa forma casta y altiva. Ciertas nieves que nunca han sido tocadas son reconocibles. Esa mujer tenía las blancuras sagradas de la Jungfrau. Lo que se desprendía de aquella frente inconsciente, de aquella cabellera bermeja y en desorden, de aquellas pestañas rebajadas, de aquellas venas azules vagamente visibles, de aquellas redondeces esculturales de los senos, de las caderas y las rodillas que modelaban las nivelaciones rosadas de la camisa, era la divinidad de un sueño augusto. El impudor se resolvía en irradiación. Aquella criatura estaba desnuda con tanta calma como si tuviera derecho al cinismo divino, tenía la seguridad de una olímpica que se sabe hija del abismo y puede llamar al océano Padre, y se ofrecía, inabordable y soberbia, a todo el que pasa, a las miradas, a los deseos, a las demencias, a los sueños, tan orgullosamente adormecida en aquel lecho de *boudoir* como Venus en la inmensidad de la espuma.

Había dormido durante la noche y prolongaba su sueño en pleno día; confianza comenzada en las tinieblas y continuada a la luz.

Gwynplaine temblaba y admiraba.

Era una admiración malsana y que interesaba demasiado.

Sentía miedo.

La caja de sorpresas de la suerte no se agota. Gwynplaine creía haber terminado con ella, pero continuaba. ¿Qué eran todos aquellos rayos que caían sobre él sin tregua y, finalmente, esa fulminación suprema que le arrojaba a él, hombre tembloroso, una diosa dormida? ¿«Qué eran todas esas aberturas de cielo sucesivas de las que al final salía, deseable y temible, su sueño? ¿«Qué eran esas complacencias del tentador desconocido que le llevaban, una tras otra, sus aspiraciones vagas, sus veleidades confusas, hasta sus malos pensamientos convertidos en carne viviente, y lo abrumaban bajo una embriagadora serie de realidades sacadas de lo imposible?

¿«Toda la sombra conspiraba contra él, miserable, y qué iba a ser de él con todas aquellas sonrisas de la fortuna siniestra a su alrededor? ¿«Qué era aquel vértigo preparado intencionadamente? ¡Esa mujer estaba allí! ¿Por qué? ¿Cómo? No tenía explicación. ¿Por qué él? ¿Por qué ella? ¿Le habían hecho par de Inglaterra deliberadamente para esa duquesa? ¿Quién los llevaba así el uno al otro? ¿Quién era engañado, quién era víctima? ¿De la buena fe de quién se burlaban? ¿Era a Dios a quien se engañaba? El no precisaba todas estas cosas, sino que las entreveía a través de una serie de nubes en su cerebro. Aquella morada mágica y malévola, aquel palacio extraño, tenaz como una prisión, ¿formaba parte de la conspiración? Gwynplaine experimentaba una especie de reabsorción. Unas fuerzas oscuras lo agarrotaban misteriosamente. Una gravitación lo encadenaba. Su voluntad, sonsacada, se alejaba de él. ¿A qué podía asirse? Se sentía huraño y encantado. Esta vez se consideraba irremediablemente insano. La sombría caída a pico en el precipicio del deslumbramiento continuaba.

La mujer dormía.

Para él, al agravarse su turbación, ya no era la lady, la duquesa, la dama, sino la mujer.

Las derivaciones se hallan en el hombre en estado latente. Los vicios tienen en nuestro organismo un trazado invisible completamente preparado. Aun siendo inocentes y en apariencia puros, tenemos eso en nosotros. No tener tacha no es no tener defectos. El amor es una ley. La voluptuosidad es una trampa. Existen la embriaguez y la borrachera. La embriaguez es desear a una mujer; la borrachera, desear a la mujer.

Gwynplaine, fuera de sí, temblaba.

¿Qué podía hacer en aquella situación? Nada de oleadas de paños, nada de amplitudes sedosas, nada de atavío prolijo y coqueto, nada de exageración galante que oculta y que muestra, nada de nubes. La desnudez en su concisión temible, una especie de requerimiento misterioso, desvergonzadamente edénico, hecho a todo el aspecto tenebroso del hombre. Eva es peor que Satán, pues en ella se amalgaman lo humano y lo sobrehumano. Ese éxtasis inquietante termina con el triunfo brutal del instinto sobre el deber. El contorno soberano de la belleza es imperioso. Cuando sale de lo ideal y cuando se digna ser real es para el hombre una proximidad funesta.

De vez en cuando la duquesa se movía blandamente en la cama, con los movimientos vagos del vapor en el cielo, cambiando de actitud como cambia de forma la nube. Ondulaba, componía y descomponía curvas encantadoras. La mujer tiene todas las ductilidades del agua. Como el agua, la duquesa tenía algo de inasible. Cosa extraña, estaba allí, carne visible, y seguía siendo quimérica. Aunque tangible, parecía lejana. Gwynplaine, asustado y pálido, la contemplaba. Oía cómo palpitaba aquel pecho y creía oír una respiración de fantasma. Se sentía atraído y se resistía. ¿Qué podía hacer contra ella? ¿Qué podía hacer contra él?

Esperaba todo menos eso. Contaba con un guardián feroz atravesado en la puerta, con algún monstruo furioso que actuara de carcelero y con el que tuviera que luchar. Preveía a Cerbero y encontraba a Hebe.

Una mujer desnuda, una mujer dormida.

¡Qué combate sombrío!

Cerraba los ojos, pues demasiada aurora en ellos hace sufrir. Pero a través de sus párpados cerrados volvía a verla inmediatamente, más tenebrosa y más bella.

Huir no era fácil. Lo había intentado sin conseguirlo. Estaba arraigado, como se está en el sueño. Cuando queremos retroceder, la tentación clava nuestros pies al suelo. Avanzar sigue siendo posible, pero retroceder, no. Los brazos invisibles del pecado salen de la tierra y nos arrastran al deslizamiento.

Un lugar común aceptado por todos es que la emoción se debilita. Nada más falso. Es como si se dijera que bajo el ácido nítrico que cae gota a gota una llaga se desencona y adormece y que el descuartizamiento embota los sentidos de Damián.

La verdad es que en cada repetición la sensación es más aguda.

De asombro en asombro, Gwynplaine había llegado al paroxismo. El vaso de su razón se desbordaba con ese nuevo estupor. Sentía en sí un despertar espantoso.

Carecía de brújula. Una sola certidumbre tenía delante: aquella mujer. Se entreabría no se sabe qué dicha irremediable parecida a un naufragio. Ya no había dirección posible. Una corriente irresistible llevaba al escollo. El escollo no es la roca, sino la sirena. Hay un imán en el fondo del abismo, Gwynplaine quería arrancarse de esa atracción, ¿pero cómo podía hacerlo? Ya no sentía un punto de apoyo. La fluctuación humana es infinita. Un hombre puede quedar desmantelado como un barco. El ancla es la conciencia, pero lo lúgubre es que la conciencia puede romperse.

Ni siquiera tenía el recurso de decirse: «Estoy desfigurado y horrible. Ella me rechazará», pues esa mujer le había escrito que le amaba.

Hay en las crisis un instante en que nos falla el terreno que pisamos. Cuando nos desbordamos en el mal más de lo que nos apoyamos en el bien, esa cantidad de nosotros mismos que está suspendida sobre el pecado termina venciendo y nos precipita. ¿Ese momento triste había llegado para Gwynplaine?

¿Cómo podía eludirlo?

¡Allí estaba ella! ¡La duquesa! ¡Aquella mujer! La tenía delante, en aquella habitación, en aquel lugar desierto, dormida, confiada, sola. ¡Ella estaba a su discreción y él tenía el poder!

¡La duquesa!

Se ha visto una estrella en el fondo de los espacios y se la ha admirado. ¡Se halla tan lejos! ¿Quién teme a una estrella fija? Un día — una noche — se la ve moverse. Se percibe un temblor de claridad a su alrededor. Ese astro, que se creía impasible, se mueve. No es una estrella, es un cometa. Es el inmenso incendiario del cielo. El astro camina, se agranda, sacude una cabellera de púrpura, se hace enorme. Se dirige hacia

vosotros. ¡Oh, terror, viene a nosotros! El cometa os conoce, el cometa os desea, el cometa os quiere. ¡Espantosa aproximación celeste! Lo que viene hacia vosotros es demasiada luz, que produce la ceguera; es el exceso de vida, que produce la muerte. Rehusáis ese anticipo que os hace el cénit, rechazáis ese ofrecimiento de amor del abismo. Ponéis vuestra mano sobre vuestros ojos, os ocultáis, os sustraéis, os creéis salvados… Volvéis a abrir los ojos y la estrella temible está allí. Ya no es estrella, es el mundo, el mundo ignorado, el mundo de lava y de brasa, el prodigio devorador de las profundidades. Llena el cielo. Ya no existe más que ella. Es el carbunclo del fondo del infinito, diamante de lejos y horno de cerca. Estáis en su llama.

Y sentís que comienza vuestra combustión con un calor paradisíaco.

4
Satán

De pronto la durmiente se despertó. Se sentó en el lecho con una majestuosidad brusca y armoniosa; su cabellera de rubia seda floja se derramó con un suave tumulto sobre su espalda; su camisa caída puso al descubierto sus hombros hasta muy abajo; tocó con su mano delicada el rosado dedo gordo de su pie y durante unos instantes contempló ese pie desnudo, digno de ser adorado por Pericles y copiado por Fidias. Luego se estiró y bostezó como una tigresa al sol saliente.

Es probable que Gwynplaine respirara, como cuando se contiene el aliento, con esfuerzo.

—¿Está alguien ahí? —preguntó ella.

Lo dijo bostezando y llena de gracia.

Gwynplaine oyó esa voz que no conocía. Era una voz de hechicera, de un acento deliciosamente altivo, la entonación de la caricia moderando el hábito del mundo.

Al mismo tiempo, poniéndose de rodillas —hay una estatua antigua arrodillada de ese modo entre mil pliegues transparentes — tomó la bata y se arrojó del lecho, desnuda y en pie durante el tiempo que se tarda en ver pasar una flecha, y envuelta inmediatamente. En un abrir y cerrar de ojos la cubrió la bata de seda. Las mangas, muy largas, le cubrían las manos. No se le veían ya más que las puntas de los dedos de los pies, blancos con pequeñas uñas, como los pies de un niño.

Se quitó de la espalda una oleada de cabellos que rechazó sobre su bata y luego corrió detrás de la cama, al fondo de la alcoba, y aplicó el oído al espejo pintado que probablemente ocultaba una puerta.

Golpeó el espejo con el codito que forma el índice doblado.

—¿Está ahí alguien? Lord David, ¿acaso sois ya vos? ¿Qué hora es, entonces? ¿Eres tú, Barkilphedro?

Se dio vuelta.

—Pero no, no es por este lado. ¿Está alguien en el cuarto de baño? ¡Pero contesten! En realidad no, nadie puede venir por ahí.

Se dirigió a la cortina de tela de plata, la abrió con la punta del pie, la apartó con un movimiento del hombro y entró en la sala de mármol.

Gwynplaine sintió como un frío de agonía. No podía ocultarse y era demasiado tarde para huir. Por otra parte, carecía de fuerza para hacerlo. Habría deseado que el piso se hundiese y lo tragase la tierra.

Ella lo vio, prodigiosamente asombrada, pero sin estremecerse, con un matiz de felicidad y de desprecio.

—¡Cómo Gwynplaine! —exclamó.

Luego, súbitamente, dando un salto violento, pues aquella gata era una pantera, se arrojó a su cuello.

Le apretó la cabeza entre sus brazos desnudos, pues en aquel arrebato las mangas se habían levantado.

De pronto lo apartó, y, poniendo en los dos hombros de Gwynplaine sus manecitas como garras, ella en pie delante de él y él en pie delante de ella, se puso a mirarlo extrañamente.

Ella miraba, fatal, con sus ojos de Aldebarán, rayo visual mixto con algo de bizco y de sideral. Gwynplaine contemplaba el ojo azul y el ojo negro, fuera de sí bajo la doble fijeza de esa mirada de cielo y de infierno. Aquella mujer y aquel hombre se intercambiaban un deslumbramiento siniestro. Se fascinaban mutuamente, él con la deformidad, ella con la belleza, y ambos con el horror.

El callaba, como bajo un peso imposible de levantar.

Ella dijo:

—Tienes ingenio. Has venido. Has sabido que me obligaron a salir de Londres y me has seguido. Has hecho bien. Es extraordinario que estés aquí.

Una toma de posesión recíproca produce una especie de relámpago. Gwynplaine, confusamente advertido por un vago temor salvaje y sincero, retrocedió, pero las uñas rosadas crispadas en sus hombros lo retuvieron. Algo inexorable se esbozaba. Se hallaba en el antro de la mujer fiera, hombre fiera él mismo.

Ella continuó:

—Ana, esa tonta… tú sabes, la Reina… me ha hecho venir a Windsor sin saber por qué. Cuando llegué, estaba encerrada con el idiota de su canciller. ¿Pero cómo te las has arreglado para llegar hasta aquí? Eso es lo que yo llamo ser un hombre. Para él no existen obstáculos, se le llama y acude. ¿Te has informado? Creo que sabías que yo soy la duquesa Josiana. ¿Quién te ha introducido aquí? El paje, sin duda. Es inteligente. Le daré cien guineas. ¿Cómo te las has arreglado? Dímelo. Pero no, no me lo digas. No quiero saberlo. Explicar empequeñece. Te amo más sorprendente. Eres lo bastante monstruoso para ser maravilloso. Caes del empíreo, eso es, o subes del tercer infierno a través del escotillón del Erebo. Nada más sencillo: el techo se ha apartado o el suelo se ha abierto. Un descenso por las nubes o una ascensión por un resplandor de azufre: así es como llegas. Mereces entrar como los dioses. Dicho eso, eres mi amante.

Gwynplaine, alucinado, escuchaba y sentía cada vez más que oscilaba su pensamiento. El asunto culminaba, era imposible ponerlo en duda. Aquella mujer confirmaba la carta de la noche. ¡Él, Gwynplaine, amante de una duquesa, amante amado! El inmenso orgullo de mil cabezas sombrías se agitaba en aquel corazón infortunado.

La vanidad es una fuerza enorme que hay en nosotros y que actúa contra nosotros.

La duquesa continuó:

—Puesto que estás aquí es porque alguien lo ha dispuesto así. No pregunto más. Hay alguien arriba, o abajo, que nos arroja el uno al otro. Son los esponsales del Estigia y la Aurora, esponsales desenfrenados al margen de todas las leyes. El día en que te vi dije: «Es él, lo reconozco. Es el monstruo de mis sueños. Será mío». Pero hay que ayudar al destino. Por eso te escribí. Una pregunta, Gwynplaine: ¿crees en la

predestinación? Yo creo en ella, desde que leí el Sueño de Escipión en Cicerón. ¡Cómo, no lo había advertido! Vistes como un gentilhombre, como un señor. ¿Por qué no? Eres histrión, lo que es una razón de más. Un titiritero vale tanto como un lord. Por lo demás, ¿qué son los lores? Payasos. Tienes un porte noble, estás muy bien hecho. ¡Es extraordinario que te halles aquí! ¿Cuándo llegaste? ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Me has visto desnuda? Soy bella, ¿verdad? Iba a bañarme… ¡Oh, te amo! ¡Has leído mi carta! ¿La has leído tú mismo? ¿Te la han leído? ¿Sabes leer? Debes ser ignorante. Te hago preguntas, pero no las contestes. No me gusta el sonido de tu voz. Es suave. Un ser incomparable como tú no debería hablar, sino rechinar. Tú cantas y tu voz es armoniosa. Aborrezco eso. Es lo único tuyo que me desagrada. Todo lo demás es formidable, todo lo demás es magnífico. En la India serías un dios. ¿Naciste con esa risa espantosa en el rostro? No, ¿verdad? Es sin duda una mutilación penal. Supongo que cometiste algún crimen. ¡Ven a mis brazos!

Josiana se dejó caer en el diván y lo hizo caer junto a ella. Se encontraron el uno junto al otro sin saber cómo. Lo que ella decía pasaba sobre Gwynplaine como un fuerte viento. Apenas percibía el sentido de aquel torbellino de palabras frenéticas. Ella tenía la admiración en los ojos. Hablaba tumultuosa, frenéticamente, con una voz ardiente y tierna. Esa voz era una música, pero Gwynplaine la oía como si fuera una tempestad.

Ella apoyó de nuevo en él su mirada fija y añadió:

—Me siento degradada a tu lado. ¡Qué dicha! ¡Qué insípido es ser alteza! Soy augusta y nada es más fastidioso. Todas nosotras somos un poco extravagantes, comenzando por Venus, Cleopatra, las señoras de Chevreuse y de Longueville, y terminando por mí. Te exhibiré, lo declaro. He aquí un amorío que hará una contusión a la familia real de los Estuardo, a la que pertenezco. ¡Oh, respiro! He encontrado la salida. Estoy fuera de la majestad. Estar fuera de su clase es estar liberado. Romper todo, desafiar todo, hacer todo, deshacer todo, es vivir. Escucha: ¡te amo!

Se interrumpió y sonrió espantosamente.

—Te amo no sólo porque eres deforme, sino también porque eres vil. Amo al monstruo, amo al histrión. Un amante humillado, befado, grotesco, horrible, expuesto a las risas en esa picota que se llama un teatro, tiene un sabor extraordinario. Es morder el fruto del abismo. Un amante infamante es algo exquisito. Tener en los dientes la manzana, no del paraíso, sino del infierno, es lo que me tienta; tengo esa hambre y esa sed y yo soy esa Eva. La Eva del abismo. Tú eres probablemente, sin saberlo, un demonio. Yo me he reservado para una máscara del sueño. Tú eres un títere cuyos hilos maneja un espectro. Eres la visión de la gran risa infernal. Eres el amo que esperaba. Necesitaba un amor como el de las Medeas y las Canidias. Estaba segura de que me llegaría una de esas inmensas aventuras nocturnas. Tú eres el que yo quería. Te digo un montón de cosas que no debes comprender. Gwynplaine, nadie me ha poseído, me entrego a ti pura como la brasa ardiente. No me crees, evidentemente, ¡pero si supieras qué poco me importa eso!

Sus palabras tenían la mezcolanza de la erupción. Una abertura en la ladera del Etna daría una idea de ese chorro de llamas.

Gwynplaine balbuceó:

—Señora…

Ella le puso la mano en la boca.

—¡Silencio! Te contemplo. Gwynplaine, yo soy la inmaculada desenfrenada. Soy la vestal bacante. Ningún hombre me ha conocido, y podría ser la Pitia de Delfos y tener bajo mi talón desnudo el trípode de bronce donde los sacerdotes, inclinados sobre la piel de la serpiente Pitón, hacían en voz baja preguntas al dios invisible. Mi corazón es de piedra, pero se parece a esos guijarros misteriosos que el mar hace rodar al pie de la roca Huntly Nabb, en la desembocadura del Tees, y en los cuales, si se los rompe, se encuentra una serpiente. Esa serpiente es mi amor. ¡Amor todopoderoso, pues te ha hecho venir! Entre nosotros estaba la distancia imposible. Yo me hallaba en Sirio y tú en Allioth. Tú has hecho esa travesía desmesurada y hete aquí. Está bien. Calla. ¡Tómame!

Se interrumpió. Temblaba. Volvió a sonreír.

—Ya lo ves, Gwynplaine, soñar es crear. Un deseo es un llamamiento. Construir una quimera es provocar la realidad. La sombra omnipotente y terrible no se deja desafiar. Ella nos satisface. Aquí estás. ¿Me atreveré a perderme? Sí. ¿Me atreveré a ser tu querida, tu concubina, tu esclava, tu cosa? Con alegría. Gwynplaine, yo soy la mujer. La mujer es arcilla que desea ser fango. Necesito despreciarme. Eso sazona el orgullo. La aleación de la grandeza es vileza. Nada se combina mejor. Despréciame, tú, a quien desprecian. El envilecimiento bajo el envilecimiento, ¡qué voluptuosidad! ¡Recojo la doble flor de la ignominia! Pisotéame, así me amarás mejor. Yo lo sé. ¿Sabes por qué te idolatro? Porque te desdeño. Estás tan por debajo de mí que te pongo en un altar. Mezclar lo alto y lo bajo es el caos. ¿Qué es el caos? Una suciedad inmensa. Y con esa suciedad hizo Dios la luz, con esa cloaca hizo Dios el mundo. No sabes hasta qué punto soy perversa. Amasa un astro con lodo y seré yo.

Así hablaba aquella mujer formidable, mostrando desnudo por su bata abierta su torso de virgen.

Prosiguió:

—Loba para todos, perra para ti. ¡Cómo van a sorprenderse! El asombro de los imbéciles es grato. Yo me comprendo. ¿Soy una diosa? Amfitrite se entregó al cíclope. *Fluctivoma Amphitrite*. ¿Soy un hada? Urgela se entregó a Bugryx, el andróptero con ocho manos palmadas. ¿Soy una princesa? María Estuardo tuvo a Rizzio. Tres bellas, tres monstruos. Yo soy más grande que ellas, pues tú eres peor que ellos. Gwynplaine, hemos nacido el uno para el otro. El monstruo que tú eres por fuera yo lo soy por dentro. A eso se debe mi amor. O mi capricho. ¿Qué es el huracán? Un capricho. Hay entre nosotros una afinidad sideral. Uno y otro pertenecemos a la noche, tú por el rostro, yo por la inteligencia. A tu vez, tú me creas. Llegas y mi alma se muestra. Yo no la conocía. Es sorprendente. Tu proximidad hace

salir de mí la hidra, diosa. Me revelas mi verdadera naturaleza. Me haces el descubrimiento de mí misma. Ya ves cómo me parezco a ti. Mírate en mí como en un espejo. Tu rostro es mi alma. Yo no sabía que era terrible hasta ese extremo. ¡Yo también soy, pues, un monstruo! ¡Oh, Gwynplaine, me diviertes!

Tuvo una extraña risa de niño, se acercó al oído de él y le dijo en voz muy baja:

—¿Quieres ver una mujer loca? Soy yo.

Su mirada penetró en Gwynplaine. Una mirada es un filtro. Su bata estaba temiblemente desordenada. El éxtasis ciego y bestial invadió a Gwynplaine. Era un éxtasis en el que había agonía.

Mientras aquella mujer hablaba él sentía como salpicaduras de fuego. Veía surgir lo irreparable. Carecía de fuerzas para decir una palabra. Ella se interrumpía y lo contemplaba. «¡Oh, monstruo!», murmuraba. Estaba feroz.

Bruscamente le tomó las manos.

—Gwynplaine, yo soy el trono, tú eres el teatro de feria. Pongámonos al mismo nivel. ¡Oh, qué dichosa me siento por haber caído! Desearía que todos pudieran saber hasta qué extremo soy abyecta. Se prosternarían más, pues cuanto más se aborrece tanto más se arrastra. Así es el género humano: hostil, pero reptil; dragón, pero gusano. Estoy depravada como los dioses. No pueden privarme de ser la bastarda de un rey. Actúo como reina. ¿Quién fue Rodope? Una reina que amó a Phteh, el hombre con cabeza de cocodrilo. Construyó en su honor la tercera pirámide. Pentesilea amó al centauro llamado Sagitario y que es una constelación. ¿Y qué dices de Ana de Austria? Mazarino era bastante feo. Tú no eres feo, eres deforme. Lo feo es pequeño, lo deforme es grande. Lo feo es la mueca del diablo detrás de lo bello. Lo deforme es el revés de lo sublime. Es el otro lado. El Olimpo tiene dos vertientes; la una, en la claridad, da a Apolo; la otra, en la oscuridad, da a Polifemo. Tú eres un Titán. Serías Behemoth en el bosque, Leviatán en el océano, Tifón en la cloaca. Eres supremo. Hay rayo en tu deformidad. Tu rostro fue alterado por un trueno. Lo que hay en tu cara es la torsión irritada del gran puño de fuego. Te amasó y siguió adelante. La gran ira oscura, en un ataque de rabia, enviscó tu alma bajo esa espantosa cara sobrehumana. El infierno es un horno penal donde se calienta ese hierro rojo llamado Fatalidad; tú estás marcado con ese hierro. Amarte es comprender lo grande. Ese es mi triunfo. ¡Qué bello esfuerzo es estar enamorada de Apolo! La gloria está en proporción con el asombro. Te amo. ¡He soñado contigo noches, noches y noches! Este palacio es mío. Verás mis jardines. Hay manantiales bajo las frondas, grutas en las que se puede abrazarse, y muy bellos grupos de mármol que son del caballero Bernin. ¡Y flores! Las hay en exceso. En la primavera es un incendio de rosas. ¿Te he dicho que la Reina es mi hermana? Haz de mí lo que quieras. Estoy hecha para que Júpiter me bese los pies y para que Satán me escupa en la cara. ¿Tienes una religión? Yo soy papista. Mi padre Jacobo II murió en Francia con muchos jesuitas a su alrededor. Nunca sentí lo que siento a tu lado. ¡Oh, desearía pasar la noche contigo, mientras tocan música, los dos juntos en el mismo

almohadón, bajo el toldo de púrpura de una galera dorada, en medio de las dulzuras infinitas del mar! ¡Insúltame! ¡Pégame! ¡Pégame! ¡Trátame como un ser despreciable! ¡Te adoro!

Las caricias pueden rugir. Si lo dudáis, entrad en una jaula de leones. En aquella mujer había horror y se combinaba con la gracia. Nada más trágico. Se sentía la garra y el terciopelo. Era el ataque felino mezclado con la retracción. En aquel vaivén había juego y muerte. Ella idolatraba insolentemente. El resultado era la demencia comunicada. Su lenguaje fatal tenía algo inexplicablemente violento y suave. Lo que insultaba no insultaba, lo que adoraba ultrajaba, lo que befaba deificaba. Su acento imprimía a sus palabras furiosas y amorosas no se sabe qué grandeza prometeica. Las fiestas de la Gran Diosa, cantadas por Esquilo, daban a las mujeres que buscaban a los sátiros bajo las estrellas esa sombría ira épica. Tales paroxismos complicaban las danzas tenebrosas bajo las ramas de Dodona. Aquella mujer estaba como transfigurada, si es posible que se transfigure del lado opuesto al cielo. Su cabellera tenía estremecimientos de crin; su bata se cerraba y volvía a abrirse; nada podía ser tan encantador como aquel pecho lleno de gritos salvajes; los rayos de su ojo azul se mezclaban con las fulminaciones de su ojo negro; era sobrenatural. Gwynplaine, desfallecido, se sentía vencido por la penetración profunda de aquel acercamiento.

—¡Te amo! —gritó ella.

Y le mordió con un beso.

Homero tiene nubes que tal vez iban a ser necesarias para Gwynplaine y Josiana como para Júpiter y Juno. Para Gwynplaine ser amado, y ser amado por una mujer que tenía una mirada y que lo veía, sentir en su boca informe la presión de unos labios divinos, era exquisito y fulgurante. Sentía que ante aquella mujer llena de enigmas todo desaparecía en él. El recuerdo de Dea bregaba en aquella sombra con grititos. Hay un bajorrelieve antiguo que representa a la Esfinge devorando un amor; las alas del ser celestial sangran entre los dientes feroces y sonrientes.

¿Es que Gwynplaine amaba a esa mujer? ¿Es que el hombre tiene dos polos, como el globo terráqueo? ¿Somos nosotros la esfera que gira sobre nuestro eje inflexible, astro de lejos, lodo de cerca, en la que alternan el día y la noche? ¿El corazón tiene dos lados, uno que ama en la luz y otro que ama en las tinieblas? Aquí la mujer rayo, allí la mujer cloaca. El ángel es necesario. ¿Será posible que también lo sea el demonio? ¿Tiene el alma un ala de murciélago? ¿La hora crepuscular suena fatalmente para todos? ¿La culpa forma parte integrante de nuestro destino no recusable? ¿En nuestra naturaleza hay que tomar el mal juntamente con lo demás? ¿Acaso la culpa es una deuda que se debe pagar? Estremecimientos profundos.

Sin embargo, una voz nos dice que es un delito ser débil. Lo que Gwynplaine experimentaba era indecible: la carne, la vida, el espanto, la voluptuosidad, una embriaguez abrumada y toda la cantidad de vergüenza que hay en el orgullo. ¿Iba a caer?

Ella repitió:

—¡Te amo!

Y, frenéticamente, lo estrechó contra su pecho.

Gwynplaine jadeaba.

De pronto, muy cerca de ellos, sonó una campanita firme y clara. Era la empotrada en la pared. La duquesa volvió la cabeza y dijo:

—¿Qué quiere de mí ella?

Y bruscamente, con el ruido de una puerta de resorte, se abrió el panel de plata que tenía incrustada una corona real.

Apareció el interior de un torno tapizado de terciopelo azul, con una carta en un platillo de oro.

Esa carta era voluminosa y cuadrada y estaba colocada de modo que mostraba un sello impreso en cera bermeja. La campanilla seguía sonando.

El panel abierto casi tocaba al diván donde los dos estaban sentados. La duquesa, inclinándose y sujetándose con un brazo al cuello de Gwynplaine, extendió el otro

brazo, tomó la carta del platillo y empujó el panel. El torno se cerró y la campanilla dejó de sonar.

La duquesa rompió el sello de cera entre los dedos, abrió el sobre, sacó los dos pliegos que contenía y arrojó el sobre a los pies de Gwynplaine.

El sello de cera roto seguía siendo descifrable y Gwynplaine pudo ver en él una corona real y debajo la letra A.

El sobre desgarrado mostraba sus dos lados, de modo que se podía leer en él la dirección: «*Para su Gracia la duquesa Josiana*».

Los dos pliegos que contenía el sobre eran un pergamino y una vitela. El pergamino era grande y la vitela pequeña. En el pergamino estaba impreso un gran sello de cancillería en cera verde llamada cera de señoría. La duquesa, palpitante y con los ojos anegados en éxtasis, hizo una imperceptible mueca de fastidio.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Qué me envía ella aquí? ¡Un papelucho! ¡Qué aguafiestas es esa mujer!

Y dejando a un lado el pergamino, entreabrió la vitela.

—Es su letra, la letra de mi hermana. Eso me cansa. Gwynplaine, te pregunté si sabías leer. ¿Sabes leer?

Gwynplaine contestó con un movimiento de cabeza que sí.

Ella se tendió en el diván, casi como una mujer que se acuesta, ocultó cuidadosamente sus pies con la bata y los brazos con las mangas, con un pudor extraño, dejando, no obstante, su pecho descubierto, y, cubriendo a Gwynplaine con una mirada apasionada, le entregó la vitela.

—Pues bien, Gwynplaine, tú eres mío. Comienza tu servicio. Mi bien amado, léeme lo que me escribe la Reina.

Gwynplaine tomó la vitela, la desdobló y, con una voz en la que había temblores de todas clases, leyó:

> «Señora,
>
> «Os enviamos graciosamente la copia adjunta de un acta certificada y firmada por nuestro servidor William Cowper, lord canciller de este reino de Inglaterra, y de la cual resulta la particularidad importante de que el hijo legítimo de lord Linnoeus Clancharlie acaba de ser comprobado y encontrado, con el hombre de *Gwynplaine*, en la vileza de una existencia ambulante y vagabunda y entre los saltimbanquis e histriones. Esa supresión de estado se remonta a su más tierna edad. Como consecuencia de las leyes del reino, y en virtud de su derecho hereditario, lord Fermain Clancharlie, hijo de lord Linnoeus, será, hoy mismo, admitido y reintegrado en la Cámara de los Lores. Por esa razón, deseando trataros bien y conservaros la transmisión de los bienes y dominios de los lores Clancharlie Hunkerville, lo sustituimos en vuestro aprecio a lord David Dirry-Moir. Hemos hecho llevar a lord Fermain a vuestra residencia de Corleone-lodge; ordenamos y queremos, como Reina y

hermana, que nuestro dicho lord Fermain Clancharlie, llamado hasta hoy Gwynplaine, sea vuestro marido, y vos os casaréis con él, y tal es nuestra voluntad real».

Mientras Gwynplaine leía, con entonaciones que cambiaban casi en cada palabra, la duquesa, incorporada en el almohadón del diván, escuchaba con la mirada fija. Cuando Gwynplaine terminó de leer, le arrancó la carta.

—ANA, REINA — dijo, leyendo la firma, en un tono de ensueño.

Luego recogió del suelo el pergamino que había arrojado, y pasó por él la mirada. Era la declaración de los náufragos de la *Matutina*, copiada del acta firmada por el *sheriff* de Southwark y el canciller.

Leída el acta, releyó el mensaje de la Reina, y luego dijo:

—Sea.

Tranquila, mostrando con el dedo a Gwynplaine el cortinón de la galería por donde había entrado:

—Salid —dijo.

Gwynplaine, petrificado, se quedó inmóvil.

Ella repitió, glacial:

—Puesto que sois mi marido, salid.

Gwynplaine, mudo, con la vista baja como un culpable, no se movió.

Ella añadió:

—No tenéis derecho a estar aquí. Este es el lugar de mi amante.

Gwynplaine parecía clavado.

—Pues bien —dijo ella—, seré yo quien se vaya. ¡Ah, sois mi marido! Nada mejor. Os odio.

Se levantó, y lanzando a no se sabe quién en el espacio un altivo gesto de adiós, salió.

El cortinón de la galería se cerró tras ella.

5
Se reconoce, pero no se conoce

Gwynplaine se quedó solo.

Solo en presencia de aquella bañera tibia y aquel lecho deshecho.

La pulverización de las ideas llegaba en él al colmo. Lo que pensaba no se parecía al pensamiento. Era una difusión, una dispersión, la angustia de hallarse en lo incomprensible. Sentía algo como el sálvese quien pueda de un sueño.

La entrada en los mundos desconocidos no es sencilla.

Desde la carta de la duquesa llevada por el paje había comenzado para Gwynplaine una serie de horas sorprendentes, cada vez menos comprensibles. Hasta ese momento soñaba, pero veía con claridad. Ahora andaba a tientas.

Ya no pensaba, ni siquiera soñaba. Sufría.

Se quedó sentado en el diván, en el lugar donde lo había dejado la duquesa.

De pronto se oyó en aquella oscuridad un ruido de pasos. Eran pasos de un hombre. Provenían del lado opuesto a la galería por donde había salido la duquesa. Se acercaban, se los oía sordamente, pero con claridad. Gwynplaine, a pesar de su absorción, escuchó.

Súbitamente, más allá de la cortina de tela de plata que la duquesa había dejado entreabierta, detrás del lecho, la puerta cuya existencia era fácil sospechar bajo el espejo pintado se abrió de par en par, y una voz masculina y alegre, cantando a voz en cuello, lanzó a la habitación de los espejos este estribillo de una vieja canción francesa:

Trois petits gorets sur leur fumier
Juraient comme des porteurs de chaise[109]

Un hombre entró.

Ese hombre tenía la espada al costado y en la mano un sombrero con plumas, cordoncillo y escarapela y vestía un magnífico uniforme marino galoneado.

Gwynplaine se levantó como impulsado por un resorte.

Reconoció al hombre y el hombre lo reconoció.

De sus bocas estupefactas se escapó al mismo tiempo este doble grito:

—¡Gwynplaine!

—¡Tom-Jim-Jack!

El hombre del sombrero con plumas se acercó a Gwynplaine, quien cruzó los brazos.

—¿Cómo estás aquí, Gwynplaine?

—¿Y tú, Tom-Jim-Jack, a qué vienes?

—¡Ah, ya comprendo! ¡Un capricho de Josiana! Un saltimbanqui que es un monstruo es demasiado bello para que lo resista. Te has disfrazado para venir, Gwynplaine.

—Y tú también, Tom-Jim-Jack.

—Gwynplaine, ¿qué significa ese traje de señor?

—Tom-Jim-Jack, ¿qué significa ese uniforme de oficial?

—Gwynplaine, yo no respondo a las preguntas.

—Ni yo tampoco, Tom-Jim-Jack.

—Gwynplaine, yo no me llamo Tom-Jim-Jack.

—Tom-Jim-Jack, yo no me llamo Gwynplaine.

—Estoy en mi casa, Gwynplaine.

—Estoy en mi casa, Tom-Jim-Jack.

—Te prohíbo que me hagas eco. Tú tienes la ironía, pero yo tengo mi bastón. Cuida tus palabras, miserable bribón.

Gwynplaine palideció.

—¡Tú eres el bribón! Y me darás cuenta de ese insulto.

—En tu barraca todo lo que quieras. A puñetazos.

—Aquí y a estocadas.

—Amigo Gwynplaine, la espada es cosa de gentileshombres. Yo no me bato sino con mis iguales. Somos iguales ante el puño, desiguales ante la espada. En la posada Tadcaster, Tom-Jim-Jack puede boxear con Gwynplaine. En Windsor es diferente. Entérate de esto: soy contraalmirante.

—Y yo soy par de Inglaterra.

El hombre en quien Gwynplaine veía a Tom-Jim-Jack soltó una carcajada.

—¿Por qué no rey? En realidad, tienes razón. Un histrión es todos los papeles que representa. Dime que eres Teseo, duque de Atenas.

—Soy par de Inglaterra y nos batiremos.

—Gwynplaine, esto se alarga demasiado. No juegues con quien puede hacer que te azoten. Yo me llamo lord David Dirry-Moir.

—Y yo me llamo lord Clancharlie.

Lord David soltó una segunda carcajada.

—Cierto. Gwynplaine es lord Clancharlie. Es, en efecto, el nombre que hay que tener para poseer a Josiana. Escucha, te perdono. ¿Y sabes por qué? Porque somos los dos amantes.

El cortinón de la galería se apartó y una voz dijo:

—Los dos sois maridos, señores.

Ambos se volvieron.

—¡Barkilphedro! —exclamó David.

Era Barkilphedro, en efecto.

Sonriendo, saludó profundamente a los dos lores.

Detrás de él, a algunos pasos, se hallaba un gentilhombre de rostro respetuoso y severo que tenía una varita negra en la mano.

Ese gentilhombre avanzó, hizo tres reverencias a Gwynplaine y le dijo:

—Milord, soy el ujier de la vara negra. Vengo a buscar a vuestra señoría, obedeciendo las órdenes de Su Majestad.

Libro Octavo

El Capitolio y su vecindad

1
Disección de las cosas majestuosas

La temible ascensión que, desde hacía ya tantas horas, variaba sus deslumbramientos sobre Gwynplaine y lo había llevado a Windsor, lo llevó a Londres.

Las realidades visionarias se sucedían ante él sin solución de continuidad.

No había modo de sustraerse a ellas. Cuando una lo dejaba lo tomaba otra.

No tenía tiempo para respirar.

Quien ha visto un malabarista ha visto el sino. Esos objetos que caen, suben y vuelven a caer son los hombres en la mano del destino.

Proyectiles y juguetes.

En la noche de ese mismo día Gwynplaine se hallaba en un lugar extraordinario.

Estaba sentado en un banco flordelisado. Tenía sobre sus ropas de seda una toga de terciopelo escarlata forrada de tafetán blanco con roquete de armiño, y en los hombros dos bandas de armiño con bordados de oro.

Tenía a su alrededor hombres de todas las edades, jóvenes y viejos, sentados como él sobre las flores de lis y como él vestidos de armiño y púrpura.

Ante él veía a otros hombres, de rodillas. Esos hombres tenían togas de seda negra. Algunos de esos hombres arrodillados escribían.

Frente a él, a una distancia, veía escalones, un estrado, un dosel, un gran escudo de armas centelleante entre un león y un unicornio y, bajo el dosel, en el estrado, sobre los escalones, adosado al escudo de armas, un sillón dorado y coronado. Era un trono.

El trono de Gran Bretaña.

Gwynplaine se hallaba, par él mismo, en la Cámara de los Pares de Inglaterra.

¿De qué manera se había realizado esa introducción de Gwynplaine en la Cámara de los Lores? Digámoslo.

Toda la jornada, desde la mañana hasta la noche, desde Windsor hasta Londres, desde Corleone-lodge hasta Westminster-Hall, había sido una subida de escalón en escalón. En cada escalón había experimentado un nuevo aturdimiento.

Lo llevaron a Windsor en los carruajes de la Reina, con la escolta correspondiente a un par. La guardia que honra se parece mucho a la guardia que custodia.

Ese día los que vivían junto a la ruta de Windsor a Londres vieron galopar una cabalgata de gentilhombres pensionistas de Su Majestad que acompañaban a dos palanquines de gala en posta real. En el primero se sentaba el ujier de la vara negra, con su varita en la mano. En el segundo se veía un gran sombrero de plumas blancas que cubría de sombra un rostro que no se percibía. ¿Quién iba en él? ¿Un príncipe? ¿Un prisionero?

Era Gwynplaine.

Aquello tenía el aspecto de alguien a quien se lleva a la Torre de Londres, a menos que fuese alguien a quien llevaban a la Cámara de los Pares.

La Reina había hecho bien las cosas. Como se trataba del futuro marido de su hermana, le dio una escolta de su propio servicio.

El oficial de ujier de la vara iba a caballo a la cabeza del cortejo.

El ujier de la vara negra tenía en su palanquín, en su traspontín, un cojín de paño de plata. En ese cojín había una cartera negra sellada con una corona real.

En Brentford, último relevo antes de Londres, los dos palanquines y la escolta hicieron alto.

Esperaba una carroza tirada por cuatro caballos, con cuatro lacayos detrás, dos postillones delante y un cochero con peluca. Ruedas, estribos, sopandas, lanza, todas las partes de la carroza eran doradas. Los caballos tenían jaeces de plata.

Ese coche de gala era de un diseño majestuoso y admirable y habría figurado magníficamente entre las cincuenta y una carrozas célebres cuyas imágenes nos ha dejado Roubo.

El ujier de la vara negra se apeó, así como su oficial.

El oficial retiró del traspontín del palanquín el cojín sobre el que estaba la cartera con corona, lo tomó en las dos manos y se colocó a pie detrás del ujier.

El ujier de la vara negra abrió la portezuela de la carroza, que estaba vacía, luego la del palanquín donde estaba Gwynplaine y, bajando la vista, invitó respetuosamente a Gwynplaine a sentarse en la carroza.

Gwynplaine descendió del palanquín y subió a la carroza.

El ujier con la vara y el oficial con el cojín entraron en ella después y ocuparon la banqueta baja destinada a los pajes en los antiguos coches de ceremonia.

La carroza estaba tapizada por dentro con raso blanco guarnecido con encaje de Binche, con crestones y borlas de plata. El techo tenía blasones.

Los postillones de los dos palanquines abandonados llevaban la sobrevesta real. El cochero, los postillones y los lacayos de la carroza tenían otra librea, magnífica.

Gwynplaine, a través del sonambulismo en que estaba como anonadado, observó esa servidumbre fastuosa y preguntó al ujier de la vara negra:

—¿Qué librea es esa?

El ujier de la vara negra contestó:

—La vuestra, milord.

Ese día la Cámara de los Lores debía reunirse por la noche. *Curia erat serena*[110], dicen las viejas actas. En Inglaterra la vida parlamentaria es de buen grado una vida nocturna. Se sabe que en una ocasión Sheridan comenzó a medianoche un discurso y lo terminó al salir el sol.

Las dos sillas de posta volvieron vacías a Windsor; la carroza en que iba Gwynplaine se dirigió a Londres.

La carroza de gala tirada por cuatro caballos fue a Londres por el paso de Brentford. La dignidad de la peluca del cochero lo exigía.

En la figura de ese cochero solemne la ceremonia tomaba posesión de Gwynplaine.

Por lo demás, esos retrasos eran, según todas las apariencias, calculados. Más adelante se verá el motivo probable.

Todavía no era de noche, pero faltaba poco, cuando la carroza se detuvo ante la King's Gate, pesada puerta de arco rebajado entre dos torrejones que comunicaba White-Hall con Westminster.

La cabalgata de los gentileshombres pensionistas se agrupó alrededor de la carroza.

Uno de los lacayos que iban de pie en la parte trasera saltó al suelo y abrió la portezuela.

El ujier de la vara negra, seguido por su oficial que llevaba el cojín, salió de la carroza y dijo a Gwynplaine:

—Milord, dignaos descender. Que vuestra señoría conserve el sombrero en la cabeza.

Gwynplaine estaba vestido, bajo su capa de viaje, con el traje de seda que no se había quitado desde la víspera. No tenía espada.

Dejó la capa en la carroza.

Bajo la bóveda carrocera de la King's Gate había una puerta lateral pequeña, a la que se subía por varios escalones.

En las ceremonias el respeto consiste en preceder.

El ujier de la vara negra, seguido por su oficial, iba delante.

Gwynplaine seguía a ambos.

Subieron los peldaños y entraron por la puerta lateral.

Algunos instantes después se hallaban en una sala redonda y grande con un pilar en el centro, base de un torrejón, aposento bajo iluminado por ojivas estrechas como lancetas de ábside y que debía de estar oscura inclusive en pleno día. Poca luz forma a veces parte de la solemnidad. Lo oscuro es majestuoso.

En esa sala se hallaban en pie trece hombres, tres delante, seis en segunda fila y cuatro detrás.

Uno de los tres primeros tenía una cota de terciopelo encarnado, y los otros dos cotas del mismo color, pero de raso. Los tres llevaban las armas de Inglaterra bordadas en el hombro.

Los seis de la segunda fila vestían dalmáticas de muaré blanco, cada uno con un blasón diferente en el pecho.

Los cuatro últimos, todos de muaré negro, se distinguían unos de otros, el primero por una capa azul, el segundo por un San Jorge escarlata en el estómago, el tercero por dos cruces carmesíes bordadas en el pecho y la espalda, y el cuarto por una

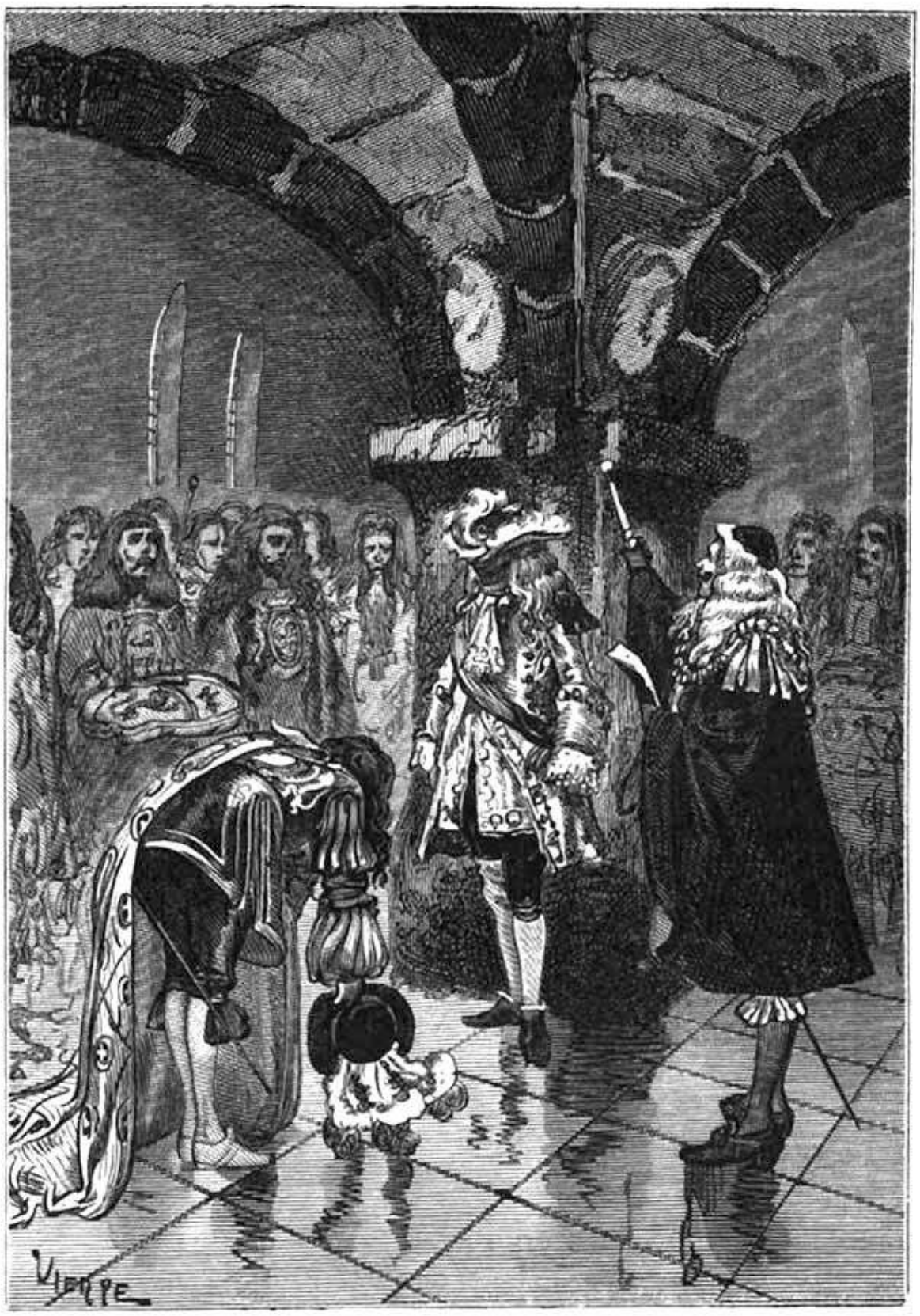
esclavina de piel negra llamada piel de cibelina. Todos llevaban peluca, la cabeza descubierta y la espada al costado.

Apenas se distinguían sus rostros en la penumbra. Ellos no podían ver el de Gwynplaine.

El ujier de la vara negra alzó ésta y dijo:

—Milord Fermain Clancharlie, barón Clancharlie y Hunkerville: yo, ujier de la vara negra, primer oficial de la sala de audiencias, entrego a vuestra señoría a Jarretera, rey de armas de Inglaterra.

El personaje de la cota de terciopelo, dejando a los otros detrás de él, hizo a Gwynplaine una reverencia profunda y dijo:



—Milord Fermain Clancharlie, yo soy Jarretera, primer rey de armas de Inglaterra. Soy el funcionario creado y coronado por su gracia el duque de Norfolk, conde-mariscal hereditario. Juré obediencia al Rey, a los pares y a los caballeros de la Jarretera. El día de mi coronación, en el que el conde-mariscal de Inglaterra me vertió

un vaso de vino en la cabeza, prometí solemnemente ser útil a la nobleza, evitar la compañía de las personas de mala reputación, excusar más bien que censurar a las personas de calidad y ayudar a las viudas y las vírgenes. Yo soy el encargado de arreglar las ceremonias del entierro de los pares y el que tiene el cuidado y la guardia de sus escudos de armas. Me pongo a las órdenes de vuestra señoría.

El primero de los otros dos vestidos con cotas de raso hizo una reverencia y dijo:

—Milord, yo soy Clarence, segundo rey de armas de Inglaterra. Soy el funcionario que arregla el entierro de los nobles inferiores a los pares. Me pongo a las órdenes de vuestra señoría.

El otro hombre con cota de raso saludó y dijo:

—Milord, yo soy Norroy, tercer rey de armas de Inglaterra. Me pongo a las órdenes de vuestra señoría.

Los seis de la segunda fila, rígidos y sin saludar, dieron un paso.

El primero a la derecha de Gwynplaine dijo:

—Milord, nosotros somos los seis duques de armas de Inglaterra. Yo soy York.

Luego cada uno de los heraldos o duques de armas tomó la palabra por turno y se nombró:

—Yo soy Lancaster.

—Yo soy Richmond.

—Yo soy Chester.

—Yo soy Somerset.

—Yo soy Windsor.

Los blasones que tenían en el pecho eran los de los condados y ciudades cuyos nombres llevaban.

Los cuatro vestidos de negro y que estaban detrás de los heraldos guardaron silencio.

El rey de armas Jarretera los señaló con el dedo a Gwynplaine y dijo:

—Milord, esos son los cuatro persevantes o aspirantes a heraldos.

—Capa-Azul.

El hombre de la capa azul saludó con un movimiento de cabeza.

—Dragón-Rojo.

El hombre del San Jorge saludó.

—Roja-Cruz.

El hombre de las cruces escarlatas saludó.

—Porta-corredera.

El hombre de la piel de cibelina saludó.

A una señal del rey de armas, el primero de los persevantes, Capa-Azul, avanzó y tomó de manos del oficial del ujier el cojín de paño de plata y la cartera con corona.

Y el rey de armas dijo al ujier de la vara negra:

—Así sea. Doy a vuestro honor recepción de su señoría.

Estas ceremonias y otras que van a seguir constituían el viejo ceremonial anterior a Enrique VIII que Ana, durante un tiempo, trató de resucitar. Nada de eso se hace ya al presente. Sin embargo, la Cámara de los Lores se cree inmutable; y si lo inmemorial existe en alguna parte es en ella.

Cambia, no obstante. *E pur si muove*.

¿Qué ha sido, por ejemplo, del *may pole*, ese mástil de muelle que la ciudad de Londres colocaba al paso de los pares que iban al Parlamento[111]? El último que figuró fue enarbolado en 1713. Desde entonces el *may pole* ha desaparecido, por haber caído en desuso.

La apariencia es la inmovilidad, la realidad es el cambio. Tomad, por ejemplo, este título: Albermarle. Parece eterno, pero con ese título se han sucedido seis familias: Odo, Mandeville, Bethune, Plantagenet, Beauchamp y Monk. Con el título de Leicester se han sucedido cinco nombres diferentes: Beaumont, Brewose, Dudley, Sidney y Coke. Con el de Lincoln, seis, Con el de Pembroke, siete. Etcétera. Las familias cambian bajo los títulos que no se mueven. El historiador superficial cree en la inmutabilidad. En realidad, no hay duración. El hombre no puede ser sino ola. La onda es la humanidad.

Las aristocracias se enorgullecen de lo que las mujeres consideran una humillación: envejecer; pero tanto las mujeres como las aristocracias tienen la misma ilusión: conservarse.

Es probable que la Cámara de los Lores no se reconozca en lo que acaba de leerse y lo que se va a leer, un poco como la mujer linda de otro tiempo que no quiere tener arrugas. El espejo es un viejo acusado y se defiende.

El rey de armas se dirigió a Gwynplaine:

—Tened la bondad de seguirme, milord.

Y añadió:

—Os saludarán. Vuestra señoría levantará solamente el borde del sombrero.

Y se dirigieron en cortejo hacia una puerta que estaba en el fondo de la sala redonda.

El ujier de la vara negra abría la marcha. Lo seguía Capa-Azul con el cojín, luego iba el rey de armas, y detrás del rey de armas Gwynplaine con el sombrero puesto.

Los otros reyes de armas, los heraldos y los persevantes se quedaron en la sala redonda.

Gwynplaine, precedido por el ujier de la vara negra y conducido por el rey de armas, siguió de sala en sala un itinerario que sería imposible encontrar al presente, pues la vieja residencia del Parlamento de Inglaterra fue demolida.

Pasó, entre otras, por la sala gótica donde se había realizado la entrevista decisiva de Jacobo II y Monmouth y había visto el arrodillamiento inútil del sobrino cobarde ante el tío feroz. Alrededor de esa sala se alineaban en la pared, por orden cronológico, con sus nombres y sus blasones, nueve retratos de cuerpo entero de antiguos pares: lord Nansladron, 305; lord Baliol, 1306; lord Benestede, 1314; lord

Cantilupe, 1356; lord Montbegon, 1357; lord Tibotot, 1372; lord Zouch of Codnor, 1615; lord Bella-Aqua, sin fecha; lord Harren y Surrey, conde de Blois, sin fecha.

Como era ya de noche, había lámparas de distancia en distancia en las galerías. Candelabros de cobre con velas de cera estaban encendidos en las salas, iluminadas más o menos como las naves laterales de las iglesias.

No se veían más que las personas necesarias.

En una sala por la que pasó el cortejo se hallaban en pie, con la cabeza respetuosamente inclinada, los cuatro escribanos de la firma y el escribano de los papeles de Estado.

En otra se hallaba el honorable Philip Sydenham, caballero mesnadero, señor de Brympton en Somerset. El caballero mesnadero es el que libra la guerra por el Rey bajo la bandera real desplegada.

En otra estaba el más antiguo baronet de Inglaterra, sir Edmund Bacon de Suffolk, heredero de sir Nicholas y calificado como *primus baronetorum Anglioe*. Sir Edmund tenía detrás a su arquífero, que llevaba su arcabuz, y su escudero, que llevaba las armas de Ulster, pues los baronets eran los defensores natos del condado de Ulster en Irlanda.

En otra se hallaba el ministro de Hacienda, acompañado por sus cuatro contadores y dos delegados del camarero mayor encargados de señalar los tributos. Además estaba el maestro de monedas, que tenía en la mano abierta una libra esterlina, hecha, como se hacía con las libras, a torniquete. Esos ocho personajes hicieron la reverencia al nuevo lord.

A la entrada del corredor alfombrado con una estera que comunicaba la Cámara baja con la alta saludó a Gwynplaine sir Thomas Mansell de Margam, superintendente de la casa de la Reina y miembro del Parlamento por Glamorgan; y a la salida le saludó una delegación «de uno por cada dos» de los barones de los Cinco Puertos, alineados a derecha e izquierda, cuatro por cuatro, pues los Cinco Puertos eran ocho. William Ashburnham le saludó por Hastings, Matthew Aylmor por Douvres, Josias Burchett por Sandwich, sir Philip Boteler por Hyeth, John Brewer por New Rummey, Edward Southwell por la ciudad de Rye, James Hayes por la ciudad de Winchelsea, y Georges Nailor por la ciudad de Seaford.

El rey de armas, como Gwynplaine se disponía a devolver el saludo, le recordó en voz baja el ceremonial.

—Solamente el borde del sombrero, milord.

Gwynplaine hizo como se le indicaba.

Llegó a la sala pintada, en la que no había pintura alguna, fuera de algunas figuras de santos, entre ellos San Eduardo, bajo los arcos de las largas ventanas ojivales cortadas en dos por el piso y de las cuales la parte baja correspondía a Westminster-Hall y la parte alta a la sala pintada.

En la parte de acá de la barrera de madera que cruzaba de un lado a otro la sala pintada se hallaban los tres secretarios de Estado, hombres importantes. El primero de

esos funcionarios tenía en sus atribuciones el sur de Inglaterra, Irlanda y las colonias, más Francia, Suiza, Italia, España, Portugal y Turquía. El segundo dirigía el norte de Inglaterra, con fiscalización en los Países Bajos, Alemania, Dinamarca, Suecia, Polonia y Moscovia. El tercero, escocés, se hallaba a cargo de Escocia. Los dos primeros eran ingleses. Uno de ellos era el honorable Robert Harley, miembro del Parlamento por la ciudad de New-Radnor. Un diputado de Escocia, Mungo Graham, caballero, pariente del duque de Montrose, estaba presente. Todos saludaron a Gwynplaine en silencio.

Gwynplaine tocó el borde de su sombrero.

El guardabarrera levantó el brazo de madera con bisagra que daba entrada a la parte trasera de la sala pintada, en la que estaba la larga mesa verde tapizada reservada solamente a los lores.

En la mesa había un candelabro encendido.

Gwynplaine, precedido por el ujier de la vara negra, Capa-Azul y Jarretera, entró en ese compartimiento privilegiado.

El guardabarrera volvió a cerrar la entrada cuando pasó Gwynplaine.

El rey de armas se detuvo inmediatamente después.

La sala pintada era espaciosa.

Se veía en el fondo, en pie bajo el escudo de armas real colocado entre las dos ventanas, a dos ancianos vestidos con túnicas de terciopelo rojo con dos bandas de armiño orladas con galones de oro en el hombro y sombreros con plumas blancas sobre las pelucas. Por la abertura de las túnicas se veía su traje de seda y la punta de su espada.

Tras ellos se hallaba inmóvil un hombre con ropa de muaré negro y que tenía en alto una gran maza de oro con un león coronado en el extremo.

Era el macero de los pares de Inglaterra.

El león es su insignia: *Et les lions ce sont les Barons et li Per*, dice la crónica manuscrita de Bertrand Duguesclin.

El rey de armas mostró a Gwynplaine los dos personajes con túnicas de terciopelo y le dijo al oído:

—Milord, esos son vuestros iguales. Les devolveréis el saludo exactamente como os lo harán. Esas dos señorías aquí presentes son dos barones y vuestros padrinos designados por el lord canciller. Son muy viejos y están casi ciegos. Son ellos quienes os introducirán en la Cámara de los Lores. El primero es Charles Mildmay, lord Fitzwalter, sexto señor del banco de los barones; el segundo es Augustus Arundel, lord Arundel de Trerice, trigésimo octavo señor del banco de los barones.

El rey de armas, dando un paso hacia los dos ancianos, elevó la voz:

—Fermain Clancharlie, barón Clancharlie, barón Hunkerville, marqués de Corleone en Sicilia, par del reino, saluda a vuestras señorías.

Los dos lores levantaron sus sombreros sobre su cabeza hasta toda la longitud del brazo, y luego volvieron a ponérselos.

Gwynplaine les devolvió el saludo de la misma manera.

El ujier de la vara negra avanzó, luego Capa-Azul, y luego Jarretera.

El macero fue a colocarse delante de Gwynplaine, y los dos lores a sus costados, lord Fitzwalter a su derecha y lord Arundel de Trerice a su izquierda. Lord Arundel estaba muy decrépito y era el más viejo de los dos. Murió al año siguiente, legando a su nieto John, menor, su pairía, la que, por lo demás, iba a extinguirse en 1768.

Ese cortejo salió de la sala pintada y avanzó por una galería con pilastras donde alternaban de centinela, de pilastra en pilastra, partesaneros de Inglaterra y alabarderos de Escocia.

Los alabarderos escoceses eran esa magnífica tropa con las piernas desnudas digna de hacer frente posteriormente en Fontenoy a la caballería francesa y a los coraceros del Rey, a los que su coronel decía: «Señores maestros, aseguraos los sombreros, porque vamos a tener el honor de cargar».

El capitán de los partesaneros y el capitán de los alabarderos saludaron con la espada a Gwynplaine y a los dos lores padrinos. Los soldados también saludaron, unos con la partesana y los otros con la alabarda.

En el fondo de la galería resplandecía una gran puerta, tan magnífica que las dos hojas parecían dos láminas de oro.

A ambos lados de la puerta estaban dos hombres inmóviles. Por su librea se podía reconocer a los *doorkeepers*, o porteros.

Un poco antes de llegar a esa puerta la galería se ensanchaba y formaba una plazoleta circular con vidrios.

En esa plazoleta circular se hallaba sentado en un sillón con respaldo desmesurado un personaje augusto por la enormidad de su toga y su peluca. Era William Cowper, lord canciller de Inglaterra.

Es una cualidad ser más achacoso que el Rey. William Cowper era miope. Ana también lo era, pero menos. Esa vista corta de William Cowper agradaba a la miopía de Su Majestad e hizo que la Reina lo eligiera canciller y guardián de la conciencia regia.

William Cowper tenía el labio superior delgado y el inferior grueso, señal de bondad a medias.

Iluminaba la plazoleta redonda una lámpara colgada del techo.

El lord canciller, grave en su alto sillón, tenía a su derecha una mesa a la que se sentaba el escribano de la Corona, y a su izquierda otra mesa a la que se sentaba el escribano del Parlamento.

Cada uno de los dos escribanos tenía ante sí un registro abierto y un recado de escribir.

Detrás del sillón de lord canciller se hallaba su macero, con la maza coronada. También se hallaban el portacola y el portabolsa, con grandes pelucas. Todos esos cargos existen todavía.

En una credencia próxima al sillón había una espada con puño de oro y vaina y talabarte de terciopelo rojo.

Detrás del escribano de la Corona se hallaba de pie un funcionario que sostenía, completamente abierta con las dos manos, una toga, que era la toga de la coronación.

Detrás del escribano del Parlamento otro funcionario tenía desplegada otra toga, que era la toga del Parlamento.

Esas togas, ambas de terciopelo carmesí con forro de tafetán blanco y dos bandas de armiño galoneadas en los hombros, eran iguales, excepto que la de coronación tenía un roquete de armiño más ancho.

Un tercer funcionario, que era el «bibliotecario», llevaba en un cojín de cuero de Flandes el *red-book*, o libro rojo, librito encuadernado en tafilete rojo que contenía la lista de los pares y los comunes, más unas páginas en blanco y un lápiz que se acostumbraba a reponer cada vez que ingresaba en el Parlamento un miembro nuevo.

El cortejo que cerraba Gwynplaine entre los dos pares padrinos suyos se detuvo ante el sillón del lord canciller.

Los dos pares padrinos se quitaron los sombreros y Gwynplaine hizo lo mismo.

El rey de armas recibió de manos de Capa-Azul el cojín de tela de plata, se puso de rodillas y presentó la cartera negra colocada sobre el cojín al lord canciller.

El lord canciller tomó la cartera y la entregó al escribano del Parlamente. El escribano se acercó ceremoniosamente para recibirla y luego volvió a su asiento. Abrió la cartera y se levantó.

La cartera contenía los dos mensajes de práctica: la patente regia dirigida a la Cámara de los Lores y el auto de comparecencia[112] dirigido al nuevo par.

El escribano, de pie, leyó en voz alta los dos mensajes, con una lentitud respetuosa.

El requerimiento a ocupar su asiento dirigido a lord Fermain Clancharlie terminaba con las fórmulas de costumbre: «Os ordenamos estrictamente[113], bajo la fe y la fidelidad que nos debéis, que vengáis a ocupar personalmente vuestro lugar entre los prelados y los pares que se sientan en nuestro Parlamento de Westminster, con el fin de que deis vuestra opinión, con todo honor y conciencia, acerca de los asuntos del Reino y de la Iglesia».

Terminada la lectura de los mensajes, el lord canciller elevó la voz:

—Se ha dado acta a la Corona. Lord Fermain Clancharlie, ¿vuestra señoría renuncia a la transubstanciación, la adoración de los santos y la misa?

Gwynplaine se inclinó.

—Se ha dado acta —dijo el lord canciller.

Y el escribano del Parlamento declaró:

—Su señoría ha prestado el juramento de prueba.

El lord canciller añadió:

—Milord Fermain Clancharlie, podéis ocupar vuestro asiento.

—Así sea —dijeron los dos padrinos.

El rey de armas se levantó, tomó la espada de la credencia y la enhebilló en el cinturón de Gwynplaine.

«Hecho esto —dicen las viejas cartas normandas —, el par toma su espada, sube a los altos asientos y asiste a la sesión».

Gwynplaine oyó a su espalda que alguien le decía:

—Revisto a vuestra señoría con la toga de Parlamento.

Y al mismo tiempo el funcionario que le hablaba y que llevaba esa toga se la puso y le ató al cuello la cinta negra del roquete de armiño.

Ahora Gwynplaine, con la toga de púrpura y la espada al costado, se parecía a los dos lores que tenía a derecha e izquierda.

El bibliotecario le presentó el *red-book* y se lo puso en el bolsillo de la toga.

El rey de armas le murmuró al oído:

—Milord, al entrar saludaréis a la silla real.

La silla real es el trono.

Entretanto, los dos escribanos escribían, cada uno en su mesa, el uno en el registro de la Corona y el otro en el registro del Parlamento.

Ambos, el uno después del otro, y el de la Corona en primer lugar, llevaron su libro al lord canciller, quien firmó.

Después de haber firmado en los dos registros, el lord canciller se levantó y dijo:

Lord Fermain Clancharlie, barón de Clancharlie, barón Hunkerville, marqués de Corleone en Italia, sed bienvenido entre vuestros pares, los señores espirituales y

temporales de la Gran Bretaña.

Los dos padrinos de Gwynplaine le tocaron el hombro y él se volvió.

La gran puerta dorada del fondo de la galería se abrió de par en par.

Era la puerta de la Cámara de los pares de Inglaterra.

No habían pasado treinta y seis horas desde que Gwynplaine, rodeado por otro cortejo, había visto abrirse ante él la puerta de hierro de la cárcel de Southwark.

Era terrible la rapidez con que habían pasado sobre su cabeza todas esas nubes, nubes que eran acontecimientos y rapidez que era una toma por asalto.

2
Imparcialidad

La creación de una igualdad con el Rey, llamada pairía, fue en las épocas bárbaras una ficción útil. En Francia y en Inglaterra ese recurso político rudimentario produjo resultados diferentes. En Francia, el par fue un rey falso; en Inglaterra fue un verdadero príncipe, menos grande que en Francia, pero más real. Se podría decir: menor pero peor.

La pairía nació en Francia. La época es incierta: bajo Carlomagno, según la leyenda; bajo Roberto el Sabio, según la historia. La historia no está más segura que la leyenda de lo que dice. Favin escribió: «El Rey de Francia quiso atraer a los grandes de su Estado con ese título magnífico de Pares, como si fuesen iguales».

La pairía se bifurcó muy pronto y de Francia pasó a Inglaterra.

La pairía inglesa fue un gran hecho y casi una gran cosa. Tuvo como precedente el *wittenagemot* sajón. El *thane* danés y el *valvasor* normando se fundieron en el barón. Barón es la misma palabra que *vir*, que se traduce en español por *varón* y que significa, por excelencia, hombre. Desde 1705 los barones dan quehacer al Rey. ¡Y a qué Rey! A Guillermo el Conquistador. En 1086 dan una base al feudalismo; esa base es el *Doomsday-Book*, el «Libro del Juicio Final». En el reinado de Juan Sin Tierra se produce un conflicto: el señorío francés trata con altivez a Gran Bretaña y los pares de Francia juzgan en su tribunal al rey de Inglaterra. Eso indigna a los barones ingleses. En la consagración de Felipe Augusto, el rey de Inglaterra llevaba, como duque de Normandía, el primer pendón cuadrado y el duque de Guyena el segundo. Contra ese rey vasallo del extranjero estalla la «guerra de los señores». Los barones imponen al miserable rey Juan la Carta Magna, de la que sale la Cámara de los Lores. El Papa interviene en favor del Rey y excomulga a los lores. La fecha es 1215 y el Papa, Inocencio III, quien escribió el *Veni sancte Spiritus* y envió a Juan Sin Tierra las cuatro virtudes cardinales en la forma de cuatro anillos de oro. Los lores insisten y se produce un largo duelo que durará muchas generaciones. Pembroke lucha. 1248 es el año de las «Provisiones de Oxford». Veinticuatro barones limitan al Rey, lo discuten y llaman, para que intervengan en la querella ampliada, a un caballero por cada condado. Es el alba de los comunes. Más tarde los lores se agregaron dos ciudadanos por cada ciudad y dos burgueses por cada burgo. Eso hizo que, hasta Isabel, los pares fueran jueces de la validez de las elecciones de los comunes. De su jurisdicción nació el adagio: «Los diputados deben ser nombrados sin las tres P: *sine Prece, sine Pretio, sine Poculo*[114]» lo que no impidió los *burgos podridos*[115]. En 1293 el tribunal de los pares de Francia todavía consideraba justiciable al rey de Inglaterra, y Felipe el Hermoso citó ante sí a Eduardo I. Eduardo I era el rey que ordenó a su hijo que lo hiciera hervir después de su muerte y llevara sus huesos a la

guerra. Ante esas locuras regias los lores sienten la necesidad de fortalecer el Parlamento, y lo dividen en dos cámaras: la alta y la baja. Los lores conservan arrogantemente la supremacía. «Si sucede que uno de los comunes es tan temerario que habla desventajosamente de la Cámara de los Lores, se lo llama al tribunal para que reciba corrección, y a veces se lo envía a la Torre[116]». La misma distinción en el voto. En la Cámara de los Lores se vota uno por uno, comenzando por el último barón, al que se llama «el segundón». Cada par llamado responde *content* o *not content*, o sea voto en pro o en contra. En los Comunes votan todos juntos por Sí o No, en rebaño. Los comunes acusan y los pares juzgan. Los pares, por desdén de las cifras, delegan en los comunes, que se aprovechan de ello, la fiscalización del *exchequer*, llamado así, según unos, por el tapete de la mesa que representaba un *tablero de ajedrez* y, según otros, por los cajones del viejo armario donde se guardaba, tras una reja de hierro, el tesoro de los reyes de Inglaterra. De fines del siglo XIII data el registro anual, el *Year-book*. En la guerra de las Dos Rosas se siente el peso de los lores, ora del lado de Juan de Gante, duque de Lancaster, ora del lado de Edmundo, duque de York. Wat-Tyler, los Lollards, Warwick, el hacedor de reyes, toda esa anarquía madre de la que saldrá la emancipación, tiene como punto de apoyo, confesado o secreto, el feudalismo inglés. Los lores envidian provechosamente el trono; envidiar es vigilar; limitan la iniciativa real, restringen los casos de alta traición, suscitan falsos Ricardos contra Enrique IV, se hacen árbitros, juzgan la cuestión de las tres coronas entre el duque de York y Margarita de Anjou y, si es necesario, recluían ejércitos y libran batallas como las de Shrewsbury, Tewkesbury y Saint-Alban, unas veces perdidas y otras ganadas. Ya en el siglo XIII alcanzaron la victoria de Lewes y expulsaron del reino a los cuatro hermanos del Rey, bastardos de Isabel y del conde de la Marche, usureros los cuatro y que explotaban a los cristianos para beneficiar a los judíos; por un lado príncipes y por el otro estafadores, cosa que se ha vuelto a ver posteriormente, pero que era poco estimada en aquella época. Hasta el siglo XV el duque normando sigue siendo visible en el rey de Inglaterra y las actas del Parlamento se redactan en francés. Desde Enrique VII, por la voluntad de los lores, se redactan en inglés. Inglaterra, bretona bajo Uther Pendragon, romana bajo César, sajona bajo la heptarquía, danesa bajo Harold, normanda después de Guillermo, se hace, gracias a los lores, inglesa. Después se hace anglicana. Tener una religión propia constituye una gran fuerza. Un Papa exterior trasiega la vida nacional. Una Meca es un pulpo. En 1534 Londres se separa de Roma, la pairía adopta la reforma y los lores aceptan a Lutero. Es una réplica a la excomunión de 1215. Esto convenía a Enrique VIII, pero con respecto a otras cosas los lores le molestaban. Un buldog ante un oso es la Cámara de los Lores ante Enrique VIII. Cuando Wolsey roba White-Hall a la nación y cuando Enrique VIII roba White-Hall a Wolsey, ¿quiénes gruñen? Cuatro lores: Darcie de Chichester, Saint-John de Bletso y (dos nombres normandos) Mountjoye y Mounteagle. El Rey usurpa y los pares invaden jurisdicciones. La herencia implica incorruptibilidad, y a

eso se debe la insubordinación de los lores. Delante de Isabel misma los barones se agitan y la consecuencia son los suplicios de Durham. Esa falda tiránica se tiñe en sangre. Isabel es un guardainfante bajo el que hay un tajo. Reúne el Parlamento lo menos que puede, y reduce la Cámara de los Lores a sesenta y cinco miembros, sólo uno de los cuales es marqués, Westminster, y ni uno solo duque. Por lo demás, los reyes de Francia se sentían igualmente celosos y realizaron la misma eliminación. Bajo Enrique III no había más que ocho ducados-pairías, y desagradaba mucho al Rey que el barón de Mantés, el barón de Coucy, el barón de Coulommiers, el barón de Cháteauneuf en Timerai, el barón de la Fére en Tardenois, el barón de Mortagne y algunos otros más siguieran siendo barones pares de Francia. En Inglaterra la Corona dejaba de buena gana que las pairías se extinguiesen; bajo Ana, para no citar más que un ejemplo, las extinciones desde el siglo XII llegaban a un total de quinientas sesenta y cinco pairías abolidas. La Guerra de las Rosas inició la extirpación de los duques, que terminó María Tudor a hachazos. Eso era decapitar la nobleza. Cortar el duque es cortar la cabeza. Era una buena política, sin duda, pero corromper es mejor que cortar. Es lo que opinaba Jacobo I, quien restauró el ducado. Hizo duque a su favorito Villiers, quien lo había hecho puerco[117]. Era la transformación del duque feudal en duque cortesano. Eso pululará. Carlos II hará duquesas a dos de sus queridas, Barbe de Southampton y Louise de Quérouel. En el reinado de Ana habrá veinticinco duques, tres de ellos extranjeros, Cumberland, Cambridge y Schonberg. Estos procedimientos cortesanos, inventados por Jacobo I, ¿dan buen resultado? No. La Cámara de los Lores se siente amenazada por la intriga y se irrita. Se irrita contra Carlos I, quien dicho sea de paso, tal vez ha matado un poco a su padre como María de Médicis tal vez mató un poco a su marido. Se produce la ruptura entre Carlos I y los pares. Los lores, que en el reinado de Jacobo I habían mandado a su tribunal la concusión en la persona de Bacon, en el reinado de Carlos I procesan a la traición en la persona de Stafford. Habían condenado a Bacon y condenan a Stafford. El uno perdió el honor y el otro pierde la vida. Carlos I es decapitado por primera vez en Stafford. Los lores ayudan a los comunes. El Rey convoca al Parlamento en Oxford y la revolución lo convoca en Londres; cuarenta y tres pares van con el Rey y veintidós con la República. De esta aceptación del pueblo por los lores sale la *declaración de derechos*, esbozo de nuestros *derechos del hombre*, vaga sombra proyectada desde el fondo del porvenir por la revolución de Francia sobre la revolución de Inglaterra.

Tales son los servicios. Involuntarios, por supuesto, y pagados a alto precio, pues esa pairía es un parásito enorme. Pero son importantes. La obra despótica de Luis XI, Richelieu y Luis XIV, obra de un sultán; el aplanamiento tomado por igualdad, el apaleamiento con el cetro, las multitudes niveladas por el rebajamiento, ese trabajo turco hecho en Francia lo han impedido los lores en Inglaterra. Han hecho de la aristocracia un muro que por un lado pone un dique al Rey y por el otro protege al pueblo. Compensan su arrogancia con el pueblo con su insolencia con el Rey. Simón, conde de Leicester, le dijo a Enrique III: «Rey, has mentido». Los lores imponen

servidumbres a la Corona; hieren al Rey en el lugar sensible, en la montería. Todo lord que pasa por un parque real tiene derecho a matar un gamo. En la casa del Rey el lord está en su casa. Que el Rey tuviera que pagar a la Torre de Londres una tarifa no superior a la de un par, doce libras esterlinas por semana, se debe a la Cámara de los Lores. Más todavía: se les debe el Rey destronado. Los lores destituyeron a Juan Sin Tierra, degradaron a Eduardo II, depusieron a Ricardo II, destrozaron a Enrique VI e hicieron posible a Cromwell. ¡Qué Luis XIV había en Carlos I! Gracias a Cromwell quedó latente. Por lo demás, digámoslo de paso, Cromwell mismo, ningún historiador ha tenido en cuenta este hecho, pretendía la pairía, y eso fue lo que le hizo casarse con Elisabeth Bourchier, descendiente y heredera de un Cromwell, lord Bourchier, cuya pairía se había extinguido en 1471, y de un Bourchier, lord Robesart, otra pairía extinguida en 1429. Como participante en el desarrollo temible de los acontecimientos, le pareció más breve dominar por medio del Rey suprimido que por la pairía reclamada. El ceremonial de los lores, a veces siniestro, alcanzaba al Rey. Los dos portaespadas de la Torre, en pie, con el hacha en el hombro, a la derecha y la izquierda del par acusado que comparecía ante el tribunal, lo eran tanto para el Rey como para cualquier otro lord. Durante cinco siglos la antigua Cámara de los Lores ha tenido un plan y lo ha seguido estrictamente. Se cuentan sus días de distracción y debilidad, como, por ejemplo, el momento extraño en que se dejó seducir por la galeaza cargada con quesos, jamones y vinos griegos que le envió Julio II. La aristocracia inglesa era inquieta, altiva, irreductible, atenta y patrióticamente desafiante. Fue ella la que, a fines del siglo XVII, mediante el acta décima del año 1694, privó a la villa de Stockbridge, en Southampton, del derecho de representación en el Parlamento y obligó a los comunes a anular la elección de esa villa, tachada de fraude papista. Había impuesto la prueba a Jacobo, duque de York, y en vista de su negativa lo excluyó del trono. Reinó, no obstante, pero los lores terminaron imponiéndose de nuevo y expulsándolo. Esa aristocracia ha mostrado durante su larga existencia cierto instinto de progreso. Se ha desprendido siempre de ella una cantidad de luz apreciable, excepto hacia el final, que es ahora. En el reinado de Jacobo II mantenía en la cámara baja la proporción de trescientos cuarenta y seis burgueses contra noventa y dos caballeros; los dieciséis barones de cortesía de los Cinco Puertos estaban más que contrapesados por los cincuenta ciudadanos de las veinticinco ciudades. Aunque era muy corruptora y egoísta, esa aristocracia tenía, en ciertos casos, una singular imparcialidad. Se la juzga duramente. Los buenos tratos de la historia son para los comunes, lo que es discutible. Nosotros consideramos muy grande el papel de los lores. La oligarquía es independencia en estado bárbaro, pero es independencia. Véase Polonia, reino nominal, pero república real. Los pares de Inglaterra desconfiaban del trono y lo tutelaban. En muchas ocasiones los lores sabían desagradar mejor que los comunes. Daban jaque al Rey. Así, en 1694, año notable, los parlamentos trienales, rechazados por los comunes porque Guillermo III no los quería, fueron aprobados por los pares. Guillermo III, irritado, quitó el castillo de

Pendennis al conde de Bath, y todos sus cargos al vizconde Mordaunt. La Cámara de los Lores era la república de Venecia en el corazón de la realeza inglesa. Reducir al Rey a Dux era su propósito, e hizo crecer a la nación en la medida en que hizo decrecer al Rey.

La realeza lo comprendía y aborrecía a la pairía. Ambas partes trataban de empequeñecerse mutuamente. Esas disminuciones beneficiaban al pueblo, que aumentaba. Las dos potencias ciegas, la monarquía y la oligarquía, no se daban cuenta de que trabajaban para una tercera, la democracia. ¡Qué alegría fue para la Corte, en el siglo pasado, poder ahorcar a un par, lord Ferrers! Por lo demás, lo ahorcaron con una cuerda de seda. Cortesía.

No habrían colgado a un par de Francia. Esa fue la observación altiva que hizo el duque de Richelieu. De acuerdo: lo habrían decapitado, que es una cortesía mayor. Montmorency-Tancarville firmaba: *Par de Francia y de Inglaterra*, relegando así la pairía inglesa a segundo término. Los pares de Francia eran más eminentes y menos poderosos; se atenían a la categoría más que a la autoridad, y a la precedencia más que al dominio. Existía entre ellos y los lores la diferencia que distingue a la vanidad del orgullo. Para los pares de Francia preceder a los príncipes extranjeros y a los grandes de España, tener la primacía sobre los patricios de Venecia, hacer sentarse en las bancas inferiores del Parlamento a los mariscales de Francia, el condestable y el almirante de Francia, aunque fuera el conde de Toulouse e hijo de Luis XIV; distinguir entre los ducados masculinos y los femeninos, mantener la diferencia entre un condado simple como Armagnac o Albret y un condado-pairía como Evreux, llevar por derecho en ciertos casos el cordón azul o el Toisón de oro a los veinticinco años, contrapesar al duque de la Trémoille, el par más antiguo en la casa del Rey, con el duque de Uzés, el par más antiguo en el Parlamento; pretender tantos pajes y caballos en la carroza como un Elector, hacerse llamar *monseñor* por el primer presidente, discutir si el duque del Maine tiene categoría de par, como conde de Eu, desde 1458; cruzar la gran cámara diagonalmente o por los lados: tales eran las cosas importantes. Lo importante para los lores era el acta de navegación, la prueba, el enrolamiento de Europa al servicio de Inglaterra, el dominio de los mares, la expulsión de los Estuardo, la guerra con Francia. Aquí, ante todo la etiqueta; allí, ante todo el imperio. Los pares de Inglaterra tenían la presa; los pares de Francia tenían la sombra.

En resumen, la Cámara de los Lores de Inglaterra fue un punto de partida; en civilización es inmensa. Tuvo el honor de comenzar una nación. Fue la primera encarnación de la unidad de un pueblo. La resistencia inglesa, esa oscura fuerza omnipotente, nació en la Cámara de los Lores. Los barones, por medio de una serie de vías de hecho sobre el príncipe, prepararon el destronamiento definitivo. A la Cámara de los Lores actual le sorprende y entristece un poco lo que ha hecho sin quererlo ni saberlo. Tanto más por cuanto es irrevocable. ¿Qué son las concesiones? Restituciones. Y las naciones no lo ignoran. Yo otorgo, dice el Rey. Yo recupero, dice

el pueblo. La Cámara de los Lores ha sabido crear el privilegio de los pares y producido el derecho de los ciudadanos. La aristocracia, ese buitre, ha empollado un huevo de águila: la libertad.

Ahora el huevo está roto, el águila vuela y el buitre muere.

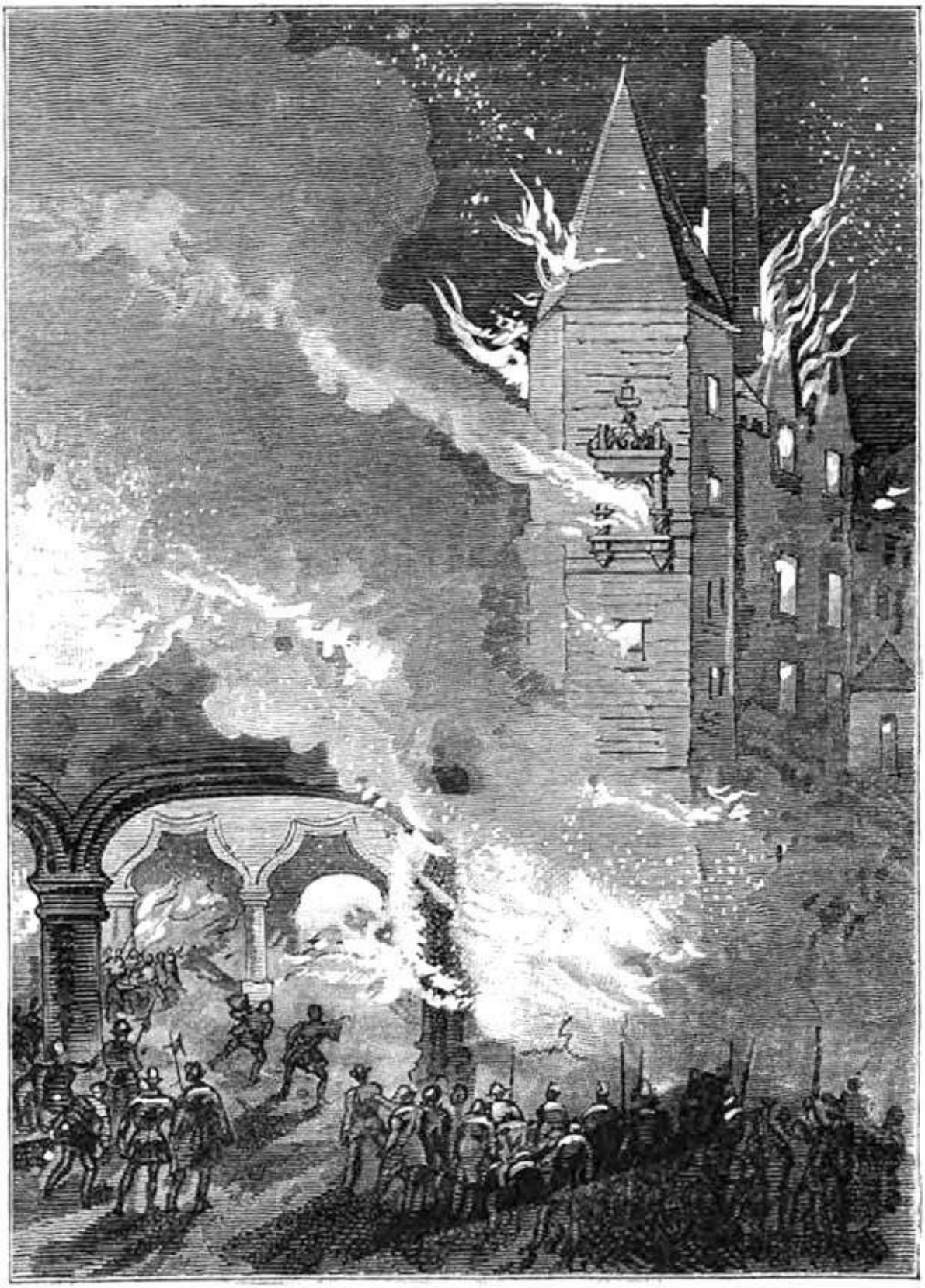
La aristocracia agoniza e Inglaterra se agranda.

Pero seamos justos con la aristocracia. Ha equilibrado a la realeza, ha sido su contrapeso. Se ha opuesto al despotismo y ha sido su barrera.

Agradezcámosle y enterrémosla.

3
La vieja sala

Cerca de la abadía de Westminster había un antiguo palacio normando que se incendió en el reinado de Enrique VIII. Quedaron dos alas. Eduardo VI instaló en una la Cámara de los Lores y en la otra la Cámara de los Comunes.



Ni las dos alas ni las dos salas existen al presente, pues han reedificado todo eso.

Lo hemos dicho y debemos insistir en ello: no hay parecido alguno entre la Cámara de los Lores actual y la de antaño. Demolieron el viejo palacio, lo que demolió también un poco los viejos usos. Los golpes de piqueta en los monumentos

tienen sus contragolpes en las costumbres y las leyes fundamentales. Una piedra vieja no cae sin arrastrar consigo a una ley vieja. Instalad en una sala redonda el senado de una sala cuadrada y será otro. La concha modificada deforma al molusco.

Si queréis conservar una cosa vieja, humana o divina, código o dogma, patriciado o sacerdocio, no reconstruyáis nada, ni siquiera la envoltura. Hacedle remiendos todo lo más. Por ejemplo, el jesuitismo es un remiendo en el catolicismo. Tratad a los edificios como tratáis a las instituciones.

Las sombras deben habitar en las ruinas. Las potencias decrépitas están incómodas en los edificios recién decorados. Las instituciones harapos necesitan los palacios ruinosos.

Mostrar el interior de la Cámara de los Lores de antaño es mostrar lo desconocido. La historia es oscuridad. En la historia no hay segundo plano. La decadencia y la oscuridad se apoderan inmediatamente de todo lo que no está ya en el proscenio del teatro. Si se quita la decoración todo desaparece y olvida. El Pasado tiene un sinónimo: lo Ignorado.

Los pares de Inglaterra se reunían, como tribunal de justicia, en la gran sala de Westminster, y como alta cámara legislativa, en una sala especial llamada «casa de los lores», *house of the lords*.

Además del tribunal de los pares de Inglaterra, que sólo se reunía cuando lo convocaba la Corona, los dos grandes tribunales ingleses, inferiores al de los pares, pero superiores a toda otra jurisdicción, celebraban sus sesiones en la gran sala de Westminster. En el extremo alto de esa sala ocupaban dos compartimientos que se tocaban. El primer tribunal era la audiencia del banco del Rey, al que se consideraba presidido por el monarca; el segundo era la audiencia de la Cancillería, que presidía el canciller. El uno era tribunal de justicia y el otro tribunal de misericordia. Era el canciller quien aconsejaba al Rey los perdones, raras veces. Esos dos tribunales, que existen todavía, interpretaban la legislación y la rehacían un poco; el arte del juez consiste en convertir el código en jurisprudencia, trabajo del que la equidad sale como puede. La legislación se fabricaba y se aplicaba en ese lugar severo, la gran sala de Westminster. Esa sala tenía una bóveda de castaño en la que no podían encajar las telas de araña; bastaba con que se introdujeran en las leyes.

Sesionar como tribunal y sesionar como cámara son dos cosas distintas. Esta dualidad constituye el poder supremo. El Parlamento Largo, que comenzó el 3 de noviembre de 1640, sintió la necesidad revolucionaria de esa doble espada. En consecuencia, se declaró, como Cámara de los Pares, poder judicial al mismo tiempo que poder legislativo.

Ese doble poder era inmemorial en la Cámara de los Lores. Acabamos de decirlo: como jueces, los lores ocupaban Westminster-Hall; como legisladores disponían de otra sala.

Esa otra sala, llamada propiamente Cámara de los Lores, era oblonga y estrecha. Tenía como única iluminación cuatro ventanas profundamente entalladas en la

bóveda y que recibían la luz por el techo, más, sobre el dosel regio, una claraboya de seis vidrios, con cortinas; de noche la única luz era la que daban doce semi-candelabros aplicados a la pared. La sala del Senado de Venecia estaba todavía menos iluminada. Cierta sombra agrada a esos búhos de la omnipotencia.

En la sala donde se reunían los lores se redondeaba con planos poliédricos una alta bóveda con artesones dorados. Los comunes sólo tenían un techo plano. Todo tiene un sentido en las construcciones monárquicas. En un extremo de la larga sala de los lores se hallaba la puerta, y en el otro, frente a ella, el trono. A algunos pasos de la puerta la barra, corte transversal, especie de frontera, marcaba el lugar donde terminaba el pueblo y comenzaba el señorío. A la derecha del trono, una chimenea, con un blasón en el pináculo, tenía dos bajorrelieves de mármol que representaban, el uno la victoria de Cuthwolph sobre los bretones en 572, y el otro el plano geométrico de la villa de Dunstable, que sólo tiene cuatro calles paralelas a las cuatro partes del mundo. Tres escalones elevaban el trono. Al trono se lo llamaba «silla real». En las dos paredes que se enfrentaban se desplegaba, en cuadros sucesivos, un gran tapiz regalado a los lores por Isabel y que representaba toda la aventura de la armada desde su partida de España hasta su naufragio delante de Inglaterra. Los altos acastillajes de los navíos estaban tejidos con hilos de oro y de plata, los que, con el tiempo, se habían ennegrecido. A ese tapiz, cortado de trecho en trecho por los candelabros aplicados, estaban adosados a la derecha del trono tres hileras de bancos para los obispos, y a la izquierda tres hileras de bancos para los duques, los marqueses y los condes, en gradas y separadas por poyos. En los tres bancos de la primera sección se sentaban los duques, en los tres bancos de la segunda los marqueses, y en los tres bancos de la tercera los condes. El banco de los vizcondes, en escuadra, hacía frente al trono, y detrás, entre los vizcondes y la barra había dos bancos para los barones. En el banco alto, a la derecha del trono, estaban los dos arzobispos, el de Canterbury y el de York; en el banco intermedio, tres obispos, los de Londres, Durham y Winchester; los otros obispos se sentaban en el banco de abajo. Entre el arzobispo de Canterbury y los otros obispos existe la diferencia importante de que él es obispo *por la divina Providencia*, en tanto que los otros lo son *por la divina permisión*. A la derecha del trono se veía una silla para el príncipe de Gales, y a la izquierda sillas de tijera para los duques reales, y detrás de esas sillas de tijera una grada para los jóvenes pares menores de edad que todavía no tenían asiento en la cámara. En todas partes había muchas flores de lis, y el gran escudo de armas de Inglaterra en las cuatro paredes, tanto sobre los pares como sobre el Rey. Los hijos de pares y los herederos de pairía asistían a las deliberaciones, en pie detrás del trono, entre el dosel y la pared. El trono en el fondo, y a los tres lados de la sala las tres hileras de bancos de los pares, dejaban libre un gran espacio cuadrado. En ese espacio cuadrado, cubierto con la alfombra de gala con el escudo de Inglaterra, había cuatro sacas de lana, una delante del trono, donde se sentaba el canciller entre la maza y el sello; una delante de los obispos, donde se sentaban los jueces consejeros de Estado, con asiento pero no voz; una

delante de los duques, marqueses y condes, donde se sentaban los secretarios de Estado; una delante de los vizcondes y barones, donde se sentaban el escribano de la Corona y el del Parlamento y donde escribían los dos sub-escribanos de rodillas. En el centro del cuadrado se veía una gran mesa tapizada cargada con legajos, registros y libros de asiento, con macizos tinteros de orfebrería y altas antorchas en los cuatro ángulos. Los pares se sentaban por orden cronológico, cada uno de acuerdo con la fecha de la creación de su pairía. Tenían categoría según el título, y en el título según la antigüedad. En la barra se situaba el ujier de la vara negra, en pie y con la vara en la mano. En la parte interior de la puerta se colocaba el funcionario del ujier, y en la parte exterior el pregonero de la vara negra, que tenía por función abrir las sesiones de justicia con el grito: *Oyez!* en francés, lanzado tres veces y apoyado solemnemente en la primera sílaba. Cerca del pregonero se hallaba el macero del canciller.

En las ceremonias reales, los pares temporales tenían la corona en la cabeza, y los pares espirituales la mitra.

Los arzobispos llevaban la mitra con corona ducal, y los obispos, que siguen en categoría a los vizcondes, la mitra con tortil de barón.

Observación extraña y que constituye una enseñanza: ese cuadrado formado por el trono, los obispos y los barones y en el que hay magistrados de rodillas, era el primer Parlamento de Francia bajo los dos primeros linajes. La autoridad presentaba el mismo aspecto en Francia y en Inglaterra. Hincmar, en *De ordinatione sacri palatii*[118], describe en el año 853 la Cámara de los Lores reunida en Westminster en el siglo XVIII. Es una especie de acta rara hecha con novecientos años de anticipación.

¿Qué es la historia? Un eco del pasado en el porvenir. Y un reflejo del porvenir en el pasado.

La reunión del Parlamento no era obligatoria sino cada siete años.

Los lores deliberaban en secreto, con las puertas cerradas. Las sesiones de los comunes eran públicas. La popularidad parecía disminución.

El número de los lores era ilimitado. Nombrar lores era la amenaza de la realeza. Y un modo de gobernar.

A comienzos del siglo XVIII la Cámara de los Lores contaba ya con muchos miembros. Desde entonces han aumentado. Diluir a la aristocracia es una política. Isabel cometió tal vez un error al condensar la pairía en sesenta y cinco lores. El señorío menos numeroso es más intenso. En las asambleas cuantos más son los miembros son menos las cabezas. Jacobo II lo comprendió al llevar a la cámara alta a ciento ochenta y ocho lores, ciento ochenta y seis si se descuentan de esas pairías las dos duquesas de la alcoba real, las de Portsmouth y Cleveland. En el reinado de Ana el número total de los lores, incluidos los obispos, era de doscientos siete.

Sin contar al duque de Cumberland, marido de la Reina, había veinticinco duques, el primero de los cuales, Norfolk, no tenía asiento en el Parlamento, pues era católico, y el último, Cambridge, príncipe electoral de Hanovre, tenía asiento, aunque era extranjero. Winchester, calificado como primero y único marqués de Inglaterra, como

Astora era el único marqués de España, estaba ausente, pues era jacobita, por lo que estaban presenten cinco marqueses, el primero de los cuales era Lindsey y el último Lothian; setenta y nueve condes, el primero de los cuales era Derby y el último Islay; nueve vizcondes, el primero de los cuales era Hereford y el último Hervey. A lord Hervey, por ser el último barón, se lo llamaba «el segundón» de la cámara. Derby, que, aventajado por Oxford, Shrewsbury y Kent, era sólo el tercero bajo Jacobo II, llegó a ser bajo Ana el primero de los condes. Dos nombres de cancilleres habían desaparecido de la lista de los barones: Verulam, bajo el cual la historia encuentra a Bacon, y Wem, bajo el cual la historia encuentra a Jeffrys. Bacon y Jeffrys con nombres diversamente sombríos. En 1705 los veintiséis obispos no eran más que veinticinco, pues la sede de Chester estaba vacante. Entre los obispos, algunos eran muy grandes señores, como William Talbot, obispo de Oxford, jefe de la rama protestante de su casa. Otros eran doctores eminentes, como John Sharp, arzobispo de York, ex deán de Norwick; el poeta Thomas Spratt, obispo de Rochester, buen hombre apoplético; y el obispo de Lincoln, que debía morir como arzobispo de Canterbury, Wake, el adversario de Bossuet.

En las ocasiones importantes, y cuando había que recibir una comunicación de la Corona a la cámara alta, toda esa multitud augusta, con togas, pelucas, capelos eclesiásticos y sombreros con plumas, alineaba sus hileras de cabezas en la sala de los pares, a lo largo de las paredes en las que se veía vagamente a la tempestad exterminando a la armada española. Por supuesto, esa tempestad estaba a las órdenes de Inglaterra.

4
La vieja cámara

Toda la ceremonia de la investidura de Gwynplaine, desde la entrada por la King's Gate hasta el juramento de prueba en la sala redonda, se había realizado en una especie de penumbra.

Lord William Cowper no había permitido que le diesen, a él, canciller de Inglaterra, detalles demasiado minuciosos sobre la desfiguración del joven lord Fermain Clancharlie, pues le parecía que estaba por debajo de su dignidad saber que un par no era bello, y se habría sentido disminuido si un inferior hubiese cometido la temeridad de proporcionarle informes de esa naturaleza. Es cierto que un hombre del pueblo dice complacido: «Ese príncipe es jorobado», pero para un lord ser deforme es ofensivo. A las pocas palabras que le había dicho la Reina al respecto, el lord canciller se había limitado a responder: «Un señor tiene por rostro el señorío». Sumariamente, y por las actas que había tenido que verificar y certificar, había comprendido, y a eso se debían sus precauciones.

El rostro del nuevo lord podía causar alguna sensación al entrar en la cámara. Importaba evitar eso. El lord canciller tomó sus medidas. Lo menos posible de acontecimiento es la idea fija y la regla de conducta de los personajes serios. El aborrecimiento de los incidentes forma parte de la gravedad. Habia que obrar de modo que la admisión de Gwynplaine pasase sin tropiezo, como la de cualquier otro heredero de una pairía.

Por eso el canciller había fijado la recepción de lord Fermain Clancharlie para una sesión nocturna. Como el canciller es portero, *quodammodo ostiarius*, según dicen las cartas normandas, *januarum cancellorumque potestas*[119], según dice Tertuliano, puede oficiar fuera de la cámara en el umbral, y lord William Cowper había utilizado su derecho realizando en la sala redonda las ceremonias de la investidura de lord Fermain Clancharlie. Además, había adelantado la hora para que el nuevo par hiciese su entrada en la cámara antes que comenzara la sesión.

En cuanto a la investidura de un par en el umbral y fuera de la cámara misma, había precedentes. El primer barón hereditario creado por patente, John de Beauchamp, de Holtcastle, hecho por Ricardo II en 1387, barón de Kidderminster, fue recibido de ese modo.

Por lo demás, al renovar ese precedente, el lord canciller se creó a sí mismo una dificultad, el inconveniente de la cual vio menos de dos años después, cuando el vizconde Newhaven ingreso en la Cámara de los Lores.

Miope, como hemos dicho, lord William Cowper apenas se había dado cuenta de la deformidad de Gwynplaine; y de ningún modo los dos lores padrinos, que eran dos ancianos casi ciegos.

El lord canciller los había elegido deliberadamente.

Todavía más: como el lord canciller sólo había visto la estatura y la prestancia de Gwynplaine, le pareció que tenía «muy buen aspecto».

Añadamos que Barkilphedro, informado a fondo como espía que era y decidido a triunfar en su maquinación, en sus declaraciones oficiales en presencia del canciller había atenuado en cierta medida la deformidad de lord Fermain Clancharlie, insistiendo en el detalle de que Gwynplaine podía voluntariamente suprimir el efecto de risa y dar seriedad a su rostro desfigurado. Y probablemente hasta había exagerado esa facultad. Por otra parte, desde el punto de vista aristocrático, ¿qué importancia tenía eso? Lord William Cowper, ¿no era el jurisperito autor de la máxima: «*En Inglaterra la restauración de un par importa más que la restauración de un rey*»? Sin duda la belleza y la dignidad deberían ser inseparables, es fastidioso que un lord sea contrahecho y eso es un ultraje del azar, pero insistamos en ello, ¿en qué disminuye eso el derecho? El canciller tomaba precauciones y hacía bien en tomarlas, pero en suma, con o sin precauciones, ¿quién podía impedir que un par ingresara en la Cámara de los Pares? ¿El señorío y la realeza no son superiores a la deformidad y la enfermedad? ¿Un grito de fiera no había sido hereditario como la pairía misma en la antigua familia, extinguida en 1347, de los Cumin, condes de Bucham, hasta el punto de que por el grito de tigre se reconocía al par de Escocia? ¿Sus horribles manchas de sangre en la cara impidieron a César Borgia ser duque de Valentinois? ¿La ceguera impidió a Juan de Luxemburgo ser rey de Bohemia? ¿La gibosidad impidió a Ricardo III ser rey de Inglaterra? Si se ve bien el fondo de las cosas, la enfermedad y la fealdad aceptadas con una indiferencia altiva, lejos de oponerse a la grandeza, la afirman y la prueban. El señorío posee tal majestad que la deformidad no lo altera. Este es el otro aspecto de la cuestión, y no el menos importante. Como se ve, nada podía impedir la admisión de Gwynplaine, y las precauciones prudentes del lord canciller, útiles desde el punto de vista inferior de la táctica, eran de lujo desde el punto de vista superior del principio aristocrático.

En el momento en que los *door-keepers* abrieron ante Gwynplaine la gran puerta de dos hojas apenas estaban algunos lores en la sala. Esos lores eran casi todos viejos. Los viejos, en las asambleas, son los exactos, lo mismo que con las mujeres son los asiduos. En el banco de los duques sólo se veía a dos de ellos, el uno completamente de blanco, y el otro de gris: Thomas Osborne, duque de Leeds, y Schonberg, hijo del Schonberg, alemán por nacimiento, francés por el bastón de mariscal e inglés por la pairía, que, expulsado por el edicto de Nantes, después de haber hecho la guerra a Inglaterra como francés, hizo la guerra a Francia como inglés. En el banco de los lores espirituales sólo estaban el arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra, muy arriba, y abajo el doctor Simón Patrick, obispo de Ely, conversando con Evelyn Pierrepont, marqués de Dorchester, quien le explicaba la diferencia entre un gabión y una cortina, y entre las palizadas y las estacadas, pues las palizadas son una hilera de postes ante las tiendas destinada a proteger el campamento, y las estacadas son un

collar de estacas puntiagudas bajo el parapeto de una fortaleza que impide el escalamiento de los asaltantes y la deserción de los asaltados; y el marqués enseñaba al obispo de qué manera se defiende con la estacada un reducto, introduciendo la mitad de las estacas en la tierra y dejando la otra mitad fuera de ella. Thomas Thyne, vizconde Weymouth, se había acercado a un candelabro y examinaba un plano de su arquitecto para hacer en su jardín de Long Leate, en Wiltshire, un césped llamado «césped cortado», por medio de cuadrados de césped alternados con cuadrados de arena amarilla, de arena roja, de conchas de río y de fino polvo de hulla. En el banco de los vizcondes había una mezcolanza de viejos lores, Essex, Ossulstone, Peregrine, Osborn, William Zulestein, conde de Rochford, y algunos jóvenes, de la facción que no llevaba peluca, rodeando a Price Devereux, vizconde Hereford y discutiendo el problema de saber si una infusión de acebo de los apalaches es té. «Más o menos lo es», decía Osborn. «Enteramente», decía Essex. Les escuchaba atentamente Pawlets de Saint-John, primo del Bolingbroke del que Voltaire fue posteriormente un poco alumno, pues Voltaire, comenzado por el Padre Porée, fue terminado por Bolingbroke. En el banco de los marqueses, Thomas de Grey, marqués de Kent, camarero mayor de la Reina, afirmaba a Robert Bertie, marqués de Linsey, camarero mayor de Inglaterra, que habían sido dos franceses refugiados, el señor Lecoq, en otro tiempo consejero en el Parlamento de París, y el señor Ravenel, gentilhombre bretón, quienes habían ganado el premio mayor de la gran lotería inglesa de 1694. El conde de Wymes leía un libro titulado *Práctica curiosa de los oráculos de las sibilas*. John Campbell, conde de Greenwich, famoso por su largo mentón, su jovialidad y sus ochenta y siete años, escribía a su querida. Lord Chandos se arreglaba las uñas. La sesión que iba a seguir debía ser una sesión regia en la que la Corona estaría representada por comisarios, para los que dos porteros ayudantes disponían delante del trono un banco de terciopelo rojo. En la segunda saca de lana estaba sentado el maestro de ceremonias, *sacrorum scriniorum magister*, el que tenía entonces como residencia la antigua casa de los judíos conversos. En la cuarta saca, los dos sub-escribanos de rodillas hojeaban los registros.

Entretanto, el lord canciller ocupó su lugar en la primera saca de lana, los funcionarios de la cámara se instalaron, unos sentados y otros en pie, el arzobispo de Canterbury se levantó y rezó la plegaria y la sesión comenzó. Gwynplaine había entrado ya hacía tiempo sin que lo hubieran advertido; el segundo banco de los barones, donde estaba su lugar, se hallaba contiguo a la barra y sólo había tenido que avanzar unos pocos pasos. Los dos lores padrinos suyos se sentaron a su derecha e izquierda, lo que casi ocultó la presencia del recién llegado. Como nadie había sido advertido, el secretario del Parlamento leyó a media voz y, por decirlo así, cuchicheó los diversos documentos concernientes al nuevo lord, y el canciller proclamó su admisión en medio de lo que se llama en las actas de las sesiones «la desatención general». Todos conversaban. Había en la cámara ese runrún durante el cual las

asambleas hacen toda clase de cosas crepusculares que a veces les sorprenden posteriormente.

Gwynplaine estaba sentado, en silencio y descubierto, entre los dos viejos pares, lord Fitz Walter y lord Arundel.

Al entrar, siguiendo la recomendación que le había hecho el rey de armas y repetido los dos padrinos, había saludado a «la silla real».

Por consiguiente, todo había terminado.

Era lord.

Aquella altura bajo la irradiación de la cual, durante toda su vida, había visto a su maestro Ursus encorvarse con espanto, aquella cima prodigiosa, la tenía bajo los pies.

Se hallaba en el lugar brillante y sombrío de Inglaterra, vieja cima de la montaña feudal contemplada desde hacía seis siglos por Europa y la historia, aureola espantosa de un mundo de tinieblas.

Su entrada en esa aureola se había realizado y era irrevocable.

Estaba en su casa.

En su casa y en su asiento, como el Rey en el suyo.

Estaba allí y en adelante nada podía hacer que no estuviese.

La corona real que veía bajo el dosel era hermana de su corona. Era par de aquel trono.

Frente a la majestad se hallaba el señorío, menor pero parecido.

¿Qué era ayer? Un histrión. ¿Qué era ahora? Un príncipe.

Ayer nada, y hoy todo.

Era la confrontación brusca de la miseria y el poder, que se abordaban frente a frente en el fondo de una mente en un destino y se convertían de pronto en las dos mitades de una conciencia.

Dos espectros, la adversidad y la prosperidad, tomaban posesión de la misma alma y cada uno de ellos tiraba de ella hacia sí. Era la partición patética de la inteligencia, de una voluntad, de un cerebro, entre dos hermanos enemigos, el fantasma pobre y el fantasma rico. Abel y Caín en el mismo hombre.

5
Charlas altivas

Los bancos de la cámara se fueron llenando poco a poco. Los lores comenzaron a llegar. El orden del día era la votación del proyecto de ley aumentando en cien mil libras esterlinas la dotación anual de Jorge de Dinamarca, duque de Cumberland, marido de la Reina. Además, se había anunciado que diversos proyectos de ley autorizados por Su Majestad serían presentados a la cámara por comisarios de la Corona que tenían el poder y el encargo de sancionarlos, lo que erigía a la sesión en sesión regia. Todos los pares tenían puesta su toga de Parlamento sobre su traje de Corte o de etiqueta. Esa toga, igual a la que tenía puesta Gwynplaine, era la misma para todos, excepto que los duques tenían cinco bandas de armiño con orla de oro, los marqueses cuatro, los condes y los vizcondes tres y los barones dos. Los lores entraban en grupos. Se habían encontrado en los corredores y continuaban los diálogos iniciados. Algunos iban solos. Las vestimentas eran solemnes, pero no las actitudes ni las palabras. Al entrar, todos saludaban al trono.

Los pares afluían. Ese desfile de nombres majestuosos se realizaba casi sin ceremonial, pues el público estaba ausente. Leicester entró y estrechó la mano de Lichfield; luego lo hizo Charles Mordaunt, conde de Peterborough y de Monmouth, el amigo de Locke, por iniciativa del cual había propuesto la refundición de las monedas; luego Charles Campbell, conde de Loudoun, quien escuchaba a Fuke Greville, lord Brooke; luego Dorme, conde de Caernarvon; luego Robert Sutton, barón Lexington, hijo del Lexington que aconsejó a Carlos II que expulsara a Gregorio Leti, historiógrafo lo bastante mal aconsejado para que quisiera ser historiador; luego Thomas Bellasyse, vizconde Falconberg, un buen viejo; juntos los tres primos Howard, el conde de Berkshire, y Stafford-Howard, conde de Stafford; luego John Lovelace, barón Lovelace, cuya pairía extinta en 1736 permitió a Richardson introducir a Lovelace en su libro y crear un tipo con ese nombre. Todos esos personajes, diversamente célebres en la política o la guerra y muchos de los cuales honran a Inglaterra, reían y conversaban. Aquello era como la historia vista de trapillo.

En menos de media hora la cámara se llenó casi por completo. Eso era muy natural, pues se trataba de una sesión regia. Menos natural era la vivacidad de las conversaciones. La cámara, tan adormecida poco tiempo antes, zumbaba ahora como una colmena agitada. Lo que la había despertado era la llegada de los lores retrasados. Traían noticias. Cosa extraña, los pares que al abrirse la sesión se hallaban ya en la cámara no sabían lo que había sucedido, pero sí lo sabían los que no estaban en ella.

Muchos lores llegaban de Windsor.

Desde hacía unas horas se había divulgado la aventura de Gwynplaine. El secreto es una red; si una malla se rompe todo se desgarra. Desde la mañana, a consecuencia de los incidentes ya relatados, toda la historia de la pairía encontrada en un teatro de feria y de un histrión reconocido como lord había trascendido entre los íntimos del palacio de Windsor. Los príncipes hablaron de ello, y luego los lacayos. De la Corte pasó el acontecimiento a oídos de la ciudad. Los acontecimientos tienen peso y se les puede aplicar la ley del cuadrado de las velocidades. Caen en el público y se hunden en él con una rapidez extraordinaria. A las siete nada se sabía en Londres de esa historia; a las ocho todos hablaban de Gwynplaine en la ciudad. Los únicos que ignoraban lo sucedido eran los pocos lores exactos que no estaban en la ciudad, donde se contaba todo, sino en la Cámara, donde no se habían dado cuenta de nada. Tranquilos en sus bancos, los que llegaban los apostrofaban muy conmovidos.

—¿Y bien? —preguntó Francis Brown, vizconde Mountacute, al marqués de Dorchester.

—¿Qué?

—¿Es posible eso?

—¿Qué?

—¡El Hombre que Ríe!

—¿Quién es el Hombre que Ríe?

—¿No conocéis al Hombre que Ríe?

—No.

—Es un payaso, un histrión de la feria, con una cara imposible que iban a ver por dos peniques. Un saltimbanqui.

—¿Y qué?

—Acabáis de recibirlo como par de Inglaterra.

—El Hombre que Ríe sois vos, milord Mountacute.

—Yo no río, milord Dorchester.

Y el vizconde Mountacute hizo una seña al escribano del Parlamento, quien se levantó de su saca de lana y confirmó a sus señorías la realidad de la admisión del nuevo par. Y les dio detalles.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó lord Dorchester —. Es que yo conversaba con el obispo de Ely.

El joven conde de Annesley se acercó al viejo lord Eure, al que sólo le quedaban dos años de vida, pues falleció en 1707.

—¿Milord Eure?

—¿Milord Annesley?

—¿Conocisteis a lord Linnoeus Clancharlie?

—Un hombre de otro tiempo. Sí.

—¿Que murió en Suiza?

—Sí. Éramos parientes.

—¿Que fue republicano bajo Cromwell y siguió siendo republicano bajo Carlos II?

—¿Republicano? De ningún modo. Estaba enojado. Era una cuestión personal entre el Rey y él. Sé de fuente segura que lord Clancharlie se habría conciliado si le hubieran dado el cargo de canciller que dieron a lord Hyde.

—Me sorprende lo que decís, milord Eure. Me habían dicho que ese lord Clancharlie era un hombre honrado.

—¿Y Catón?

—¡Vos creéis en Catón, vos!

—¿Y Aristides?

—Hicieron bien en desterrarlo.

—¿Y Tomás Moro?

—Hicieron bien en cortarle el cuello.

—¿Y, en vuestra opinión, lord Clancharlie?…

—Era de esa clase. Por lo demás, un hombre que permanece en el destierro es ridículo.

—Murió en él.

—Un ambicioso decepcionado.

—¡Oh, creo que yo lo conocí bien! Era su mejor amigo.

—¿Sabéis, milord Eure, que se casó en Suiza?

—Lo sé vagamente.

—¿Y que tuvo de ese matrimonio un hijo legítimo?

—Sí. Que murió.

—Que vive.

—¡Que vive!

—Vive.

—No es posible.

—Es una realidad. Comprobada, homologada, registrada.

—¿Pero entonces ese hijo va a heredar la pairía de Clancharlie?

—No va a heredarla.

—¿Por qué?

—Porque ya la ha heredado. Es cosa hecha.

—¿Cosa hecha?

—Volved la cabeza, milord Eure. Está sentado detrás de vos en el banco de los barones.

Lord Eure se volvió, pero el rostro de Gwynplaine se ocultaba bajo su bosque de cabellos.

—¡Toma! —exclamó el anciano, que no veía más que la cabellera —. Ha adoptado ya la nueva moda. No lleva peluca. Grantham se acercó a Colepepyr.

—Alguien ha quedado chasqueado.

—¿Quién?

—David Dirry-Moir.

—¿Por qué?

—Ya no es par.

—¿Cómo es eso?

Y Henry Auverquerque, conde de Grantham, relató a John, barón Colepepyn, toda la «anécdota», la botella de los náufragos llevada al Almirantazgo, el pergamino de los comprachicos, el *jussu regis* refrendado por Jeffrys, el careo en la cueva penal de Southwark, la aceptación de todos esos hechos por el canciller y por la Reina, la toma de la prueba en la sala redonda y, finalmente, la admisión de lord Fermain Clancharlie al comienzo de la sesión. Y ambos se esforzaron por ver entre lord Fitzwalter y lord Arundel el rostro, del que se hablaba tanto, del nuevo lord, sin que lo consiguieran más que lord Eure y lord Annesley.

Por lo demás, Gwynplaine, ya fuera por casualidad o por disposición de sus padrinos advertidos por el canciller, se hallaba situado en la sombra suficiente para eludir la curiosidad.

—¿Dónde está?

Tal era la pregunta de todos los que llegaban, pero nadie conseguía verlo bien. Algunos, que habían visto a Gwynplaine en la Green-Box, se mostraban apasionadamente curiosos, pero en vano. Así como a veces se encierra a una muchacha entre un grupo de viejas, Gwynplaine estaba como envuelto por muchos espesores de ancianos lores enclenques e indiferentes. Los viejos que padecen de gota son poco sensibles a las historias ajenas.

Se pasaban de mano en mano copias de la carta de tres líneas que la duquesa Josiana había, según se afirmaba, escrito a su hermana la Reina en respuesta a la orden que le había dado Su Majestad de casarse con el nuevo par, el heredero legítimo de los Clancharlie, lord Fermain. Esa carta decía así:

> «Señora.
> «Acepto vuestra orden. Podré tener a lord David como amante».

Firmaba Josiana.

Ese billete, verdadero o falso, suscitaba gran entusiasmo.

Un joven lord, Charles de Okehampton, barón Mohun, de la facción que no llevaba peluca, lo leía y releía con mucha satisfacción. Lewis de Duras, conde de Feversham, inglés con ingenio francés, miró a Mohun y sonrió.

—Pues bien —dijo lord Mohun— esa es la mujer con la que desearía casarme.

—¡Casarse con la duquesa Josiana, lord Mohun!

—¿Por qué no?

—¡Caramba!

—Sería dichoso.

—Lo serían muchos.

—¿Acaso no son siempre muchos?

—Tenéis razón, lord Mohun. En lo tocante a mujeres, todos tenemos los unos los restos de los otros. ¿Quién ha tenido un comienzo?

—Tal vez Adán.

—Tampoco.

—¡En realidad Satán! Amigo mío, Adán no fue más que un testaferro, un pobre engañado. Endosó al género humano. El hombre le fue hecho a la mujer por el diablo.

Hugh Cholmley, conde de Cholmley, muy jurisperito, fue interrogado desde el banco de los obispos por Nathanael Crew, quien era dos veces par, par temporal por ser barón Crew, y par espiritual por ser obispo de Durham.

—¿Es posible? —preguntó Crew.

—¿Es regular? —preguntó a su vez Cholmley.

—La investidura de ese recién llegado se ha hecho fuera de la cámara — contestó el obispo —, pero se afirma que hay precedentes.

—Sí. Lord Beauchamp bajo Ricardo II. Y lord Chenay bajo Isabel.

—Y lord Broghill bajo Cromwell.

—Cromwell no cuenta.

—¿Qué pensáis de todo eso?

—Varias cosas.

—Milord conde de Cholmley, ¿cuál será el puesto de ese joven Fermain Clancharlie en la cámara?

—Milord obispo, como la interrupción republicana desplazó los antiguos puestos, Clancharlie se sitúa ahora en la pairía entre Barnard y Somers, lo que hace que, cuando haya que exponer opiniones por turno, lord Fermain Clancharlie hablaría en octavo lugar.

—¡En verdad! ¡Un histrión de plaza pública!

—El incidente en sí mismo no me sorprende, milord obispo. Esas cosas suceden. Y suceden otras más sorprendentes. ¿Acaso la guerra de las Dos Rosas no fue anunciada por la desecación súbita del río Ouse en Bedford el 1º de enero de 1339? Ahora bien, si un río puede secarse, un señor puede caer en una condición servil. Ulises, rey de Itaca, desempeñó toda clase de oficios. Fermain Clancharlie siguió siendo lord bajo su apariencia de histrión. La vileza de la ropa no afecta a la nobleza de la sangre. Pero el juramento de prueba y la investidura fuera de la sesión, aunque legal en rigor, puede provocar objeciones. Yo soy de opinión que habrá que informarse sobre la cuestión de saber si habrá lugar más tarde a interrogar en

conversación oficial al canciller. Dentro de unas semanas se verá lo que habrá que hacer.

Y el obispo añadió:

—De todos modos, se trata de una aventura como no se ha visto desde el conde Gesbodus.

Gwynplaine, el Hombre que Ríe, la posada Tadcaster, la Green-Box, *Caos vencido*, Suiza, Chillón, los comprachicos, el destierro, la mutilación, la república, Jeffrys, Jacobo II, el *jussu regis*, la botella abierta en el Almirantazo, el padre, lord Linnoeus; el hijo legítimo, lord Fermain; el hijo bastardo, lord David, los conflictos probables, la duquesa Josiana, el canciller, la Reina: todo eso circulaba de banco en banco. El cuchicheo es un reguero de pólvora. Se examinaban minuciosamente los detalles. Toda aquella aventura constituía el inmenso murmullo de la cámara. Gwynplaine, vagamente, desde el fondo del pozo de ensueño en que se hallaba, oía ese zumbido sin saber que se refería a él.

Sin embargo, estaba extrañamente atento, pero atento a las profundidades, no a la superficie. El exceso de atención se convierte en aislamiento.

Un rumor en una cámara no impide que siga la sesión, como una polvareda sobre una tropa no le impide marchar. Los jueces, que en la cámara alta sólo son simples

asistentes que no pueden hablar sino cuando les interrogan, ocupaban su lugar en la segunda saca de lana, y los tres secretarios de Estado en la tercera. Los herederos de pairía afluían a su compartimiento, a la vez interior y exterior, pues estaba detrás del trono. Los pares menores de edad se hallaban en su grada especial. En 1705 esos pequeños lores no eran menos de doce: Huntingdon, Lincoln, Dorset, Warwick, Bath, Burlington, Derwentawater, destinado a una muerte trágica, Longueville, Lonsdale, Dudley y Ward, y Carteret, lo que hacía una muchachada de ocho condes, dos vizcondes y dos barones.

En el recinto, en las tres hileras de bancos, cada lord había ocupado su asiento. Casi todos los obispos estaban presentes. Los duques eran numerosos, comenzando por Charles Seymour, duque de Somerset, y terminando por Georges Augustus, príncipe electoral de Hanovre, duque de Cambridge, el último en fecha y por consiguiente el último en categoría. Todos estaban en orden, según las precedencias: Cavendish, duque de Devonshire, cuyo abuelo había albergado en Hardwick los noventa y dos años de Hobbes; Lennox, duque de Richmond; los tres Fritz-Roy, el duque de Southampton, el duque de Grafton y el duque de Northumberland; Butler, duque de Ormond; Somerset, duque de Beaufort; Beauclerk, duque de Saint-Albans; Pawlett, duque de Bolton; Osborne, duque de Leeds; Wriothesley Russel, duque de Bedford, quien tenía como mote y divisa *Che sara sara*, es decir la aceptación de los acontecimientos; Sheffield, duque de Buckingham; Manners, duque de Rutland, y los otros. Ni Howard, duque de Norfolk, ni Talbot, duque de Shrewsbury, tenían asiento en la cámara, pues eran católicos; como tampoco Churchill, duque de Malborough — nuestro Mambrú —, que estaba en guerra y luchaba contra Francia en ese momento. Entonces no había duques escoceses. Queensburry, Montrose y Roxburghe no fueron admitidos hasta 1707.

6
La alta y la baja

De pronto se produjo en la cámara una viva claridad. Cuatro porteros llevaron y colocaron a los dos lados del trono cuatro altos candelabros con muchas velas. El trono, así iluminado, apareció en una especie de púrpura luminosa, vacío pero augusto. La presencia de la Reina en él no le habría agregado mucho.

El ujier de la vara negra entró con la vara en alto y dijo:

—Sus señorías los comisarios de Su Majestad.

Todos los rumores cesaron.

Un funcionario con peluca y toga de ceremonia apareció en la gran puerta con un cojín flordelisado en el que se veían pergaminos. Esos pergaminos eran proyectos de ley. De cada uno de ellos pendía de una trenza de seda la bola o ampolla, a veces de oro, que ha hecho que a las leyes se las llame *bilis* en Inglaterra y *bulas* en Roma.

Detrás de ese funcionario marchaban tres hombres con togas de pares y sombrero de plumas en la cabeza.

Esos hombres eran los comisarios de la Reina. El primero era el lord gran tesorero de Inglaterra, Godolphin; el segundo, el lord presidente del Consejo, Pembroke; y el tercero, el lord del sello privado, Newcastle.

Avanzaron el uno detrás del otro, según la precedencia, no de su título, sino de su cargo, Godolphin el primero y Newcastle el último, aunque era duque.

Llegaron al banco situado delante del trono, hicieron la reverencia a la silla real, se quitaron y volvieron a poner los sombreros y se sentaron en el banco.

El lord canciller miró al ujier de la vara negra y dijo:

—Mandad los comunes a la barra.

El ujier de la vara negra salió.

El funcionario, que era un escribano de la Cámara de los Lores, dejó en la mesa situada en el cuadrado de las sacas de lana, el cojín donde estaban los proyectos de ley.

Hubo una interrupción que duró varios minutos. Dos porteros colocaron delante de la barra una tarima de tres escalones. Esa tarima era de terciopelo encarnado en el cual unos clavos dorados dibujaban flores de lis.

La gran puerta, que se había cerrado, volvió a abrirse y una voz gritó:

—¡Los fieles comunes de Inglaterra!

Era el ujier de la vara negra que anunciaba a la otra mitad del Parlamento.

Los lores se pusieron sus sombreros.

Los miembros de los Comunes entraron, precedidos por el *speaker*, todos con la cabeza descubierta.

Se detuvieron en la barra. Vestían traje de etiqueta, la mayoría negro, con la espada.

El *speaker*, el muy honorable John Smyth, hidalgo, miembro por la villa de Andover, subió a la tarima situada en la mitad de la barra. El orador de los comunes vestía una larga toga de ceremonias de raso negro con mangas anchas y aberturas galoneadas con alamares de oro por detrás y por delante, y una peluca menor que la de lord canciller. Era majestuoso, pero inferior.

Todos los comunes, el orador y los miembros de la cámara, quedaron a la espera, en pie y descubiertos, ante los pares, sentados y cubiertos.

Se destacaban entre los comunes el presidente de sala de Chester, Joseph Jekyll, con tres abogados de primera clase de Su Majestad: Hooper, Powys y Parker, y James Montagu, subfiscal de la Corona, y el fiscal Simón Harcourt. Aparte de algunos baronets y caballeros y nueve lores de cortesía: Hartington, Windsor, Woodstock. Mordaunt, Gramby, Scudamore, Fitz Harding, Hyde y Burkeley, hijos de pares y herederos de pairías, todos los demás eran plebeyos una oscura multitud silenciosa.

Cuando terminó el ruido de los pasos de toda esa gente, el pregonero de la vara negra que estaba en la puerta dijo:

—¡Oíd!

El escribano de la Corona se levantó. Tomó, desdobló y leyó el primero de los pergaminos colocados en el cojín. Era un mensaje de la Reina designando, para que la representaran en su Parlamento, con el poder de sancionar las leyes, tres comisarios, a saber…

Aquí el escribano elevó la voz:

—Sydney, conde de Godolphin.

El escribano saludó a Godolphin, y lord Godolphin se levantó el sombrero. El escribano continuó:

—Thomas Herbert, conde de Pembrocke y de Montgomery.

El escribano saludó a lord Pembroke, y lord Pembroke se tocó el sombrero.

Era un acta de los comunes que ponía a cargo del Estado los embellecimientos hechos por la Reina en su residencia de Hampton-Court y que contaba un millón de libras esterlinas.

Terminada la lectura, el escribano hizo una profunda reverencia al trono. El sub-escribano repitió la reverencia más profundamente todavía, y luego, volviendo a medias la cabeza hacia los comunes, dijo:

—La Reina acepta vuestras benevolencias y así lo quiere.

El escribano leyó el segundo proyecto de ley.

En él se condenaba a prisión y multa a quien se sustrajera al servicio de las *trainbands*. Las *trainbands* (soldados que se adiestran donde se quiere) eran la milicia burguesa que servía gratuitamente y que en el reinado de Isabel, cuando se acercaba la Armada, aportó ciento ochenta y cinco mil soldados de infantería y cuarenta mil de caballería.

Los dos escribanos hicieron a la silla real una nueva reverencia, después de la cual el sub-escribano, de perfil, dijo a la Cámara de los Comunes:

—La Reina lo quiere.

La tercera ley aumentaba los diezmos y prebendas del obispado de Lichfield y Coventry, que es una de las más ricas prelaturas de Inglaterra; otorgaba una renta a la catedral, aumentaba el número de canónigos y el deanato y los beneficios «a fin de proveer — decía el preámbulo — a las necesidades de nuestra santa religión». La cuarta ley agregaba al presupuesto nuevos impuestos, uno sobre el papel jaspeado, otro sobre los coches de alquiler, cuyo número se fijaba en ochocientos en Londres y que tenían que pagar cincuenta y dos libras anuales cada uno; otro sobre los abogados, procuradores y fiscales, de cuarenta y ocho libras por cabeza anuales; otro sobre las pieles curtidas, «no obstante — decía el preámbulo — las quejas de los artesanos en cuero»; otro sobre el jabón, «no obstante las reclamaciones de la ciudad de Exeter y el Devonshire, donde se fabrica gran cantidad de sarga y de paño»; otro sobre el vino, de cuatro chelines por barrica; otro sobre la harina; otro sobre la cebada y el lúpulo; y renovaba por cuatro años, pues, decía el preámbulo, «las necesidades del Estado deben tener precedencia sobre las amonestaciones del comercio», el impuesto de tonelaje, que variaba de seis libras tornesas para los barcos que llegaban de Occidente a dieciocho libras para los que llegaban de Oriente. Finalmente, la ley, declarando insuficiente la capitación ordinaria ya recaudada en el año corriente, disponía una sobretasa general en todo el reino de cuatro chelines o cuarenta y ocho sueldos torneses por cabeza de súbdito, con la mención de que quienes se negaran a prestar los nuevos juramentos al gobierno pagarían el doble de tasa. La quinta ley prohibía que se admitiese en los hospitales a cualquier enfermo si al ingresar no depositaba una libra esterlina para pagar, en caso de muerte, su entierro. Los tres últimos proyectos de ley, lo mismo que los dos primeros, fueron sancionados uno tras otro y convertidos en leyes con una reverencia al trono y las cuatro palabras: «La Reina lo quiere», dichas, por encima del hombro, a los comunes.

Luego el sub-escribano se puso de rodillas ante la cuarta saca de lana, y el lord canciller dijo:

—Sea hecho como se desea.

Así terminó la sesión regia.

El speaker, doblado ante el canciller, descendió hacia atrás de la tarima, apartando la toga tras él; los comunes se inclinaron hasta el suelo, y mientras la cámara alta reanudaba, sin prestar atención a todas esas reverencias, su orden del día interrumpido, la cámara baja se fue.

7
Las tempestades de los hombres son peores que las de los océanos

Las puertas volvieron a cerrarse; el ujier de la vara negra entró; los lores comisarios abandonaron el banco oficial y fueron a sentarse a la cabeza del banco de los duques, en los lugares correspondientes a sus cargos, y el lord canciller tomó la palabra:

—Milores: como la cámara viene deliberando desde hace muchos días sobre el proyecto de ley que propone el aumento en cien mil libras esterlinas de la provisión anual de su alteza real el príncipe esposo de Su Majestad, el debate ha quedado agotado y cerrado y se va a proceder a la votación. El voto será tomado, según la costumbre, comenzando por el segundón del banco de los barones. Cada lord, cuando se pronuncie su nombre, se levantará y responderá *content o not content*, y podrá exponer los motivos de su voto, si lo juzga conveniente. Escribano, proceded a la votación.

El escribano del Parlamento, puesto en pie, abrió un gran infolio colocado en un pupitre dorado y que era el Libro de la Pairía.

El segundón de la cámara en esa época era lord John Hervey, creado barón y par en 1703 y del que descienden los marqueses de Bristol.

El escribano llamó:

—Milord John, barón Hervey.

Un anciano con peluca rubia se levantó y dijo:

—*Content*.

Volvió a sentarse y el sub-escribano registró el voto.

El escribano continuó:

—Milord Francis Seymour, barón Conway de Killultagh.

—*Content* —murmuró, levantándose a medias un elegante joven con cara de doncel que iba a ser el abuelo de los marqueses de Hertford.

—Milord John Leveson, barón Gower —llamó el escribano.

Este barón, del que iban a descender los duques de Sutherland, se levantó y dijo mientras volvía a sentarse:

—*Content*.

El escribano llamó:

—Milord Heneage Finch, barón Guernesey.

El abuelo de los condes de Aylesford, no menos joven ni menos elegante que el antepasado de los marqueses de Hertford, justificó su divisa *Aperto vivere voto* por la altivez de su consentimiento.

—*Content* —gritó.

Mientras se sentaba, el escribano llamó al quinto barón:

—Milord John, barón Granville.

—*Content* —contestó, levantándose y volviendo a sentarse inmediatamente lord Granville de Potheridge, cuya pairía sin porvenir iba a extinguirse en 1709.

El escribano pasó al sexto:

—Milord Charles Mountague, barón Halifax.

—*Content* —dijo lord Halifax, poseedor de un título bajo el cual se había extinguido el nombre de Saville e iba a desaparecer el nombre de Mountague, distinto de Montagu y de Mountacute.

Y lord Halifax añadió:

—El príncipe Jorge tiene una dotación como esposo de Su Majestad, otra como príncipe de Dinamarca, otra como duque de Cumberland y otra como lord gran almirante de Inglaterra e Irlanda, pero no la tiene como generalísimo. Eso es una injusticia. Hay que hacer que termine ese desorden en interés del pueblo inglés.

Luego lord Halifax elogió la religión cristiana, reprobó el papismo y votó el subsidio.

Cuando se sentó lord Halifax, el escribano llamó:

—Milord Christoph, barón Barnard.

Lord Barnard, de quien debían nacer los duques de Cleveland, se levantó y contestó:

—*Content*.

Tardó algún tiempo en volver a sentarse, pues tenía una golilla de encaje que valía la pena de contemplar. Por lo demás, era un digno gentilhombre y un oficial valiente.

Mientras lord Barnard volvía a sentarse, el escribano, que leía rutinariamente, vaciló un poco. Se aseguró los anteojos y se inclinó sobre el registro redoblando su atención, y luego levantó la cabeza y dijo:

—Milord Fermain Clancharlie, barón Clancharlie y Hunkerville.

Gwynplaine se levantó y contestó:

—*Not content*.

Todas las cabezas se volvieron. Gwynplaine estaba en pie. Las velas de los candelabros colocados a los dos lados del trono iluminaban vivamente su rostro y lo destacaban en la gran sala oscura con el relieve que tendría una máscara sobre un fondo de humo.

Gwynplaine había hecho sobre sí mismo el esfuerzo que, como se recordará, le era posible hacer en rigor. Por medio de una concentración de la voluntad igual a la que sería necesaria para domar a un tigre, consiguió dar durante un momento seriedad al rictus fatal de su rostro. En aquel instante no reía. Eso no podía durar mucho tiempo; las desobediencias a lo que es nuestra ley, o nuestra fatalidad, son breves; a veces el agua del mar resiste a la gravitación, se infla formando una tromba y hace una montaña, pero con la condición de volver a caer. Gwynplaine libraba esa lucha. Durante un minuto que sentía solemne, mediante una prodigiosa intensidad de la

voluntad, pero no durante mucho más tiempo que el que dura un relámpago, había arrojado sobre su cara el velo sombrío de su alma y mantenía en suspenso su risa incurable; del rostro que le habían esculpido había retirado la alegría. Ya no era más que espantoso.

—¿Quién es ese hombre? —fue el grito general.

Una conmoción indescriptible recorrió todos los bancos. Aquel cabello revuelto, aquellas depresiones negras bajo las cejas, aquella mirada profunda de unos ojos que no se veían, el modelado feroz de aquella cabeza en la que se mezclaban horriblemente la sombra y la luz, todo ello era sorprendente y superaba a todo lo imaginado. Por mucho que se hubiera hablado de Gwynplaine, verlo era impresionante. Los mismos que lo esperaban no esperaban eso. Imagínese que en la montaña reservada a los dioses, en la fiesta de una velada serena, cuando se halla reunido todo el grupo de los omnipotentes, aparece de pronto, como una luna ensangrentada en el horizonte, el rostro de Prometeo destrozado por los picotazos del buitre. ¡Qué visión la del Olimpo que columbra el Cáucaso! Viejos y jóvenes contemplaban con la boca abierta a Gwynplaine.

Un anciano venerado por toda la cámara, que había visto muchos hombres y muchas cosas y que estaba destinado a ser duque, Thomas, conde Warton, se levantó asustado.

—¿Qué significa eso? —gritó—. ¿Quién ha introducido a ese hombre en la cámara? ¡Que saquen a ese hombre de aquí! Y apostrofó a Gwynplaine con altivez:

—¿Quién sois? ¿De dónde salís? Gwynplaine contestó:

—Del abismo.

Cruzó los brazos, miró a los lores y añadió:

—¿Quién soy? Soy la miseria. Milores, tengo que hablaros. Hubo un estremecimiento y se hizo el silencio. Gwynplaine continuó:

—Milores, vosotros estáis arriba. Muy bien, hay que creer que Dios tiene sus razones para eso. Poseéis el poder, la opulencia, la alegría, el sol inmóvil en vuestro cénit, la autoridad sin límites, el goce exclusivo, el inmenso olvido de los otros. Sea. Pero hay algo por debajo de vosotros, y tal vez por encima. Milores, vengo a daros una noticia: el género humano existe.

Las asambleas son como los niños; los incidentes son su caja de sorpresas, que temen y les agrada. A veces parece que funciona un resorte y se ve salir del agujero un diablo. En Francia surgió así Mirabeau, también deforme.

En ese momento Gwynplaine sentía en él un engrandecimiento extraño. Un grupo de hombres al que se habla es un trípode. Se está, por decirlo así, de pie en una cima de almas. Se tiene bajo los pies un estremecimiento de entrañas humanas. Gwynplaine no era ya el hombre que en la noche anterior había sido durante un instante casi pequeño. Los humos de esa elevación súbita se habían enrarecido y hecho transparentes, y allí donde lo había seducido una vanidad veía ahora una función.

Lo que anteriormente lo disminuía ahora lo realzaba. Lo iluminaba uno de esos grandes relámpagos que provienen del deber.

Gritaron de todas partes alrededor de Gwynplaine:

—¡Escuchad! ¡Escuchad!

Entretanto él, crispado y sobrehumano, conseguía mantener en su rostro la contracción rígida y lúgubre bajo la cual se encabritaba el rictus como un caballo salvaje dispuesto a escaparse. Continuó:

—Yo soy el que viene de las profundidades. Milores, vosotros sois los grandes y los ricos. Eso es peligroso. Os beneficiáis con la noche, pero tened cuidado, pues existe una gran potencia: la aurora. El alba no puede ser vencida. Llegará. Llega. Posee el rayo de luz irresistible. ¿Y quién impedirá que esa honda lance el sol al cielo? El sol es el derecho. Vosotros sois el privilegio. Temed. El verdadero dueño de casa va a llamar a la puerta. ¿Quién es el padre del privilegio? El azar. ¿Y quién es su hijo? El abuso. Ni el azar ni el abuso son sólidos. Uno y otro tienen un mal porvenir. Vengo a advertiros. Vengo a denunciar vuestra dicha. Está hecha con la desgracia ajena. Vosotros tenéis todo, y ese todo se compone de la nada de los otros… Milores, yo soy el abogado desesperado, defiendo la causa perdida. Esa causa la volverá a ganar Dios. Yo no soy más que una voz. El género humano es una boca y yo soy su grito. Me oiréis. Vengo a defender ante vosotros, pares de Inglaterra, la causa del pueblo, ese soberano que es el paciente, ese condenado que es el juez. Me doblega lo que tengo que decir. ¿Por dónde comenzaré? No lo sé. He recogido en la vasta difusión de los sufrimientos mi enorme alegato de defensa disperso. ¿Qué puedo hacer ahora con él? Me abruma y lo arrojo confusamente ante mí. ¿Había previsto esto? No. Estáis asombrados, y yo también. Ayer era un histrión y ahora soy un lord. Juegos profundos. ¿De quién? De lo desconocido. Temblemos todos… Milores, todo el azul está a vuestro lado. De ese universo inmenso no veis más que la fiesta. Sabed que hay también sombra. Entre vosotros me llamo lord Fermain Clancharlie, pero mi verdadero nombre es un nombre de pobre, Gwynplaine. Soy un miserable tallado en la estofa de los grandes por un rey, cuya voluntad arbitraria fue esa. Tal es mi historia. Muchos de vosotros conocisteis a mi padre, yo no lo conocí. Él os toca por su lado feudal y yo me adhiero a él por su lado proscrito. Lo que Dios ha hecho está bien. A mí me arrojaron al abismo. ¿Con qué fin? Para que viese su fondo. Soy un buzo y traigo de ese fondo la perla, que es la verdad. Hablo porque sé. Me comprendéis, milores. He experimentado, he visto. El sufrimiento no es una palabra, señores dichosos. En cuanto a la pobreza, he crecido en ella, he tiritado en invierno, he sentido el hambre, he sufrido el desprecio, he padecido la peste, he bebido la vergüenza. Y la vomitaré ante vosotros, y ese vómito de todas las miserias salpicará vuestros pies y resplandecerá. He vacilado antes de dejarme traer a este lugar donde estoy, pues tengo en otra parte otros deberes. Y no es aquí donde está mi corazón. Lo que ha sucedido en mí no os incumbe; cuando el hombre al que llamáis el ujier de la vara negra fue a buscarme de parte de la mujer a la que llamáis la Reina, se me

ocurrió durante un momento la idea de negarme. Pero me pareció que la oscura mano de Dios me empujaba hacia este lado y obedecí. Sentí que debía venir entre vosotros. ¿Por qué? A causa de mis harapos de ayer. Dios me mezcló con los hambrientos para que hablara entre los hartos. ¡Oh, compadeceos! ¡Oh, no conocéis el mundo fatal en que creéis estar! Estáis tan altos que quedáis fuera de él; yo os diré lo que es. Tengo experiencia. Llego de debajo de la presión y puedo deciros lo que pesáis. Vosotros, los amos, ¿sabéis lo que sois? ¿Veis lo que hacéis? No. ¡Ah, todo es terrible! Una noche, una noche de tempestad, muy pequeño, abandonado, huérfano, solo en la creación desmesurada, hice mi entrada en esta oscuridad que vosotros llamáis la sociedad. Lo primero que vi fue la ley en la forma de una horca; lo segundo fue la riqueza, vuestra riqueza, en la forma de una mujer muerta de frío y de hambre; la tercera fue el porvenir, en la forma de una niña agonizante; la cuarta fue lo bueno, lo verdadero y lo justo en la persona de un vagabundo que no tenía por compañero y por amigo más que un lobo.

En ese momento Gwynplaine, presa de una fuerte emoción, sintió que le subían a la garganta los sollozos, lo que hizo, cosa siniestra, que se echara a reír.

El contagio fue inmediato. Se cernía sobre la asamblea una nube; podía estallar en espanto y estalló en júbilo. La risa, esa expansión de la demencia, se apoderó de toda la cámara. Los cenáculos de hombres soberanos no exigen nada mejor que chancearse. Así se vengan de su seriedad.

Una risa de reyes se parece a la risa de los dioses: tiene siempre una punta de crueldad. Los lores comenzaron a jugar. La befa agudizó la risa. Aplaudieron alrededor del que hablaba y le ultrajaron. Una mezcolanza de interjecciones joviales le asaltó, como un granizo alegre y magullador.

—¡Bravo, Gwynplaine! —¡Bravo, el Hombre que Ríe! — ¡Bravo, el hocico de la Green-Box! — ¡Bravo, la cara del Tarrinzeau-field! — Vienes de darnos una representación. ¡Está bien! ¡Charla! — ¡He ahí a alguien que me divierte! — ¡Ríe bien ese animal! — ¡Buenos días, títere! — ¡Viva lord Payaso! — ¡Vamos, habla! — ¡Eso es un par de Inglaterra! — ¡Continúa! — ¡No! ¡No! — ¡Sí! ¡Sí!

El canciller se sentía muy incómodo.

Un lord sordo, James Butler, duque de Ormond, haciendo con la mano en la oreja una corneta acústica, preguntó a Charles Breuclerk, duque de Saint-Albans:

—¿Cómo ha votado? Saint-Albans contestó:

—*Not content*.

—¡Pardiez! —exclamó Ormond—. Lo creo. ¡Con esa cara! Detened, si podéis a una multitud que se desborda… y las asambleas son multitudes. La elocuencia es un freno; si el freno se rompe, el auditorio se desboca y cocea hasta que derriba al orador. El auditorio odia al orador. Ese hecho no es suficientemente conocido. Tirar de la brida parece un recurso, pero no lo es. Todo orador lo prueba, por instinto. Gwynplaine lo probó. Contempló durante un momento a aquellos hombres que reían y luego gritó:

—¡Estáis insultando a la miseria! ¡Silencio, pares de Inglaterra! Jueces, escuchad el alegato de defensa. ¡Os lo ruego, tened compasión! ¿Compasión por quién? Compasión por vosotros. ¿Quién está en peligro? Sois vosotros. ¿Es que no veis que estáis en una balanza y que en un platillo está vuestro poder y en el otro vuestra responsabilidad? Dios os pesa. ¡Oh, no riais! Meditad. Esa oscilación de la balanza de Dios es el temblor de la conciencia. No sois malvados. Sois hombres como los otros, ni mejores ni peores. Os creéis dioses, pero si mañana enfermáis veréis cómo tiembla con la fiebre vuestra divinidad. Todos valemos lo mismo. Me dirijo a los espíritus honrados, los hay aquí; me dirijo a las inteligencias elevadas, las hay aquí; me dirijo a las almas generosas, las hay aquí. Sois padres, hijos y hermanos, por lo que os enternecéis con frecuencia. Aquel de vosotros que ha contemplado esta mañana el despertar de su hijito es bueno. Los corazones son iguales. La humanidad no es sino un corazón. Entre los que oprimen y los oprimidos la única diferencia es el lugar en que están situados. Vuestros pies caminan sobre cabezas, pero vosotros no tenéis la culpa. La culpa la tiene la Babel social. Es una construcción frustrada que se desploma por completo. Un piso hunde al otro. Escuchad lo que voy a deciros. Puesto que sois poderosos, sed fraternales; puesto que sois grandes, sed bondadosos. ¡Si supierais lo que he visto! ¡Ay, abajo, qué tormento! El género humano está en el calabozo. ¡Cuántos condenados que son inocentes! La luz falta, el aire falta, la virtud falta, ya no se espera, se prevé lo temible. Daos cuenta de esas angustias. Hay seres que viven en la muerte. Hay muchachas que comienzan a los ocho años con la prostitución y terminan a los veinte con la vejez. En lo que respecta a las severidades penales, son espantosas. Hablo un poco al azar y no elijo. Digo lo que se me ocurre. No más tarde que ayer yo, que estoy aquí, vi a un hombre encadenado y desnudo, con piedras sobre el vientre, expirar a causa de la tortura. ¿Sabíais eso? No. Si supierais lo que sucede ninguno de vosotros se atrevería a sentirse dichoso. ¿Quién ha ido a Newcastle-on-Tyne? Hay en las minas hombres que mastican carbón para llenarse el estómago y engañar el hambre. En el condado de Lancaster, Ribblechester, a fuerza de indigencia, se ha convertido de ciudad en aldea. Yo no creo que el príncipe Jorge de Dinamarca necesite cien mil guineas más. Preferiría que se recibiera en los hospitales a los indigentes enfermos sin hacerles pagar de antemano su entierro. En Caernarvon, en Traith-maur lo mismo que en Traithbichan, el agotamiento de los pobres es horrible. En Strafford no se puede desecar el pantano por falta de dinero. Las fábricas de paños están cerradas en todo el Lancashire. Hay desocupación en todas partes. ¿Sabéis que los pescadores de arenque de Harlech comen hierba cuando falta la pesca? ¿Sabéis que en Burton-Lazers hay todavía leprosos acorralados contra los que se disparan tiros de fusil si salen de sus cubiles? En Ailesbury, ciudad de la que uno de vosotros es lord, el hambre es permanente. En Penck-ridge, Coventry, a cuya catedral acabáis de dotar y de enriquecer al obispo, no hay camas en las chozas y cavan hoyos en la tierra para acostar en ellos a los niños, de modo que en vez de comenzar con la cuna comienzan con la tumba. Yo he visto esas cosas. Milores, los

impuestos que votáis, ¿sabéis quién los paga? Los que mueren. ¡Ay, os engañáis! Erráis el camino. Aumentáis la pobreza del pobre para aumentar la riqueza del rico. Es lo contrario de lo que se debería hacer. ¡Cómo, quitar al trabajador para darlo al ocioso, quitar al andrajoso para darlo al harto, quitar al indigente para darlo al príncipe! ¡Oh, sí, tengo vieja sangre republicana en las venas! Me horroriza eso. ¡Execro a esos reyes! ¡Y qué desvergonzadas son las mujeres! Me han contado una triste historia. ¡Odio a Carlos II! Una mujer a la que mi padre había amado se entregó a ese rey mientras mi padre moría en el destierro, ¡la prostituta! Carlos II, Jacobo II: tras un libertino un bribón. ¿Qué es el Rey? Un hombre, débil y enclenque, sujeto a necesidades y enfermedades. ¿Para qué sirve el Rey? Vosotros empapuzáis a esa realeza parásita. A esa lombriz la convertís en boa. A esa tenía la convertís en dragón. ¡Gracia para los pobres! Hacéis más pesado el impuesto en provecho del trono. Tened cuidado con las leyes que decretáis. Tened cuidado con el hormiguero doloroso que aplastáis. Bajad la vista y mirad a vuestros pies. ¡Oh, grandes, existen los pequeños! ¡Compadeceos, sí, compadeceos de vosotros! Pues las multitudes agonizan, y cuando muere lo de abajo hace morir a lo de arriba. La muerte es una cesación que no exceptúa a miembro alguno. Cuando la noche llega nadie conserva su rincón de luz. ¿Sois egoístas? Salvad a los otros. El naufragio del barco no es indiferente para pasajero alguno. No naufragan unos sin que el agua se trague a los otros. ¡Oh, sabedlo, el abismo es para todos!

La risa arreció, irresistible. Por lo demás, para regocijar a una asamblea bastaba lo extravagante de esas palabras.

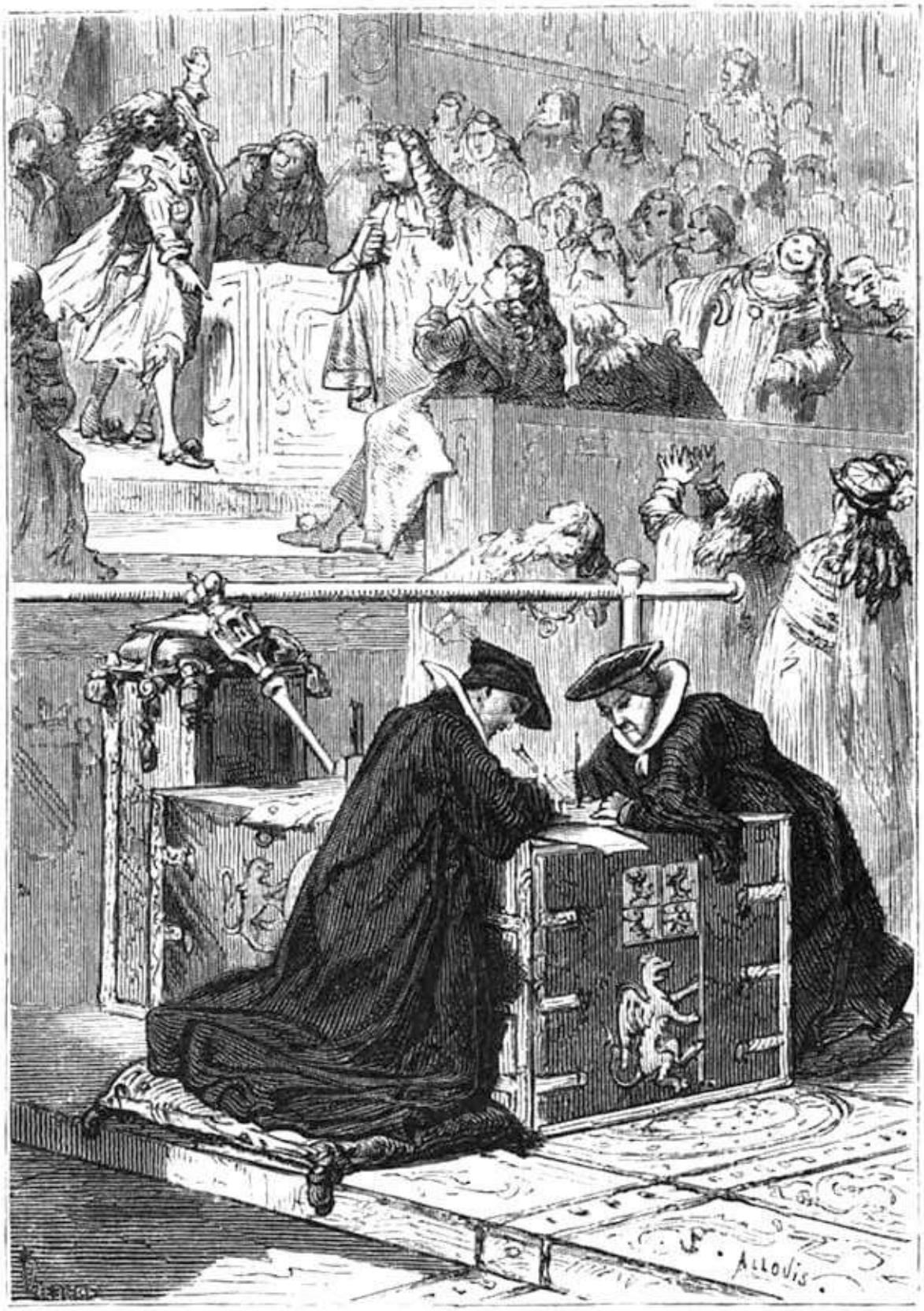
Ser cómico por fuera y trágico por dentro: no hay sufrimiento más humillante ni ira más profunda. Gwynplaine sentía eso. Sus palabras querían obrar en un sentido y su rostro obraba en el otro; era una situación espantosa. Su voz adquirió de pronto sonidos estridentes:

—¡Están alegres estos hombres! Muy bien. La ironía hace frente a la agonía. La befa ultraja al estertor. ¡Son todopoderosos! Es posible. Sea. Ya se verá. ¡Ah, yo soy uno de los suyos! ¡Pero soy también uno de los vuestros, pobres! Un rey me vendió, un pobre me recogió. ¿Quién me mutiló? Un príncipe. ¿Quién me curó y alimentó? Un muerto de hambre. Soy lord Clancharlie, pero sigo siendo Gwynplaine. Soy de los grandes y pertenezco a los pequeños. Estoy entre los que gozan y con los que sufren. Esta sociedad es falsa. Un día vendrá la sociedad verdadera. Entonces ya no habrá señores, habrá seres vivientes libres. Ya no habrá amos, habrá padres. Ese es el porvenir. ¡No más humillación, no más vileza, no más ignorancia, no más hombres animales de carga, no más cortesanos, no más criados, no más reyes, sino luz! Entretanto, aquí estoy. Tengo un derecho y lo utilizo. ¿Es un derecho? No, si lo utilizo para mí; sí, si lo utilizo para todos. Yo hablaré de vuestra indigencia. ¡Me erguiré con el puñado de andrajos del pueblo en la mano y sacudiré sobre los amos la miseria de los esclavos, y no podrán ya ellos, los favorecidos y arrogantes,

desembarazarse del recuerdo de los infortunados, ni librarse, ellos, los príncipes, de la picazón de los pobres, y tanto peor si son piojos, y tanto mejor si caen sobre leones!

Gwynplaine se volvió hacia los ayudantes de los escribanos que escribían, arrodillados, en la cuarta saca de lana.

—¿Qué hace esa gente de rodillas? ¿Qué hacéis ahí? Levantaos, pues sois hombres.



Este brusco apostrofe a subalternos, a los que un lord ni siquiera debe ver, llevó el júbilo al colmo. Habían gritado ¡bravo! y ahora gritaban ¡viva! De los aplausos pasaron al pataleo. Se habría creído estar en la Green-Box. Sólo que en la Green-Box

la risa festejaba a Gwynplaine y allí lo exterminaba. Matar es el esfuerzo del ridículo. La risa de los hombres hace a veces todo lo que puede para asesinar.

La risa se había convertido en una vía de hecho. Los chistes llovían. La necedad de las asambleas consiste en tener ingenio. Su befa ingeniosa e imbécil descarta los hechos en vez de estudiarlos y condena los problemas en lugar de resolverlos. Un incidente es un punto de interrogación. Tomarlo a risa es reír del enigma. La esfinge, que no ríe, está detrás.

Se oían gritos contradictorios:

—¡Basta! ¡Basta!

—¡Más! ¡Más!

William Farmer, barón Leimpster, lanzó a Gwynplaine la afrenta de Ryc-Quiney a Shakespeare:

—*¡Histrio! ¡Mima!*

Lord Vaughan, hombre sentencioso, el vigésimo noveno del banco de los barones, dijo:

—Henos de nuevo en la época en que los animales hablaban. Entre bocas humanas, una quijada bestial tiene la palabra.

—Escuchemos a la burra de Balaam —añadió lord Yarmouth.

Lord Yarmouth tenía ese aire sagaz que dan una nariz redonda y una boca torcida.

—El rebelde Linnoeus es castigado en su tumba. El hijo es el castigo del padre — dijo John Hough, obispo de Lichfield y de Coventry, cuya prebenda había rozado Gwynplaine.

—Miente —afirmó lord Cholmley, el legislador jurisperito —. Lo que él llama tortura es la pena fuerte y dura, una pena muy buena. La tortura no existe en Inglaterra.

Thomas Wentworth, barón Raby, pidió al canciller:

—Milord canciller, levantad la sesión.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Que continúe! ¡Nos divierte! *¡Hep, hep, hep, hurra!*

Así gritaron los lores jóvenes, con un júbilo desbordante. Cuatro sobre todo se hallaban en plena exasperación de hilaridad y de odio.

Eran Laurence Hyde, conde de Rochester; Thomas Fufton, conde de Thanet; el vizconde Hatton y el duque de Montagu.

—¡Al nicho Gwynplaine! —decía Rochester.

—¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo! —gritaba Thanet.

El vizconde Hatton sacó del bolsillo un penique y lo arrojó a Gwynplaine.

Y John Campbell, conde de Greenwich; Savage, conde de Rivers; Thompson, barón Haversham; Warrigton, Escrik, Rolleston, Rockingham, Carteret, Langdale, Banester Maynard, Hundson, Caernarvon, Cavendish, Burlington, Robert Darcy, conde de Holderness, Other Windsor, conde de Playmouth, aplaudieron.

Era un tumulto de pandemonio o de panteón en el que se perdían las palabras de Gwynplaine. Sólo se percibía la advertencia: «¡Tened cuidado!».

Ralph, duque de Montagu, recién salido de Oxford y que no tenía todavía su primer bigote, descendió del banco de los duques, donde ocupaba el decimonoveno lugar, y fue a colocarse con los brazos cruzados frente a Gwynplaine. Hay en una espada la parte que corta más y en una voz el acento que insulta mejor. Montagu tomó ese acento y, riendo con ironía en la nariz de Gwynplaine, le gritó:

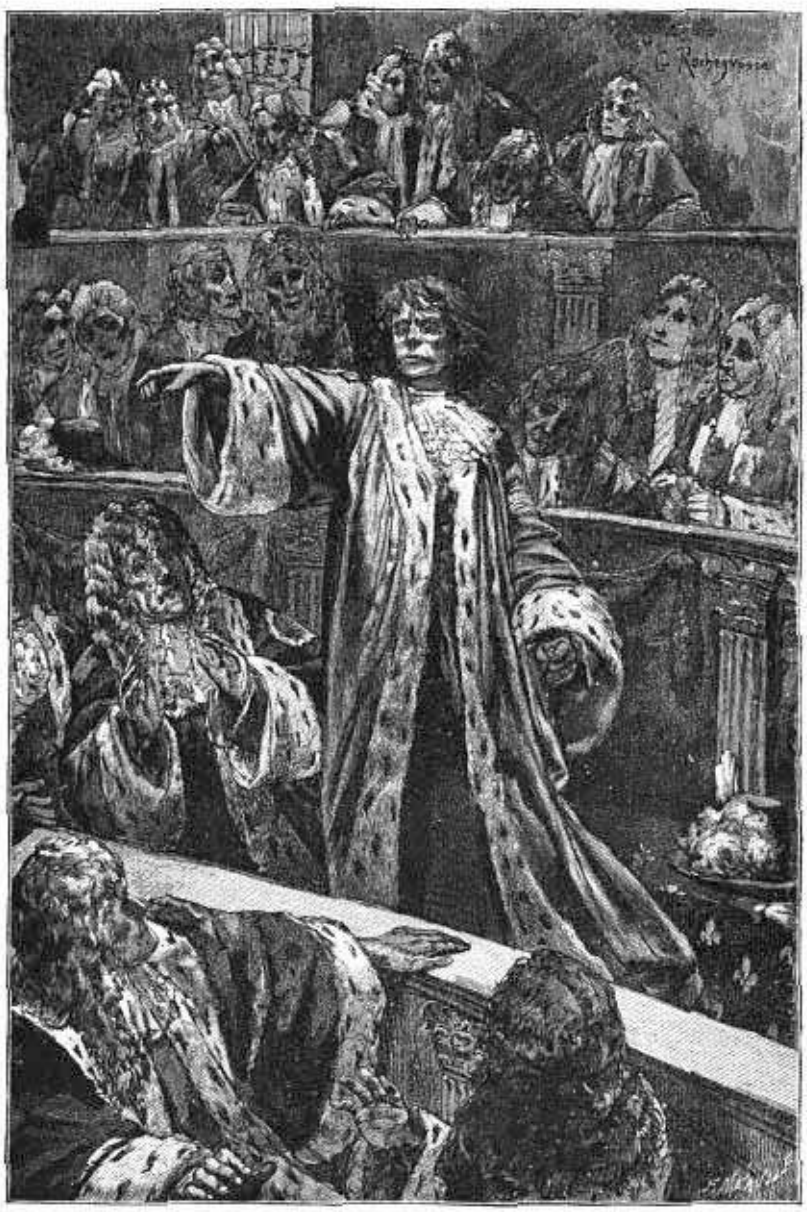
—¿Qué dices?

—Predigo —le contestó Gwynplaine.

La risa estalló de nuevo. Y bajo esa risa gruñía la ira como un estribillo. Uno de los pares menores de edad, Lionel Ganseild Sackville, conde de Dorset y de

Middlesex, se puso en pie sobre su banco, sin reír, con la gravedad correspondiente a un futuro legislador y, sin decir una palabra, miró a Gwynplaine con su fresco rostro de doce años y se encogió de hombros. Lo que hizo que el obispo de Saint-Asaph se inclinase al oído del obispo de Saint-David sentado a su lado y le dijese señalando a Gwynplaine:

—¡He ahí al loco! —y mostrando al niño—. ¡He ahí al sabio!



Del caso de burlas se destacaban exclamaciones confusas:

—¡Cara de gorgona! —¿Qué significa esta aventura? — ¡Insulta a la cámara! — ¡Qué excepción semejante hombre! — ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! — ¡Que levanten la sesión! — ¡No! ¡Que termine! — ¡Habla, bufón!

Lord Lewis de Duras, con las manos en las caderas, gritó:

—¡Oh, qué bien hace reír! Mi bazo lo agradece. Propongo un voto de gracias redactado así: La Cámara de los Lores agradece a la Green-Box.

Gwynplaine, como se recordará, había soñado con otra acogida.

Quien ha trepado por la arena una pendiente a pico muy quebradiza sobre una profundidad vertiginosa, quien ha sentido bajo sus manos, bajo sus uñas, bajo sus rodillas y bajo sus pies huir y sustraerse el punto de apoyo; quien, retrocediendo en vez de avanzar en esa escarpa refractaria, presa de la angustia del deslizamiento, hundiéndose en vez de trepar, descendiendo en vez de subir, aumentando la certidumbre del naufragio con el esfuerzo hacia la cima y perdiéndose un poco más en cada movimiento para salir del peligro, ha sentido la aproximación terrible del abismo y en los huesos el frío lóbrego de la caída, boca abierta debajo, ese ha experimentado lo que experimentaba Gwynplaine.

Sentía que su ascensión se derrumbaba bajo él y que su auditorio era un precipicio.

Siempre hay alguien que dice la palabra que resume todo. Lord Scarsdale tradujo en un grito la impresión de la asamblea:

—¿Qué viene a hacer aquí ese monstruo?

Gwynplaine se irguió, fuera de sí e indignado, con una especie de convulsión suprema. Miró a todos fijamente y dijo:

—¿Qué vengo a hacer aquí? Vengo a ser terrible. Soy un monstruo, decís. No, soy el pueblo. ¿Soy una excepción? No, soy todo el mundo. La excepción sois vosotros. Vosotros sois la quimera y yo soy la realidad. Yo soy el Hombre. Soy el espantoso Hombre que Ríe. ¿Que ríe de qué? De vosotros, de él, de todo. ¿Qué es su risa? Vuestro crimen y su suplicio os lo escupe en el rostro. Yo río quiere decir: yo lloro.

Se interrumpió. Todos callaban. Las risas continuaban, pero en tono bajo. Pudo creer que volvían a escucharle. Respiró y prosiguió:

—La risa que está en mi rostro fue un rey quien la puso. Esa risa expresa la desolación universal. Esa risa quiere decir odio, silencio obligado, ira, desesperación. Esa risa es un producto de torturas, es una risa forzosa. Si Satán tuviera esta risa condenaría a Dios. Pero el Eterno no se parece a los perecederos; siendo absoluto, es justo; y Dios aborrece lo que hacen los reyes. ¡Ah, vosotros me tomáis por una excepción! Soy un símbolo. ¡Oh, vosotros, todopoderosos imbéciles: abrid los ojos! Yo encarno Todo. Represento a la humanidad tal como la han hecho sus amos. El hombre es un mutilado. Lo que me han hecho se lo han hecho al género humano. Le han deformado el derecho, la justicia, la verdad, la razón, la inteligencia, como a mí los ojos, las ventanas de la nariz y las orejas; como a mí, le han puesto en el corazón una cloaca de ira y de dolor y en el rostro una máscara de satisfacción. Donde se había posado el dedo de Dios se ha apoyado la garra del rey. Es una superposición monstruosa. Obispos, pares y príncipes: el pueblo es el que padece en la profundidad y ríe en la superficie… Milores, os lo digo, el pueblo soy yo. Ahora lo oprimís, ahora me abucheáis. Pero el porvenir es el deshielo sombrío. Lo que era piedra se convierte en ola, la apariencia sólida se transforma en sumersión. Un crujido y todo termina. Llegará una hora en la que una convulsión romperá vuestra opresión y un rugido

replicará a vuestros abucheos. Esa hora ha llegado ya — ¡tú estabas en ella, oh, padre mío! —, esa hora de Dios ha llegado y se la ha llamado República; la echaron, pero volverá. Entretanto, recordad que la serie de reyes armados con espada fue interrumpida por Cromwell armado con el hacha. ¡Temblad! Las soluciones incorruptibles se acercan, las uñas cortadas crecen otra vez, las lenguas arrancadas se echan a volar y se convierten en lenguas de fuego dispersas por el viento de las tinieblas y gritan en el infinito; los que tienen hambre muestran sus dientes ociosos, los paraísos construidos sobre los infiernos tambalean, se sufre, se sufre, se sufre, y lo que está arriba se inclina, y lo que está abajo se entreabre, la sombra quiere convertirse en luz, el condenado discute al elegido. ¡Os digo que es el pueblo el que viene, es el hombre el que sube, es el fin el que comienza, es la aurora roja de la catástrofe, y eso es lo que hay en esta risa de la que os reís! Londres es una fiesta perpetua. Bien está. Inglaterra es de un extremo al otro una aclamación. Sí. Pero escuchad. Todo lo que veis soy yo. Tenéis fiestas: es mi risa. Tenéis diversiones públicas: es mi risa. Tenéis bodas, consagraciones y coronaciones: es mi risa. ¡El rayo se cierne sobre vosotros: es mi risa!

Hay un modo de hacer frente a esas cosas, y las risas se renovaron, esta vez abrumadoras. De todas las lavas que arroja el cráter de la boca humana la más corrosiva es la alegría. Hacer el mal alegremente: ninguna multitud resiste a ese contagio. No todas las ejecuciones se realizan en los cadalsos, y los hombres, cuando se reúnen, lo mismo en multitud que en asamblea, tienen siempre entre ellos un verdugo dispuesto a actuar, que es el sarcasmo. No hay suplicio comparable con el del miserable risible. Gwynplaine sufría ese suplicio. El alborozo de que era objeto se convertía para él en lapidación y metralla. Era juguete, maniquí, cabeza de turco, blanco. Saltaban, gritaban ¡bis!, se tumbaban de risa. Pataleaban, se asían por el cuello. La majestad del lugar, la púrpura de las togas, el pudor de los armiños, el infolio de las pelucas: de nada servían. Los lores reían, los obispos reían, los jueces reían. El banco de los ancianos se desarrugaba, el banco de los niños se retorcía. El arzobispo de Canterbury daba con el codo al arzobispo de York. Henry Compton, obispo de Londres, se desternillaba de risa. El canciller bajaba la vista para ocultar su risa probable. Y en la barra, la estatua de respeto, el ujier de la vara negra, reía.

Gwynplaine, pálido, se cruzó de brazos y, rodeado por todos aquellos rostros, jóvenes y viejos, en los que brillaba el gran júbilo homérico, en aquel torbellino de aplausos, pataleos y vítores, en aquel frenesí jocoso del que era el centro, en aquella espléndida expansión de hilaridad, en medio de esa alegría enorme, tenía en sí el sepulcro. Todo había terminado. Ya no podía dominar ni su rostro que le traicionaba, ni su auditorio que le insultaba.

Jamás la eterna ley fatal, lo grotesco engrapado en lo sublime, la risa repercutiendo el rugido, la parodia en ancas de la desesperación, el contrasentido entre lo que se parece y lo que se es, había estallado con más horror. Jamás un fulgor más siniestro había iluminado la profunda noche humana.

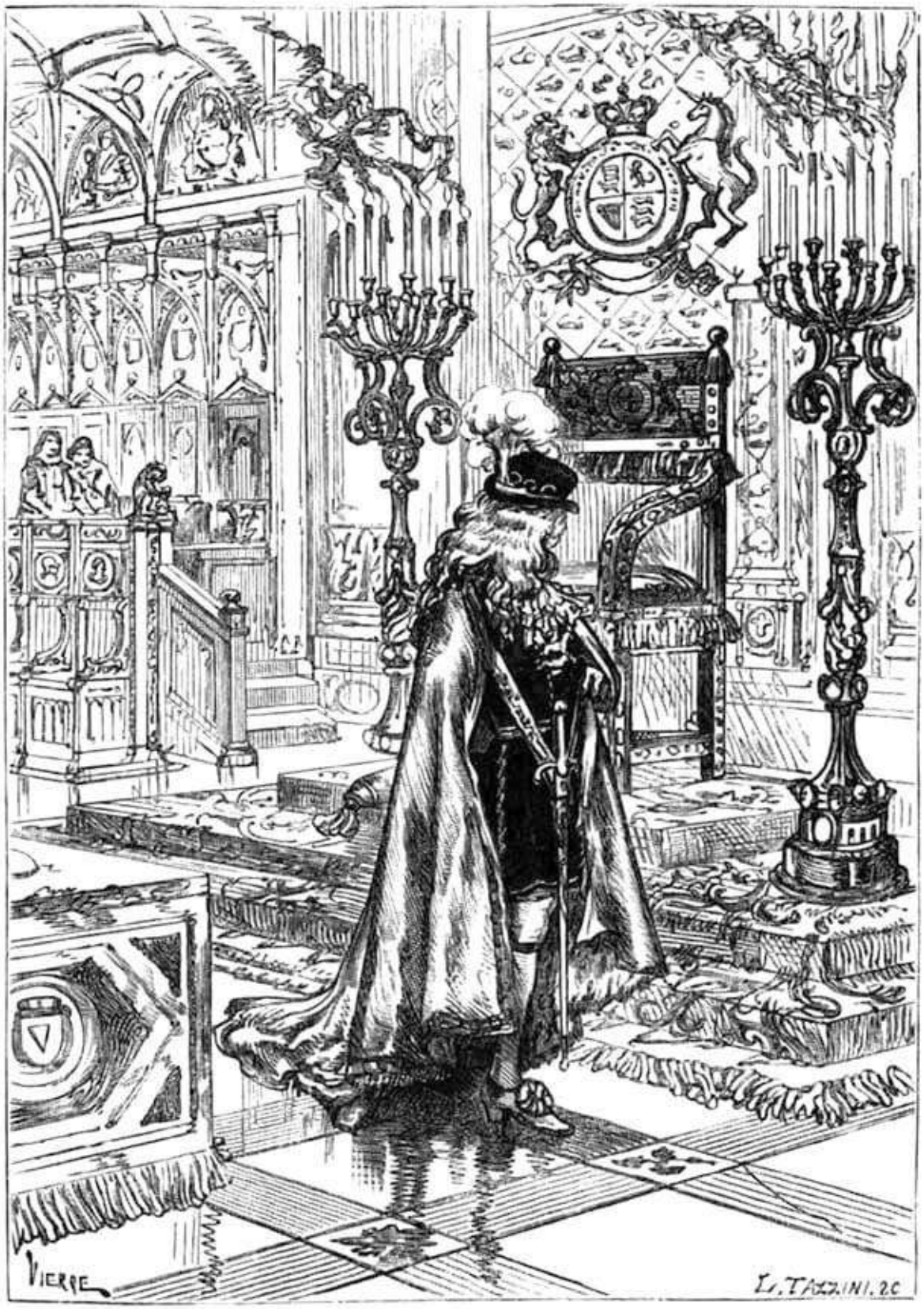
Gwynplaine asistía al quebrantamiento definitivo de su destino por una carcajada. Aquello no tenía remedio. Se levanta cuando se cae, pero no cuando se queda pulverizado. Aquella burla inepta y soberana lo convertía en polvo. Nada le era posible en adelante. Todo es según el medio ambiente. Lo que era triunfo en la Green-Box era caída y catástrofe en la Cámara de los Lores. El aplauso de allí era aquí imprecación. Sentía algo como el revés de su máscara. De un lado de esa máscara estaba la simpatía del pueblo que aceptaba a Gwynplaine, del otro el odio de los grandes que rechazaba a lord Fermain Clancharlie. De un lado la atracción, del otro la repulsión, y ambas llevándolo hacia la sombra. Se sentía herido por la espalda. La suerte asesta golpes traidores. Todo se explicará más tarde, pero entretanto el destino es una trampa y el hombre cae en trampas de lobos. Había creído ascender y lo acogía esa risa; las apoteosis terminan lúgubremente. Hay una palabra triste: desembriagarse. Es una sabiduría trágica la que nace de la embriaguez. Gwynplaine, envuelto en aquella tempestad alegre y feroz, soñaba.

En el desorden la risa enloquece. Una asamblea alborozada pierde la brújula. Ya no se sabía adonde se iba ni lo que se hacía. Había que levantar la sesión.

El canciller, «en vista del incidente», aplazó la votación hasta el día siguiente. La cámara se disolvió. Los lores hicieron la reverencia a la silla real y se fueron. Se oyó que las risas se prolongaban y se perdían en los corredores. Las asambleas, además de sus puertas oficiales, tienen en los tapices, los relieves y las molduras toda clase de puertas ocultas por las que se vacían como un vaso por sus rajas. En poco tiempo la sala quedó desierta. Eso se hace muy rápidamente y casi sin transición. El silencio se apodera inmediatamente de esos lugares tumultuosos.

La sumersión en el arrobamiento lleva lejos y a fuerza de soñar se termina estando como en otro planeta. Gwynplaine pareció despertar de pronto. Se hallaba solo. La sala estaba vacía. Ni siquiera se había dado cuenta de que habían levantado la sesión. Todos los pares habían desaparecido, inclusive sus dos padrinos. Sólo quedaban aquí y allá algunos empleados inferiores de la cámara que esperaban para poner las fundas y apagar las lámparas a que «su señoría» se fuese. Gwynplaine se puso maquinalmente el sombrero, dejó el banco y se dirigió a la gran puerta abierta que daba a la galería. En el momento en que pasaba por la abertura de la barra un portero le quitó su toga de par. Él apenas se dio cuenta. Un instante después se hallaba en la galería.

Los sirvientes que estaban allí observaron con asombro que aquel lord salía sin saludar al trono.


VIERGE
L. TAZZINI. 2C

8
Sería buen hermano si no fuese buen hijo

Ya no quedaba nadie en la galería. Gwynplaine atravesó la sala redonda, de la que habían sacado el sillón y las mesas, y donde ya no quedaba huella alguna de su investidura. Los candelabros colocados de trecho en trecho indicaban el itinerario de salida. Gracias a ese cordón de luces pudo volver a encontrar fácilmente, en el encadenamiento de salones y galerías, el camino que había seguido al llegar con el rey de armas y el ujier de la vara negra. No encontraba a nadie, como no fuera a algún viejo lord tardígrado que caminaba pesadamente y dándole la espalda.

De pronto, en el silencio de todas aquellas grandes salas desiertas, llegaron hasta él sonidos de palabras poco claros, una especie de alboroto nocturno insólito en tal lugar. Se dirigió hacia donde oía ese ruido y bruscamente se encontró en un espacioso vestíbulo débilmente iluminado que era una de las salidas de la cámara. Se veía una gran puerta vidriera abierta, una escalinata, lacayos y antorchas; fuera se divisaba una plaza y algunas carrozas esperaban al pie de la escalinata.

De allí provenía el ruido que había oído.

Y dentro de la puerta, bajo el farol del vestíbulo, se hallaba un grupo tumultuoso entre una tempestad de gestos y de voces. Gwynplaine se acercó en la penumbra.

Era una disputa. A un lado estaban diez o doce jóvenes lores que querían salir, y al otro un hombre, con el sombrero puesto como ellos, erguido y con la cabeza alta, que les cerraba el paso. Aquel hombre era Tom-Jim-Jack.

Algunos de aquellos lores vestían todavía la toga de par; otros se la habían quitado y llevaban el traje de calle.

Tom-Jim-Jack tenía un sombrero con plumas, no blancas, como los pares, sino verdes y anaranjadas; llevaba bordados y galones de la cabeza a los pies, con oleadas de cintas y encajes en las mangas y el cuello, y manejaba febrilmente con la mano izquierda el puño de una espada que tenía al costado y el talabarte y la vaina de la cual estaban guarnecidos con pasamanos que representaban anclas de almirante.

Era él quien hablaba; apostrofaba a todos aquellos lores jóvenes y Gwynplaine le oyó decir esto:

—Os he dicho que sois unos cobardes. Queréis que retire mis palabras. Sea. No sois cobardes, sois idiotas. Os habéis puesto todos contra uno. Eso no es cobardía. Bueno, entonces es inepcia. Os han hablado y no habéis comprendido. Aquí los viejos son sordos del oído y los jóvenes de la inteligencia. Yo soy lo suficiente uno de los vuestros para deciros las verdades. Ese recién llegado es extraño y ha espetado un montón de disparates, convengo en ello, pero entre esos desatinos había cosas ciertas. Era confuso, indigesto, mal dicho; sea; ha repetido con demasiada frecuencia «sabéis, sabéis», pero un hombre que era ayer un histrión de feria no tiene por qué hablar

como Aristóteles o como el doctor Gilbert Burnet, obispo de Sarum. Los piojos, los leones, el apostrofe al sub-escribano, todo eso era de mal gusto. ¡Pardiez! ¿Quién os dice lo contrario? Fue una arenga insensata y descosida en la que iba todo a la buena de Dios, pero de ella se desprendían aquí y allá hechos reales. Ya es mucho hablar así cuando no se es del oficio, ¡y quisiera veros en su caso! Lo que ha dicho de los leprosos de Burton-Lazers es indiscutible. Por otra parte, no sería el primero que haya dicho tonterías. Finalmente, milores, no me gusta que se ensañen mucho con uno solo, tal es mi índole, y pido a vuestras señorías permiso para sentirme ofendido. Me habéis desagradado y eso me irrita. Ya no creo mucho en Dios, pero lo que me haría creer en él es que hiciera buenas obras, lo que no le sucede todos los días. En consecuencia, le agradezco a ese buen Dios, si existe, que haya sacado del fondo de esa existencia vil a ese par de Inglaterra y que haya devuelto su herencia a ese heredero y, sin que me preocupe si eso arregla o no mis asuntos, me agrada ver que la cucaracha se convierte súbitamente en águila y Gwynplaine es Clancharlie. Milores, os prohíbo que opinéis de distinto modo que yo. Lamento que Lewis de Duras no esté aquí. Le insultaría de buena gana. Milores, Fermain Clancharlie ha sido el lord y vosotros habéis sido los saltimbanquis. En lo que respecta a su risa, él no tiene la culpa. Os habéis reído de esa risa. No se ríe de una desgracia. Sois necios. Y necios crueles. Si creéis que no se puede reír de vosotros también, os equivocáis. Sois feos y os vestís mal. Milord Haversham: el otro día vi a tu querida; es horrible; duquesa, pero una mona. Señores reidores, repito que desearía veros tratar de pronunciar cuatro palabras seguidas. Muchos hombres parlotean, muy pocos hablan. Os imagináis que sabéis algo porque habéis arrastrado vuestros gregüescos haraganes en Oxford o Cambridge, y porque antes de ser pares de Inglaterra en los bancos de Westminster-Hall fuisteis asnos en los bancos del colegio de Gonewill y de Caius. Yo estoy aquí y quiero miraros a la cara. Acabáis de ser imprudentes con ese nuevo lord. Es un monstruo, ciertamente, pero ha sido entregado a las fieras. Preferiría ser él antes que vosotros. He presenciado la sesión desde mi lugar, como heredero posible de pairía, y he oído todo. No tenía el derecho de hablar, pero tengo el derecho de ser un gentilhombre. Vuestro júbilo me ha molestado. Cuando no estoy satisfecho iría al monte Pendiehill a recoger la hierba de las nubes, la *cloudesbury*, que hace caer el rayo sobre quien la arranca. Por eso he venido a esperaros a la salida. Charlar es inútil y tenemos que dilucidar algunas cosas. ¿Os dais cuenta de que me habéis ofendido un poco a mí mismo? Milores, tengo el firme propósito de matar a algunos de vosotros. A todos los que estáis aquí, Thomas Tufton, conde de Thanet; Savage, conde Rivers; Charles Spencer, conde de Suderland; Laurence Hyde, conde de Rochester; y a vosotros, barones Grey de Rolleston, Cary Hunsdon, Escrick, Rockingham; a ti, pequeño Carteret; a ti, Robert Darcy, conde de Holderness; a ti, William, vizconde Halton, y a ti, Ralph, duque de Montagu y a todos los otros que lo deseen, yo, David Dirry-Moir, uno de los soldados de la flota, os intimo, os cito y os ordeno que os proveáis con diligencia de segundos y padrinos, y os espero frente a frente y pecho

contra pecho esta noche, inmediatamente, mañana, de día, de noche, a pleno sol, a la luz de las antorchas, o cuando y como bien os parezca, en cualquier parte donde haya bastante lugar para dos longitudes de espada, y haréis bien en revisar las baterías de vuestras pistolas y el filo de vuestros estoques pues tengo la intención de dejar vacantes vuestras pairías. Ogle Cavendish, toma tus precauciones y piensa en tu divisa: *Cavendo tutus*. Marmaduke Langdale, harás bien, como tu antepasado Gundold, en hacerte seguir por un féretro. Georges Booth, conde de Warington, no volverás a ver el condado palatino de Chester y tu laberinto a la manera de Creta y las altas torrecillas de Dunham Massie. En cuanto a lord Vaughan, es bastante joven para decir impertinencias y demasiado viejo para responder por ellas; pediré cuenta de sus palabras a su sobrino Richard Vaughan, miembro de los Comunes por la villa de Merioneth. A ti, John Campbell, conde de Greenwich, te mataré como Achon mató a Matas, pero de un golpe franco y no por detrás, pues acostumbro a mostrar mi corazón y no mi espalda a la punta de la espada. Y he terminado, milores. Ahora usad de maleficios, si os parece bien, consultad a las echadoras de cartas, engrasaos la piel con ungüentos y drogas que la hacen invulnerable, colgaos del cuello saquitos del diablo o de la Virgen, me batiré con vosotros benditos o malditos, y no haré que os palpen para saber si lleváis amuletos. A pie o a caballo. En plena plaza pública, si lo queréis así, en Piccadilly o en Charing-Cross, y desempedrarán la calle para nuestro encuentro como desempedraron el patio del Louvre para el duelo de Guisa y Bassompierre. ¿Todos, entendéis? Os quiero a todos. Dorme, conde de Caernarvon, te haré tragar mi espada hasta el puño, como la hizo tragar Marolles a Lisle-Marivaux; y veremos luego, milord, si te ríes. Tú, Burlington, que pareces una muchacha con tus diecisiete años, podrás elegir entre los céspedes de tu casa de Middlesex y tu hermoso jardín de Londesburg en Yorkshire para hacerte enterrar. Informo a vuestras señorías que no me agrada que se sea insolente ante mí. ¡Y yo os castigaré, milores! Me parece mal que os hayáis burlado de lord Fermain Clancharlie. Vale más que vosotros. Como Clancharlie posee la nobleza que vosotros tenéis, y como Gwynplaine posee el talento que no tenéis vosotros, hago de su causa mi causa, de su injuria mi injuria y de vuestras befas mi ira. Veremos quién sale vivo de este asunto, pues os reto a muerte, ¿entendéis? Y con cualquier arma y de todas maneras; podéis elegir la muerte que os plazca. Y puesto que sois villanos al mismo tiempo que gentilhombres, proporciono el desafío a vuestras cualidades y os ofrezco todas las maneras que tienen los hombres de matarse, desde la espada como los príncipes hasta el pugilato como los granujas.

A ese chorro de palabras furiosas todo el grupo altivo de los jóvenes lores respondió con una sonrisa.

—Convenido —dijeron.

—Yo elijo la pistola —dijo Burlington.

—Yo —dijo Escrick— el antiguo combate en palenque con la maza de armas y el puñal.

—Yo —dijo Holdernesse— el duelo con dos cuchillos, el largo y el corto, los torsos desnudos y cuerpo a cuerpo.

—Lord David —dijo el conde de Thanet—, tú eres escocés. Elijo la Claymore.

—Yo la espada —dijo Rockingham.

—Yo prefiero el boxeo —dijo el duque Ralph —. Es más noble.

Gwynplaine salió de la sombra.

Se dirigió hacia el que hasta entonces había llamado Tom-Jim-Jack y en quien comenzaba a entrever otra cosa.

—Os lo agradezco —dijo—, pero esto me incumbe a mí.

Todas las cabezas se volvieron.

Gwynplaine avanzó. Se sentía empujado hacia aquel hombre al que oía que llamaban lord David y que era su defensor, y tal vez algo más.

Lord David retrocedió.

—¡Cómo —exclamó—, sois vos! ¡Estáis aquí! Venís oportunamente, pues también tenía algo que deciros. Hace poco hablasteis de una mujer que, después de haber amado a lord Linnoeus Clancharlie, amó al rey Carlos II.

—Así es.

—Señor, habéis insultado a mi madre.

—¿Vuestra madre? En ese caso, lo adivinaba, nosotros somos…

—Hermanos —terminó lord David.

Y dio un bofetón a Gwynplaine.

—Somos hermanos —continuó—. En consecuencia, podemos batirnos. Sólo se bate entre iguales. ¿Y quién es más nuestro igual que nuestro hermano? Os enviaré mis padrinos. Mañana nos cortaremos la garganta.

LIBRO NOVENO

En ruina

1
A través del exceso de grandeza es como se llega al exceso de miseria

Cuando daban las doce de la noche en San Pablo, un hombre que acababa de cruzar el Puente de Londres entró en las callejuelas de Southwark. No había faroles encendidos, pues en esa época existía la costumbre, tanto en Londres como en París, de apagar la iluminación pública a las once, es decir en el momento en que se hace más necesaria. Las calles, oscuras, estaban desiertas. La falta de faroles hace que sean escasos los transeúntes. El hombre caminaba a grandes pasos. Estaba extrañamente vestido para andar por la calle a semejante hora. Tenía un traje de seda bordada, la espada al costado y un sombrero con plumas blancas, pero no llevaba capa. Los serenos que lo veían pasar decían: «Es un señor que ha hecho una apuesta», y se apartaban con el respeto debido a un lord y a una apuesta.

Ese hombre era Gwynplaine.

¿Dónde estaba? No lo sabía. El alma, como hemos dicho, tiene sus ciclones, remolinos espantosos en los que todo se mezcla, el cielo, el mar, el día, la noche, la vida y la muerte, en una especie de horror ininteligible. Lo real deja de ser respirable. Se es aplastado por las cosas en las que no se cree. La nada se convierte en huracán. El firmamento palidece. El infinito se vacía. Se está en la ausencia. Se siente morir. Se desea un astro. ¿Qué sentía Gwynplaine? Una sed: la de ver a Dea.

No sentía más que eso. Volver a la Green-Box y la posada Tadcaster, sonora, luminosa, llena de la buena risa cordial del pueblo, ¡volver a encontrar a Ursus y Homo, volver a ver a Dea, entrar de nuevo en la vida!

Las desilusiones se distienden como el arco, con una fuerza siniestra, y arrojan al hombre como una flecha hacia la verdad. Gwynplaine tenía prisa. Se acercaba al Tarrinzeau-field. No andaba, corría. Sus ojos se hundían en la oscuridad de delante. Se hacía preceder por su mirada, en una busca ávida del puerto en el horizonte. ¡Qué momento aquel en que iba a ver las ventanas iluminadas de la posada Tadcaster!

Llegó al *bowling-green*. Dio vuelta a una esquina y vio frente a él, en el otro extremo del prado, a alguna distancia, la posada, que era, como se recordará, la única casa del ferial.

Miró. Nada de luces. Una masa negra.

Se estremeció. Luego se dijo que era tarde, que la taberna estaba cerrada, que todo era muy sencillo, dormían, y sólo tenía que despertar a Nicless y Govicum, ir a la posada y golpear en la puerta. Fue allá. No corrió, se precipitó.

Llegó a la posada sin resuello. Se está en plena tormenta, se brega en las invisibles convulsiones del alma, ya no se sabe si se está muerto o vivo, y se tiene con

los que se ama toda clase de delicadezas; en eso se reconocen los verdaderos corazones. En el naufragio de todo sobrenada la ternura. No despertar bruscamente a Dea fue inmediatamente la preocupación de Gwynplaine.

Se acercó a la posada haciendo el menor ruido posible. Conocía el tabuco, antigua caseta de perro guardián, donde se acostaba Govicum; ese tabuco, contiguo a la sala baja, tenía un tragaluz que daba a la plaza. Gwynplaine raspó suavemente el vidrio. Bastaba con despertar a Govicum.

No sintió movimiento alguno en el dormitorio de Govicum. A esa edad, se dijo Gwynplaine, se tiene el sueño pesado. Dio con el dorso de la mano un golpecito en el tragaluz. Nada se movió.

Golpeó más vivamente dos veces. No hubo respuesta. Entonces, temblando un poco, fue a la puerta de la posada y llamó.

Nadie respondió.

Pensó, no sin sentir el comienzo de un frío profundo: «Maese Nicless es viejo, los niños duermen intensamente y los ancianos pesadamente. ¡Llamemos con más fuerza!».

Había arañado, golpeado, suave y fuertemente, y ahora dio unos aldabonazos. Eso le trajo un lejano recuerdo, el de Weymouth, cuando, siendo muy pequeño, tenía a Dea, todavía más pequeña, en los brazos.

Tocó la aldaba violentamente, como un lord que era, ¡ay!

La casa permaneció silenciosa.

Sintió que se desenfrenaba.

Ya no guardó más miramientos y llamó:

—¡Nicless! ¡Govicum!

Al mismo tiempo miró a las ventanas para ver si se encendía alguna luz.

Nada en la posada, ni una voz, ni un ruido, ni un resplandor.

Fue a la puerta cochera, la golpeó, la empujó y la sacudió violentamente, gritando:

—¡Ursus! ¡Homo!

El lobo no aulló.

Un sudor helado le corrió por la frente.

Miró a su alrededor. La oscuridad era densa, pero había suficientes estrellas para que se vislumbrase el ferial. Vio una cosa lúgubre: la desaparición de todo. Ya no había una sola barraca en el bowling-green. El vagabundeo de mil bataholas que había hormigueado allí era reemplazado por la lóbrega oscuridad vacía. Todo se había ido.

Se apoderó de él la locura de la ansiedad. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué había sucedido? ¿Ya no estaba allí nadie? ¿Es que su vida se había derrumbado tras él? ¿Qué les habían hecho a todos? ¡Oh, Dios mío! Se abalanzó como una tempestad sobre la casa. Golpeó en el postigo, en la puerta cochera, en las ventanas, en las contraventanas, en las paredes, con los puños y los pies, furioso de espanto y de

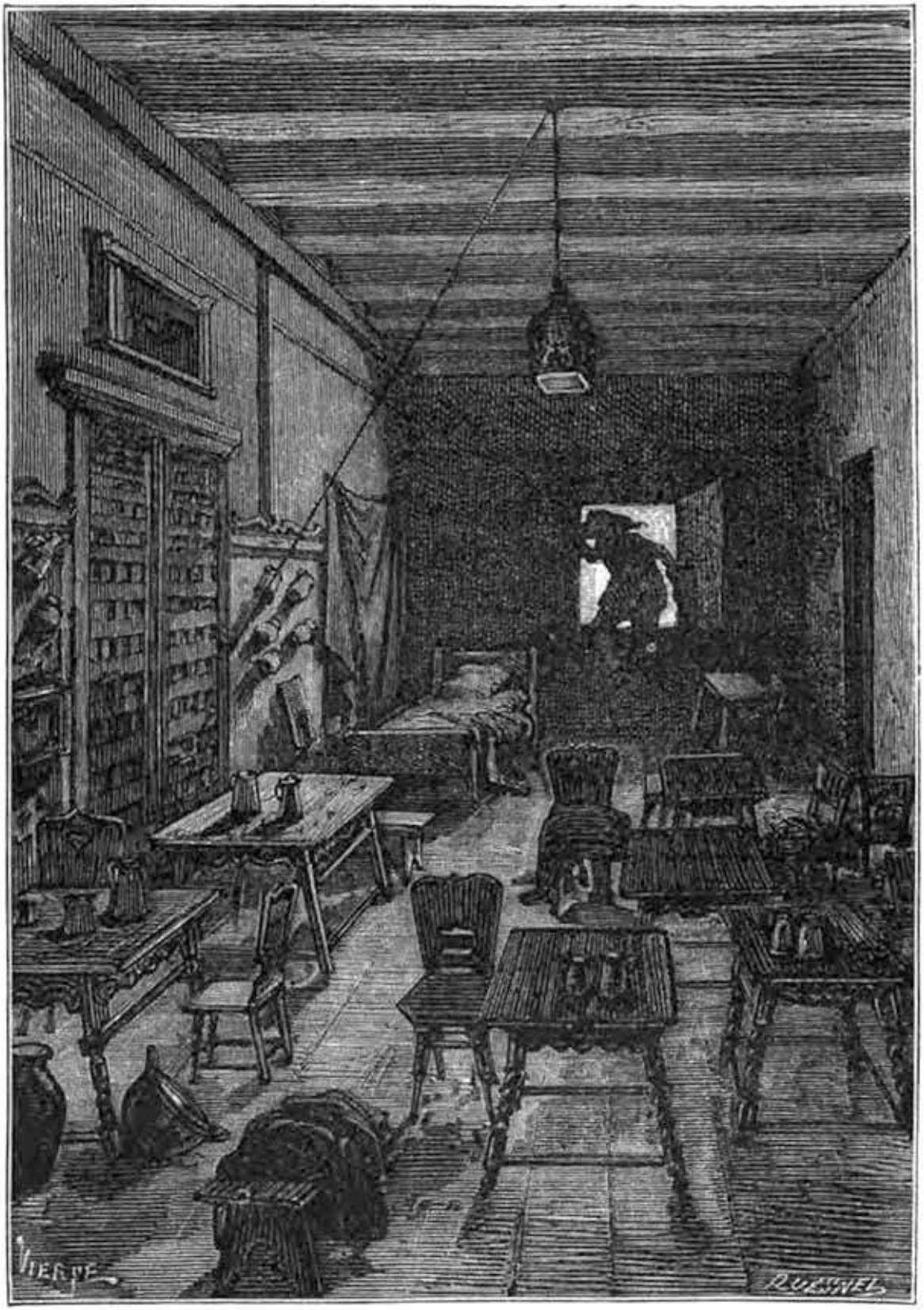
angustia. Llamó a Nicless, a Govicum, a Fibi, Vinos, Ursus y Homo. Todos los clamores, todos los ruidos arrojó contra aquella muralla. A veces se interrumpía y escuchaba; la casa seguía muda y como muerta. Entonces, exasperado, comenzaba de nuevo. Choques, golpes, gritos, retumbos, hacían eco en todas partes. Parecía que el trueno trataba de despertar al sepulcro.

Cuando se llega a cierto grado de espanto uno se hace terrible. Quien teme todo no teme nada. Se da puntapiés a la esfinge. Se maltrata lo desconocido. Renovó el tumulto en todas las formas posibles, interrumpiéndose, repitiendo, inagotable en gritos y llamamientos, asaltando aquel silencio trágico.

Llamó cien veces a todos los que podían estar allí; gritó todos los nombres, excepto el de Dea. Era una precaución, oscura para él mismo, que tomaba instintivamente en su extravío.

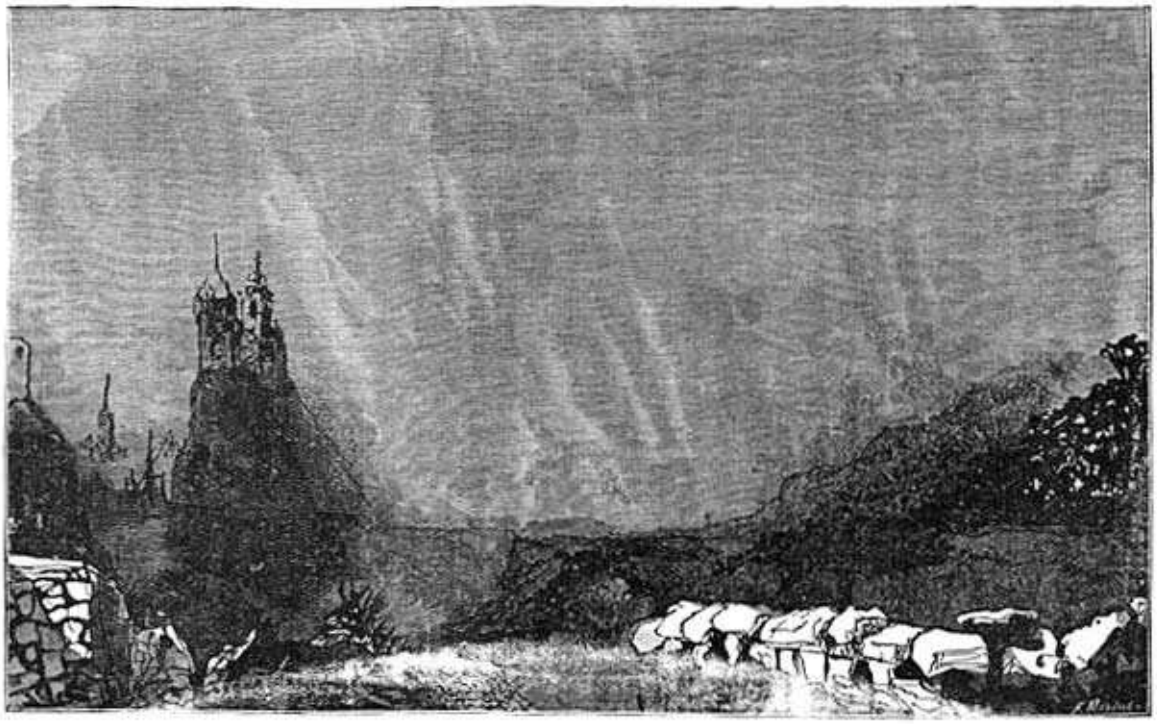
Agotados los gritos y los llamamientos, quedaba el escalamiento. Se dijo: «Tengo que entrar en la casa». ¿Pero cómo? Rompió un vidrio del tabuco de Govicum, introdujo el puño desgarrándose la carne, descorrió el cerrojo y abrió el tragaluz. Se dio cuenta de que la espada le iba a molestar; la arrancó con ira, con la vaina y el cinturón, y la arrojó al suelo. Luego se izó por los relieves de la pared y, aunque el tragaluz era estrecho, pudo pasar por él y penetró en la posada.

La cama de Govicum, vagamente visible, estaba en el tabuco, pero Govicum no estaba en ella. Para que Govicum no estuviera en su cama era necesario, evidentemente, que Nicless no estuviese en la suya. Toda la casa se hallaba a oscuras. Se sentía en aquel interior tenebroso la inmovilidad misteriosa del vacío, y ese vago horror que significa: no hay nadie. Gwynplaine, convulso, cruzó la sala baja, se golpeó con las mesas, pisoteó las vajillas, derribó los bancos, volteó las jarras, saltó sobre los muebles, fue a la puerta que daba al patio y la abrió con un rodillazo que hizo saltar el picaporte. La puerta giró sobre sus goznes. Miró al patio. La Green-Box no se hallaba ya allí.


VIERGE
RUSSWEL

2
Residuo

Gwynplaine salió de la casa y comenzó a explorar en todos los sentidos el Tarrinzeau-field; fue a todas partes donde anteriormente se veía un tablado de saltimbanquis, una tienda o una barraca. Nada había ya. Llamó en los puestos, aunque sabía muy bien que estaban deshabitados. Golpeó en todo lo que se parecía a una ventana o a una puerta. Ni una voz salió de aquella oscuridad. Reinaba allí algo parecido a la muerte.



LA TAMISE.
(Dessin de Victor Hugo.)

El hormiguero había sido aplastado. Ello se debía, evidentemente, a una medida policial. Habían hecho lo que se llamaría en nuestros días una razzia. El Tarrinzeau-field estaba más que desierto, estaba asolado y se sentía en todos los rincones el arañazo de una garra feroz. Habían, por decirlo así, dado vuelta a los bolsillos de aquel ferial miserable y vaciado todo.

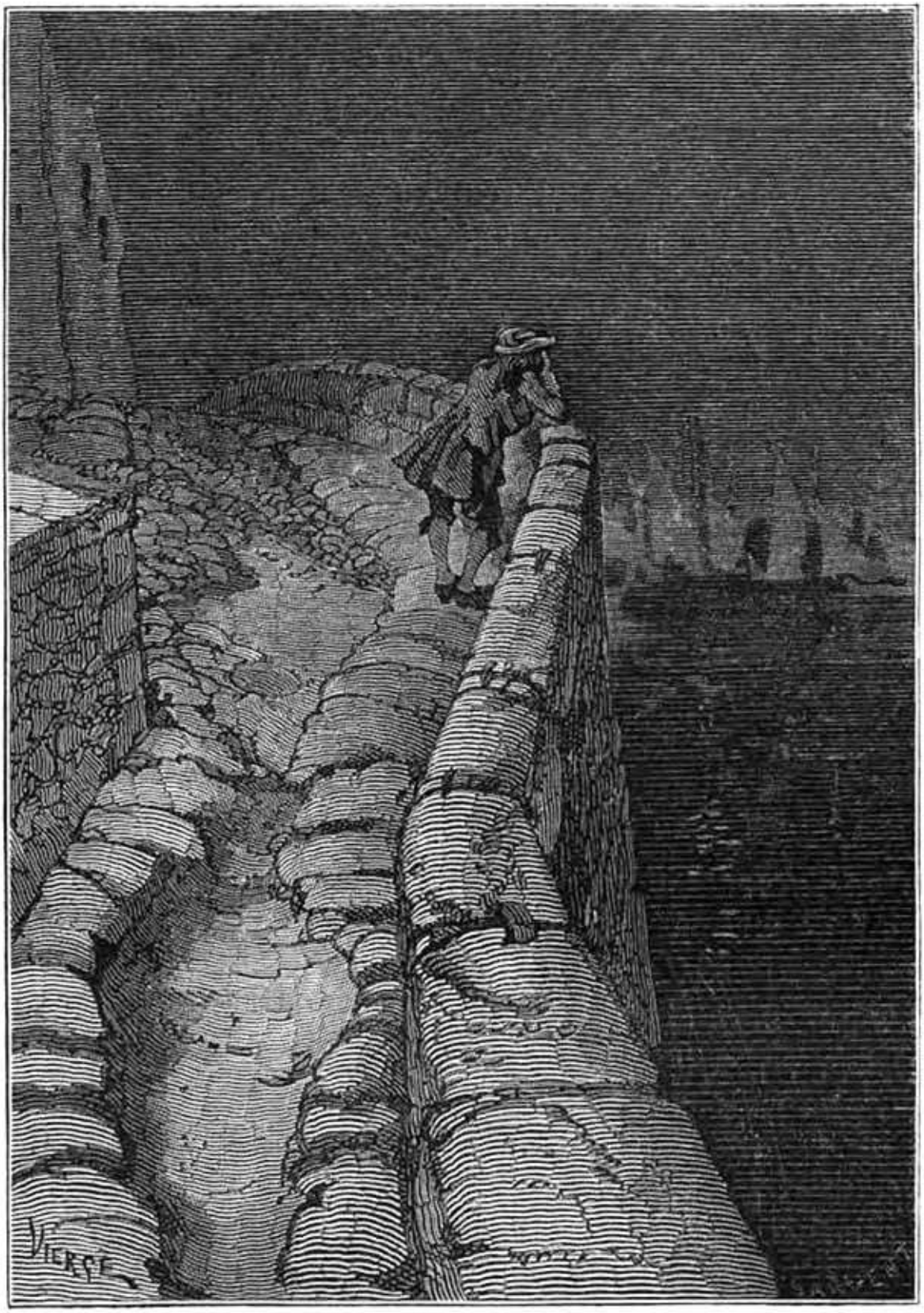
Gwynplaine, después de haber registrado todo, dejó el *bowling-green*, se introdujo en las calles tortuosas de la extremidad llamada el East-Point y se dirigió hacia el Támesis.

Cruzó algunos zigzag de esa red de callejuelas donde no había más que paredes y setos, sintió en el aire la frescura del agua, oyó el deslizamiento sordo del río y de

pronto se encontró ante un parapeto. Era el parapeto de Effroc-stone.

Ese parapeto bordeaba un trecho de muelle muy corto y estrecho. Bajo el parapeto la alta muralla llamada Effroc-stone se hundía a pico en un agua oscura.

Gwynplaine se detuvo en el parapeto, se acodó en él, se tomó la cabeza entre las manos y se puso a pensar, con aquella agua bajo él.



¿Miraba el agua? No. ¿Qué miraba? La oscuridad. Pero no la oscuridad exterior a él, sino la que tenía adentro.

En el melancólico paisaje nocturno al que no prestaba atención, en aquella profundidad exterior en la que no penetraba su mirada, se podían distinguir siluetas

de vergas y de mástiles. Bajo la Effroc-stone no había más que el agua, pero el muelle descendía en pendiente insensible y terminaba, a cierta distancia, en un ribazo a lo largo del cual había muchos barcos, unos de arribada, otros de leva, y que se comunicaba con la tierra por medio de pequeños promontorios de amarraje, construidos expresamente de piedra o de madera, o puentes de tablones. Esos barcos, unos amarrados y los otros anclados, estaban inmóviles. No se oía en ellos andar ni hablar, pues la buena costumbre de los marineros consiste en dormir lo más que pueden y no levantarse sino para realizar sus tareas. Si alguno de esos barcos debía partir por la noche a la hora de la marea, todavía no se había despertado.

Apenas se veían los cascos, gruesas ampollas negras, y los aparejos, hilos con escalas. Todo era pálido y confuso. Aquí y allá un farol rojo agujereaba la bruma.

Gwynplaine no veía nada de todo eso. Lo que contemplaba era el destino.

Soñaba, visionario desconcertado ante la realidad inexorable.

Le parecía oír a su espalda algo como un temblor de tierra: la risa de los lores.

Acababa de salir de esa risa, y había salido de ella abofeteado.

¿Abofeteado por quién?

Por su hermano.

Y al salir de esa risa, con aquella bofetada, y refugiarse, como un pájaro herido, en su nido, huyendo del odio y buscando el amor, ¿qué había encontrado?

Las tinieblas.

A nadie.

Todo había desaparecido.

Esas tinieblas se parecían al sueño que había tenido.

¡Qué derrumbamiento!

Llegaba al borde siniestro del vacío. La partida de la Green-Box implicaba la desaparición del universo.

Su alma acababa de cerrarse, y pensaba.

¿Qué podía haber sucedido? ¿Dónde estaban ellos? Los habían hecho desaparecer evidentemente. Su destino había sido para él un golpe, la grandeza, y para ellos un contragolpe, el aniquilamiento. Era evidente que no volvería a verlos. Habían tomado precauciones para eso. Y al mismo tiempo dispersado a todos los que vivían en el ferial, comenzando por Nicless y Govicum, para que no le pudiesen dar información alguna. Era una dispersión inexorable. Aquella temible fuerza social, al mismo tiempo que lo pulverizaba a él en la Cámara de los Lores los trituraba a ellos en su pobre barraca. Estaban perdidos. Dea estaba perdida, perdida para él, para siempre. ¡Potencias del cielo! ¿Dónde estaba ella? ¡Y él no se hallaba presente para defenderla!

Hacer conjeturas sobre ausentes a los que se ama es someterse al tormento. Él se infligía esa tortura. En cada rincón que se metía, en cada suposición que hacía oía un lúgubre rugido interior.

A través de una serie de ideas punzantes recordó al hombre, evidentemente funesto, que le había dicho llamarse Barkilphedro. Ese hombre le había escrito en el cerebro algo oscuro que ahora reaparecía, y lo había escrito con una tinta tan horrible que ahora se convertía en letras de fuego. Gwynplaine veía brillar en el fondo de su pensamiento aquellas palabras enigmáticas que ahora se explicaban: *El destino no abre una puerta sin cerrar otra*.

Todo estaba consumado. Las últimas sombras se cernían sobre él. Todo hombre puede tener en su destino un fin del mundo para él solo. Eso se llama desesperación. El alma está llena de estrellas que caen.

¡En esa situación se hallaba, por consiguiente!

Una humareda había pasado y él se había visto envuelto en esa humareda. Se había adensado sobre sus ojos y penetrado en su cerebro, dejándolo por fuera enceguecido y por dentro embriagado. Eso había durado el tiempo que tarda en pasar una humareda, para disiparse luego la humareda y su vida. Al despertar de ese sueño volvía a encontrarse solo.

Todo desaparecido, todo ido, todo perdido. La noche. Nada. Tal era su horizonte.

Sólo hay un sinónimo: la muerte.

Estaba solo.

La desesperación es un contador que se empeña en llegar al total. Nada se le escapa. Suma todo y no perdona los centavos. Reprocha a Dios los rayos y los pinchazos. Quiere saber a qué atenerse respecto al destino. Razona, pesa y calcula.

Sombrío enfriamiento exterior bajo el cual sigue fluyendo la lava ardiente.

Gwynplaine se examinó, y examinó la suerte.

La mirada hacia atrás hace un resumen temible.

Cuando se está en la cima de la montaña se contempla el precipicio; cuando se está en el fondo del abismo se contempla el cielo.

Y se dice: ¡Yo estaba allí!

Gwynplaine se hallaba en el fondo de la desdicha. ¡Y con qué rapidez se había producido eso! Era la rapidez horrible del infortunio. Es tan pesada que parecía lenta. Pero no es así. Parece que la nieve, siendo fría, debe tener la parálisis del invierno, y, siendo blanca, la inmovilidad del sudario. ¡Pero todo eso lo desmiente el alud!

El alud es la nieve transformada en horno. Sigue helada y devora. El alud había envuelto a Gwynplaine. Lo había arrancado como un harapo, desarraigado como un árbol y precipitado como una piedra.

Recapituló su caída. Se hizo preguntas y respuestas. El dolor es un interrogatorio. Ningún juez es tan minucioso como la conciencia que instruye su propio proceso.

¿Qué cantidad de remordimientos había en su desesperación?

Quería darse cuenta de ellos y analizó su conciencia, vivisección dolorosa.

Su ausencia había producido una catástrofe. ¿Esa ausencia dependía de él? En todo lo sucedido, ¿había obrado con libertad? No. Se había sentido cautivo. ¿Lo que

lo había detenido y retenido qué era? ¿Una prisión? No. ¿Una cadena? No. ¿Qué era, pues? Una liga. Se había atascado en la grandeza.

¿A quién no le ha sucedido ser libre en apariencia y sentirse las alas trabadas?

Había habido algo como una trampa tendida. Lo que era al principio tentación terminó siendo cautiverio.

Sin embargo, y a ese respecto le acosaba la conciencia, ¿se había limitado a soportar lo sucedido? No, lo había aceptado.

Era cierto que le habían hecho violencia y sorprendido en alguna medida, pero él, en alguna medida, no había opuesto resistencia. Haberse dejado llevar no era culpa suya, pero haberse dejado embriagar sí lo era. Durante un momento, un momento decisivo, se había planteado la cuestión: aquel Barkilphedro lo puso ante un dilema y le dio claramente la ocasión de decidir su suerte con una palabra. Podía decir que no y dijo que sí.

De ese sí, pronunciado cuando estaba aturdido, se derivaba todo. Gwynplaine lo comprendía. Y sentía el dejo amargo del consentimiento.

Sin embargo, se decía, ¿era un delito tan grande recuperar su derecho, su patrimonio, su herencia, su casa y, patricio, la categoría de sus antepasados y, huérfano, el nombre de su padre? ¿Qué había aceptado? Una restitución. ¿Hecha por quién? Por la Providencia.

Pero luego se rebelaba. ¡Era una aceptación estúpida! ¡Qué negocio había hecho! Había perdido en el trato con esa Providencia. ¡Cómo! ¡A cambio de dos millones de renta, de siete u ocho señoríos, de diez o doce palacios, de mansiones en la ciudad y castillos en el campo, de cien lacayos, de jaurías, carrozas y escudos de armas, de ser juez y legislador, de estar coronado y con toga de púrpura como un rey, de ser barón y marqués y un par de Inglaterra, había dado la barraca de Ursus y la sonrisa de Dea! ¡A cambio de una inmensidad movediza en la que se hunde y se naufraga había dado la dicha! A cambio del océano había dado la perla. ¡Qué insensato! ¡Qué imbécil! ¡Qué tonto!

Sin embargo, y aquí se repetía la objeción en un terreno sólido, en esa fiebre de la buena suerte que se había apoderado de él no todo había sido malsano. Tal vez habría habido egoísmo en la renunciación y tal vez era un deber la aceptación. Bruscamente transformado en lord, ¿qué debía hacer? La complicación del acontecimiento produce la perplejidad de la mente. Eso era lo que le había sucedido. El deber dando órdenes en sentido contra rio, el deber por todos los lados a la vez, el deber múltiple y casi contradictorio: había experimentado ese azoramiento. Ese azoramiento lo paralizó, sobre todo en el trayecto de Corleone-lodge a la Cámara de los Lores, y no se resistió. Es que en la vida lo que se llama ascender es pasar del itinerario sencillo al itinerario inquietante. ¿Dónde está en adelante la línea recta? ¿Para con quién es el primer deber? ¿Es para con los allegados? ¿Es para con el género humano? ¿No se pasa de la familia pequeña a la grande? Se sube y se siente sobre la propia honradez un peso que aumenta. Cuanto más alto se está se siente tanto más obligado. La ampliación del

derecho agranda el deber. Se tiene la obsesión, quizá la ilusión, de que muchas rutas se ofrecen al mismo tiempo, y a la entrada de cada una de ellas se cree ver el dedo indicador de la conciencia. ¿Adónde ir? ¿Salir? ¿Quedarse? ¿Avanzar? ¿Retroceder? ¿Qué se debe hacer? Es extraño que el deber tenga encrucijadas. La responsabilidad puede ser un laberinto.

Y cuando un hombre contiene una idea, cuando es la encarnación de un hecho, cuando es un hombre símbolo al mismo tiempo que hombre de carne y hueso, ¿la responsabilidad no es más inquietante todavía? De ahí la docilidad preocupada de Gwynplaine, de ahí su obediencia al requerimiento para asistir a la sesión de la cámara. El hombre pensativo es con frecuencia un hombre pasivo. Le pareció oír la orden misma del deber. Esa entrada en un lugar donde se puede discutir la opresión y combatirla ¿no era la realización de una de sus aspiraciones más profundas? Cuando le daban la palabra, a él, formidable espécimen social; a él, ejemplar viviente de la voluntad arbitraria bajo la que desde hace seis mil años agoniza el género humano, ¿tenía derecho a rechazarla? ¿Tenía derecho a retirar su cabeza de debajo de la lengua de fuego caída de lo alto y que se posaba sobre él?

En el oscuro y vertiginoso debate de su conciencia, ¿qué se había dicho? Esto: «El pueblo es un silencio. Yo seré el inmenso abogado de ese silencio. Hablaré en nombre de los mudos. Hablaré de los pequeños a los grandes y de los débiles a los poderosos. Esa es la finalidad de mi destino, Dios quiere lo que quiere y lo hace. Es ciertamente sorprendente que esa calabaza de Hardquanonne en la que estaba la metamorfosis de Gwynplaine en lord Clancharlie haya flotado durante quince años en el mar, en las marejadas, en las resacas, en las ráfagas, y que toda esa ira no le haya hecho daño alguno. Comprendo por qué. Hay destinos secretos; yo tengo la llave del mío y abro mi enigma. Estoy predestinado. Tengo una misión. Seré el lord de los pobres. Hablaré en nombre de todos los taciturnos desesperados. Traduciré los tartamudeos, traduciré los gruñidos, los aullidos, los murmullos, el rumor de las multitudes, las quejas mal pronunciadas, las voces ininteligibles, y todos esos gritos de animales que a fuerza de ignorancia y de sufrimiento han hecho lanzar a los hombres. El ruido de los hombres es inarticulado como el ruido del viento; gritan, pero no les comprenden. Gritar así equivale a callarse, y callando quedan desarmados. Es un desarme forzoso que reclama la ayuda. Yo seré la ayuda. Yo seré la denuncia. Yo seré el Verbo del Pueblo. Gracias a mí comprenderán. Seré la boca ensangrentada a la que han arrancado la mordaza. Diré todo. Eso será grandioso…».

Sí, hablar en nombre de los mudos es bello, pero hablar a los sordos es triste. Esa era la segunda parte de su aventura.

¡Ay, había fracasado!

Había fracasado irremediablemente.

Esa elevación en la que había creído, esa gran suerte, esa apariencia, se había derrumbado bajo él.

¡Qué caída! ¡Caer en la espuma de la risa!

Se creía fuerte, él, que durante tantos años había flotado, alma atenta, en la vasta difusión de los sufrimientos; él, que traía de toda esa sombra un grito lamentable. Había ido a encallar en ese escollo colosal que es la frivolidad de los dichosos. Se creía un vengador y era un payaso. Creía fulminar y había hecho cosquillas. En vez de la emoción había recogido la burla. Sus sollozos habían provocado júbilo. Bajo ese júbilo había sombra; engullimiento fúnebre.

¿Y de qué habían reído? De su risa.

En consecuencia, esa vía de hecho execrable cuya huella guardaba para siempre, esa mutilación convertida perpetuamente en alegría, ese rictus estigma, imagen de la supuesta satisfacción de las naciones bajo los opresores; esa máscara de alegría hecha por la tortura, ese abismo de la risa irónica que llevaba en el rostro, esa cicatriz que significaba *jussu regis*, ese testimonio del crimen cometido por el Rey con él, símbolo del crimen cometido por la realeza con el pueblo entero: ¡eso era lo que lo vencía, eso era lo que lo abrumaba! ¡La acusación contra el verdugo se convertía en sentencia contra la víctima! Prodigiosa denegación de justicia. La realeza, después de haber terminado con su padre terminaba con él. El mal hecho servía de pretexto y motivo para el mal que quedaba por hacer. ¿Contra quién se indignaban los lores? ¿Contra el torturador? No, contra el torturado. Aquí estaba el trono, allí el pueblo; aquí Jacobo II, allí Gwynplaine. Era cierto que esa confrontación ponía de manifiesto un atentado y un crimen. ¿Cuál era el atentado? Quejarse. ¿Cuál era el crimen? Sufrir. La miseria debe ocultarse y callar, pues de lo contrario es delito de lesa majestad. Esos hombres que habían arrastrado a Gwynplaine a la parrilla del sarcasmo, ¿eran malvados? No, pero también ellos tenían su fatalidad: eran felices. Actuaban como verdugos sin saberlo. Estaban de buen humor. Consideraban a Gwynplaine inútil. Si se hubiera abierto el vientre, si se hubiera arrancado el hígado y el corazón, si hubiera mostrado sus entrañas, le habrían gritado: ¡Representa tu comedia! Lo lastimoso era que él también reía. Una horrible cadena le ataba el alma e impedía que su pensamiento subiese hasta su rostro. La desfiguración alcanzaba a su mente, y mientras su conciencia se indignaba su rostro le desmentía y se burlaba. Nada podía hacer. Era el Hombre que Ríe, cariátide del mundo que llora. Era una angustia petrificada en hilaridad, estaba cargada con el peso de un universo de calamidades, encerrado para siempre en la jovialidad, en la ironía, en la diversión ajena; compartía con todos los oprimidos, de los que era la encarnación, la fatalidad abominable de ser una desolación no tomada en serio; bromeaban con su angustia, era un bufón enorme salido de una espantosa condensación de infortunio, evadido de su presidio, que había subido desde el fondo de los populachos hasta el pie del trono, mezclándose con las constelaciones, y después de haber divertido a los condenados divertía a los elegidos. ¡Todo lo que poseía de generosidad, de entusiasmo, de elocuencia, de corazón, de alma, de furor, de ira, de amor, de dolor inexpresable, terminaba en eso, en una carcajada! Y comprobaba, como había dicho a los lores, que eso no era una excepción, sino lo normal, lo ordinario, lo universal, el gran hecho soberano tan

amalgamado con la rutina de la vida que no se lo advertía. El muerto de hambre ríe, el mendigo ríe, el presidiario ríe, la prostituta ríe, el huérfano, para ganarse la vida, ríe; el esclavo ríe, el soldado ríe, el pueblo ríe; la sociedad humana está hecha de tal manera que todas las perdiciones, todas las indigencias, todas las catástrofes, todas las fiebres, todas las úlceras, todas las agonías, se resuelven sobre el abismo en una espantosa mueca de alegría. Él era esa mueca total. Ella era él. La ley de arriba, la fuerza desconocida que gobierna, había querido que un espectro visible y palpable, un espectro de carne y hueso, resumiese la monstruosa parodia que llamamos el mundo; él era ese espectro.

Destino incurable.

Había gritado: ¡Gracia para los que sufren! En vano.

Había querido despertar la compasión y había despertado el horror. Esa es la ley de aparición de los espectros.

Al mismo tiempo que espectro era hombre. Esa era su complicación punzante. Espectro exterior, hombre interior. Hombre más que ningún otro tal vez, pues su doble destino resumía toda la humanidad. Y al mismo tiempo que tenía la humanidad en él la sentía fuera de él.

En su vida existía lo infranqueable.

¿Qué era? ¿Un desheredado? No, pues era lord. ¿Un lord? No, pues era un rebelde. Era el Aporta-luz, aguafiestas espantoso. No era Satán, ciertamente, pero sí Lucifer. Llegaba siniestro, con una antorcha en la mano.

¿Siniestro para quién? Para los siniestros. ¿Temible para quién? Para los temidos. Por eso lo rechazaban. ¿Introducirse entre ellos? ¿Ser aceptado? ¡Nunca! El obstáculo que tenía en la cara era espantoso, pero el obstáculo que tenía en las ideas era más insuperable todavía. Su palabra había parecido más deforme que su rostro. No pensaba un solo pensamiento posible en aquel mundo de los grandes y los poderosos en el que una fatalidad le había hecho nacer y del que otra fatalidad le había hecho salir. Existía entre los hombres y su rostro una máscara, y entre la sociedad y su mente una muralla. Al mezclarse desde la infancia, como histrión nómada, con ese vasto medio ambiente vivaz y robusto que llaman la multitud, al saturarse con la imantación de las multitudes, al impregnarse con la inmensa alma humana, había perdido, en el sentido común de todo el mundo, el sentido especial de las clases reinantes. En las alturas era imposible, pues llegaba completamente empapado con el agua del pozo de la Verdad. Tenía la fetidez del abismo. Repugnaba a esos príncipes, perfumados con mentiras. Para quien vive de ficciones la verdad es hedionda. Quien siente sed de lisonjas vomita lo real, bebido por sorpresa. Lo que aportaba él, Gwynplaine, no era presentable, pues era la razón, la sensatez, la justicia. Lo rechazaban con disgusto.

Estaban presentes obispos. Les llevaba a Dios. ¿Quién era aquel intruso?

Los polos extremos se rechazan. No es posible amalgama alguna. Falta la transición. Se había visto, sin otro resultado que un grito de ira, ese enfrenta miento

formidable: toda la miseria concentrada en un hombre frente a todo el orgullo concentrado en una casta.

Acusar es inútil. Basta con comprobar. Gwynplaine comprobaba, en esa meditación al borde de su destino, la inmensidad inútil de su esfuerzo. Comprobaba la sordera de los altos lugares. Los privilegiados no tienen oídos para los desheredados. ¿Tienen la culpa los privilegiados? No. ¡Esa es su ley, ay! Perdonadles. Conmoverse sería abdicar. Donde están los señores y los príncipes nada hay que esperar. El satisfecho es inexorable. Para el harto no existe el hambriento. Los felices ignoran y se aíslan. En el umbral de su paraíso, como en el del infierno, hay que escribir: «Abandonad toda esperanza».

Gwynplaine acababa de ser objeto de la recepción de un espectro en la morada de los dioses.

A este respecto, lo que tenía en sí se sublevaba. No, él no era un espectro, sino un hombre. Se lo había dicho, se lo había gritado: era el Hombre.

No era un fantasma, sino una carne palpitante. Tenía un cerebro, pensaba; tenía un corazón y amaba, tenía un alma y esperaba. Su culpa consistía en haber esperado demasiado.

¡Ay!, había exagerado la esperanza hasta creer en esa cosa brillante y oscura: la sociedad. Él, que estaba fuera, había entrado en ella.

La sociedad, inmediatamente y al mismo tiempo, le había hecho sus tres ofertas y dado sus tres dones: el casamiento, la familia y la casta.

¿El matrimonio? Había visto en su umbral la prostitución. ¿La familia? Su hermano lo había abofeteado y lo esperaba al día siguiente con la espada en la mano. ¿La casta? Acababa de reírse de él en la cara; de él, patricio; de él, miserable. Lo rechazaban antes de haberlo admitido. Y sus tres primeros pasos en esa profunda sombra social habían abierto bajo él tres abismos.

Y su desastre había comenzado con una transfiguración traidora. Y esa catástrofe se había acercado a él con el rostro de la apoteosis. ¡Sube! había significado ¡desciende!

Era una especie de contrario de Job. La adversidad le llegaba por medio de la prosperidad.

¡Trágico enigma humano! ¡Qué emboscadas! De niño había luchado contra la noche y sido más fuerte que ella. Como hombre había luchado contra el destino y quedado vencido. De desfigurado se había hecho radiante y de desdichado, dichoso. Vagabundo, había luchado contra el espacio y, como las aves del cielo, encontrado su migaja de pan. Salvaje y solitario, había luchado contra la multitud y hecho en ella una amiga. Atleta, había luchado contra ese león que es el pueblo y lo había domesticado. Indigente, había luchado contra la miseria y hecho frente a la sombría necesidad de vivir, y, a fuerza de amalgamar a la miseria todas las alegrías del corazón, había hecho de la pobreza una riqueza. Había podido creerse el vencedor de la vida. De pronto nuevas fuerzas habían llegado contra él del fondo de lo

desconocido, no ya con amenazas, sino con caricias y sonrisas; a él, completamente impregnado de amor angélico, se le había aparecido el amor draconiano y material; la carne se había apoderado de él, que vivía de ideal; había oído palabras de voluptuosidad parecidas a gritos de ira, y sentido abrazos de mujer que causaban el efecto de nudos de culebra; a la iluminación de lo verdadero había sucedido la fascinación de lo falso, pues lo real no es la carne, sino el alma. La carne es ceniza, el alma es llama. A ese grupo ligado a él por el parentesco de la pobreza y el trabajo, y que era su verdadera familia natural, había reemplazado la familia social, familia de la sangre, pero de la sangre mezclada, y antes mismo de haber entrado en ella se encontraba enfrentado con un fratricidio esbozado. ¡Ay!, se había dejado clasificar de nuevo en esa sociedad de la que Brantóme, a quien no había leído, dijo: «El hijo puede justamente desafiar al padre». La fortuna fatal le había gritado: «No perteneces a la multitud, perteneces a lo más distinguido», había abierto sobre su cabeza, como una trampa en el cielo, el techo social; lo había lanzado por esa abertura y hecho salir, inesperado y feroz, entre príncipes y señores.

Súbitamente, a su alrededor, en vez del pueblo que le aplaudía, vio a los señores que le maldecían. Era una metamorfosis lúgubre, un engrandecimiento ignominioso, una brusca expoliación de todo lo que había sido su felicidad. ¡El pillaje de su vida por la gritería, la desgarradura de Gwynplaine, de Clancharlie, del lord, del histrión, de su suerte anterior, de su suerte nueva, por los picotazos de todas aquellas águilas!

¿Para qué haber comenzado inmediatamente la vida con la victoria sobre el obstáculo? ¿Para qué haber triunfado de buenas a primeras? ¡Ay!, uno tiene que ser precipitado, pues de otro modo el destino no es completo.

Así, a medias por la fuerza y a medias voluntariamente, pues después del *wapentake* tuvo que vérselas con Barkilphedro y en su rapto hubo consentimiento, había abandonado lo real por lo quimérico, lo verdadero por lo falso, Dea por Josiana, el amor por el orgullo, la libertad por el poder, el trabajo orgulloso y pobre por la opulencia llena de una responsabilidad vaga, la sombra donde está Dios por el resplandor donde están los demonios, el Paraíso por el Olimpo.

Había mordido el fruto de oro y escupía un bocado de ceniza.

El resultado era lamentable: la derrota, el fracaso, la caída y las ruina, la expulsión insolente de todas sus esperanzas fustigadas por la risa irónica, una desilusión desmesurada. ¿Qué podía hacer en adelante? Si miraba al porvenir, ¿qué veía? Una espada desnuda cuya punta estaba ante su pecho y el puño en la mano de su hermano. Sólo veía el brillo horrible de esa espada. El resto, Josiana, la Cámara de los Lores, quedaban detrás, en un monstruoso claroscuro lleno de siluetas trágicas.

¡Y ese hermano se le aparecía como caballeresco y valiente! ¡Ay!, a ese Tom-Jim-Jack que defendía a Gwynplaine, a ese lord David que defendía a lord Clancharlie, apenas lo había entrevisto, sólo había tenido tiempo para ser abofeteado y amarle.

¡Cuántos hundimientos! Ahora era posible ir más lejos. El derrumbamiento se producía por todos lados. Por lo demás, ¿para qué? Todas las fatigas están en el fondo

de la desesperación.

La prueba estaba hecha y no se podía volver a empezar.

Gwynplaine era un jugador que ha jugado una tras otra todas sus cartas de triunfo. Se había dejado arrastrar al garito formidable. Sin darse exactamente cuenta de lo que hacía, pues tal es el sutil envenenamiento de la ilusión, había jugado a Dea contra Josiana, y ganado un monstruo; a Ursus contra una familia, y ganado la afrenta; su tablado de saltimbanqui contra un asiento de lord, y ganado la imprecación. Su última carta acababa de caer en aquel fatal tapete verde del *bowling-green* desierto. Gwynplaine había perdido. Sólo le quedaba pagar. ¡Paga, miserable!

Los fulminados se agitan poco. Gwynplaine estaba inmóvil. Quien lo hubiese visto de lejos en aquella sombra, erguido y sin movimiento, al borde del parapeto, habría creído ver una piedra enhiesta.

El infierno, la serpiente y el arrobamiento se enroscan sobre sí mismos. Gwynplaine descendía por las espirales sepulcrales del ahondamiento pensativo.

Contemplaba el mundo que acababa de entrever con esa mirada fría que es la mirada definitiva. El matrimonio, pero no el amor; la familia, pero no la fraternidad; la riqueza, pero no la conciencia; la belleza, pero no el pudor; la justicia, pero no la equidad; el orden, pero no el equilibrio; el poder, pero no la inteligencia; la autoridad, pero no de derecho; el esplendor, pero no la luz: balance inexorable. Recorrió esa visión suprema en la que se sumía su pensamiento. Examinó sucesivamente el destino, la situación, la sociedad y a sí mismo. ¿Qué era el destino? Una trampa. ¿La situación? Una desesperación. ¿La sociedad? Un odio. ¿Y él mismo? Un vencido. Y en el fondo de su alma exclamó: la sociedad es la madrastra; la naturaleza es la madre. La sociedad es el mundo del cuerpo; la naturaleza es el mundo del alma. La una va a parar al ataúd, al cajón de abeto en la fosa, a los gusanos, y ahí termina. La otra va a parar a las alas abiertas, a la transfiguración en la aurora, a la ascensión a los firmamentos, y ahí comienza de nuevo.

Poco a poco se apoderó de él el paroxismo. Torbellino funesto. Las cosas que terminan producen un último relámpago a la luz del cual vuelve a verse todo.

Quien juzga confronta. Gwynplaine contrapuso lo que le había hecho la sociedad y lo que le había hecho la naturaleza. ¡Qué buena había sido la naturaleza con él! ¡Cómo le había ayudado, ella, que es el alma! Todo lo que le habían quitado, todo, hasta el rostro, el alma se lo había devuelto. Todo, inclusive el rostro, pues existía en el mundo una ciega celestial, nacida expresamente para él, que no veía su fealdad y veía su belleza.

¡Y era de ella de quien se había dejado separar! ¡Era de aquel ser adorable, de aquel corazón, de aquella adopción, de aquella ternura, de aquella divina mirada ciega, la única que lo veía en la tierra, de quien se había alejado! Dea era su hermana, pues sentía entre ella y él la gran fraternidad del azul, el misterio que contiene todo el cielo. Dea, cuando él era pequeño, era la virgen, pues todo niño tiene una virgen y la vida comienza siempre con un matrimonio de almas consumado, en plena inocencia,

por dos pequeñas virginidades ignorantes. Dea era su esposa, pues tenían el mismo nido en la rama más alta del árbol del Himeneo. Dea era más todavía: era su claridad; sin ella todo era la nada y el vacío y él le veía una cabellera de rayos. ¿Qué sería de él sin Dea? ¿Qué podía hacer con todo lo que era él? Nada de él vivía sin ella. ¿Cómo había podido perderla de vista un solo instante? ¡Oh infortunado! ¡Entre su astro y él había dejado que se hiciese la separación, y en esas temibles gravitaciones ignoradas la separación se convierte en seguida en abismo! ¿Dónde estaba ella, la estrella? ¡Dea! ¡Dea! ¡Dea! ¡Dea! ¡Ay, había perdido su luz! Si se quita el astro, ¿qué es el cielo? Una negrura. ¿Pero por qué había desaparecido todo eso? ¡Oh, qué dichoso había sido! Para él Dios había rehecho el Edén — ¡demasiado, ay! — hasta dejar entrar en él a la serpiente. Pero esta vez el tentado era el hombre. Lo habían atraído fuera de él, y allí, trampa espantosa, había caído en el caos de risas negras que es el infierno. ¡Qué desgracia que todo lo que le había fascinado fuese espantoso! ¿Qué era aquella Josiana? ¡Una mujer horrible, casi animal y casi diosa! Gwynplaine se hallaba ahora en el reverso de su elevación y veía el otro lado de su deslumbramiento. Aquello era fúnebre. Ese señorío era deforme, esa corona era horrible, esa toga de púrpura era lúgubre, esos palacios eran venenosos, esos trofeos, esas estatuas y esos escudos de armas eran sospechosos, el aire malsano y traidor que se respiraba allí enloquecía. ¡Oh, los harapos del saltimbanqui Gwynplaine resplandecían! ¿Dónde estaban la Green-Box, la pobreza, la alegría, la dulce vida errante juntos como golondrinas? No se separaban, se veían constantemente, por la noche, por la mañana, en la mesa, donde se codeaban, se tocaban las rodillas, bebían en el mismo vaso; el sol entraba por la ventanilla, pero no era más que el sol, y Dea era el amor. Por la noche se sentían dormidos no lejos los unos de los otros, y el sueño de Dea iba a posarse en Gwynplaine, y el sueño de Gwynplaine iba a florecer misteriosamente sobre Dea. Al despertar no estaban seguros de no haber cambiado besos en la nube azul del sueño. Toda la inocencia estaba en Dea y toda la sabiduría en Ursus. Erraban de ciudad en ciudad y tenían por viático y por cordial la franca alegría amante del pueblo. Eran ángeles vagabundos, con bastante humanidad para caminar por la tierra, pero no bastantes alas para echarse a volar.

Y ahora todo desaparecía. ¿Dónde estaba todo eso? ¿Era posible que todo hubiese desaparecido? ¿Qué viento de la tumba había soplado? La sorda omnipotencia que pesa sobre los pequeños dispone de toda la sombra y es capaz de todo. ¿Qué les habían hecho? ¡Y él no había estado allí para protegerlos, para interponerse, para defenderlos, como lord con su título, su señorío y su espada; como histrión con sus puños y sus uñas! Y a este respecto se hizo una reflexión amarga, tal vez la más amarga de todas. ¡Pues bien, no, no habría podido defenderlos! Era él precisamente quien los perdía. Era para preservarlo de ellos, a él, lord Clancharlie, era para aislar su dignidad del contacto con ellos para lo que la infame omnipotencia social se había descargado sobre ellos. La mejor manera que tenía de protegerlos era desaparecer, pues ya no tendrían motivo para perseguirlos. No existiendo él, los dejarían

tranquilos. Su pensamiento entraba en su abertura glacial. ¡Ah!, ¿por qué se había dejado separar de Dea? ¿Acaso su primer deber no era para con ella? ¿Servir y defender al pueblo? Sí, pero Dea era el pueblo. ¡Dea era la huérfana, la ciega, era la humanidad! ¡Oh!, ¿qué les habían hecho? ¡Cruel escozor del arrepentimiento! Su ausencia había dejado el campo libre a la catástrofe. Debía haber compartido su suerte. Debía haberlos llevado consigo o haberse hundido con ellos. ¿Qué sería de él sin ellos ahora? ¿Era posible Gwynplaine sin Dea? Si faltaba Dea, faltaba todo. Aquel era el fin. El grupo querido había desaparecido para siempre irreparablemente. Nada podía hacer. Por otra parte, condenado y maldito como estaba Gwynplaine, ¿para qué seguir luchando? Nada podía esperar ya ni de los hombres ni del cielo. ¡Dea! ¡Dea! ¿Dónde está Dea? ¡Perdida! ¡Cómo! ¿Perdida? Quien ha perdido su alma sólo puede volver a encontrarla en un lugar: la muerte.

Gwynplaine, fuera de sí y trágico, apoyó firmemente la mano en el parapeto como una solución y miró al río.

Era la tercera noche que no dormía. Tenía fiebre. Sus ideas, que él creía claras, eran turbias. Sentía una necesidad imperiosa de dormir. Permaneció durante unos instantes inclinado sobre el agua. La sombra le ofrecía el gran lecho tranquilo, el infinito de las tinieblas. ¡Qué tentación siniestra!

Se quitó la ropa exterior, la dobló y la dejó en el parapeto. Luego se desabrochó el chaleco. Cuando iba a quitárselo su mano tropezó con algo que tenía en el bolsillo. Era el libro rojo que le había entregado el bibliotecario de la Cámara de los Lores. Lo sacó del bolsillo, lo examinó a la luz difusa de la noche, vio en él un lápiz, lo tomó y escribió en la primera página en blanco que se abrió estas dos líneas:

«Me voy. Que mi hermano David me reemplace y sea dichoso».

Y firmó: *Fermain Clancharlie*, par de Inglaterra.

Luego se quitó el chaleco y lo puso sobre el traje. Se quitó el sombrero y lo puso sobre el chaleco. Puso en el sombrero el libro rojo abierto en la página donde había escrito. Tomó del suelo una piedra y aseguró con ella el sombrero.

Hecho eso, contempló la sombra infinita que se extendía sobre su cabeza.

Después su cabeza se bajó lentamente, como tirada por el hilo invisible del abismo.

En las piedras del basamento del parapeto había un agujero; puso en él un pie, de modo que su rodilla sobrepasaba la altura del parapeto y casi no tenía que hacer nada para saltar sobre él.

Cruzó las manos a la espalda y se inclinó.

—Sea —dijo.

Y fijó la mirada en el agua profunda.

En ese momento sintió que una lengua le lamía las manos. Se estremeció y se volvió.

Detrás de él estaba Homo.

CONCLUSIÓN

El mar y la noche

1
Un perro de guardia puede ser un ángel guardián

Gwynplaine lanzó un grito:

—¡Eres tú, lobo!

Homo movió el rabo. Sus ojos brillaban en la oscuridad. Miraba a Gwynplaine.

Luego volvió a lamerle las manos. Gwynplaine permaneció un momento como ebrio. Sentía la sacudida de la inmensa vuelta de la esperanza. ¡Homo, qué aparición! Desde hacía cuarenta y ocho horas venía agotando lo que se podría llamar todas las variedades de los rayos de la fatalidad; le quedaba por recibir el rayo de la alegría. Ese era el que acababa de caer sobre él. La certidumbre recuperada, o por lo menos la claridad que lleva a ella; la súbita intervención de no se sabe qué clemencia misteriosa que está tal vez en el destino, la vida que dice ¡aquí estoy! en lo más oscuro de la tumba, el minuto en que nada se espera ya esbozando bruscamente la cura y la liberación, algo como el punto de apoyo encontrado en el instante más crítico del derrumbamiento: todo eso era Homo. Gwynplaine veía al lobo envuelto en luz.

Entretanto, Homo se había vuelto. Dio unos pasos y miró hacia atrás como para ver si Gwynplaine lo seguía.

Gwynplaine se puso en marcha tras él. Homo movió el rabo y siguió su camino.

El camino que seguía el lobo era la pendiente del muelle de Effroc-stone. Esa pendiente terminaba en la orilla del Támesis. Gwynplaine, conducido por Homo, bajó por esa pendiente.

De vez en cuando Homo volvía la cabeza para asegurarse de que Gwynplaine iba detrás.

En ciertas situaciones supremas nada se parece a una inteligencia que comprende todo tanto como el simple instinto de un animal que ama. El animal es un sonámbulo lúcido.

Hay casos en que el perro siente la necesidad de precederlo. Entonces el animal toma la dirección de la mente. El olfato imperturbable ve claro confusamente en nuestro crepúsculo. Hacerse guía le parece vagamente al animal una necesidad. ¿Sabe que hay un mal paso y tiene que ayudar al hombre a pasarlo? No, probablemente. O quizá sí. En todo caso alguien lo sabe por él. Ya lo hemos dicho: con mucha frecuencia en la vida ayudas augustas que se cree venir de abajo vienen de arriba. No se conocen todas las apariencias que puede tomar Dios. ¿Quién es ese animal? La Providencia.

Cuando llegaron a la orilla, el lobo avanzó río abajo por la estrecha lengua de tierra que se extendía a lo largo del Támesis.

No lanzaba grito alguno, no aullaba, caminaba en silencio. En todas las ocasiones Homo seguía su instinto y cumplía su deber, pero con la reserva cavilosa del proscrito.

A los cincuenta pasos se detuvo. A la derecha había una estacada. En el extremo de esa estacada, especie de embarcadero sobre pilotes, se entreveía una masa oscura que era un barco bastante grande. En la cubierta de ese barco, hacia la proa, había una claridad casi indistinta que parecía una lamparilla a punto de apagarse.

El lobo se aseguró por última vez de que Gwynplaine lo había seguido, y luego saltó a la estacada, largo corredor entarimado y embreado asentado sobre una claraboya de maderos y bajo el cual corría el agua del río. En unos instantes Homo y Gwynplaine llegaron a la punta.

El barco amarrado en el extremo de la estacada era una de esas panzas de Holanda con doble cubierta desarbolada, una en la proa y la otra en la popa, y que tenía, siguiendo la moda japonesa, entre las dos cubiertas un compartimiento profundo descubierto al que se bajaba por una escala recta y que se llenaba con todos los fardos del cargamento. Eso formaba dos castillos, uno en la proa y el otro en la popa, como en nuestros viejos pataches de río, con una cavidad en medio. El cargamento lastraba esa cavidad. Las embarcaciones de papel que hacen los niños tienen casi esa forma. Bajo las cubiertas estaban los camarotes, que se comunicaban por medio de puertas con ese compartimiento central y recibían la luz por ventanillos abiertos en la borda. Al estibar el cargamento se dejaban pasillos entre los fardos. Los dos mástiles de esas panzas se alzaban en las dos cubiertas. El mástil de proa se llamaba Pablo y el de popa se llamaba Pedro, y el navío era conducido por sus dos mástiles como la Iglesia por sus dos apóstoles. Un puente que formaba pasamano llevaba de una cubierta a la otra por encima del compartimiento del centro. Cuando hacía mal tiempo bajaban los dos pretiles del puente a derecha e izquierda, por medio de un mecanismo, lo que formaba un techo sobre la cavidad, de modo que el barco, cuando había mar gruesa, quedaba herméticamente cerrado. Esas embarcaciones, muy macizas, tenían como caña de timón una viga, pues la fuerza del gobernalle debía estar en proporción con el peso del gálibo. Tres hombres, el patrón y dos marineros, más un niño, el grumete, bastaban para manejar esas pesadas máquinas marinas. Las cubiertas de proa y de popa carecían de parapeto. Esa panza tenía un ancho casco ventrudo completamente negro en el que se leía en letras blancas, visibles en la oscuridad: *Vograat. Rotterdam*.

En esa época diversos acontecimientos marítimos, y recientemente[120] la catástrofe de los ocho barcos del barón de Pointi en el cabo Carnero, al obligar a toda la flota francesa a dirigirse a Gibraltar, habían barrido la Mancha y limpiado de todo navío de guerra la travesía entre Londres y Rotterdam, lo que permitía a los barcos mercantes ir y volver sin escolta.

La embarcación en la que se leía *Vograat* y cerca de la cual había llegado Gwynplaine tocaba la estacada por la parte de babor de su cubierta de popa, casi a

nivel. Era como si hubiera que bajar un escalón; Homo de un salto y Gwynplaine de una zancada se introdujeron en el barco. Ambos se encontraron en la cubierta de popa. La cubierta estaba desierta y no se veía movimiento alguno; los pasajeros, si los había, lo que era probable, se hallaban a bordo, pues el barco se disponía a partir y la estiba había terminado, como lo indicaba el abarrotamiento del compartimiento del centro, lleno de fardos y cajones. Pero sin duda estaban acostados, y probablemente dormidos, en los camarotes del entrepuente bajo las cubiertas, pues la travesía debía hacerse de noche. En esos casos los pasajeros no aparecen en la cubierta hasta la mañana siguiente, cuando despiertan. En cuanto a la tripulación, cenaba verosímilmente, a la espera del instante muy próximo de la partida, en el tabuco llamado entonces «camarote marinero». A eso se debía la soledad de las dos cubiertas de proa y popa unidas por el puente.

En la estacada el lobo casi había corrido; en el barco avanzaba lentamente, como con discreción. Movía el rabo, ya no alegremente, sino con la oscilación débil y triste del perro inquieto. Cruzó, precediendo siempre a Gwynplaine, la cubierta de popa y luego el pasamano.

Al entrar en él Gwynplaine percibió un resplandor. Era la claridad que había visto desde la orilla. Había una linterna al pie del mástil de proa; la reverberación de esa linterna recortaba en negro sobre el fondo oscuro nocturno una silueta que tenía cuatro ruedas. Gwynplaine reconoció la vieja barraca de Ursus.

Esa pobre casucha de madera, carreta y choza, en la que había rodado su infancia, estaba amarrada al pie del mástil con gruesas cuerdas cuyos nudos se veían en las ruedas. Después de haber permanecido durante tan largo tiempo fuera de servicio estaba completamente caduca; nada deteriora a los hombres y las cosas tanto como la ociosidad; tenía un pandeo miserable. El desuso la había dejado paralítica y además sufría esa enfermedad irremediable que es la vejez. Su perfil deforme y carcomido se doblaba con una actitud de ruina. Todos sus componentes presentaban un aspecto averiado: los hierros estaban herrumbrados; los cueros, agrietados; las maderas, carcomidas. Las grietas rayaban los vidrios de la parte delantera que atravesaba un rayo de la linterna. Las ruedas estaban patizambas. Las paredes, el piso y los ejes parecían agotados de fatiga y el conjunto tenía algo de postrado y suplicante. Las dos puntas levantadas de la vara parecían dos brazos alzados hacia el cielo. Toda la barraca estaba dislocada, y debajo se veía, colgando, la cadena de Homo.

Volver a encontrar su vida, su felicidad, su amor, correr hacia ellos desatinadamente y precipitarse sobre ellos parece ser la ley que impone la naturaleza. Excepto en el caso de un temblor profundo. Quien sale, completamente quebrantado y desorientado, de una serie de catástrofes parecidas a traiciones, se hace prudente, inclusive en el júbilo, teme llevar su fatalidad a quienes ama y se siente lúgubremente contagioso. El paraíso se reabre, pero antes de entrar en él se lo observa.

Gwynplaine, tambaleante bajo las emociones, miraba.

El lobo había ido silenciosamente a acostarse junto a su cadena.

2
Barkilphedro apuntó al águila e hirió a la paloma

El estribo de la barraca estaba bajado y la puerta entreabierta; nadie se hallaba dentro; la poca luz que entraba por el vidrio de delante modelaba vagamente el interior de la barraca con un claroscuro lóbrego.

Las inscripciones de Ursus glorificando la grandeza de los lores eran al mismo tiempo pared por fuera y revestimiento por dentro. En un clavo, cerca de la puerta, Gwynplaine vio su esclavina y sus gregüescos, colgados como en un depósito de cadáveres las ropas de un muerto.

Él no tenía en ese momento chaleco ni traje.

La barraca ocultaba algo tendido en la cubierta al pie del mástil y que la linterna iluminaba. Era un colchón, del que se veía una punta. En el colchón se hallaba alguien probablemente acostado. Se veía moverse una sombra.

Hablaban. Gwynplaine, oculto por la interposición de la barraca, escuchó.

Era la voz de Ursus.

Esa voz, tan dura por encima y tan tierna por debajo, que tanto había maltratado y tan bien conducido a Gwynplaine desde su infancia, ya no tenía su timbre sagaz y vivo. Era vaga y baja y se disipaba en suspiros al final de cada frase. Sólo se parecía confusamente a la anterior voz flexible y firme de Ursus. Era como la palabra de alguien cuya felicidad ha muerto. La voz se puede convertir en sombra.

Ursus parecía monologar más bien que dialogar. Por lo demás el soliloquio era, como se sabe, su costumbre. Pasaba por maniaco a causa de eso.

Gwynplaine contuvo el aliento para no perder una palabra de lo que decía Ursus, y he aquí lo que oyó:

—Es muy peligrosa esta clase de barco. No tiene reborde. Si se rueda al mar nada te detiene. Si hubiera temporal habría que llevarla bajo la cubierta, lo que sería terrible. Un movimiento torpe, un temor, y se produciría una ruptura de aneurisma. He visto casos de esos. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué será de nosotros? ¿Ella duerme? Sí, ella duerme. Yo creo que duerme. El sueño es una tregua. Es la buena ceguera. ¿Cómo hacer para que no vengan a patalear por aquí? Señores, si hay alguien en la cubierta, les ruego que no hagan ruido. No se acerquen, si ello no les importa. Sabrán que hay aquí una persona de salud delicada y hay que tener miramientos. Tiene fiebre, ya veis. Es muy joven. Es una pequeña que tiene fiebre. Le he puesto este colchón afuera para que tenga un poco de aire. Explico eso para que se tenga cuidado. Está rendida de cansancio en el colchón, como si hubiera perdido el conocimiento, pero duerme. Desearía que no la despertasen. Me dirijo a las mujeres, si hay por ahí damas. Hay que compadecer a una muchacha. Sólo somos unos pobres histriones, pido que se tenga un poco de bondad, y luego, si hay algo que pagar para que no se

haga ruido, pagaré. Os agradezco, señoras y señores. ¿Hay alguien ahí? No, creo que no hay nadie. Hablo inútilmente. Tanto mejor. Señores, os agradezco si estáis ahí, y os agradezco también si no estáis… Ella tiene la frente empapada en sudor. Vamos, volvemos al presidio, nos ponemos otra vez la argolla. La miseria ha vuelto. De nuevo estamos a la desbandada. Una mano, la mano espantosa que no se ve, pero que se siente siempre encima, nos ha vuelto súbitamente hacia el lado negro del destino. Sea, tendremos valor. Sólo que no es necesario que ella esté enferma. Parezco un tonto hablando en voz alta estando solo, pero conviene que ella sienta que tiene alguien a su lado si se despierta. ¡Con tal que no me la despierten bruscamente! ¡Nada de ruido, en nombre del cielo! Una sacudida que la hiciera levantarse sobresaltada le haría daño. Sería fastidioso que vinieran a caminar por este lado. Creo que la gente duerme en el barco. Doy gracias a la Providencia por esta concesión… ¿Pero dónde está Homo? Con todo este trastorno, hace más de una hora que no lo veo. Habrá ido a buscar su comida afuera. ¡Con tal que no le suceda alguna desgracia! ¡Homo! ¡Homo!

Homo golpeó suavemente con el rabo el piso de la cubierta.

—¡Ah, estás ahí, estás ahí! ¡Dios sea bendito! Perder a Homo habría sido demasiado… Ella mueve el brazo. Tal vez va a despertarse. Calla, Homo. La marea baja. Partiremos en seguida. Creo que hará buen tiempo esta noche. No hay viento. La banderola cuelga a lo largo del mástil, tendremos una buena travesía. Ya no sé en qué fase de la luna estamos. Pero apenas se mueven las nubes. No habrá marejada y tendremos buen tiempo… Está pálida. Es la debilidad. Pero no, está roja. Es la fiebre. Pero no, está rosada. Se halla bien. Ya no veo con claridad. Mi pobre Homo, ya no veo con claridad. Pues bien, hay que comenzar de nuevo la vida. Nos pondremos a trabajar. Estamos solos los dos, ya lo ves. Trabajaremos para ella, tú y yo. Es nuestra hija. ¡Ah, el barco se mueve! Partimos. ¡Adiós, Londres! ¡Buenas noches y vete al diablo! ¡Oh, qué horrible es Londres!

En efecto, la conmoción del barco indicaba que levaban anclas. La popa se separaba de la estacada. Se veía en el otro extremo del barco, en la popa, a un hombre en pie, el patrón sin duda, que acababa de salir del interior del navío, había soltado la amarra y manejaba el timón. Ese hombre, atento solamente al canal, como conviene cuando se está compuesto de la doble flema del holandés y el marinero, sin oír ni ver nada más que el agua y el viento, encorvado bajo el extremo de la caña del timón, mezclado con la oscuridad, caminaba lentamente por la cubierta de popa, iba y venía de estribor a babor, como un fantasma que tuviera una viga en la espalda. Estaba solo en la cubierta. Mientras estuvieran en el río ningún otro marinero era necesario. En pocos minutos el barco estuvo en el centro del río. Descendía por él sin cabeceo ni balanceo. El Támesis, poco agitado por el reflujo, estaba en calma. La marea arrastraba al barco, que se alejaba rápidamente. Detrás, la negra decoración de Londres disminuía en la bruma.

Ursus continuó:

—No tiene importancia, le haré tomar digitalina. Temo que sobrevenga el delirio. Le suda la palma de la mano. ¿Pero qué le hemos hecho al buen Dios? ¡Con qué rapidez ha venido toda esta desgracia! Es la rapidez horrible del mal. Cae una piedra, tiene garras, es el gavilán sobre la alondra. Es el destino. ¡Y ahí estás, tendida, mi querida hija! Se viene a Londres y se dice: es una gran ciudad que tiene bellos monumentos. Southwark es un suburbio magnífico. Y uno se establece allí. ¡Y ahora son lugares abominables! ¿Qué queréis que haga? Me alegro de irme. Hoy es el 30 de abril. Siempre he desconfiado del mes de abril; ese mes sólo tiene dos días buenos, el 5 y el 27, y cuatro días malos, el 10, el 20, el 29 y el 30. Eso ha sido puesto fuera de duda por los cálculos de Cardan. Desearía que hubiera pasado este día. Partir alivia. Al amanecer estaremos en Gravesend y mañana por la noche en Rotterdam. Pardiez, volveré a la vida de otro tiempo en la barraca. La arrastraremos, ¿verdad, Homo?

Un ligero golpeteo del rabo anunció el consentimiento del lobo.

Ursus continuó:

—¡Si se pudiera salir de un dolor como se sale de una ciudad! Homo, todavía podremos ser dichosos. ¡Ay, siempre habrá alguien que no lo es! Queda una sombra sobre los que sobreviven. Tú sabes lo que quiero decir, Homo. Éramos cuatro y ahora no somos más que tres. La vida no es sino una larga pérdida de todo lo que se ama. Se deja tras sí un reguero de dolores. El destino nos aturde con una prolijidad de sufrimientos insoportables. ¡Y luego se sorprenden de que los viejos machaqueen! Es la desesperación la que entontece a la gente… Mi buen Homo, el viento de popa persiste. Ya no se ve la cúpula de San Pablo. Pronto pasaremos por delante de Greenwich. Habremos hecho seis buenas millas. ¡Oh, les vuelvo la espalda para siempre a esas capitales odiosas, llenas de sacerdotes, de magistrados, de populachos! Prefiero ver cómo se mueven las hojas en los bosques… ¡Sigue con la frente empapada en sudor! En el antebrazo tiene gruesas venas violetas que no me gustan. La causa es la fiebre interior. ¡Oh, todo esto me mata! Duerme, hija mía… Sí, ella duerme.

En ese momento se elevó una voz, una voz inefable que parecía lejana, que parecía venir a la vez de las alturas y las profundidades, divinamente siniestra, la voz de Dea.

Todo lo que Gwynplaine había experimentado hasta ese momento no fue nada ya. Su ángel hablaba. Le parecía oír palabras dichas fuera de la vida en un desvanecimiento lleno de cielo.

La voz decía:

—Ha hecho bien en irse. Este mundo no es el que necesita. Sólo que yo tengo que irme con él. Padre, no estoy enferma; os he oído hablar hace un momento, pero estoy bien, me siento bien, dormía. Padre, voy a ser dichosa.

—Hija mía —preguntó Ursus con el acento de la angustia —, ¿qué quieres decir con eso?

La respuesta fue:

—Padre, no os preocupéis.

Hubo una pausa, como para recobrar el aliento, y luego llegaron a oídos de Gwynplaine estas palabras, pronunciadas lentamente:

—Gwynplaine ya no está aquí. Ahora es cuando soy ciega. No conocía la oscuridad. La oscuridad es la ausencia.

La voz volvió a interrumpirse, y luego continuó:

—Yo temía siempre que se echase a volar; lo sentía celeste. De pronto ha emprendido el vuelo. Eso debía terminar así. Un alma se va como un ave. Pero el nido del alma se halla en una profundidad donde está el gran imán que atrae todo, y sé muy bien dónde volveré a encontrar a Gwynplaine. Conozco bien mi camino, padre: está allá abajo. Más tarde os uniréis conmigo. Y Homo también.

Homo, al oír pronunciar su nombre, dio un golpecito en la cubierta.

—Padre —prosiguió la voz—, comprendéis muy bien que desde el momento en que Gwynplaine no está aquí ya, todo ha terminado. Aunque deseara quedarme no podría hacerlo, porque es necesario respirar. No hay que pedir lo que no es posible. Yo estaba con Gwynplaine y era todo muy sencillo: vivía. Ahora que ya no está Gwynplaine, muero. Es lo mismo. Es necesario que él vuelva o que yo me vaya. Puesto que él no puede volver, yo me voy. Morir es bueno y de ningún modo difícil. Padre, lo que se apaga aquí se enciende en otra parte. Vivir en esta tierra en que estamos oprime el corazón. No es posible que se sea siempre desdichado. En consecuencia, se va a lo que llamáis las estrellas, se casa allí, ya no se separa nunca, se ama, se ama, y eso es el buen Dios.

—Vamos, no te agites —dijo Ursus.

La voz continuó:

—Por ejemplo, el año pasado, en la primavera del año pasado, estábamos juntos, éramos dichosos, y ahora todo es muy distinto. Ya no recuerdo en qué pequeña ciudad estábamos; había árboles y oía cantar a las currucas. Vinimos a Londres y todo cambió. No hago un reproche. Se viene a un lugar y no se puede saber qué va a pasar. Padre, ¿recordáis? Una noche apareció en el palco una mujer y dijisteis: es una duquesa. Yo me entristecí. Creo que habría sido mejor quedarse en las ciudades pequeñas. Después de eso, Gwynplaine ha hecho bien. Ahora me toca a mí. Puesto que vos mismo me contasteis que yo era muy pequeña, que mi madre había muerto, que yo estaba tendida en la oscuridad con la nieve que caía sobre mí, y que él, que también era pequeño y también se hallaba completamente solo, me recogió y que por eso vivía, no puede sorprenderos que ahora sienta la necesidad absoluta de partir y que desee ir a la tumba si Gwynplaine se halla en ella. Porque lo único que existe en la vida es el corazón, y después de la vida, es el alma. Comprendéis lo que quiero decir, ¿verdad, padre?… ¿Qué es lo que se mueve? Me parece que estamos en una casa que se mueve. Sin embargo, no oigo el ruido de las ruedas.

Tras una interrupción, la voz añadió:

—No distingo mucho entre ayer y hoy. No me quejo. Ignoro lo que ha sucedido, pero sin duda han sucedido cosas.

Estas palabras fueron dichas con una profunda dulzura inconsolable, y un suspiro, que oyó Gwynplaine, terminó así:

—Tengo que irme, a menos que él vuelva.

Ursus, sombrío, murmuró a media voz:

—No creo en los aparecidos —y añadió en voz más alta —. Estamos en un barco. Preguntas por qué la casa se mueve; es porque estamos en un barco. Cálmate. No tienes que hablar demasiado. Hija mía, si sientes un poco de amistad por mí, no te agites, para que eso no te dé fiebre. Viejo como soy, no podría soportar que te enfermases. Evítame la pena de enfermarte.

La voz dijo:

—¿Para qué buscar en la tierra si sólo se encuentra en el cielo?

Ursus replicó, casi con una tentativa de autoridad:

—Cálmate. Hay momentos en que careces por completo de inteligencia. Te recomiendo que descanses. Después de todo, no tienes por qué saber lo que es la vena cava. Estaría tranquilo si lo estuvieras tú. Hija mía, haz algo también por mí. Él te recogió, pero yo te acogí. Te empeñas en enfermarte. Eso está mal. Tienes que calmarte y dormir. Todo irá bien. Te doy mi palabra de honor de que todo irá bien. Además, tenemos buen tiempo. Parece una noche hecha expresamente. Mañana estaremos en Rotterdam, que es una ciudad de Holanda, en la desembocadura del Mosa.

—Padre —dijo la voz—, ya lo veis, cuando se está desde la infancia y se ha estado siempre el uno con el otro no debería trastornarse eso, pues entonces hay que morir y ni siquiera hay modo de hacer otra cosa. Yo os quiero, pero tengo la sensación de que ya no estoy completamente con vos, aunque todavía no estoy con él.

—Vamos —insistió Ursus—, trata de volver a dormir.

La voz replicó:

—No será sueño lo que me faltará.

Ursus repitió, con voz temblorosa:

—Te digo que vamos a Holanda, a Rotterdam, que es una ciudad.

—Padre, yo no estoy enferma. Si es eso lo que os inquieta, podéis tranquilizaros. No tengo fiebre, sino un poco de calor, nada más.

Ursus balbuceó:

—En la desembocadura del Mosa.

—Yo estoy bien, padre, pero, ya veis, me siento morir.

—Que no se te ocurra decir semejante cosa — dijo Ursus.

Y añadió para sí:

—¡Sobre todo, que no sufra una conmoción, Dios mío!

Se hizo un silencio.

De pronto Ursus preguntó:

—¿Qué haces? ¿Por qué te levantas? ¡Te lo suplico, quédate acostada!
Gwynplaine se estremeció y asomó la cabeza.

3
El Paraíso vuelto a encontrar en este mundo

Vio a Dea. Se había enderezado en el colchón. Tenía una larga bata blanca cuidadosamente cerrada y que no dejaba ver más que el nacimiento de los hombros y el comienzo delicado del cuello. Las mangas le ocultaban los brazos y los pliegues le cubrían los pies. Se le veían las manos, en las que se inflaba en ramificaciones azuladas la red de las venas cálidas por la fiebre. Temblaba y oscilaba más bien que tambaleaba, como una caña. La linterna la iluminaba desde abajo. Su bello rostro estaba indescriptible. Su cabellera suelta flotaba. Ninguna lágrima corría por sus mejillas. En sus pupilas había fuego y oscuridad. Estaba pálida, con esa palidez que se parece a la transparencia de la vida divina en un rostro terrestre. Su cuerpo delicado y frágil parecía mezclado y fundido con los pliegues de la bata. Toda ella ondulaba con el temblor de una llama. Al mismo tiempo se tenía la sensación de que comenzaba a no ser más que sombra. Sus ojos, abiertos de par en par, resplandecían. Se habría dicho que era un alma salida del sepulcro y que se erguía en la aurora.

Ursus, del que Gwynplaine sólo veía la espalda, levantó los brazos asustado.

—¡Hija mía! ¡Oh, Dios mío, delira! ¡Delira! Es lo que yo temía. No le convendría una emoción, pues podría matarla, pero le convendría para que no enloquezca. ¡Muerta o loca, qué situación! ¿Qué puedo hacer, Dios mío? ¡Vuelve a acostarte, hija mía!

Entretanto, Dea hablaba. Su voz era casi imperceptible, como si un espesor celestial se hubiese interpuesto entre ella y la tierra.

—Padre, os engañáis. No deliro. Oigo muy bien todo lo que me decís. Me decís que hay mucho público, que espera, y que tengo que representar esta noche. Deseo hacerlo, ya veis que razono, pero no sé cómo, pues estoy muerta y Gwynplaine también ha muerto. Voy, de todos modos. Consiento en actuar. Aquí estoy, pero Gwynplaine no está.

—Hija mía —repitió Ursus—, vamos, obedéceme. Vuelve a acostarte.

—¡Él no está ya! ¡No está ya! ¡Oh, qué oscuridad!

—¡Oscuridad! —Balbuceó Ursus—. ¡Es la primera vez que pronuncia esa palabra!

Gwynplaine, sin hacer más ruido que el de un deslizamiento, subió por el estribo de la barraca, entró en ella, descolgó sus gregüescos y su esclavina, se los puso y volvió a bajar de la barraca, siempre oculto por la especie de biombo que formaban la barraca, los aparejos y el mástil.

Dea seguía murmurando, movía los labios y poco a poco ese murmullo se fue convirtiendo en una melodía. Esbozó, con las intermitencias y lagunas del delirio, el llamamiento misterioso que tantas veces había dirigido a Gwynplaine en *Caos vencido*. Comenzó a cantar, y ese canto era vago y débil como un zumbido de abeja:

Noche, quítate de allí
la alba canta[121]…

Se interrumpió:

—No, no es cierto, no estoy muerta. ¿Por qué decía eso? Estoy viva. Estoy viva y él ha muerto. Estoy abajo y él está arriba. Él se ha ido y yo me quedo. Ya no volveré a oírle hablar y andar. Dios nos había dado un poco de paraíso en la tierra y nos lo ha quitado. ¡Gwynplaine ha terminado! Ya no lo sentiré junto a mí. ¡Nunca! ¡No volveré a oír su voz!

Y cantó:

Es menester a cielos ir…
… Dexa, quiero,
A tu negro
Caparazón.

Y tendió la mano como si buscara dónde apoyarse en el infinito. Gwynplaine, apareciendo de pronto junto a Ursus, que se quedó petrificado, se arrodilló delante de ella.

—¡Nunca! —repitió Dea—. ¡Nunca volveré a oír su voz!

Y cantó otra vez, alucinada:

Dexa, quiero,
A tu negro
Caparazón.

Entonces oyó una voz, la voz muy amada, que respondía:

A ven! ama!
Eres alma,
Soy corazón.

Y al mismo tiempo sintió bajo su mano la cabeza de Gwynplaine. Lanzó un grito indecible:

—¡Gwynplaine!

Una claridad de astro apareció en su rostro pálido, y tambaleó. Gwynplaine la recibió en sus brazos.

—¡Vivo! —exclamó Ursus.

Dea repitió:

—¡Gwynplaine!

Y su cabeza se apoyó en la mejilla de Gwynplaine, mientras decía en voz muy baja:

—¡Desciendes de nuevo! ¡Gracias!

Levantó la cabeza y, sentada en las rodillas de Gwynplaine, enlazada por su abrazo, volvió hacia él su bello rostro, fijó en los de él sus ojos llenos de tinieblas y de rayos, como si le mirara, y dijo:

—¡Eres tú!

Gwynplaine cubrió de besos su bata. Hay palabras que son al mismo tiempo gritos y sollozos. Todo el éxtasis y todo el dolor se funden en ellas y estallan en mezcolanza. No tienen sentido alguno y lo dicen todo.

—¡Sí, yo, soy yo! ¡Yo, Gwynplaine! ¡Aquel de quien eres el alma!, ¿oyes? ¡Yo, de quien eres la hija, la esposa, la estrella, el aliento! ¡Yo, de quien eres la vida, yo, de quien eres la eternidad! ¡Soy yo! Estoy aquí, te tengo en mis brazos. Estoy vivo. Soy tuyo. ¡Ah, cuando pienso que estaba a punto de poner fin a todo! ¡Un minuto más y, de no ser por Homo, no te diría esto! ¡Cuán cerca de la alegría está la desesperación! ¡Dea, vivimos! ¡Dea, perdóname! ¡Sí, soy tuyo para siempre! Tienes razón, toca mi cabeza, asegúrate de que soy yo. ¡Si supieras! Pero nada puede ya separarnos. Salgo del infierno y vuelvo al cielo. Tú dices que desciendo, pero no, asciendo. Estoy otra vez contigo. ¡Para siempre, te digo! ¡Juntos, estamos juntos! ¿Quién lo habría dicho? Volvemos a encontrarnos. Todo el mal ha terminado. Ya no hay ante nosotros más que encantamiento. Reanudaremos nuestra vida feliz y cerraremos tan bien la puerta que la mala suerte no podrá volver a entrar en ella. Te contaré todo y te sorprenderás. El barco ha zarpado, y nadie puede hacer que no haya partido. Estamos en camino y en libertad. Vamos a Holanda, nos casaremos. Ya no tengo inconvenientes para ganarme la vida, ¿pues quién podría impedirlo? Nada hay que temer ya. ¡Te adoro!

—¡No tan rápidamente! —balbuceó Ursus.

Dea, temblando y con el estremecimiento de un toque celestial, paseó su mano por el perfil de Gwynplaine.

El oyó que se decía a sí misma:

—Así está hecho Dios.

Después ella le tocó las ropas.

—La esclavina —dijo—. Los gregüescos. Nada ha cambiado. Todo está como antes.

Ursus, estupefacto, alegre, risueño, inundado de lágrimas, les miraba y se decía a sí mismo:

—No comprendo nada. Soy un idiota absurdo. ¡Gwynplaine vivo! ¡Y yo que vi su entierro! Lloro y río, es lo único que sé hacer. Me comporto tan tontamente cono si yo también estuviese enamorado. Pero es que lo estoy, estoy enamorado de los dos. ¡Anda, viejo bruto!… Pero son demasiadas emociones, demasiadas emociones. Es lo que yo temía… No, es lo que yo quería. Gwynplaine, no la fatigues… ¡Pero que se abracen si quieren! Eso no me incumbe; presencio el incidente. Lo que siento es gracioso. Soy el parásito de su felicidad y tomo parte en ella. No intervengo en ella para nada y me parece que intervengo para algo. ¡Hijos míos, os bendigo!

Y mientras Ursus monologaba, Gwynplaine decía:

—Dea, eres demasiado bella. No sé en qué pensaba durante esos días. No hay absolutamente nadie más que tú en la tierra. Vuelvo a verte y todavía no lo creo. ¡En este barco! Pero dime, ¿qué ha sucedido? ¡Y en qué estado nos han puesto! ¿Dónde está la Green-Box? Os han robado, os han echado. Eso es infame. ¡Ah, yo os vengaré! ¡Yo te vengaré, Dea! ¡Tendrán que vérselas conmigo! ¡Soy par de Inglaterra!

Ursus, como golpeado por un planeta en pleno pecho, retrocedió y miró a Gwynplaine atentamente.

—No está muerto, es evidente —se dijo—, ¿pero no estará loco?

Y aguzó el oído con desconfianza.

Gwynplaine añadió:

—Tranquilízate, Dea. Llevaré mi queja a la Cámara de los Lores.

Ursus volvió a examinarlo y se golpeó la frente con la punta del dedo.

Luego tomó su decisión y se dijo:

—No me importa. El asunto irá bien de todos modos. Puedes estar loco si quieres, mi Gwynplaine. Es el derecho del hombre. Yo soy dichoso. ¿Pero qué significa todo eso?

El barco seguía huyendo suave y rápidamente, la noche era cada vez más oscura, las brumas provenientes del océano invadían el cénit del que ningún viento las barría, algunas grandes estrellas eran visibles y se esfumaban una tras otra, y al cabo de algún tiempo ya no se vio ninguna y todo el cielo fue negro, infinito y benigno. El río se ensanchaba, sus dos márgenes a derecha e izquierda no eran ya sino dos líneas delgadas que casi se amalgamaban con la oscuridad. De toda esa sombra salía un profundo apaciguamiento. Gwynplaine se había sentado a medias, con Dea en los brazos. Hablaban, lanzaban exclamaciones, parloteaban, cuchicheaban. Era un diálogo desvariado. ¿Cómo se puede describirte, alegría?

—¡Vida mía!

—¡Mi cielo!

—¡Mi amor!

—¡Mi dicha entera!

—¡Gwynplaine!

—¡Dea, estoy ebrio! Deja que te bese los pies.

—¡Eres tú, pues!

—En este momento tengo demasiadas cosas que decir a la vez. No sé por dónde comenzar.

—¡Un beso!

—¡Oh, esposa mía!

—Gwynplaine, no me digas que soy bella. El bello eres tú.

—Vuelvo a encontrarte y te tengo sobre mi corazón. Así es. Estás conmigo, no sueño. Eres tú con seguridad. ¿Es posible esto? Sí. Vuelvo a tomar posesión de la vida. ¡Si supieras! Han sucedido acontecimientos de todas clases. ¡Dea!

—¡Gwynplaine!

—¡Te amo!

Y Ursus murmuró:

—Yo tengo una alegría de abuelo.

Homo había salido de debajo de la barraca e iba del uno al otro discretamente, sin exigir que fijaran la atención en él, dando lengüetazos a diestro y siniestro, ora a los gruesos zapatos de Ursus, ora a los gregüescos de Gwynplaine, ora a la bata de Dea, ora al colchón. Era su manera de bendecir.

Habían pasado de Chatham y de la desembocadura del Medway. Se acercaban al mar. La serenidad tenebrosa del agua era tal que el descenso por el Támesis se hacía sin complicaciones; no era necesaria maniobra alguna y ningún marinero había sido llamado a cubierta. En el otro extremo del barco, el patrón, sólo en el timón, gobernaba. En la popa sólo estaba ese hombre; en la proa la linterna iluminaba el grupo feliz de aquellos seres que acababan de hacer, en el fondo de la desdicha súbitamente convertida en felicidad, esa unión inesperada.

4
No. Allá arriba

De pronto Dea se desprendió de los brazos de Gwynplaine y se levantó. Apoyó las dos manos sobre el corazón, como para impedir que se alterase.

—¿Qué me pasa? —preguntó—. Me sucede algo. La alegría ahoga. No es nada. Está bien. Al reaparecer, ¡oh, mi Gwynplaine!, me has dado un golpe. Un golpe de felicidad. Todo el cielo que entra en el corazón produce una embriaguez. Cuando estabas ausente me sentía morir. La verdadera vida que se iba me la has devuelto. Se ha producido en mí un desgarramiento, el desgarramiento de las tinieblas, y he sentido que subía la vida, una vida ardiente, una vida de fiebre y de delicias. Es extraordinaria esa vida que acabas de darme. Es tan celestial que hace sufrir un poco. Es como si el alma se agrandase y le fuera difícil mantenerse en nuestro cuerpo. Esa vida de los serafines, esa plenitud, afluye a mi cabeza y me penetra. Siento como un aleteo en el pecho. Me siento extraña, pero muy dichosa. Gwynplaine, me has resucitado.

Enrojeció, luego palideció, volvió a enrojecer y cayó.

—¡Ay! —Exclamó Ursus—. ¡La has matado!

Gwynplaine tendió los brazos hacia Dea. ¡Qué choque la angustia suprema sobreviniendo en el supremo éxtasis! Él también habría caído si no hubiera tenido que sostenerla.

—¡Dea! —gritó estremecido—. ¿Qué te pasa?

—Nada —contestó ella—. Te amo.

Se hallaba en brazos de Gwynplaine como un lienzo que se ha recogido. Le colgaban las manos.

Gwynplaine y Ursus acostaron a Dea en el colchón. Ella dijo débilmente:

—No puedo respirar acostada.

La sentaron y Ursus pidió:

—¡Una almohada!

Ella replicó:

—¿Para qué? Tengo a Gwynplaine.

Apoyó la cabeza en el hombro de Gwynplaine, sentado tras ella y sosteniéndola, con los ojos llenos de un extravío infortunado.

—¡Oh! —Exclamó ella—. ¡Qué bien me siento!

Ursus le había tomado la muñeca y contaba las pulsaciones de la arteria. No movía la cabeza, no decía nada y no se podía adivinar lo que pensaba sino por los rápidos movimientos de sus párpados, que se abrían y se cerraban convulsivamente, como para impedir que brotara una corriente de lágrimas.

—¿Qué le pasa? —preguntó Gwynplaine.

Ursus aplicó el oído al costado izquierdo de Dea.

Gwynplaine repitió ansiosamente su pregunta, temblando de temor de que Ursus no la contestase.

Ursus miró a Gwynplaine y luego a Dea. Estaba pálido. Dijo:

—Debemos estar a la altura de Canterbury. La distancia de aquí a Gravesend no es grande. Tendremos buen tiempo durante toda la noche. No hay que temer un ataque en el mar, pues las flotas de guerra están en la costa de España. Tendremos una buena travesía.

Dea, doblada y cada vez más pálida, sobaba con sus dedos convulsivos la tela de la bata. Lanzó un suspiro indeciblemente pensativo y murmuró:

—Comprendo qué es esto. Me muero.

Gwynplaine se levantó, terrible. Ursus sostuvo a Dea.

—¡Morir! ¡Morir tú! ¡No, eso no sucederá! Tú no puedes morir. ¡Morir ahora! ¡Morir en seguida! Eso no es posible. Dios no es feroz. ¡Devolverte y volver a tomarte en el mismo minuto! No, esas cosas no suceden. En ese caso sería Dios quien desearía que se dude de él. ¡Todo sería una trampa, la tierra, el cielo, la cuna de los niños, el amamantamiento de las madres, el corazón humano, el amor, las estrellas! ¡Dios sería un traidor y el hombre un cándido! ¡No poseería nada! ¡Habría que insultar a la creación! ¡Todo sería un abismo! No sabes lo que dices, Dea. Vivirás. Yo exijo que vivas y debes obedecerme. Soy tu marido y tu dueño. Te prohíbo que me abandones. ¡Oh, cielos! ¡Qué miserables son los hombres! No, eso no puede ser. ¿Y yo me quedaría en este mundo sin ti? Eso es tan monstruoso como si no hubiera sol. Dea, Dea, reponte. Es un instante de angustia que va a pasar. A veces se sienten escalofríos y luego ya no se piensa en ellos. Necesito absolutamente que estés bien y que no sufras más. ¡Tú, morir! ¿Qué te he hecho? Con solo pensar en ello me enloquezco. Somos el uno del otro, nos amamos. No tienes motivo alguno para irte. Eso sería injusto. ¿He cometido delitos? Pero tú me has perdonado. ¡Oh, tú no quieres que yo me convierta en un desesperado, en un malvado, en un furioso, en un condenado! ¡Dea, te lo ruego, te lo suplico con las manos juntas: no te mueras!

Y, crispando los puños en sus cabellos, agonizante de espanto, ahogado por las lágrimas, se arrojó a sus pies.

—Mi Gwynplaine —dijo Dea—, yo no tengo la culpa. Le salió a los labios un poco de espuma rosada, que Ursus secó con un pliegue de la bata sin que Gwynplaine, prosternado, lo viese. Gwynplaine abrazaba los pies de Dea y le imploraba con toda clase de palabras confusas:

—Te digo que no lo quiero. ¡Morir, tú! No tendría fuerza para soportarlo. Morir, sí, pero juntos, no de otra manera. ¡Morir tú, Dea! No puedo consentirlo. ¡Mi divinidad, mi amor, comprende que estoy aquí! Te juro que vivirás. ¡Morir! Pero entonces no te imaginas lo que sería de mí después de tu muerte. Si tuvieras idea de la necesidad que tengo de no perderte verías que eso es completamente imposible. ¡Dea, sólo te tengo a ti! Lo que me ha sucedido es extraordinario. No te imaginas que

acabo de atravesar toda la vida en unas pocas horas. Y he comprobado algo: que no existe nada absolutamente. Sólo tú existes. Si tú no estás en él, el universo ya no tiene sentido. ¡Quédate, ten compasión de mí! Puesto que me amas, vive. Acabo de encontrarte y es para conservarte. Espera un poco. No se va así cuando se está juntos desde hace apenas unos pocos instantes. No te impacientes. ¡Ah, Dios mío, cómo sufro! No me guardas rencor, ¿verdad? Comprendes que no pude hacer otra cosa, pues era el *wapentake* el que fue a buscarme. Verás cómo respiras mejor dentro de poco. Dea, todo se ha arreglado, vamos a ser dichosos. No hagas que me desespere. ¡Dea, yo no te he hecho nada!

Esas palabras no fueron dichas, sino sollozadas. Se sentía en ellas una mezcla de abatimiento y de rebelión. Salía del pecho de Gwynplaine un gemido que habría atraído a las palomas y un rugido que habría hecho retroceder a los leones.

Dea le respondió, con una voz cada vez menos perceptible, interrumpiéndose casi a cada palabra:

—¡Ay, es inútil!… Mi muy querido, veo bien que haces lo que puedes… Hace una hora quería morir, ahora no lo desearía… ¡Gwynplaine, mi Gwynplaine adorado, qué felices hemos sido!… Dios te puso en mi vida y ahora me retira de la tuya… Me voy… Te acordarás de la Green-Box, ¿verdad? ¿Y de tu pobre cieguecita Dea?… Te acordarás de mi canción. No olvides el sonido de mi voz y la manera como te decía: ¡Te amo!… Volveré a decírtelo, por la noche, cuando duermas… Nos hemos vuelto a encontrar, pero ha sido una alegría excesiva. Eso tenía que terminar en seguida… Soy decididamente yo la primera que parto. Quiero mucho a mi padre Ursus y a nuestro hermano Homo. Sois buenos… Aquí falta el aire. Abrid la ventana… Mi Gwynplaine, no te lo había dicho, pero porque una vez vino una mujer yo estuve celosa. Ni siquiera sabes a qué me refiero, ¿verdad?… Tapadme los brazos, siento un poco de frío… ¿Y Fibi, y Vinos, dónde están?… Se termina queriendo a todo el mundo. Se toma cariño a las personas que os han visto ser dichosos. Se les agradece haber estado presentes mientras uno se sentía satisfecho. ¿Por qué ha terminado todo eso? No he comprendido bien lo que ha sucedido desde hace dos días. Ahora muero… Me dejaréis con esta bata. De tanto ponérmela pensaba que sería mi sudario. Quiero conservarla, pues hay en ella besos de Gwynplaine… ¡Oh, sin embargo yo habría querido seguir viviendo! ¡Qué vida encantadora teníamos en nuestra pobre barraca rodante! Se cantaba, yo oía los aplausos… ¡Qué agradable era no estar nunca separados! Me parecía que estaba en una nube con vosotros, me daba cuenta de todo, distinguía un día de otro y, aunque ciega, reconocía la mañana porque oía a Gwynplaine y reconocía la noche porque soñaba con Gwynplaine. Sentía a mí alrededor una envoltura que era su alma. Nos hemos adorado apaciblemente… Todo eso termina y ya no habrá más canciones. ¡Ay, no es posible seguir viviendo! ¿Te acordarás de mí, querido?

Su voz se iba debilitando. La decadencia lúgubre de la agonía le quitaba el aliento. Replegó el pulgar bajo los otros dedos, señal de que el último momento se

acerca. El balbuceo del ángel que comenzaba parecía esbozarse en aquel suave estertor de la virgen.

Dea murmuró:

—Me recordaréis, ¿verdad?, pues sería muy triste que esté muerta si no se acuerdan de mí. A veces he sido mala, y os pido perdón a todos… Estoy segura de que, si el buen Dios lo hubiera querido, como no tenemos mucho espacio, habríamos sido todavía felices, mi Gwynplaine, pues nos habríamos ganado la vida y habríamos estado juntos en otro país, pero el buen Dios no lo ha querido… No sé en absoluto por qué muero, pues no me quejaba de ser ciega y no ofendía a nadie. No habría pedido nada mejor que seguir siendo ciega a tu lado. ¡Oh, qué triste es irse!

Sus palabras jadeaban y se extinguían una tras otra, como si las hubieran soplado. Ya casi no se la oía.

—Gwynplaine —añadió—, ¿verdad que pensarás en mí? Lo necesitaré cuando esté muerta.

Y agregó:

—¡Oh, retenedme!

Luego, tras un silencio, dijo:

—Ven a unirte conmigo lo más pronto que puedas. Voy a ser muy desdichada sin ti, aun en la presencia de Dios. ¡No me dejes sola demasiado tiempo, querido Gwynplaine! Es aquí donde estaba el Paraíso. Allí arriba solamente está el cielo… ¡Oh, me ahogo! ¡Querido, querido, querido!

—¡Perdón! —gritó Gwynplaine.
—¡Adiós! —dijo ella.
—¡Perdón! —repitió Gwynplaine.
Y pegó su boca a las bellas manos heladas de Dea.

Durante un instante pareció que la joven no respiraba ya.

Luego se alzó sobre los codos, un fulgor profundo atravesó sus ojos y esbozó una sonrisa inefable. Su voz estalló, sonora:

—¡Luz! ¡Veo!

Y expiró.

Quedó tendida e inmóvil en el colchón.

—Muerta —dijo Ursus.

Y el pobre anciano, como aplastado por la desesperación, inclinó la cabeza calva y hundió el rostro sollozante en los pliegues de la bata a los pies de Dea. Y así quedó desvanecido.

Entonces Gwynplaine se hizo espantoso.

Se puso en pie, levantó la cabeza y contempló sobre él la noche inmensa.

Luego, sin que nadie lo viera, aunque mirado tal vez en aquellas tinieblas por alguien invisible, tendió los brazos hacia la profundidad del cielo y dijo:

—Voy.

Se dirigió por la cubierta del barco hacia la borda, como si una visión lo atrajese.

A algunos pasos estaba el abismo.

Avanzaba lentamente, sin mirar donde pisaba.

Sonreía como acababa de sonreír Dea.

Caminaba en línea recta y parecía ver algo.

Tenía en los ojos un fulgor que era como la reverberación de un alma vista a lo lejos.

—¡Sí! —gritó.

A cada paso se acercaba a la borda.

Avanzaba rígido, con los brazos alzados, la cabeza inclinada hacia atrás, la mirada fija, con un movimiento de fantasma.

Avanzaba sin prisa y sin vacilación, con una precisión fatal, como si no tuviera muy cerca el abismo y la tumba abierta.

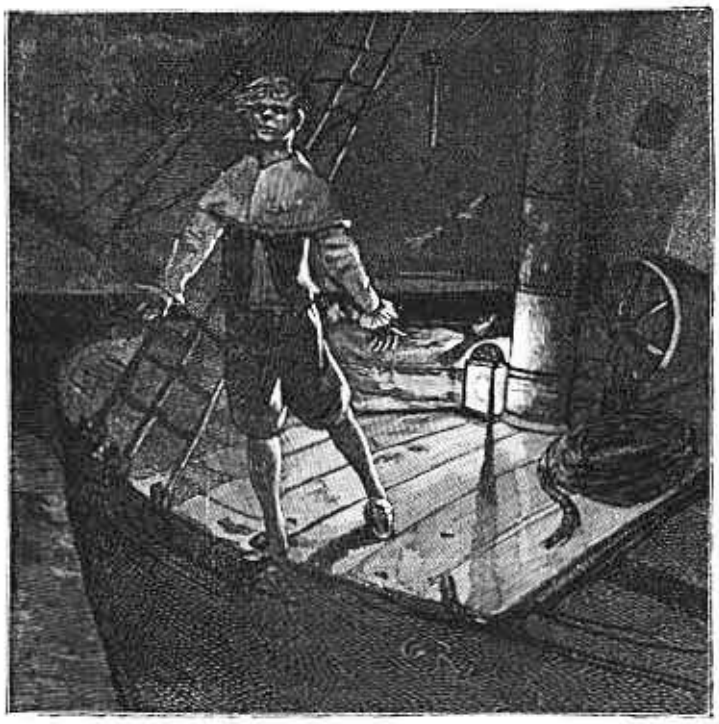
—Tranquilízate —murmuraba—. Te sigo. Veo muy bien la señal que me haces.

No apartaba la vista de un punto del cielo en lo más alto de la oscuridad, y sonreía.

El cielo estaba completamente negro, ya no había estrellas, pero evidentemente él veía una.

Cruzó la cubierta.

Tras algunos pasos rígidos y siniestros llegó a la borda.



—Ya llego, Dea —dijo—. Aquí estoy.

Siguió avanzando. No había parapeto. El vacío estaba ante él y puso allí el pie.

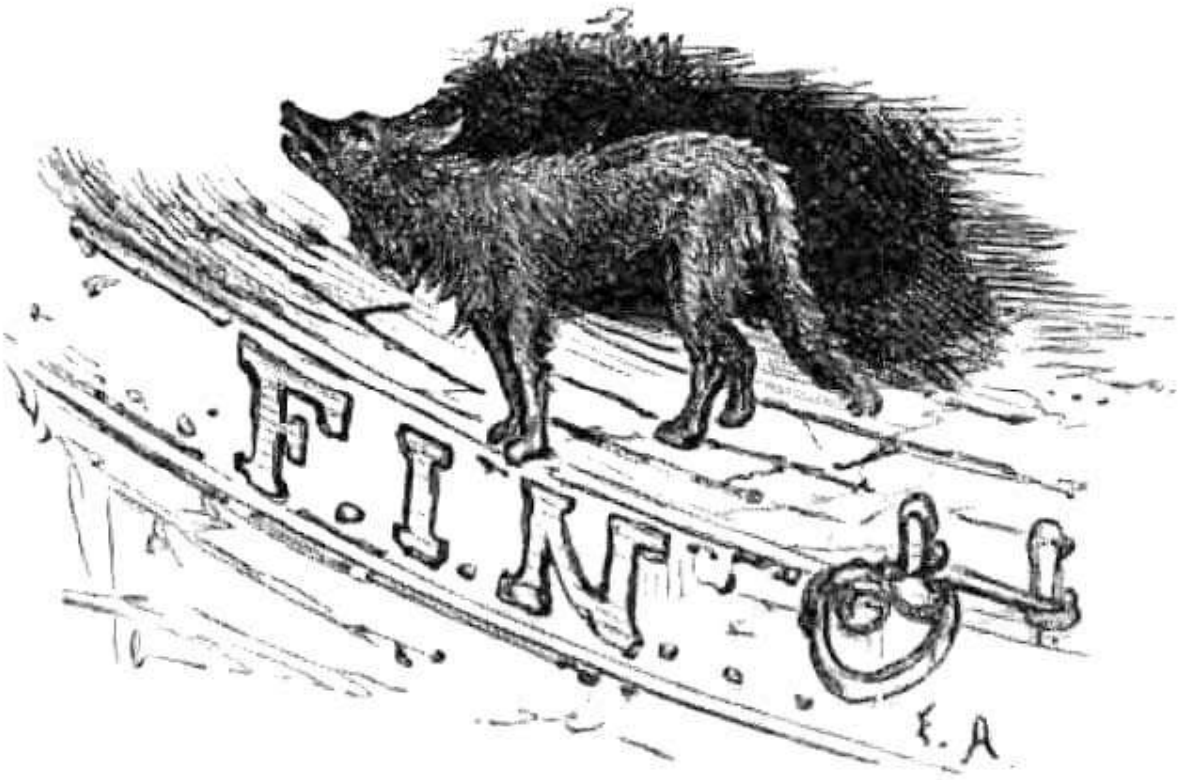
Cayó.

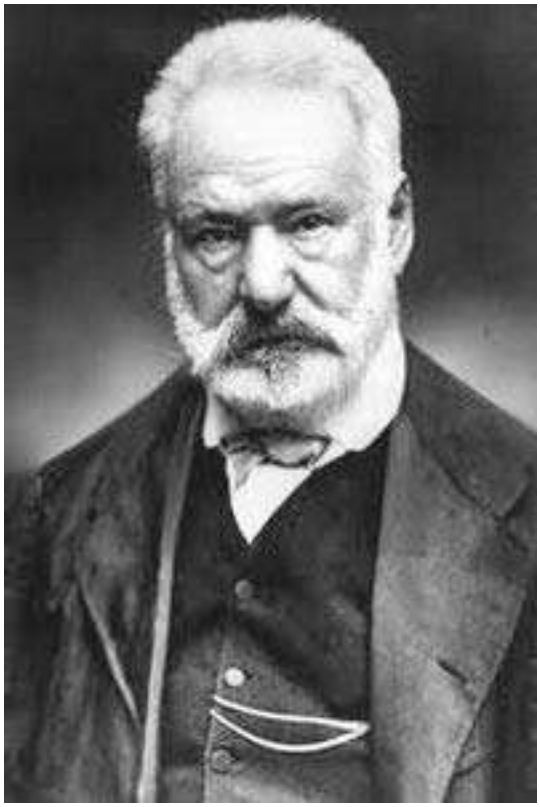
La oscuridad era densa y cavernosa, el agua profunda. Se hundió. Fue una desaparición tranquila y sombría. Nadie vio ni oyó nada. El barco siguió navegando y el río corriendo.

Poco después el navío entró en el océano.

Cuando Ursus recobró el conocimiento no vio ya a Gwynplaine y vislumbró cerca de la borda a Homo que aullaba en la sombra mirando el mar[122].

FIN





VICTOR HUGO —inscripción completa en su acta de nacimiento: Victor, Marie Hugo — (Besanzón, 26 de febrero de 1802 - París, 22 de mayo de 1885), fue un poeta, dramaturgo y escritor romántico francés, considerado como uno de los escritores más importantes en lengua francesa. También fue un político e intelectual comprometido e influyente en la historia de su país y de la literatura del siglo XIX.

Ocupa un puesto notable en la historia de las letras francesas del siglo XIX en una gran variedad de géneros y ámbitos. Fue un poeta lírico, con obras como Odas y baladas (1826), Las hojas de otoño (1832) o Las contemplaciones (1856), poeta comprometido contra Napoleón III en Los castigos (1853) y poeta épico en La leyenda de los siglos (1859 y 1877). Fue también un novelista popular y de gran éxito con obras como Nuestra Señora de París (1831) o Los miserables (1862). En teatro expuso su teoría del drama romántico en la introducción de Cromwell (1827), y la ilustra principalmente con Hernani (1830) y Ruy Blas (1838).

Su extensa obra incluye también discursos políticos en la Cámara de los Pares, en la Asamblea Constituyente y la Asamblea Legislativa — especialmente sobre temas como la pena de muerte, la educación o Europa —, crónicas de viajes — El Rin (1842) o Cosas vistas, (póstuma 1887 y 1890) —, así como una abundante correspondencia.

Contribuyó de forma notable a la renovación lírica y teatral de la época; fue admirado por sus contemporáneos y aún lo es en la actualidad, aunque ciertos autores modernos le consideren un escritor controvertido. Su implicación política, que le supuso una

condena al exilio durante los veinte años del Segundo Imperio francés (1852-1870), permitió a posteriores generaciones de escritores una reflexión sobre la implicación y el compromiso de los escritores en la vida política y social.

Sus opiniones, a la vez morales y políticas, y su obra excepcional, le convirtieron en un personaje emblemático a quien la Tercera República honró a su muerte con un funeral de Estado, celebrado el 1 de junio de 1885 y al que asistieron más de dos millones de personas, y con la inhumación de sus restos en el Panteón de París.

DANIEL URRABIETA ORTIZ Y VIERGE, también llamado Daniel Vierge (Getafe, 5 de marzo de 1851 - Boulogne-sur-Seine, 10 de mayo de 1904), pintor, acuarelista, dibujante e ilustrador español afincado en París.

Hijo de un ilustrador español, Vicente Urrabieta y Ortiz, y de Juana Vierge de la Vega, se formó en la Escuela de Bellas Artes de Madrid. A los 16 años ya trabajaba ilustrando la revista *Madrid la Nuit*. Se instaló en Paris en 1869 con apenas 18 años por consejo de sus padres, adoptando el apellido materno, como Daniel Vierge, a consecuencia de las jornadas revolucionarias de La Gloriosa, pero le sorprendió allí la Guerra franco-prusiana, que aprovechó para ilustrar. Gracias a los contactos granjeados por su padre, quien había amistado con el general Hugo, padre del hispanófilo Abel y el poeta Victor Hugo, cuando este se estableció con su familia en Madrid durante la Guerra de la Independencia en 1809, Daniel comenzó a relacionarse con los círculos artísticos y literarios parisinos. En 1870, por invitación de Charles Yriarte, trabajó para *Le Monde Illustré*, del que llegó a ser con Edmond Morin uno de los mejores ilustradores, y luego lo hizo para *La Vie Moderne*. En 1874 se orientó hacia la ilustración de libros: Victor Hugo (*L'Année terrible*), François-René de Chateaubriand, Jules Michelet, Francisco de Quevedo y Villegas, Cervantes… Sus trabajos cervantinos son dos; el primero fue *On the Trail of Don Quixote* (1896), un libro de viajes sobre La Mancha escrito por su amigo August F. Jaccaci, y el segundo y más importante, los cuatro volúmenes de la traducción

inglesa de 1906 impresa por Scribners, *The History of the Valorous and Witty Knight-Errant Don Quixote of the Mancha*, en edición de 1150 copias.

Al cumplir treinta años sufrió una hemiplejía que le paralizó todo el hemisferio derecho, pero gracias a su tenaz fuerza de voluntad rehízo su magnífica y anterior destreza e incluso superó sus trabajos anteriores consiguiendo dibujar con la mano izquierda de manera aún mejor. Por entonces asimiló e interiorizó el influjo del dibujo japonés, al que aportó su agudísimo e insuperado sentido de la narrativa visual, no superado siquiera por Gustave Doré en sus dibujos sobre *Don Quijote*. Viajó a La Mancha acompañado por el pintor manchego Carlos Vázquez para documentarse visualmente realizando bosquejos y dibujos en Argamasilla, Alcázar de San Juan, Campo de Criptana…

GEORGES-ANTOINE ROCHEGROSSE (Versalles, 02 de agosto 1859 - Argelia, 1938) fue un pintor e ilustrador francés. Estudió pintura y luego entró en la *Académie Dehodencq Alfred Julian*, en el taller de Jules Joseph Lefebvre y Boulanger Gustave.

Participó, sin éxito, el Premio de Roma en 1880 y 1881, y el Salón de 1882, donde obtuvo una beca para hacer un viaje de estudios.

También se describen las distintas ediciones de la literatura: *La Odisea* de Homero, el *Satiricón* de Cayo Petronio Arbitro, la *Orestíada* de Esquilo, *El hombre que ríe* y *Los Miserables* de Victor Hugo, el *Villiers Akëdysseril* de l'Isle-Adam, las *Princesas* de Théophile Gautier, el *Salambó* y *Herodías* de Gustave Flaubert, y Charles Baudelaire y hasta Anatole France.

Descubrió Argelia en 1894 y se instaló definitivamente en El-Biar, cerca de Argel en 1900, con su esposa Marie Leblond, quien murió en 1920 de una enfermedad contraída en el hospital de Argel, donde trabajó como enfermera; pasó cada verano Rochegrosse en París, porque formaba parte del jurado de las obras que se expondrán en el Salón. Fue admirado por Théodore de Banville — su padrastro, que se casó con su madre Marie-Elisabeth Bourotte, la viuda de Rochegrosse, 15 de febrero de 1875 — a quien le dedicó un poema de su colección *Les Exiliados*.

Rochegrosse era esencialmente un pintor de la historia y con el descubrimiento de Argelia, un orientalista y, finalmente, después de la muerte de su esposa, la hija de Theodore de Banville, un pintor de temas religiosos. Él es uno de los últimos representantes de la pintura académica, con obras como *Andrómaca*, 1883, Museo de Bellas Artes de Rouen, *La locura de Nabucodonosor*, 1883, Musée des Beaux-Arts de Lille, *El Caballero de las Flores*, Musée d'Orsay.

Vivió y trabajó en la casa llamada Chaptal de París, que fue sede de la Grand Guignol Teatro. Toda su colección personal, que constaba de 110 pinturas y 250 dibujos y acuarelas, fue vendida en una subasta fue 14 de junio 1993.

Notas

[1] *Ursus*: oso; *Homo*: hombre. <<

[2] Lo que equivale a decir: se provee a las otras hijas como se puede. (*Nota de Ursus* en el margen de la pared). (V.H.). <<

[3] Castigo. <<

[4] El coraje es más fuerte que el ariete. <<

[5] Así en el original. <<

[6] Véase doctor Chamberlayne, *État présent de l'Angleterre*, 1688, 1.ª parte, cap. XIII, p.169. (V.H.). <<

[7] Un medio de reinar. <<

[8] Así en el original. <<

[9] El hombre errante es más temible que el animal salvaje errante. <<

[10] Clérigos que no juraron fidelidad al trono en 1688. <<

[11] Bacalao seco. <<

[12] Así en el original, por «Vamos». <<

[13] Así en el original. <<

[14] Haz entrar. <<

[15] En castellano en el original. <<

[16] En castellano en el original. <<

[17] En castellano en el original. <<

[18] Viene a significar «Estamos en el país de Jauja». <<

[19] En realidad significan «señor de la casa». <<

[20] El siguiente diálogo transcribe literalmente el original. <<

[21] En castellano en el original. <<

[22] Nieve y noche. <<

[23] Así en el original. <<

[24] En castellano en el original. <<

[25] Paz en la guerra. <<

[26] Mar portentoso. <<

[27] ¿Estás cerca de mí? <<

[28] Medida antigua equivalente a un metro y veinte centímetros. <<

[29] *Côtes* significa tanto costas como costillas. <<

[30] Antigua medida agraria que tenía 51 áreas. <<

[31] Pieza redonda de metal que servía de modelo en las casas de moneda para tomar el tamaño y el peso. <<

[32] La boca hendida hasta las orejas, las encías en descubierto y la nariz arrancada, serás una máscara y reirás siempre. <<

[33] No falta otro, áureo. <<

[34] Termina en cola de pez. El verso completo de Horacio (Arte poética) dice: *Desinit in piscem mulier formosa superne* (la mujer cuyo torso es bello termina en cola de pez). <<

[35] Regina Saba coram rege crura denudavit. *Schicklardus in Prooemio Tarich. Jersici F. 65* (V.H.). (La reina de Saba descubrió sus piernas en presencia del Rey). <<

[36] Tendencia de la Iglesia anglicana al catolicismo. <<

[37] Maestro de las elegancias: funcionario de la Corte de Nerón. <<

[38] «Retrato de Eugène Devéria, hecho por él mismo en 1824. Se lo había regalado a mi hermano Abel». Manuscrito de *El hombre que ríe*. (V.H.). <<

[39] Entonces Venus, en los bosques, unía los cuerpos de los amantes (Lucrecio, *De la naturaleza*, libro V,962). <<

[40] Golpea con fuerza. <<

[41] Queen Anna (Reina Ana). (V.H.). <<

[42] Virginidad negociada. <<

[43] En la guerra y la paz. <<

[44] El Infierno. <<

[45] Todas las cosas que se puede saber (Pico de la Mirándola). <<

[46] Libro IV, página 196 (V.H.). <<

[47] Colegio de Todas las Almas. <<

[48] ¡Rómpele los quinqués! <<

[49] ¡Bravo, Helmsgail! ¡Muy bien! ¡Bravo, montañés! ¡Vamos, Phelem! <<

[50] No tiene ojos y ve (cita deformada del Evangelio según San Marcos, 8, 18: «¿Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís?»). <<

[51] La boca hendida hasta las orejas, las encías en descubierto y la nariz arrancada, serás una máscara y reirás siempre. <<

[52] Versio Gallica Will Tyrii, lib. II, cap. XIII (V.H.). <<

[53] Habiéndole cortado la nariz. <<

[54] Intraducible; literalmente: *El oso de vuelta*. Juego de palabras con el sonido de las dos palabras latinas. <<

[55] Así en el original, lo mismo que los versos siguientes. <<

[56] Para que den su consejo. <<

[57] Para consentir (la voluntad del Rey). <<

[58] Cerveza fuerte y dulce. <<

[59] Comencemos por el lobo, variación de la expresión latina *A Jove principium*, comencemos por Júpiter. <<

[60] Soy cirujano. <<

[61] Centurión, *Hundredi* es una latinización de *hundred*, que en inglés significa cien. <<

[62] Charlatán, cuídate a ti mismo. <<

[63] Tres doctores forman un capítulo. <<

[64] El tordo excrementa su propia desgracia. <<

[65] Moneda de cuatro luises. <<

[66] En castellano en el original. <<

[67] En castellano en el original. <<

[68] El abismo llama al abismo. <<

[69] La justicia muda. <<

[70] Cuando te ordenan que salgas, levántate. <<

[71] La Ley, el Rey, la Hez. <<

[72] Los perros ladran, los agentes de policía callan. — Conducirse como agente de policía es también callar. <<

[73] El emperador guarda silencio. <<

[74] Tendremos muchos bastoneros que, callando, servirán para ser agentes de policía. <<

[75] Levántate al oír la orden. Mantente extremadamente silencioso. Eso es estar bajo la autoridad del Rey. <<

[76] Antigua costumbre de Normandía. <<

[77] En la Carta de Luis el Testarudo para los normandos (Luis VII). <<

[78] Alguaciles con vara. <<

[79] El autor emplea con mucha frecuencia en esta obra palabras inglesas sin traducirlas. *Roads*, caminos; *rows*, hileras; *lanes*, callejones. <<

[80] Los pedreros eran pequeños cañones, y las archegayas, lanzas arrojadizas. <<

[81] En lo demoníaco un infierno se agita. — Con un simple demonio sólo se es energúmeno. <<

[82] «La acusación es cierta», o «ignoramos». <<

[83] Son conducidos a la entrada por los funcionarios silenciarios. <<

[84] El feniano Burke, mayo de 1687. (V.H.). <<

[85] Repite en latín las palabras del sheriff. <<

[86] Derrochador, glotón, inmoderado, lúbrico, rufián, borracho, libidinoso, mentiroso, dilapidador del patrimonio, comilón, bebedor y goloso. <<

[87] El hierro, la mazmorra y las horcas, con los otros derechos. <<

[88] Las ataduras legales. <<

[89] Es un súper-ayuno. <<

[90] Añadid el aumento de la abstinencia a la disminución de alimento. Costumbre inglesa. <<

[91] La muerte del acusado es un homenaje a la ley buena. <<

[92] La boca hendida hasta las orejas. <<

[93] Por orden del Rey. <<

[94] En caso de usurpación. <<

[95] Sobre el plagio. <<

[96] Tu que vendes niños, tu nombre es plagiario. <<

[97] Y ella desea sobre todo aparecer. <<

[98] Le retiramos de la pairía. Cae en la villanía. <<

[99] «La vida y los miembros de los súbditos dependen del Rey». (Chamberlayne, II parte, cap. IV, p. 76). (V.H.). <<

[100] En espera de su dueño o reclamante legítimo. <<

[101] Equivalente al refrán castellano: «Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo». <<

[102] La plebe, hez de la ciudad. <<

[103] Que la selva sea digna del cónsul. <<

[104] A paredes sordas campana muda. <<

[105] Después de eso, no a causa de eso. <<

[106] Un errar circular, un lugar enroscado en círculos. <<

[107] Desnuda bajo la luz brillante. <<

[108] El Corán de Mahoma. <<

[109] Tres cochinillos en su estercolero / juraban como silleteros. <<

[110] La Curia estaba serena. <<

[111] El Maypole es en la actualidad un poste con adornos que se clava en el centro del lugar donde se celebran las fiestas del Primero de Mayo. <<

[112] *Writ of summons*. (V.H.). <<

[113] *Strictly enjoin you*. (V.H.). <<

[114] Sin súplica, sin dinero, sin gratificación. Dicho de otro modo: no deben ser favorecidos o «comprados». <<

[115] Distrito que vendía sus votos electorales. <<

[116] Chamberlayne, *Etat présent de l'Angleterre.* Tomo II, 2.ª Parte, cap. IV, p. 64. 168X. (V.H.). <<

[117] Villiers llamaba a Jacobo I Vuestra Cochinería. (V.H.). <<

[118] De la organización del palacio sagrado. <<

[119] En cierto modo portero. — Tiene poder sobre las puertas y barreras. <<

[120] 21 de abril de 1705. (V.H.). <<

[121] Así en el original, lo mismo que los versos siguientes. <<

[122] Al pie de la última página del manuscrito de El hombre que ríe se encuentra la siguiente nota:

«Terminado el 23 de agosto de 1868, a las diez y media de la mañana, en Bruselas, 4, Place des Barricades.

«Este libro, la mayor parte del cual ha sido escrita en Guernesey, fue comenzado en Bruselas el 21 de julio de 1866, y terminado en Bruselas el 23 de agosto de 1868». <<